*

PARTE SEGVNDA DE DAVID PERSEGVIDO, Y ALIVIO DE LASTIMADOS.

HISTORIA SAGRADA, PARRAFRASEADA con Exemplos, y varias Hiſtorias humanas, y Divinas.

Añadida por ſu Author, y corregida en eſta ediccion.

ESCRITA POR EL DOCTOR DON CHRISTOVAL LOZANO, COMISSARIO de la Santa Cruzada, del Partido de Hellin, Procurador Fiſcal de la Reverenda Camara Apoſtolica, y Capellan de ſu Mageſtad en ſu Real Capilla de los Señores Reyes Nuevos de la Santa Igleſia de Toledo.

Pliegos 49.



Año de 1753.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta REAL de la *Viuda de Don Diego Lopez de Haro*, en calle de Geneva.

APROBACION DEL R. P. M. Fr. DIEGO NISSENO, TRES VECES Provincial de la Provincia de Castilla, Orden del G. Basilio, facilmente Principe de los Monges, y Proto-Patriarca de las Religiones, &c.

EL libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*; cuyo Author es el Doctor Christoval Lozano, Procurador, y Promotor Fiscal de la Reverenda Camara Apostolica, y Comissario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin, y su Partido, que V.S. me mandò censurar: he leìdo con sumo gusto, y consuelo mio, donde se hallaràn muchos documentos Christianos, y politicos dictamenes, escritos, y exhornados con mucho asseo, ordenados, y dispuestos con tan rhetorico aliño, que me parece estar delineadas en esta estudiosa tarèa, y judicioso desvelo, las idèas todas de aquel incomparable varon, y critico Monarca de la erudicion, Justo Lipsio, que con tan discreta disposicion, y avisada serie hizo aquel tan armonioso maridage de los avisos, y exemplos, si bien lo laconico de aquel peregrino sugeto, se hallarà aqui difundido con elegancia por las dilatadas campañas de la eloquencia fabricando el Author, como argumentosa aveja, artificiosos panales de miel, para aprovecharse, copiando sus dulzuras, y de cera para aprovecharse, copiando sus luces. Con lo qual ha cumplido exactissimamente con el deseo de Venusmo, y rico, haciendo aquel primoroso temperamento de confederar lo dulce con lo util, arribando de esta suerte à lo supremo de la cumbre del hablar, y eminencia del escribir. Por lo qual juzgo, que debe V.S. hacer favor, y merced al Author, dandole la licencia que pide para estampar esta dulce, y provechosa fatiga, porque si es: *Alivio de lastimados*, todos necessitan de sus doctos, y prudentes consejos, pues en el siglo que corre, corren tanto las lastimas, que no haià quien no alcancen, y comprehendan: y porque en todo el libro no hai proposicion que se oponga al recto sentir de nuestra Catholica Fè, ni al modesto proceder de las Christianas costumbres. Este es mi parecer. En el gran Basilio de Madrid, Diciembre 19 de 1651.

Justo Lip. 1. mon. & exep.

Hor. in Arte.

Fr. Diego Nisseno.

LICENCIA DEL REAL CONSEJO.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario de el Rey nuestro Señor, su Escribano de Camara mas antiguo, y de govierno de el Consejo, &c.

Certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros, è Impressora en la Ciudad de Sevilla, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los tres Tomos del Libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*, su Author el Doctor Don Christoval Lozano, con que la reimpression se haga por los Exemplares que vàn rubricados, y firmados al fin de mi firma, que sirven de Original, y que antes que se vendan se trahigan al Consejo dichos Tomos reimpressos, junto con sus Exemplares, y certificacion del Corrector de estàr conformes, para que se tasse el precio à que se ha de vender cada uno, guardando en la reimpression lo dispuesto, y prevenido por las Leyes, y pragmaticas destos Reinos. Y para que conste, lo firmè en Madrid, à veinte y quatro de Julio de 1753.

D. Joseph Antonio de Yarza.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 27. lin. 29. *h chizos*, lee, hechizos. Pag. 55. lin. 23. *mentràs*, lee, mentirà. Pag. 78. lin. 4. *perder los*, lee, perderlos, y lin. 20. *lufrir*, lee sufrir. Pag. 187. lin. 25. *urmas*, lee, armas. Pag. 217. lin. 6. *mi*, lee, mio. Pag. 236. lin. 16. *desembai ò*, lee, desembainò, Pag. 239. lin. 3. *el mal*, lee, el mas. Pag. 242. lin. 22. *pujaute*, lee, pujante. Pag. 248. lin. 1. *de estas umision*, lee, de esta sumision. Pag. 251. lin. 37. *vale olo*, lee, valeroso.

Al margen Pag. 345. lin. 14. *mei*, lege me. Pag. 348. lin. 7. *nobi*, lege, nobis.

Este Libro segunda parte de *David Perseguido, y alivio de Lastimados*, con estas Erratas viene conforme al antiguo, que rubricado, y firmado al fin (como lo està) sirve de Original. Madrid cinco de Julio de 1753.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera.
C. G. por su Mag.

CEN-

CENSURA DE EL REVERENDISSIMO PADRE FRAI FRANCISCO Palanco, del Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, Lector Jubilado, Calificador de la Suprema, y de sus Juntas Secretas, Examinador Synodal de el Arzobispado de Toledo, Visitador de las Librerias de España, Difinidor, y Padre de Provincia en el Convento de la Victoria de esta Corte.

M. P. S.

DE orden de V. A. he visto las obras de el Doctor Don Christoval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comissario de la Santa Cruzada, &c. Todos los quales Libros han corrido en España con general aplauso, y estimacion de muchos años à esta parte, sin la mas leve nota; antes si con aprobacion de hombres doctos, y piadosos, por contener con grande sal gran parte de la erudicion humana, y Divina, cuya leyenda se ha experimentado mui util para el consuelo de afligidos, recreacion de animos melancolicos, ò instruccion de ignorantes. Contiene una immensa copia de singulares exemplos, que informan para las buenas costumbres, esfuerzan la cobardia humana, instruyen en la nobleza, para seguir generosamente sus blasones; y sobre todo enseñan constancia, paciencia, y fortaleza en los mayores trabajos, y adversidades, siendo una eficacissima demonstracion, que persuade con la historia los grandes bienes, frutos, y premios, que logra una virtud constante, quando mas combatida de contratiempos. Por todo lo qual, y por no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè Catholica, ni contra las buenas costumbres, dichos Libros merecen ser otra, y muchas veces impressos, y la licencia que para esto se pide. Assi lo siento, en este de Nuestra Señora de la Victoria de Madrid, Mayo 23. de 1713.

Frai Francisco Palanco.

SV-

SUMA DE LA TASSA.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey, nueſtro Señor, ſu Eſcribano de Camara mas antiguo, y del Gobierno del Conſejo, &c.

Certifico, que haviendoſe viſto por los Señores de èl, el Tomo ſegundo del Libro intitulado: *David Perſeguido, y alivio de Laſtimados*, ſu Author el Doctor Don Chriſtoval Lozano, que con licencia de dichos Señores concedida à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros en la Ciudad de Sevilla, ha ſido reimpreſſo, Taſſaron à ocho maravedis cada pliego, y dicho Tomo parece tiene quarenta y ſeis y medio ſin Principios ni Tablas, que à eſte reſpeto importa treſcientos y dos maravedis, y al dicho precio, y no mas mandaron ſe venda, y que eſta Certificacion ſe ponga al principio de cada Tomo, para que ſe ſepa el à que ſe ha de vender. Y para que conſte, lo firmè en Madrid à veinte y quatro de Junio de mil ſetecientos cinquenta y tres.

D. Joſeph Antonio de Yarza.

PRO

PROLOGO.

LEctor mio, la gana con que veo que lees, y repaſſas mis eſcritos, pues ſon yà diez impreſsiones las que de la ſegunda parte de David ſe han dado à la eſtampa, eſſo me obliga, y me ocaſiona à que con mas veras proſiga en mis trabajos. Las perſecuciones de Dios hombre, Hijo de David, fue el ultimo Tomo, que puſe en tus manos, y remitî â tu cenſura. Eſta ſegunda Parte te ofrezco, en la qual hallaràs deſvelos, y diſcurſos peregrinos, exemplos famoſos, è hiſtorias ſazonadas, que no ſolo te entretengan, y diviertan, ſino que te obliguen à devocion, y ternura, à dulces deſengaños, y à utiles eſcarmientos, que eſte es el fin, y pretexto de mis obras. No dexes de vèr eſte Libro, que te aſſeguro te ſea guſtoſo empleo. Dios te guarde.

TABLA DE LOS CAPITULOS DE ESTE LIBRO.

SE-



SEGUNDA PARTE DE DAVID PERSEGVIDO, Y ALIVIO DE LASTIMADOS,

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE PINTAN, Y DISCURREN LOS PRESUMPTOS Zelos de la Infanta Michòl, y la prudencia, y cordura con que supo tolerarlos.

NO hai Estado, ni Corona en esta vida, por mas que blasone de feliz, à quien la fortuna no le amenace desgracias, y le ocasione caìdas, vinculando las mayores glorias al azàr de sus baybenes. Son tantos los exemplos que tocamos cada dia con los ojos, que no era necessario traherlos para prueba, mas sì para aliviarnos con exemplos, aprendiendo en agenas lides valor, y sufrimiento para tolerar afanes; q̃ el mayor pesar, sabiendo divertirle, afloxa los cordeles al mas atormentado, y queda vitorioso el que yà agonizaba de rendido. Grãde hombre fue David para estos lances, y valerosa Michòl para fortunas: nortes en quien casados, y casadas pueden tomar leccion; estas, para saber ser mugeres; y aquellos, para aprender à ser maridos. No busquen mas exemplo, que à esta Infanta, las que mas blasonaren de honradas y continentes, y las que mas presumiren de finas, y constantes. Acomoden à su valentia el fragil pecho, à sus zelos su cuidado, y el miedo à su bizarria. Entremonos en la Historia. 1 Reg. cap. 12.

Casaronse, mas à fuerza de voluntad, y de servicios,

que à fueros de la sangre (sì bien toda noble) David, y Michòl, desmintiendo con placeres, y alborozos todo aquel tropèl de dificultades, con que vacilò neutral su casamiento, mas aguaronse estos gustos, pues à pocos dias de casados fue forzoso, que se hurtasse David de los brazos de su esposa; y que ella valiente le ayudasse por el muro a huirse de sus brazos. El se fue a los Montes a experimentar tragedias, las q̄ ya por extenso referimos en la Primera Parte, y ella se quedò en la Corte a llorar, entre tan penosa ausēcia, tan lastimosas desgracias. Muger moza, y con amor, discreta, y recien casada, ausente de su dueño, y este arriesgado a peligros, bien se dexa entender lo mucho que sentirìa, y lo bien que sabria llorarlo. Quantas veces el Marcial estruendo, prevenciones de guerra para matar a su esposo, la assaltariā en el lecho humedecido cō llanto, y saltādo de èl despavorida, sin esperar doncella, ni criada, buscarìa cō mil sustos su vestido, para vèr, è inquirir su desventura? Quantas veces, sentada yà a la mesa, llegaria al primer bocado la nueva infeliz, dexandola sin comer, y sin aliento? Quantas veces retirada en su Retrete, pidiendo auxilios a Dios, para su amado, le sonaria al oìdo, yà le han muerto, yà viene aprisionado, y qual si fueran certezas imaginaciones semejantes, saldria a preguntar acōsejada, si era verdad aquello que decian? Bien se podràn creer piadosamēte estos estremos, y finezas de Michòl, y lo demàs q̄ iremos ponderando; porque aunque no lo expressa el Sagrado Texto, basta para que se presuma contarnos aquella fineza, y valētia con q̄ a las primeras furias de su padre librò a David de la muerte. Y la constancia de conservarse casta, y fiel al lado de otro marido, comun opinion de los Sagrados Doctores, prueba la mayor q̄ puede hacerse para dar a una muger, no solo por fina, sino casi por santa. Abrazando, pues, estos dos cabos, que nos testifican las Sagradas Letras, se nos abre harto campo para discurrir ingeniosos, por lo que alli la pluma nos dexò al discurso en los silencios.

David, y Michòl se amabā mucho, 1 Reg. c. 18.

1. Reg. c. 19.

Esto assi dispuesto, pregunto aora al curioso: Entre las persecuciones que padeciò David a lluvias de trabajos, yà huyendo por los caminos, yà acosado por los montes, yà en los poblados cercado, mal seguro entre los suyos, con tanto riesgo entre Barbaros, qual, pues, de estos infortu-

1. Reg. c. 19.

tunios (pues como en piedra de toque, por el alma de Michòl, se repassaban todos) le heriria mas el pecho, y la atormentaria mas el alma? Seria acaso aquella noche triste, quãdo antes que el corazon estuviesse hecho à las penas, viò entrar à David huyendo de la muerte, el color perdido, todo demudado, turbadas las palabras, muertos los alientos, y ella haciendose al valor, antes que al cuidado, le librò con astucia de aquel riesgo? Lance fue de pena mucha, y que pudiera darse à prueba à la mas sufrida, mas no fue este, à mi vèr, el mas riguroso lance. Seria, pues, quando con un gruesso trozo de Soldados saliò Saùl de la Corte en busca de un fugitivo, que desarmado, y solo buscaba algun alberque entre las grutas? O seria quando llegaron las nuevas, que por causa de David avian passado à cuchillo à los Sacerdotes de Nobè, y à todos sus vecinos, quedando la Ciudad anegada en sangre, espectaculo horrendo, y que pasmò à aquel siglo? Y si esto no fue, seria acaso quando por la traycion de los Zyphèos avia yà rumores, que no podia David escapar con vida, cercado de sus contrarios todo el mõte? O quando por huìr de estas desgracias se valiò del Getheo, y Moabita, sujetandose à vivir entre Paganos, quien fue de ellos cuchillo tantas veces? Bien creo, que qualquiera cosa de estas le costaria à Michòl un mar de sentimientos, y à poder correr al Sùr lo que lloraron sus ojos, formàra mas ricas perlas. Bien creo, que reynando amor, qualquiera pena, ò peligros de lo amado es una muerte: mas callen muertes, y llantos adonde no abrasan zelos. Trabajos, penas, desdichas, riesgos, peligros, desgracias, disgustos, afanes, y lides, se toleran con amor, todo el amor lo hace dulce, por mas acibar que derrame el hado; pero en atravesandose los zelos, no ay amor sufrido, un infierno se hace todo; y assi, la muger que en esta lid se governare prudente, escusando estremos, no haciendo alborotos, consolandose con Dios, coronada de laurèl, serà Reyna de las otras.

1. Reg. ubi supr.

1. Reg. c. 23. Reg. c. 21. & 22.

Segun esto, la mayor pena, el mayor susto, el mayor dolor, que à nuestro juicio sentiria Michòl en las adversidades de su dueño, seria quando la llegaron las nuevas de haver recibido por mugeres à Abigaìl, y à Achinoa; esta doncella, natural de Jezraèl, y aquella viuda

da de Nabal, ambas discretas, y hermosas; que aunque sabria; que aquella no havia sido por desprecio, sino quizà por necessidad, ò conveniencia, nunca la propria, ò mas principal muger lleva con gusto, que se le dè el marido à otras bellezas. Y aunque en aquella edad les era permitido à los varones justos tener dos, y mas mugeres, (por dispensacion Divina, segun dicen grandes Santos: * y aun sin dispensacion, como prueba el Abulense) no se puede negar, que dexaria la primera, que era la señora, de concebir, y tener à ratos su buen pedazo de zelos, porque es muy natural esta emulacion en las mugeres; por qualquier causa tendrian sus debates, y rencillas, como aun de Matronas santas nos dan testimonio las Sagradas Letras, Vease en Sara con Agàr, en Raquèl con Lia, en Anna con Phenena. Siendo, pues, tan natural este achaque en las mugeres, discurramos aora (dandonos licencia el Sagrado Historiador, pues nos lo dexò al discurso) de que modo se portaria Michòl quando supo, que David tenia otras dos mugeres? Dariase acaso por sentida, ò agraviada? Manifestaria su enojo? Haria algunos estremos de zelosa, ò allà en lo secreto derramaria lagrimas? Esparciria suspiros, ò haria otros ademanes, diciendole acaso, como si hablàra con èl: Es possible, amado esposo, que tan poco te ha merecido esta triste Infanta, quando me debes las finezas que tu sabes, que assi la dàs compañeras, para que quizà mañana, si se vèn con hijos, me desprecien, como suelen otras? Tan presto has olvidado à Michòl, y aquellas lagrimas tantas, que vertistes por ella à la partida? Tanto te ha cautivado essa Jezraelita, y essa viuda de Nabàl, que las dàs titulo de mugeres, quando yo sola me he de llamar tu muger? *

Bien se puede presumir, que en este modo, allà para consigo, se quexaria Michòl algunas veces; mas no puede pensarse, que en lo publico haria alardes de ofendida, ni daria muestra alguna de su sentimiento. Lo uno, porque como aquello era licito, y cosa hacedora (como prueba el Abulense) ayudaria el Cielo à abrazarlo con amor. Lo otro, porque Michòl era algo altiva, y sabiendo, que las demàs mugeres no avian de igualarla en el derecho, tuviera por afrenta mostrarse melindrosa; antes aun à lo se-

* S. Aug. l. de Nũptiis c. 8. & 9. & l. de Civ. Dei, c. 24. S. Ambr. l. de Abrahã, c. 4. Abèl. in 1. Reg. c. 25. q. 27. Gene. c. 16 21. & 30. 1 Reg. c. 1.

* Aunque David tuvo muchas mugeres, sola Michòl, como primer matrimonio se intitula su muger, 2. Reg. c. 3. y alli la Glos. y Lyra, y lo mismo corria en los demàs matrimonios de aquella edad, que aunque se les permitia tener muchas mugeres, la primera era siempre la principal muger. Ly. y el Abul. quæst. 5.

mal una Corona;y que si queria ver pronosticos de su arrojo, la estuviesse atenta.

Dichas estas razones, hizo un circulo en el suelo, y destrenzando la madeja rica de sus cabellos hermosos,y tēdiendo la vista por una,y otra parte,à fuerza de sus conjuros,se le representaron visiones espantosas,mar,naves,fuegos,y armados esquadrones; y como espeluzada, medrosa, y compassiva, mirando à Enone, la dixo estas palabras: Què haces, Enone, con esse casamiento? Si eres prudente como siembras en la arena? Ten compassion de ti, y no arrojes el fruto de tu edad florida en campo seco,donde por mas que labres no has de coger fruto. Del mar aras en la orilla,y con bueyes sin provecho;si eres cuerda,no pierdas la semilla,y el trabajo. Ola, ola, (ay triste de mi!) que por el mar salado una Griega Ternerilla viene à dar guerra, y à ser ruina de ti,y toda tu casa. Estorvalo, zagala, pues contra ti se hace el tiro. La Griega Ternerilla viene al Frigio suelo. Guerra, Troyanos, guerra,guerra, al arma: ahora es tiempo,hundid aquel navio; dad à las ondas la beldad que encierra, que es fuego que amenaza nuestras vidas. Ovid. Epist.

Tan enfurecida se puso Casandra al anunciar estos presagios tristes, que Enone temerosa llamò apriessa à las criadas,que yà à las voces acudian confussas. Cobrò sossiego al verlas, y como si tornara de algun pesado sueño, se diò por desentendida. Mandòlas, que fueran à recogerse,y ella diò parte à la noche entre desvelos, y sustos; pero mas desvelada passò Enone, repassando por su idea aquel pronostico infausto,y vaticinio espantoso, sin poder apear lo alegorico de aquellas amenazas. Fuesse la Infanta à la Corte,y Enone al lado de Paris gozò los opimos frutos de hymeneo, celebrandose sus bodas con fiestas,y regocijos, pena mucha para los que se quexaban embidiosos. Y como no hai felicidad en esta vida en quien no se vincùle algun disgusto,apenas los nuevos casados gozaban en dulce union una amigable quietud,un delicioso sossiego,quādo à la fama de las fiestas de Troya se ausentò Paris por verlas. Estos eran unos famosos juegos,q̄ el Rey Priamo hacia cada año por el mismo Pàris,como por difunto,celebrādo à la inocēcia muerta,en vez de exequias,triūfos festivales. Informado Pàris del caso,quiso,mas curioso q̄ otras veces,ir à dar muestra

tra de sus habilidades: que estarse arrinconado quien la tiene, es estàr poco agradecido à la fortuna. Despidiòse de Enone con cariños, à que correspondieron muchas lagrimas. Salieron al desafio Jovenes valientes, Principes gallardos, y entre ellos Eleno, Diophovo, y Polites, hijos del mismo Priamo, con Sarpedòn, Rey de Licia, y à todos Pàris ganò en la carrera, y venciò en la lucha, de que corrido Diophovo, echando mano à las armas, quiso matarle; però lo estorvò Casandra, publicando à grandes voces, que era Pàris su hermano, y el Infante, que juzgaban muerto. Hizose el alboroto a la atencion, la lid al cuidado, y absortos todos, escucharõ à la Infanta. Persuadiòles la verdad con indicios eficaces, respetabanla como à Sybila, y sujetaron el credito à sus palabras. Los Reyes, que estaban presentes lo recibieron mui bien; Priamo alborozado, Hecuba contenta, conque à estruendos de alboroso se coronaron los juegos.

Hallòse Pàris inopinadamente hecho Infante de Pastor, rodeado de Principes el que guardaba unas cabras; trometido à Cortesano quien tuvo por Patria un Monte; trocado el pellico en Purpura, y la montera en laurèl; hallòse, finalmente, hijo del Rey quien lo pensaba de Albano; y en estas mudanzas de fortuna, quien duda se entibiaria la voluntad de su querida Enone, humeando la altivez à Regias hermosuras; de los fines puede colegirse, por mas que à los principios blasonaba de constante. Volaron las nuevas a la descuidada esposa, (que por ganar albricias tomò siempre alas la diligencia) y aunque recibiò alborozada los parabienes, temiò prudente los amagados olvidos. Dieronle à Paris nombre de Alexandro, porque dixesse el nombre con la alteza, y èl ostentò merecerlo con sus bizarrìas; pues descollando à cosas mayores, se hizo temer, y respetar de todos. Visitaba à su esposa muchas veces, unas de rebozo, y otras à lo publico, en sòn de salir à caza; y aunque callaba el estar casado, pues sola su hermana Casandra lo sabia, no por esso hizo desvio à sus obligaciones; mas como no hai cosa estable en los humanos, al menor baibèn rueda la fortuna. Confiriòse un dia entre todos los Infantes hijos de Priamo, la afrenta con que Telamon tenia desdorada su casa, haviẽdose llevado por fuerza à la Infanta Hesiona su tia: quiebra, que no podia soldar-

darſe ſino con igual robo de otra Princeſſa Greciana. Cada uno queria intentar la empreſſa, por ganar el lauro: llegaron al Rey con los debates, alegando ſus razones, y Paris con mas orgullo alcanzò ſer preferido, contandoles eſte cuento.

Hallabame (dice) un dia alla en el monte, quando ſalieron à mì las tres hermoſas Deidades, Juno, Palas, y Venus con el Dios Mercurio, que las acompanaba; el qual me dixo: Gallardo Zagal, q̃ aunque en habito humilde tienes mageſtad oculta, de parte del Dios Jupiter venimos a que nos ſaques de una diferencia: Has de ſaber, que eſtando en Monte Pelion de Theſalia, celebrandoſe las bodas de Peleo con la hermoſa Thetis, à que aſsiſtimos todos los Dioſes, ſalvo Erida, que por ſer Dioſa de la Diſcordia, fue excluida. Eſta, pues, corrida del menoſprecio, en lo mejor del ſarao ſe aſſomò a la puerta, y arrojando una rica, y hermoſa manzana de oro, dixo, que fueſſe premio de la mas hermoſa. Salieron las tres que miras à la demanda, y Jupiter por no deſcomplacer a ninguna, nos ha remitido a ti, haciendote Juez arbitro de eſta cauſa; toma el dorado pomo, y dale a la que te pareciesse ventajoſa en la beldad. Haſta aqui dixo Mercurio, dexandome el mas confuſſo de los hombres, pues mirando tre Deidades, que en bizarria, y hermoſura ſe eſmeraban todas tres, ſe embarazaba el diſcurſo. Cada una me hizo alarde de ſus aſſeos, haciendo ofertas grandes porque la prefirieſſe: Juno me prometiò muchas honras, Imperios, y Señorios; Palas me ofreciò beldad y ſabiduria, y Venus hacerme dueño de Elena, muger del Rey Menelao, la mas hermoſa del mundo; y yo, abraſado yà de amor, que concebì en la idéa, le di a Venus la manzana, ſentenciando en favor ſuyo; ella le fuè mui contenta, y las dos mui enojadas. Eſto me aconteciò quando me hallaba Paſtor, y viendome deſvelado para una empreſſa tan ardua, deſpedia de mi imaginaciõ tan altos penſamientos. Supueſto, pues, que la fortuna me quitò el rebozo, y de Pàris humilde me hallo Principe Alexandro, no contraſteis mi ſuerte, ſino dexad por mi quenta eſte deſpique honroſo.

Graves Autores cuentan eſta Hiſtor, Hig. fab. 49. Luc. in Deodorũ judicio. Plut. lib. de Homil. in illud Coiotus Theb. l. de Raptu Elenæ. Paul. lib. 35. y otros muchos con Strabon, lib. 13.

Todos vinieron en ello, atribuyendolo a fuerza de los hados, y aſsi Paris, lleno de alborozo, comenzò à hacer prevenciones de Naves, gente, y dineros para ſu viage; y deſmi-

mintiendo el designio con el rebozo de ir por su tia Hesiona, se despidiò con alhagos, y ternezas de su esposa Enone, que creyendo por verdades los solapados engaños, le diò el alma entre caricias. Hizose à la vela Pàris, surcò el salado elemento, y aportò en Lacedemonia, donde era Rey Menelao. Desembarcò en sòn de paz, recibiòle el Rey por huesped, honròle mucho, dandole su casa, y mesa, no presumiẽdo traicion de quien ostenta ser noble. Viò Pàris à Elena, y aunque antes la imaginaba mui hermosa, le pareciò tanto mas, q̄ encendido en sus amores, le sacrificò potencias, y le rindiò sentidos. Buscò ocasion para hablarla: hallòla tierna, descubriòla el pecho, carearonse las almas, unierõse los afectos, y de unos lances en otros se arrojaron al delito. Llevòla robada à Troya. q̄ por tan hermoso robo le recibieron cõ triunfos. Alli embelesado en la idolatrada beldad, olvidò à la hermosa Enone, sin querer mas verla: que en ladeandose el gusto à idolatrias de amor, no se acuerda de proprias obligaciones. Enone, q̄ aunque Montañesa, sabìa sentir agravios viendose menospreciada por otra: ella la esposa legitima, y la otra manceba; ella leal, y la otra adultera: ella, aunque villana, fiel; y la otra, aunque Reina, fementida: se hizo tanto al sentimiento, tanto à la pena, y al llanto, que movia à cõpassion los corazones duros; y un dia, para aliviar la mucha pesadumbre, y divertir los enojos, le escribiò à su ingrato dueño una carta de esta forma.

CARTA DE ENONE A PARIS.

Ovid. epist.

LEes esta carta? Lees? Dì, ò te lo impide acaso nueva esposa? Bien puedes leer, que no es carta de Grecia, ni de ningun enemigo. Yo Enone, la celebrada Ninfa de los Montes de Frigia, me quexo de tu ingratitud; pues siendo Esposo mio, me miro burlada, viendote en brazos agenos. Què Deidad, què estrella, què fortuna pudo oponerse à nuestro casamiento? O què culpa ha havido en mi, què agravio he hecho para desmerecer el ser tu esposa? Los males, y las desgracias no es mucho las padezca quien las ocasiona; pero padecer sin culpa es grave sentimiento. Quando te escogì por mio, entre tantos como me querian, eras solo un Pastor en nuestra Aldea; y si ahora te hallas hijo de un Rey Troyano, debieras considerar, que entonces no eras Infante, ni nadie tal sabìa, y pues te

tè hice mi esposo, juzgandote siervo, queriendote tan de veras como si fueras mi igual; por què ahora que te miras en la altura, me tratas con menosprecio, y me dexas al olvido? Son estas las finezas que me vendias, quando en los troncos de los arboles escrivias mi nombre? Y en especial me acuerdo, que en un alamo plantado à la orilla del caudaloso Xanto escriviste este mote mentiroso: Quando à la hermosa Enone olvide Pàris, y èl viviere, dexandola olvidada, volverà atràs este rio su corriente. *Ea, pues, Xanto, vuelvete atràs, refrena el curso cristalino, volved, aguas vosotras à ver una fè rompida, pues Pàris està viviendo, quando me ha olvidado ingrato. Lloraste el despedirte de mi, no hai para que lo niegues, ò concede por lo menos, que tierno me querias: que amores castos, y licitos no hai para que negarlos, pues los que causan afrenta son los lascivos, en que te miro envuelto. En fin, con lloros, y suspiros te apartaste de mis brazos, dexandome, qual viste hecha un mar de sentimiento; y quando con ansias, y desvelos rogaba al Cielo, que diesses presto la vuelta, veo, que has venido solo por Elena, pues su cariño te tiene embelesado, y solo de ella te acuerdas. El sacro Cielo permita, que no la goces, sino que aborrecida, y ausente de su esposo, haga estremos de locura, como me hace hacerlos; esparza al aire voces; como me hace darlas. Ahora que estàs poderoso, y rico, tienes mil damas que te siguen cariñosas, que te regalan festivas, que te festejan amantes; pero quando eras pobre, quando allà en el Exido apacentabas Ganado, ninguna, sì Enone, te diò la mano de esposa: mal hayan pechos ingratos, que con fortunas se mudan. No pienses, ni imagines, que tu oro, y tu grandeza de verte en pompa Real, me causa admiracion, ni me levanta el espiritu, ni que me desvanece ser nuera de Priamo, ni que por mi valor, y mi virtud, soi digna de ser esposa de un Rey, y basta que lo sea, no me verè contenta, pues solo por ser quien soi, merezco una Corona; y assi, no menosprecies por Serrana quando tengo el alma Reina. O què bien, en daño mio, se ha cumplido la profecia de tu hermana Casandra, quando la noche infeliz, y primera de mis bodas, me adivinò rebozados estos daños. La Ternerilla que venia por el mar, es Elena, causadora de mi mal, fuego que serà de Troya. Esta es la Baca Griega, que pasce la Dehesa de mis gustos, usurpando los pastos de mi ventura. Bien puede ser estremada su belleza, pero, en fin, es una adultera, pues agravia à su marido con descoco tanto, y tanta desverguenza. Mas si mal no me acuerdo, à los primeros passos de sus bizarrias la robò otra vez cierto Theseo, mozo bizarro, y que por el hecho se aclamò famoso. Creerèmos, pues, ò Pàris, de essa Señora, que de poder de un joven galan amante suyo se volviò*

d ncella? Creerèmos, que aunque se atribuya à fuerza aqueste robo, no ha sido con su gusto? No porque quien se dexa robar à cara descubierta tantas veces, ofreciendose al ladron, suyo es el concierto, suya la traza. Mas la constante Enone permanece casta, con vèr que es alevoso su marido, y vive con mas recato que èl merece. No hai en el mundo quien pueda aplicar remedio à un mal de zelos, y agravios, como los que siento, y lloro. Tu solo Pàris eres quien puedes darle; y pues vès que lo merezco, tèn mancilla de esta que te adora. De paz vengo à tus brazos, no qual Elena, con Griegos en quadrilla: abraza, pues, à tu esposa, que humilde te lo ruega. Toda soi tuya, y sola tuya he sido desde mis años tiernos, y lo que durare mi vida serà solo empleo tuyo.

Con estas, y con cartas semejantes, puede creerse que persuadiria Enone à su marido ingrato, que hiciesse memoria de ella; pero èl se hizo tanto à lo grossero, ò se dexò cautivar tanto de la hermosura de Elena, que jamas volviò à su esposa Enone; viendose despreciada, se retirò à su Aldèa (segun lo cuenta Estrabòn) donde viviò el resto de su vida en continencia, siendo un notable exemplar de las mugeres casadas, pues por ningunos agravios que les hagã sus maridos, no han de tomarse licencia de ofenderlos. Pàris fue un ingrato desconocido, pues quando se hallò Principe, menospreciò la humildad; y Enone fue honrada, pues à olvidos suyos, correspondiò constante, y permaneciò leal.

Careando esta historia con la de nuestra Michòl, parece que se le pueden hacer à David (cotejandole con Pàris) algunos cargos de ingrato. Lo primero, porque mas finezas que Pàris à Enone, le debiò à Michòl David; pues siendo ella Infanta de Israèl, èl un Pastor pobre de los Montes de Belèn (si bien en lo secreto Rey ungido) no desdeñò vestida de Purpura, lo tosco de su pellico. Lo otro, porque lo que parece que es disculpable en Pàris, viene à ser para David mucho mas cargo, porque dexar quien de villano se ha hallado Rey, à la que villana se le entregò por esposa, aunque es termino ingrato, tiene mucho de disculpa; pero que quien de Pastor tiene por muger à una Infanta, moza, y de buena cara, y se anda à buscar otras bellezas, parece termino injusto. Con todo, visto el caso à buena luz, la misma Infanta Michòl disculparà à David sin darse por ofendida. Lo primero, porque à David le hacia licito el

Cielo, y el derecho de aquel siglo, tener otras mugeres, por muchas causas; y una de ellas, por echar raices, y tener cosas proprias, que le hiciessen lado, para poder ceñirse a su tiempo la Corona. Lo otro, porque no procediò David del modo que Paris, olvidandose de su primera muger, y amigandose con otra, antes bien, nunca parece que las demàs mugeres le calentaban el alma, segun siempre suspiraba por Michol; pues aun para admitir pazes, que le estaban mui bien (como despues veremos) sacò por condicion, que ante todas cosas havia de restituirle a su querida esposa. Sirva, pues de mucho alivio la desdichada Enone, en permanecer fiel, y leal no solo à Michòl, que solo llora ausencias de su dueño, no desvios, sino à las que despreciadas de sus esposos los vèn en brazos agenos.

CAPITVLO TERCERO.

EN QUE PARA EL MISMO ASSUMPTO se cuenta la Historia de Jasòn, y de Hysiphile.

EXEMPLO SEGUNDO.

MUY cèlebre, y aclamada por famosa es la Historia de los Argonautas, Principes Griegos, y Heroes ilustres q̃ por ganar renombre, y porque la fama los rotulasse esclarecidos, embarcãdose todos, y haciendose à la vela en aquella Nave, q̃ el mayor Artifice Argos les dispuso fueron à Colcos por el dorado Bellocino, segun la ficcion Poetica, ò rico tesoro, segun la verdad, *que tenia mui guardado el Rey de aquella Isla: El Principal Caudillo, ò General, como si dixeramos, de la Nave, fuè Jasõ; y la causa desta empressa tuvo este principio. Reinaba en la grã Tesalia Pelias, hermano de Esõ, (cuyo hijo fuè Jasõ) y como no tuviesse hijo varõ, q̃ le succediess-

* Mariana in Hist pan. p. 1. cap. 2.
Autores de esta Historia Apol, Orph. Strabòn, Hom. Dion. Herodot. Diodor. y otros muchos. Historiador Griego. Ovid. l. 7. Meth. Pin. in Monarchia 1. p. l. 3. c. 5. & 6.

diesse en la Corona, y considerasse ser forzoso, que le heredasse el sobrino que ya joven valiente, descollaba en bizarrias, teniale una depravada voluntad, temeroso que le quitasse el Reino, por cuya causa procuraba ocasion para poder matarle, sin que se le objetasse lo alevoso. Viendole, pues, tã ossado, y valiente, y que su inclinacion le llevaba a cosas grandes, llamòle un dia en secreto, y con fingidas caricias, y falsos alhagos, le dixo: Considerando, sobrino querido, q̃ tu animo aspira à emprender proezas, y que las proprias hazañas hacen un Principe que sea respetado, y temido, porque heredar el laurel quien no le gana à fuerza de batallas, suele muchas veces ser desdoro, gustâra mucho, supuesto que has de heredar mi Corona, q̃ dieras muestras al mundo con algun famoso hecho, que la tienes merecida, primero q̃ heredada. Toda Grecia està à la mira de Hercules Thebano pues matò al Leon de Arcadia, al Puerco de Calidonia, â la Serpiente Lernea, y al Gigante Acheloo, hechos, que le aclaman invencible, y le victorean soberano. No quisiera yo q̃ te quedàras atràs, sino que huviera empressas en que le excedieras, que un Principe como tu, y heredero de Thesalia, merece mas altos triunfos. Desvelado, pues, en esto, me ha ocurrido à la memoria la empressa mayor, que oy tiene el Orbe, que si à ella te arriesgasses, y la consiguiesses, haràs tu nombre inmortal en el Templo de la fama. Es, pues, la conquista del Bellocino de oro, que està en Cholchos, relo ro el mas rico que tiene Monarca; mucho se ha de vencer para ganarle, pues un Dragon vigilante, y Toros que arrojan fuego, son su guarda, Soldados Tauros feroces, que armados de hierro, no temen à la muerte. Pero negociarè vayan en tu compañia el mismo Hercules, el famoso Telamòn; y el gran Thesèo, con cuya ayuda haràs tus victorias ciertas.

Assi lo explica Mariana, l. 1. c. 12. Asi explica Dion. lib. 2.

Jasòn, que imàginaba verdades las astucias cautelosas de su tio, aceptò la empressa, lleno de alborozo dispuso à toda priessa la jornada. Pelias, para mas animarle, le hizo fabricar una famosa Galera, la mayor que hasta entonces se viò sobre las aguas, mucha la disposicion, mucho el asèo, todo grande: fuè Argos el Arquitecto, y llamòse la Nave de su nombre, y à cuya fama acudieron muchos varones ilustres, que compañeros de Jasòn, quisieron

ron ganar honra: entre ellos fueron Castor, y Pollux, hermanos de la hermosa Elena, con los tres nombrados Hercules, Telamòn, y Thesèo, y del nombre de la Nave, se llamaron todos Argonautas. Embarcados, pues, en el Puerto Pagasao de Thesalia, se hicieron à la vela al sòn marcial de trompas, y clarines. Con viento en popa llegaron à las Islas de Lemnos, que pareciendoles tierra deleytosa, desembarcaron en ella, engolosinado mas el apetito de vèr que solas mugeres, y no de mala cara, la habitaban, que al modo de gallardas Amazonas, se mandaban, y regian con feminàl Imperio. Dando muestras de paz, las captaron la venia, y las pidieron acogida. Ellas, que aficionadas à los gallardos jovenes, assomaron à los rostros el deseo, dandoles seguro, avisaron à su Reyna. Era la Infanta Hysiphile la que tenia el Cetro, y informada de lo que passaba, quiso hacer ostentacion, tanto de su bizarrìa, como de su potencia; y assi bien arreada, y prendida, y acompañada de todas sus mugeres, saliò de su Palacio àzia el Puerto: Jasòn, y sus compañeros, absortos de la belleza, gratos al hospicio, rindieron cortesias con obsequios, y hablando Jasòn por todos, dixo de esta suerte:

(Quando el designio de nuestro viage no huviera sido (soberana Reyna) mas que llegar à vèr esta Isla de hermosuras, este Parque de belleza, pudieramos tener por feliz empleo los riesgos, y peligros, que se passan por los mares. Bien agenos de este refugio, y alivio, arribamos à esta Isla, por descansar en ella, para caminar à Colchos, que es el fin de nuestra jornada, que ya la aclamo dichosa, por encontrar tal ventura, que aunque lo juzgareis agravio, quiero darla este nombre, pues es Reyno en donde se venden las almas a precio de hermosuras; y assi, pues ha permitido el Cielo, que nos hallemos con esta dicha, sed servida de no recibir a mal nuestro hospedage, que aunque Soldados, nos corren, al que menos, muy grandes obligaciones: Principes de Grecia esclarecidos son los que me hacen lado, Hercules, y Orfèo, Thesèo, y Telamòn, Castor, y Pollux, son los que veis presentes, de cuyos hechos, y hazañas està lleno el mundo; y yo, aunque sin meritos, soy Jasòn, Infante, y heredero de Thesalia: ved si de tales huespedes podreis concebir sos-

pecha. Passo à Colchos â ganar el dorado Bellocino, porque campee mi nombre en los Annales, sì bien trocàra la empressa solo por ganaros, pues es el tesoro mayor q̃ adora el alma, y à fuerza de mi estrella veo que os adoro.

Con razones tan afectas como estas quiso Jasòn ganar la gracia de Hysiphile, que no menos enamorada la escuchaba atenta, y por hacer alarde de su ingenio, tanto como de su largueza, le respondiò de esta forma: Aunque esta Provincia, desde que yo la rijo à impulsos celestiales, no permite, que la habiten hombres, por causa que ingratos à sus mugeres, y careandose à otras quizà menos hermosas, fueron por ellas muertos, sin que escapasse ninguno de alta, ni baxa esfera, y à mi, por hija del Rey Toante, se me diò el Imperio: con todo, viendo que el hospedar forasteros, ni se opone à nuestras Leyes, ni perjudica à nuestro dictamen, darè permission, para que descanseis en Lemnos todo el tiempo que fuere vuestro gusto: ello con la confianza, y baxo del pretexto de vuestra nobleza, pues nunca de animos nobles se pueden temer agravios; y assi, aunque las posadas no seràn las que merecen vuestras prendas, se os darà por lo menos hospedage libre de ceremonias, y rico de voluntad: Jasòn tendrà quarto en mi Palacio, y a los demàs Capitanes se les darà alojamiento conforme a sus personas, y ojalà tuviera yo un Alcazar para cada uno, para que luciera con las obras lo grande de mi afecto.

Admirados, quanto alegres, quedaron todos de vèr el agassajo, y el cariño de aquel mugeriego hermoso, y en especial de Hysiphile, que como Reyna de todas, se aventajò en lo bizarro. Jasòn herido de su belleza, rompiendo los pundonores de Soldado, se hizo a la ternura, sin que pudiera el dissimulo rebozarle las heridas: hallòse tan enamorado de Hysiphile, que olvidado del viage, se diò todo al galantèo: los compañeros hicieron otro tanto con la que cada uno eligiò por mas hermosa, y assi, prendados todos, passaron entre delicias muchos meses. No quiso Hysiphile ser ingrata al amor de Jasòn, antes correspondiendo a sus finezas, a pocos lances del fiel trato expressaron voluntades, y afinaron gustos, baxo la palabra de casamiento, que este es el tiro roquero, que rinde a muchas doncellas. Con fee de esposos, se gozaron amantes, tirando Hysiphile a darle a

Jasòn la Corona, a pesar de sus estatutos, y ordenanzas, de no admitir maridos, ni hombres, que las governassen: mas què leyes no romperà un Dios vendado, q̃ avassalla corazones? Encubriendo, pues, el trato, passaban vida gustosa, hasta que sintiendose preñada Hysiphile, comenzò a temer los riesgos, y mas quando un dia sobre mesa viò a Jasòn melancolico, y lloroso. Assustada, y con cariño le pregũtò la causa, y èl ahogado con la pena, y rompiendo la voz por mil suspiros, la dixo de esta suerte:

Querida Hysiphile, el rigor de mi destino me arrebata de tus brazos, porque murmurãdo de mis compañeros, y en especial de Hercules Thebano, que quizà embidiosos de mi dicha, me dàn priessa a la jornada, me hallo obligado a proseguirla, por cegarles sospechas, y deslucir sus recelos: que aunque un Capitã, qual yo, se avassalle a una hermosura, no es bien que conozca la curiosidad flaquezas del corazon. Sin alma me partirè de ti; mas es menester que veã, que parto con toda el alma. Esposo tuyo me parto de esta Isla, y asi en la paz, como en la guerra, serè siempre tuyo, y tuyo bolverè, permitiendolo los Cielos. Esta prenda que encierrã tus entrañas, lazo de voluntades, dulce alivio de dos vidas, conozcase por nuestra, quando saliere a luz, y aclamese por mia. Aqui enmudeciò la voz, anegada en llanto, y entre sollozos, y lagrimas se avivò la pena: reciprocos abrazos aliviaron el dolor, y finezas repetidas dieron vado al sentimiẽto. Pidiò licencia Jasòn para partirse, y diòsela Hysiphile, aunque forzada, dãdole a la partida joyas de mucho valor, y un estoque dorado: prenda preciosa de los Reyes de Lemnos sus progrenitores. A los demàs Capitanes, y Soldados repartiò assimismo grãdes dadivas, porq̃ se fuessen todos gratos, y contẽtos. Tocò el Pifano a embarcar: recogierõse todos a la Nave, siendo el ultimo Jasòn, q̃ con el ultimo vale de su esposa, pisò el embreado pino. Atravesãdo, pues, mares inmẽsos, llegaron a Colchos, dõde Era, Rey de aquella Isla, informado de quien eran, les diò salvo conducto. Recibiòlos de paz, llamòlos a su Corte, hospedòlos en su Alcazar, y regalolos mui bien, dissimulãdo el pesar de su venida. Estaba este Rey entendido por un prognostico, que en llegando a su Reyno una Nave de tierras muy remotas, y robandole el Bellocino, se acabaria su vida, por lo qual cercò el Tem-

Pin. lib. 5. cap. 1.

Ovid. ep. 6.

Pined. 1.

Dionys. l. 2.

plo donde estaba de inexpugnables fuerzas, puso guardas de Soldados vigilantes, y feroces, y aun no bien assegurado, se hizo tanto à la crueldad, que hacia darles la muerte à todos los forasteros. Temeroso, pues, de la llegada de Jasòn, dissimulò el encono, y sacò al rostro una fingida alegria. Jasòn le contò su intento, pidiendo campo para arriesgarse al peligro, y èl se lo concediò, confiado que perderian las vidas en la empressa.

Combidòlos una noche à cenar à todos, por hacer ostentacion de su grandeza: hizo que les sirviessen los Grandes de su Reyno platos, muchos regalos, viandas exquisitas, vagillas costosas, y aparato rico; y despues que sobre mesa daba Jasòn gracias por mercedes tales, y Era con rendimientos publicaba obsequio corto à magnificencia tanta, barajados los afectos con sumas cortesias; entrò al espacioso salòn la hermosa Infanta Medèa, tan curiosa de asseos, y tan asseada de su mucha bizarrìa, que robando atenciones, embelesò las almas. Hizo à su padre acatamiento, y à todos la debida cortesìa; y reparando en Jasòn, se hallò como enagenada de sì misma, comenzandose à fraguar en su pecho una batalla de amor bien reñida. Jasòn al mismo passo, dandoles rienda à los ojos, se embebiò en la belleza, y enfermò de enamorado. Dexo de referir aqui los estremados lances, que le passò à cada uno en su retiro, antes que se declarassen, pues no siempre es ocasion, aunque dos se quieran bien, el decirse que se quieren. Consideraba Medèa, que sin la ayuda de sus encantos era impossible, que ganasse Jasòn el Bellocino; antes èl, y los suyos avian de quedar muertos. Ayudarle, pues, à ello, era dàr muerte à su padre: negarle su ayuda, era matar à Jasòn: lo uno era ser patricida contra la Ley natural: lo otro era dàr muerte à su amante cõtra la ley del amor: fuerte lance para un valor femenil! mucha lucha para un pecho! Jasòn tambien prendado de Hysiphile, tropezaba embarazos, porque inclinarse à Medèa, era faltar à la ley del matrimonio: no corresponder al amor, que le mostraba, era ser ingrato, demas de perder la vida: por una parte le tiraba la razon, y por otra el interès, sin que pudiesse el discurso hallar medio en estos dos estremos, ò ser fementido esposo, ò ser amante ingrato, ò muerto por lo leal, ò vivo por fementido: gran batalla para un noble.

Ca-

Casi siempre amor, y interès chocaron con la justicia, y echaron à rodar à la razon; y assi Jasòn, y Medèa, encontrandose una tarde allà en lo umbroso de un bosque, dandoles la soledad la ocasion por el cabello, manifestaron sus amores, dixeronse finezas, y capitularon desposorios. Medèa, à fuerza de encantos, adormeciendo Dragones, domãdo Toros, desportillando Murallas, y deshaciendo Soldados, le diò à Jasòn la victoria del dorado Bellocino. Cargados del tesoro, que pudieron, se hurtaron del Rey su padre, y haciendose à la mar en su famosa Galera, dieron la buelta à Thesalia. Quedò toda Grecia absorta, rindiendo à Jasòn mil triunfos, y à Medèa parabienes. Sola la triste Hysiphile, que olvidada de Lemnos, esperaba por puntos la buelta de su esposo, agena de su traycion, sintiò con mares de llanto lo grave de su desprecio. Del modo que supo el caso, fue en esta manera: Arribò à su Puerto un Soldado humilde, de los que Jasòn llevaba, que yà à fuerza de agradecido, ò yà embiado por èl, se prefiriò à dàr las nuevas. Ella al punto que le viò atravesar sus umbrales, le preguntò entre assustada, y gozosa, que como estaba su Jasòn querido? Que si se avia trocado? Que si se acordaba de ella? El Correo, que debia de sentir dàr malas nuevas à quien no las merecia, quedandose confuso, comenzò entre silencios à tragar salivas, puestos en tierra los ojos, y la fàz turbada. Alborotòse la Infanta de verle mudo, y medroso, y rasgando sus vestidos, comenzò à decir à voces: Vive Jasòn, Soldado? Habla, dime si vive, ò si mi adversa fortuna me le ha muerto. Vivo es (respondiò entonces, lanzando un tierno suspiro) Hasmelo de jurar; (replicò ella) y èl jurando por los Cielos, la asseguò, q vivia; pero aun incredula, no obstante el juramento, le rogò amorosa le hiciesse relacion de toda la jornada, y como, y en què parte se le quedaba Jasòn. El entonces con menos embarazo refiriò por extenso las hazañas, y victorias, los riesgos, y los peligos, los lances, y las fortunas, que avia costado la empressa; pero que à Medèa la Infanta, hechicera, quanto hermosa, se debian los aciertos, por cuya causa, trayendosela Jasòn, y desposado con ella, habitaban yà en Corintho.

Ficcion gallarda de Ovid. ep. 6.

No ay que referir el sentimiento, y dolor, con que escuchò Hysiphile nuevas tan penosas, quando se dexa entender

lo

lo q̃ alli sentiria. Muchas penas juntas acosaron el pecho de esta Reyna, verse olvidada de su esposo, verle casado con otra, hallarse yà casi en cinta, y temer el suplicio de aver quebrado sus Leyes, sin aver un Principe, qual Jasòn, q̃ la amparasse; mas nada, como los zelos, la aquexaban, y assi pidiendo tinta, y papel, despachò al Mensagero con esta Carta.

CARTA DE HYSIPHILE A JASON.

LA fama voladora ha pregonado yà por todo el Orbe, que has buelto de Colchos à Thesalia triumphante, y victorioso con el Bellocino; y aunque lloro mi agravio de no haverme dado cuenta, quiero darte el parabien, llevada del afecto, que vive en mi corazon, pues yà considero, que estorvaria que me escrivièsses essa Infanta encantadora con quien buelves amigado, que no es bien la llame esposa, quando yo estoy viva. Mas donde està la fee? Adonde las promessas? Y donde los juramentos de no olvidarme jamàs? Estas son las ternezas de la partida? Estos los abrazos? Estos los sollozos? O hados crueles, pues me obligasteis à amar à un hombre ingrato! Bien pude yo quando arribaste à mi Reyno, echar à fuerza de lanza à ti, y à tus Soldados, que no es la vez primera que han vencido mis mugeres armados Esquadrones; pero no quise se te hiciesse mal passage, ni que te diera nadie pesadumbre, antes dandote mi casa, te hice de todo dueño, llamandote marido. Bien hecho à mis caricias, bien hallado en mis alhagos te estuviste muchos meses, hasta que con promessas falsas te ausentaste de mis brazos. Aficionòse, pues, essa hechicera, y mas à fuerza de sus hechizos, que de su hermosura, hizo que te aficionasses, sin reparar en los riesgos que con ella te amenazan; pues no sè yo què hombre de juicio se atreva à estàr à solas, ò en la cama, con muger que en la noche mas tempestuosa sale con gemidos tristes à buscar yervas nocivas: muger que à los caballos del Sol les pone luto, y hace que la Luna vuelva atràs en su carrera: la que con mostrarse airada, arranca un cerro: la que desgreñada, y fea, se passea en los sepulchros; la que cogiendo huessos, hace mil embustes, i dignos de que se digan. Si con muger semejante estàs bien hallado, permiteme siquiera que me quexe, y afeandote tu culpa. Si tu sangre, y prosapia es generosa, è ilustre, no te desmerezco, pues sabes que soi hija del Rey Toante, que es Baco mi abuelo, que con corona de estrellas, laurèa mi ascendencia, y que soi,

en fin, hermosa, que es la mayor gracia: este Reino de Lemnos es mi dote, tierra rica, y deliciosa, y que en paz, y en guerra, es su gente temida, y respetada. Y quando estos interesses no fueran bastantes à llamarte mio, bastaba haverte dado yà de mis entrañas el deseado fruto, que queria: yà saliò à luz mi parto en dos Infantes bellos, que tienes yà por hijos, tan parecidos à ti, (salvo en el engañar) que veràs en cada uno tu misma semejanza. Allà te los embiàra, si no temiera rigores de essa cruel, que te hace lado, que es madrastra en fin, aunque yo vivo, y no hai desdicha mayor, que echar hijos à madrastras. Y dime, por tu vida, si permitiera el Cielo, condolido de mis ansias, y de mis afrentas, que haciendo viento contrario, aportàra à mis Puertos tu Galera, si al desembarcar enlazado de essa infame, te saliera yo al encuentro con mis hijos, no te quedàras absorto, y avergonzado? No rogàras à la tierra, que se abriera, y te tragàra? Con què cara, dì, cruel, me miràras entonces? Jasòn ingrato, con què ojos miràras à tus dos hijos? Què premios, ò que castigos mereciera tu maldad? Bien pudieras tu hospedarte seguro de mi enojo, no porque no mereciesses pena mucha, sino porque me precio de piadosa; pero de essa dama adultera hiciera tal destrozo, que acribandola el cuerpo en mil heridas, mis ojos, por lo menos, hartàra de sangre. Y à no sucedió assi, mas ruego al Cielo, si hai algun Dios, que me escuche riguroso, que llore Medèa con eterno llanto, como llora Hysiphile dexada de su esposo: vease castigada con la pena de Talion: esto es, que al modo que viendome madre de dos Infantes, he sido dexada de mi marido, con otros dos hijos, viva miserablemente el resto de su vida no goce de lo que ha alcanzado por mal medio; y pues funda en vicios, y deleytes su ganancia, pierdalo, aun peor que lo ha ganado. Desterrada, y vagabunda ande por el Orbe, sufriendo los mismos males, que me han causado sus hechizos: vease en suma pobreza, que es mal fuerte, y desesperada, y rabiosa se quite la vida. Yo la Infanta Hysiphile, à fuerza de mi agravio, esto le suplico al Cielo una, y mil veces.

Con semejante despacho despidiò la triste Señora al Mensagero; mas poco le aprovechò, para que dexasse Jasòn à su Medèa: que recuerdos de razõ para quien se halla enamorado, son remedios perdidos. Las mugeres de Lemnos, picadas tambien de vèr con hijos la que veneraban Reina, asiẽdose à sus Leyes, la quitaron la Corona, y aun la quitàran la vida, si no se echàra al mar, huyendo en un Navio. Prendieronla unos Cosarios, y presentaronsela al Rey Licurgo, quando en compañia de otros Reyes iba à la jornada de Thebas: hizola

ama

ama de un hijo recien nacido: descuidose un dia con èl, y le pico una Vivora. Enojado el Rey, quiso matarla; mas sus dos hijos de ella, y de Jasòn, ya mancebos, conociendo era su madre, la libraron de la muerte. No cuentan mas las Historias del fin de esta Princesa; mas basta vèr que por lo mal correspondida, surcò mares de desgracias, y assi podrà ser alivio a las mas altas señoras, a quien sus maridos dexan, por darse a nuevos gustos. Bien puede nuestra Michòl, y qualquier otra señora, que se vè olvidada, mostrarse cópassiva al tragico de Hysiphile, y enojadas con Jasòn, por verle ingrato, feo lunar en quien es hombre de prendas: que aunque aficionarse de agenas hermosuras, es falta, que desdora al que es ilustre, quando tiene en su casa belleza que le basta, con todo, yà es demàn que se tolera, no faltãdo a sus obligaciones; pero quando al desaire se añade la ingratitud, negando deudas forzosas por brindis de nuevos gustos, no ay sufrimiento humano, que tenga cordura: la mayor paciencia se hace a los desgarros.

CAPITULO QUARTO.

EN QUE PARA EL MISMO ASSUMPTO SE quenta la Historia de Medèa.

EXEMPLO TERCERO.

Autores de esta historia Strabõ l. 7. c. 11. Diodoro lib. 5. c. 3. Ovid. l. 7 Metamorp. epistola 12. Pined. 1. p. l. 5. c. 6.

AUnque los exemplos de Enone, y de Hysiphile eran; me parece, suficientes, para alentar pesadumbres de desprecio en bellezas poco dichosas, y señoras infelices: con todo, no es razon que dexemos en silẽcio lo que falta de la historia de Jasòn, sino que refiramos su segundo empleo, q̃ como escapò tan bien con la ingratitud primera, se fue dos veces a ingrato: alma que se dà a un delito, le reitera quando quiere. Hechizado, pues, Jasòn con los dulces alhagos de Medèa, (como yà diximos) saliò de Colchos huyendo cõ el robo; y llegando a Thesalia su patria, aclamãdo su victoria, fue

fue pasmo à los naturales, terror à los estrangeros, q̄ como la empressa del Bellocino la juzgaban impossible, al verle victorioso, le veneraron valiente. El tanto por lo bizarro, como por lo agradecido, hacia q̄ à su Medea la tributassen las gracias, refiriendo à cada passo los encantos de su ciẽcia. Fueronse de Thesalia à vivir à Corintho, quizà porq̄ el Viejo Pelias no les hacia buena cara, como yà los veia herederos. Alli bien hallados passaron deliciosa juventud con muchos hijos que como prendas del alma avivã mas el amor, el pasa tiempo, y el gusto. Tan unidas parecian estar las dos voluntades, q todos comunmente la juzgaban una sola. Notable felicidad, quando llegan los casados à obedecer à este estremo! Mas quando en el mundo permaneciò cosa estable? Quando la fortuna no tuvo sus reveses con los mas bien quistos? Quando el mas seguro amor no padeciò sus desmanes? Y quãdo el hombre mas fiel no atropellò obligaciones?

En la mayor tranquilidad de su hymenèo passaban Jasòn, y Medèa vida amable, quando al cabo de diez años, (tiempo bastante para ajarse una hermosura, y mas à fuerza de partos) pareciendole à Jasòn, que no obstentaba Medèa aquella beldad que antes, ò à èl por lo menos se lo parecia, Pues si en mirada, ni el cielo de la cara esta tan bruñido, ni las mexillas juraban yà de rosas, ni los labios apostaban à claveles, comenzò à mirarla tibio, y à usar algunos despegos. Medèa, como tan avisada, y astuta, disimulando al principio los desaires, procurò inquirir, y ver la causa de la mudanza: Presto hallò con ella; porque muger sentida, y en visperas de zelosa, despavila mucho. La Princessa Creusa, hija del Rey de Corintho, moza, y de buena cara, era el desvelo de Jasòn. Enamorado de ella, diò en hacerla galanteos, temeroso à los principios, pero despues à cara descubierta: que es proprio de maridos mal mirados, comenzar cobardes à ofender, y en viendo que ya los notan, proseguir la ofensa ossados.

Entendida ya Medèa, que los desvios de su dueño nacian de otros amores, se hizo tanto al sentimiento, que acabàra con la vida, à no abroquelarse de valor para la venganza: que aunque siente una zelosa, antes se hace à la ira, que al desmayo. Ardiendo, pues, en zelos, propuso sus quexas à Jasòn con bien sentidas razones, que acompañadas con

al-

algunas lagrimas, y mezcladas con suspiros, movieran à ternura animos de bronce. Jasòn, por lucir su yerro, se valiò de esta traza, diciendo, que el querer à Creusa no era passion amorosa, sino conveniencia de su casa, pues siendo heredera de Reino tan famoso, podia casandose con ella, adquirirles à sus hijos aquella Corona. Esto decian los labios, pero otra cosa sentia el corazon; y Medèa, que no era boba, comenzò à afearle aquellos desatinos, diciendo le perdonaba aquella piedad, y que sus hijos querian mas el gusto, y reputacion de su madre, que no aquellos aumentos de Patrimonio. Con estos, y semejantes debates passaron muchos dias: lid penosa para entre casados, harta guerra para de puertas adentro; y como en quitando se la mascara un marido, obra con mas libertad aquello que le dà gusto; assi Jasòn mas licencioso visitaba à Creusa; persuadiendola su amor à fuerza de finezas, mostrandola aborrecer memorias de Medèa, que es con lo que mas se contrastan hermosuras pretensas de un casado. Finalmẽte, entendido el Rey Creonte de que Jasòn, repudiando à Medèa, queria ser esposo de su hija, tuvolo à mucha dicha y avivando mas los medios, hizo que se efectuassen las bodas, ardiendose Chorintho en luminarias, y fiestas.

Del modo que se hallaria la desdichada Medea, no hai que referirlo, quando se dexa entender de los que saben sentir. No hai rayo que mas hiera à una muger de prendas, que el verse menospreciada; no hai dolor mas sensible para la que se precia de hermosa, que su marido la dexe: assi Medèa, viendose Infanta de Colchos, à quien tantos Principes la veneraban por Reina, y hallandose à su parecer, si no con las bizarrias juveniles, con hartos brios de hermosura (pues no hai Dama, que aunque la edad la vaya deshojando la belleza, se rinda a lo marchita) se hizo tanto à los estremos, què qual rabiosa tygre, à quien roban sus cachorros, fulminò enojos, y furias con destempladas voces, aunque anegadas en llanto. Temiòla Jasòn, y anduvo prudente, porque es desatino grande oponer las valentias à una muger agraviada; y assi, sin querer verla, la embiò à mandar se saliesse de Chorintho. No querria Creusa (claro està) tener à la vista aquella desazon de sus amores, aquel tropezon al gusto, ni Jasòn querria tampoco en agravio
cono

conocido tropezar con la ocasion. Desterròla; pues, de la Corte; y Medèa antes de partirse, le escriviò un papel en aquesta forma:

CARTA DE MEDEA A JASON.

ACuerdome Jasòn ingrato, y tirano cruel de mi alvedrio, que hallandome yo Reina en los Palacios de mi padre, arribaste à Colchos, para ganar el dorado Bellocino: empressa desatinada, à no vencer mi amor tamaños impossibles. Alli te vì una noche, quando con magnifica grandeza, y acompañado de Grandes, te combidò el Rey à cenar, negado à sus rigores, pagado de tus cortesìas. Nunca allà llegàras, y nunca yo te viera, pues te huvieras ahorrado el ser ingrato, y yo no lloràra ahora mi desprecio. Entonces, pues, embelesado à mi hermosura, cautivo de mi belleza, me hiciste mil galantèos, solicitando mi ayuda para tu pretension, y mi amor para tu gusto. Yo grata à tus finezas, creida de tus palabras, ciega à tus alhagos, atropellando paternales fueros, cumplì quanto me pediste. A fuerza de mi ciencia saliste con la victoria, sujetando Toros bravos, y adormeciendo Dragones. Te dì el alma, que es lo mas, y entregada à tu alvedrio, menosprecié mi Reino, me neguè à mi padre, dexè mis riquezas, y fugitiva contigo, vine à Provincias estrañas. Caseme contigo, y en dulce lecho te he sido fiel compañera muchos años, dandote frutos hermosos, con que desechar cuidados, y aumentar los gustos. Por què, pues, quando te hallas con tantas obligaciones, me las niegas todas sin haverte dado causa? Tanto ha podido contigo essa nueva beldad, que hace, que atropelles con tu credito, desdorando con lo infiel los timbres adquiridos? Donde estàn las promessas que me hiciste, quando amante me seguias por los bosques? Aquellos juramentos que me hacias, de que sino es conmigo, no casarias con otra, en què han parado? No basta agraviarme à mi, sino ofender al Cielo? No basta atropellar mis beneficios, sino romper tambien Divinas Leyes? Ahora me baldonas de encantadora, de pobre, de estrangera, y no te acuerdas quando me reverenciabas por señora? Ahora me arrojas de tu casa, y te olvidas de la acogida honrosa que hallaste en la mia? Yà estaba

Cariciosa ficcion de Ovid. epiſt. 12.

taba diſponiendo mi viage, no tanto por obedecerte; quanto por nò eſtàr à la viſta de eſſa Infanta que me agravia, y de repente me aſſaltò un tropel de ſuſtos, quando eſcuchè los canticos ſonoros, y el alboroto, y eſtruendos de tus bodas. Elada quedò la ſangre, el corazon ſin aliento, el pecho frio. Deſde un balcòn vì algo de la fieſta, y reſplandecer las hachas, ſonar las chirimias, y victorear el vulgo tu infame caſamiento. Vivan Jasòn, y Creuſa, parece que decian, y quanto mas llegaban eſtas voces à mis oidos, tanto eran mayores mis miedos, y ſobresaltos, tanto mas grandes mis penas. Mis criadas, y ſirvientes lloraban laſtimados, y por no decirme el caſo, imaginando que yo no lo ſabia encubrian de mi lagrimas lloradas: porque què ſiervo huviera, ni què criado, que tuviera atrevimiento para mancillarme el alma con tal nueva? Yo me hacìa ignorante de mi miſmo dolor, como ſi valieran razones de eſtado, quando fluctuaba un alma en turbaciones, y ſuſpiros. Mi menor hijo, que como zagalejo, con otros de ſu edad havia ſalido à Palacio à vèr las fieſtas publicadas con atabales, y clarines, entrò alborotado, y aunque rapaz, tan hecho al dolor, y al ſuſto, que ſin poder ſubir las primeras eſcaleras, comenzò deſde el zaguan à darme voces, diciendome: Madre, madre, ſalga preſto à la ventana, y verà la pompa, y el dorado carro con que và mi padre al lado de la Princeſa. Apenas oì al niño, quando dexados yà los diſsimulos, deſgarro mis veſtidos, arrojo los arrèos, manillas, y arracadas, y hechas navajas mis uñas, raſgo el pecho, y maltrato mis mexillas. Animotuve, y penſamiento oſſado de abrir camino por entre la gente, y llegando à tu carro, quitarle la Corona à mi enemiga, y abrazandome de ti, decir à voces: Eſte es mi marido, dadmele, ſeñores. En fin, no me atrevì, ni pienſo aprovecharà la fineza, ſegun te miro empeñado. En un bolcàn de zelos me conſumo, quando conſidero, que eſtà gozando Creuſa los brazos, que ſon mios. Yo deſpreciada, lloro à ſolas; y ella querida, goza à tu lado delicias de hymenèo; y por ventura, quando la dices requiebros, y palabras dulces, porque con ſus dorados cabellos mas te enlace, fingiràs en mis coſtumbres muchas faltas, me acuſaràs muchas culpas, diràs que no ſoi hermoſa, y que ella es una Deidad. Con eſto te abrazarà riſueña, y te harà mil alhagos cariñoſa. Riaſe, riaſe ahora Creuſa en menoſprecio mio: eſtè alegre, recoſtada entre la grana, y en talamo ſumptuoſo repaſſe ſus contentos, y alegrias, que yo juro, que la vendrà tiempo que ſe le conviertan en lagrimas las riſas, y entre llamas crueles del fuego en que me abraſſo, verà ſu caſtigo: en cenizas, y pavezas verà envuelto ſu Palacio. Pero ſi acaſo tu corazon ſe enternece à ruegos mios, ſi con mis plegarias juſtas quieres ablandarte

te

darte, escucha por mi amor las razones, y palabras de una triste. Humilde estoy, Jasòn, vèn me veràs humilde, y que postrada à tus pies, como algun dia te postrabas tu à los mios, te pido solamente, que me quieras, q̃ no agravies à mi amor, q̃ no me menosprecies. Mas si acaso de todo punto me tienes olvidada, si ya mi cara te parece fea, si yà mis ojos, q̃ algun dia los llamabas soles, no te prestan luces; si yà todo mi cariño te es enfadoso; tèn piedad, por lo menos de tus hijos; duelete de estos infantes; no les dès madrasta, aun estando yo viva. Por ellos, pues, Jasòn (ya que no lo merezca) por ellos digo, y por los Dioses santos te suplico, que te buelvas à mì, y me restituyas la fee que me quebrantas. A ti solo te pido, à tì, que eres mi esposo; à tì, pues yo sola te merezco; à tì, que me has hecho madre de dos hijos, de dos infantes bellos, no los hagas infelices. Mas si tanta humildad no me aprovecha, si tantos ruegos no sirven, si tanta razon no basta, quedate, cruel, para azote de mi honor: goza de tu amiga, goza de esse nuevo Reyno, que te dà su Padre; goza essas nuevas riquezas; goza essa nueva beldad, que yo les harè à todos; mas callo lo que harè, que no quiero anunciarles los castigos, quando los pienso hacer tales, que aun à mì misma me pese averlos hecho. Mira en esto qual estoy, y por què digo mucho en esto.

Con esta Carta desahogò Medea el pecho; que suele ser alivio, en quien se halla con agravios, reñir aun en un papel sus sentimientos. Desahogase la pena, quãdo hecha espada la pluma, tira rasgos al papel. Bien pudiera Jasòn temer las amenazas, quando conocia los encantos de Medèa, y la minha ofendida; mas engolfandose un hombre en mares de belleza, aunque vocee el Piloto de la razon, ni hace caso de peligros, ni tiene miedo a las rocas. Prosiguiò con su designio, cõcluyò sus bodas, y mandò se aclarasse el destierro de Medèa. Ella, que viò la resolucion, y el poco fruto que hacian sus bien sentidas quexas, sus lagrimas, y ruegos, como sagàz, y astuta se hizo al disimulo, dexò el llanto, callò las amenazas, y encubriò su intẽto, que es cordura en quien ha fulminado la amenaza, deslucir la execucion, para lograrla. Assi Medèa, enjutos ya los ojos, hechos brios los desmayos, y haciendo gala la afrenta, saliò a cumplir su destierro; mas antes de partirse, en tanto que se desmantelaba la casa, y se fardabã las tapicerias, y disponiã, los baules, tomãdo en son de esto los dias que le pareciò ser necessarios, dispuso con muchas yervas ciertas consecciones, que al toque de su precepto abortassen fuego.

Una noche, pues, quando los mudos silencios tienen al mundo dormido, sale Medèa disfrazada, y negada à los temores, endereza intrepidos los passos à Palacio. Embrèa con los hechizos las paredes, y las puertas, en especial aquellas donde Jasòn, y Creusa tenian sus quartos, que como alli se assestaba mas el tiro, derramò mas el veneno à aquella estancia. Hechas estas diligencias, se saliò de Corintho à ponerse en salvo, bien satisfecha de que à su tiempo obrarian sus encantos maravillas. Bien descuidados de semejantes riesgos gozaban los nuevos casados sus amores, quando una noche triste, que embuelta en obscuridades se hizo temerosa, comenzaron las nubes, al son de truenos horribles, à abortar centellas. Prendiò fuego en el hechizo, soplaron recios los vientos, y con desapoderada furia comenzaron â arder omenages, y edificios. Despertò Jasòn assustado al ruido, pensò que era otra cosa, saltò del lecho, y sin cuidar de vestido tomò la espada, y se arrojò à la puerta; esto le valiò para escapar con vida; porque ya las llamas le salieron al encuentro, y chamuscandole guedejas, y copete, no le dexaron lugar para volver atràs a cuidar de la esposa. No fue poco romper por el peligro y embuelto en fuego, y en humo, saltar a la calle desde una ventana.

La infeliz Creusa, que sobresaltada del espanto andaba tentando el lecho, buscando a su esposo, al vèr que no le hallaba, y que un desubio de fuego la quemaba ya la ropa, se hizo toda a las voces, toda al llanto, a los estremos. Jasòn? Jasòn? Repite muchas veces, ahogados los acentos con la pena, y el dolor. Salta de la cama presurosa, desaliñado el cambray, destrenzados los cabellos, torpes las acciones: Busca la puerta, pero no la halla, mucho fuego sì todo lo que topa, fuego quanto pisa, fuego quanto encuentra. Yâ los comunes alaridos alborotã el Palacio, ya la comun voceria añade miedos, a miedos, ya el Rey Creonte rinde la vida en las llamas, ya damas, y doncellas se sepultan en cenizas, ya casi todos son cadaveres funestos. Desamparada, pues, de todo humano socorro, se entregò Creusa en brazos de la muerte, cayendo cardeno lyrio quien blasonò de jazmin, y moretada violeta la que presumiò de rosa. Assi fenecen bellezas, assi mueren lo-

lozanias, asi acaban hermosuras.

No saciò aun Medèa sus rabiosos zelos con este estrago; ni en ver muerta a su enemiga se diò por vengada; antes sabiendo, que Jasòn havia escapado del incendio, en vez de amainar sus iras, se hizo mas a la crueldad. En los dos hijos hermosos que tenia de Jasòn acabò de despicar su agravio; pues ciega al amor natural, ciega a la razon, los degollò con sus manos, y fue verdugo cruel de dos vidas inocentes: estremo de zelosa, el mayor que viò jamas el orbe: crueldad la mas inaudita que vieron los siglos. No quiso Medèa, que le guardasse de Jasòn prenda ninguna, por no ver llamarse madre de hijos de quien la havia ofendido. Demàs de esto, quiso por los mismos filos despicarse, y darle las heridas, casandose con otro, porque experimentasse el frenesì de los zelos, y cotejasse consigo su dòlor, y sentimiento. Huyòse, pues à Atenas, donde el Rey Egeo, padre de Tesèo, la diò acogida: y aficionada de ella, pues respecto de sus canas aun era Medèa hermosa, la reciviò por muger, y della tuvo un hijo, que fuè Medèo, por cuyo nombre, dicen algunos, diò apellido su madre à la Provincia de Medèa. Por no sè què disgustos, que tuvo Medèa con Thesèo, la apartò de sì, y huyendo a otras Provincias, no la faltaron Principes, que se le aficionassen, y la hiciessen lado, teniendo de algunos de ellos hijos mui esclarecidos.

A todas estas fortunas, à toda esta venganza, a toda esta crueldad pudo obligar un marido con dexar a su muger, y entregarse a otra. A tragedias semejantes obligan zelos, y agravios: y aunque no es digna Medèa de q̃ ninguna le imite en las venganzas, con todo gustarà mucho, que se les cuente esta historia à los hombres poco atentos, y maridos mal mirados, para q̃ temerosos de exemplos, y fracasos semejantes, refrenen sus passiones. No se puede decir esto por nuestro David, pues èl, aunque casò con otras, no se olvidò nunca de Michòl, sino por aquellos, que al modo de Jasòn se vàn ingratos, llevados del apetito, y agenos de la razon. Mire, pues, Michòl este exemplo, si quiere con èl tener algun alivio, no por la parte de Medèa zelosa, sino por la parte de Jasòn ingrato. Jasòn, sin causa, solo por su apetito, se apartò de su muger, y se casò con otra. David, si se casò con Achiona, y con Abigail, forzaronle quizàs las ausencias de Michòl.

Lo que en Jasòn fue gusto, fue en David necessidad; Jasòn se casò ofendido, David se casò rogado; Jasòn se negò à la fee del primer matrimonio; David se mostrò fiel siempre con la que amò primero; Jasòn, aunque le escrive Medèa, se hàce esquivo; David escriviria, y leeria letras de Michòl mui cariñoso; luego cotejados el un caso con el otro, David con Jasòn, bien podrà aliviarse la que es muger de David, repassando los desprecios, que usò Jasòn con Medèa.

CAPITULO QUINTO.

EN QUE PARA EL MISMO ASSUMPTO SE CUENTAN las mocedades de Moysès, y su primer casamiento con la Princesa de Etyopia.

EXEMPLO QUARTO.

Autores de esta historia. El Exod. Josepho, S. Antiquit, c. 3. & 5. Philon in vita Moys. S. Anton. 3. p. hist. tit. 2. 5. 4. Hist. Esc. c. 6.

Pined. in Monar. 1. p. lib. 2. c. 18.

A Liente nuestro intento el Caudillo del Pueblo Hebrèo, Moysès, quando allà en su juvẽtud supo hacerse à los amores, y dexar Reynas burladas à fuerza de su industria. Contarè su nacimiento, y crianza, por cosa prodigiosa. Avia mandado Faraòn, Rey de Egypto, q̃ à todos los niños varones, que naciessen de los Hebreos, los matassen: mandato el mas cruel, que divulgò tyrano. Fue (dice) la causa averle dicho un agorero, que avia de nacer uno de aquel linage, que põdria à Egypto en graves riesgos. Pusose pena de muerte al padre, ò à la madre, ò à qualquier otro, q̃ quebrantasse el Decreto; y viendo con el rigor que se executaba, atonitos, y passmados los Hebrèos, eligierõ por medio abstenerse de sus mugeres, para vèr lastimas, y desdichas tan sensibles en sus caras, y queridas prendas. Abrahàn, nieto de Levì, y viznieto de Jacob, hombre de gran pecho, y que yà de su muger, y prima Jocabed tenia dos hijos, Maria, y Araòn, afeoles mucho à los de su Nacion el negarse à sus mugeres, alegandoles, que era poca confianza de la piedad Divina, pues Dios tenia prometido à su padre Abrahàn, que al cabo de quatrocietos años de trabajos, de calamidades, opressiones, y disgustos, los avia de sacar triunfantes à tierra de promission: en cuya promessa confiado èl, no dexaria por ningun caso de procurar, y desear, que le naciessen hijos. Naciòle, pues, Moysès en el año primero del Edicto, al qual su madre, viendole tan dotado de hermosura, le puso por nombre

Mel-

Malchil, que quiere decir Rey. Tuvo muy facil el parto con que no le sintieron los Egypcios, que servian de espias, y de verdugos quãdo alguna desdichada andaba con los dolores. Ocultaron, pues, à Moysès por espacio de tres meses, y como al cabo de este tiempo (segun el sentir de Lyra) temiessen que le hallasse la visita, y por ello les executassẽ la pena de muerte, se resolvieron en arrojarle al rio, no de modo que le ahogasse luego el agua, sino de manera que pudiesse la fortuna usar con el de piedad, y librarle de aquel riesgo. Hicieron, pues, el marido y la muger un cofrecillo de bien embreadas mimbres, y metiẽdo al niño en èl, y bien cerrado, le echaron en el caudaloso Nilo, con la lastima, y dolor, que puede imaginarse. Maria, la hermana, saliò como al descuido à ir mirando por la orilla el fin de aquel sucesso.

La Princesa Thermute, hija de Faraon, acõpañada de sus damas, y doncellas, saliò acaso aquella tarde por las riberas del Nilo à gozar de sus frescuras; y quando divertidas unas en apagar el calor con los cristales, y atentas otras al mirar precipitarse sus corrientes, divisaron el pequeño navichuelo, que sin remos, y sin velas caminaba al sòn del agua; apoderòle la curiosidad de los pechos de todas, del de la Princesa, y damas, que por vèr cosa tan nueva, trabajaban con manos, y con ojos para acercarle à la orilla. Sacarõle al fin, descubrieronle la tapa, y vieron al niño, que derramando hermosuras por mas que vertia perlas, robaba voluntades, hecho pirata de afecto. Tomòle en sus brazos la Princesa, muy enamorada de su beldad; y aũque viẽdole circũcidado conociò que era de la Naciõ Hebrea, no por esso le dexò de hacer alhagos cariñosa. Estaba esta señora ansiosa por tener hijo, porque al parecer de algunos era casada, y hallãdo esta ocasion tan de su gusto, no solo adoptò à Moysès por hijo suyo, sino que fingiẽdose preñada, diò à entẽder lo havia parido: embeleco diabolico, q̃ han hecho hartas mugeres: mas què sabemos si se valiò Thermute de este engaño, por encubrir mejor à su Padre, que era Hebreo el niño? En fin, de una manera, ù otra, ella le aclamò por hijo, criandole con aparato, y pompa en su Palacio. Philon ẽn el lugar citado.

Amaba Faraòn con estremo à la Princesa, y por no desazonarla, aunque no faltaron soplos de chismosos, que ladrandole à la oreja, le dieron à entender, que era de los He-

brèos el Infante; con todo èl hizo gorda la vista, y diòse por desentendido. Pusieronle por nombre Moysès, que significa sacado de las aguas, y haciendose querer, descubriēdo aun en la niñez habilidades, era el hechizo de todos. Sucediò un dia, siendo de solos tres años, que estando el Rey haciendole caricias, y tomandole en sus brazos, se quitò de su cabeza la Corona, y se la puso à Moysès, yà fuesse por voluntad, yà por complacer à la Princesa. Tomò Moysès la Corona, y dàdo, aunque tan rapàz, muestras de enojo, la arrojò en el suelo, y holliò con los pies: Unos lo tuvieron à risa, y otros lo tuvieron por mal pronostico. Un Nigromantico, q̄ era el cōsejero del Rey hizo exclamaciones, diciēdo, q̄ era aquel el Hebrèo que avia de destruir à Egypto, y mostrandose zeloso, quiso matarle; mas le defendiò la Infanta con todos esfuerzos, sacandole entre sus brazos del peligro. Mandò el Rey, q̄ se ventilasse el caso de si aquella accion era mysteriosa, ò alguna rapaceria de la inocencia. Huvo varios pareceres, y vino à resolverse de q̄ se hiciesse una prueba para vèr, si en el niño reinaba malicia. Pusieronle, pues, una brasa encendida junto à la boca, y como Moysès mordiese de ella, sin mostrar miedo al peligro, le disculparon en la accion passada. Y no es de maravillar en Rey, que està temeroso de que le quiten el Cetro, sujetarse à pruebas, que parecen desatinos; q̄ aunque quitar el estorvo es el mejor medio, cō todo, si se atraviessā respetos que lo impiden, como el amor de la Princesa en nuestro caso, harto es assegurarle los miedos cō una niñeria.

Assi lo afirma S. Cyrilo, y Clemente Alexandrino.

Era Egypto en aquel tiempo la Escuela mayor del Orbe, y dandole à Moysès graves Maestros, saliò docto en todas Ciēcias, en la Philosophia, y Theologia, Musica, Geometria, y Arismetica. Saliò tambien diestro en las armas, descollàdo en lo valiente, tanto como en lo estudiāte: todo diligencias de Termute, que quiso que su Moysès fuesse Principe perfecto. Ya, pues, joven bizarro era el idolo de todos, arrastrando voluntades, à fuerza de bizarrias, quando el Rey de Etiopia, con gruessos esquadrones, entrò talando la tierra à los Gitanos. Faraō, por medio de sus Capitanes, saliò à resistirle; mas fue defēsa poca à tanto orgullo, porque el Etyope venia tan pujante, que arrasaba los Pueblos que encontraba. Turbado Faraòn, y mas de vèr amilanados à los suyos, y que su mucha edad en le dexaba salir à la campaña, acordòse de Moysès,

ses; pareciendole, que solo su denuedo, y valentia bastaba a reprimir al enemigo. Diòle, pues, el Bastõ de General, aceptò Moyses el cargo, juntò gente, diò al aire los Tafetanes, y con un gruesso Campo saliò à buscar al Rey Negro. Dierõse la batalla de poder a poder, y aunque los Etyopes, por ser muchos, pusieron en contigencia la victoria, se diò Moysès tan buena maña, q̃ antes de acabarse el dia se hallò rico con el triunfo, porque cejando los Negros, y bolviendo las espaldas, los mas dexaron las vidas, y todas las riquezas.

Ufano Moysès con esta victoria, contentò a los Soldados (fulleria de buenos Capitanes) aumentòles las pagas, diòles del despojo a todos, y con toda diligencia fue siguiendo las huellas del contrario. Diòle otra carga antes de salir de Egypto, y no contento con aver recuperado lo perdido, se entrò por la Etyopia abrasando, y destruyendo. El Etyope, bramando de corage, viendo deshecho su campo, sus gentes muertas, su credito perdido, procurò con lo mas precioso salvar la vida. Encerròse en la Ciudad de Sabà, fortaleza inexpugnable, y Corte de aquel Reyno, Moysès, que avassallando los demàs Lugares, y poniendolos guarniciones a su devocion, andaba arrastrando triunfos, ansioso de fenecer del todo aquella guerra, se puso sobre Sabà, y sitiòla valeroso.

Assi llamà à esta Ciudad S. Antonino en el lugar citado. Y Estrabon, lib. 17 y Zonaras, tom. 3. Annal. la llaman Meroe.

Tenia el Rey de Etyopia una hija agraciada, aunque morena, donosa en el asseo, bizarra en el talle, briosa en las acciones. Enamorada, pues, de la fama de Moysès, andaba ãsiosa por verle. Cũpliòse su deseo, pues estãdo una tarde assomada à las rexas de una Torre, y andando Moysès sobre un alado bruto requiriendo el sitio, gozò de su vista, dexandose cautivar de su gala, y gentileza. Por mas que quiso refrenar el apetito, y arrojar de sì el amor, a fuerza de imposibles, que se le ponian delante, no pudo la enamorada Taibis (que assi se llamaba) vencer su passion. Travòse una fuerte lucha en el pecho enamorado de la Infata, la hermosura de Moysès la animaba para qualquier desgarro, el respeto de su padre la ponia grillos a la resolucion; lo uno, la revestia de valiẽte; lo otro, la desmayaba de cobarde; y si el amor era mucho, no era menos el temor. Cõ esta lucha de afectos anduvo algunos dias; y como siempre el amor vence imposibles, sin miedo del arrojo, quiso buscar quietudes para el alma, y

 aun-

aunque callen los Historiadores el modo que tuvo para hablarse con Moysès, y assentar con èl los pactos, y conciertos, bien se dà à entender del caso supuesto que rogò, y pechò del modo que le hablaria; que muger, y mas Infanta, que ofrece, y ruega à quien es enemigo de su padre, por poco advertida q̄ sea, no ha de fiar de nadie sus intentos, solo ha de obrar oara no ser descubierta. Finjamos, pues, del modo que serìa.

Rebolviò Taibis muchas trazas en su imaginacion para vèr la que eligiria, que le estuviesse mas bien para lograr su amor, y honestar su intento: que yerros, si saben dorarse, no parecen tantos yerros. Dirigiò à casamiēto su designio: capa honrosa para cubrir qualquier travesura. Con animo, pues, de cumplir su deseo, aliviar à su padre, cazar al enemigo, libertar sus Ciudadanos, medios todos gananciosos, armò el pecho de valor, y empezò la diligencia. Aguardò oportunidad, à fuerza de passar noches, y dias, que no siempre es ocasiō para un arrojo. Hallòla, pues, una noche, asiòla del cabello, descubriòse à una criada, por vèr que era fiel; sacò de un baùl vestidos à proposito armòse à lo varonil, la criada al mismo tenor; abre cō llaves maestras las puertas necessàrias, ensillan dos cavallos, montan ligeras en ellos, y marchan presurosas al Real del Enemigo: Topan con las centinelas, y rebozandose el rostro, dicen, que vàn en paz, que avisen à Moysès, que les importa hablar muy à solas. Fueron con el recado, y dexando Moysès el lecho, y sabiendo eran dos solos los que le buscaban, concediòles licencia que llegassen. Apearonse, pues, junto à la Tienda, y quedādose à la puerta la criada, ētrò la hermosa Etiopisa, cubriēdo con lo bizarro los defectos de Morena. Quitada la mascarilla, y haciendo con mucha gracia tres corteses reverencias, le dixo, que era Taibis, la Princesa de Etyopia, que sin orden de su padre venia à sus pies à pedir misericordia, y à vèr si avia algun medio para fenecer, y acabar aquella penosa guerra.

Apenas oyò Moysès decir, que era la Princesa, quando poniendose en pie, y haciēdole la debida cortesia, como quien estaba bien en las ceremonias con que se tratan à las personas Reales, mandò darla asiento; y aviendola saludado con mucho alborozo, la dixo, que prosiguiesse en su demanda. Taibis, que enamorada, y à vista del idolatrado objeto, apenas

nas con la turbacion acertaba à enquadernar razones, deſpues que hizo tiempo para q̄ paſſaſſe lo recio del ſobreſalto, le hablò cō mucho donaire de eſta ſuerte: Yo, valiēte Capitan, os eſtaba por la fama aficionada mucho, y aviēdoos viſto, claro eſtà que eſtarè mas, q̄ quiero hablaros claro, ſupueſto que de mi accion, à fuer de entendido, es fuerza que raſtreeis mi pēſamiento; y es necedad, à quien ſabe encubrir lo que ignora. Yà conozco, que aunque Princeſa de eſtos dilatados Reynos, no os merezco por eſpoſo, por ſer vueſtras partes merecedoras de mas altas Reynas, y q̄ mas hermoſas os ſazonen mas el guſto; pero ſi lo immenſo de mi amor, ſi el eſtremo de mi arrojo, ſi lo grande de mi fee pueden recompenſar, y ſuplir la blancura que me falta, la beldad de que carezco, admitidme eſclava con el honroſo titulo de eſpoſa, y yo pondrè à vueſtros pies eſta Ciudad, y Reyno de mi padre: coſa, que ſino es por eſte medio, no podreis conſeguir, por mas que peleeis; porque la Ciudad eſtà tan fortalecida, tan abaſtecida de ſuſtento, y tan proveìda de todo lo neceſſario, q̄ aunque la tengais cercada un ſiglo, antes acabareis en la demanda, que ella ſe ſujete al rendimiento. Eligid aora lo q̄ os eſtuviere mejor, Ciudad, Eſpoſa, Reyna, y Reyno, ò cerco porfiado, y penoſa lid ſin fruto. Penſadlo bien, y la reſpueſta aguardo en mi Palacio.

Levantòſe diciendo las ultimas palabras, y haciendo corteſia tomò la puerta, ſin dàr lugar à Moysès, que reſpondieſſe; que es cordura en dama q̄ ha declarado ſu amor à quien pretende, no eſperar cara à cara algun deſayre. Mōtaron en ſus cavallos ella, y la criada y à toda prieſſa dieron buelta à la Ciudad. Quedòſe Moysès paſmado del ſuceſſo, cautivo de la diſcrecion, y enamorado de la fineza. En deſvelos, y diſcurſos ſe le paſsò la noche; que fuera ſentir mui poco entregarſe al ſueño hombre à quien buſca una Reina, y le pide por marido. En levantandoſe al dia, llamò à ſus Conſejeros, contòles el caſo, y hallandolos à todos conformes à ſu guſto, quiſo ſer agradecido à la diſcreta Taibis, ofreciendoſele eſpoſo, y moſtrandoſele amante; hechas las capitulaciones (no ay duda ſino que el viejo Rey vino bien en ello, por lo bien que le eſtaba) abrieron las puertas de la Ciudad, y con magnifica pompa, fieſta, y regocijo, fueron recibidos Moysès, y los ſuyos; celebraronſe las bodas, y en el talamo

Real

Real gozò Moysès los amores de su enamorada Etyopisa, pagandola con cariños sus estremos, y finezas; yo imagino, que estuvo Moysès casado muchos dias, siendo Rey de aquel Imperio, supuesto que ay quien dice, que la Princesa Termute su madre, fue sepultada en aquella Ciudad; y como tambien se llamaba Meris, le pusieron por ella Mereo: y si esto es assi, es forzoso que se diga, que vino Termute en seguimiento de Moysès, y mas sabiendo, que se havia casado, y q̃ viviò con èl en Sabà hasta q̃ acabò la vida. Mas aunque esto no passasse assi, sino como quieren otros, se estuviesse Termute en Egypto hasta que bolviò Moysès triũfante de Etyopia; no ay duda sino que estuvo casado con Taibis mucho tiempo; yà fuesse, pues, q̃ le llamasse Faraòn, temiendo no se levantasse, hallandose poderoso; ya fuesse q̃ el mucho amor de Termute le arrastrasse à Egypto; ya fuesse q̃ estuviesse mal hallado de una negra, pues por mas que le adornen los asseos, es siẽpre cara de noche; yà fuesse, pues, por algo de esto, yà por todo, se determinò Moysès à dexar à Taibis, y bolverse a Egypto. Ella como le amaba tanto, y advirtiò en los despegos, dexòle de adivinar los pẽsamientos, por lo qual mas cariñosa procuraba entretenerle. Celabale cuidadosa, procurando siempre andar à su lado que como era varonil, no avia viage, no avia caza, no avia monte, que no le siguiesse bizarra.

Viendo Moysès, que à desvìos, y à desayres no podia desasirse de ella, y q̃ aunque se fuesse à Egypto avia de seguirle, como famoso Astrologo que era, procurò valerse de su ciencia para poder apartarse. Fabricò, pues, un anillo de oro, y en una piedra preciosa, que le puso por engaste, pintò su retrato. Diòsele à Taibis, que pensando era favor, le recibiò con mil gustos; mas apenas le mirò puesto en su mano, quãdo se llenò de olvidos del que idolatraba tanto. Tal fue la eficacia del remedio, que aunque Moysès dispuso su jornada, y cargò con sus riquezas, y marchò con sus Soldados, no hizo Taibis la menor demostracion de sẽtimiento, sino que olvidada de que era su esposo el que se ausentaba, le despidiò con agrados, y se quedò contenta. Con tan estraño arbitrio repudiò Moysès à su enamorada Taibis, aunque parece culpable la accion, por lo que encierra de ingratitud, con todo tiene alguna disculpa, pues la supo ahorrar de sentimientos: que si todos los maridos que han olvidado à sus mu-

S. Antonino, y la Historia Escolastica en los lugares citados, refieren este caso porq̃ no piensan que es fabula.

mugeres, como en las historias, que hemos referido, supierã como Moysès hacer que ellas no se a cordassen de ellos, ni el desasirse se sintiera, ni atormentàra el agravio. De esta historia puede inferirse, que aunque David buscò otras mugeres, jamas olvidò à Michòl, sino que la estimaba lo mismo que solia; porque supuesto, que à fuer de bien entendido, no ignoraria esta historia, y esta traza de Moysès à no amar à Michòl con la fineza que antes, la procuràra tambien algun anillo, con que olvidàra su amor, pues no avia de querer ser David mas cruel con vna Infanta hermosa de Judea, que Moysès con una de Etyopia.

CAPITULO SEXTO.

EN QUE SE REFIERE COMO SAUL DIO A MICHOL OTRO *marido: suponense las lastimas de la Infanta, y el modo con que guardò su honra.*

EN pocas palabras con q̃ se remata el cap. 25. del Libro primero de los Reyes, nos descubre el Historiador Sagrado cãpo espacioso para discurrir, y pintar unas lastimas piadosas, y unas lides del honor, con q̃ David, Saùl, y Michol se guerrearon à un tiempo: que ay casos, que dichos en una palabra sola, dàn luz al discurso, para saber del modo que passarian. Cassòse David con Abigaìl, viuda de Nabàl Carmelo, como largamẽte lo dexamos dicho en nuestra Primera Parte. Luego nos dice el Texto, que tambien se avia casado en la Ciudad de Jezrael con Achinoa, dõcella, como se dexa entender, de buena cara, y de prendas, en la qual tuvo à su hijo primogenito Amnon, Principe infeliz, como veremos despues; y apenas acaba el Historiador de decir, q̃ se casò David con estas dos mugeres, quando immediatamẽte nos dice, que el Rey Saùl la diò à su hija Michòl otro marido, llamado Phalti, ò Phaltiel: * con que parece nos supone el Texto, que el hacer Saùl aqueste arrojo fue de agraviado, y sentido, de que huviesse David buscado otras mugeres, aviendole èl casado con su hija. Ya sè, que el Tostado sigue contrario rumbo, diciendo, q̃ Saùl casò à Michòl con Phalti, antes que David se huviesse casado con Abigail, y Achinoa: y que el casarse con estas, fue por lo q̃ hizo Saul, de

Ex l. 1. Reg. c. 25. Text. y Glos. Lyra, y el Abul. David. Perseguido 1. p. cap. 13.

* Llamarse Phalti, ò Phaltiel, es casual y no mysterioso, sino cosa ordinaria en el Idioma Hebreo, como lo prueba el Abulens. in 1. Reg. cap. 3. q. 7.

b Abul.in 1. Reg.c. 25. q. 8. 17. de averla dado otro marido à Michol;*b* mas salvo la autoridad de Doctor tan eminente, me acomodo con el Texto, de que primero recibiò David otras mugeres, que le quitàra Saul à la primera, y que el quitarsela, y casarla con otro, lo hizo de ofendido: pues no ay duda, mirado lo aparente, y natural, sino que al modo que la primera muger concebiria sus zelos, quando el marido recibia otras mugeres, assi tambien se darian en parte por agraviados los padre de la principal esposa, y mas siendo de alta sangre como Saùl, que era Rey. Colijo esto de aquel pacto, que hizo Labàn con Jacob, de que no recibiria otras mugeres, mas que à sus hijas:*c* luego era señal, que aunque era licito en la Ley Natural, y Escrita, el poderse uno casar con muchas mugeres, todavia lo sentia mucho el suegro de la muger primera, que el yerno se case con otras: luego bien se infiere, que sentiria Saùl infinito, que huviesse David recibido otras mugeres.

c Genes. 31. Veale el Abulens. in 1. Reg. c. 25. q. 17

Supuesto, pues, todo lo dicho, quien, por mas que pique de sèrio, ù de espiritual, podrà desabrirse, de que en credito piadoso pintemos el lance, que passaria entre Saùl, y Michòl, al darla contra su gusto nuevo esposo? No es verisimil, que procuraria el Rey coger à la Infanta à solas, y que con dominio de padre, con imperio de Rey, con capa de ofēdido, la haria consentir en su voluntad? No dàn todos por sētado, Lyra, el Abulense, la Glossa, Josepho, y otros, que Michòl, à fuerza de la violencia de su padre, admitiò à Phaltiel por marido? *d* No nos consta lo sacudida q̄ era Michòl, pues como yà vimos, se atreviò à burlar à su padre, quando fingiò con la estatua, que David estaba enfermo, por darle tiempo à que se pusiesse en salvo? Luego bien se colige de todas estas cosas, que pues se sujetò Michòl à admitir otro marido tan contra su voluntad, q̄ fue mucha la violencia, mucho el rigor, y muchas las amenazas del Rey, no admite esto duda; y assi puede presumirse, que quando mas descuidada estaria Michòl, passando, y repassando las lastimas de su dueño, entraria Saùl el color perdido, colericos los ojos, torpes las acciones, y turbadas las palabras, la diria razones semejātes.

d Michol accepit Phalti in virum invite, quia Saul cogit eam. Ad hoc Abulens. ubi sup. q. 18.

Porque conozcais, Michòl, el marido, q̄ teneis, y à quien tanto amais, solo porque yo le aborrezco, pues encerrada en vuestros Palacios, y arrastrando luto por su ausencia, ni salis à los festines, ni os hallais en los passeos, ni aun à mi me

vi-

visitais(todo muestras de tristeza, y dolor) porque conozcais, digo, quien es David, y lo mucho que le debeis, si yà no es que os lo han dicho, sabed, que se ha casado en el Carmelo con la viuda de un villano, (que es lo que mas siento) y en Jezraèl tambien con otra dama, con que yà con dos mugeres despica vuestras ausencias. Breve os lo he dicho: ojalà q̃ el golpe de tal agravio os acabàra la vida, para no vèr à los ojos tan declaradas ofensas. A una Infanta de Israèl, à una beldad como la vuestra, à una hija mia, iguala David dos damas particulares, ò porque le avràn parecido hermosas, ò por afrentaros, ò afrentarme, que es à mi juicio lo mas cierto: decid aora, si le persigo en valde? Si es crueldad lo que uso? Si es rigor el que muestro? Si es justicia? Decid aora si me rece David el Cetro que empuño? El Laurèl que ciño? Y la Corona q̃ anda por quitarme? Derramad aora lagrimas por èl, haced estremos, manifestad sentimientos, dexad las galas, y arrastrad luto, aunque todo esto quadràra mejor aora si sabeis sentir, que una muger de prendas, que se vè afrentada, ò sepultarse viva, ò despicarse cruel; pero no, que yo sabrè vengarlo, y vengaros, de modo, que quede mi fama eterna, dandole por los mismos filos las heridas. Yo os tengo yà casada con uno de los mejores sugetos de mi Corte, que es Phaltiel, hombre de muchas prendas, docto, y entendido, y à quien la Ciudad de Gallin respeta por Grande. El ha de ser vuestro esposo, à pesar del mundo, porque muger como vos no puede soldàr el agravio sino es con este despique; y assi, apercebios, Infanta, que sin dilacion alguna, sin replica, sin reparo, se han de hacer oy estas bodas.

Infierese este sentimiento de Saùl, de lo q̃ queda dicho de Labà, que sentian mucho los suegros, que recibiessen los yernos otras mugeres.

Bien se puede creer piadosamente, que con razonamiẽto semejante haria Saùl la propuesta, y q̃ Michòl, atonita, y cõfusa, querria disuadirle del intẽto (que como amaba mucho à David, es cierto resistiria todo lo possible darle à otro mano de esposa) con lo qual mas airado Saùl, apretaria mas el cordel de su violencia, y centellando enojos, la diria: Pues què quereis ir cõtra mi gusto? Quereis ser fiel à un ingrato? Quereis que os silve el vulgo? Què quereis, Michòl, quitarme la vida? Que muera à manos de mi pena? Que triunfe David de mi? Pues viven los Cielos, q̃ si irritais mi rigor, que os haga entre mis manos mil pedazos, ù que con este puñal os saque el alma.

Que seria el lāce tan apretado como esto, son fuertes las amenazas, no me parece que admite duda; pues una muger tan animosa, y valiente como Michòl, inclinò la cerviz, y se quedò aturdida, casādose por fuerza con quien no tenia voluntad, ni gusto. Diò, pues, el sì forzada, y segun graves Autores, se hizo toda ella à la tristeza, toda à suspiros, toda à llanto. No ay duda, q̄ haria estremos muy sentidos, torciendo sus blancas manos, y mesādo sus cabellos, como se cuenta de Hermione, y abaxo lo verèmos en su historia, quando casada con su primo Orestes, la entregò su padre à Pirro, con quien viviò tan forzada, y desabrida, como Michòl con Phaltiel. Publicòse, pues, que era Phaltiel marido de Michòl, y yerno del Rey Saùl; y aunque la publicacion pudo ser que fuesse al son de trompetas, y atabales, no ay duda sino que la voz del caso pasmò à todos, Principes, y Grandes se quedarian suspensos, y hasta el vulgo desbocado se admiraria confuso. Nadie sabria què decirse, nadie se atreveria à oponerse, porque à la resolucion de un Rey, el mas grande se hace mudo, y el callar es lo mejor.

Interli. in 2. Reg. c. 3. Histor. Escolasti.

Casada Michòl contra su volūtad con Phaltiel, convienen los mas de los Doctores, assi Hebrèos, como Latinos, y Lyra por Capitan, que Phaltiel en todos los años q̄ tuvo consigo à Michòl, nunca la conociò como à muger, sino que la tuvo como en custodia, y guarda, teniēdola, y respetandola como à muger legitima de David, y que el casarse èl con ella, ò venir en el casamiento, fue por dos causas; lo primero, por miedo del Rey, que le obligò à ello; lo segundo, por gozar de la preheminencia, y dignidad, que gozaban los yernos de los Reyes. Pero el Abulēse, como Tostado, y reconocido en agudezas, sigue contrario rumbo, y bien fundado por cierto, y que si no fuera por el respeto, y valor, que voy ponderando en esta hermosa Infanta, siguiera su parecer de que Phaltiel conociò à Michòl, teniendola como muger propria, y juzgando (claro està) que no agraviaba à David en ello; porque supuesto que ay quien dice, que por orden de Saùl repudiò David, aunque forzado, à Michòl, y siendo en aquel siglo repudiada una muger, podia licitamēte casarse otro con ella, bien se sigue, que Phaltiel juzgaba à Michòl por propria muger; y aun pensaria, que el quitarsela, como se la quitò despues Isboseth para tornarla à David, era cōtra Derecho, porque

Abul. in 1 Reg. c. 25 q. 19.

Mira al Abulens. ubi sup q. 20.

Deut. c 24.

que segun ley, en repudiando un marido à su muger, no podia bolver à recibirla. Pruebase todo esto, de que quando le quitaron à Michòl al mismo Phaltiel (como verèmos adelante) iba por los caminos llorando tràs de ella. Del qual llanto infiere el Abulense, que Phaltiel gozò a Michòl, y la tenia como propria muger. Abul. ubi supr. q. 19 & in 2. Reg. c. 13 q. 18.

Vistas estas dos opiniones, me acomodo con la comun, de que Phaltiel no conociò nunca carnalmente à Michòl, pero sobre en quien estuvo la virtud, si en èl, ò en ella, se dividen en dos vandos los Doctores. Lyra con los Hebrèos lo atribuyen a Phaltiel, y dàn por razon, q̃ como era hombre de letras, sabia mui bien, q̃ era Michòl muger legitima de David, y q̃ no podia otro casarse con ella mientras David viviesse; y que assi, èl por complacer al Rey, la admitiò por esposa, pero la tenia como à hermana. Y al llanto q̃ hizo quãdo se la quitaron, dicen unos, q̃ era de gozo de aversela guardado à David intacta: esto siente Lyra. Otros dicen, que lloraba porque se le quitaba la materia de una gran perfeccion; pues teniendo siempre al lado, y à la vista una muger hermosa, se guardaba continẽte sin tocar a ella, poniendo en la cama en que dormian una espada desnuda entre los dos. Esta razon la da por ridicula el Tostado, y lo merece. Los de la otra vãda, con la Historia Escolastica, y la Interlineal, suponen, que estuvo en Michòl la perfeccion, y que quedò por ella, que Phaltiel no la gozasse, y dàn por razon, que como ella amaba mucho a David, estaba siempre, mientras viviò con Phaltiel, hecha un mar de llanto, y tristeza.

Siguiendo, pues, este rumbo de q̃ nuestra Infanta Michòl, sagaz, prudente, y astuta, se resistiò tantos años valerosa, no permitiendo, que su supuesto esposo la tocasse, discurramos aora el modo, y la traza que tendria para salir con victoria siẽpre en guerra tan de casa, y en tan continua lid. Pudo ser que al modo que Sara (como tratarèmos en su historia) quãdo Faraòn la quiso hacer su muger, tan contra la volũtad de ella, por tener vivo à su dueño, acudiesse a Dios cõtrita, pidiendole sus soberanos auxilios, y q̃ su Angel Custodio acudiesse à socorrerla, reprimiẽdo los impulsos de Phaltiel, como allà el otro los de Faraòn. De esta ayuda se valiò tambien Cecilia, para q̃ su esposo Valeriano no la tocasse. De lo mismo se valiò la Infanta Doña Teresa, para q̃ no la gozasse Abdalla, Rey Moro de Toledo, a quien D. Alonso el Quinto Rey de

*La Chronica de este Rey; y toca el caso Mariana 1.p.l. 8. c. 10.

* Mira al Abulens. ubi supr. 2. Reg. c. 3. q. 18.

de Leon, hermano de ella, la avia dado por muger.* Siẽdo, pues, las causas todas, unas, por què no podrà atribuirse el vençimiento de Michòl, en guerra tan penosa, à la ayuda de su Angel, y à los socorros del Cielo? Quiza que era esta la espada que dice Rabi Salomòn, * que entre los dos ponian en el lecho? porque què mas espada, ni mas agudo azero, q̃ la amenaza Divina, à quien quiere desmãdarse en ropa agena? Siendo, pues, Michòl por una parte astuta, por otra armada de Dios, es muy verosimil, y se puede creer piadosamente, que aquella noche primera, que seria (claro està) la de la mayor batalla, quando Phaltiel, à lo de novio, querria gozar del derecho de marido, le resistiria animosa, si bien llorosa, y triste, diciendole:

Si piensas, Phaltiel, por verme muger, y al Rey de vuestra parte, que si como este matrimonio fuera verdadero, aveis de deslizaros, no digo à gozar del fruto, sino solo a imaginarlo, os engañais tanto en ello, que antes en estas lagrimas que lloro, me ahogàra la pena, que permita hacer agravio al que es mi dueño. No sabeis, que es David mi verdadero esposo? No sabeis, q̃ este matrimonio es nulo, y que el sì que os dì fue solo cumplimiento, y no palabra? Pues si sabeis esto à fuerza de entendido, què es lo que quereis de mì? Me queriais acaso por amiga, y que en fee de la mano que os he dado, hicieramos comun el lecho? Por tan facil me juzgais? Por de tan pocas obligaciones me teneis? Sabeis que soy la Infanta? Sabeis qne mi pundonor es hijo de mi nobleza: Dexad, pues, Phaltiel los vanos pensamiẽtos, y si quereis gozar fama de entendido, y de leal, conservaos conmigo cuerdo: hacedme sombra de esposo, sin las caricias de amante: tratadme como a muger, sin los entretenimientos de marido: sed esposo en lo publico (que harto es esto, pues no podrà soldarse este disfame *) pero en lo secreto vivamos como hermanos. Portandoos de esta suerte, cumplireis con todos, con Dios, y con el mundo, con mi padre, y con David, con vos, y conmigo; demàs, q̃ quando de virtud no querais assentir a mis razones, yo me portarè con vos de tal suerte, q̃ antes de verme os mueva a dolor, que os inquiete el apetito a desearme. Jamàs en mi rostro vereis alegria, mucho desconsuelo sì, tristeza, y llanto: jamàs de mi boca oireis palabra de gusto, muchas quexas sì de mi suerte amarga: ja-mas

* Segun el Tostado, aunque Phaltiel no conociesse, ni gozasse à Michòl, habitãdo, como habitabãjuntos, estaba la presũpcion contra ellos de que se gozaban.

mis podrè hacerme à los agrados, sino solo à los despegos, con lo qual pienso teneros tan atado à la razon, que sin costaros la menor fatiga, jureis de continente. Y advertid, que siempre que esteis conmigo, hagais cuenta q̄ està David delante, porque le tengo tan en el corazon, tan esculpido en el alma, que no dudo se assome à las ventanas de mis ojos à ver quien està conmigo.

Con semejantes consejos, y aun con razones quizà mas apretadas, puede creerse que se resistiò Michòl, para que Paaltiel no la tocasse, assi la noche primera de casados, como todo el tiempo que cohabitaron juntos. Y aqui puede entrar tambien la razon de los que dicen, que Phaltiel, como etendido, se abstuvo de tocar à Michòl; pues persuadido de ella con lagrimas, y ruegos, harto bronce fuera el hombre que se hiciera al apetito. En fin, con esperanzas quizà (como supone la Interlineal) de que algun dia mudaria Michòl de parecer, y se haria à los alhagos, fue siempre contemporizando cō ella, y esperando la ocasion. La resolucion de Michòl por una parte, la razon por otra, le pusieron en estrecho: q̄ tanto como esto vence una muger quando quiere ser honrada. Hecho capa de marido se estuvo Phaltiel muchos años, sirviendole de freno à su apetito las lagrimas de Michòl.

CAPITULO SEPTIMO.

EN QUE SE CUENTAN LAS NUEVAS LASTIMOSAS que le fueron à David, de haverla dado à Michòl otro marido.

EN la Granja del Carmelo passaba David sus cuitas, algo aliviado al solàz de dos mugeres, ambas prudentes, y hermosas. Con la discreta Abigail desechaba mil cuidados, y con la bella Achiona olvidaba mil tristezas: que no hai mayor aliento para un triste, que vèr su muger al lado, y mas hermosa, y leal. Pero quando al mayor gusto no se siguiò la tristeza? Quando al mayor placer no le diò mate el pesar? Quando à la mayor quietud no la turbò la fortuna? Quando mas quieto, y gustoso se hallaba David, le llegaron unas nuevas tan dolorosas, y tristes, que fue bien menester todo lo grande de su pecho, para no acabar con èl.

Ex lib. 1. Reg. in fin. c. 25. y alli la Glossa, y el Abul.

èl. Supo, pues, que à su querida Michòl, a violencias de su padre, la hacia lado Phaltiel, con titulo de marido. Bravo sentimiento para un hombre de bien! dolor desaforado para quien siente la honra! pena intolerable para quien sabe sentir! No hai trabajos, no hai desdichas, no hai desgracias, ni aun muertes hai, que puedan igualarse con quitarle su muger à un hombre honrado, y casarla con otro. Y assi mi sentir, ni el estrupo de Thamàr, ni la tragedia de Amnòn, ni el rebelarse Absalòn, ni el saber que en una encina era espectaculo horrendo, todos estos fracasos, y dolores no igualarian al sentimiento, y dolor de esta desdicha.

Pero què serà la causa (debaseme à mi ingenio este discurso, pues en nadie lo he hallado) què serà la razon, digo, de que el Sagrado Historiador passàsse en silencio esta pena, esta persecucion, este trabajo este sentimiento de David, supuesto que nos refiere, y cuenta otros lāces de mucho menos dolor? Cuentanos el passo de Nabàl, quando por haver correspondido grossero, y mal hablado, comenzò à vibrar enojos, y à vomitar pesadumbres; y con juramentos, que hacia temblar el monte, pretendiò, no solo acabar con èl, sino passar a cuchillo à todos los de su casa. Cuentanos, que por la alevosia cometida contra Abnèr, hizo sentimiētos grandes, y muchas demostraciones de tristeza, vistiendose de luto, y jurando no comer en todo el dia, y echandole al matador infinitas maldiciones. Cuentanos, que por la traicion de Ceilàn, (como quiere Lira) ò por el rebelion de Achitophèl (como sienten otros) se hizo todo à los despechos, pidiendo à Dios contra ellos mortales castigos. Cuentanos, pues, todos estos lances en que apurada, al parecer, la paciencia de David, les diò rienda à los enojos; y nos passa en silencio el passo de mas dolor, el lance de la deshōra. Adonde mejor que en este caso, que toca tan en lo vivo, podia un hombre de bien sacar la espada, y esgrimir las iras? Adonde mejor que aqui, podia hacer desafueros, romper las vestiduras, vestir luto, y tratar de la venganza? Ay paciencia que baste al quitarle à un hōbre su muger, y entregarsela à otro que la goce? Como, pues se calla esto, que es mas, y se hace alardes de aquello, que es lo menos? Diremos, que fuè olvido del Historiador? No, por ningun caso; lo uno, porq el Autor principal de la Sagrada Escritura es Dios, y à Dios nada se puede olvidar; lo otro,

1. Reg. c. 25.

2. Reg. cap. 25. Psal. 54. *Veniat mors super illos, &c.* y alli Lyra.

S. Isid. lib. 6. Origen. cap. 2. Mendoz. Reg. com. 1. anno 3. sect. in 2. Prooem.

otro, porq̃ segun la comun opinion de S. Isidoro, el Escritor deste caso, y de todo el cap. 25. &c. del lib. 1. y todo el lib. 2. de los Reyes, fue el mismo David. Luego como se acordò en aquel mismo capitulo de todo el enojo, y pesadumbre contra Nabàl, es cierto se acordaria tambien, supuesto que toca al caso el dolor, y sentimiento de su mayor afrenta: No admite duda. Pues por què no lo refiere? Por q̃ no nos lo dice? A mi me parece, que por ser David mui recto, mui prudente, y mui ajustado a sus obligaciones. Porque viendo q̃ esta afrenta de quitarle a su muger. y darla a otro, la hallaba en el Rey, y q̃ assi sus iras sus pesadumbres, sus enojos, era fuerza se endereçassen contra el causador del daño, tuvo por mejor no escrivirlo, y dexarselo al silencio, q̃ no que se le objetasse desacatos contra una Magestad Real. Aunq̃ David estaba ungido por Rey, no lo era mientras Saùl vivia, antes bien era su vassallo; pues es tanto el decoro, tanto el respeto, que a una Magestad se debe (porque està en lugar de Dios) q̃ por agravios, y afrentas, que haga un Rey a un vassallo (que en rigor, no lo son tales, porq̃ un Rey, ni agravia, ni afrenta nunca) que ya que a fuerza de humano se quexe de ofendido, se indigne, se lamente, y se apassione, ha de ser para consigo, en lo oculto, en su rincon, y adonde, si puede ser, que no lo oigan las paredes, porque un vassallo no tiene jamàs licencia de hablar contra un Rey una palabra, ni fulminar cōtra èl la menor ira. Assi, pues, David, como advertido en todo, aunque la passion natural romperia en sentimientos quādo supo su afrenta, y a fuerza del gran dolor hablaria quiza sus desatinos, no quiere que se le objete, ni se sepa q̃ tal huvo, ni que nadie le acote por exemplo; y assi solo apuntò el caso, y todo lo demas se lo dexò al silencio.

Indignarse con Nabal, por ser un mal hablado, y jurar de hacer en el un castigo, cuentese en buen hora (parece dice David) sepanlo todos, porq̃ en fin corremos a las parejas, y en calidad somos iguales, aunq̃ yo mas noble por el titulo de Rey, que tengo para adelante; y en leyes del pundonor, nūca serà mal contado que un hombre de bien, con titulo Real jure de vengar su afrenta. En fin, esto aunque me desdore en algo la conciēcia, cuentese, y sepase mui enhorabuena. Que yo tābien, ya Rey coronado, maldiga à Joab, y a Achitophèl, ambos vassallos mios, y ambos alevosos, y traidores; y que en

razon desto haga estremos que parezcan locuras,cuentese,y digase de la misma suerte;porq̃ un Rey,y mas con causa,tiene mucha licencia para ello.Pero no porque Saùl,siendo mi padre,y mi Rey,me haya quitado a mi esposa,y casadola cō otro(aunq̃ ha hecho mal en ello):engo yo de airarme ni fulminar contra èl iras,y enojos?Esto sonara a delito,y me fuera mal contado,y assi no se escriva tal,ni se sepa,q̃ tal huvo Grande es el dolor;grande es la pena,mortal el sentimiento descomunal el agravio;mas si han de tocar al Rey dolores,y penas tales,sufoquense en el pecho,ahoguēse en el corazō a fuerza de llāto,y no salgā à la boca, ni aya testimonio dello.

Aqui entra bien lo que dicen algunos Politicos, (y es este caso harta prueba) que en cosas q̃ tocan a los Reyes, no todo lo que passa puede decirse,ni menos darse al papel. Es el Rey,por malo que sea,imagen de Dios, que assi se lo diò a eutender Esther al Rey Assuero,siendo un Barbaro Gentil; por lo qual,aunque tengan sus desmanes como hombres,se ha de mirar por lo que tiene de Dios,para con obra,palabra ni pensamiento,no hablar mal de sus acciones , sino encomendarlo à Dios,que es quien solo ha de juzgarle.

Videte,Domine, quasi Angelum Dei. Esthèr, c. 13.

Nos diò en esto David gran politica , y tanto dechado, q̃ aun no se contentò con remitir al silencio, y dexar entre renglones su mayor dolor,y agravio,sino que de mas a mas quiso deslucirlo,y como dar à entender,que ni estaba agraviado,ni sentido;bien que en la accion juzgarian algunos q̃ iba a despicar su enojo. El caso es este,que apenas acaba de contar (vaya el curioso en que fue el mismo David , como dexamos dicho, quien escriviò esta Historia) apenas, pues, acaba de contar como Saùl su suegro le diò a Michòl otro marido,quando cerrando alli el cap.25.entra diciendo luego en el capitulo siguiente,q̃ sabiendo que Saùl havia salido a buscarlo por aquel desierto,llamò a su sobrino Abisaì , y rebosados con las sombras de la noche , partieron los dos à su Tienda ossados,y valientes;que entraron dentro,y vieron al Rey dormido,y a todos sus Capitanes en contorno ; q̃ entonces Abisaì,pensando(claro està) q̃ iba enderezado aquel arrojo a despicarse David de todos sus agravios, le dixo denodado ,enristrando el venablo q̃ llevaba:Ea,señor,ya Dios te ha puesto a tu enemigo en tus manos;aparta, y veràs q̃ a un golpe le coso con la tierra , y hago que despida el alma.

A

A lo qual David, travandole el brazo, le dixo, que no lo hiziesse, ni contra un Christo de Dios intentasse tal alevosia, afirmando con juramento, que hasta que llegasse su hora, ò Dios le matasse, èl no havia de ofenderle. Que se salieron cō esto, llevandose para señas desta hazaña el venablo del Rey, que tenia a la cabecera, y un barril de agua. Que se fueron a un collado, que diò voces desde allì; que el Rey despertò al ruido, q̄ le significò su innocencia, pues que pudiendo matarle, no lo havia hecho; que Saùl quedò contrito, q̄ le ofreciò su gracia, que le llamò para sì, que le diò mil bendiciones; y que David, sin admitir sus ofertas, ni fiarse al parecer, sacrificò à Dios aquella hazaña de haverse vencido a sì mismo, perdonando à su enemigo, quando pudiera matarle, porque le libràra Dios de todos sus trabajos. *

Què causa, pues, moveria a David para contar este sucesso, esta benignidad, esta clemencia y este obsequio, envuelto en valentia, al mismo instante que le han tocado en la honra? No bastaba que callasse sus agravios, y los passasse en silencio, sino al pie de la ofensa (còmo dicen) ponerse a contar piedades, y servicios en favor del ofensor? Què pudo moverle a esto? Sabeis què? (à mi piadoso sentir) querer deslucir David sus justos sentimiētos, y dar à entender con obras, que aunque el Rey le havia quitado a Michòl, y dadola otro marido, èl no havia hecho caso della, ni havia hablado cōtra el Rey la menor cosa; y que si para consigo havia hablado, ò no hablado, dicho, ò no dicho, queria que cōstasse à todos en lo publico el decoro, y la lealtad que le guardaba à su Rey. Demàs, que el hacer, y escribir aquella accion, pudo llevar tambien embebido otro sentido, para satisfacer a los maldicientes, y duelistas, y mostrarles el respeto q̄ à la Magestad se debe. Como si dixera David: Si les parece à algunos que estoi afrentado por haverme quitado à mi muger, y que en ley de pundonor, tiene obligacion un hōbre de bien de soldar su agravio, para que conozcan, que soi hombre para ello, y que no soi de los que cobardes se hacen a la infamia, vean aqui que solo con un Soldado rōpo por todo un Exercito, y me hago señor de mi enemigo, entrandome hasta su Tienda, donde le pude matar; mas por que es mi Rey, no obstante que me ha ofendido, no permito, ni consiento, q̄ se le toque a un hilo de su ropa. Que

* *Sicut mangnificata est anima tua hodie in oculis meis, sic magnificatur anima mea in oculis Domini, & libe et me de omni angustia* 1 Reg. c. 26.

fue como decir, si quien me ha quitado mi esposa fuera otro que mi Rey, bien se inferirè desta accion, que no me faltàra esfuerzo, ni ossadia para entrar hasta su misma cama, y darle muerte; mas supuesto que es mi Rey, no solo no me doi por ofendido, no solo no tomo en mi boca agravio, ni ofēsa, sino que le rindo obsequios, le sacrifico humildades, y tributo cortesìas; porque un Rey no puede agraviar a su vassallo, y assi en toda ocasion debe el vassallo tenerle gran respeto.

Supuesto, pues, que tan prudente, y tan cuerdo, tan leal, tan advertido se porta David en su mayor afrenta, no permitiendo a los labios, ni a la pluma sus quexas, y sentimientos, para enseñar a los hombres à respetar a sus Reyes; y que assi sus pesares, y dolor en este caso, son de las puertas adentro de su alma (que es el mayor sentir, pues solo abrasa, y consume aquel rescoldo, de que la llama se desahogue en suspiros) razon serà que aliviemos à David en esta pena, trayendo e exemplos de Historias humanas, y Divinas de muchos Heroes insignes, a quines como à èl, les quitaron sus mugeres, casandolas con otros. Oiga, pues, David, y vea lides semejātes, y los riesgos, y fracasos, que ocasionan, para que se aliente su mucho sufrimiento, en donde otros quedaron desmayados, y vencidos.

Autores desta Historia Gen. c. 12. y alli la Glos. y Lyra. Suidas in Abrahan Joseph. lib. 1. Antiq. Sā Antonin. 1. p. hist. tom. 12. c. 1 S. Geron. San August. S. Chrisost. in Gen. Algunos escrupulosos dicen que no se ha de llamar sino Sara, quitada la una r. conforme el idioma Latino.

CAPITVLO OCTAVO.

EN QVE SE CVENTA EL SVCESSO DE ABRAHAN de quitarle à su muger.

ABrahan, padre universal de la nacion Hebrèa, y a quiē hizo Dios tan señaladas mercedes, hasta ofrecerle encarnar en su linage (favor el mas singular, que hasta oy se ha visto) este Patriarcha, pues, quando al lado de su esposa gozaba delicias tiernas, y a vista de la hermosura se olvidaba de cuidados, saliò por orden del Cielo de su regalada patria. Olvidados, pues, los regalos de Caldèa, y dexada la ciega idolatrìa, saliò con toda su casa de la Ciudad de Haràn contento, y gozoso con la compañia hermosa de su querida Sarra: que en una peregrinacion es mucho alivio a un hōbre caminar con su muger. Llegò a Canaan, habitaron en Sichèn, y en el Valle illustre, rico parque de delicias, q̄ yà oy por

sus malditas Ciudades, anegados con las aguas, le llamamos el Mar muerto. Passaron de alli à la Ciudad de Bethèl, en donde haviendo vivido algun tiempo, sobrevino una grãde hambre en toda la provincia, quizà permission Divina para prueba del famoso Patriarcha. No desmayò por esto, sino levantò su casa, y enderezò el viage à Egypto, Reino muy abundante de frutos, y regalos. Temiò empero, el natural lascivo de la gente y que siendo Sarra tan dotada de belleza, se le amenazaban riesgos. Entrò en cuẽta consigo, è hizo esta congetura: Pedirle yo a Dios, q̃ me guarde la vida milagrosamente, serà tentarle, quando con medios humanos puedo remediarlos: que pedir milagros à Dios sin necessidad, siempre fue imprudencia. Lo que no estuviere en mi mano, esso es lo que he de dexar a su misericordia. Hecha esta consideracion, llamò a su muger a parte, y antes de pisar la raya de Egypto, la dixo de esta manera:

Opinion de los Hebreos en la Glossa

Amada esposa, en tierra barbara entramos, donde aprovechan poco los respetos, si se atraviessan hermosuras. Tu singular belleza ha de ser cebo atractivo à ojos de los Gitanos: y si saben que eres mi muger, me han de quitar la vida por gozar de tu belleza: pues valgamonos de traza, y haz por mi una cosa. Tu has de dezir, si llegamos à algun lance, q̃ eres mi hermana (que no mentràs en esto, pues eres mi sobrina) zelando por todos modos, que eres mi esposa, y yo tu marido. Porque los Gitanos tienen por menos culpa hacer un homicidio, que arrostrar un adulterio; y assi, si me juzgan por tu esposo, me daràn la muerte; y si entienden q̃ soi tu hermano, me guardarã la vida, y me harã mil agassajo; y entõces tu castidad, y mi hõra correrà por cuẽta de Dios, y sabrà guardarla.

Sarra entonces temerosa a tanto riesgo, y obediente mucho al mandato, ò consejo de su esposo, comenzò a llorar dandose ya por cautiva de algun lascivo Gitano, y su honor puesto en balanzas. Compassivo Abrahan de verla llorosa, y que eran sus miedos justos, advirtiendo, que el mayor peligro, que tenia, venia à estar en los caminos, y puertos (porq̃ en las Ciudades no podian presumirse injusticias, ni violencias) pensò en otro arbitrio para poder salvarse de aquel daño. Hizo hacer un baul mui espacioso, metiò en el a Sarra, cerròle con su llave, y acomodòle entre otros cofres de ropa que llevaba. Quien dixera, que havia de malograrse traza

tan sutil?Quien pensàra,que yendo Sarra tan oculta ; ni iba segura de riesgos? Mas quando la fortuna no ayuda à caer à los que van de caìda? Llegaron, pues,a cierto Puerto q̃ era como aduana donde se registraban todas las mercancias, y pagaban no sè q̃ derechos. Procurò Abrahan contentar à las Guardas porque le dexassen passar libre, sin andarle desenvolviendo los tercios,y las cargas;mas no bastaron con ellos interesses,ruegos,ni cortesìas, que como son gente sin obligaciones,proceden à lo grossero.Desliaron,pues,toda la ropa,abrieron las arcas,y baules,y descubriendo à Sarra dentro del que iba,se quedaron assombrados de su hermosa vista,y ella bien assustada de hallar con su desgracia. Del modo q̃ quedaria Abrahan,juzguelo el curioso,pues casos semejãtes bastan a dexar difuntos à los mas sufridos. Las Guardas, despues de haverles examinado quienes eran,y haverles respondido, eran hermanos, confirieron entre sì, q̃ dama tan agraciada era digna para el Rey, y no merecedora de otro empléo. Partieronse los principales con la nueva à Faraon. Exageraronle el caso, y alabaron a Sarra por prodigio de belleza. Mandò que se la llevassen,y cautivo de su amor, la eligiò por muger, y como à tal le diò quarto en su Palacio; y à Abrahan,como hermano suyo(segun sus declaraciones) le hizo mercedes,y le entregò gran riqueza.

Haga alto aqui el discurso para mi narracion,y considerese la pena, la congoxa, el sentimiento con que Abrahan, y Sarra, cada uno à sus solas se atormentarian. Cotejese este lance con el que llevamos presente entre David,y Michòl,y vease si se debiò mas uno a tro en los aprietos.Abrahan salva ya su vida,mediante su traza, lloraba su deshonra à vista del peligro.Sarra, viendose en poder ageno, sola, muger, querida de un Rey, con titulo yà de esposa, el riesgo tan à los ojos,què no sentirìa? Mas considerando entrambos,q̃ en aprietos semejantes no valen humanos medios,y que es poderoso Dios para estorvar desdichas, armandose de valor,y haciendose à lo Divino,esperaron confiados el laurèl del triunfo. Acudiò elCielo clemente,porque a quien llama cõtrito,siempre le socorre Dios. Abrahan,como padre de la fidelidad,y que en medio de los riesgos se armaba de confianza, solo con dexarle a Dios el negocio,hizo pecho a la fortuna,y passaba gustoso,cortejado de los mas validos,a quienes

enseñaba Astrologia en pago de sus favores. Sarra como à quien mas de cerca le amenazaba el peligro, se hallò socorrida del Angel de su Guarda, el qual la asegurò, que no temiesse, porq̃ estaba a su cargo su defẽsa. Serenòse la tẽpestad à vista de tãta luz, desterrarõse tristezas, y naciero alegrias.

Lyrã; y los Hebr. lo sienten asi, ubi supr.

Passado, pues, el tiempo en que acostumbraban aquellos Reyes llamar al lecho Real à las que elegian por esposas, (q̃ era un año entero, segun nos consta del Libro de Esther) en cuyo termino las ungian con unguentos olorosos; y en esta dilacion havria estado Abrahan con menos sobresaltos, y Sarra con menos miedos. Cumplido, pues, el plazo, mandò Faraon, que le llevassen à Sarra a su aposento. Aqui fue el temer de la Santa Matrona, aqui el llamar à su Angel. Viòle à su lado presto, y dixole, q̃ no temiesse, que fuesse a ver al Rey, que ya le hallaria de modo, que no pudiesse agraviarla. Con tal seguro, con tan dulce aliento, aderezada Sarra de los mejores asseos, que la vistiò el aliño, entrò al retrete del Rey. Hallòle herido de un accidente rabioso, mal hallado en la cama, todo con dessassossiegos, y bramando de dolores, hallòle mas para consolarle, que no para temerle. Mostròse cõ agrado, como lastimada, y piadosa, de verle de aquel modo; y èl dandola agradecimientos, la despachò bien apriessa: que donde ay dolor que aflige, no se cuida de hermosuras. Con su ausedcia se fue aliviando el achaque, y Sarra con alegrias celebrò con su Custodio la victoria. Todas, las veces, pues, q̃ intentaba Faraon executar sus lascivos deseos, previniendo ella à su Angel, le hallaba herido, y llagado de la misma suerte: crecia su obstinacion, y al mismo passo crecian los castigos, pues yà todos los de su Palacio, y criados de su casa comenzaron a sentir el accidente. Como ignoraba la causa, clamò al Cielo, y a fuerza de la lucha, quedandose dormido viò una Celestial vision, que amenazandole enojos, le dixo desta suerte: Pues no bastan las señales que te he dado para que refrenes tus carnales apetitos, y dexes de ofender à esta muger hermosa, en q̃ idolatras, pues à tã claros avisos te haces ciego, hagote saber, que Sarra es casada, y que el que piensas hermano, es su marido. Restituyele, pues, à su muger, sin hacerle mayor violencia, y asi cobraràs salud, y la tendran los tuyos: donde no, se apretaràn los castigos, y experimentaràs penas mayores.

Esther, c. 2.

Des-

Despertò Faraon sudando yelos, y con destempladas voces, ola? ola? ola? llamò a sus criados, acudieron de tropel atonitos unos, y pasmados otros. Mandòles, que al punto le llamassen a Abrahan, y a Sarra; y en teniendolos delante, hablò estas palabras: Ven acà, hombre estrangero, que es lo q̃ has hecho conmigo? Por què me encubriste la verdad, diciẽdo que esta muger era tu hermana, sin decirme era tu esposa. Què espiritu te moviò à no declararme el caso, dandome ocasion de hacerla yo mi muger, y causa con esto para que Dios me aya castigado con tan crueles heridas, y tormentos? Ea, tu muger es esta, vesla, aì te la entrego tan honrada, y tan intacta como vino à mi poder. El Cielo la ha defendido, a costa de haverme castigado. Recibela, pues, y vete con ella adonde no peligres, que no es Egypto tierra que tienen atẽciones à hermosuras que arrastran los afectos.

No hablò palabra Abrahan, que para los Reyes, la mejor satisfaccion es ahorrar de respuestas. A cargos de una Magestad, aunq̃ tengan salida, no hai cosa como silencios. Quãdo a un hombre le dàn lo que desea, y ve lograda su intencion, què importa que el Rey le riña, y que le culpe, què importa? Assi Abrahan, como bien entendido, tomò lo q̃ le daban, y dexò satisfaciones. Saliòse de Egypto con su cara esposa, honrado de todos, y cargado de riquezas. Con el Rey Abimelech, andando el tiempo, le sucediò otro tanto, que por ser historia tan parecida, dexo de contarla. Destierre, pues, David con lo grande de esta historia sus ocultas tristezas, y como allà Abrahan, dexando el sucesso à Dios, se armò de valentia, callando, y sufriendo; bien hace David de hacerse desentẽdido al pesar, y armarse de valiente: q̃ como allà no faltò a Sarra Custodio que la librasse de un Rey, tampoco acà le faltarà a Michol industria que la defienda; hagamos cuenta de un Vassallo. Alivie, pues David con Abrahan su pesadumbre, y espere en los remedios de Sarra bizarrias de Michòl.

CAPITVLO NONO.

EN QVE PARA EL MISMO ASSVMPTO SE CVENTA la Historia de Sansòn.

AVnque para aliviar una pena de desdicha, que amenazada se està temiendo, es buen alivio para el temeroso referirè los sucessos, que en su mismo caso hayan tenido felices fines: (como el que se ha contado del Patriarcha Abrahan) con todo me parece, que serà mejor remedio, para si la fortuna anduviere adversa, contar historias de hombres, à quien la desgracia les enseñò a ser sufridos, pues de esta suerte, si pintare el caso bien, tendrà menos que sentir y si le pintare mal, se aliviarà con los otros. Comienzo, pues, la Historia.

Authores de esta Historia Liber Judic. cap. 13 14. & 15. l. Glos y Lyra, Joseph. lib. 5. Antiq. cap. 10. S. Ant. 1. p. tit. 2. c. 5. Pind. in Mon. 1. p. l. 3. cap. 12.

Naciò el valiente Sanson, Juez, y Capitan del Pueblo Hebreo, a ser rayo de Paganos. Fue hijo de Manuel, de la Tribu de Dàn; y siendo esteril su madre, le conciviò milagrosamẽte, anunciandola un Angel los ritos con q̃ le havia de criar, y que seria quien libertaria a Israèl de sus enemigos. Creciò, pues, el valiente Nazareno, siendo Adonis en belleza, Jayan en la valentìa. Publicaronse unas fiestas en la Villa de Thannata Pueblo de Filistèos; y como entonces le pagaban los Hebrèos tributo, y estaban sujetos a su obediencia (teniendo comunicacion unos con otros (quiso Sanson ir a verlas, acõpañado con otros mancebos; y como es tan ordinario donde hai fiestas, el componerse las damas, y hacer ostentacion cada una de su bizarria, y hermosura, viò Sanson à una dellas y llevandole los ojos su beldad, miròla mas atenta, y quedò presso en su amor. La doncella debia de ser de partes, y assi no pudo hablarla, aunq̃ con ojos, y señas la dio a entẽder su amorosa passion, a que no se mostraba esquiva. Volviòse Sanson à su Pueblo y viendole sus padres, que le amabã tiernamente, tan melancolico, y triste comenzaron ansiosos a preguntarle la causa; no quiso encubrirla, antes cõ muchos suspiros, les dixo desta suerte: Yo, padres mios, he visto una doncella en Thannata, y con su hermosura me ha robado mis potencias, y me ha dexado cautivo. Quisiera, pues, me la dieran por esposa, si interviniesse vuestro gusto à q̃ me case;

porque menos de con esto, ni ella ha de curar mi mal, porque es mui noble, ni yo he de poder vivir, segun me hallo. Hacedme este placer, y curareis mi pena: dadme este gusto, si me quereis con vida.

Confusos Manuel, y su esposa, le replicaron a un tiempo Es possib.e, Sanson, que haviendo entre los nuestros, no solo en tu linage, sino en otras once Tribus, tãtas doncellas hermosas, tantas damas agraciadas, quieres emplearte en una Gentil? En una muger contraria à nuestra Nacion? Què d.rà todo Israèl, viendo que te casas con una Filistèa? Y què escusa alegarèmos nosotros, si venimos en semejante casamiento? Què diràn tus parientes, si con este desdoro tratas de afrentarlos? Vuelve en ti por tu vida, hazte à la razon, mira los inconvenientes; y pues tienes por acà sobradas hermosuras, elige la que gustares, busca la mas noble q̃ quisieres y veràs con quanto amor acudimos a tu empleo. No me digais nada (les replicò Sanson) pues todo lo que no fuere casarme con la que os he dicho, es darme pesadumbre, y perder tiempo. Esta muger sola me ha agradado, à esta quiero, a esta solicito, y el Cielo me inspira que quiera solo a esta. Inspiraciones Divinas me estàn voceando al alma, que mediante este casamiento, he de quitar a nuestra Nacion el yugo que la oprime. Porq̃, pues, quereis que no obedezca à lo que Dios me ordena? Por què os oponeis a mis designos, quando vàn enderezados al bien nuestro?

Eran los padres de Sanson mui temerosos de Dios, mui ajustados a sus Mandamientos; sabian, q̃ por milagro les havia dado aquel hijo; estaban entendiendo, que se guardaba para cosas grandes, con que oyendole hablar palabras misteriosas, y q̃ ellos no podian apearlas, juzgando que aquello era voluntad Divina, huvieron de assentir à los ruegos de Sanson. Tomando, pues, las mas joyas que pudieron, partieron todos à Thannata a tratar, y a justar el casamiento. Antes de llegar allà a la vista ya del Pueblo, se apartò Sanson de cõ sus padres, y entròse por unas viñas ò a recrear el animo ò a buscar alguna caza. Apenas se hallò solo, quãdo le saliò al encuentro un espantoso Leon, erizada la melena, desembainadas las uñas, y dãdo recios bramidos, fue a embestir osado; y Sanson revestido de valiente, aunq̃ se hallò sin armas apechugò con èl con ambos brazos. Asiòle por las quixadas

y.

qual si fuera un tierno corderillo, le dividiò en dos partes, cayendo muerto à sus pies, quien poco antes escandalo del mõte, era assombro de las fieras. Volviò a alcanzar à su gente, sin decir, ni aun a sus padres, lo q̄ le havia passado: q̄ es proprio de valientes callar sus bizarrias. Llegaron a Thannata, y, informados de la doncella, la pidieron à sus padres para muger de Sansòn. Ella lo tuvo à mucha dicha, y sus padres por gran honra. Hechos los desposorios, y dexando à la nobia bien alhajada, se tornarõ à su lugar hasta volver à las bodas.

Llegò el dia señalado, y Sansòn mui de galàn, y Manuel, y toda su casa mui de fiesta, marcharon a la Villa de la desposada. Llegaron, pues, junto al montesuelo donde Sansõ havia hecho aquella hazaña, quiso curioso ver al Leon muerto: q̄ siempre un enemigo, aunq̄ estè muerto, causa algun cuidado. Apartò se àzia aquella parte, y viendo el cadaver frio, reparò atento, q̄ tenia en la boca un enxambre de abejas, y un panal de miel, q̄ havian labrado. Admirò el prodigio, tomò el panal, comiò dèl, y llevòles à sus padres, sin revelarles nada del sucesso; porque juzgò era gracioso assumpto para formar una enigma, y acreditarse en las bodas de entendido. Todas eran disposiciones del Cielo para q̄ tuviesse ocasiõ de dàr en sus contrarios. Llegados al lugar, los padres de Sansõ visitaron a su nuera, y segun la costumbre, publicaron un solemne convite, para que regocijados todos los del Pueblo, hiciessen mayor la fiesta. Repararon los Filistèos en la robustèz, y gallardia de Sansòn, y cobraronle temor; pareciales, q̄ èl solo podria por mil de ellos, (y no se engañaban) y asi para assegurarse, eligieron treinta mancebos de los mas valientes, q̄ en sòn de cortejarle, anduviessen à su lado: (cortesìa mañosa, y traza bien atenta) como Sansòn no cuidaba entonces mas que de su novia, no cayò en la malicia; y asi les estimò por favor, lo q̄ en ellos era miedo. El primer dia de las bodas, quando al levantar las mesas se suelen referir entre los convidados algunos chistes, y cosas de gracejo, viẽdo Sansòn, q̄ los treinta Filistèos de su guarda picaban de sabios, y se lo hablabã todo, pidiòles, q̄ le oyessen, y dixo: Para que entendais, que yo tambien sè mi poco de historia, tengo de proponeros un enigma, y ha de ser con condicion, q̄ si la desatareis dentro de los siete dias del convite; tengo de daros un vestido à cada uno; y sino lo acertareis en el tiẽpo señalado,

do,me haveis de dar vosotros treinta vestidos.Que nos pla-
ce(le respondieron mui contentos) propongase la enigma,
y cada uno irà a estudiar.Esta es: (dixo Sansòn) *Del que*
comò, saliò el manjar, y del fuerte la dulzura.

Tomòla cada uno en la memoria,y por mas q̄ trabajaron
los ingenios,no pudieron acertarla en los tres dias.Temero-
sos,pues,de perder la apuesta,y algo afrentados de q̄ un es-
trangero los huviesse de dexar por ignorantes,llegaron otro
dia à la desposada,ò el capataz dellos en nombre de todos,y
dixola en secreto:Señora Fenisa(supongamosla este nombre)
de parte mia,y de mis amigos vengo à suplicaros una mer-
ced,y favor,en q̄ nos và credito,y honra,sin otros intereses.
Es,pues,que sepais de vuestro esposo la solucion de aquel
obscuro enigma,para q̄ entendidos della,os seamos deudo-
res de la victoria;y de no hacerlo assi,a fuer de agravios des-
picaremos el enojo en vos,y en vuestra casa, pegando fue-
go,que os dexe hechos cenizas.Nuestro sentimiento es jus-
to,pues visto bien el caso, no fue la intencion de vuestro
marido regalarnos en vuestra boda,sino querer que en ella
pagassen nuestros vestidos vuestros gastos.

Afligida se hallò la desposada de oir el mensage, y de la
resolucion;y juzgando seria menos mal hacer lo que la pe-
dian,q̄ no ver las pesadumbres,q̄ podian seguirse,les ofreciò
darles gusto,y pusolo por obra.Fingiòse melancolica,y tris-
te,con desazones de hermosa,y melindres de queridā.Llegò-
sele Sansō mui cariñoso, y preguntada la causa de su triste-
za,ella comenzò à verter algunas lagrimas,diciendo:Ya co-
nozco,señor,lo poco q̄ me amais,y lo poco que mi afecto
os debe, pues no he merecido q̄ me declareis aquella enig-
ma,quando somos las mugeres tan amigas de saber;y quan-
do,aunq̄ os importàra un mundo el secreto, entre marido,
y muger no se permite;y assi,juzgādome aborrecida,ò poco
estimada,lloro mi corta suerte,y mi desdicha.Volviò à apli-
car el lienzo a los ojos;y Sansòn la respondiò,que no tenia
razon de formar quexas contra su voluntad, porq̄ la ama-
ba en estremo;y q̄ à sus padres,que le havian dado el sèr, y
q̄ tanto le querian,no les havia declarado aquella duda,por
q̄ se le havia de declarar a ella,no importandola nada. Que
tuviesse paciencia,q̄ à su tiempo lo sabria.Alteròse mas con
esta respuesta,multiplicò sentimientos, añadiò lagrimas, y
au-

aumētò porfias. Es lance terrible la importunacion, y el rue de una muger hermosa, aunque para el mas valiente Sansō lo fue mucho, y se dexò arrastrar de dos bellezas: declaròle en fin, à su esposa la dificultad allà el ultimo dia del combite, pensando quizà, que yà no quedaba tiempo de que sus opositores lo entendiessen; mas apenas lo supo la señora, quando al instante se lo hizo notorio à ellos. Vinieron, pues mui ufanos, hizo alarde la curiosidad, y juntòse gran cōcurso. Tomò uno la mano, y dixo por todos: Al enigma que nos fue propuesto: *Del que como, saliò el manjar, y del fuerte la dulzura*, se satisface, de que no hai cosa mas dulce que la miel, ni cosa mas fuerte que el Leon; y asi, si saliesse de un Leon un panal de miel, quedarà suelta la duda.

No hai que ponderar lo abochornado que quedaria el valiente Nazareno, viendo que su muger le havia vendido; pero dissimulando el pesar, tragandose los enojos, y haciendo con bizarria gala del desaire, les dixo: Si no hablarais con mi esposa, no entendierais mi cosicosa; pero digo, q̄ haveis ganado, y que quiero cumplir, para que se ajuste en mi el proverbio, de q̄ *quien hablò, pagò*. Partiòse al instante a la Ciudad de Ascalòn, y ayudado de Divinas fuerzas, hallando à treinta Paganos, les quitò los vestidos con las vidas. Satisfizo con ellos a los de la apuesta; y por desahogar sus iras, y apaciguar sus enojos, se fue por algunos dias à su tierra, sin despedirse de suegros, ni de esposa, q̄ adonde hai razones de justos sentimientos, por mas que llore el amor, se le da una bofetada.

Ya fuesse, pues, que la esposa de Sansō, de mui sentida, quisiesse vengar su menosprecio (q̄ la muger mas cabal, por el menor desvio arrastra a una venganza) ya fuesse, q̄ el suegro quisiesse despicarse del desaire, ya fuesse, pues, lo uno, ò lo otro, ò todo junto; apenas huvo Sansòn vuelto las espaldas, quādo tomò la señora otro marido, y celebrò el casamiento, sin mas razon, sin mas causa, sin preceder mas recados: Sansòn, q̄ descuidado en su tierra, juzgaba ya siglos los instantes de no ver a su muger (q̄ como la queria, por mas q̄ le avia enojado, ya estaba muerto por verla) depuso la pesadumbre, olvidò los sentimiētos, y partiòse a Thannata. Previnose de un regalo con que acariciarla, considerando prudente, que para una muger que esta sentida, son las dadivas los mejores alhagos. Llegò, pues, a su casa, (aunque ya bien agena (y sin esperar que le embarazassen otras visitas, tirò

presuroso al Palacio de su esposa. Saliòle el suegro al encuẽtro, y mui cari acontecido, le preguntò donde iba, y què buscaba? A mi muger busco (le respondiò Sansòn) que yo de vuestra casa no quiero otra cosa; y me admiro mucho, q̃ me hableis de essa manera, y que me recibais con terminos tan estraños. Aqui yà no hai muger vuestra (dixo el suegro) que como os fuisteis tan desazonado, y sin despediros, mi hija imaginò que la aborreciais, yo que la dexabais, y asi la dì otro marido, con quien està casada, y mui contenta. Otra hija tengo menor, y mas hermosa, con essa podrè serviros, porque en lo que buscais yà no hai remedio.

Reparen atentos los mas lastimados en esta materia, aquellos que por varios accidentes les quitan à sus mugeres, y miren sin passion, si le ha sucedido à alguno lance semejante? Y si tan cara à cara le hã dado con la ofensa por los ojos? Ir un hombre de bien à su aposento, y decirle, q̃ su esposa està con otro al lado, à quien le ha sucedido? Solo el valor de un Sansòn pudo tolerarlo; porque herida tan cruel, y de repente, à otros los dexara muertos. Ensanchado, pues, el Nazareno, y sin querer dar braburas a la lengua, por dexarlo a las manos dixo con mucha modestia estas palabras: No serà ya culpa mia desde oy tomar las armas contra los Filisteos, y hacerles muchos males; y asi, apercebios à mis iras, porq̃ si es causa de Dios, rayo tengo de ser contra vosotros. No dixo mas de esto, y haciendose al monte, pensò el mas estraño ardid, que cupo en ingenio humano. Cogiò trecientas raposas, y atàndolas de dos en dos, con una hacha encendida, soltòlas entre las miesses que estaban para segar: encendieronse los càpos, y en un besubio de llamas quedaron hechas cenizas miesses, viñas, y olivares: mil rayos que escupiera el Cielo, no causaran tanto daño. Sabida por los Filisteos la causa q̃ havia movido à Sansòn para hacer aquel estrago, pegaron fuego tambien à las casas de sus suegros, con que ellos, y la muger, con su nuevo esposo, quedaron convertidos en pavesas. Este es el caso de Sansõ, y esta su venganza; y no es mi intento, no, ni Dios tal quiera, que tome David motivo para despicarse, porque la Infanta Michòl està inocente; y si Saùl ha andado desatento, ni ella merece castigo, ni a un Rey, por mas que ofenda, se le ha de hacer desacato. Mirese, pues, el sucesso por la parte que enseñe à ser sufridos, no por la parte que incite à ser vengados.

CA-

CAPITULO DECIMO.

EN QUE SE PONEN OTROS SIMILES, Y EXEMPLOS de Varones ilustres, à quien violentamente les quitaron sus mugeres, y las casaron con otros.

YA que hemos consolado à David sus cuitas con Historias Sagradas, espacieèmonos un rato por el dilatado campo de los passados siglos, y veremos otras varias Historias, en que al modo de David, hombres famosos lloraron riesgos de honor; y al modo de Michòl, mugeres grandes se vieron con dos maridos, para que si acaso alguno, y alguna adolecieren de semejante dolencia, no imaginen que son solos los que han passado este mal, y consuelen sus fatigas con los assi lastimados.

EXEMPLO PRIMERO.

DEnos principio al assumpto el gran Principe Orestes, tan celebrado por dechado de amistad, que ostentò con Pilades; cuyos sucessos, si huvieran de referirse por estenso, nos apartàran mucho de nuestra obra, porque fueron muchos, tragicos, y memorables. Contarèmos solo lo que hace à nuestro intento, dexando aun al discurso hartas circunstancias. Fue Orestes hijo de Agamenòn, Rey de Mecenas, aquel que hecho General de tantos Principes Griegos, en vẽganza de la afrenta de su hermano Menelao, passò a Frigia, y dexò abrassada à Troya. En tanto, pues, que el padre fue à aquella jornada, q̃ durò diez años, se quedò Orestes en Grecia, yà fuesse por Governador del Reino, yà por alivio, y cõsuelo de su madre Clitennestra, ò ya para que la guardasse; porq̃ en ausencias largas de un marido, muger moza, y hermosa se suele torcer al vicio. Raro fue el exemplo, pues casi todas las mugeres de quãtos Principes fueron à aquella guerra, q̃ passaron de quarenta, procedieron desleales, dandose à otros gustos. En este tiempo, pues, teniendo Orestes noticia de la Infanta Hermione, hija del Rey Menelao, y de la hermosa Elena, y prima hermana suya, fue a verla a Lacedemonia.

Autores que tocan esta historia, Euseb. in Chrisost. l. 7 Plutarco in Pirro, Pausan. lib. 1. Ovid. epist 8. Pined. l. 3. cap. § 5. y lib. 7. §. 23.

Avia quedado encomendada la doncella a su Abuelo Tindaro, padre de su madre; y temeroso el viejo no aconteciessen à la nieta los desastres, que à la hija, teniala en sus Palacios mui guardada. Era Hermione tan honesta, como hermosa: harta admiracion, q̃ pareciesse à la madre en los asseos, y no en la desenvoltura. Ella era la guarda de sì misma, huyendo conversaciones, y passeos, que son los passos donde se asaltan honras, y hermosuras. Como Orestes era primo, y Principe de Mecenas, y q̃ iba en sòn de deudo à visitarla, se le diò passo franco, y puerta abierta. Recibiòle Tindaro mui bien, hizo aderezarle quarto, diòle permission de vèr, y hablar à la prima. A las primeras vistas quedaron enamorados sin atreverse èl, ni ella a declarar su passion en muchos dias por mas que el amor les guerreaba los pechos. Es mui recio mal callar, si hai fuego de amor que abrassa; y assi Orestes, enfermando de tristeza, temiò perder la vida, si Hermione, que le entendiò la enfermedad, no le aplicara el remedio. Curòle, y curòse a sì con un estraño modo, diciendo a su abuelo, que el mal de su primo era amor que la tenia; y que ella no podia remediarle menos de con su licencia, y con titulo de esposa. Con q̃ se case contigo (dixo el viejo) yo me darè por contento; pues no puede haver en toda Grecia Principe que nos estè mas bien. Pues haz, señor (respondiò Hermione) lo que quisieres de mi, que tuya es mi voluntad.

Visitò Tindaro a Orestes, como dandose por sentido de haverse estrañado con el en no manifestarle su melancolìa; dixole, que estimaba que amasse tanto a Hermione, y en fee de ello se la daba por muger; que cuidasse de su salud, y tratasse de alegrarse. Quedòse Orestes atonito, y pasmado del repentino favor, y dandole à entender le faltaban palabras para agradecerlo, se echò a sus pies con lagrimas de gozo. Entendida la fineza de Hermione, y que las voluntades se pagaban una à otra los deseos, celebraron sus desposorios con muchas alegrias, si bien la ausencia de Menelao, padre de la nobia, y la infamia de la robada Elena, no dieron lugar a comunes regocijos, que quando se arrastran lutos son escusadas las fiestas.

En summa felicidad passaba Orestes su vida al lado de su esposa, sin que le inquietassen las memorias de Mecenas, ni regalos de la Patria; mas como sea pension del mayor gusto

una

una triſteza, unas nuevas infelices le aguaron todos los guſtos. Recibiò una carta de un Privado ſuyo, en q̃ le decia, que ſu madre Clitenneſtra, olvidada de la MageſtadReal, y de la fee debida al matrimonio, ofendia al Rey ſu padre; q̃ el caſo era yà notorio, publica la deſemboltura, patente la infamia, que cuidaſſe del remedio. Deſdichado aviſo para quiẽ ſabe ſentir afrentas! Lance terrible para un hijo, à quien en iguales balanzas tanto peſa el ofenſor, como el ofendido! Madre la que ofende, padre el afrentado, donde irà el diſcurſo para la venganza? Matar ſolo al adultero, es poco deſpique, ſi quien es cauſa a la infamia queda viva. Atormentado con eſtos penſamientos, por mas que quiſo diſsimular el dolor, no pudo (que no ſon todas las penas unas, q̃ pueden diſsimularſe) advirtiò Hermione en el deſaſſoſsiego, viẽdole triſte en la meſa, en el lecho deſvelado, en todas partes ſin guſto: como ignoraba la cauſa, ſentia aquellas deſazones, juzgandolas nacidas de otro cuidado. Preguntòle cariñoſa le declaraſſe ſu pena; y Oreſtes con mil rodeos la encubria, que aunque entre marido, y muger, quando ſe aman finos, no hai ſecreto, hai caſos tan infames, q̃ es afrenta de un marido revelarlos; liviandades de una madre, ſolo a Dios pueden decirſe. En fin, por ſalir de la guerra, en que yà una muger caſi zeloſa, y ſentida havia de ponerle cada inſtante, fingiòle haver ſabido, q̃ ſu madre eſtaba enferma, y todo el Reino mui deſaſſoſſegado con ſu auſencia; para cuyo remedio le hacian inſtancias muchas ſe partieſſe; y q̃ èl temeroſo, y laſtimado de apartarſe de ſus brazos, ſe atormentaba afligido, ſin ſaber què hacerſe; aunq̃ eſtaba reſuelto à dexarlo perder, todo antes q̃ ſin guſto ſuyo ſalir de Lacedemonia.

Dexaſe engañar facilmente un pecho noble, y mas el de una muger; y aſsi Hermione mui creida, que eran aquellos accidentes la cauſa, à fuer de obligada de las finezas de Oreſtes le diò permiſsion, que fueſſe a mirar por los Reinos de ſu padre, y a cuidar de la ſalud de ſu madre Cliſtenneſtra. Deſpidiendoſe, pues, con abrazos tiernos, con lagrimas muchas y con los demàs eſtremos, q̃ entre marido, y muger ocaſiona el dividirſe, partiò Oreſtes a Mecenas, y à la primera jornada tuvo aviſo, q̃ Agamenon ſu padre era ya de buelta de la jornada de Troya, coronado de laureles, y arraſtrãdo triũfos; mas todo victoria poca à quiẽ en ſu caſa le eſperaba una

infamia. Dexemos à Orestes aqui prosiguiendo su viage, y vamos à su esposa a ver como queda, y lo que le acontece: que en ausencias de marido, por bien que llora un honor, siempre lo assaltan desdichas.

Casi a un mismo tiempo llegaron a Grecia Agamenon, y Menelao con el gozo, q̃ puede presumirse de dexar tan vengada la afrenta de Pàris, Troya destruida, su Rey, y Principes muertos, y cobrado el robo, q̃ fue la hermosa Elena, Agamenon enderezò a sus Reinos, y Menelao con su cobrada esposa entrò en Lacedemonia mui triunfante. Grandes fuerõ los jubilos, grandes las alegrias de Hermione de ver sus padres vivos despues de tan larga ausencia. Menelao, y Elena no estaban menos contentos de vèr ya dama rosa la q̃ quedò niña flor. De los unos à otros brazos andaba hurtando caricias, y recibiendo favores; pero todo vino a desvanecerce con un inopinado susto. Venia en compañia de Menelao el valiente Pirro, hijo de Achiles, q̃ en venganza de su padre diò al Rey Priamo la muerte, sin que le valiesse el sagrado del Templo, y a la Infanta Policena degollò asimismo sobre el funebre sepulcro donde se acogiò llorosa: ambas hazañas indignas de un pecho noble; porq̃ teñir las manos en la sangre fria de un viejo, que en un Altar pide clemencia, y manchar el acero en sangre inocente de una doncella hermosa, que sobre el sepulcro llora por su esposo, nunca fue victoria de Principes valientes, sino venganza vil de pechos vengativos. En recompensa, pues, de estos, y otros hechos, y por hijo de Achiles (que era el mayor timbre) le ofreciò Menelao à Pirro a su hija Hermione por esposa, estando allà en la guerra. Como era padre, y a quien solo toca casar à sus hijos, estaba bien ignorante de que ella se huviesse casado, ni que el abuelo materno lo huviesse consentido. En medio, pues, de los mayores contentos, juzgando Menelao, que hacia à su hija una gran lisonja, y merced rica, la dixo, que era Pirro su esposo, q̃ le diesse la mano, y estimasse el empleo.

Qual quedaria la desgraciada Hermione quando no tenia en la memoria sino a su esposo Orestes, y estaba esperando tiempo para contarlo a sus padres, colijalo el curioso, pues sin hablarlo se dice. Entre turbada, y honesta se hizo a la cõgoxa, y con la pena sembrada por la cara, manifestò su disgusto. Sintiòlo Menelao, y mas mirãdo à Pirro demudado el co-

color, los labios muertos, los ojos encarnizados, y dixo con el imperio de padre: Què verguenza, ò què temor es el q̃ te impide à no cumplir mi mandato, quando te doi por esposo a un Principe de Tesalia? A un hijo de Achiles? Y aun compañero mio, à quien debo mis victorias? Lo q̃ debieras abrazar con gusto, lo recibes con essa desazon? Con esse despego? Ea, sin hablar palabra, dale la mano a Pirro, y reverenciale esposo. Padre, y señor (replicò Hermione) no violentes mi voluntad con tanta priessa, quando nudos de matrimonio piden mucho espacio: Tindaro mi abuelo sabe en esta parte mi cuidado, hable por mi, y yo estarè obediente. No tiene q̃ hablar Tindaro (dixo Meneleao) donde yo estoi, ni ha de estorvar un avuelo lo que determina un padre. Callò Tindaro temiendo mayor el empeño si decia lo que passaba; callaron todos, por no oponerse al gusto del Rey; con que Pirro tomò la mano à Hermione, sin querer aguardar à q̃ ella se la diera. Diòse por hecho el casamiento, por mas que vieron forzada la voluntad de Hermione, pero adonde padres quieren, ya no se repara en fuerzas. Al quedarse solos los nuevos desposados, aquella primera noche huvo un coloquio cruel, feneciendo en rigores lo que se empezò en palabras. Pirro se mostrò mui sentido de q̃ a sus meritos huviesse correspondido Hermione con aquellas esquiveces; hablòla en esto, mas con desgarro de Soldado, q̃ con finezas de amante; y ella entonces, armandose de algun brio, le satisfizo diciendo: No me espanto, quando ignorais mis causas, q̃ os mostreis quexoso, y os deis por ofendido; sabed, que yo estoi casada, y que tengo esposo tan noble como vos, y tan valiente; y que si no os apartais de esta pretension, sabrà vengar su agravio. Mi primo Orestes es el dueño mio, y quien tiene las llaves de mi voluntad, y assi no admireis de que me estrañe con vos, si soi sola de mi esposo, y està cerrada la puerta. Como puede ser (dixo Pirro) casarse una doncella sin el consentimiento de su padre? Ni què ley permite semejante arrojo? Yo os concedo (respondiò Hermione) que no es permitido, mas si se hace, de hecho es matrimonio; demàs, que a mi me honesta la autoridad de mi abuelo, q̃ es padre tambien, y quedò en lugar de padre. No ay aqui (replicò èl) mas padre que Menelao, èl os ha casado cõmigo, conq̃ soi vuestro legitimo esposo; como tal os tengo en mi poder, y os defenderè por

mia a pesar de Orestes, y de todo el Orbe. Mal haceis (dixo ella) en violentar voluntades, aunque estuvieran libres; pues donde no Reina el gusto, es buscar cuerpos sin alma. Ahorremos de argumentos (dixo Pirro) ò me hareis estragar la cortesìa; diciendo esto asiò de ella, y llevòla a su Palacio. Al cabo de algunos dias se partiò con ella a Epiro, donde hizo assiento, respetado como Rey, y temido por sus armas. Dexemosle aqui acariciando con alhagos las lagrimas de Hermione, y vamos a ver a Orestes.

Caminaba a Mecenas (como dexamos dicho) con la pena y el cuidado del poco recato de su madre; y temeroso assimismo de si sabria yà su padre aquella afrenta: que aunque el ofendido siempre es el ultimo que lo sabe, tal vez personas chismosas, pensando q̃ hacen favor, lastiman a un inocente. No dieron lugar los adulteros à que el triste Agamenon entendiera aquellas tramas, q̃ contra su honor se urdiã; y assi, aguardando ocasion le dieron la muerte. Esta nueva chorreando sangre, se rugia a voces sordas por la Corte, quando llegò Orestes, con que atormentado con el nuevo dolor, no quiso manifestarse; antes recatado procurò saber la verdad. Hablò al amigo que le diò el aviso, y este le informò de todo, poniendole a sus ojos al padre difunto y los indicios, y pruebas de alevosìa, y de la infamia. Arrebatado Orestes de una ira mortal, se dispuso a la venganza, sin que el maternal afecto le refrenasse el corage. Pareciòle serìa ignominia ceñirse la Corona sin limpiar aquella mancha. Trabajò con discursos el entendimiento, y aunq̃ hartas dificultades le hacian punta, rompiendo por todas se arrojò al peligro. Si por todo derecho (decia el valiente joven) represento la persona de mi padre, y la sangre, aunq̃ en dos almas, nos hace uno mismo, por què, estando yo vivo, no he de vengar su afrenta como propria? Y por què su muerte la he de dexar sin castigo? Mi madre es la causadora de tanta desdicha, la q̃ me traxo en su viẽtre, la que me abrigò en sus pechos; mas què puedo ganar con esta madre, si me mancha con afrentas? Si me desdora con estas liviandades? Muera, pues, a manos de mi justicia, si es que ha de vivir mi fama.

Con resolucion notable quiso Orestes hacer por su mano la venganza, y no dar lugar a que en tela de juicio se publicassen semejantes afrentas. Estuvose, pues, oculto, sin permitir

tir que nadie publicasse su llegada, y con llaves maestras rondaba, y visitaba de noche los quartos de Palacio; quiso curioso examinar por sì mismo aquella verdad: que en caso en que va honra, y vida de una madre, menester es que se mire con muchos ojos. Aunque la conciencia acusa, bien descuidada estaba Clitennestra del riesgo que la buscaba. Como ya el rumor de su poca honestidad, y de q̄ havia muerto al marido vistiendole una camisa, no dexaba de haver llegado a sus oidos, cercenò en las visitas de Egisto, con quien tenia el mal trato, sin atender à que era sobrino del mismo Agamenòn (aunque estos vinculos de parentesco suelen ser causa de muchos males:) havia, pues, puesto treguas a su desordenado amor, en tanto que se apagaba aquella llama, y aquella mala voz en que se ardia la Corte: mas no fue tanto el retiro, que à pocas noches dexasse de ir Egisto al quarto de la Reina. Entendido Orestes de ello, mediante sus pesquizas, una noche, que supo que estaba dentro, revestido de valor, se entrò hasta el lecho, donde los hallò bien descuidados, y sin darles lugar, que pudieran, Egisto defenderse, ni Clinnestra huirse, los dexò revolcados en su sangre, cosidos a puñaladas: expectaculo espantoso! tragedia lamentable! caso horrendo! Fue tanto el dolor en que se envolviò la ira de ver manchadas sus manos en la sangre de su madre, tanto miedo de ver cadaver frio la que blasonò de hermosa, tanto el horror de ver en congoxas tristes agonizando dos vidas, que volcado el juicio, comenzò a hacer extremos, y locuras, Acudieron a las voces, quedandose atonitos los mas animosos, y todos los demas casi difuntos. Sepultaron los cadaveres, porque no originasse su vista mas alboroto, y volvieron las lastimas en favor del Principe, aclamandole justo vengador de las afrentas: pero èl se hizo tanto a la melancolia, y diò tanta rienda al sentimiento, que quedò fuera de sì, y en confirmada locura. Tanta fuerza como esta tiene un dolor originado de causa grave. Mucho tiempo estuvo de esta suerte, causando à todo el Reino suma tristeza; pero buscandole Medicos famosos, a fuerza de medicinas le volvieron en su acuerdo, y cobiò salud. Publicaronse fiestas a las alegrias, y para coronarle por Rey; mas èl pidio à sus Grandes, que las suspendiessen hasta traher à su esposa Hermione, bien ageno de que al lado de otro esposo

lloraba su desgracia. Los que sabian el caso no querian decirselo, temiendo otro melancolico accidente, y otra nueva furia; procuraban divertirle con otros casamientos, ofreciẽdole retratos de Infantas mui hermosas; mas èl se hallaba tan pagado de Hermione, y tan casado con ella, que decia no la olvidaria, ni la haria agravio por todas las hermosuras del mundo. Viendole resuelto à partirse por ella, dieronle una carta, que la misma Hermione le havia escrito, que supiesse de su boca la pena que le encubrian.

Abriò Orestes la carta de su esposa, y viò, que en mal pulidas letras, y en mal escritos renglones, estos, que los torciò la pena; y aquellas, que las mojaron las lagrimas, le contaba su fracaso, la violencia de su padre, la resolucion de Pirro, su resistencia, su congoja, y sentimiento, pidiendole por remate con ruegos encarecidos, con lastimas bien sentidas, fuesse a sacarla de aquella tirania, pues èl solo era su esposo y en cuya fè vivia. Doblò Orestes el papel, y quando los q̃ le miraban pensaron, que hiciera desgarros, y locuras, quedaron assombrados de verle templado, y cuerdo. Dice acà un Proverbio Español: *Que lo poco espanta, y lo mucho amansa.* Assi se viò Orestes en este lance (pues quando la deshonra de su padre le hizo perder el juicio, oir ahora su afrenta, le refrenò la ira; y aunque no fue poco lo que le sacò de sì, fuè mas sin comparacion quitarle a su muger, y casarla con otro. A ningun dolor permitieron las leyes la venganza, no dandose por entendida, sino al de ver a un marido, que otro estè con su muger. En llegando aqui cessen todos los dolores, callen los demas agravios; pues aun brutos, que carecen de razon, quando otros le saltean la consorte, braman de corage, y mueren de sentimiento. Como, pues, està Orestes tan sufrido? A mi pensar fue esto: como havia escapado de su dolencia, considerò prudente que si se hacia à la pena, y daba rienda al enojo, podia recaer en el achaque, y quedaba se ofendido, y no vengado; y assi, ensanchando el pecho, y haciendo corazon a la fortuna, dexò el sentir para mejor ocasion, y animòse al presente a la venganza.

No quiso, como suegro, Menelao hacer alardes en Grecia, ni convocar amigos, ni juntar Exercito para cobrar à su Hermione, antes à lo secreto, y de rebozo, tomando los criados, que juzgò bastantes, caminò al Reino de Epyro, donde ya

yà Pirro, coronadas las sienes, vivia muy regalado, y contẽto. Llegò à la Corte, quiso curioso examinar primero la cõstancia de su esposa, y ver si eran verdades las plegarias q̃ escrivia. Con el oro, y con la industria todo se facilita, y se vẽce. Travò amistad con un Mayordomo de Palacio, fingiendo ser un Caballero, à quien algunas desgracias obligaban a valerse de Reinos estraños. El Mayordomo, obligado de sus muchas bizarrias, correspondia galante, y comedido. Entablada esta amistad, preguntòle Orestes a lo forastero, por el trato de Palacio, quienes eran los Señores? Si el Rey era mozo? ò quien era la Reina? Si era hermosa? Si se llevaban bien? Si tenian hijos? Y otras preguntas de esta calidad. Satisfizole el Mayordomo à todo, y mui a medida de su gusto, quãdo le llegò a decir, q̃ la esposa de Pirro, hija de Menelao, y de Elena, vivia mui disgustada, a causa de tirarle todo el amor de su primo Orestes, yà Rey de Mecenas, con quien estaba casada primero. De aqui le fue contando lo q̃ sabia mejor quien le atendia. Mostròse agradecido, y añadiò, q̃ gustaria mucho de ver a Hermione, por si era tan hermosa como se la avian pintado. No os dè pena (dixo el Mayordomo) q̃ yo os pondrè en parte donde la veais à vuestro gusto las veces q̃ quisiereis, porque en un hermoso jardin es todo el dia su estancia, donde derrama lagrimas sin cuenta, sin permitir alivio a sus tristezas, por mas q̃ Pirro la regala, y acaricia. No avrà cosa (dixo Orestes) de mas gusto para mi, que ver llorar à esta Reina. Vamos, pues, (dixo el Mayordomo) y saldreis de cuidado.

Puesto en una celosia viò Orestes a su cara esposa, al passo que hermosa, triste, diciẽdoles a unas flores mil endechas, dando al aire mil suspiros. Satisfecho ya de que le era leal, y merecedora de qualquier fineza, comenzò mui recatado a prevenir la venganza. Despachò a Mecenas, que le embiassen gente dividida en tropas, sin orden militar, y como que los llevaban diversos designios. Pertrechado de esta suerte, y dada la reseña de acudir a su llamados, aguardò oportunidad para lograr su intento. Supo q̃ Pirro avia ido al Templò de Apolo a ofrecer sacrificios. Tuvo mano con un Sacerdote, llamado Macareo, que la dexò entrar dentro, y desnudando el acero, embistiòle a cuchilladas. Pirro se abrazò al Altar, pẽsando tener asylo; pero Orestes, sin respetar

tar lo sagrado, le quitò alli la vida, siendo juicio del Cielo, que no valiesse el Altar a quien en Troya lo havia profanado, ni que gozasse de sus inmunidades quien las quebrantò atrevido. Yà con el aviso se hallò Orestes rodeado de los suyos, que quitados los rebozos, comenzaron con estruendo, y grita à decir: Viva el Rey Orestes, legitimo marido de Hermione, y muera quien dixere lo contrario Viva, viva, (repetia el comun) y los afectos de Pirro se quedaron mudos, sin que se moviesse nadie à la defensa. Tomò Orestes à su esposa, que en lagrimas de placer, encadenada en sus brazos, le rindiò mil gratitudes; y coronada la Reina de Mecenas, se la llevò a su Corte, donde reinò con ella largos años, lleno de felicidades, de riquezas, y de hijos, que le sucedieron en sus Reinos.

EXEMPLO SEGUNDO.

Autores que tratã de esta hist. Val Maxim. lib.6.cap. 11. Zonor. t. 2. Annal. Apian in Libice Libio lib. 18. Dec. 5. Plu. id Scip. Pineda. 1. p. lib. 8. c. 17.

Bien podrà hacer compañia à la Infanta Michòl en los Palacios, donde està llorosa de verse al lado de otro marido, y ausente del proprio dueño, la Reina de Mauritania, y de Numidia, tan infeliz, como hermosa, la Africana Sophonisba, que a fuerza de su beldad, fue el hechizo de dos Reyes. Y bien podrà tambien aliviar los despechos de David en el Carmelo un Rey presso, y afligido, privado de su muger, y acariciada de otro, Siphàz Rey de Mauritania, se hallaba en tan gran Potencia, pue las dos Señorias mas poderosas del Orbe, que fueron Roma, y Cartago, le solicitaban en competencia por amigo; y para el efecto viò en su casa, y â su mesa à Scipion, y Asdrubal, famosos Capitanes. Ladeòse a lo de Roma, y diòse por su amigo, con cuya ayuda comenzò Scipion a apercibir la jornada para Africa. Temerosos los Cartaginenses buscaron trazas, y modos para apartar a Siphaz de los Romanos, y no hallaron otra mas poderosa, que brindarle Asdrubal con su hija Sophonisba, cuya beldad, y hermosura arrastraba los afectos. Teniansela ofrecida a Masinissa, Rey de Numidia; pero considerando, que estotro partido les estaba mejor, dieronsela por muger à Siphaz, quedando el Barbaro tan enamorado de ella, que se diò por amigo perpetuo de Cartago, rompiendo la fè, y palabra ofrecida a Scipion: q̃ tanto como esto vence la fuerza de

de una hermosura. No se contentò Asdrubal con estos ofrecimientos, y promessas sino que quiso mañoso despidiesse a los Romanos por escrito. Consiguiòlo facilmente con ponerle Sophonisba la pluma en la mano, a cuyo ruego le escriviò a Scipion, que el era Cartaginès, a fuer de honrado marido, y que en bien, y en mal, la patria de su muger era la suya; que no tratasse con èl, ni fiasse en su amistad.

No desmayò Scipion con esta mudanza, aũque la sintiò para sì; antes, ensanchando el pecho, diò priessà en Sicilia dõde le cogiò la nueva, a jũtar todas sus Gentes, y embarcarlas en quarenta Galeras, y quatrocientos Navios; y haciendose a la vela, desembarcò con mucha brevedad en el Promontorio Hermoso. Cartago, y todas sus Ciudades circunvecinas se pusieron en arma, cerraron sus puertas, y se pusieron cẽtinelas, q̃ velassen por los muros. Por parte del Senado se hizo suplica a Siphaz, q̃ a fuer de tan gran señor, amigo, y vecino suyo, tomasse el Baston, y saliesse a la defensa. Pusieronle por delante, que si ellos quedaban vencidos, correriá tambien riesgo sus Reinos, pues el vencedor, ufano con las victorias, passària a molestarlos. Correspondiò Siphaz con mucha galanteria, juntandosele à los ruegos de los Cartaginenses las suplicas de su esposa, que mui amartelada por su patria, con lagrimas, y caricias le rogaba la amparasse. Saliò a la campaña al punto, y juntòse con Asdrubal su suegro, llevandole de socorro diez mil Caballos, y cinquenta mil Infãtes: harto Exercito para dar miedo al Romano. Seis mil cõbatientes tenia Asdrubal de Infantes, y Caballos, todos buenos Guerreros. Assentaron sus Reales enfrente del enemigo junto à la Ciudad de Utica, que la estaba combatiendo.

Algun cuidado diò a Scipion el ver a sus coutrarios tan poderosos de gente, y asi quiso ayudarse de la industria, para romper con ellos. Por medio de Embaxadores comenzò à comunicarse con Siphàz, pidiendole, que tornasse à su amistad antigua, y que volviesse las armas en favor de los Romanos. Ufanabase el Barbaro con estas sumisiones, no sabiendo la cautela, q̃ iba rebozada en ellas (que era querer Scipion adquirir, y saber el modo, y traza de los aloxamiẽto, y las Tiendas, sus entradas, y salidas) y asi le despedia cortesmente, y era por lo que tiraba Sophonisba, que cada dia le hacia proprios, que se acordasse de ella, y de su patria;

y no faltasse a su padre. Todo un invierno gastò Scipion en esta entretenida, hasta que bien informado de lo que havia menester, hizo una tarde reseña de assaltar à Utica. Dispusolo con tan buena maña, que Siphàz, y Asdrubal se lo creyeron; y assi, aquella noche no se entregaron al sueño descuidados; Scipion, haviendo revelado a los suyos su designio, allà en los mudos silencios les hizo que volviessen a chocar con los Reales, pegando fuego por diversas partes a las Tiendas, y quarteles de los campos contrarios. Atonitos se levantaban los Soldados, y sin armas querian apagar el fuego pensando era casual. Daban los Romanos en ellos, y quitabanles las vidas mui a su salvo, haciendo tal carniceria, y estrago tan sangriento, que mas de cinquenta mil hicierò horrenda tumba la campaña, quedando ochomil cautivos. Los que escaparon huyendo fueron pocos. Siphàz, y Asdrubal a uña de caballo salieron del peligro, con la confusion, con la pena, y tristeza, que puede considerarse; Asdrubal se fue a Cartago a referir la tragedia, y Siphaz se fue à su Corte a llorar sus cuitas.

La hermosa Sophonisba, viendole ir de aquel modo derrotado, y triste, y considerando, que el volver por su Ciudad y favorecer sus cosas, eran la causa, se valiò de sus alhagos para haver de quitarle los enojos. Como èl la amaba tanto, y ella se hacia tanto de querer a vista de lo amado, se olvidò el pesar de lo perdido. Embiaronle los Cartaginenses el pesame del desastre, rogandole nuevamente, que no desmayasse en darles favor, y ayuda, pues le importaba a todos recuperar la perdida passada. Acudiò Sophonisba cō lagrimas, y suspiros, y èl enternecido ofreciò echar el resto de su poder en defensa de Cartago. Hizo alistar nuevas gentes por toda la Mauritania, juntando un Exercito de cinquenta mil Soldados, y fue a buscar al Rey Masinissa, que apoderado de su Reino de Numidia, andaba triunfante recibiendo parabienes. Saliòle al encuentro, y dieronse la batalla de poder à poder; y en el mayor ardimiento cayò Siphaz del caballo, y antes de ser socorrido le prendieron Celio, Capitan Romano, y Masinissa, quedando mas ufanos, y gozosos con su prision, q̄ con todo el interès que les diò la victoria; porq̄ en soplando en el rostro la fortuna, se añaden triunfos à triunfos.

Al mirar presso a su Rey desmayò todo el campo, y desba-

baratados, y confusos buscaron por donde huir. Quedò Masinissa loco de contento, viendo prisionero suyo al grã Rey de Mauritania, q̃ le havia tenido usurpado su Reino; si bien esto le havia de compungir, viendo la facilidad con que se truecan las dichas, quedando en un punto esclavo quien se ufanaba señor. Quiso Masinissa gozar la ocasion, que le ofrecia su fortuna, y assi pidiendole a Lelio la caballeria, se fue apoderando de los Reinos de Siphaz. Llegò à Cirta, q̃ era la Cabeza; y como los demàs Pueblos le rindieron las armas; porque sin Rey, y sin gente desmaya la mayor fuerza. Fuesse Masinissa al Palacio Real, donde la desdichada Reina Sophonisba, cubierta de luto, y llanto, lamentaba su desgracia, y sentia su dolor. Saliò à recibirle, ostentando magestad entre los desaliños de llorosa, y ofreciẽdo rendimientos entre las altiveces de bizarra, y postrada à sus pies le dixo desta suerte.

Si aquel amor, señor, que me teniais quando fui vuestra esposa, y imperios, y violencias de mi padre me dieron otro dueño, arde todavia en vuestro corazon; si la grandeza de la Magestad os inclina à lo benigno antes que à lo riguroso; y el ser quien sois os mueve à la clemẽcia; y una Reina a vuestros pies os enternece, no permitais afrentas en mi persona, ni me expongais al triunfo del Romano, pues basta verme cautiva, sin que à sus carros atada sea blanco de miserias. Esto os suplico por los Cielos soberanos; pero si acaso merezco yo tan poco, q̃ ni mis ruegos convencen, ni mis lagrimas ablanden, desembainad el azero, y à heridas crueles quitadme aqui la vida, pues tendrè a mejor suerte verme muerta à vuestros pies, q̃ no en Carro triũfal hecha esclava del tirano.

Quedò el barbaro Africano tan enamorado, y compassivo de ver à Sophonisba arrodillada à sus plantas, y q̃ al passo que llorosa, obstentaba mas belleza, que aclamandose nuevamente esposo suyo, la echò al cuello los brazos, y con corteses lisonjas la ofreciò muchos favores; dixola, q̃ como marido suyo podia defenderla de que no passasse ultrages su hermosura; pues serìa forzoso estarle Scipion atento, y q̃ pues èl havia sido quien antes q̃ Siphàz la mereciò por esposa, no serìa mal contado recibirla por múger, quando à fuerza de armas la tenia por tan suya. No pudo la afligida Reina rechazar este partido, viendo el riesgo de la afrenta amenazada; y assi, ya fuesse con gusto, yà por cumplimieeto diò la

ma-

mano à Masinissa, y èl con su mismo laurèl la coronò por Reina: què nuevas tã dolorosas para el cuitado Siphàz puesto en prisiones! Què dolor tan sin piedad para un amante! Què muerte para un marido! Perder los Reinos, las riquezas, los regalos, los vassallos, los amigos, pesares son muy sẽsibles; perder la libertad, verse en cadena, es dolor mucho; perder hijos, y muger, es pena grande; mas juntarse todo esto, y ver à la muger al lado de otro esposo, solo un pecho barbaro como el de Siphàz lo pudo tolerar sin caerse muerto. Y què? Estarà Sophonisba consolada con las nuevas bodas? Se havrà enjuto ya el llãto cõ el nuevo esposo? Se havrà acabado la pena con el placer presente? Presto lo veremos.

En tanto que passaban estas cosas en la Ciudad de Cirta, havia visitado Scipion à Siphaz su prisionero; que es de pechos generosos consolar al enemigo, quando en sus carceles gime. Assi lo hizo nuestro Emperador famoso el Gran Carlos V. quando teniendo en Madrid pressò al Rey Francisco de Francia; fue à visitarle à la Torre, consolandole las penas con favores, y caricias. Assi, pues, Scipion visitò à Siphàz, alentandole a sufrir aquel rebès de fortuna, y entre la conversacion le hizo mucho cargo de haverse apartado de su amistad, y no haver querido volver a ella, haviendosela ofrecido; à que satisfizo el Barbaro, q̃ si conociera lo atractivo, y amoroso de su muger Sophonisba, y la fuerza del amor con un marido, no le culpàra, porq̃ corazones de piedra ablãdaban sus lagrimas, y a pechos de bronce enternecian sus alhagos, y que dudaba, que huviera hombre en el mundo, q̃ casado con Sophonisba no se rindiesse à su imperio, siguiendo en todo, y por todo el rumbo de su designio; y que assi èl arrastrado de su amor, y de su dulce hechizo, se havia hecho a la parte de Cartago, por ser gusto de su esposa favorecer à sus naturales, padres, y parientes.

Esta satisfacion estàba dando Siphaz à Scipion, quãdo llegò la nueva, que el Rey Masinissa se havia casado con Sophonisba, de q̃ quedò Siphàz con la mancilla que puede ponderarse, y Scipion tan descontento, y apesadumbrado, q̃ despachò al punto à Lelio, para q̃ traxesse a Sophonisba à su poder, y le requiriesse a Masinissa, que dexasse el tratado casamiento. No hacia esto Scipion por virtud, ni por amor de Siphaz, sino temeroso por el informe que le havia oido de q̃

Sophonisba, casando con Masinissa, se havia de volver a la parte de los Cartaginenses, y hacerle enemigo del Pueblo Romano. Llegò, pues, Lelio con esta orden, y antes de llegar al talamo, arrebatò a Sophonisba del lado del nuevo esposo, siendo entre los dos comun el sentimiento, comunes las lagrimas, comunes las congoxas. Sentia Sophonisba a par de muerte verse en poder del Romano, enemigo de su Patria, de su nacion, de sus padres, y de sus dos maridos. Lloraba Masinissa verse despojado de su esposa, y privado de su hermosura antes de gozarla. Hizose todo a la furia, rompiò sus vestidos, arrojò el baston, y despedazò el laurèl. Pero ni bastaron lagrimas, ni aprovecharon ruegos, ni sirvieron ademanes, para que Scipion desistiesse de su intento: conq̃ despechado Masinissa, se echò a sus pies, y le dixo: Que yà q̃ gustaba, que dexasse a Sophonisba, y se apartasse de ella, le otorgasse por favor poder embiarla un vaso de veneno que la matasse, porque no triunfara nadie de la q̃ era esposa suya.

Aunque no fue gusto de Scipion, que mataran a Sophonisba, havia cobrado tanto miedo de que con su hermosura a qualquier marido le haria Cartaginès, que eligiò por mejor medio verla muerta, que no verla casada con ninguno de aquellos Reyes; assi otorgò à Masinissa, que en quanto à darle muerte hiciesse su voluntad. Dispuso, pues, el veneno, y embiòselo en un vaso con un papel que decia:

CARTA DE MASINISSA A SOPHONISBA.

Dos cosas, esposa mia, me acuerdo que te ofreci al dartè mano de esposo, el dia que entrè triunfante en tu Palacio: fue la primera, de guardarte la fee debida al matrimonio, siendote siempre marido fiel, y compañero leal. Esto no puedo cumplirlo, ò no me dexan mis hados infelices, con cuyo dolor vivirè eternamente lastimado: lo segundo te prometi, que no te entregaria viva à los Romanos, ni haria despojo suyo à una muger de tus prendas. Cumplo con esto, embiandote esse vaso de ponzoña para poder salvarte. Sabe el Cielo, si à costa de mi vida te escusàra este dolor; mas no hallo otro remedio para escusarte una afrenta. Animate pues, y mira de quien eres hija, y q̃ has sido esposa de dos Reyes Africanos para no temer la muerte. Pueda mas tu valor triunfando en el atahud,

que

que no el desaliento llevandote à la ignominia. Llorete bizarra el lecho, y no despreciada el triunfo.

Repare atento el curioso, qual se hallaria con recado semejante esta desdichada Reina, la muerte a la vista, en las manos la ponzoña, el cuchillo a la garganta. Hizo rostro alà fortuna, ensanchò el pecho, tomò animosa el vaso, y con bizarro ademàn respondiò a quien lo traia, que supuesto, que el lance en que le tenia puesta la fortuna, no podia el marido dàr a su muger mejor dadiva que aquella, ni interès de mas estima, ella le recibia como tal, por mas que se lo riñesse lo dulce del vivir; si bien se hallaba pesarosa de su infeliz casamiento; pues antes que llegasse al talamo, era el primer abrazo el de la muerte, diciendo estas palabras bebiò el veneno con animo varonil, con que a poco rato cayò pàlida azucena la que se obstentaba rosa. Assi acabò la hermosura de Cartago, la Reina de Mauritania, y de Numidia, el idolo de dos Reyes, ambos maridos a un tiempo, vivos los dos, los dos mui enamorados, y sin poder ninguno socorrerla. Siphàz de alli à poco caminando presso a Rosa, muriò de apesadumbrado, y pudo tenerlo a dicha; pues lo uno, parece cũpliò con su obligacion; y lo otro, se vino à ahorrar otra afrẽta. No se desconsuelen David, y Michòl, por mas q̃ se miren metidos en el riesgo, supuesto que ella sabe tener à raya un marido intruso, y èl tiene otras dos mugeres q̃ le consuelan, y alivian; ò sino, vuelva a este exemplo, y verã si Sophonisba, y Siphàz enseñan con menos dicha a sufrir estas desgracias.

EXEMPLO TERCERO.

Porque no parezca, que fue solo Saùl el que con una hija quiso muchos yernos, salgamos al passo al Rey Ptholomeo de Egypto, a quien llamaron Philometor, en tiẽpo de los famosos Machabeos. Haviase alzado cõ la Monarquia de Syria Alexanbro, à quien el Sagrado Texto llama el Noble, y aunq̃ de humildes principios, supo ceñirse el laurèl à fuerza de sus hazañas; fue este el caso: Revelaronse los de Antiochia, Corte, y Cabeza de aquel dilatado Reino, contra su Rey Demetrio, por verle ambicioso, y cruel; y para cõseguir sus designios, y honestar su rebelion, impusieron a un mãcebo de linage humilde, pero dotado de gracias, llamado

Autores desta Historia Machabeorũ l. 1. c. 10. y 11. y alli Lyra en la Glos. Josepho, lib. 13 Antiquit. c. 7 y 8. Just. lib. 14. Apinno. in Syrio Pineda, 1 part. lib. 2. cap. 8.

Prom-

Prompalo, que se fingiesse ser Rey, vendiendose por hijo de Antioco Epifanes, y tomando nombre de Alexandro, para mas autorizarse. El fingiò tan biẽ la Mageſtad que le pareciò nacida, pues con animo bizarro, y cõ gentil despego, demãdò la Corona, embiando a requerir a Demetrio le dexasse libres los Reinos de su padre, ò que se apercibiesse à la defensa, socorrido de los Reinos de Egypto, Asia, y Capadocia; y teniendo noticia del valiente Macabeo Jonatàs, Capitã de los Hebreos, y enemigo de Demetrio, quiso atraerle a su gracia à fuerza de favores, y mercedes. Escriviòle una Carta cõ mucho cariño, y ofreciòle el Pontificado de Judèa, que avia estado vacante mucho tiempo, enviandole una ropa de purpura, y una Corona de oro. Admitiò Jonatàs la amistad de Alexandro, sin dàr oidos a los ofrecimientos grandes de Demetrio, que visto lo que passaba, quiso en oposicion, à fuerza de mas ofertas, tenerle de su parte; pero Jonatàs anduvo prudente, que ofertas de enemigo, quando la necessidad le obliga, son siempre sospechosas. En fin, Alexandro se diò tan buena mañana a ganar amigos, y a juntar Soldados, que a la primera batalla derrotò à Demetrio, el qual cayendo de su cavallo en un cenagal, quedò muerto à mil heridas, y Alexandro triunfante quedò competidor con la Corona.

Viendose, pues, Alexandro en tan prospera fortuna, tratò de tomar estado, por tener quien le heredasse. Supo que Ptolomeo, Rey de Egypto, tenia una hija, llamada Cleopatra, ya casadera, y juzgando no podia hallar mejor casamiento, demandòla por muger. Tuvolo a mucha dicha el Rey Gitano, porque esto de adquirir por hijo a quiẽ lleva en popa la fortuna, aunque la sangre desmienta, cautiva los afectos, y mas à los codiciosos. No solo aceptò el partido, sino que en dote le ofreciò un tesoro, y llevarsela èl proprio a la Ciudad de Ptolemayda, donde dixo que se viessen, para celebrar las bodas. Embiòle assimismo muchos parabienes del adquirido Reino de su padre Antioco, por mas que èl sabia, q̃ era hijo de otro padre. Alexandro alborozado, dispuso cõ toda prisa su jornada a Ptolemayda, previniẽdo en ella muchas fiestas; y porque fuessen cũplidas, combidò a Jonatàs, para que fuesse a honrarle. Con gran põpa, y aparato se hizo la entrada de la Reina, que acõpañada del Rey su padre, y de los Grandes de Egypto, todos bien aderezados, causò admiracion a los q̃ no

menos prevenidos salieron con Alexandro, y Jonatàs a recibirla. Jonatàs anduvo mui galante con los Reyes, ofreciendoles joyas muy ricas, y mucha cantidad de plata, y oro, con que los tuvo como comprados a su voluntad, que siempre ha sido el interès el mejor negociador.

Celebraronse las bodas con la mayor magestad, que se viò en aquel siglo, mui pagado el Rey de su Cleopatra, y ella mui aficionada a su marido; y porq̃ no faltasse un azàr en el mayor cõtento, llegò como a interrumpir los regocijos una gavilla de Judios, que emulos de Jonatas, porque castigaba sus maldades, le fueron a acusar ante Alexandro: porq̃ no se admire nadie de que al mas inocente haga la envidia sus tiros, pues siendo Jonatàs Principe tan excelente, restaurador de su Pueblo, norte que los regia, sol que los alumbraba, no faltaron envidiosos, que le achacassen delitos: pero anduvo Alexandro bizarrissimo, pues sin dar creditos a chismes, mãdò a Jonatàs se desnudasse los atavios de Duque, y vistiendole de purpura, le sentò a su lado como Rey, y dandole renombre de su mayor enemigo. Enmudecieron los emulos a vista de estas honras, y el Rey los despachò corridos, y avergonzado: modo que havian de tomar los que rigen, y gobiernan, para castigar malsines.

En paz tranquila, en deliciosa bonãza gozaba el Rey Alexandro con su querida Cleopatra gustos, y felicidades de himenèo, siendo el eslabòn de las volũtades un hijo hermoso que les naciò a poco tiempo, al qual, como a su abuelo, llamaron Antioco; mas como entre los humanos no ay cosa estable, y a un baybèn de la fortuna se aguan los mayores gustos, en medio de esta bonanza se levantò un remolino de inquietudes. Fue el caso, que el Rey Demetrio, a quien, como queda dicho, quitò Alexandro la vida, y la Corona, tuvo dos hijos, q̃ en confianza de un amigo suyo se criaban en Creta. El mayor, pues, de ellos, llamado tambien Demetrio, con nõbre de Nicanòr, que quiere decir victorioso, quando ya se viò joven, y supo ser de la sangre Real de Seleuco, y que el Reino de Syria le tocaba por derecho, comenzò a hacer gente en Creta, y a demandar el Reino de su padre. Entròse por Cilicia, rindiendo, y avassallando las Ciudades, y Pueblos, q̃ encontraba. Hallabase Alexãdro en Phenicia, quando le llegarõ estas nuevas, y mostrò tanto pesar, que se le saliò al rostro

tro la turbacion: hizose à la tristeza, y al cuidado, que como sabia que era falso el titulo con que posseìa, y q̄ era Demetrio el sucessor legitimo, la misma conciencia le guerreaba el pecho, y esta es la mayor guerra en los que saben sentir. Antes, pues, que el competidor se le entrasse mas adentro, se partiò para Antiochia, temiendo que los mismos Ciudadanos, que le hicieron Rey, se le rebelassen: que esto de no parecer, y aver competidor con mas derecho, suele hacer prevaricar à los mas fieles.

Sabiendo el Rey Ptolomeo la tempestad de guerra; que amenazaba à Alexandro su yerno, jūtò una gruessa Armada por mar, y por tierra un grande Exercito, sembrando voz, q̄ era para socorrerle; pero segun lo que sucediò, llevaba otra siniestra intencion, que era apoderarse con buena traza del Reino de Syria, y acomodarse cō lo mas valido: industria de hombres doblados, y malos correspondientes. Como Alexādro ignoraba aquella zalagarda, se mostrò mui grato al suegro, y muy gozoso despachò orden à todas las Ciudades, q̄ le recibiessen mui bien, como à Rey poderoso, que iba à socorrerlos; y juzgando Alexandro, q̄ bastaba Ptolomeo con sus gentes à defēder à Syria de Demetrio, quiso el dàr buelta à Cilicia à sossegar algunos alborotos, y motines. Despidiòse de Cleopatra con muchas ternezas: presagio quizà del mal que le amenazaba. Ptolomeo iba poniendo guarniciones de los suyos en todas las Ciudades donde estaba: pensaban los Ciudadanos era para su defensa, y no era sino para aclamarse Rey de ellos, quando se le antojasse. Llegò de esta manera hasta Antiochia, Corte de aquel Reino, donde su hija la Reina Cleopatra le recibiò como à padre, dandole muchas gracias por las mercedes, q̄ hacia à Alexandro en socorrerle. El dissimulò el veneno, hizose mui dueño de la Casa Real, alojò sus Compañias, y quādo le parecìò coyūtura de executar su intencion, comenzò à buscar achaques, con q̄ darse por sētido: que aunque digan algunos, q̄ Alexandro intentò matarle, lo mas cierto es lo que dice la Escritura, q̄ por ladearse à lo mas biē parado, acumulaba delitos à quiē estaba inocente. Coligese assi del Texto, que fue ambicion suya, y no culpa de Alexandro. Avia quedado Amonio por Governador del Reyno junto con la Reyna. Comenzo, pues, Ptolomeo à desabrirse con èl, llegando las quemazones à tal punto, que

que fingiò, q Amonio queria matarle. Escriviòselo à su yerno, y Alexandro, q quizà se avia informado de la verdad, no hizo caso de las quexas. Sintiòse mas Ptolomeo, y quitandole la mascara, comenzò a publicar, que su yerno cóvenia en la traició de Amonio. Diò con esto aviso a todos sus Capitanes, y todos à un tiépo se apoderaron de Syria, y èl se coronò por Rey, sin que bastasse Amonio à resistirlo, pues hizo harto de escapar con la vida, para irse à Alexandro con las nuebas.

Quan turbada, y quan confusa se hallaria Cleopatra de vèr que su mismo padre le quitaba la Corona a su marido, no ay que ponderarlo, quando la misma accion parece q lo llora: y aun si el mal parara en esto, pudiera tolerarse; pero Ptolomeo caminaba a mayor rumbo, que era tener por yerno al Rey mas fixo. Despachò sus Embaxadores a Demetrio, brindandole con su amistad, con Reyno, y con su hija la misma Reyna Cleopatra, muger de Alexandro. A tales ofertas no tuvo q responder Demetrio, sino irse a toda priessa à gozar de la ocasion, que en avenidas de bienes, tal vez suele despuntarse. Cleopatra arrastrando luto, fue a pedir con lagrimas a su padre le dexasse a su marido el Reyno, pues teniédo ya un hijo de ella, lo heredaba. Acariciòla Ptolomeo con decirlo, que se alegrasse, que ya aquella noche veria a su marido. En esto entrò Demetrio con un acompañamiéto de Capitanes, ricamente aderezados. Preguntò la buena señora, que como era posible, que entre sus enemigos le viniesse su Alexandro? Y entonces le respódiò Ptolomeo, que diesse mano de esposo a Demetrio, que era el verdadera Rey, y que assi le afirmaba la Corona, porque Alexádro avia sido intruso, y de muy baxos principios: que aquello la importaba, y que aquel era su gusto, que obedeciesse, y callasse.

Miren los que sienten bien, y atiendan las que estàn con sus maridos bien halladas, si les sucediera este lance con tanto rigor, tan apriesa, tan sin dar tiépo para determinar, como se hallaràn, ò què hicieran? Un padre resuelto, y como Rey mandando, el marido ausēte, y presēte el nuevo esposo, sola una muger, q pudiera hacer, sino, ò ahogarse con la pena, ò obedecer al rigor? Ay penas à veces, q son mas crueles, que las que acaban la vida, y son las de este jaèz; pues claro està que en estas violencias en quien es persona noble, fuera menos mal morir, q vivir a garrotes del dolor. Assi de Cleopa-
tra

tra fue mayor muerte vivir al lado de otro marido. Casòse en fin, ò casaronla, dirè mejor, con Demetrio, à quien los Antiochenses tributaron parabienes, y recibieron por Rey, sin atender, que ellos mismos le quitaron à su padre la Corona para darsela à Alexandro; pero quien son ya desleales, no miran en atenciones con el que vèn caìdo; irse tràs el que priva, fue siempre lo ordinario.

Desapiadadas, quanto tristes, llegaron estas nuevas a Cilicia, siendo Amonio el portador, y por mas q̃ quiso Alexandro dissimular la pena, por no desalentar a sus Soldados, no pudo abstener las quexas, ni refrenar los suspiros: que no es bronce un corazon, que ya que a golpes mortales se beba las lagrimas, dexe por lo menos de desahogarse en sollozos. El mal trato de su suegro, el rebeliòn de los suyos, el verse despojado de sus Reynos, y riquezas, aùn creo la tolerara, armandose de sufrido; mas quitarle a la muger, y darsela a su contrario, es sentimiento del alma, que no puede sufrirse. Juntando, pues, sus gentes, partiò de Cilicia, bomitando pesadumbres, y fulminando venganzas: Llegò hasta Antiochia abrasando, y destruyendo, que como por una parte le picaban zelos, y por otro agravios, è ingratitudes, a fuego, y sangre lo llevaba todo. Salieron a resistirle Demetrio, y Ptolomeo, y como mas pertrechados le derrotaron, y vencieron en campal batalla; sì bien Ptolomeo saliò tan mal herido, que a tres dias rindiò el vital aliento en manos de la muerte: secretos juicios de Dios, que no quedasse con vida quien fue causa que la perdiera su yerno, por quitarle la muger.

El infelìz Alexandro escapò huyendo de la batalla, por no dàr mas venganza a sus enemigos. Fuese a la Provincia de Arabia, y pensando tener sagrado en Zabdiel, Rey de aquella tierra, hallò cuchillo; porque juzgando el barbaro, que le estarìa mas a cuento agradar a Ptolomeo, que no amparar al caìdo, le hizo matar a traicion, y cortada la cabeza la presentò a Ptolomeo, codicioso de las gracias. Bien confuso estaba el Palacio quãdo llegò el presẽte, pues como he dicho, escapò Ptolomeo de la batalla tan herido, que ya en mortales congojas construìa a la vida el ultimo periodo; pero diò muestras de placer aun en aquel lance, viendo a su enemigo muerto. No se le alegraria assi la desdichada Cleopatra, viendo a su primer amor, y marido verdadero en tan

fatal desdicha. Las lagrimas por la muerte de su padre se vertieron a dos fines: lo aparente de ellas iria por Ptolomeo, para cumplir con Demetrio; pero el dolor, y mancilla se ofreceria a Alexandro. No se lamente David a vista de esta tragedia, que si le han quitado a la muger, yà en fin le queda la vida para poder cobrarla. Aliviese el menor mal a vista de la mayor cuita.

EXEMPLO QUARTO.

Autores de esta historia Cornel. Tacit. l. 1. Sueton. in Claudiũ Pined. c. l. 41. c. 3.

DEmos un passo adelante por las lineas de los siglos, por si hallamos mas exemplos, con que aliviar a los poco afortunados, à aquellos a quien la violencia rompiò el nudo dulce de su matrimonio. Vamos a otra Monarquia, porque se vea, que en todas ha avido de estas desgracias. Del Emperador Claudio, y de su muger Messalina, esta poco atenta à sus obligaciones, aquel descuidado en todo; ella desembuelta; èl bien sufrido; uno necio; otra lasciva: de estos, pues, naciò Octavia, con tan diferentes inclinaciones, q̃ honestidad, hermosura, virtud, y discrecion resplandecieron en ella por iguales grados: excelencia singular, tomar de la madre la belleza, y no seguir su lascivia: imitarla en los asseos, y huir de sus liviandades. Mucho se hizo querer Octavia de sus padres, a fuerza de sus gracias, y virtudes; y quizà porque no se malograsse, trataron de darla esposo: reparo digno de considerar, pues hartas honestidades, y bellezas se malogran, y se pierden, por no darlas maridos a su tiempo. Casaron, pues, à Octavia con Silano, Cavallero muy ilustre, Senador de Roma, y con dignidad de Pretor; y apenas en los lazos de himenèo se encadenaron las almas, y en faraos, y festines se celebraron las bodas, quando parece que las sirvierõ de aguero infeliz los tragicos sucessos de su madre. Llegò a tanto la desemboltura de la Emperatriz, a fuerza de los descuidos de un marido tonto, que viendo ausente de Roma al Emperador, se casò publicamente con Silio, uno, y el mas querido de los muchos amigos, que tenia. Llorò la Ciudad la afrenta: pasmòse el mundo del caso, por ser la cosa mas rara, que se ha visto en el mũdo. Hicieron sabidor al Emperador de su infamia, y a estruendos del sentimiento parece que le despertaron de su ceguera, indignandole a que castigasse a los adulteros, Messalina, que a fuerza de su hermosura, y alha-
gos

gos cariñosos, sabia desenojarle, procurò ir à su presēcia. No se lo consintieron los que avian tomado à pechos el agravio. Embiò entonces à sus hijos Octavia, y Britanico, que como pedazos del corazon, y espejos, en que Claudio se miraba, afianzaba en ellos el perdon. Negaronles tambien la audiē-cia, con dolor, y lastima de Octavia, q̄ à fuerza de su bondad amaba à su madre, y sentia su desgracia. En fin, à Silio, y à los complices cortaron las cabezas, y à la triste Messàlina en los huertos Lucilianos hicieron lo mismo, dexando tronco sin alma la q̄ à tantos arrastrò, cadaver frio quien hizo abrasarse à tantos, palido alelì la que blasonò de rosa,

Estas publicas afrentas, y ruidosos castigos se siguieron à los desposorios de la hermosa Octavia, porque lutos, y tristezas fuessen anuncios de otras futuras desgracias. Aùn se estaba, como dicen, caliente el cadaver de la triste Messalina, quando trataron los Validos de darle muger al Emperador. Tres Señoras, todas grandes, eran las opositoras; pero Agripina, sobrina del mismo Claudio, por parienta, por mañosa, se supo hacer con èl tanto lugar, q̄ se aclamò Emperatriz; y aunque causò escandalo semejante casamiento, por no averse usado en Roma casar una sobrina con tio hermano de su padre, aprobòlo el Senado, y diòse por bien hecho. Tenia Agripina de su primer matrimonio a Neròn, el que por antonomasia se alzò con el titulo de cruel; y juzgando esta Señora, que casandole con Octavia, le ponia à las vistas del Imperio, buscò medios para efectuarlo. Valiòse de maldicientes, que acusassen à Silano muchas faltas; con que atizando ella el fuego, movieron al Emperador a quitarle los derechos de marido. Repudiaronle, en fin, ò descasaronle, diremos mejor, de con la hermosa Octavia, y para colorir el agravio con sombra de delito, privaronle tambien de la dignidad Pretoriana, que gozaba. Golpe grande de dolor seria à los consortes vèr deshecho el nudo, que los enlazaba tiernos; si bien en las voluntades siempre se estaba hecho el nudo: cada uno en su retrete lloraba su desgracia: cada uno se hacia al sentimiento: cada uno pedia al Cielo justicia; pero tolerarase el repudio, sufrierase el divorcio, à no seguirse zelos rabiosos, embueltos en agravios. Tratò al punto la Emperatriz astuta, que los dos agnados, Neròn su hijo, y Octavia harian buen matrimonio. El Emperador, que à me-

ños alhagos, que a los de Agripina obedecìa tierno, convino luego al punto en la propuesta, y mandò que Octavia admitiesse a Neròn por su marido; porque no piẽse nuestra Infanta Michòl, que ha sido sola la que a violencias de un padre, estando vivo su esposo, ha inclinado la cerviz à voluntad agena: que los mandatos Reales en los q̃ professan obediencia, por mas que al parecer vayan violentos, son exequibles por el respeto, ya que no por voluntad.

Octavia era una paloma, y aunque entendida, y discreta, tirabale el freno de su mansedumbre las riendas, q̃ pudieran darla sus enojos. No era varonil como Michòl, que à desgarros de despechos sentia sus agravios, sino que con apacibilidad lloraba sentimientos; pero su esposo, y marido Silano, aunque al repudio se avia mostrado sufrido, aunque al verse privar de sus titulos honrosos, avia andado cuerdo, quando llegò ya a vèr al lado de otro marido a la que era su muger, hecha ropa agena la que era propria ropa, pegado un sobrehuesso a la que era carne suya, sin esperar vèr mas, se fue a su casa furioso, soltò la rienda al pesar, engolfòse en los despechos, quitò la presa a las iras, y dixo ardiendo en sus furias: Octavia con otro esposo, y Silano vivo, no sè si lo crea! Octavia con otro marido, y yo lo sufro, no sè si lo sueño! Octavia en lecho ageno, y yo lo callo, no sè como lo pronuncio! No sè lo que digo: No es agravio este, para que lo oculte el mayor sentimiento. Una afrenta tan ruidosa, fuerza es que estè patente a vecinos, y estraños: luego aunque yo quisiera hacerme al dissimulo, me dixeran en mi cara lo que avia. Luego aunque yo quisiera hacerme ciego, la misma publicidad me abriera los ojos. No admite esto duda: luego si Neròn con publicas fiestas se casa con mi Octavia, ya està mi infamia patente. Ya todas me miran avergonzados. Ya los Nobles no me miran de corridos. Ya la plebe me señala con el dedo. Pues como saldrà Silano a experimẽtar afrentas? Què dirà Roma de mi, si no hago demonstracion de la sangre patricia, q̃ hierve en mis venas? Què dirà el mundo, si un yerno de un Emperador, q̃ le quitan la muger, y se la dàn a otro, no hace desgarros con que pasme al Orbe? Quiero, pues, ir a Palacio, y ensangrentar las bodas, vertiendo alli mi sangre, y haciendo q̃ la vierta mi enemigo. Què ay que guardar ya respeto quien se vè afrentado?

Turbeſe la Caſa Real a gritos de mi ofenſa:aguēſe las bodas con llantos de mi agravio: veame primero muerto, antes q̄ Nerón goce de Octavia. Eſte es un arrojo honroſo:eſte es un camino noble:eſte es un morir honrado. Ea, criados, dadme mis armas: venid conmigo apriſa: abridme preſto eſſas puertas. Como no viene ninguno? Ola, a quien llamo? Què digo? Todos me haveis dexado? Todos me deſamparais? Mas bien haceis, que a un hombre, q̄ eſtà ſin honra, ſerà mengua ſervirle. Idos, pues, dexadme todos: nadie me acompañe, que yo ſabrè ſolo triunfar de mis ſentimientos. Ea, puñal, pues vos ſolo me haceis lado, pues vos ſolo me acompañais, como amigo ayudame a eſta venganza, dadle muerte a mi dolor, matad mi afrenta, abridle puerta a la vida, ſacadme el alma del pecho, y muera como honrado, ya que infelìz he ſido.

Con eſtos deſpechos es de creer, q̄ ſentiria Silano ſu deſgracia, quando ſe quitò la vida el dia de las bodas: hecho, en fin, de Gentil, que como Catòn, y otros tenian por mayor honra morir a ſus miſmas manos, que ſufrir afrētas. Intolerable es el dolor, q̄ pica en la honra; pero mayor vencimiento es padecerle ſufrido, que por no ſufrirle, matarſe deſpechado: pues aquello mueſtra grandeza de corazon, que halla vado en los ahogos; y eſtotro indica mengua de animo, que ſe ahoga en los peligros. Conſuelese, pues, nueſtro David, con que tolera la infamia, ſin enojar al Cielo, y corrale el campo à Silano, pues ſe mata de corrido.

Para conſuelo tambien de Michòl, concluyamos con Octavia, pues ſupo ſufrir prudēte deſafueros, è ignominias. Quien duda, q̄ ſentiria la deſgraciada muerte de ſu primer eſpoſo, pues ſolo el clamor de ella, y el verla enagenada, ocaſionò ſu muerte? y aunque los alhagos de Neròn, q̄ al principio la amaba cariñoſo, la enjugaban las lagrimas, no podian borrarla las laſtimas del pecho. Sentialas àcia el alma, (que es el mas fuerte ſentir) y reprimia ſe aſſomaſſen à los ojos: (que es el mas fuerte llorar) viſtiò luto el corazon, por mas que el cuerpo manifeſtaba alegrias, arraſtrando galas. Huvo finalmente de acomodarſe con el tiempo, correſpondiendo amoroſa a los cariños del nuevo eſpoſo, y mas quā do a diligencias de Agripina ſu ſuegra, viò a Neròn ceñido de laurèl Auguſto, y ella reſpetada por Emperatriz. Ayudò Agripina à morir a Claudio con veneno, todo traza, porque no ſe le deſpintaſſe a Neròn el Imperio. Y quādo

agra-

agradecido à la fortuna debiera el hijo, si nō contemporizar con las malas mañas de la madre, atender empero à los buenos documentos de su Ayo, (que era Seneca) y à las loables costumbres de su esposa Octavia, diò en desenfrenarse à todo vicio, haciendose odioso al mundo, y destetable à Roma. Diòse à la sensualidad, con menosprecio de la infeliz Octavia, y trocando por desvios los alhagos; mas aun esto fuera tolerable en sugeto tan cuerdo como Octavia, sino se estendiera la maldad à mayores desverguenzas.

Entre las muchas mugeres, que le llevaron à Neròn el gusto, fue la principal Popea, muy asseada en belleza, mas no esquiva al galantèo. Esta, pues, le hechizò tanto, que para casarse con ella, no solo repudiò à Octavia por estèril, sino q̄ la acusò por adultera, y para tener testigos, hizo atormētar cruel à muchas criadas: y aūque algunas anduvieron varoniles en defender la inocencia; otras insufriebles al rigor de los tormētos, confessaron verdad el falso testimonio. Con esto desterrò à Octavia, y casòse con Popea. Sintiò Roma la maldad, y armandose de Razon, hizo estremos tan sētidos, que bastaron à bolverla del destierro. Fue recibida con regocijos, y fiestas, adornando sus estatuas con mil generos de flores, y trayendolas en hombros por toda la Ciudad, las colocaron en las Plazas, y en los Templos. Al contrario, las estatuas de Popea fueron derribadas de sus nichos, y pilastras, el qual menosprecio sintiò tanto Neròn, que fomentado de la ofendida idolatrada, bolviò à insistir con nuevas acusaciones en desterrar à Octavia de su vista.

Del que por orden suya avia muerto à Agripina su madre, hōbre malvado, llamado Aniceto, se valiò el cruel Nerō para dàr cuerpo al imputado delito. Llamòle, pues, y diòle à entender lo obligado que le estaba, pues le avia librado de la muerte, con averle quitado la vida à su madre, y q̄ no recibiria menor servicios, si en el negocio de su repudiada esposa testificasse averle sido infiel al matrimonio. Solo un Neròn usàra tales ardides para castigar inocencias, aun contra su misma fama. Condescendiò Aniceto al mandato cruel, publicando por plazas, y corrillos, que era la Emperatriz adultera, dandose por sabidor de la ofensa. Avivòse con este rumor la causa, dixo el malvado su dicho, y cayò sentencia de destierro. A la Isla de Pandataria fue Octavia desterra-

terrada; y porque llantos comunes no pudiessen volverla a su antiguo honor, enviò el cruel marido quien la quitasse la vida. Rotas las venas, la metieron en un baño, porque helado el rojo humor, no podia correr, ò no quiso de corrido. Ahogaronla en el baño, y cortada la cabeza, fue llevada a Roma, para que Popea celebrasse con placeres verse sin competidora. Este fue el fin lastimoso de estos dos caros consortes; el uno muerto à sus mismas manos, por no padecer la afrēta; y otro muerto a las agenas, ofendido, y afrentado. Consuelese, pues, David, y Michòl en su penosa cuita, y miren como discretos en la plana de los siglos, que ha havido otros muchos, que de la misma dolencia salieron peor librados.

EXEMPLO QUINTO.

Corone al penoso assumpto una Historia Española, un caso de Lusitania, q̄ aunque ha dias que passò, siempre està vertiendo sangre, refrescando las memorias. D. Fernando I. y Rey IX. de Portugal, hijo del Rey Don Pedro, y de Doña Constanza, apenas empuñò el Cetro Lusitano, quādo quiso dar muestras de sus brios, pretendiendo la Corona de Castilla à fuerza de armas, por decir no le tocaba a D. Enrique por bastardo, y matador de su hermano. Alentarō sus intentos muchos Nobles de Castilla, que aviendose passado à aquel Reino, le ofrecian su ayuda. Y en medio de estos debates, que al Rey le costaron caros, aviendo tratado de casarse con la Infanta Doña Leonor, hija del Rey de Aragon, a la qual embiò unas joyas de excessivo precio: puso los ojos en Doña Leonor Tellez de Meneses, hija de Alonso, Tello, hermano del Conde de Barcelos, y muger de Juan Lorēzo Vazquez de Acuña, Cavallero principal, y que con sus armas avia servido a sus Reyes con conocidas ventajas. Diò en hacerla galanteos, y en dexarse llevar tanto de su amorosa passion, que olvidando los tratos con la Infanta de Aragō, y menospreciando conveniencias, que con Doña Leonor, Infanta de Castilla, se le podian seguir, siendo todas tres Leonores, y hermosas todas tres, se rindiò del todo al hechizo de la mas bella Leonor. Imitò a su padre en lo amartelado, sì bien menos atento, pues Don Pedro, si idolatrò en su Doña Inès, hallòla libre; mas Don Fernando atropellò con su amor los fue-

Autores de esta Historia, las Cronicas de Portugal en la vida de este Rey. Mariana, 2.p.lib.17 c. 9. y 16. Manuel de Faria en el Epitome de las Historias Portuguesas, p.3.c.10.

ſueros de un marido. Era Doña Leonor deſcollada en bizarrìa, pues aun fingiendo deſvios, y eſquiveces, parece que brindaba con cariños. Blaſonò de honrada, deſmintiendo los alhagos con capa de ſu nobleza, ſu honor, y reputacion: que como ſe miraba tan querida, quizà que adivinaba los logros, que vino a darle ſu conſtancia; si ya no ſea, que como quiere algun Hiſtoriador, ſe rindieſſe deſde luego a la terneza. Todo pudo ſer, que vèr una Mageſtad enternecida, y hecha al ruego, mucho marmol avia de veſtir la dama para reſiſtirle. En fin, ya que no llegaſſe la execucion, ſe animaron los deſeos; y ſoplando el apetito a la amoroſa llama, ſe levantaron incendios caſi irremediables.

Siempre es el marido el ultimo que ſabe ſu deshonra, y mas quando con muger de prẽdas vive confiado; mas andaba el Rey tan inquieto, mariposa a las luces de Leonor, que aunque Juan Lorenzo eſtuviera mas ſeguro, era impoſsible dexar de tropezar en los amagos. Viò harta luz para ſoſpechas: recelò el alma, inquietòſe el corazon, y deſaſſoſſegoſe el pecho. Comenzò el honor a hacer eſpias, haciendoſe todo ojos, y con candado en los labios. Era aviſada Doña Leonor, y conociò en la mudanza la dolencia del marido, por mas que la rozaba en diſsimulos. Temiò ſus enojos juſtos, y el rieſgo que la amenazaba, y eligiò por mas ſeguro contarſelo al Rey, porque remediaſſe el daño. Aguardò oportunidad, y hecha toda a la congoja, le dixo de eſta ſuerte:

Conozco, Rey, y Señor mio, las obligaciones, que debo a V. Mageſtad, y q̃ a eſtàr en eſtado de poder pagarlas, cumpliera, à ley de quien ſoi, con lo que debo. En quanto el honor me ha dado licencia, y no sè ſi he excedido, he procurado agradecer ſus favores, por no parecer ingrata a quien ſiendo Mageſtad, manifieſta rendimientos; pero mi eſpoſo, Señor, es antes, como quien tiene la llave de mi alvedrio. Segun he viſto en ſu roſtro, ſoſpecha ya de vueſtras viſitas, y aunque no me ha dicho nada, me ha dicho mucho callando: que un marido, quando llega a hablar en materias de ſu honor, el puñal ſuele ſer la lengua, con que eſcrive las palabras. No permitais, pues, que yo dè lugar a que ſe me acumule afrenta admitir vueſtras viſitas, y que a eſtruendos de la nota ſe mancille mi fama, y el honor de Juan Lorenzo. Atajad, Señor, el daño, ſin dàr mas cuerpo al peligro,

gro;refrenad eſta paſsion,pues no puedo mereceros;y pues entre dos Infantas teneis bien en que eſcoger bellezas, y hermoſuras,olvidad a quien tiene tan poco de belleza. Eſto es lo que importa, eſto lo que os conviene, eſto lo que os ſuplico.

Aplicò el lienzo a los ojos, moſtrando ternura al ruego, ò para obligarle mas con lagrimas,ò quizà para hechizarle mas en ſus amores:ꝗ llanto con aſſeo,en quien tiene buena cara,ſuelen ſer hechizos,que traſtornan al amante. Tal quedò el Rey Fernando con ſu amado hechizo, pues en vez de mitigar el fuego de ſu aficion,en vez de refrenarſe para evitar el rieſgo,quitò el embozo el recato,y dixo,que a ella ſola la queria por eſpoſa ſuya,y Reyna de Portugàl. Quien no dirà, que eſte es deſatino, y que eſtaba fuera de sì eſte Rey? Quien no dirà, ꝗ le han dado bebedizos, ꝗ le hacen deſatinar? Diganlo,ò no,fueſſe,ò no fueſſe hechizo,(que ſiẽpre es el mayor una hermoſura en quien ſe cautiva de ella) el Rey diò en ꝗ ſe avia de caſar con Doña Leonor Tellez, y ſe saliò con ello. Mãdò llevarla a Palacio,diòle quarto en el,procurando con algunos cargos divertir à Juan Lorẽzo,ꝗ ya eſpinado,y mas con las merceder,lloraba,y ſentia a ſolas ſus afrẽtas. Toda la Nobleza lo ſentia;pero nadie podia remediarlo.

Con eſtos,y otros indicios comenzò a correr la voz, que era Doña Leonor Tellez la que divertia al Rey, con perdidas de ſu honor. De eſto ſe hablaba en Palacio,de eſto en la Corte,de eſto en todo Portugal,y quiẽ menos lo oìa,y quien lo ſentia mas,era el infeliz marido. Doña Leonor,que fiada en la palabra del Rey,y ſe tenia por Reyna, no imaginaba, que el vulgo deſenfrenado la apedillaba amiga, no faltaria quien la informaſſe de ello,y aun quizà con quemazones de verla tan entronizada,y tan dueña de una Mageſtad: cayò en la cuenta,y mas oyẽdo el aſsiẽto de las Paces, que ſe avian hecho en Alcautin, Villa de Portugal, a primero de Marzo de 1371. y que era una de las condiciones, que la Infanta Doña Leonor,hija del Rey de Caſtilla,caſaſſe con el Rey D. Fernando de Portugal,cuya dote le aſsignaba en Ciudad-Rodrigo,y Valencia de Alcantara en Eſtremadura,y Mõreal en Galicia:paces,y conciertos, con ꝗ quedaba el de Portugal con enſanchas grãdes de ſu Corona,amigo del de Caſtilla,y con eſpoſa de iguales prendas. Sabidos, pues, eſtos tra-

tos

tos por Doña Leonor, y a tiempo, ſegun algunos, que ya tenia una hija del Rey, que ſe llamaba Doña Beatriz, no puede ponderarſe ſus amoroſos, quanto ſentidos eſtremos; sì bien al buen diſcurſo dexan entenderſe. Deſaliñado el alſeo; sì bien en una beldad ſon hechizos deſaliños, a medio llorar los ojos, doloroſos por lo tiernos, entre ahogos las palabras, por lo quebradas ſentidas, ſe fue a los pies del Rey, y hablòle de eſta ſuerte:

Jamàs creì, que las Mageſtades engañaran a innocencias, ni que un Rey de Portugal ſe enamoraſſe de burlas con menoſcabo de honras. Ya he viſto por mì mi engaño; pues por fiarme tanto de un Rey, (y no me peſa) avrè de llorar burlada mi afrenta, y menoſprecio. Bien ſabe vueſtra Mageſtad lo bien hallada, y querida, q̃ eſtaba con mi marido: bien ſabe, que ſi le dì oìdos à ſu amor, fue ſin quiebras del recato, haſta que con pareceres de hombres graves me aſſegurò, que era nulo el matrimonio, por el grado del parenteſco, en que eſtoy con Juan Lorenzo, aſſegurandome, que en Roma no ſe diò diſpenſa, y que aſsi, ſin agravio de mi eſpoſo, me queria dàr ſu mano: bien ſabe las muchas dificultades, que le puſe, pues aunque de iluſtre eſtirpe, no me hallaba con meritos para igualar Mageſtades: bien ſabe las ofertas, que me hizo, y los ſeguros, que me prometiò, de q̃ ſerìa firme ſu palabra, en cuya fee creìda, ſi no me ablandè amoroſa, no me moſtrè ingrata: pues como, Señora, aora q̃ en talamo nupcial aguardaba mi ſoſsiego, ſe caſa con la Infanta de Caſtilla, dando ocaſion à q̃ el vulgo publique mis infamias? Con què cara bolverè à ojos de un marido afrentado? Ni como me recibirà por muger, ſi por cauſa de deudo ha dicho vueſtra Mageſtad, q̃ nunca fui ſu eſpoſa? Pues què, irè à q̃ me reciba por ſu amiga? Irè à que ſubſtituya el titulo afrentoſo, que me ha dado? Irè à que me prohije eſta prenda infelìz, y que la llame hija ſuya, ſiendo de vueſtra Mageſtad? Irè à contarle las medras, que me ha dado ſu Corona? Irè à decirle el fin de ſus amores? Aquellos ſuſpiros tiernos? Aquellos ayes ſentidos? O digame, adonde irè, para que acabe mas preſto con mi vida, y ſea eſcarmiento de infelices hermoſuras.

No ay duda, ſino que con eſtos, y otros ſentimientos ſemejantes, bolviò Doña Leonor a embaducar al Rey enamorado, pues conſta de la hiſtoria, que embeleſado en los amores,

res de esta belleza, embiò Embaxada al Rey de Castilla, disculpandose de no poder casarse con la Infanta; pero q̃ abrazaba su amistad, y en fe de ello le restituìa todos los Pueblos, que le tenia tomados. Con obras, y tan demōstrativas como estas, quiso satisfacer à los cargos de su enojada hermosa. Rugiòse luego el caso, de que queria el Rey casarse con Doña Leonor: se fue avivando la voz, causandole à la plebe escādalos, y à la nobleza alborotos. En motin cōfuso, y aun siendo Capitan, dicen, un Sastre, llamado Fernādo Vazquez, hombre atrevido, y resuelto, llegaron à las puertas de Palacio, y à voces desentonadas decian, q̃ no passasse adelante aquel casamiēto, sino que Doña Leonor fuesse restituida à su legitimo marido, ò q̃ avia de perderse el Reyno. Esto aclamaban unos, bolviendo por Juan Lorenzo; y otros por la autoridad Real daban las mismas voces: pero el Rey, que quiso ya de una vez, que viesse el mundo lo immenso de su amor, y q̃ supieran, q̃ era Rey en no bolver atràs con su designio, aunque el motin pudiera acobardarle, aũque las justas querellas pudieran persuadirle, cerrando à todo los ojos, se saliò por otra parte secreta con Doña Leonor, y con muchos Grandes, que le acompañaban, y fuesse à Oporto, y alli publicamente celebrò sus bodas, haciendo que todos besassen la mano como à Reyna à la que avian apellidado por su amiga. Con esto le dieron a Juan Lorenzo carta de horro para poderse casar con quien quisiesse, si el no supiera, que era Leonor su muger, y invalido el segundo casamiento.

Comenzò el infeliz Cavallero a sentir ya en lo publico su deshonra, sacandole como de juicio el mucho sentimiento; porque al passo que quiso ser sufrido, haciendo gala el agravio, pudo imaginarse locura poner por plumage en el sombrero unos cuernos de oro, pregoneros de su afrenta: pero q̃ mucho hiciesse locuras quiē se miraba afrētado, y ageno de la muger que amaba, si un Rey se mostrò sin sesso por gozar una beldad? En fin, Juan Lorenzo despechado, y corrido, ya que le avian quitado la muger, temiò, al modo que nuestro David, que le quitassen la vida, y imitando como Catholico sus passos, se passò a Castilla, como allà David à Geth, donde abrasado en sētimiētos, y arrastrado de sus cuitas, acabò la vida. Su muger Doña Leonor no anduvo tā fina como debiera, pues si es q̃ sintiò apartarse del marido, se consolò bien

pres-

presto,y más quando coronada Reina,y el Rey a su lado, viò que losGrandes le hincaban la rodilla para besarle la mano. El Infante D. Juan, Maestre de Avìs, que aunque bastardo, a fuerza de su brazo succediò en el Reino, fue el primero que besò la mano a Doña Leonor. El Infante Don Dionis, hijo de Dña. Inès de Castro, no quiso hacerlo, aunque el Rey se lo mandò diciendo con mucho brio, que no besaba èl la mano a tales Reinas. El Rey colerico de la desemboltura, diò tãta rienda al enojo, que metiò mano a un puñal, y arremetiò al Infante para herirle; mas èl volviò las espaldas, y se passò à Castilla. Gozò en fin, Dña. Leonor de la Corona, y con menos recato que debiera, enseñoreandose tanto de la volũtad del Rey, que todo el gobierno corria por su mano: levantò con titulo de Conde a Juan Fernandez de Andeyro, cierto Caballero de Galicia, con quien, dicen, andaba enamorada, y aun perdida: juicios quizà del Cielo, que por la misma que afrentò el Rey a un vassallo, padeciesse el Rey afrentas. Consuelese, pues, mucho nuestro David con este exemplo, y vea lo mejorado que està en sus cuitas; pues si le quitaron a la muger, y se la dieron a otro, èl vino a cobrar por el discurso del tiempo lo que era suyo, y ella procediò tan fina, que jamàs con el esposo supuesto le hizo agravio. No fue Michòl como Doña Leonor, que por complacer a un Rey, supo alegrarse, sino que constante, y fina a un Rey padre, y a un marido, supo resistirse. Imiten todas las casadas estas finezas, y aunque las brumen riesgos, ò las alhaguen caricias, sepan ser leales a los que maridos suyos las entregan las llaves de su honra.

CAPITULO XI.

COMO DAVID SE FUE AL REYNO DE GETH A VALER DEL Rey Achis, y lo que alli le passò. Cuentase la batalla memorable de Gelboè, con la muerte de Saùl, y destrozo de su Campo.

Ex l. 1. Reg. c. 16 17. y 18. Text. y Gloss.

YA que con tantos similes, y exemplos dexamos a David, y à Michòl algo consolados en su cuitas, y amagados zelos, passemos mas adelante en sus trabajos. Bien colegiò David de la accion de haverle dado Saùl a Michòl otro marido, q̃ estaba mui indignado contra èl, y avia de procurar ha-

haberle à las manos; lo qual mostrò la experiencia, pues cõ tres mil hombres de los mas escogidos, saliò en su busca por los desiertos de Ziph. Supolo David, mediante las espias, que ordinariamente, como astuto Capitã, tenia derramadas por el monte; è informado de la parte donde tenia el Rey su alojamiento, y visto, q̃ entregados al sueño, dormian descuidados, quiso arrestarse à un arrojo, fiado en las bizarrias de su animo. Llamo, pues, à su sobrino Abisaì, hermano de Joab, y rebozados con la capa de tinieblas, q̃ les prestò la noche, llegaron con passos de silencio hasta la misma Tienda donde Saul dormia, y Abner, y otros Capitanes en contorno. Viendo Abisai ocasion tan oportuna, y q̃ con las mismas armas, q̃ tenia el Rey à la cabecera, podian darle muerte; dixole à David: Ea, señor, ahora es tiempo, este es el dia en que Dios ha puesto a tu enemigo en tus manos; permiteme que con su mismo venablo le atraviesse el pecho. David entonces, teniendole el brazo, le dixo: Estate quedo, sobrino, y advierte que quien en un Christo del Señor pone las manos, comete culpa mortal. No quiero que le mates, ni que le ofendamos en un hilo de la ropa; porque te juro por el Señor que nos tige, que hasta que llegue el dia de su muerte, ò Dios le quite la vida, ò perezca en la batalla, no tengo de agraviarlo. Tomale las armas, y esse barril de agua, que tiene junto à si, y huyamos del peligro.

Yà quedã apuntado en el cap. 7. de este Libro.

El intento de David, segun se colige de la accion, y segun explica Lyra, fue solo para darle à conocer al Rey su inocencia, y q̃ le perseguia sin causa; pues no puede haver mayor prueba de estar un corazon sin rencor, q̃ teniendo al enemigo en las manos, no ofenderle. Salieron, pues de la Tiẽda sin ser sentidos; subiòse David à la cumbre de un cerro, y desde alli diò voces, retando de descuidados, y poco vigilantes à los que guardaban la Tienda del Rey. Despertarõ alborotados, y hallaronse convencidos, viendo en manos de David bastantes señas. Al ruido despertò tambien Saul, y advertido del caso, y escuchando las razones con que David le hacia cargo de tanta persecucion, se le mostrò rendido, y diò palabra de no molestarle mas. Con todo, David, como escarmentado de ofrecimientos semejantes, quando le quitò el giròn allà en la cueva, no se quiso fiar de sus palabras, ni acercarse à su llamado, q̃ quiẽ una vez no cũple aque

llo que promete, da poca seguridad para que dèl se confien.

Haviendo, pues, David usado desta estratagema para ver si podia ablandar à un corazon obstinado, viendo que no se asseguraba de palabras, y promessas, entrò en cuenta consigo, y dixo allà en su idèa: Dia puede haver que dè en manos de Saùl, y aunque tengo seguro del Cielo, que no ha de quitarme la vida, no quisiera vèr el riesgo de serme forzoso empuñar la espada contra quien debo respeto, y de que muchos, quizà mueran à mis manos, por favorecer los mios; por lo qual, no serà mejor huir de aqueste lance, è irme à tierra de Paganos, para que cesse Saùl de perseguirme, y cesse de molestar à los que imagina que me dàn sustento, y me acogen en sus casas? No hai duda sino que serà mas acertado salirme de sus tierras, è irme a las estrañas.

Hecho este discurso, comunicòlo con los suyos, seiscientos Soldados que le acompañaban, y hallandolos obedientes à su parecer, dispusieron su viage, tomo cada qual su ropa, cargò Abigaìl con toda su riqueza, y marcharon à Geth, adonde Achis reinaba, hijo del otro Achis (como advierte la Interlineal) de quien en tiempos passados huyò David hecho loco. Este Principe estaba mui aficionado de la fama de David, de sus hechos, hazañas, y virtudes, con que entẽdido su designio, le franqueò las puertas de su Corte. Diole sacogida, mostrando mucho agassajo, y cariño à David, y à sus mugeres. Passados unos dias, pareciendole à David, que no era razon estarse su gente ociosa, y estafando a aquel Rey, y que serìa mejor camino exercitar las armas contra los enemigos del nombre de Dios, hablò con Achis, y dixo: Ya que he merecido hallar tanta gracia en los ojos de V. M. pues no solo ha abrigado mi pobreza, y acogidome en su Reino, sino q̃ se ha esmerado en hacerme favores, y mercedes, dandome en su casa tan honroso hospicio, deuda conque siempre me tendrà obligado; suplicole dè oidos a mi ruego, y conceda buen despacho à mi peticion. Digo, pues, señor, q̃ no parece bien, ni mi condicion lo llena, estar con tanta gente aqui en la Corte, haciendo costa à V. Mag. y viviendo à sus expensas; por lo qual, yo querria, que me assignasses domicilio en una de sus Ciudades, donde como Alcayde della pueda con mis Soldados tenerla en custodia, y hacer salidas para ganar de comer, y sustentarnos.

Qua-

Quadròle al Rey la propuesta, y condescendiendo al gusto de David, le dio como en propriedad la Ciudad de Sicelech. Plantò en ella su Real, sentò su casa, y por espacio de un año, y quatro meses (segun el mejor sentir) que viviò en ella, hizo muchas correrias en tierras de Paganos, de las que no estaban sujetas al Rey Achis (como advierte la Interlineal) quales eran los Gesuritas, Jezraelitas, y Amalecitas, acarreando de ellos ricos, y grandes despojos, conque no solo lo passaba David bien, sino que le sobraba para cortejar à Achis con regalos, y preseas. Al cabo, pues de algun tiempo, trataron los Filisteos hacer liga, y juntar todas sus fuerzas contra Israel, durandole siempre la enemiga con Saùl desde la muerte del Gigante, y procurando indignados el despique. Fue Achis uno de los Principes convocados; y como pensaba engañado, q̃ los daños que hacia David en las tierras confinantes, eran en perjuicio de Saùl, y gente de su Reino, pareciòle que no podia llevar en su Exercito compañia mas à proposito que la de David, pues como tan ofendido de Saùl, continuaria cruel en la venganza de los enojos, y agravios recibidos. Llamòle, pues, à su Corte, fue David mui obediente, recibiòle cariñoso, y despues de los cumplimiẽtos, y cortesias, le dixo, que estuviera entendido, que avia de acompañarle à aquella guerra con todos sus Soldados, pues aunque era cõtra su Nacion, le daba causa para satisfacerse de las persecuciones que el Rey Saùl le havia hecho. David, q̃ tenia el corazon mui ancho, y que sabia donde era menester que no se assomasse al rostro lo que el alma sentia, respondiò con mucho agrado palabras equivocas, que hiciessen a dos sentidos diciendo: *V. Mag. verà lo que obrarà su Siervo en esta guerra.* Pudo ser que fuesse su intencion pelear valientemente contra Saùl, (y esto sienten las Glossas) ò pudo ser que fuesse su intento dar tras los otros Paganos, sin ser ingrato a Achis, ayudandole para que los de Saul no le ofendiessen. En fin, el no dixo mas, sino que experimentaria alli el valor de su brazo, à lo qual Achis correspondiò mui agradecido.

Mira la Glossa in c. 27. ex 1. Reguñ.

Question mui controvertida, y que ambos pareceres los da S. Augustin por opinables.

Mira la Glosl. in 1. Reg. c. 28.

Mucho turbaron à Saul estas sonadas de guerra, estas ligas, y estas prevenciones de los Filisteos. Consultò à Dios sobre el caso, por medio de sus Prophetas, y debiò de ser esto con tan poca devocion, que cerrò el Cielo los oidos, y no le diò respuesta. Sentido, pues, de que Dios no le oyesse, valiò-

se de una hechicera, para que por medio de sus conjuros diabolicos, pudiesse conocer el paradero, y fin de la batalla. Apareciòse el Profeta Samuèl por orden Divina (segun el sentir de algunos) ò el Demonio en figura de Profeta (segun sienten otros) y mirandole severo, le dixo: Por què has venido a inquietarme, y a sacarme de mi sepulcro? Porque me hallo mui atribulado, (respondiò Saùl) viendo que los Filistèos vienen contra mi pujantes, y Dios me ha dexado, sin querer oirme, ni darme un aviso de lo que tengo de hacer; y assi gustàra que tu me lo dixeras. Respondiò Samuel entonces: Si Dios te ha desamparado, como dices, y favorece al emulo que tanto has perseguido, què tienes que preguntarme? ni què puedo yo decirte, sino que harà el Señor contigo lo que te anunciè algun dia? Quitaràte el Reino, y daràsele à David. Mañana serà tu campo despojo de los Filisteos, y tu y tus hijos morireis en la batalla.

Desapareciò la vision, cayò Saùl desmayado en tierra; saliò la Maga del retrete donde estaba, alentòle compassiva; dos criados, ò dos Capitanes, que iban con èl, hicieron lo mismo; y à importunaciones de todos, comiò de los manjares, que sazonò el aliño de la tal muger. Algo confortado caminò toda la noche, hasta llegar a los Reales de su campo. Y pondera Lyra, q̄ se descubriò el animo, y valentia de Saùl en no mostrar cobardia, ni huir el lance, quando llevaba certidumbre de su desgracia. De la misma suerte arrostrò al enemigo, y se dispuso para la pelea, que si llevara seguro de la victoria. Como èl solo sabìa el secreto de aquella profecia, y amenaza, viò que le estaba mejor entrar à morir honrado, que escusar la lid con nota de cobardia. Dexemosle aqui disponiendo su Exercito, y vamos à vèr lo que le passa à David en el Real de los Filistèos.

Juntaronse, como yà diximos, todos los Principes de Palestina, cada uno con el mayor trozo de gente q̄ pudo alistar su poder. El aparato fue mucho, muchos los Soldados, mucha la disposicion. A cada cien hombres presidia un Cēturion, y à cada mil un Tribuno; de suerte, que fuera de los Generales, que traìan los Principes confederados, gobernaban por menor Tribunos, y Centuriones. David, y los suyos veniā a ocupar el ultimo puesto en el Esquadrō de Achis y aun alli ofendiò los ojos de los demàs Principes; pues amos-

Ex lib. 1. Reg. cap. 29. Texto, y Gloss

amostazados de verle, le hicieron cargo à Achis, diciendole Què es lo que quieren aqui estos Hebreos? A lo qual satisfizo Achis de esta manera: Possible es que ignorais que este es David, vassallo del Rey Saul, de quien ha recibido muchos males, por cuya causa se vino a valer de mi? Sabed, pues, q̃ yo le he abrigado, y dadole por asylo la Ciudad de Sicelech donde ha estado mucho tiempo, pagandome con gratitudes, y servicios la merced que le hice en ampararle. Sus procedimientos han sido de suerte desde que vino à mi Reino, hasta este dia, que no puedo condenarle en la menor acciõ; y assi, pagado de su lealtad, le quise traer conmigo a aquesta guerra. Poco sabeis de cautelas (respondieron los Principes indignados) pues aguardais beneficio de vassàllo, a cuyo Rey vais a verter la sangre, y a cuya nacion vamos a dar guerra? Què mejor ocasion que la presente, querrà esse David para reconciliarse con su Rey, volviendo contra nosotros las armas? Estos lances no alcanzais, Esto no presumis? No sabeis q̃ es este el que matò a Goliath, gloria de nuestra Nacion, apagando con su muerte todo el valor Filistèo? No sabeis que es este a quien en coros, y danzas le cantaban mil elogios, atribuyendole a su brazo la victoria diez veces mas que à Saùl? No sabeis que es este a quien el Rey vuestro padre, advertido de quiẽ era, quiso prenderle? Pues a q̃ fin le traeis en vuestra ayuda? Mandadle, pues, q̃ se vuelva a vuestro Reino, estèse allâ retirado, porq̃ no ha de ir con nosotros, ni conviene.

Lastimado quedò Achis de ver la resolucion de aquellos Satrapas sus amigos, porque tenia â David por hombre de bien, y por tal le amaba, y sentia la besa de haver de despedirle; pero considerando era forzoso, llamòle á parte, y manifestando su pesar en las palabras, le dixo: David, vive el Señor, que eres a mis ojos recto, y justo, y que fue eleccion mia traerte a los Reales a que me hiciesses lado; y assimismo te juro, que despues que estàs conmigo no he experimentado accion en que me hayas disgustado, antes sì buenos servicios, a que estoi agradecido; y assi no juzgues, ni atribuyas à falta de mi voluntad lo que te quiero advertir; atribuyelo sì empero à mi desgracia, ù a tu corta dicha. Sabe, pues que no agradas a los Satrapas, a estos Principes, que ves desazonados; y assi, vuelvete en paz à Sicelech, que no quiero que tu vista les ocasione disgustos, ni juzguen por mal aguero

 lle-

llevarte en mi compañia. No quiso David aceptar el primer embite, que como era prudente, y entendido, pudo recelar caeria con Achis en alguna sospecha, si admitia sin repugnancia el despedirle; y assi mostrando despecho, y el pundonor de Soldado, respondiò, diciendo: Yo quisiera saber en q̃ he dado enojo à V. A. ò què ha visto en mi para castigarme de esta suerte, pues me priva de que haga mi deber contra los q̃ son sus enemigos, y que vea en la batalla pagarle lo q̃ le debo. Mui satisfecho estoi (respondiò Achis) de vuestras lealtades, y finezas, pues sois un Angel de Dios para mis ojos, pero estos Principes estan indignados, y resueltos a que no haveis de ir con ellos; y assi, juntad vuestros Soldados, y al apuntar el dia marchad à Sicelech. No le parecia a David hacer mas rèplicas, sino que compassivo, y pesaroso sujetò la voluntad à la obediencia: besòle la mano à Achis, despidiòse de èl, juntò su gente, y al primer crepusculo de la mañana desamparò el Exercito y comenzò su viage. En tanto pues, que llegaba à la Ciudad de su asylo, donde yà le esperaban nuevas cuitas, hagamos relaciõ del sucesso desta guerra, con el lastimoso fin de su perseguidor, para que quien ha visto lastimas de un perseguido, aliente el animo, escuchando tragedias, y castigos del contrario.

Ex cap. 31 lib. 1 Reg. Despedido David, levantaron su campo los Filisteos, y marcharon para la Ciudad de Jezraèl. Saùl tambien sabiendo que se le acercaba el enemigo, se puso à punto de guerra, disponiẽdo su gente, y cõcertando sus esquadrones. Cada uno procurò mejor puesto para aver de dar la batalla q̃ no es lo menos essencial para alcanzar la victoria. Debiò de ayudar en esto la fortuna a los infelices, ù debiòlo de grangear su diligencia; pues tomando las cumbres de los montes de Gelboè, quedaron mui ventajosos en sitiò, gente y armas. Hallòse Saùl supeditado de sus contrarios, pues aũque los valles, y cañadas daban mejor estancia à su Cavalleria, viò estaban acorralados, y con las armas del enemigo sobre las cabezas. Disimulò la pena, porque los suyos no desmayassen: Esforzòlos animoso, como valiente Soldado, poniendoles por delante sus obligaciones, y exortando a cada uno con amorosas palabras a q̃ hiciesse su deber en la pelea. Declaròles el peligro a q̃ estaban sus vidas, y que el procurar salvarlas era gloria del esfuerzo, porq̃ venciendo, mucho se

se doblaba el laurel de la victoria. Con esto, poniendo en la delantera a su General Abnèr, y al Principe de Jonatàs al lado diestro, a los otros dos Infantes sus hijos Abinadad, y Melchisue al lado izquierdo, y por retaguarda a otros Capitanes de valor, se estuvo quedo, hasta que el enemigo diò señal de acometer.

Al sòn, pues, de una, y otra trompeta, se comenzò la batalla de poder, a poder, travandose todos en tropel confuso, y escaramuza sangrienta. Lo ventajoso del sitio daba brio al Filisteo, y el verse con menos gente desanimaba a Saùl, si bien los unos, y los otros encendidos en corage, sustentaban la batalla bien, indecisa, y neutral por largo espacio. Corridos los Infieles de que a nubes de saetas hiciessen tal resistēcia los Hebreos, apretaronlos con mas gente de refresco, q̄ desgalgados de las cumbres con dardos, lanzas, y piedras parecia que llovia el Cielo hombres, y que granizaba golpes, y heridas. Comenzò a desmayar la gente de Saùl, por mas q̄ su imperiosa voz los animaba: sintiò la flaqueza el enemigo, y con voces de victoria les infundiò mayor miedo, ardid mañoso de guerra en tales casos. Ya en desbaratadas tropas comenzaron à huir de acobardados. Ya la grita del vēcedor, y alaridos tristes de los vencidos, embarazaban el aire con repetidos ècos. Ya con la cruel matanza baxaban de los mōtes tintas en sangre las fuentes, y de arroyos de coral iban rios por los valles. Ya muchos de los que huian, ahogados en sangre de los otros, poblaban funesta tumba la campaña, y hechos promontorios de cadaveres sangrientos, era todo Gelboè un espectaculo triste. El estrago fue cruel, mucha la matāza, grāde el destrozo. La flor de toda Israèl q̄dò extringuida, siendo pocos, y los de menos cuenta los que escaparō de la batalla; y muchos, y los mas valientes, los q̄ quedaron muertos, y entre ellos los tres Infātes Jonatàs, y sus hermanos.

Confuso, y despechado andaba el Rey Saul de una en otra parte, acudiendo con esfuerzo, y valentia donde la mayor necessidad le voceaba. Sin miedo de la muerte se arrojaba a qualquier riesgo, favoreciendo aqui a unos, y animando alli a otros, sin desmayar al cansancio, ni rendirse a la fatiga; pero quando ya viò desbaratado su campo, sus hijos muertos, sus Capitanes vencidos, y que su cuerpo iba yà hecho una criba de las flechas, temiendo que el enemigo se

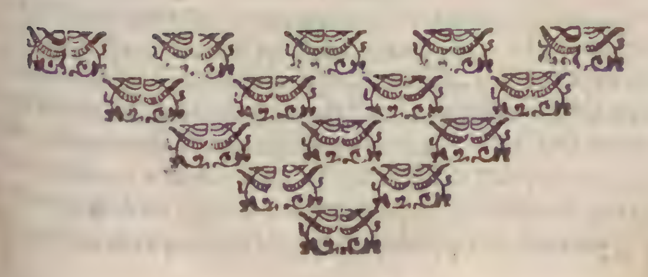
enseñoreasse de èl, si le huviesse a las manos, se retirò poco a poco a un recodo de la selva, donde troncos, y peñascos le dieron lugar oculto. Fuele siguiendo Doech, que como era su valido, nunca dexò su lado; y viendole Saul, le dixo con despecho: Ea, amigo, yo estoy cõ mil heridas mortales, y no quisiera esperar que estos Paganos me hagan alguna afrenta: por lo qual yo te mando, que acabes de matarme, pues no puedo esperar vida; mas vale que me hallen muerto, que no que atado a sus carros, sea mi muerte gloria de su triunfo. No dudes de la execucion, quando mi honra, y mi ruego sò quien te solicita, ni hai porque te amedrente lo horrendo, quando lo util te descarga.

Atonito escuchaba Doech estas razones, lastimado, y afligido de ver puesto a su Rey en lance tan amargo. No le quiso obedecer, sino que antes compassivo le incitò al esfuerzo y que no desesperasse. No estaba para consejos Saùl quando por una parte se miraba con mortales heridas, y por otra consideraba ya ciertos los vaticinios de Samuèl, mediante aquella hechicera. Yà, en fin, se daba por muerto, y en caso tan urgente, quisiera mas morir a manos dè un privado, q̃ no a làs de un enemigo: que este mata carnicero, y aquel hiere lastimado. Viendo, pues, que no queria Doech obedecerle, tomò su mismo acero por la punta, y arrojandose sobre èl con gran despecho, le abriò puerta a la muerte, conq̃ entre bascas, y angustias rindiò el alma. Assi acabò un Rey impio, atravesado de su estoque, homicida de sì mismo, cruel, y desesperado. Quien se viò tan poderoso, tan lleno de grandezas, con tanta soberania, se halla ya cadaver frio, rebolcado entre su sangre en la maleza de un monte, y a ojos de sus contrarios, que es la mayor desgracia.

Quando Doech le viò muerto, se diò por perdido, que en faltando el Rey que vale, se le acaba al valido la privanza. Como se consideraba tan èmulo de David, y veia que faltando Saùl havia de ceñirse la Corona, comenzò a temerle Rey, aun antes de coronado. Por no verse, pues, sujeto à quien tenia hechas tan malas ausencias, quiso imitar los passos en la muerte de aquel, en cuya vida siguiò los malos passos. Apenas hizo el discurso, quando lo diò a la execuciõ sacando tambien su espada, y echandosela por el cuerpo: q̃ un mal consejero, un mal privado, un valido chismoso, un

valedor de ruines, un perſeguidor de buenos, ſiempre acaba mal entre deſaſtres, y afrentas.

No parò en eſto la deſgracia de Saùl, ſino que le ſucediò muerto lo que tanto temiò vivo. Los Filiſtèos, que alborozados con la victoria, ſeguian ſangrientos la matanza, no perdonando del monte el ſeno mas oculto que no le eſcudriñaſſen, quiſieron tambien aprovecharſe de los muchos deſpojos, armas, y preſèas, q̄ les daba ſu buena ſuerte; y aſsi engoloſinados, andaban por una, y otra parte rebolviendo y deſnudando cuerpos muertos. Hallaron, pues, con Saùl, y con los tres Infantes, y ſin que los refrenaſſe ſu tragedia, ſe hicieron vengativos à la crueldad: Cortaronle la cabeza al Rey, y pueſta en una azta, dieron vuelta con ella a todos ſus Reales con algazaras feſtivas: llevaronla tambien de Pueblo en Pueblo, para que todos la vieſſen, y ſe holgaſſen; y para mayor afrenta, colgaron el cuerpo con los de ſus tres hijos ſobre el muro de Bethsàn. Sus Reales armas las colgaron por trofeo en el Templo de ſus Dioſes, todo en un vilipendio, y deſacato de la Mageſtad Real. Dexemosle aſsi colgado, aſsi deſnudo, aſsi a la verguenza, y mientras los de Jabes, a fuer de agradecidos, y leales vienen a darles ſepulcros acompañèmos con tres ſemejantes fracaſos ſu deſgracia. Y ſi valerſe de malos medios acarrèa de ordinario malos fines pues ya vimos que Saul ſe valiò de una hechicera para ſaber el fin de la batalla, ſin que le fueſſe freno el precepto Divino, que prohibe conſultar, ni dar credito a eſtas adivinaciones, traigamos a cuento a otros Principes, que ſiguieron el miſmo rumbo, y le imitaron tambien en los deſaſtres.



CA-

CAPITULO XII.

EN QUE SE PONEN VARIOS EXEMPLOS DE LO MAL que acabaron Principes, y Reyes que se valieron de hechiceras.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores de esta Historia Hector Boecio en su Historia de Escocia, lib. 6. Pin in Mon.4.p. lib. 27. c. 28. §. 1.

MIentras en la Muralla de la Ciudad de Bethsàn yace Saùl, destroncado Cadaver, si puede haver alivio cō desdicha semejante, venga un Rey de Escocia à hacerle compañia, muerto, y depositado en lugar mas asqueroso. Corrian los años de docientos y quarenta y ocho del Nacimiento de nuestro Redemptor, quando Natholoco, el principal de la Argadia, Provincia de Escocia, haviendo mañoso sobornado las cabezas, vino a coronarse Rey de aquella Isla. Atropellò el derecho de los hijos del Rey Athircòn difunto, por causa de sus maldades, no queriendo los q̄ estaban injuriados del padre se adjudicasse el laurel à prendas suyas. Huyeron, pues, los Infantes à Laudonia, disfrazados de mendigos, por miedo del Tirano; con que Natocolo, despues de muchas juntas con los Nobles, fuè como he dicho, jurado por Rey de Escocia. Portòse bien al principio, procurando agassajar a los mal contentos de su eleccion: que es fulleria de astutos, para assegurar el puesto en que se miran, honrar mas à sus contrarios. Repartia, pues sus rentas con los nobles, , y linsongeandolos à veces con llamarlos sus pies, y manos de su Corona: que dando, y hablanda bien, se ganan las voluntades. Conservòse con esto algunos años; pero como en semejantes gobiernos nunca faltan desabridos, ò yà por parecerles medrar mas por otra parte, ò ya por tirarles mas el mejor derecho, muchos de los poderosos dieron en cartearse secretamente con los Infantes, q̄ estaban ocultos en Laudonia; los unos ofrecian sus favores, para q̄ cobrassen su Corona; los otros agradecidos, mostraban hacer esfuerzos para ello. Una hechicera era la estafeta de estos tratos, la que llevaba, y trahia cartas de Laudonia à Escocia, y por donde pensaron ganarse, se perdieron, porque aun-

aunque ayuda el demonio à las hechizerias, y el demonio puede mucho, con todo, como èl es falso, las desampara quando le parece, porque comiencen en esta vida a pagar parte de la pena, que se les aguarda en la otra. Assi la aconteciò a esta estafeta, porque cogiendola el Rey con las cartas, que traia para Escocia, y visto lo que contenian, la pagò el porte, con mandar que la empozassen. Guardò las cartas, dissimulando prudente algunos dias, porque la caza no se le espantasse: al cabo de los quales mandò llamar en sòn de otra cosa a los para quienes iban, y diòles la muerte a todos, Eran muchos dellos personages de gran cuenta; y assi divulgado el caso, se hicieron todos los Nobles à las armas.

Temiò el Rey el rebelion, y pormas que trabajò en apagar la llama, no fue possible, que incendios de conjurados ofendidos, todo un mar es poca agua. Viendose con poca gente, muchos los alborotados, neutral el vencimiento, y amenazado el peligro, procurò antes de arriesgarse, saber quien le hacia traicion, y el fin, y paradero de aquella intēpestiva guerra; y para esto, en vez de acudir à Dios por buenos medios, siguiò el rumbo de Saùl, valiendose de hechicerias. Supo q̄ en la Isla Jona havia una vieja famosissima en el arte, y despachò a consultarla al mayor amigo, y privado, que tenia: que cosas como estas, y mas siendo contra un Rey, no se pueden fiar sino a un privado. Partiò, pues, con diligencia, hablò a la Maga, y exageròla mucho el cuidado de su Rey: ella, ò ya fuesse grata al ruego, ò ya prendada de el dòn (q todo mediaria) hizo sus conjuros, revolviò sus embelecos, y hablò con sus aliados. Esto concluido, le respondiò al mensagero estas palabras: *Idos, y decidle al Rey, que ha de morir mui presto à manos de su mayor amigo.* Alteròse el privado con semejante respuesta, y como amaba al Rey mucho, ya quisiera hallar con el alevoso para hacerle mil pedazos; y assi rogò a la hechicera, que si le era possible con su ciencia le dixesse, y declarasse quien havia de ser el matador. Ella con lindo desahogo le respondiò: *Si vos sois el Valido, y à quien el Rey quiere mas, teneos por dichoso, que vos mismo sereis quien le quitareis la vida.*

Solo el demonio pudiera fabricar tales enredos, para deshacer lazadas de la amistad, y hacer odioso a un amigo; pero

si

si dexa un Rey de acudir al Cielo en sus necessidades, anda a buscar à un demonio, que se las remedie: q alivio le ha de dàr, sino como de demonio ? Apenas oyò el Privado la respuesta, quando ardiendo en ira; le dixo à la hechicera muchas pesadumbres, renegando de su ciencia, y de su arte, y ultrajandola de necia, de loca, y desatinada. Con estos desamanos la dexò avergõzada, y èl se fue corrido. Tomò el camino de Escocia, mui abochornado de haverle de dàr al Rey tã malas nuevas. Comenzò a pensar, y a discurrir consigo, q si al Rey le decia cõ toda aquella claridad la respuesta de la Maga, serìa caer en sospecha, y aũ arriesgar su vida; y tambien, que si le fingiesse otras cosas, pudiera alcanzar el Rey à saber por otro camino la verdad, y mas dexando a la autora tan mal sazonada; conque se daba mas calor a la sospecha, y era arrojarse a la muerte. Decirlo como ello era, lo miraba peligroso; no decirlo, ò palearlo, lo hallaba mas q̃ peligro. Si por una parte huia de Scila, daba en Caribdis por otra. Apretados argumentos en casos de tanto aprieto. Vacilãdo, pues en estos discursos el Caballero infeliz, vino à resolverse en q̃ le seria mejor matar que morir. Yo amaba (dice) a mi Rey mas que a mi vida: a quien quisiera ofenderle le diera mil muertes: oy, mediãte esta consulta, le he de ser yà sospechoso, y ha de procurar matarme: no hai ahorrarse con la vida; pues viva yo, y muera el Rey. Quien imaginàra tal! Quien tal pensàra! Quien sino una hechicera urdiria tal embeleco?

Con esta resolucion llegò à Morabia, donde le esperaba el Rey bien congoxoso. Recibiòle con los brazos, y èl acabadas las ceremonias de cumplimiẽtos corteses, llamòle à parte, y encerrados los dos en un Palacio secreto, le llenò la cabeza de unos fingidos cuentos, prevenidos, y estudiados para el caso. Andabase haciendo tiempo para executar su maldad, y el miedo reverencial le ataba tal vez las manos. Estaba el Rey achacoso: era la causa sus pesadumbres: afligale la hijada: fuesse a una secreta, y porque no fuesse solo Bellido à quien para una alevosìa se le deparasse ocasion tan oportuna, por no dexarla perder el traidor de Morabia arrancò el puñal, y a heridas crueles acabò con su Rey, con su Señor, con su Amigo. Què mal Privado! Què infeliz! què inconstantes las cosas desta vida! Arrojòle a acabar de morir en la misma necessària, porq̃ tuviesse su muerte aquello de

de mas deſdoro, y mas afrenta; y montando en un caballo, q̃ ya dexò apercibido, les fue à dar las buenas nuevas à los conjurados. Saque todo Principe eſcarmientos deſta hiſtoria; ſaque todo infiel emienda. No aſpire nadie à ſaber lo por venir, y mas por tales medios: q̃ una hechicera ayudada del demonio, què puede adivinar ſino ruinas? Y quizà que las permite el Cielo à los q̃ poco atentos ſe ayudã de tal ſuerte, pues aun de ſu Privado no eſtà ſeguro un Rey, ſi ſe vale de hechiceras.

EXEMPLO SEGUNDO.

DEnos otro Rey Eſcoto, y tirano tambien, esfuerzo à nueſtro aſſũpto, y divierta aflicciones, y peſares de los triſtes lo ſazonado, y ſabroſo de la hiſtoria. Reinaba en Eſcocia el Rey Ducano por los años de 1400. quando por ſũ floxedad en el gobierno, y para ſoſſegar algunos alborotos, diò el cargo de General a un primo ſuyo, llamado Machabeo, hombre de mucho valor, de animo oſſado, de eſpiritu valiẽte. Venciò, pues, à Magdovaldo, caudillo de los rebeldes; y le apretò de modo, que ſe matò à sì miſmo, deſpues de aver degollado à ſus hijos y muger, por no verſe expueſto à muertes mas afrentoſas. Venciò tambien à Suenòn, Rey de Norvegia, q̃ pretendiendo derecho à la Corona de Eſcocia, puſo al Reino en apretura; pero el Machabeo le domò de ſuerte, q̃ hallando una noche à todos ſus Soldados bien bebidos, à cauſa de una cena, con q̃ mañoſo Duncano quiſo cortejarles: apenas le dexò Soldado a vida, ſino fueron ſolos diez, con q̃ ſe huyò afrentado. Con eſtas felicidades, y victorias ſe hallaba Machabeo eſtimado, y aplaudido, el Rey contento ſoſſegadas las Provincias, todo el Reino en mucha paz. Sucediò, pues, que caminando un dia a la Ciudad de Fortes, donde reſidia el Rey, brindado de ſus delicioſos boſques, ſaliò a divertirſe con ſu amigo Banchuòn, Gobernador de Locuhabria; y quando mas emboſcados en la ſelva, ſe les puſieron delante tres hermoſas damas de diferente trage, aunque bizarro Saludarõ todas à Machabeo, diciendole cada una ſu epitecto La primera le dixo: *Guardeos Dios, Machabeo, Gobernador de Galmis.* Luego añadiò la ſegunda: *Dios os guarde, Gobrnador de Caldario.* Y conclyò la tercera: *Dios os guarde, Machabeo, que haveis de ſer Rey de Eſcocia.*

Autores de eſta hiſtoria Hector Boecio, lib. 12. Pin. 4. p. 1. 28. cap. 15. 12. 17.

Co-

Como embidioso de estos anuncios, le dixo entonces Baûchuòn, que para ser damas havian andado con èl poco cortèses; pues aviendole hecho à Machabèo tantas honras, èl no avia merecido una cortesìa de su boca. No os sintais por esso le dixo la que hablò primero, q̄ aunque Machabeo se verà Rey coronado, tendrà un desastrado fin: y vos, aunque no os vereis Rey, tendreis grandes descendientes, que lo sean. Desaparecieron las tres al decir esto, quedando los dos Capitanes admirados, y confusos de cosa tan estraña. Atribuyeronlo a ilusiones diabolicas, conq̄ el Demonio engaña muchas veces; pero, en fin, sucediò todo, rodando los tiempos, porque por muerte de su padre, heredò Machabeo el Govierno de Galmis: de alli à poco muriò el Governador de Caldaria, y dexòle el Rey aquel titulo. Como estuviesse ceñudo cō èl en cierta ocasion su amigo Baunchòn, le dixo como por risa: Ea, Machabèo, ya aveis alcanzado las dos dignidades q̄ os pronosticaron aquellas Ninfas incognitas; y assi os resta solamente hagais verdad la tercera, conq̄ ciñais la Corona, hallarèmos ser verdad quanto os dixeron. Banchuòn hablaba de burlas, y en modo de chacota; y aunq̄ Machabèo correspondiò à la burla con las palabras, ya en la intencion comenzaron à humear las altiveces, ya desde alli se dispuso à buscar medios para empuñar el Cetro. O ambicion humana y como ciegas los ojos de la razon, aun en los mas avisados! Pues à trueque de reinar, no reparò este Principe en el desastrado fin que le anunciaron tambien las adivinas; à trueque de gozar presentes glorias, rompe por los malos fines.

Comunicò Machabèo con su muger aquella profecia de las tres mugeres, para ver en que la hallaba: que pronosticos tan vidriosos, y que ofenden à la Magestad, sino es para su muger, no puede ningun hombre sacarlos à la boca. La muger ambiciosa tābien por verse Reina, animòle bravamēte à la pretensa, facilitandole incōvenientes, deshaciendole impossibles, y ofreciendole favores. Vienela mui de atràs a la muger el aspirar à deidades, quanto y mas à las Coronas y assi no serà mucho, que si Eva, por esta ambicion de mādar, metiò à su marido, donde le dexò atollado, la muger de Machabèo le aconsejò precipicios. Poco avia de menester èl, quando estaba ya resuelto; y assi tomādo por achaque haver hecho el Rey a su hijo Malcolmo Principe de Cūbria, cōtra

las antiguas Leyes de aquel Reino, que disponian, q̃ muerto el Rey, aunque dexasse hijos, sucediesse en la Corona el pariente mas propinquo de la sangre Real, hasta q̃ el hijo mayor del difunto tuviesse edad competente para governar el Reino; y que supuesto el era primo del Rey, y el Principe su sobrino mui muchacho, se le hacia agravio, y se le perjudicaba su derecho en darle al niño aquel Principado, que era tanto como nombrarle sucessor de la Corona, como darle el Principado de Asturias al Principe de España, ò como darle el Delphinado al Principe de Francia, ò hacer Principe de Gales al de Inglaterra, ò Duque de Calabria al heredero de Napoles. Este, pues, fuè el color, y capa q̃ tomò Machabeo para alzarse, sin mirar, que yà por leyes mas nuevas se avia determinado sucediessen los hijos a los padres; mas de algo se avia de asir quien yà resuelto comenzò a llamarse Rey. Con trazas, y con traiciones se quitò delante el mayor estorvo, dandole al Rey la muerte. Los dos hijos que tenia se huyerõ a Cumbria, y assi Machabeo apadrinado ya de casi todos los Nobles, siendo el mullidor Banchaò a su amigo, se fue à la Ciudad de Escona, donde fue coronado con regocijos, y fiestas. Todas estas vueltas da la fortuna, tãto como esto alcãza la ambicion; mas ojo al fin el Christiano, y no arrastre à demasias.

Hizo Machabeo mui buenas cosas de Rey, tanto, que à haver entrado en la Corona con justo titulo, pudiera rotularse por Rey mui esclarecido. Procurò liberal gratificar con dones, y con honras à los que le ayudaron en alcãzar el Reino, bien como en nuestra España el Rey Enrique, cuyas mercedes a los q̃ le ayudaron à ser Rey de Castilla, contra su hermano Don Pedro, por muchas, y mui grandes se llamaron Enriqueñas: que la mayor propriedad de un Principe, y con que avassalla mas las voluntades, es proceder generoso, y repartir bizarro, que manos escasas no son buenas para Rey. Lo segũdo fue Machabeo gran zelador de justicia, limpiando el Reino de todos los ladrones: tanto, q̃ en solo una vez q̃ los cogiò con traza, castigò a mas de dos mil. Desterrò de los Pueblos esto de parcialidades, pues siempre de los vandos se originan insultos, pesadumbres, y desgracias. Miraba cuidadoso por el bien de los pobres, honraba à los Eclesiasticos, guardaba todo derecho à los Obispos: propriedades todas dignas de que las imiten los mas Christianos Reyes. Mas

todo

todo lo amancillò el infeliz Mancebo con hacerse a la crueldad al cabo de diez años, y corresponder ingrato al mayor amigo. Fue este el caso. Como el ascender a la Corona fue guiado de aquella adivinacion de las tres mugeres, reducia de ordinario à la memoria todos los pronosticos q̃ hicieron Cabando, pues, en su imaginacion sobre lo que una de ellas dixo al despedirse, de q̃ havia de venir el Reino à los descẽdientes de su amigo Banchuòn, diò en llenarse de sospechas rabiosas, temiendo no le matasse aquel, para assegurar al hijo, ò a su descendencia el tal derecho. Temiase Machabèo de la pena del Talion, q̃ pues èl avia muerto a un Rey, y primo suyo por hacer verdad el pronostico de verse con la Corona no serìa mucho q̃ un estraño, si biẽ su amigo, le quitasse à èl la vida, para assegurar lo que tambien le avian pronosticado Cumpliase en este Rey el proverbio Español: *Que quien ha las hechas, tiene las sospechas*; y es verdad clara., pues siempre quien es traidor, recela aun del mas amigo las traiciones.

Atormentado, pues, con estos recelos, quiso, que yà que en èl havia acertado la adivina, errasse en lo de Banchuòn. Combidòle, pues, à una cena, con un hijo, que tenia, llamado Fleancho, y a las puertas de Palacio les armò una celada de assesinos, que les quitassen las vidas. Aunque lo trazò de modo, que sonàra a casual aquel desastre, y no à orden suya, susurròse la maldad, con q̃ no faltò un piadoso que le avisasse à Fleancho aquel peligro; y asi se huyò para Gualia, dõde vino a ser el tronco esclarecido de los Reyes Escoceces. Su padre, en fin, quedò muerto à manos de los traidores: q̃ en esto le pagò el Rey la amistad, y la fineza de haverle ayudado tanto à ceñirse la Corona. Quien, que se fie de quien con el mas amigo corresponde tan ingrato? Desde esta muerte mal dada, ni el Rey se fiaba de ninguno, ni nadie de los Nobles se asseguraba con èl. Comenzò, en fin, desde aqui à executar muchas crueldades, y a hacerse à todos odioso; y para guarda de su persona, diò en andar rodeado de gran sequito de Archeros, toda gente alquilada, y de pocas obligaciones. Temiase yà del fin que le avian pronosticado, como si disposiciones del Cielo pudieran contrastarse con humanas diligencias; revocarse à veces pueden, acudiendo à Dios cõtritos: q̃ lagrimas de arrepentimiẽto le quita tal vez à Dios el azote de las manos. No se valiò deste medio este Rey Esco-

to,

to antes para saber su paradero, se diò en cõsultar à muchas hechiceras; daba fee a sus vaticinios, como si le hablara un Angel, y estimabalas mucho, desde que viò cumplido lo que le pronosticaron las tres damas aparecidas, que quizà eran otros tales, que sabiendo la inclinacion de su dictamen, quisierõ hacerle aquella lisonja. Una, pues, de esta Arte Magica, que pudiera leer Cathedra de Prima, le asseguró al Rey los miedos, con dos avisos que le diò, y fueron sentencias; uno, que no podia ser vencido de sus contrarios, hasta que el bosq Birnense fuesse metido en la cerca de su Castillo Diafano; cosa impossible por aver de por medio tierra mucha; otro, que no podia ser muerto por hombre nacido de muger. Con esse seguro sacudiò el Rey de sì tristezas, y recelos; y como afianzado en una larga vida, se diò mas à los castigos: con mui poca causa daba la muerte à los Nobles. El Thano, ò Duque de Eifa, llamado Madufo, se opuso valeroso à las demasias, y prouraba pedir favor al Rey de Inglaterra, y reducir à Escocia al Principe Malcolmo, hijo del muerto Rey Ducano, de quien con mejor derecho era la Corona.

Sabidos del Rey Macabèo los designios de Madufo, procurò aberle à las manos, para desfogar en èl todo el corage; pero el otro anduvo mas diligente en ponerse en salvo: acogiòse à Inglaterra, negociò con Eduardo el socorrerle; viòse con Malcolmo, y brindòle que fuesse à tomar su Reino. Despicò el Rey los enojos en la muger, y hijos de Madufo, quitandoles las vidas vengativo, y cruel, y lo mismo hizo a quãtos soldados suyos hallò en la fortaleza; tomòle de mas à mas todos sus bienes, y hizo que le pregonassen por traidor.

Quan sẽtido se hallaria el noble Escocès, sabida la carniceria de su casa, no ay q̃ ponderarlo, quando el caso mismo recaba del mas estraño sentimiento. Ardiendo en iras, y vomitando furias, le espolcaba el deseo à la vengãza de sus caras prendas; con diez mil soldados, pues, q̃ diò el Inglès de ayuda, y con los q̃ sentidos de Escocia se hicieron, y coligaron con Malcolmo, se juntò bastante Exercito para embestir al Tyrano; demàs, q̃ cada dia se le llegaba mas gente, con que ya daban por suya la vitoria. El Rey Macabèo, aunq̃ con menos fuerza para poder resistir al poderio, confiado en su hechicera, de q̃ no podia ser vencido hasta q̃ la Selva Birnes se traspusiesse à su Castillo, y q̃ no podia morir à manos de hõ-

 bre

bre nacido de muger:fiado en esto,sacò su gente à campaña, dispuso sus esquadrones, y esperò al contrario. Muchos le aconsejaban, que huyesse à las Islas Hebrides hasta juntar mas gente, ò que se contentasse con el Principe Malcolmo, con algun partido honrado. Despreciò todos estos consejos, por pensar no avia de ser tanta su desgracia, que en la mayor apretura le avia de faltar lo favorable, que le estaba pronosticado. No empero para consigo mismo dexaba de passarse muchos miedos, que es cruel torcedor de la dañada conciencia. A vista, pues, de su afamado Castillo esperò la batalla.

El Principe Malcolmo, con su gran Capitan Madufo, llevaba bien concertado su campo; y la noche antes que se careassen con el enemigo, tuvieron su aloxamiento en la Selva Birnes, tan nombrada, y afamada, y mas por este caso. Mandò, pues, el Principe (no se dice lo que le moviò à este hecho) que todos los Soldados cortassen para trincheras (seria de àquellos arboles frondosos (las mejores ramas que pudiessen llevar cada uno sobre el ombro. Obediẽtes al mandato se esmeraban unos, y otros al q̃ mas podia cargar con mayor ramo, alguno se echaba al hõbro un pino entero, por no ãdarse en buscar ramas. Cargados, pues, de esta suerte, marcharon à la media noche, y passando el Rio Tao, q̃ mediaba entre el un campo, y el otro, dieron vista al enemigo al reìr del Alva, enarbolando entonces los ramos q̃ llevaba cada uno; al mirarlos el Rey se llenò de un sudor frio, pues ya juzgò de aquello, q̃ toda la Selva Birnes se le venia à entrar en su Fortaleza: tanta fee tenia en el pronostico de la Maga, q̃ de vèr la fagina le imaginò cumplido. Con todo ordenò su gente, tocaron à acometer, travòse batalla, y èl entonces, por la parte que le pareciò mas acomodada, se huyò de la refriega, y en un cavallo ligero se puso en huìda. Assi como los suyos le echaron menos, cessò la pelea, y dieronse todos de paz al Principe Malcolmo, partido que se abrazò con mucho gusto, pues sin derramar sangre se le asseguró la Corona.

Como Madufo estaba tan ofẽdido del Rey Macabèo, por lo q̃ queda mencio nado de averle muerto muger, y hijos, no se contẽtaba con ganar la victoria, ni con quitarle el Reino, ni con verle huìdo, menos q̃ con su sangre labasse las manchas de su afrenta; y assi teniendole enojo por la parte q̃ iba hu-

yendo, picò al cavallo, y fue siguiendo sus huellas: alcanzòle, pues, junto à Lusana, y rebolviendo el Rey con su cavallo, le dixo con mucho brio estas palabras: *En vano, ò Madufo, te cansas, y fatigas en procurarme la muerte, quando mi hado me destina no haver de morir à manos de hombre, que aya nacido de muger.* A que respondiò Madufo no menos brioso: Pues yo soy esse mismo que te ha de quitar la vida, pues no naci de muger, porque rompiendole el vientre a mi madre ya difunta, me sacaron por la rotura a ser viviente. Diciendo esto, diòle tan fuerte encuentro con la lanza, que le bolcò del cavallo mal herido. Apeòse con presteza, y acabòle de matar, y cortãdole la cabeza, y clavandola en la punta de su lanza, bolviòse à los Reales, y presentòsela al Principe Malcolmo, con q̃ todos en voces festivas se hicierõ à la alegria. Este fue el fin desastrado del Rey Macabèo, ciego en creer hechicerias, cuyos locos vaticinios le ocasionaron los males que hemos dicho. Cumplidos viò los agueros à costa de su vida, con que aun no podrà hacer cargo à las hechiceras. Muerto, y afrentado, como Saùl, fue lastimoso exemplo à los q̃ le miraron. Quien no naciò de muger le diò la muerte: quien cayera en el enredo? èl podia adivinarlo, pues era Madufo su vassallo, y podia saber que no avia nacido, y tener tambien noticias de otros muchos que se criaron de la misma suerte, como fueron Scipion, el Rey D. Sancho Abarca, Bartholomè Albiano, Aulo Mevio, Ossorio, y Lichàs. No creer hechicerias le huviera estado mejor; y à buen seguro, que ni viera trasplantarse la Selva Birnes, ni le matàra Madufo.

EXEMPLO TERCERO.

POR que todo fiel, por noble q̃ aya nacido, por Principe que sea, saque escarmiento de los lazos, y desdichas con que el demonio, mediante sus hechicerias, enreda a los hõbres, enagenados de sì, y cegandoles la razon, y entendimiẽto quiero poner por dechado al Escocès Gualtero, Conde de Atholia, y tio de Jacobo, Rey de Escocia. Diòse este Cõde en andar tràs hechiceras, muy dado en sus embelecos, muy creido de sus adivinaciones. Gastaba con ellas y mas con las que con sus agueros le anũciaban felicidades. Con la golosina del interès rebolvia la que menos toda el Arte Magica. Una, pues, de estas, por mas diestra en tal ciencia, llamò al

Autores; Hector Boecio en la historia de Escocia lib. 17. Pin. 4. p. l. 29. c. 10. §. 3.

Conde un dia, y con mucho alborozo le pidiò las albricias de la buena suerte que le anunciaban sus hados. Rogòle el Conde que se declarasse; y como siempre estas embelecadoras usan de equivocos (arbitrio de Satanas, que las industria) le respondiò: *Que solo podia decirle, que antes de su muerte se avia de vèr coronado en publico concurso.* Este fue el vaticinio, este el oraculo con que el animo mas quieto se desvaneciò à altiveces; con un equivoco de estos incita à un hombre el demonio a hacer lo que no pensò: Asi este Conde, que quando mucho aspiraba a la altura, y dignidades, que puede dàr un Rey al mas privado; apenas oyò el pronostico de la hechicera; quando abrigandole en el pecho, comenzò à desvanecerse, y a procurar la Corona. Ojo a lo que fragua el diablo. Reinaba, pues, entonces en Escocia un sobrino de este Conde, llamado Jacobo, primero de este nombre, y casado con Juana, hija del Conde de Sormerset, y nieta del Duque de Alencastre: ella famosa Reina, y èl famoso Rey, y de los mas esclarecidos, que ha tenido aquella Corona, gran celador de justicia; defensor de lo Eclesiastico, castigador de traydores, cuchillo de malos Jueces, amado, y respetado de los suyos. Siguiò este buen Rey el rumbo de nuestro Catholico Monarca Phelipe Segundo, que para saber, è inquirir las cosas del govierno, y què se hablaba de èl a las espaldas; si estaba el comun gustoso, si avia en los Pueblos tyranìas, si arrojaban el pobre, si estragaban la virtud, si vivia bien, ò mal; se salia con secreto de la Corte, hurtabase à su Palacio, fingia salir a caza, y mudando de trage, el que le parecia convenir, ya de Soldado, ya de Ciudadano, ya de mendigo se llegaba à los que no le conocian de todos estados, hablaba con ellos, trataba de todas cosas, con que por sì mismo apeaba la verdad, y sabia con certeza lo que passaba, y assi castigaba, enmẽdaba, y corregia todo lo que necessitaba de remedio. O què diligencia santa para un Rey! O què necessaria para el tiempo en que vivimos! Pues si supiera el Rey las necessidades, que vocean, los aprietos que se passan, cuidàra de su remedio.

Contra este buen Rey armò assechanzas el Conde Gualtero, procurando quitarle la Corona, por hacer verdad el oraculo de su hechicera. Quien tal pensàra! mas basta ser un Rey bueno, para que traydores, y alevosos se le atrevan. No debian de andar los tratos tan recatados, ni las tramas tan en-

encubiertas, que dexassen de rugirse por la Corte, andaba un susurro sordo, que querian matar al Rey: quien, ni como, ni por que, no se sabia: esto fue la desgracia, porque nadie estendiera al pensamiẽto à un tio del mismo Rey, beneficiado de el, estimado, y querido. De otros muchos recelaban à quien el Rey por sus demasias avia castigado, quitandoles à unos los goviernos, desterrando à otros, y à otros poniẽdolos en prisiones, como fueron Mondaco, Governador, que avia sido del Reyno; sus dos hijos Alexandro, y Ualtero, grandes Personages; y los Condes de Dongalas, y de Merchia, con otros muchos Nobles. De estos, pues, como castigados, y sentidos, podia aver la sospecha; mas lo sordo de la voz à nadie declaraba. Tambien podia aver recelos de los deudos, y aliados de Magdonaldo, famoso Capitan de foragidos, hombre desalmado, y cruel, de quien el Rey avia hecho una exẽplar justicia movido de una maldad, con que ultrajò à una viuda, q̃ quiero referirla por notable. Enamorado Magdonaldo de tal viuda, moza, y de buena cara, la gozò por fuerza, y ella con el dolor, y sentimiento le fulminò amenazas, de que avia de ir al Rey, y darle cuenta del caso. El por una parte escarneciendo de la amenaza, aunque por otra temiendo, que la executasse, la dixo, que para que fuera mas presto, y mas ligera, queria aliviarla del peso, q̃ traìa cõsigo; y assi hizo desnudarla, hasta dexarla en carnes. Añadiò à esto, q̃ para que pudiesse andar, queria darla unas zapatillas, q̃ no se le rompiessen en todo el camino; y llamãdo un Herrador, la hizo echar dos herraduras: barbara crueldad, digna de todo castigo! Quedò la triste muger tan lastimada, q̃ en muchos dias no pudo ponerse en pie. Quãdo se viò aliviada para ponerse en camino, se fue à la Corte, hablò al Rey, y contòle por extẽso lo q̃ la avia passado. El Rey la cõsolò, y ofreciola cumpliria de justicia à vista de sus ojos. Hizo salir en busca de los Vandoleros, prẽdierõ à Magdonaldo, cõ doce de su quadrilla, y mandòles traer desnudos a la verguenza por tres dias: hizolos luego ahorcar, mãdãdo q̃ el cuerpo de Magdonaldo se quedasse en la horca, y cortada la cabeza, se pusiesse en una escarpia. Assi castigaba este Rey los delinquentes, assi deshacia agravios, assi guardaba justicia.

Como sea, pues, proprio recelarse de aquellos que se dàn por ofendidos, todos los que oìan el rumor de querer matar

al Rey, echaban el juicio a aquella parte, y iban bien lexos del tiro. Llegò la fama a oidos de la Rèina, a tiempo que andaba el Rey por Inglaterra despicando algunos enojos, q̃le avia dado el Rey Enrique, y teniale cercada la Ciudad de Roxburgo. Amaba esta buena Reyna mucho a su marido, y assi sobresaltado de tan penoso anũcio, no le sufriò el corazon de embiar el aviso, menos que por sì misma: que siempre a quien duele mas el caso, es el que camina mas. Pusose en camino al punto, y a grãdes jornadas llegò adonde estaba el Rey, y a fuerza de los avisos, y sus ruegos, le hizo bolver à Escocia, a su Corte, y a su Casa. Mas de un año se gastò en hacer apretadas diligencias, por saber quienes fuessen los de la traycion, y no pudo descubrirse el blanco de ella. Echaronlo ya a que avria sido rumor falso, ò hablilla mal pensada, como acontece tal vez. Quando ya Gualtero viò la cosa mas quieta, al Rey mas descuidado, muertos los bullicios, hablò a los cõfederados, en especial a Roberto su sobrino, y a otro Roberto Grama, y a cierto Juan, Ayudante de Camara, que como tal, avia de ser la llave para abrir la puerta al hecho.

En la Ciudad de Perthose se hallaba el Rey con su Casa, atento a su obligacion, quãto descuidado del peligro. Esperò el Cõde dia acomodado, y hora oportuna, y aviẽdo cohechado las guardas de Palacio, para que le diessen puerta a la Camara Real, entrò con sus coligados, y detuvieronse fuera hasta que diesse la señal el Camarero: como saliesse por la bebida quien servia al Rey la copa, y advirtiesse aquella gente de mal arte, tanto como al sobresalto, se hizo a la voderia, gritando: Traycion, traycion. Quiso bolverse atràs; mas no le dieron lugar los conjurados, porque à estocadas le dexarõ muerto. Una dama de la Reyna, que advirtiò lo que passaba, cerrò presurosa por dentro la puerta de la sala: estremada diligencia, si el traydor de puertas adentro, que era el Camarero, dexàra lograrla, pues sobre bolver à abrirla, le quebrò à la dama un brazo. Entraron los traydores de tropel como hombres ya resueltos, embistiendo à cuchilladas con los pocos criados, que se hallaron con el Rey, y Reyna. Qual serìa la turbacion, qual el alboroto, qual el dolor, qual la pena, considerelo el curioso, pues ello se pregona. Ni bastò el respeto, ni hacer el Rey su deber, ni ponerse la Reyna de por medio, para que dexassen de executar su maldad. El Rey que-

quedò hecho pedazos, la Reyna mal herida, los que alli ſe hallaron, muertos; la ſala anegada en ſangre: Todo, en fin, tumba funeſta.

Apenas el fracaſo ſe hizo pregonero, y en comunes alaridos ſe divulgò la traycion, quando los Nobles ſe hicieron à las armas. A fuerza de diligencias prendieron à los traydores, y executaron en ellos atrociſsimos caſtigos. Al Conde Gualtero, como principal cabeza, y cauſa de aquel daño, previnieron mayores tormẽtos; deſnudo en carnes le ataron en la pũta de una eſpada: maquina artificioſa para el caſo; y alli con ſogas, levantãdole en el ayre muchas varas de la tierra, le dexaban caer con gran violẽcia. Con eſte tormẽto repetido le paſſearon por las calles de la Ciudad, y ſabiendo que ſu traycion avia ſido por reynar, quiſieron coronarle en publica plaza: puſieronle en la cabeza una corona de hierro ardiendo, porque ſe cumpliera el pronoſtico de la hechicera: *Que antes de morir, avia de verſe coronado.* Quien le dixera al Conde, que avia de ſer aquella la corona? El temor de Dios pudo decirſelo, y ſaber, que de maldades no ſe ſacan otros logros, Hicieron en èl otros mil martyrios, arraſtrãdole à la cola de un cavallo, ſacandole el corazon, que arrojaron en las braſas, cortandole la cabeza, y dividiẽdo ſus quatro quartos en quatro caminos. Todo eſto vino à cauſar dàr creditos à una hechicera; y ſi la hicieron cargos, dixera, que no avia mentido en ſu pronoſtico, como puede verſe: q̃ eſtos ſon los ardides de Satanàs, hablar por ſus hechiceras con equivocos, deſpeñar à quien lo cree, y hacer q̃ el oraculo no quede por falſo, como ſi ofreciò corona, lo es tambien la de hierro, aunque de dolor, y afrenta. Cuidado de huir de hechizos, y ojo à eſtos Principes muertos, y à Saùl por Capitan.

****

CAPITULO XIII.

EN QUE SE REFIEREN VARIOS EXEMplos de hombres grandes, que al modo de Saùl obſcurecieron ſus hazañas, por matarſe à si miſmos.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores de eſta hiſtoria, lib. 2. Mac. c. 14. y alli la Gloſſ. Joſ. lib. 2. Antiq. c. 27 S. Aug. lib. 1. de Civi. Dei, cap. 19.

YA que hemos viſto a Saùl muerto deſaſtradamẽte, arrojado ſobre ſu miſma eſpada, traigamos, no para alivio, para eſcarmiento sì, Capitanes famoſos, que paſſarõ por la miſma deſdicha. En los quales exemplos advierto para el Christiano que los mirare, y leyere, que el matarſe un hombre a sì, es pecado muy atròz, y es un hecho de Gentiles; y aſsi ſe han de mirar eſtas tragedias al modo que las de Saùl, para laſtima, y eſcarmiento, pero no para loarlas. Sea, pues, el valeroſo Racias quien nos dè principio. Aviendo Nicanòr, General del Rey Demetrio, llegado a Jeruſalèn con animo doblado de prender con aſſechanzas al valiente Judas Macabèo, y viendo que ſe le avian fruſtrado ſus deſignios, rabiaba de corage, amenazando cruel, caſtigos horrẽdos a todos los Ciudadanos. El Macabèo ſe hizo fuerte en la Fortaleza, ſeguro baſtante para eſtàr libre del Barbaro. Pedia Nicanòr, que ſe le entregaſſen preſſo, ò que avia de echar por tierra el Tẽplo de Salomòn, deſtruìr ſus Aras, y profanar ſus Santuarios. Para desfogar la colera, y empezar a executar lo que havia amenazado, teniendo noticia, que Racias era el Oraculo de Jeruſalèn, el Senador mas grave, el padre de la patria, el Idolo de todos, è intimo amigo del valiente Macabèo, deſpachò quinientos Soldados, que fueran a prenderle. Marchan, pues, à ſus caſas, y ven que ſe hace fuerte, quierẽ batir las puertas, ò pegãdo fuego, reducirlas a cenizas: Comienzaſe la baterìa, y el eſtrago, ſin que lamentos comunes aplacaſſen el rigor; mas quando barbaros pechos ſe hicieron a la piedad? El viejo valeroſo no temia la muerte, (que bien ancho tenia el pecho) los eſcarnios sì temia, y los tormentos, quizà, con que pre-

pretendian hacer que prevaricassen en la Ley Santa. Esto le aquexaba, esto le daba cuidado, esto le afligia. Viendo, pues, desvanecida su resistencia, la casa entrada, buscādole los Ministros, arrebatò de un puñal, y con animo ossado se le echò por el pecho. Si fue inspiracion Divina, (como puede presumirse) accion serìa loable, como de algunos, que inspirados de Dios, se arrojaban a las llamas, y a la muerte: mas si fue propio capricho, serìa desesperada accion, como la de Saùl, queriendo antes, y teniendo por mejor acabar à manos propria, que verse expuesto a la afrenta. S. Augustin juzga por cobardia estos desgarros, pues parece falta de valor, querer morir, por no padecer, y sufrir trabajos, y desdichas.

Al modo, pues, de Catòn, quando aviendose abierto con el puñal el pecho, y viendo q̄ por la puerta no queria salir el alma, bolviò segunda vez con ambas manos a desgarrarse la herida; assi tambien el animoso Racias, viendo que al golpe del puñal no queria entrar la muerte, y que ya los Soldados le iban a echar mano, subiò presuroso a la muralla, y precipitòse al suelo; y hallandose todavia con vital aliento, si bien hecho todo heridas, brotando arroyos de sangre, subiòse à un alto peñasco, y sacandose con las manos las entrañas, las dividiò, y arrojò echas trozos sobre la confusa tumba, con que acabò la vida. Compunjan, pues, al hombre semejantes lances, y nadie los imite, ni desee; pues es suma desdicha, que à quien descollò bizarro en las hazañas, le obligue su adversa fortuna a darse muerte.

EXEMPLO SEGUNDO.

TEnga Abimelech el lugar segundo entre los hombre de esta cuenta, pues aunque tyrano, y ambicioso, fue valiente tambien, y desgraciado. Fue Abimelech hijo de Gedeon; aquel, que Capitan del Pueblo de Dios, se adjudicò trofeos a fuerza de sus hazañas; aquel, que aunque le ofrecieron el Cetro, no quiso mas que el Bastòn. Su madre se llamò Braman, natural de la Ciudad de Sichèn, esta fue una concubina de Gedeon ò muger menos noble que las otras, en quienes tuvo setenta hijos legitimos; y assi Abimelech era reputado por bastardo, mas no por esto dexò de aspirar menos que a la Corona; que ay bastardos tambien de tantos humos, que

Autorēs de esta historia. Judic. c. 8. y 9. y alli la Gloss. Josepho 5. Antiquit cap. 9.

qũe se apropian los laureles à fuerza de su brazo. Assi Abimelech, descollando en bizarrias, y ostentando pundonores, apenas assistiò à las honras del padre difunto en la Ciudad de Ephara, quando se partiò a Sichèn a comunicar su intẽto cõ sus deudos, y parientes, hermanos de su madre. Convocòlos, pues, à todos, è hizoles esta proposicion: Mi padre es muerto, el Pueblo queda sin cabeza que le rija, ellos hijos de otras madres, yo solo soi hijo vuestro, cada uno ha de quererer gobernar: mirad, pues, si estarà mejor, que aya setenta Governadores, ò que aya solo un Rey. Comunicad esto con los Nobles; dadles a entender mis designios, y que consideren, que soy vuestra sangre, y hijo de Sichèn, de cuya patria me precio, y honro mucho.

Alborozados quedaron con la resolucion los deudos de Abimelech, prendados de su despejo, cautivos de su brio. Dieron cuenta a la Nobleza, hablandoles a cada uno, y ganãdoles la volũtad con el ruego, con el agassajo, cõ la negociacion. En fin, se mullò de modo el caso, que de comũ acuerdo saliò decretado, q̃ se le diessen dineros, y gente para que sustentasse aquel derecho. Ufano con el socorro, juntò un pequeño Exercito, hõbres de toda broza, alquilados, y mendigos; que quien camina a traiciones, siempre agavilla ruines. Marchò con ellos a la Ciudad de Ephara, è hizo tal carniceria en la casa de su padre, que de sus setenta hermanos, solo se escapò el pequeño, quedãdo los demàs rebolcados en su sangre, cadaveres lastimosos: espectaculo el mas horrendo que vieron jamàs los siglos! Fratricida el mas cruel, q̃ cuentan los Annales. Hecha esta matanza, este estrago, esta ruina, volviò triunfante a Sichèn, y dieronle la Corona, como si fuera justicia, lo que avia sido maldad; mas èl mismo les vendrà à dar el pago merecido, y assi lo profetizò Joathàn, el hermano
Iudic. 9. menor, que escapò de la matanza.

Apenas Abimelech se viò Rey coronado, sin atender à que sus antecessores se avian contentado con llamarse Capitanes, quando comenzò brioso a ostentar su valentia; mas como quien es tyrano, descubre siẽpre las tramas de su ruindad, a pocos dias empezò à hacer algunos desafueros en los Sichimitas, con que se hizo odioso para todos. Llegaron las desazones à tal punto, que se alzaron contra èl à la primera ocasion que le vieron ausente. Quien alborotò los animos, y se

se hizo cabeza, fue Gaud, hijo de Obed. Este, pues, mal sufrido a las maldades del tyrano, vino a Sichèn, y tales cosas les dixo a los Ciudadanos, para que sacudiessen el yugo de aquella tyrania, poniendoles por delante la sangre vertida, y aun caliente de sus hermanos mismos, que le recibieron con musicas, y bayles, y en el Templo de los Idolos le aclamaron libertador de la patria. Alli entre sus combites hablaban de Abimelech lo que les parecia, motejandole de bastardo, de ruin, de mal nacido.

Visto el rebelion por Zebul, que era el Governador, que avia dexado Abimelech, y que tambien contra èl assestaban los tiros, sagàz, y astuto contemporizò con ellos: que en riesgos tan conocidos suele ser cordura tener segũda intẽcion. En lo publico era amigo de Gaud; mas en lo secreto todo era de Abimelech. Diole, pues, aviso de lo q̃ passaba, de la traza con que se portaba con los rebelados, que viniesse de noche con su Campo, y en las partes mas secretas armasse algunas celadas, para coger descuidado al enemigo. Guardò Abimelech esta orden, dividiẽdo su Exercito en quatro partes distintas, con el secreto, y cautela, q̃ requeria el caso. Descuidado Gaud sacò su gẽte a cãpaña al despuntar el dia, noticioso de q̃ Abimelech venia a buscarle. Con la poca luz, q̃ le permitia el crepusculo divisò las assechanzas del contrario, y viò que eran trozos de Soldados los que Zebul con engaño le daba à entender, q̃ eran sombras de los pinos. Consideròse vencido, antes de llegar a las manos: rompieron en batalla, y bolviòse a la Ciudad huyendo, con gran pèrdida de gente. El siguiẽte dia se bolvieron a encontrar de poder a poder; pero quedò tambien Abimelech con la victoria, y los q̃ escaparon de la lid, se retraxeron a la Ciudad despechados, y afligidos.

No se contẽtaba Abimelech con estas dos victorias, anhelando siempre a no dexar en la Ciudad persona a vida. Justos juicios del Cielo, q̃ à quien hicieron su Rey contra justicia, esse mismo los acabe, y los destruya. Puso cerco à la Ciudad, y con continuos assaltos vino â entrarla, y dandola a saco llevòla a sangre, y fuego, assolandola toda hasta los cimientos mismos, y sembrandola de sal: tal era su corage, tal su venganza, y furor. Visto el estrago por los que habitaban en la Fortaleza, q̃ era un excelso Castillo, acudieron con plegarias al Templo de su Dios Berith, implorãdo su socor-

ro,

ro. Era el fuerte inexpugnable, y ansioso Abimelech por destruirle, valiòse de semejante ardid. Saliò con todo su Exercito al Monte Selmòn, y tomando una segur, desgajò un pino, y echòse la rama al hombro, mandando à todos los Soldados, que hiciessen lo mismo. Imitaronle animosos, dexando casi desmontado el bosque. Rodeando, pues, el Castillo con toda esta fagina, y pegandole fuego, le reduxo à pavesas, y cenizas, consumiendo las voraces llamas à quantos estaban dentro, hombres, niños, y mugeres. Caso lamentable! barbara crueldad!

Assolada ya Sichèn, y echado por el suelo su Castillo, sin que lastimas tantas suspendiessen el corage del tyrano, passò el rigor à la Ciudad de Thebas, cuyos Ciudadanos, noticiosos del peligro, que les amenazaba, se retraxeron todos à una alta Torre, q̃ en medio de la Ciudad servia de fortaleza. Alli se hicieron fuertes, sufriendo con gran valor los assaltos, con que Abimelech los guerreaba. Ensangrẽtado, y furioso apretaba à los Soldados, para q̃ batiessen las puertas de la Torre, ò las pegassen fuego. Discurria diligẽte de una parte à otra, sin miedo de la pluvia de arrojadizas armas, con que se defendian los cercados. No quiso ya el Cielo, q̃ monstruo tan cruel quedàra sin castigo; y assi una muger, que, puesta sobre el muro, estaba entendiendo al orgullo, con que andaba, revestida de valor, y llena de ossadìa, le assestò con una piedra à la cabeza, y derribòle del cavallo mal herido. Sintiò Abimelech, que era la herida mortal, y juzgando à mucha afrenta, q̃ le vieran muerto à manos de una muger, quando èl pensaba, que un mundo de Soldados no bastaran à matarle, bomitando enojos, y ardiendo en iras, mandò à un criado, q̃ se hallò mas cerca, que desnudando su acero, le acabasse de matar. Quitame, dice, la vida, acaba presto, y no se diga en el mundo, q̃ un femenil denuedo diò la muerte à Abimelech. Obedeciòle el Soldado, sin ser tan comedido como Doech con Saùl; mas quizà el verle terrible, fue causa de obedecerle. Este fue el fin de este Rey, desastrado, y afrentoso: abalanzòse a la muerte, antes que llegàra a herirle, como si acaso la ossadìa le avia de quitar la afrenta.

Ojo a no hacer tyranias, y escarmentar en valientes.

EXEMPLO TERCERO.

OTro Cãpeon mas valiẽte se nos viene al passo, y antes que su tragica ossadia nos lastime, serà razon que nos divierta lo grande de sus hazañas, que se hace mas sentida la desdicha, si le previenen meritos al sẽtimiento: Cleomenes, Rey de Lacedemonia, hijo de Leonides, apenas, antes de apũtarle el bozo, le apuntò entre la puericia el uso de la razon, quãdo comenzò a dar muestras de sus brios; casòse muchacho, o su padre le casò por no perder el lance de muger heroica, moza, y de buen parecer, aunq̃ viuda. Esta fue hija de Filipo, varon ilustre, y que avia sido casada con el desgraciado, quanto virtuoso Agis, Rey de la otra familia (porque de dos familias grandes que avia en Lacedemonia, cada una tenia su Rey.) Es cosa de mucha estima hallar con buena muger, porque es llave de la honra, y es el todo de un marido. Luciòse à Cleomenes el acierto, pues al lado de su esposa se comẽzò a ensayar en bizarrias, tomãdo de ella virtuosos documentos para hacerse esclarecido. Deseaba bolver à resucitar en su Reyno las Leyes de Lycurgo, y q̃ todos se ajustassen al buen modo de vivir, sin reparar en q̃ Agis, marido de su muger, le depusierõ, y castigaron por esto, echãdole al cuello un lazo (tal suele ser la maldad contra los que viven bien.) Avia en Lacedemonia un Senado, que se componia de Ephoros, que eran como Senadores, ò Consules; estos tenian tanta autoridad, q̃ reconvenian à sus Reyes en juicio, y los castigaban con muertes, ù destierro, como les parecia. Autoridad, q̃ estamos mirando en nuestros tiẽpos en el Parlamẽto de Inglaterra, y es barbara autoridad, pues siempre al Rey, aunque delinqua, se le debe respeto por cabeza. Comunicaba Cleomenes con su cara esposa (mezclada tal vez la cõversacion con lagrimas) la injusticia q̃ hicieron los tales Senadores contra Agis, no obstante q̃ fue su padre, como de faccion contraria, quien atizò aquel fuego, y lastimabase mucho, de q̃ por querer un Rey governar con buenas leyes le huvieran castigado. Ansioso, pues, de enmendar aquel govierno, echòse a pensar modos, y trazas, sin revelar sus designios, sino sola à su muger, que como mas sentida, antes le avivaba mas. Esto fue al principio, pero atravesaronse tantas guerras, à que fue

Authores de esta historia Plu. in Cleomenes Poliv. lib. 2. Pausanias in Cleom. lib 2. &c.

fuer-

fuerza acudir, que se suspendiò aquel negocio por algun tiempo.

Campaba en aquella sazon en las Provincias Griegas el Capitan Arato, Caudillo famoso de los Acheos, q̃ residia en Corintho; el qual, como se huviesse desabrido con los de su Ciudad, y ellos cõtra èl huviessen llamado à Cleomenes, se encẽdiò entre los dos una nueva guerra. Los Corinthios hicieron dueño à Cleomenes de todos los bienes del Capitan Arato, dandole por Palacio sus casas mismas; pero Arato, que sobre lo valiẽte tenia mucho de industria, para despicar aquel desayre traxo en su ayuda al Rey de Macedonia, llamado Antigono, y hizole señor de la Fortaleza, sin q̃ el poder de Cleomenes bastasse à resistirle. Mas quando ya Cleomenes se viò con edad para manejar las armas, (que hasta alli todo eran humadas de muchacho) de tal suerte se las huvo con Arato en dos batallas campales, que le amedrentò los brios, y hizo que le temiesse. Muchos aplausos daban los de Lacedemonia à su Rey Cleomenes de verle cada dia coronado de victoria, y arrastrando triunfos; mas como la envidia, y mas si la acompaña la ingratitud, solo deseaba vèr abierto un pequeño portillo para entrarse à malquistar à los q̃ descuellan en hazañas, solo porque el enemigo ganò la Ciudad de Mantica, sin q̃ fuesse descuido de Cleomenes, sino desgracia, porque no todas veces sopla favorable la fortuna. Por esto, pues, los señores Ephoros, ò Senadores citaron al Rey Cleomenes à juicio. Bravo desatino, sobre mucha ingratitud! Azedòse Cleomenes de la accion lo q̃ puede pensarse; y èl, que sin esto deseaba anular aquella Ephori, ò Parlamento, (que este nombre quadra mejor à juntas, que con sus parlas, ò bachillerias quieren conocer de las causas de sus Reyes) no pudiendo ya sufrir tanta desemboltura, comunicò sus designios con los amigos, y Nobles, que le parecieron mas à cuento, y se conformaron con su parecer.

Mucho alentò para el caso un soñado aguero, que uno de los Senadores le contò à Cleomenes. Dixole, pues, que estando durmiẽdo una noche en el el Templo de Pasipha, soñò que en el Senado, ò Tribunal de los cinco Senadores no avia quedado mas que una silla, y que oyò una voz, que le dixo, que aquello estaba decretado por los hados a Lacedemonia. Animòse Cleomenes con el aguero, pareciendole, que

que le guardaba el Cielo aquella dicha; y assi, celādo sus intentos à los q̄ conocia le avian de ser contrarios, y sacandolos con traza à hacerlos moradores de otras Ciudades de Arcadia, y agregando à su faccion muchos Estrangeros, quādo ya le pareciò tener biē dispuesto el caso, entrò una noche de tropel con todo su Exercito, y hallando bien descuidados à los Senadores, cenādo en un cōvite, los hizo matar à todos, alcanzandoles la muertè à algunos convidados, q̄ quisieron defenderlos. Se fue luego al Senado, y derribando las sillas, dexò sola la de en medio, en la qual se sentò èl, y jūtando al Pueblo, les diò satisfaccion de lo q̄ le avia movido à aquel hecho, tyrano al parecer. Los Ephoros (dixo) llamados los Senadores, ò Consejeros, fueron instruìdos para q̄ governassen la justicia, en tanto q̄ los Reyes anduviessen en las guerras; nọ empero para que juzgassen à los Reyes; y q̄ supuesto se avian hecho tan soberanos, q̄ ya por su voluntad, justa, ò injustamente desterraban, y castigaban al Rey quādo les parecia, era mengua de la Magestad Real consentirlo; y que assi èl avia querido libertar â la Corona de semejāte opressìon, pues siempre se debe al Rey el supremo dominio.

Puso, en fin, en observancia las leyes del gran Licurgo, que en suma eran, ser las haciendas iguales, los trages, y vivienda al mismo tenor, (q̄ bueno esto para España!) y no tener deudas unos contra otros. El fue el primero que entregò todos sus bienes muebles, y raìces en poder de la Republica. A imitacion suya hicieron los poderosos otro tanto, unos de voluntad, otros de miedo. Instituyò nuevas Milicias, y puso Escuelas, donde todos los mancebos se enseñassen à jugar las armas. Era tan llano, y facil de condicion, que como advierte Plutarco, qualquiera negociaba bien con èl. Con un vestido humilde salia à la plaza, y se passeaba con los suyos: que siempre fue de Principes grandes la llaneza, y cortesìa; y porque no entendiessen, que por averse dado à lo politico del govierno, se olvidaba de la guerra, apenas dexò, y compuso las cosas en buen estado, quando dando al ayre los Tafetanes, saliò con lucido Campo, y recobrò à Mantinea, teniendo los Acheos por buen partido, que los dexassen ir libres. Diò luego sobre la Ciudad de Lango, y apoderòse de ella, ganando grādes despojos, y tomando muchos prisioneros. Toda la Acaya se llenò de temores; Arato su Capitan

se hizo tambien al miedo, tanto, que por no encõtrarse con Cleomenes, renunciò el baston, despues de haver tenido el Principado de Grecia por mas de treinta y tres años. Tanta fue la potencia, y valentia en que descollò Cleomenes. Y si Arato, por embidia, no entràra al Rey de Macedonia en el Peloponeso, Cleomenes se hiciera dueño de èl, y lo agregàra à su Lacedemonia. Estas son las trazas de un embidioso, que meterà en las dichas à un estraño, à trueque qee no las logre su competidor.

Aunque el Rey Antigono entrò pujante en Acaya à socorrer los Acheos, tuvo mucho en que entender con el valiente Cleomenes; y si Aristoteles no se alzàra con la Ciudad de Argos, que estaba por Cleomenes, no adquiriera el Macedonio tanto triunfo. En fin, toda esta vida es baybenes, los que estàn oy victoriosos, se vèn mañana caidos, y los que oy arrinconados, mañana arrastran trofeos. Cansòse, pues, la fortuna de mirar propicia las cosas de Cleomenes, y usãdo de sus rebeses, le olvidò descomedida. Al modo q̃ Argos se saliò tambien Corintho de su devocion, y à imitacion de estas hicieron las Ciudades menores otro tanto: q̃ al que vèn q̃ và cayendo, no ay quien no le desampare. Derrotado, pues, pobre, sin gente, se bolviò à su Reino; y como nunca las desgracias, vienen solas, al entrar en la Ciudad de Tegea le assaltò una nueva triste, de q̃ era muerta su cara consorte. Huvo bien menester todo lo grande de su pecho para q̃ no le ahogasse lo inmenso de la pena; que es muy fuerte el nudo del Matrimonio entre dos que se quieren; y assi es forzoso, que atormẽte el dolor al romper la muerte el lazo. Sin assomarse el sentimiento à la cara, ni â los ojos (que pechos Lacedemonios juzgaban el llanto por afrenta) partiò à Lacedemonia, y celebrò las exequias à su querida muger.

Ptolomèo Evergetes, Rey de Egypto, tenia sus debates contra los Reyes de Macedonia, y pareciendole buena ocasion estàr Cleomenes tan caìdo para atraerle à su gracia, y tenerle en aquella Provincia por freno del Macedonio, brindòle con favores contea Antigono, con que le diesse en rehenes à su madre la gran Reyna Crasiticlia, y à su hijo *Esforque*: era riguroso; mas quando à la necessidad socorre nadie, menos que con apretadas condiciones? No reparaba Cleomenes en darle à su hijo, aunque pedazo del corazon en

en su madre reparaba, que la amaba tierno, porque idolatraba en él. Verle con tantos ahogos le obligaba que aceptasse; atender a lo que su madre sentiria, le hacia que despidiesse: por una parte le arrastraba la necessidad, por otra le atormentaba el sentimiento. Decirselo a la madre, lo hallaba riguroso: no decirselo, lo miraba floxedad: batalla cruel de afectos encontrados! triste lucha para un pecho! Mil veces llegò a explicarse, y otras tantas le atajaba la verguenza; todo era guerrear consigo mismo, y no podia vencerse. Conocò la prudente Reina el empacho de su hijo, aunque ignoraba la causa; y mandòle con imperio cariñoso, se descubriesse su pecho, y la hiciesse sabidora si algo le aquexaba; en fin trabajò con él, hasta que la contò el caso: si interrumpido con ahogos, ello mismo se dice. Con gran valor, y con donosa risa correspondiò la Reyna, diciendo: Admirada estoy (hijo querido) de que ayas andado tan medroso en decirme los medois que están biẽ à nuestra patria; pues huviera sido mejor, que desde el punto que te ofrecieron essos socorros, me echàras en un Navio por esse mar salado: que harto es, que por un cuerpo lleno de años, como el mio, ya inutil, y ya hecho tierra, aya quien nos dè su ayuda para remediar los nuestros. No te aflijas, pues en remitirme al Gitano, que estoy muy vanagloriosa que valga esta poca vida para socorrer mi patria. Corazon bizarro, y heroyca valentia de un pecho femenil! En fin, se resolvieron madre, y hijo en aceptar el partido: dispusieron el viage, y al despedirse en el Puerto, quedandose los dos à solas, passaron bravos coloquios de ternura; con reciprocos abrazos se hicieron à las lagrimas, y al dolor, quanto la lengua al silencio: que en estos lances, mayor rethorica es la de los ojos, que la de las palabras. En fin, antes de entrar en el mar, se bebieron entre los dos un mar de llanto; pero llegada la hora de salir a lo publico, donde esperaban todos, dieron à los lienzos el enternecido humor; enjugaronse los llorados desperdicios, y dixole la madre con dissimulo animoso: Advierte, Rey de Lacedemonia, (ya no le llamò hijo) que a nadie des a entender q̃ hemos llorado, ni hecho sentimiento, que desdiga del animo, y esfuerzo que deben tener los Lacedemonios en sus adversidades; porque el tener valor nos toca à nosotros, y en lo demàs haga Dios lo que fue-

fuere servido. Gran animo de muger! denuedo bizarro! corazon valiente!

Llegada a Egypto, y puesta en poder de Ptolomèo, supo de alli à pocos dias, q̃ su hijo no queria hacer paces con los de Acaya, porq̃ eran enemigos del Girono, y si se confederaba con ellos, padeceria ella los rigores del barbaro; supo, pues, esto la famosa Reina, y enviòle a decir, que por una vieja, y un niño no dexasse de efectuar lo que mas biẽ estuviesse a su honra, y a su Reino, y que no reparasse en que despicaria en ella Ptolomèo sus enojos. Corazones como estos criabã Lacedemonia; y tales deben tenerlos para las cosas adversas los que se precian de Nobles, y entendidos. Hacer pecho a la fortuna, y alentar en los afanes, es de sabios, y valientes.

Mientras que a Cleomenes le llegaban los socorros de Egypto; le quitò Antigono las principales Ciudades de su Corona, que fueron Tegea, Mantica, y Orcomenio, con que acorralado en Lacedemonia, se huvo de valer de industria para juntar un pequeño Exercito; y fiado en el ardid, mas que en la pujanza, se abalanzò a la empressa de la famosa Ciudad de Megalopolis, la qual, segun parecer de Plinio, es Cabeza de la Arcadia, y se poblò de vecinos de otras quarenta Ciudades, como refiere Strabòn. La traza cõ que la tomò Cleomenes, fue de esta manera. Como el Rey Antigono estuviesse invernando en la Ciudad de Egio, veinte leguas distante de Megalopolis, y todo su Exercito estuviesse alojado, y repartido en los Pueblos circunvecinos, estaban los Megalopolitanos hechos al descuido, bien assi como temiendo tanta guarnicion de Acheos, y Macedonios. Cleomenes, que adivinò su descuido, sacò su gente, y dãdoles orden que fuessen apercebidos para algunos dias, mandò enderezar la marcha a la Ciudad de Argos. Hecha esta deshecha, quando ya le pareciò q todos los q̃ le avian sentido, enderezarian a Argos el socorro, revolviò diligente, y atravesando presuroso el Helicòn, se puso sobre Megalopolis, sin que Macedonios ni Acheos le sintiessen. Como el assalto fue tan inopinado, y la poca prevenciõ se hiciesse al miedo, por mas que los Ciudadanos se pusierõ en defensa, quedarõ vencidos, mil de ellos muertos, prisioneros algunos, y huidos los demàs. Quiso Cleomenes mostrarse clemẽte, al passo que

Plin. l. 4. c. 6. Strabòn, l. 8.

que victorioso; y assi mandò que no ofendiessen à los que salian huyendo; y pensando atraerlos con el beneficio, les embiò seguro de que se volviessen a sus casas en paz, y gozassen sus haciendas, de lo qual no avia permitido tomar la menor alhaja; solo con condicion, que dexassen el bando de los de Acaya, y se hiciessen de la parte de sus Lacedemonios. Todo el comũ quiso abrazar el partido, pero contrastòlo Philopemen, valiente joven. Dixo, era afrentòso el medio: sintiòse Cleomenes de q̃ menospreciassen su beneficio, y amostazado de enojo, diò entonces la Ciudad a saco, mandò echarla por tierra, y pegandola fuego por varias partes, hizo que la dexassen destruida.

Rico, y triunfante volviò Cleomenes à Lacedemonia. Antigono, y los Acheos, quando les llegò la nueva (que estando en una Jũta, se la dixo el Capitan Arato, envuelto en tristeza, y luto) quedaron tan sobresaltados de temor, que gritando, al arma, al arma, salieron al campo todos. Turbados aun no sabian adõde avian de acudir; unos querian ìr à Megalopolis, otros dõde les tiraba mas el afecto. Antigono, como Rey prudẽte y valeroso, tãteados los designios, los reduxo à un parecer, que fue, guarnecer bien las demàs Ciudades, y estàr sobre el aviso, y velar sobre el cuidado: que a un Leõ Lacedemonio (decia) que con tanta presteza concluye tal hazaña, son menester muchas fuerzas para poder resistirle.

Muchos dias anduvieron Cleomenes, y Antigono haciẽdose el uno al otro los males que podian; corrianse las campañas, talabanse las mieses, y hacianse algunos robos. Pareciole, pues, à Antigono, q̃ era pleito largo andar de esta manera; y assi se determinò a vèr si podia de una vez concluir aquel debate. Jũtò treinta mil hombres de pelèa, caballos, y peones, y saliò denodado buscando al enemigo. No se hallaba Cleomenes con tanta gente, aunque si con mas corazõ, con veinte mil combatientes saliò à la Campaña. Dieronse vista los dos Exercitos junto al Pueblo de Selasia, que aunque desde entõces se mira desmoronado edificio, con todo, aquella batalla le hizo memorable. Tomaron puestos, el q̃ la ocasion, y la industria señalò à cada uno. Cleomenes dicen que estaba mejorado; mas la celada, q̃ por las espaldas le armò el enemigo, le hizo perdidoso. Otros dicen, que la mayor celada que se armò contra Cleomenes, fue la traiciõ de — Plutarc. ubi supr.

de Damotelès, Capitan suyo, que cohechado, se passò al contrario:(infame villania!) en fin, se diò la batalla de poder à poder, peleando de ambas partes valerosamente. El q̃ menos, hizo mas de lo que pudo: el que mas, peleò desesperado. La matanza fue mucha, el estrago mui sangriento, el animo de todos peregrino, mucha la perdida, mucho el vencimiento.

Quedò, en fin, la victoria por Antigono, como con Cleomenes la desgracia. Bañado en sãgre, assi de los cõtrarios, como suya, huyò de la batalla, quando se viò sin remedio, y su cãpo deshecho. De seis mil Lacedemonios, solo escaparon docientos, y con los demàs, apenas llegaban à quatro mil, siendo diez y seis mil los que destrozados cadaveres hacian tumba la campaña. Y porque se vea el animo, y valẽtia de la gẽte de Lacedemonia, quãdo con pèrdida tanta, pues no huvo casa q̃ no perdiesse en esta batalla uno, dos, ò mas personas, toda la Ciudad se avia de hacer al llanto, y à la voceria; guardaron tanto pundonor hombres, niños, y mugeres, que ni se les viò un sollozo, ni se les oyò un gemido. Antes bien unos à otros se daban los parabienes de los q̃ avian en aquella guerra ofrecido la vida por la patria. Llegò, pues, el valiente Cleomenes, con la lastima, y dolor q̃ puede pensarse; y como viesse los pocos que avian escapado, y que no bastaban para ponerse en defensa, arrimòse à una pared, sustentando con la mano la mexilla, y sin permitir sentarse, ni tomar el menor sustento, ni aun un trago de agua, estuvo por grande espacio pensativo; y resolviò, que no le estaba bien esperar à que el enemigo pujante, y victorioso fuera à buscarle à su casa; y assi tomando à su segunda muger, y hijos, y algunos amigos mas confidentes, se entrò en una Nave, y à vela, y remo partiò para Alexandria, dexando dicho à los demàs Ciudadanos, que se entregassen de paz à su enemigo, hasta que la fortuna mejorasse las cosas.

Al modo que el gran Pompeyo, quando roto en la Farsalia, huyò à Egypto à ampararse de otro Ptolomèo; assi Cleomenes aora và à buscar el mismo amparo: plegue à Dios no le suceda lo que al otro fugitivo, que de un barbaro, aunque Rey, ay mui poco que fiar. Quizà por este temor le aconsejò Tericòn, uno de sus amigos, que era mejor que se matassen como valientes, que irse à someter al yugo del

Gi-

Gitano. Pero Cleomenes le respondio, que morir de aquella suerte, era de hombres imprudentes, y poco cuerdos, quando la desdicha hallaba camino honesto para aguardar mejor fortuna, qual era el irse a valer de un Rey, que se le daba por amigo. Mui bien recibido, y agassajado fue Cleomenes del Rey Ptolomèo: pusole casa con aparato Real, y señalole para su plato veinte y quatro talentos, que era una gran suma; no solo tenia con esto para su gasto, y de la Reina su madre (que con la vista del hijo, aunque en aquel estado, aliviaba su vejez) sino que le sobraba para sustentar à todos los Lacedemonios, que cada dia se iban a acompañarle en su destierro. Tres años viviò en Egypto con esperāzas siempre de volver a su Corona; mas desbaratòle la fortuna todos los socorros con la muerte de Ptolomeo, a quiē su mismo hijo, llamado Philopatòr, por la ambicion de reinar, quitò la vida. Patricida cruel contra su mismo nombre, pues Philopatòr quiere decir amador de padres, y èl le aborreciò de muerte. Con esta revuelta, con este trasiego de Coronas, aunque Cleomenes se contemporizò con el nuevo Rey, no fue bastante para q̄ sus cosas dexassen de ponerse de mala condicion; claro està, que si el Rey muerto era su amigo, le avia de ser el matador odioso. Comēzò a atizar la emulacion el fuego de la antipatìa, porque al passo que Cleomenes era prudente, cuerdo, virtuoso, y honesto, era Philopatòr arrebatado, cruel, mui deshonesto, y vicioso. Avivaron las llamas los chismes de los Palacios, con que le cercenaron à Cleomenes los gages que le daban; sintiò el desaire, mas dissimulabalo prudente. A esta sazon le llegò la nueva, como Antigono, su competidor, era muerto, y que todo el Peloponeso andaba dividido; pareciòle ocasiō estremada para ir a cobrar su Reino, y pidiòle a Philopatòr alguna ayuda de gente, y de dinero, ò por lo menos licencia para irse. Negòselo todo el barbaro, por consejo de Sosivio, que era el Privado por quien se gobernaba. Lo que sentiria este golpe el bravo Lacedemonio, quedese al discurso; pero redoblòse el sentimiento quando viò arrestarse con todos sus amigos, y con mil guardas de vista. Tanto como esto aprieta los cordeles la fortuna al que trae debaxo de sus pies.

Una espaciosa casa le señalaron por carcel al infeliz Cleomenes, y a todos los suyos, donde en comunes cuitas se avi-

varon sentimientos. Alli fue a visitarle un Privado del Rey, que se daba por su amigo; y como las sinrazones rompen de ordinario en quexas, quexòsele Cleomenes, de que con un hombre de sus partes, Rey de Lacedemonia, y de quien toda Grecia avia tẽblado, usasse Philopatòr aquellos desafueros, y malas correspõdẽcias. Encẽdidas de colera las palabras, sirvierõ de quemazones al Privado. Despidiòse cõ muestras de q̃ le pesaba, sì bien le pesaba mas vèr aquellos brios en el prisionero; y assi al salir por la puerta, dixoles a los guardas: *Que como guardaban con tanto descuido à Leon tan bravo?* No lo dixo tan quedo, que no lo oyesse Cleomenes. Contòselo a sus amigos, è hicieronse todos al discurso, y discurrieron cõformes, que el tenerlos assi presos, era para matarlos. Pensaron en lo que podrian hacer, y resolviòse Cleomenes, en que supuesto que la fortuna avia arrojado el dardo cõtra ellos, sin que quedassen portillos de esperanza para verse en libertad, q̃ no borrassen sus inclitos blasones con esperar una afrentosa muerte, sino q̃ muriessen como buenos, acometiendo ossados a una heroica hazaña. Conformaronse todos con su parecer, y emprendieron resueltos este hecho.

Convidò Cleomenes a comer un dia a todas las guardas, y brindòles de manera, que los dexò trastornados; con que viendo el passo abierto, saliò con doce de los suyos, ossados, animosos, y valientes, tiradas las espadas, y revueltas las capas a los brazos: con tropèl, y voceria iban por las calles, y las plazas, apellidando libertad, llevandose de encuentro al q̃ se ponia delante. Llegaron al Real Palacio, en cuyas puertas al Privado que diximos, y al Governador, que ambos se llamaban Ptolomèos, les hicieron a estocadas escupir las vidas. Con estas dos muertes despicò Cleomenes mucha parte de su enojo. Al Alboroto, y ruido se iban cubriendo las calles de Giranos; y viẽdo q̃ era imposible huir ya la muerte, y teniendo por infamia que se honrassen de ellos, tuvierõ por mayor honra darse la muerte a sì propios. A su mayor amigo, q̃ era el valiente Pantèo, mandò Cleomenes q̃ le matasse, y que hasta q̃ los viesse a todos muertos, no se quitasse èl la vida. Riguroso lance vèr a un Rey en tal estremo! No se lamente Saùl, ni se quexe de sus hados, porque le obliguẽ crueles à mãdar a su Valido que le mate, pues ya un Rey de Lacedemonia le està imitãdo la accion: consuelẽse una con

otra, desdichas semejantes. A repetidas heridas, dadas por su amigo, se halla el pasmo de Grecia agonizando, y en brazos del matador despide el alma; sobre su cuerpo difunto se arroja tambien Pantèo atravesado, quedando assi extinguidas, y apagadas las vidas mas valientes que criò Lacedemonia. Bolò la nueva alla, por lo que tiene de infausta, y crearon nuevos Reyes.

Por no dexar al Lector con dudas del fin de esta tragedia (aunq̃ he llenado mi assumpto) coronarè el remate cõ lastimas no menores. Quãdo llegò al Rey la noticia del caso referido (que al parecer estabã entonces fuera de la Corte) bufãdo de corage, mandò que desollassen a Cleomenes, y q̃ colgassen el cuerpo de una escarpia. Mãdò matar à sus hijos, y à su madre, y a todas las mugeres de los q̃ animosos se arrojaron à la muerte. Executòse el barbaro mandato, sin que mediasse clemencia. Lagrimas por tinta, y bronce por papel se requerian aora para poderse escribir lagrimas, y sentimientos de una madre, de la Reina Crasiticlia, q̃ apenas supo la muerte lastimosa de su hijo, quando atravesada de dolor, quedò casi difunta. Vuelta ya en su acuerdo, y hechos sus ojos dos fuẽtes, dixo tãtas lastimas, hablò tantas ternuras, q̃ aun corazones de piedra se pudierã hacer al sentimiento. Rogòles a los verdugos, que la matassen primero q̃ a sus nietos queridos, por ahorrarse aquel dolor de vèr passar el cuchillo por pedazos de su alma. Hicieronlo al cõtrario los barbaros carniceros, degollandole a los niños a la vista de sus ojos. Luego la degollarõ a ella, y a las demà, mugeres, siẽdo la ultima (porque llevasse la palma) la muger de Pãtèo, el amigo que matò à Cleomenes, hẽbra tan bizarra, y valerosa, q̃ no le excediò vẽtajas en seguir a su marido a la otra Reina de Põto, muger de Mitridates; porque aunq̃ sus padres la encerraron en Lacedemonia, para que no se fuesse con Pantèo, ella tuvo traza de escapar de la prision, y tomãdo dineros, y un cavallo, no parò hasta Alexandria. Esta, pues, q̃ era la compañera, y amiga de la Reina, sin que la turbasse el horror del estrago sangriento, hecha tãto al despego, como al valor, anduvo cõponiendo honestamẽte los cuerpos de las otras mugeres degolladas. Suspensos tenia los barbaros aceros, sin q̃ ninguno se le atreviesse a llegar descomedido, hasta q̃ ella les diò permission, descubriendo un poco el cuello, lo que bastò al cu-

chilio, para ser cortada cabeza tan bizarra. Dexemosle aqui, que empaña tanta sangre los ojos mas crueles.

EXEMPLO QUARTO.

Autores q̃ tratã esta historia, Plutar. in Anibàl. Tito Livi. l. 1 Decad. 3. y lib. 5. Decad. 4 Polivio, l. 2. & 3. Silio, l. 1. 2. Tzetzt, l. 1. c. 27.

HAgase tambien lugar al mas valiente Africano, para q̃ acompañe las muertes de infelices, siendo exẽplo a los mortales la inconstancia de las humanas glorias, pues el que llega a la mayor altura, no està libre jamas de un precipicio. En la gran Cartago, heroica emulacion de la Romana Potẽcia, naciò el famoso Anibal, Capitan de los mas esclarecidos que ha tenido el Orbe. Fue hijo de Amilcar Barca, Heroe no menos famoso, tronco, y cabeza del bando de los Barchinos. Desde la niñez diò muestras Anibàl de su ossadia, y animo gallardo; nueve años le contaba el tiẽpo, quando estando su padre ofreciẽdo sacrificios a sus Dioses para passar a España, y oyendo èl, que muchos Cartaginenses hablaban mal cõtra Roma, diò un puntapie en las cenizas del sacrificio, y dixo ardiẽdo en ira, q̃ hàcia testigo al Cielo, que si llegaba a edad de manejar las armas, y le daban el bastòn, avia de revolver tã cruda guerra entre Cartago, y Roma, q̃ la una de ellas quedasse reducida a polvos, y pavesas, como aquellas q̃ arrojaba el aire. Alborozado el padre de la rapazada, le llevò a España consigo, y tuvòle con èl, hasta que al cabo de otros ocho, ò nueve años, muriò Amilcàl ahogado en el Ebro (como sierẽ unos) ò peleando a las orillas del Tajo (como quierẽ otros)

Vuelto Anibal a Cartago, y teniendo ya veinte y tres años, sin que bastasse la contradicion de Hanòn, cabeza de los Edos, parcialidad contraria, fue señalado para seguir las banderas de su cuñado Asdrabal. Robò los corazones de todos los Soldados, con las buenas muestras que comenzò a dar de Capitan insigne. Comia, y bebia mui templadamente; haciase al trabajo mas que otro alguno: vestiase con llaneza, menospreciando galas; hacia la vela mui de ordinario, sin que se lo mandassen: dormia por los suelos, y sobre mui poca ropa; quando havia escaramuzas, se adelantaba el primero: sufriase en los peligros, no desmayaba a los riesgos; al frio, y al calor hacia una misma cara. Todas estas virtudes militares resplandecieron en Anibal; y si no las afeàra con ser cruel, è inhumano, y poco amigo de la

Re-

Religion, se alzara con la primicia de los Principes mas grandes.

Tres años siguiò la Milicia en España, en compañia del cuñado; y este muerto, le pidiò todo el Exercito por su Capitan, y el Senado de Cartago le confiriò el Baston. Andando en su govierno, se enamorò de una principal doncella, llamada Himilce, natural de Castulòn, pasmo de la Andalucia. Era Castulòn en aquel tiempo una Ciudad famosa, de la qual oy solo se vèn vestigios, que son junto à la Villa de Linares los Cortijos de Cazorla, quatro leguas de Baeza. Casòse, pues, Anibàl con esta señora, no sin alborozo de los Españoles, de que se huviesse honrado con muger de su Nacion. En tanto que andaba ocupado con sus bodas, la Ciudad de Salamanca; q̃ es oy nueva Athenas, si entonces maestra en armas, quiso sacudir la cerviz del yugo Cartaginès, y gozar su libertad. Sentido el Africano, juntò todas sus tropas, y fue sobre ella, y tuvola cercada, hasta que con ofertas de trecientos talentos de plata, y otros tantos rhenes, le hicieron que levantasse el cerco. Faltaron despues al trato, y bolviò Anibàl con mas pujanza, llevandolo todo à fuego, y à sangre, y ofreciendo la Ciudad à saco. Viendose perdidos los Salamanquinos, bolvieron à hacerse al ruego, y recabarõ en fin de Anibal, que les dexasse salir, los hombres desarmados, y todos los demas con solos sus vestidos. Diòseles esta permission, si bien salian en forma de prisioneros; pero las mugeres revestidas de valor, tuvieron traza para sacar encubiertas debaxo de los faldellines las espadas de sus maridos. Echados de esta manera de la Ciudad, y dexados en el campo con la guarnicion de Soldados, que pareciò bastante para guarda de mugeres, y hombres desarmados, mientras que lo gruesso del Exercito se ocupaba en el saco, y en el robo, sacaron las valerosas hembras las armas que llevaban ocultas, y dandoselas à sus maridos, aunque algunas se quedaban con ellas (que quiza eran para mas) arremetieron denodados à la guarda, mataron à muchos de ellos, y puestos en libertad, se huyeron à los montes. Mugeres tan insignes como estas, y aplaudidas de Plutarco, ha criado Salamanca. Desde el seguro negociaron despues bolverse en paz à sus casas, que siempre el salto de mata ha sido el mejor seguro.

Plut. de Claris mulieribus.

Deseaba Anibàl encontrarse con los Romanos, contra los

qua-

Destruicion de la famosa Sagunto.

quales tenia una mortal antipatia; y sabiendo que la Ciudad de Sagunto, que oy se llama Monviedro, se mantenia en su gracia, quiso atizar el fuego, haciẽdoles algunos males a los Sagũtinos, para que picados de ello viniessen los Romanos a apagarlo. Este fue el designio de encontrarse con Sagunto, urdir tramas para sacar al Romano a la pelea. Comenzò à talar los campos de toda la comarca, enriqueciẽdo a sus soldados con los robados despojos. Con cien mil hombres, toda gente allegadiza de aquel territorio, sin orden, ni Capitan, (que era la mayor falta) salieron los de Sagunto a refrenar el orgullo al bravo Cartaginès. A las riberas del Tajo se dieron la batalla, anduvo Marte sangriento, el animo de todos encarnizado, el vencimiento neutràl; pero al fin, Anibàl con la victoria; todos los Pueblos de menor quantia le inclinaron la cerviz, y los que se hicieron fuertes quedaron destruidos.

Afligida se hallaba la infeliz Monviedro, viendo acorralarse del barbaro Africano, cuyo Exercito se cõponia, segun Plutarco, y Polivio, de mas de ciento y cinquenta mil hombres, y en ellos veinte mil cavallos: bravo gentìo, y descompassado poder para una triste Ciudad! Despacharõ a Roma a pedìr socorro; y visto que era razon, enviaron dos Embaxadores, hombres de gran cuenta, que fueron Valerio Flaco, y Quinto Fabio Pamphilo, que requiriessen à Anibal levãtasse el cerco de Sagunto, pues era contra lo capitulado cõ su antecessòr en favor de la libertad Saguntina. Diò Anibal una frivola respuesta a los requerimientos, que èl no quebraba la paz a los Ciudadanos, sino que queria castigar a algunos revolvedores, ya que los Romanos, siendo sus aliados, mostraban tanto descuido. Los Embaxadores se partieron a Cartago, para quexarse en el Senado de la respuesta de Anibàl, y declararles la guerra, si no enmẽdassen aquellos desafueros. Entre tanto Anibal apretò el cerco. Ocho meses los tuvo tã ceñidos, q̃ no avia el menor portillo para poderse socorrerse la necessidad, y hambre q̃ se passàba dentro. Los continuos assaltos, los repetidos combates forzaban a los cercados à rendirse; el animo que ardia en ellos, el pundonor Español no los dexaba entre la vida, y la afrenta; menospreciaban la vida, y al passo que crecia la hambre, crecia el valor: muertos los viò la necessidad, mas no vencidos.

Vien-

Viendo ya que la comun fatiga no podia hacerse mas al sufrimiento, y que aguardar socorro era ya en valde, porque no lograsse Anibal el deseo, que le instaba hacerse dueño, y señor de sus riquezas, las sacarõ todas a la plaza, sin que nadie reservasse joya de valor, ni alhaja de estima; y aviẽdo primero hecho una grãde hoguera, las lanzaron en el fuego, y abrazados los mas de ellos cõ sus hijos, y mugeres, se arrojaron animosos a las voraces llamas. Vidas, y tesoros se quemaron a un tiempo, porq̃no hallasse el barbaro de q̃ quedar triũfante. En funesta pyra se abreviò la gran Sagunto, hecha polvos, y cenizas. Espectaculo el mas triste, que se escriviò en Anales! Estrago el mas lastimoso q̃ lloraron los siglos! Crueldad la mas impia, q̃ se viò en España! Pues aun S. Augustin, siendo Africano, se lamẽta mucho de semejãte ruina; y otros Historiadores q̃ le tocan, se hacen al dolor, y al sentimiento. Enttò, pues, Anibal en la Ciudad; y visto aquel fracaso, para acabar de acedar mas a los Romanos, y encenderlos a la vengãza, despues de aver saqueado los desperdicios q̃ hallò, hizo ponerla fuego por varias partes, porque moradores, y edificios fuessen todos una pavesa. Solo mãdò reservar el Tẽplo de Diana, la Diosa de los Saguntinos, fabrica insigne, y q̃ permaneciò parte de su techũbre, y vigas de enebro todas, hasta la Era de Tito, y Vespasiano, mediãdo entre un tiẽpo, y otro mil y quatrocientos años. Mostrò Anibàl en acatar al Templo el zelo à su Religion: buena leccion para que Principes Christianos adviertã sus obligaciones en esta materia.

S. August. lib. 1. de Civit. Dei c. 20. & 22. 26. Oro, l. 4. c. 14. Valer. l. 6. c. 6. Eutrop. l. 3.

Quan sentidos, y llenos de furor quedarian los Romanos, quando la tragica nueva llegò a sus oidos, no ay q̃ encarecerlo: quanto dispuesto se hallaria Anibal para salirles al passo a refrenar sus furias, ello se està dicho. Cargados con los despojos de Sagunto partiò a Cartagena, donde los repartiò liberal con sus soldados embiandolos contentos a sus casas à tener el Invierno: que esto es de buen Capitan, pagar bien a su gente, y tenerla grata para el menester. Miẽtras llegaba la Primavera, hizo una romeria al Templo de Hercules, que Oraculo de la Gentilidad, resplandecia en la Ciudad de Cadiz. No sè por què Tito Livio reta a Anibal de poco devoto, quãdo para empezar la empressa de Italia, implora los auxilios divinales cõ ruegos, y promessas. Dispuso, pues, su jornada, dexãdo fortalecidas las Costas Españolas, y cõ novẽta

mil

mil hombres, y dos mil cavallos atravesò el famoso Ebro. Llegando a los Pyrinèos, dexò un trozo de gente de guarnicion, y mandò que quedassen algunos Españoles, que iban ia desabridos, y de mal contento; porque con gente forzida jamàs se hizo buena guerra. Passando por Perpiñàn, marcho la vuelta del Rodano, rio principal de Francia; y aviendo vencido a muchos naturales, que coligados quisieron impedirle el passo, fue caminando a los Alpes, montes inaccessibles, y que sirven de montante entre la Francia, è Italia. Sossegò en Sabavo algunas dissensiones, nacidas entre dos hermanos, sobre pretẽder el Reino; y adjudicandole al mayor la Corona, recibiò de èl, en pago del favor, buenas ayudas de costa, guias, y mantenimientos para atravesar los Alpes.

Este fue padre de Scipion Africano, q̃ venciò Anibal.

Ya Cornelio Scipion con un gruesso campo avia partido de Roma, buscando al Cartaginès: desembarcò en Marsella, juzgando hallarle en Francia, y viendo que la diligencia de Anibal ya le llevaba atravesando los Alpes, volviò à echar al mar su gente, y camino a Lombardìa, para salirle al encuentro. Eran los dos mui diestros guerreros, y assi no se dormia ninguno, sabiendo que la presteza es la que dà tal vez, ò quita una victoria. Nueve dias gastò Anibal hasta llegar a la cumbre de aquellas malezas, que encubiertas con la mucha nieve, eran todas despeñaderos, y precipicios de Soldados, y vagages. Los que pudieron llegar a lo alto, trepando por los breñales, passaron trabajos increibles; los que no eran tan sufridos, ni de tanta maña, se vieron sepultados. Llegados a la cumbre, se detuvieron dos dias, por dàr algun alivio al trabajo que havian passado, y por esperar a los que atravesados, y tumbados de los riscos, llegaban medio muertos. Si la subida avia sido trabajosa, la baxada acarreò mas peligros; porque los resbaladeros eran tales con el hielo de la nieve derretida, que hombres, y cavagalduras caìan amontonados en las profundas gargantas de la Sierra, que hechas tumbas de alabastro, les daban sepulrura. Pero el mayor riesgo en que se hallaron perdidos, fue, que la estrecha senda que les daba passo, se les vino à cerrar con un peñasco terrible, sin que por un lado, ni otro se pudiera tomar camino, si no era para la muerte; tal era el desgalgadero, tal la aspereza del risco. Sola la industria de Anibal pudiera hallar camino en puerto tan cerrado. Mādò que-

quemar sobre la peña muchos arboles, hasta dexarla encendida, y echandola luego vinagre, la vino à gastar de suerte, q̃ al cabo de quatro dias, que se tardò en la obra, rompiò passo para passar sus gentes. Quince dias gastò en atravesar los Alpes, con pèrdida de mas de treinta mil hombres, pues quando baxò a los llanos de Lombardia, apenas se hallaba con veinte y quatro mil Soldados Africanos, y Españoles; pero ni lo brumado del trabajo, ni lo sentido de la pèrdida, le apocò los brios, para dexar de ponerse frente à frẽte con el Consul Scipion, que le venia buscando: hizole huir, y bien descalabrado, junto al Rio Tesin, que corre por Pavìa.

Llegada a Roma esta nueva, se despachò orden al Consul Tito Sempronio, que estaba en Sicilia, para passar à Africa, q̃ se fuesse a juntar con Scipiòn, para que assi juntos; domassen los brios de un mozo como Anibàl. A las orillas del Rio Trebadia se diò esta segunda batalla; y aunque el Exercito Romano se componia de doblados combatiẽtes, no por esso desmayò el bravo corazon del Africano, sino que como Capitan diestro, que en las necessidades se vale de los ardides, mandòle a su hermano Magòn, joven valiente, que con mil cavallos, y otros mil peones se emboscasse una noche en unos combados, y soterrañas, que ay por aquellos llanos, y que no saliesse hasta estàr bien sangrienta la batalla: èl con la demas gente se travò con el Romano, supliendo su animosidad falta del gentio. El primer encuentro de ambas partes fue terrible: los Caballos de Anibàl, usando de estratagema, fingieron retirarse, bolviendo à passar el Rio Los Romanos entonces, con el agua hasta los pechos, entraron tràs ellos. Esso deseaba Anibàl, porque sabia q̃ iban ayunos, con lo qual, y el recio frio se iban rindiendo al desmayo. Bueltos, pues, sobre ellos los que huìan, executaron una gran matanza, un destrozo cruel, una brava mortandad. Rehizo el Consul con presteza sus batallones, por la mucha gente que tenia, y bolvieron à chocar con los Africanos con un corage cruel. Encendiòse la pelea con mas furia; pero saliendo de refresco los que estaban en zelada, y hiriendo por las espaldas al enemigo, los turbaron de manera, los apretaron de suerte, que negados al orden, ciegos al discurso, y atentos al estrago, se pusieron en huìda, dexandole à Anibal una famosa victoria.

Co-

Coronado destos triũfos se hallaba el Cartaginès mas pujante, y mas valiente, que siempre el vencimiento aumẽta la ossàdia; y assi, aunque supo q̃ avian salido a buscarle los dos nuevos Consules Flaminio, y Servilio, cõ nuevos Exercitos, no por esso desmayò, sino q̃ recogiendo su gente, y con buẽ concierto, se dispuso a atravesar el Apenino, mõte inaccessible, yendo por toda la Italia, solo con intento de dàr vista a Roma, que era donde le arrastraba su designio. Los trabajos que passò en esta jornada, los riesgos a que se puso, los Soldados que perdiò, no ay que ponderarlo, quando su animosidad hàcia pecho para todo. El mucho andar, el no dormir, y el poco comer, le matabã a tropas los Soldados, cavalgaduras, y cavallos a mõtones, mas no por esso se rendia a la fatiga, ni amedrantaba al trabajo: todo lo llevaba valeroso. En los llanos de Florẽcia, encharcados del Rio Arno, padeciò mil infortunios, hasta costarle un ojo las frialdades; mas cõ un ojo solo veìa, y descubria mas que los Consules de Roma.

Junto al Lago Tramesino, en una gran llanura, esperò Anibàl al Consul Flaminio, para darle la batalla. Por unos cerros, que avia en el contorno, emboscò algunas Tropas, para que hiciessen su deber, como en la passada: que en no valiendose un Capitan de trazas, y ardides, y mas quando tiene menos gente, que el contrario, es arriesgar la victoria. Saliò el Consul de Perosa a encontrarse cõ Anibal, que estaba mui ansioso por llegar con èl a las manos, y domarle; pero apenas, passando la estrechura, entrò en el Lago, quando la Cavalleria de Anibàl le tomò las espaldas, dexãdole acorralado. Comenzaron a herir en los Romanos con brava ossadìa, sin darles lugar a ponerse en orden. Luego una obscura niebla, que se levantò del Lago, les fue tambien adversa, porque nadie veìa donde avia de acudir, ni donde andaba el peligro. La grita, y la voceria era neutral, y confusa, sin que supiesse Flaminio, si eran de los suyos los que clamaban heridos, ò los que voceaban matadores. En fin, como desesperados, sin orden, y sin concierto los Romanos, chocaron de mõton cõ los Cartaginẽses, haciendo una carniceria cruel, y un estrãgo sangriẽto. Tres horas durò la batalla, sin que pudiesse declararse la victoria; pero apenas cayò muerto el Consul Flaminio, a quien matò un Francès, quando todo su Campo se puso en huida, menos seis mil, q

quedaron prisioneros, y menos quince mil, que quedaron muertos, quedando el Lago Trasimeno hecho funesta tumba, anegada en sangre: diez mil Romanos solos se escaparon por pies a dar a Roma la nueva lastimosa.

Fue nombrado Dictador, que era la Dignidad Suprema, y con que cessaban los Consules, y otros Magistrados, si no erã los Tribunos: Quinto Fabio fue el electo por el hombre mas prudente, que tenia entonces Roma, y lo diò bien a entẽder en los encuẽtros, q̃ tuvo con Minucio, su Capitan de la Caballeria, que era muy bullicioso, y seguia diferente rumbo, que el Dictador en asirse de presto con Anibàl; y si Fabio no lo socorriera en cierta ocasion, se hallàra muerto, ò prisionero del Africano. Hablaba Minucio mucho, braveaba con la lengua, seguiale la chusma, alzòse con la cortesìa, hizo igualarse al Dictador; pero llegado a las manos, vino a confessar, q̃ era Fabio el que sabia, y renunciòle el oficio. En los montes asperos de su Ciudad de Casilino tuvo Fabio como enjaulado a Anibàl, tomados todos los passos por dõde podia escaparse; mas despavilãdo su ingenio el diestro Cartaginès, y estudiando en sus astucias, se valiò de una estremada para el caso. Hizo poner una noche en las frentes de dos mil bueyes, q̃ tiraban el carruage de la provision, unas teas, y hachones encendidos, y aguijoneandoles azia las estancias del enemigo, cruzando, y corriendo, desapoderados por aquellos cerros, amedrentaron de suerte a los q̃ guardaban las salidas, que dexando los puestos, se corrieron a los Reales donde estaba el Dictador, que tambien estuvo en arma toda la noche. De secreto marchaba Anibàl con todo su Exercito por las faldas de la Sierra, a gozar del passo franco, que les logrò su industria. Saliò, en fin, a campo raso, dexandose al Dictador afrentado con la burla.

Al año tercero de como Anibàl entrò en la Italia, nõbraron en Roma por Cõsules a Lucio Emilio, y Cayo Varròn: este de sãgre villana, por esso descocado, y atrevido; y aquel de la sangre illustre. Estos, procurando acabar de una vez cõ Anibàl, juntaron nueve legiones, y con las ayudas de amigos, llegaron a ochenta mil Soldados: Exercito el mas gruesso, que juntò Roma jamàs. Con toda esta potẽcia partieron a buscar al Africano. No tenia Anibàl entõces treinta mil de pelea, que era un tercio del cõtrario, aunque Tito

Li-

Livio los llega à cinquenta mil;pero sea como fuere,el Exercito de Roma era doblado;mas poco importa lo menos del gentio, si ay animo que lo supla : un Capitan animoso vale un Exercito entero. Bien lo mostrò Anibàl en esta ocasion, pues al vèr la multitud de sus enemigos,junto à la Aldèa de Canas,bien nombrada desde entonces,con decirles una gracia à sus Soldados, que estaban hechos al miedo, les revistiò valentìa, y les desnudò el temor. Estaba desde un alto reconociendo el Exercito enemigo,no sin admiracion del apretado lance,que aguardaba,y dixole un Cartaginès,llamado Giscòn,al parecer bien medroso,que era rara marabilla vèr tanta gente junta:à que replicò Anibàl con mucho dissimulo, que otra cosa mas maravillosa avia,que èl no alcanzaba; y diciendo que se la declarasse,le respondiò Anibàl, que entre toda aquella multitud no avia quien se llamasse Giscon, como èl. Causò mucha risa la gracia , dicha à vista del peligro; y passando la palabra, se supo en rato breve por todo el Exercito , cobrando todos valor de vèr à su Capitan tan animoso: que quien està para gracias , poco miedo tiene al riesgo.

Diòse,pues,la batalla, bien infelìz para Roma. Ayudòle à Anibàl el mismo viento,porque un abrigo,que soplaba furioso,cegaba con el polvo à los Romanos:demàs de ello,sus ardides valian por muchos hombres.De poder à poder rompieron bravamẽte los dos Campos,procurādo cada uno destrozar al enemigo;mas por mucho q̃ los Romanos hicieron su deber,y por mas que el Consul Emilio,herido de una pedrada,y puesto à pie,hizo valentìas,y personages de cuēta le imitaron valerosos,todo no fue possible para dexar de quedar vẽcidos,con la pèrdida tan grande q̃ viò Roma: pues ay Autores,que dicen llegò à sesenta mil muertos, diez millones
Poliv.l.2. cautivos,y poco mas de tres mil los q̃ escaparon. El Consul Emilio, aunque pudo huirse en un cavallo,q̃ le daba un amigo,agradeciēdole el obsequio,quiso mas quedar muerto peleando.Muertos quedaron tābien muchos varones Cōsules, y entre ellos Minucio,y Servilio, à quienes en las rotas passadas avia vencido Anibàl,veinte y uno de los Tribunos,mas de ochenta Senadores,y otros hombres de gran cuenta:tantos,que de solos los anillos se llenaron tres Almudes.

Amedrentò Anibàl con esta rota de Canàs à la Romana po-

potencia llenò de lutos à Roma, y traxo à su devocion muchas Ciudades, y Pueblos de Italia, conque se hizo Soberano, y le aclamaba triunfante. Despachò Cartago Embaxadores con las felices nuevas de sus muchas victorias, que fuerõ celebradas con comunes alegrias, por mas que la emulaciõ del vando contrario dissimulaba, y mordia. En la Ciudad de Capua, Cabeza de Campania, se diò Anibal à descansar con sus Soldados, que brindados del deleite, y regalo de la tierra, se olvidaron de las armas; y se dieron a los vicios. Poco atẽto anduvo Anibal en esto, assi como en no caminar à Roma, quando venciò la batalla de Canàs, pues sino se detuviera àgozar los despojos, la ganàra sin remedio; mas no todo ha de acertarse, que tambien tienen sus dias las desgracias. Conociose bien el estrago del deleite, pues en dos refriegas bien sangrientas, y reñidas, que tuvo Anibal con el Pretor Marcelo junto a la Ciudad de Nola, se retirò vencido; pero picado de ello, procurò la enmienda en adelante: y assi en la batalla de Venusia (en q̃ Marcelo hecho Consul, juntamente con Quincio Chrispino iban por Generales) se diò tan buena maña, usando de sus ardides, y haciendo sus emboscadas, q̃ les ganò la victoria, quedãdo Marcelo muerto, y el otro Cõsul herido.

Capũa fue Cabeza de doce Ciudades en Toscana.

Como se advirtiò, aunque tarde, en Roma, que era el medio mas eficaz para estorvar los progressos de Anibal, embiar Exercito contra Cartago, despacharon a Scipion, el que como domador de toda la Africa, adquiriò renombre de Africano. Assi como fue util usar de este torcedor, assi tambien Scipion se diò tan buena maña, que puso a los Cartaginenses en necessidad extrema; y para el remedio, despacharõ ordenes apretadas à Anibal, para q̃ dexada la guerra de Italia, fuesse a ayudar a los suyos. Mucho sintiò Anibal esta partida, teniendola por pronostico de sus adversidades. Colerico, y amostazado bomitaba pesadumbre contra los que eran causa de volver a sus victorias. En fin, la obligacion de acudir al mayor riesgo, le hizo atropellar lo bravo de sus designios: mas antes de partirse, llegò a dar vista a Roma con su Campo: y segun graves Autores, èl se acercò con algunos caballos hasta la Puerta Colina, y ardiendo en furor, arrojò su lanza por encima de la muralla, como que quisiera con ella destruir a toda Roma.

Plin. l. 15. c. 18. Flo. l. 2. Valerio Maximo. l. 3.

El gozo, que recibieron los Romanos de ver partirse a

Anibal, es increible. Cinco dias dedicaron los Senadores para que todo el Pueblo no se ocupasse en otra cosa, sino en sacrificios, y hacimiento de gracias a sus Dioses, por haverlos librado de aquel lobo voraz, y carnicero. Tan amedrentada como esto tenia Anibal a Italia. Dexando, pues, guarnecidas las Plazas, que estaban por suyas, se embarcò para Cartago. Llegò a la Ciudad de Zama, y desde alli embiò algunos Caballos à reconocer el Campo de Scipion. Supo la buena gẽte que tenia, y lo bien abroquelàdos que lo esperaban, y entrãdo en cuenta consigo, y tanteando el estado de las cosas, el poder del enemigo, lo incierto del vencimiento, lo mucho que se arriesgaba, pareciòle conveniencia hablarse con Scipion, y tratar de paz, antes de llegar a romper: que no porque un Capitan lleve en popa su fortuna, ha de echar siẽpre mano de las armas, quando se miran peligros que lo impidan. Vna legua uno de otro estaban los dos Exercitos, y a la mitad del camino se cõcertaron las hablas. Llegaron, pues, a la estancia Anibal, y Scipion, acompañados de guarda competente, y al carearse los dos, se quedaron suspensos, juzgãdo el uno del otro tener delante el mayor Campeon del mundo. Hablò Anibal el primero, por de mas edad, haciendo un razonamiento desta forma: Confiesso, que he sido la causa del incendio de esta guerra, por lo que hice en Sagunto, cuyas cenizas despertaron tantas llamas, q̃ no he de valerme de lo poderoso, para negar lo culpable; y assi como culpado en despertar la guerra, quiero proponer la paz, por mas que mi ossadia me lo riña. Siempre fue la conveniencia el mejor medio, aun para quien juzga, que tiene mas poder, y mas justicia, pues no està en manos de los hombres estorvar reveses de la fortuna: por lo qual, aunque veo, que mi Exercito hace ventaja al vuestro, pues solos mis ochenta Elephantes, Castillos movedizos, poblados de Soldados, bastan a atropellar mil armados Esquadrones: aunque veo, que mis gẽtes estàn ganosas de ensangrentar las armas: aunque miro, que sola esta victoria puede coronar mis tymbres, y poner baxo de mi mano todo el Romano Imperio: con todo quiero la paz, y que seamos amigos, assentando condiciones, que nos estèn bien a entrambos.

Aunque se holgò Scipion de las buenas razones de Anibal picòse mucho de verle tan sobervio. Propusole condiciones que

que le baxassen los brios, y humillassen el orgullo. Rechazò-las Anibal algo enojado. Anduvieron en debates; y por fin, y postre, no concluyeron nada, y escaparon desabridos. Bufaba de coraje el Africano, diciendo con despecho: A un hõbre como yo, y que tengo cinquenta mil hombres en cãmpaña, se han de proponer medios ruines, quando puede caerme el triunfo, y ser dueño de todo? No es mejor romper en buena guerra, que no vivir con paces afrentosas? Animando a los suyos, y poniendolos en orden, los sacò al llano. Lo mismo hizo Scipion con no menos denuedo. Alabarõse uno al otro la buena disposicion de ordenar sus gentes; y hecha la señal de acometer, comenzaron la pelea con buena valentìa. Cõ buen pie empezò el Romano, porque ayudado de un ardid, y fue entrar los delanteros con una terrible grita, estruendo, y voces, espantaron a los Elefantes de Anibal, q̃ iban en la delãtera, y turbados al ruido, volvieron azia atràs desatinados. El Gran Rey de Mauritania Masinissa, que ayudaba a Scipion, apretò con su caballeria de tal suerte, que arrancò del Campo aquellos brutos, y dexò desguarnecidos los pertrechos de Anibal. Y aunque animoso el Cartaginès se volvia a reducir à la batalla a los q̃ salian huyendo, no bastò su poder a mejorar lo perdido. Viendo irremediable el daño, y yà la victoria en manos de Scipion, quiso huir el mayor riesgo. En un ligero caballo saliò huyendo con el pesar que puede imaginarse no tanto de verse vencido (que el perder, ò ganar son lãces de la fortuna) quanto de ver el conato de Masinissa, y otros que volaban en su alcance por prẽderle. Llegò a Tunez, dos leguas de Cartago, y asségurandose poco de algunos Italianos y Españoles, que aunque Soldados suyos, podian por ganar gracias con su enemigo, prenderle, ò matarle, saliò de alli solo con uno de a caballo, y en dos dias con sus noches (segun lo cuenta Apiano) caminò noventa leguas a la Ciudad de Adrumento, donde tenia alguna gente, y municiones.

Ya desde aqui parece, que la fortuna desamparò à Anibal, y que no le mirò con buena cara. Desde aqui comenzaron a descaecer sus dichas, a obscurecerse sus triunfos, a aguarse sus victorias. Desde aqui comenzò a no ser tan respetado, aunq̃ si tan temido; que esto tuvo de hõbre grande, q̃ aunq̃ le vieron ajado, siempre le temieron poderoso. En fin, puede servir este Capitan de exemplo, para considerar la inconstã- Apian. in lib.

cia de las mayores fortunas, y lo facil que se tuercen las mas encumbradas dichas. Llamaron, pues, a Anibal los de Cartago, para que informasse al Senado lo que havia de hacer en riesgo tan notorio. El les aconsejò, que abrazassen la paz cō todas las condiciones que pidiesse Scipion, porque en la batalla de Zamora se avia concluido aquella guerra. Sintierōlo algunos Senadores, mas en fin le tomò el consejo de Anibal, sentandose en Tunez las paces con pesadas condiciones como fueron, que todos los Cautivos Romanos se avian de poner en libertad; que avian de entregarle quantas Naves, y Navios tenian los Cartaginenses: (q todas a sus ojos las quemaron luego) que havian de dar todos los Elefantes, y pagar una gran suma de plata. Todo huvo de aceptarse, solo porque quiso Anibal, aunq̄ con dolor de su corazon, como se lo diò a entender à los q̄ le censuraron verle con la cara alegre Dissimulaba su pena, sin permitir que se assomasse al rostro lo que le abrassaba el pecho; y assi, lo que en èl era valor, pēsaban los ignorātes, q̄ era no saber sentir. Tenia Anibal muchos emulos, que eran los del vando contrario; y como vieron la suya de verle yà arrinconado, pobre, afrentado vencido, intentaron de matarle. Harta ingratitud, sobre tātos beneficios! Juntòse tambien, q̄ le acusaron en Roma de Infielàlo pactado, y de que tenia tratos con Antioco, Rey de Syria. Temian los Romanos à Anibal de tal manera, q̄ aun estando derrotado, les daba temor su nōbre, y por assegurarse de una vez, embiaron à Servilio en sòn de Embaxador, para q̄ procurasse su muerte por los modos que pudiesse. Nada se le encubriò à Anibal; porque aunque tuerto, veia mucho, y como tenia emulos, andaba mui sobre el caso; viendo, pues, el peligro que le amenazaba, dispuso en sus ardides la huida (que aunq el huir es remedio, es menester tambien à veces mirar como se ha de huir) a una Quinta que tenia a la costa del mar y alli en un recodo guardados unos Navios para las ocasiones, conduxo con todo secreto el dinero, y joyas de valor, q̄ le avian quedado y el dia antes que huvo de partirse, andusose passeando por la Plaza de Cartago, haciendo la desecha y deslumbrando a los q̄ curiosos registraban sus passos, y le espiaban la vida. Assi como fue de noche, montò en su cavallo, caminò a la Quinta, y cō presteza, embarcando su ropa, se hizo a la vela, y no parò hasta llegar a Ephesso, donde el Rey An-

Antioco le recibiò con los brazos abiertos, mas alborozado de tener a Anibàl en su casa, que si le huvieran llegado los mas ricos tesoros de la tierra.

Quando à otro dia se supo en Cartago la partida de Anibal, fue tanto el ruido, y alboroto, temblando todos de miedo, que los emulos se contaron por difuntos, y Servilio se tornò a Roma a dar las nuevas tristes. Temieron los Romanos, que si Anibal se juntaba con Antioco, les amenazaba guerra mas sangrienta; y asi despacharon dos Embaxadores, hombres de mucha maña, para q̄ calassen, y supiessen los intentos de aquel Rey. Asientan Lybio, y Plutarco, que el principal destos Embaxadores, y el que llegò à Epheso, porque Sulpicio se quedò enfermo en Pergamo, fue el mismo Scipion, que havia vencido à Anibal en la batalla de Zema, y dexase entender asi, segun el cuento que les passò a los dos, porq̄ se dieron a tratar por amigos en aquella Corte. Anibal con sencillez, y como pensando tenia seguro el credito con Antioco; pero Scipion con cautela, y como procurando hacerle sospechoso. Anibal anduvo en esto desatento, ò confiado, Scipion cauteloso, y advertido. Conversando, pues, un dia en mucha amistad estos dos heroes insignes, y a quien la fama rotulò por grandes, preguntòle Scipion al Cartaginès no sin desvanecimiento, q̄ qual Capitan juzgaba ser el mayor del mundo? A que respondiò Anibal: Que Alexandro Magno, pues con poca gente venciò Exercitos mui grandes, avassallò Monarquias, y se hizo señor del Orbe. Dixo entonces Scipion, q̄ a qual se le podia dar el lugar segundo? Y respondiòle, q̄ à Pyrro, gran Rey de los Epirotas, por aver sido el Maestro de assentar Reales, ordenar Esquadrones, y de ganar voluntades. Preguntòle en fin por el tercero, y Anibal, señalandose en el pecho con la mano, dixo: Yo, yo soi esse. Diose a reir Scipion, diciendo. Pues q̄ mas pudierais decir, si como yo os venci a vos, me huvierais vencido? Si yo os huviera vencido (respondiò Anibal) me huviera puesto el primero.

Con esta familiaridad se trataban en Epheso Anibal, y Scipion. Abriòse puerta à la embidia para atizar el fuego, y logròle al Romano su inventiva; pues comenzò Antioco a no mirar a Anibal con buen talento, negandole el agasajo, que otras veces, y los favores comunes con que le trataba. Vistos por Anibal estos despegos, y adivinando la causa de que

procedian, diò muchas satisfaciones de su honrado proceder, de su entereza, y verdadera amistad: llegò, en fin, à decirle, q̄ primero veria al fuego, y al agua amigos, q̄ èl lo fuësse de los Romanos. Algo satisfecho quedò Antioco, aunq̄ siempre sospechoso: que en dando lugar un Principe à qualquier recelo, por mas que le asseegure la verdad, le inquieta la presumpcion: De aqui naceria el no tomar el consejo de Anibal de ir sobre Roma, y dexarse de los debates con Felipe, Rey de Grecia, y fue causa de perder dos batallas con los Romanos; y por ultimo, para assegurar su partido, quiso faltarle à la feè, pues yà se viò careado à entregarle a sus contrarios. Accion villana en un Rey, y que manche los tymbres de la Nobleza. Lo que sentiria Anibal de llegar a estos estremos, bien dexa entenderse, pues yà entre proprios, ni estrañ s no hallaba seguridad. Blasfemando, pues, de Antioco, se huyò secreto una noche, y fuesse a valer de Rey Purias de Britinia, pensando serìa mas fiel en amparar a un caido: quien no cabia en el mundo, apenas halla lugar que le assegure; fugitivo, y derrotado, huye de uno en otro Reino. O comedia desta vida, y con que facilidad truecas, y mudas los papeles a un mismo personage. Quien ayer se hallaba Rey, oy se vè un pobre Soldado: quien ayer mandaba, oy sirve; quien ayer hacia mercedes, oy và a la merced de otros. Exemplo vivo para aprender desengaños.

Recibiòle aquel Barbaro con las caricias que Antioco, porque no havia Monarca q̄ no tuviesse a dicha tener a Anibal por huesped, pues asseguraba por lo menos verse libre de sus armas; pero Anibal, como experimentado, aunque atento a los favores, grato al beneficio, y cortès à las palabras, no se fiaba del todo, de quien podia interessar venderle; y assi, con secreto, y diligencia, mandò abrir una mina, que por siete bocas, y siete calles distintas correspondian à un monte apartado, quanto oculto; esto con intencion de hallar por donde escapar, si se ofrecia algun riesgo. Y aparece, que aquel grande corazon adivinaba el peligro. En sabiendo los Romanos, que estaba alli, embiaron à Quincio Flaminio por Embaxador, para assentar pazes con aquel Rey, y en nombre del Senado ofrecerle grandes partidos por que les diesse a Anibal para matarle. Tan amedrentada tenia Anibal à Roma, que sino era con su muerte, no se asseguraban; por mas solo que le veian, derrotado, y fu-

fugitivo ; le estabã siempre temiendo. Llevado Purias del interès, mas que la fee que le debia al huesped, convino en el ruin trato ; y asi falso, y fementido, mandò al instante prender a Anibal, cercandole las casas, y tomandole las salidas de la mina, que aunque oculta, tambien la descubriria la desgracia, ò interès. Aqui acabò de echar de una vez el resto la fortuna contra un hombre de valor, y de tan altas prendas, como Anibal, viendose yà sin remedio, cercado todo de guardas, vendido de un Rey su amigo. Què corazon puede hacerse al sufrimiento à vista de una traicion, y de una fee rompida! Blasfemaba de corage el Africano contra el Rey aleve, rompiendo la sinrazon los fueros de la modestia; y aunque el aprieto, y la pesadumbre apenas daban lugar para discursos, discurrio en no permitir que agena mano triunfasse de su vida; y asi tomando un vaso de veneno, dixo estas palabras: Yà que los Romanos, de temerosos, ò cobardes, no se atreven a esperar, que el caduco, y corto estambre de la corta vida que me queda, se rinda al cuchillo de la inexorable parca, sino que por tantas vias, y por tan infames medios me anda buscando la muerte; quiero sacarlos yo mismo del miedo, y del sobresalto que les causo, a trueque que no logren el gusto de mi afrenta. Sabràn que he muerto honrado a manos de mi valor mas no a filos de su espada. Diciendo esto, se echò la ponsoña a pechos, con q̃ cayò difunto el q̃ fue assombro de Roma.

Hartos similes le hemos dado à Saùl en su desastrada muerte. Hombres grandes como èl se mataron a si proprios por no morir afrentados a manos del enemigo. Estremo de la desdicha, que muera desesperado, quien se coronò de hazañas! Escarmiento à los mortales, para no desvanecerse en sus victorias, pues el mas ilustrado de trofeos, puede verse tragedia de si mismo. Quien gustare de mas exemplos de estos, vea en Seneca a Caton el de Vtica atravesado con su puñal; ò en Plutarco, à Marco Antonio passado con su espada; ò en Veleyo, à Bruto, y Casio muertos de la misma suerte; y hasta Porcia, muger de Bruto, è hija de Catòn, comiendose las brasas, quiso imitar al padre, y al marido. Pero no imite nadie estos desgarros, por mas que la fortuna le apriete los cordeles: que aunque parecen valentias del valor, son Gentiles valentias, y agenas de hombres Christianos. Si la

suerte fuere adversa, perezcase en la liza, muerase en la batalla imitando al Machabèo, mas no se imite à Saùl, que es morir desesperado.

CAPITULO XIV.

EN QUE SE DECLARA CON UN NOTABLE EXEMPLO el mal fin que acarrea perseguir los Sacerdotes.

AUnque la primera Parte, sobre aquella tragedia lastimosa de la Ciudad de Nobè, apuntè algunos exemplos de lo mal que acabaron Principes, y Reyes, que olvidados de sus obligaciones, pusieron manos en los Ministros de Dios, (y alli podrà repassarlos el curioso, para tomar escarmientos) con todo, como me anticipè entonces, pues sin llegar el caso de la muerte de Saùl, previene yà la desgracia aora q̃ le vemos en un monte agonizando, echado sobre su espada, quiero lograr el assumpto, pues sus bascas, y agonias me estàn voceando à ello. O, el Cielo permita, q̃ quien leyere, ò mirare esta tragedia, repare en lo que le toca, ò a quien le toca lo advierta! Passàdo de parte à parte, sobre su estoque mismo, y rebolcado en su sangre, se mira Saùl, hecho todo à la congoxa, y deseando q̃ la muerte le acabe yà la vida. Desencaxados los ojos los derrama a todas partes, por si vè algũ Soldado de los suyos, a quien pedir alivio. Divisò a un Amalecita, y con los brazos abiertos, suplicando con las señas lo q̃ le falta a la voz, le llama que se acerque. Llegase el Soldado à èl, temeroso quanto triste, y escucha que le dice: Amigo, acaba de ahogarme, ponte de pies sobre mi, y dame la muerte apriessà, porq̃ padezco mil muertes con las angustias mortales que padezco. Congoxas, y agonias me estàn assustando el alma, representaciones tristes me atormentan, visiones espantosas me martirizan: acaba, pues, de matarme, porq̃ acabe tanta pena. Dice aqui el Abulense, que se le representò à Saùl en este lance aquella cruel carniceria, que hizo de los Sacerdotes. Verìa a Achimelech vestido de Pontifical, cosido â puñaladas, y empapadas en sangre las sagradas vestiduras, clamando à Dios por venganza; porque Dios es el que venga semejantes desacatos. Verìa a los demàs Ministros deshe-

Abul 2. Reg. ¶ 5. cap. 1.

hechos à heridas, y entre sacrilegas manos, despidiendo los ultimos alientos. Veria a los verdugos en sangre Sacerdotal envueltos, manchados, tintos; y aunque el Privado Doeche causa quizà de todo, basqueaba à su lado con las mismas angustias; tembien le veria mudado de Valìdo en carnicero cruel de la tragedia. De suerte, que el delito cometido contra el Sacerdocio, serà el mayor fiscal delante de Dios à la hora de la muerte, causando su representacion mas aflicciones y angustias, que la muerte misma; y esto se conocerà en tener fin desastrado, por mas Principe que sea el que sacrilegamente huviere delinquido. Yà traxe por exemplo en la primera Parte, Monarcas Españoles, Reyes de Castilla, y de Aragon. Sirvanos, pues, ahora un Monarca Frances, que acompañe à Saùl con triste exemplo.

Reinaba en Francia Felipe, a quien sus gracias naturales dieron renõbre de Hermoso, hermosura infeliz, quando des atenciones del sugeto la malogran! Governaba la silla Romana Bonifacio Octavo, una de las mayores Cabezas, que ha tenido la Iglesia; y que sobre guardar la Inmunidad, no respetaba Coronas. Encontraronse, pues, estos dos Principes sobre haver preso el Rey al Obispo de Apamea, y llegaron las desazones a tal punto, que el Papa descomulgò a Felipe, y le privò del Reino. Despachò para esto sus Bulas, y fueselas a notificar el Arcediano de Narbona; pero quitandoselas de las manos, se las rompieron, y a èl le echaron de Paris. Luego el Rey, atrebatado de enojo, mandò juntar Concilio de Eclesiasticos, y Principes seglares, donde apelò de las censuras, y acusò al Pontifice de herege, y homicida de crimines semejantes, alegando, que debia ser depuesto del Pontificado; favorecia assimismo a los Cardenales Colonas, enemigos del Papa, con cuya ayuda procuraba destruirle. No se dormia Bonifacio, pues con armas, y censuras guerreaba al Frances con todo esfuerzo, ayudado del Emperador Alberto. De suerte, que el Pontifice valido de sus muchas letras, se aclama Señor de lo temporal, como de lo espiritual, alegando aquellos dos cachillos del Evangelio: *Ecce gladii duo hic*; y assi se mostrò un dia al Pueblo armado como Emperador, llevandole delante el estoque desnudo; y como por este derecho puede el Pontifice dar los Reinos, y quitarlos, assi por inobediẽte privaba à Felipe de la Corona. Felipe por

Autores de esta historia, S. Anton 3. p. tit. 20. cap. 8 & 9. & tit. 21. c. 1. Emilius, lib. 8. & Chronicon Emilii Mayerus lib. 11. Analiũ Pa Papirus in Bonifacio Octavo, & in Clemente V. Villaneus, lib. 8. Histor. Mariana, in Histor. Hispan. 1 part. lib. 15. c. 6.

el contrario alegaba contra el Papa ser cismatico, y procuraba quitarle la Tyara. Gran tempestad de discordias, y ocasion de muchas riñas.

Llegò a tanto la enemistad entre estas dos Cabezas, que el Rey mal aconsejado del Cardenal Colona, y otros parciales hizo hacer gente en Toscana con todo secreto, haviendo solicitado a fuerza de dineros (que esto es quien todo lo vence) à Munciano, Caballero Florentin, y validose tambien del Conde de Tolosa, llamado Nogareto: esto con intento de ir à la Ciudad de Anania, ò Anagni, donde el Papa residia, como natural de alli, y prenderle. Era el mullidor de estas tramas el Cardenal Sarra Colona, que con su mucha maña, no solo juntò Soldados bastantes de los que vagueaban por la Provincia, sino que atraxo à su intento muchos de los Ciudadanos de Anagni, en especial los que eran Gibelinos, vando opuesto à los Pontifices en contra de los Guelfos. Mediando pues, el soborno con la diligencia, se reduxeron a traidores algunos, que a fuer de Nobles, debieran ser mas leales. Con esta negociacion metieron secretamente en la Ciudad mui gran Tropa de Soldados, Caballos, è Infanteria; y una mañana al rayar la luz, comenzaron a discurrir por calles, y plazas, gritando todos con estruendo, y voceria: *Muera el Papa Bonifacio, y viva Filipo, Rey de Francia.*

Oidos los clamores en el Palacio Sacro, y conocida la causa, turbados, y confusos se hicieron todos al miedo, procurando cada uno escaparse del peligro. Hasta los Cardenales, unos por una parte, otros por otra, se pusierõ en huida. Solo el Cardenal de España, llamado Pedro Hispani, y à su imitacion el de Ostia, quedaron con el Pontifice; que solo un Español havia de ser quien se mostrasse leal, y hiciesse rostro a los riesgos. Era el Papa Bonifacio hombre animosissimo, y assi lo mostrò en el hecho, pues aunque la pesadumbre pudiera desatinarle, y la colera aturdirle, se estuvo mui sossegado, mui entero, y mui brioso, aguardando el fin de aquella demasia. Hizo que le vistiessen sus Pontificales adornos, sentòse en su sacro Trono; y aunq̃ se juzgaba por muerto, quiso como otro Abimelech, que le hallassen las espadas en el trage mas decente. Muera yo, dixo el grande Bonifacio, mas muera como Pontifice, y sepa el mundo, que como Christo fue por traicion entregado a los Judios; assi yo, por la

la traicion de mis naturales, soi entregado tambien a los Franceses. Entrò, pues, por el Palacio el desenfrenado esquadron, siendo los caudillos Sarra Colona, y Nogarero, y diciendole al Pontifice mil palabras afrentosas, le amenazarõ con los aceros desnudos, y dixeron, que presso, y maniatado le avian de llevar a Francia, donde avia de ser depuesto del Pontificado. Sin mostrar temor respondiò Bonifacio à Nogareto, que no se espantaria de llevar, y padecer aquellos desacatos, quando el Santo Pontifice Silverio havia ya padecido ultrages semejantes; pero que se consolaba, que no le tocaba nada de Paterino. Aturdiò con esta palabra al Conde Nogareto, cuyo abuelo fue Raimundo Paterino, que havia sido quemado por herege. Tal era el animo, tal el corazon de Bonifacio, pues con estàr en tal lance, usò de su condiciõ. Mas no hai que espantar de esto, porque sinrazones sacan de si al mas paciente, haciendole que vomite pesadumbres.

Pasmado Nogareto, no se atreviò à echar mano del Pontifice, y al tanto, los demàs refrenaron los impulsos; pero pusieronle presso con buena guarda, y tuvieronle assi por espacio de tres dias, en los quales le saquearon la casa, y robaron los tesoros. Ay quien dice, que presso desta suerte le llevaron à Roma. Otros afirman, que arrepentidos los Ciudadanos de la traicion, y de haver dado entrada à aquellas demasias, se pusieron en arma, y dieron tras los traidores, hasta que los echaron de la Ciudad, y dexaron libre al Papa que se partiò luego à Roma; mas sea de una, ù otra manera el saliò de Anagni tan apesadũbrado, y lleno de sentimiẽto como puede pensarse. Por una parte sentia el desafuero de los conjurados, por otra la ingratitud de los naturales; cada cosa de estas avivaban el tormento, y ambas juntas aumentaban el dolor, porque en quien sabe sentir, pesan mucho los agravios y assi para casos como estos son buenos los tontos, que no se mueren de pena. Era Bonifacio mui entendido, cabo mucho en la materia, se abreviò la vida; q̃ aunque un corazon sea grande, ancho el pecho, mucho el animo, qual era el de este Pontifice, se sujeta a la carga, y cae rendido, quando un ingenio del dado mensura, y pondera lo grande de un sentimiento. De suerte, que aunque la discrecion suele ayudar a sufrir, tambien ayuda a matar: que si hai trabajos q̃ pueden sufrirse, hai desafueros q̃ no pueden tolerarse. Abochor-

Paulo Jovio.

chor-

chornado, pues con sus mismos argumentos, y concluido cō sus proprios sylogismos, hecho todo pesadumbre, todo pena todo enojo, murió el Papa Bonifacio en Roma en los treinta y cinco dias de su prision. Abreviòse en un sepulcro, quien no cabia en el mundo, y sepultaronse alli todas las esperanzas del despique. Mui honroso fue su entierro, magnifico el aparato, grādes las exequias. Vamos à vèr ahora del modo q venga Dios los desacatos, y afrentas de quien es criado suyo

En lo primero, la Ciudad de Anagni, patria del Pontifice, y en donde fue la prision, como quien anduvo ingrata, y alevosa, se ha ido disminuyendo, y apocando desde entonces, de tal suerte, que la que blasonò de populosa, se halla oy con mui pocos vecinos; la que ostentaba grandezas, oy apenas tiene Casas, destruidos sus Palacios, desechos sus Edificios, y hecha una cuitada Aldea. Castigo justo de la maldad pues se hizo prision, y Carcel, la que havia de ser aprisco de su Pastor, y dueño; ni es razon, que quede para Ciudad, la que fue alevosa a un hijo, y dasleal a un Papa.

Por la posta despacharon nueva de la prision del Papa los conjurados al Rey Felipe de Francia, porque gozasse anticipada la alegria. Que le causò gran placer no admite duda; quando para ello avian ayudado su poder, y diligencias Crecieron los alborozos con las segūdas nuevas de la muerte, si bien aun no quedaba saciado de venganza el corazon del Rey, que quisiera verle afrentado antes de muerto, y assi passò su rencor à mas de por vida. Los pechos Christianos, y piadosos sintieron, como era justo, la prision, y muerte del Pontifice, en especial el Obispo de Moria, que viendo los jubilos, y placeres de Palacio, dixo lastimado: Que bien podria el Rey gozar al presente de aquella alegria, mas que el castigo de Dios le estaba amenazādo. Presto lo veremos. Por muerte de Bonifacio, fue electo el Papa Benedicto Undecimo, el qual absolviò al Frances de la excomunion, respecto de haver alegado, que el no intervino en la prision del Papa. Y como la Iglesia no juzga de las intenciones (que ello se reserva a Dios, y al Sacramento de la Penitencia) no pudo negarsele al Rey la absolucion de las censuras, en que por las otras causas estaba incurso. Quitòse tambien el entredicho, que estaba impuesto en todo el Reino. Pero a los sacrilegos Sarra, Colona, y el Cōde Nogareto, y a todos los alevosos de

de la Ciudad de Agnani, mandolos comparecer en su presencia: Ellos viendo que su delito no merecia menor castigo, q una afrentosa muerte, temieron el lance, y huyerō todos. En rebeldia los condenaron por traidores, y sacrilegos, y los publicaron por descomulgados. Con harta soga al cuello los arrastraba su fuga.

Muriò Benedicto, y dividiose el Sacro Colegio en dos parcialidades; una arrastraba à los Italianos, cuyas cabezas eran Matheo de Ursino, y Francisco de Guatanis; y otra era por los Franceses, siendo los valedores Nicolao de Prato, y Nopolion de Ursino. Trece meses duraron las contiendas, sin poder conformarse, hasta que Prato, y Guatanis dieron un corte; la una parte de Cardenales nombrasse tres personas, y la otra eligiesse de aquellas tres à quien gustasse. Guatanis con los suyos nombraron tres Arzobispos, enemigos todos tres del Rey de Francia. El Pratense, que era astuto, y mañoso dixo a los suyos, que no desmayassen, porq̄ èl haria de suerte, q̄ el electo de los tres viniesse a quedar amigo del Rey de Francia, y asi les hizo nombrassen a Bertrādo, Arzobispo de Burdeos. Era condicion puesta con cautela, que avian de passar quarenta dias en la determinacion, de qual de los tres avia de quedar electo: Y aunque avia salido la voz por el de Burdeos, podiase baraxar dentro del termino asignado: toda traza del Pratense, q̄ escribiò al instante al Rey de Francia todo lo que estaba dispuesto, y que asi procurasse reconciliarse con el efecto, y capitular con èl las condiciones, q̄ quisiesse, ofreciendole la Tyara, si viniesse en darle gusto. Estimò el Rey infinito aquel aviso, y con todo cuidado se fuè à ver con el de Burdeos a una Abadia, donde embiò à llamarle. Primeramente se juramentaron, que havia de estar secreto lo que alli tratassen. Juraronlo los dos con grandes Sacramentos, y el Rey le dixo entonces, que estaba en su mano hacerle Santo Pontifice, (poniendolo delante el trato, y firmas de los Cardenales) que si gustaba de serlo, èl era poderoso para hacer que le eligiessen: pero que havia de concederle algunas cosas, que queria pedirle. Embite era tal, que quedandose el Arzobispo enagenado de sì con el mucho gozo, respondio al Rey, que desde luego mandasse, y demandasse quanto fuera servido. Quando viò el Rey tan suyo al Arzobispo, le echò al cuello los brazos, y le diò

paz

paz en el rostro, declaròle algunas cosas, que avia de hacer por èl en siendo Papa. Ajustados sus tratos, y conciertos, despachò el Rey a los Cardenales sus amigos, de que con seguridad podian elegir al de Burdèos. No se despegaron los Cardenales Italianos de la eleccion, como ignoraban la zalagarda, que entre el Rey, y el Pratense estaba urdida; y sabiendo que era el Arzobispo enemigo declarado de Felipe, eligierõle en fin, y despacharon sus Embaxadores a Burdèos. Acetò el Arzobispo el nõbramiento, y mandòse llamar Clemente Quinto; y luego despachò letras para que los Cardenales passassen a Leon de Francia, donde queria coronarse. Aqui conocieron yà los Italianos, que era Frances el Pontifice, quedandose desabridos, y dandose por burlados.

Hizose la coronacion de Clemente Quinto a once de Noviembre del año de 1306. Hallaronse grandes Principes en ella, como fueron, Felipe el Hermoso, Rey de Francia, Don Jaime, Rey de Aragon, Eduardo, Rey de Inglaterra, Carlos, Conde de Valois, y otros Señores sin cuenta. Fue tanto el gentiò, que cargò sobre Leon, que los exidos, y campos sirvieron de arrabales. Perecieron muchos ahogados de la apretura, y aun el mismo Rey de Francia le corriò peligro, porque una casa entera, cascada, al parecer, a fuer de dias, por no poder sufrir el peso de la gente, vino al suelo, y cogiò debaxo à muchos, y entre ellos à Juan Duque de Bretaña. Cayò tambien el Papa del palafren en que iba, y perdiòsele de la Tyara una piedra de muchissimo valor. Todos agueros tristes, que anublaron tanta fiesta.

Luego de contado quiso el nuevo Pontifice mostrarse agradecido al Rey de Francia; assi, no solo le absolviò de la censura, y le reconciliò con la Iglesia, sino que le cõcediò los diezmos por cinco años, y restituyò los Capelos à los Colonas, y creò doce Cardenales Franceses. Pero aun no contento el Rey con estas mercedes, quando le pareciò tambien oportuno (que fue hallarse con el Pontifice en su tierra, y en una de sus Ciudades, y acompañado de sus tres hijos, y hermanos) dixo, que le otorgasse una peticion, que havia dexado reservada hasta aquel punto. Respondiòle el Pontifice, que pidiesse lo que fuera servido, que siendo cosa factible, no se la negaria. Entonces le dixo el Rey: Que se sirviesse de quitar, y borrar de la Memoria, y Cathalogo de los

los Papas el nombre de Bonifacio Octavo, y le quemasse los huessos por herege, lo qual le probaria. Miren hasta donde se estendiò el rencor deste Rey con un Pontifice muerto, quiza por su causa, pues le matò a pesadumbres. A la vida de la honra le tirò tambien de muerte. Desapiadada venganza! Mui confusso se hallò el Papa de oir tal pedimento; y como le avia jurado hacer quanto le pidiesse, se hallò con mayor embarazo negarlo: lo hallaba riesgo de su vida, por estar en tierra del Rey, que lo mandaba poderoso; y le pedia la palabra soberano: concederlo, lo miraba peligro de la conciencia, q̄ fiscal contra sì mismo le amenazaba castigos. De negar, temia algun desacato, y de cōceder, temia la pena eterna. Acōsejandose, pues, con el Cardenal Prato, por cuya maña avia subido a la Silla, le diò por respuesta al Rey, que para cosa tan grave era necessario, que se juntasse Concilio, y que alli se verian mas desapassionadamente sus acusaciones, y le cūpliria de justicia. Esta fue la salida, que tuvo en tal aprieto, y el Rey, por no poder mas, passò por ello.

Sucediò entonces tambien, que, ò mal informado el Rey, ò llevado de la codicia, acusò a los Templarios, que ya se sabe eran Religiosos Militares, que usaban de manto blanco, y Cruz colorada, al modo, y hechura de la de Caravaca, y gozaban del Privilegio Clerical, rezando por cuentas. Los crimines de que los acusaron, fueron de Heregia, y Sodomia. Confessaron algunos, otros se retiraron. Prendieronles en Francia à todos en un dia, y condenòlos el Pontifice, despues de vista la causa, privandolos de sus rentas. Todo lo mueble se llevò el Rey, y las propriedades se aplicaron a los Cavalleros de S. Juan. Hizose un general castigo por toda la Christiandad, no obstante, que en Salamanca, en un Concilio Provincial se dieron por libres de toda culpa los Templarios Españoles, y lo mismo en otras partes. En fin, por complacer al Rey de Francia se fulminò sentencia contra todos dando por extinguida, y anulada toda aquella Religion.

De alli a poco tiempo muriò el Pontifice lleno de melancolia, y de tristeza: y algunos dicen, que muriò emplazado. Y en el año mismo muriò Felipe, Rey de Francia, una muerte harto lastimosa, que esto es lo que nos hace traerle por exemplo. Saliò, pues, un dia a caza, y andando vagueando, y discurriendo por el monte, cuyos breñales espesos le hacian

Veafe Pinedo 3. part. lib. 22. c. 21. Mariana, declara los Prelados, que se hallarō en aquel Concilio, 1. p. lib. 15. c. 10.

hor-

horrible, y temeroso, azoiado un Javalì de los Monteros, le espantò el caballo, y arrojandole de la silla, pressa al parecer la espuela del estrivo, le rrrastrò por la maleza, con que cubierto de heridas, y medio despedazado, rindiò de la vida los ultimos alientos. Què sirviò tanta grandeza! Tanta Magestad! Tanto poderio! pues entre angustias mortales, y en un monte se miraba abreviado todo! Quien duda, que como a Saul, se le representarian los desacatos, è injurias hechas cōtra un Sacerdote supremo, contra un Pontifice Romano, y Vice Dios en la tierra? Quien duda, que tantos Cavalleros Religiosos muertos por su causa, y muchos inocētes, no estarian implorando a la Divina Justicia, quando sangre inocente derramada sabe dar voces al Cielo?

Tanto me parece que siente Dios ofensas hechas al Sacerdocio, y a la Religion, que hasta en los hijos de quien las comete, estiende sus castigos; bien assi como en Saul, pues no solo èl acabò en un monte, sino que sus hijos todos perecieron desastrados, y algunos puestos en cruces. Tambien Felipe el Hermoso, Rey de Francia, no solo por la maleza arrastrado del caballo, rubrica cō su sangre la pena de su maldad sino que todos sus hijos mueren cubiertos de afrentas, por lo que ayudaron, ò assistieron al delito. Luis Hurtino, Carlos, y Felipe fueron hijos de este Rey. Casò el primero con Margarita, hija del Duque de Borgoña, y hallada en adulterio, la matò el marido. Carlos se casò con Blanca, hija del Conde Otòn, y Felipe con Juana, hermana suya, y ambas dieron tan mala cuenta de su honestidad, que fueron acusadas por adulteras. Margarita, y Blanca, hijas tambien del Rey Felipe, y Religiosas en un Monasterio, llamado de la Mala Zarza, tuvieron sus tratos ilicitos con dos Caballeros que les costò la vida. Hijos, è hijas de Felipe todos fueron infamados. No hai que blasonar de Rey, de Principe de Monarca, porque en perdiendo el respeto al Sacerdocio, verà manchados sus tymbres, desdorados sus tropheos, muertas sus grandezas, afrentados sus hijos. Si Saul es poco exemplo para avisar à los Reyes mirense en un Rey de Francia hecho lastimoso exemplo.

CAPITULO XV.

EN QUE SE PONEN EXEMPLOS DE Privados tyranos, y chiſmoſos, y de los males que cauſan à los Reyes, y à los Reynos, y lo mal que acaban ſiempre.

Proemio, y advertencia à eſte Capitulo.

ANtes de embarcarnos en eſta materia de privanza, ſerà bien que hagamos dos advertēcias, para que ni los eſcrupuloſos ſe embaracen, ni los maldicientes ſatyricen. Sea la primera, que tener un Rey Privado, no ſolo es conveniencia, y à veces neceſsidad, ſinò una razon politica, aprendida del mayor Rey de los Reyes, Chriſto Señor del mundo, Hijo de nueſtro David, ſegun la ſangre; y por tanto, Rey proprietario, y legitimo de Jeruſalèn, como probè al principio. En quantas acciones, y palabras hizo, y hablò Chriſto, fue ſiēpre dàr enſeñāza a todo genero de perſonas, de alta, ò baxa esfera. En el regimen, pues, de ſu familia, y caſa, nos conſta evidentemente, que tuvo ſus privados, y validos, y no todos para todos, ſinò para la comun eſcogiò en la muchedūbre à doce de los que eran como Grandes de ſu lado, de ſu boca, y de ſu meſa. De eſtos para coſas grandes, y particulares eligiò tres mas Privados, que fueron Pedro, Juan, y Diego, con ellos comunicaba las coſas de mayor guſto, y de mayor triſteza, como fueron las glorias del Tabòr, y las congojas del Huerto: que haſta un pecho de un Rey Dios, por eſtàr veſtido de humano, parece que ha meneſter amigos mas del alma con quien celebrar ſus grandezas, ò con quien ſentir ſus dolores. De eſtos tres, y de entre todos para lo profundo, y mas ſecreto eſcogiò a Juan por valido: A eſte le entregò las llaves del alma, pues le fiò a ſu ſoberana Madre, le tuvo a ſu lado, le recoſtò en ſu pecho, y le revelò

En la Dedicatoria, §. 1.

divinidades; y èl, como buen Privado, sin miedo de peligros; assistiò siempre à su Rey hasta la hora de su muerte, siendo la cama la Cruz.

Supuesto, pues, que Christo, Rey Universal, observò esta politica; por què qualquier Rey Christiano, y Catholico, no ha de tener sus Privados con quien conversar sus cosas? Cõ quien aliviar sus cargas? Con quien entretenerse? Alegrarse? Y divertirse? No son las materias de los Reyes para tratarlas con todos. Para lo general ha de aver sus Consejeros, para las cosas de Estado, pocos, y escogidos; pero para lo mayor, para lo grande, para lo secreto, para la cõfianza, para el desahogo ha de ser uno el Privado. Assi se hã portado nuestros Monarcas de España, los Reyes de Castilla, las Columnas de la Fè, teniendo, al modo de Christo, amigos, y Privados, unos de lo por menor, y otros de la boca.

La segunda advertencia, es, que los Privados de los Monarcas de España, en especial desde que D. Alvaro de Luna diò escarmientos, se han portado con sus Reyes tan atentos, tan medidos, tan leales, tã vassallos, y tan subordinados a su voluntad, q̃ no han excedido las reglas del valimiento. Han sido, y son Privados al modo de los de Christo, para hacer lado a sus Reyes, para celebrar sus dichas, para aliviarles sus penas, y para arrimar el hombro a sus cuidados: no empero para alzarseles con la Magestad, y hacerla tiranìa. Y a quien le pareciere, que hablo lisonjas, repasse todos los exemplos, que refiero de validos de diversos Monarcas, y la ambicion, y altivez con que procedieron: mire luego atento las privãzas de nuestro Rey Catholico, del mas celebrado Carlos, de los Augustos Felipes, y del Grande (que Dios guarde mil siglos.) Coteje, pues, unas privanzas con otras, y viendo lo tyranno de aquellas, y lo modesto de estas, verà que hablo verdades las que me huviere objetado por lisonjas.

Esto assi advertido, yà que en mi Primera Parte, sobre caer David de su privanza, traxe algunos similes de Privados Españoles, que por buenos, cayeron tambien de ella, (escarmientos para muchos, pues mientras mas encũbrados, tienẽ amenazada la caìda) tratarèmos aora de aquellos, q̃ mañosos, como Doech, cautivarõ tanto a los Reyes, que se hacen señores de ellos, y se alzã con la soberanìa, en gran daño del comun, hasta q̃ la Justicia de Dios los derriba del valimiento

con

con un desastrado fin, ò una afrentosa muerte. Los exemplos mas notables he elegido para probar mi intento; y aunque historias sabidas, juzgo no enfadaràn el gusto de los entendidos, porque refiriendolos con brevedad, y adornandolos con estilo, seràn recuerdos sabrosos, que despierten la memoria para dulces deseǵaños, y escarmiẽtos. Sirva de pauta Doech, pues de mozo de mulas, (que asi podemos decirlo) por entremetido, y por chismoso se alzò cõ el valimiẽto de un Rey, como Saùl, haciendose de su lado, y de su boca; que tanto como esto se dexan cautivar algunos Principes de los que les ladran à la oreja cosas de su gusto. Pero bolvamos la vista al Monte Gelboe, y miremos la muerte desastrada, atravesado en su estoque, y entre angustias, y congojas despidiendo el alma anegado entre su sangre. Desesperado muere à sus manos mismas, temiendo no acabar en las de un verdugo: que como consideraba ya, que muerta en Saùl toda su privanza, era David quien avia de ceñirse la Corona, y cõtra quien èl avia acõsejado tantos males, temiò verse castigado del mismo q̃ avia ofendido; y asi quiso q̃ su brazo mismo le sirviesse de verdugo, su espada de instrumento, y el monte de cadahalso. Demosle vivos, que acompañen su tragedia.

EXEMPLO PRIMERO.

Reynaba en Persia Artaxerxes el Grande, Assuero por otro nombre, cuya Potencia se estendia sobre ciento y veinte y siete Provincias, sirviẽdolas de cotos la India Oriental, y la Etyopia. Avia repudiado à Basti, Reina, porque melindrosa, ù desvanecida, no quiso obedecerle en salir en publico à vista de los muchos Principes, que tenia combidados: q̃ aunque el recato es mui justo en una Reina, y tan hermosa, quando se atraviessan preceptos del marido, se ha de romper por las leyes del recato. Fue causa este repudio de que buscasse el Rey entre infinitas doncellas quien le hiciesse lado, y en lugar de Basti, mereciesse la Corona. Alzòse con esta dicha la hermosa Esthèr, sin que el ser Hebrèa (bien que se ignoraba) se le impidiesse, q̃ aquellos Monarcas solo buscaban en sus mugeres lo personal; virtud, gracia, y asseo, que honras, y haciendas, hartas se tenian. Tenia el Rey por Privado à un descendiente del Rey Amalech, llamado Amàn, tan mañoso, y tan astuto, que era el todo de Palacio, y por cuyo

Autores de esta historia. Liber. Esthèr, y alli la Glossa, y Lyra, Josepho, l. 11 Antiq. c. 9 Pined. 1. p. lib. 6. c. 19 & 20.

cōtejo daba, y quitaba Assuero los oficios, y mercedes. Como tā valido, en fin, era antepuesto a todos los demàs Principes, y Grandes, y con mandato expresso, que todos en general le hincassen la rodilla. Era Mardocheo tio carnàl de la Reina, Judio venerable del Tribu de Benjamin, y que qual otro Tobias llevaba cō paciencia las penalidades de su cautiverio. * Avia criado a Esthèr desde la niñez, sirviendola de padre, doctrinandola en la ley, y dandola consejos, q la hicieron avisada. Como la amaba en estremo, y la miraba Reina, rōdabala de noche, y dia, dando bueltas por Palacio; veneraba a las paredes como engastes de tal perla. Diligēcias que le importaron al Rey, pues vino a entender assi la traicion de dos Porteros de la Camara Real, Bragathàn, y Thares, que alevosos, y traidores trataban de matarle. Mardocheo se lo avisò à la Reina, y ella al Rey, y averiguado el caso, pagaron los delinquentes con las vidas, y el zelo, y buen servicio de Mardocheo se puso por memoria en los Anales.

* Desde la trāsmigracion hecha por Nabuco, y residia en Susa, Corte de Manacas, Persianos.

Como no pudiesse Mardocheo llevar las demasìas de Amàn, no solo no le hacia reverencia, aūque se lo requirieron hartas veces, sino que apesadumbrado, y pesaroso le volvia las espaldas por no verle. Quitabase de delante, por ahorrar genuflexiones, con quien no era Magestad, sino un Privado soberbio, y un barbaro valido. Reparò Amàn en aquellos desprecios una vez, y otra viò que eran hechos con cuidado; callòlos vengativo, buscando modos, y trazas para la venganza. Supo que era Judio, y del linage de Saùl, con que le cobrò mas odio: Era Amàn Amalecita, descendiente del Rey Agag, a quien Saùl avia destruido; y assi aborrecia de muerte a la Nacion Hebrèa. Pareciòle cosa poca māchar sus manos, y emplear su saña en solo Mardocheo, y assi determinò acabar, y destruir a todos los Judios, que en las Provincias de Assuero teniā su morada. Solo un Privado pudiera intentar esta tyrania, que un Rey, por barbaro que fuera, castigara solamente a quien le avia ofendido; pero un Rey hace siempre como Rey, tēplando con la Magestad los enojos de la ofensa, y mirādo, en fin, como a la hechura, al que mas desatēto se le atreve: mas un valido hace como tyrano, tirando con el enojo a todo un linage, a toda una Nacion, à todo un Reino. Solo con pensar lo lo diò por hecho: tan soberano se hallaba, y assi mandò echar suertes, para vèr en q dia-

dia, y en què mes se havia de hacer el estrago; cupo la suerte al mes duodecimo, llamado Adàr de los Hebrèos, y para la execucion entrò à hablar al Rey, y hizole un razonamiento de esta suerte:

Sepa vuestra Magestad, que el Pueblo Judayco, reliquias de los que en Jerusalèn traxo cautivos el Rey de Babylonia, andan esparcidos, y segregados por todas las Provincias de su Imperio. Estos, pues, usan de nuevas leyes, de nuevos ritos, de nuevas ceremonias, y menosprecian atrevidos vuestros mandatos Reales: causa que puede ser de algun levantamiẽto; con que verà vuestra Magestad, q̃ no conviene à su Reyno, q por dissimular estas demasias se ensobervezcan de tal modo, que no pueda remediarse quando quiera: por lo qual, si me parece, destruyase esta Nacion, passense à cuchillo estos advenedizos, y limpiense estos Reynos de gente tan contraria, que para soldar las pèrdidas de las Rentas Reales, por los pocos intereses que tributan, yo pondrè en la Thesorería de vuestra Magestad diez mil talentos de plata, para que se conozca que no es codicia, sino zelo mucho, lo que me mueve a este arbitrio.

Con palabras como estas, con malicias paleadas de està suerte engaña a un Rey un Privado, haciendole q̃ haga desaciertos, rebozada la maldad con capa de justicia. Tiene el Rey à su Privado por amigo, piensa q no ha de engañarle, abraza lo q le dice, y executa temerario. Creyò Assuero las falsedades de Amàn, fiòse de sus cõsejos, (harto exẽplo para que otros Reyes no se fien) y quitandose del dedo su dorado anillo, diòsele cariñoso, y alargole liberal, diciendo: Essa plata que me ofreces guardala para ti, que no la necessito, y de esse Pueblo que dices, haz lo que te pareciere, que en tu mano està mi mando. Terrible ceguedad para un Monarca juzgar que harà como Rey, quien naciò para vassallo, y q̃ tenga limpio el pecho, y sana la intencion, porque es valido!

Quan gustoso se hallaria Aman de vèr logrado su intento, no ay que decirlo. Mandò con toda prisa escrivir los despachos para todos los Virreyes, Jueces, y Governadores de todas las Provincias, y cada una en su lenguage iban en nombre del Rey, y sellados con su anillo. Lo que contenian, era, que un dia mismo à trece del mes de Adar, se executasse èn todas el decreto, passàdo à cuchillo à todo el Pueblo Judayco, hõbres,

bres,niños,y mugeres,sin reservar persona, cōfiscando su bienes para la Camara Real. Cruel,y desapiadado mādamēto! Un tanto de estas letras nos pone el Texto Sagrado,si ya no fuesse,como siente Lyra,ficciō docta,y eloquēte de Josepho. Lealo alli el curioso,y repare,que en las Divinas,y humanas Letras,segun las historias,que he visto,y libros,q̄ he revuelto,no se halla sino otros dos edictos generales como este,de querer extinguir una Naciō,y consumir una Comunidad. El primero fue el de Faraon,mandādo echar en el Nilo los niños varones,que pariessen las Hebreas; mas Dios lo desvaneciò,reservando a Moysès para cuchillo, y azote de aquella tyranìa. El segundo fue este decreto de Assuero,por el consejo de Amàn,q̄ como verèmos adelante, no quiso el Cielo,que llegasse a execucion. El tercero fue la extinciō de los Templarios,y consumo de toda su Religion, hecha por Clemente Quinto, à instancia del Rey de Francia, Felipe el Hermoso. Y aunque este mandato se llegò à efectuar, no ay quien no juzgue por impìo; pues no ay duda, sino q̄ perecieron muchos inocētes a sombra de los culpados;y es rigurosa ley executar castigos en los q̄ no tienen culpa:y en una Comunidad,en un Linage,en una Naciō,por mas delitos q̄ las acumulen,es impossible q̄ dexe de haver uno, ò mas que no los tēgan. Què bien al caso de nuestro Catolico Monarca Felipe Tercero se hizo a lo piadoso, y se hizo a lo Christiano,quādo cō vèr a sus Reinos tan inficionados de los Moriscos y à pique con ellos de muchos levātamiētos, y cō tener pareceres infinitos de hōbres grādes,de extinguirlos, y acabarlos,tanto mas por vueltos a su secta, no lo quiso hacer, ni diò lugar à ello;antes bien les cōcediò passo franco,para q̄ cargados de sus riquezas,y bienes,se fuessen a morar donde gustassen! Mas quien sino Reyes de Castilla, y Monarcas Españoles sabē usar de clemēcia,aun con los que estàn culpados? Y assi mandamientos generales de rigor,quedēse solo para Faraones,para Assueros,y aun para Franceses:castiguen a bulto como barbaros,que Dios tomarà la cuenta.

Hizo fixar Amàn por las Plazas, y Cantones de Susa los Edictos, y Carteles, porq̄ no ignorasse nadie la sentencia, ò porque supiessen todos lo mucho que èl mandaba: q̄ es propio de la ambicion hacer alardes del poderìo,que obstenta. Todos los Hebreos,pasmados,y absortos,se hicieron al senti-

imiento: con lagrimas, y gemidos publicaban su dolor; y Mardocheo, como el padre de todos, por todos lo lloraba, y lo sentia. Rasgòse las vestiduras, vistiòse un saco de xerga, sobre el cabello enmarañado derramò ceniza: cubierto assi de luto, lãzaba suspiros tristes, y daba lastimosas voces a las puertas de Palacio: no entraba dẽtro, porque no era permitido a los que arrastraban luto. Miraba a las rexas, miraba a las zelosias, por si alguno le escuchaba: todo diligencia para que Esthèr lo supiesse. Contaronselo unas criadas, y algunos de los Eunucos, diciendole el desaliño, con que andaba Mardocheo; y la discreta Reina, pensando era necessidad, remitiole unos vestidos, y le enviò a decir, q̃ se quitasse el luto, y no hiciesse tales estremos. Bolviòselos à la cara Mardocheo cõ despecho grãde, cõ muestras de dolor mucho. Afligida se hallò Esthèr, sobre corrida, y por salir del cuidado, q̃ le causaba aquella novedad, hizo llamar a Athach, Eunuco, que le avia dado el Rey para su servicio; y mandòle, q̃ fuesse à saber de Mardocheo mui por menudo la causa de sus tristezas, pesares, y sentimientos. Fue Athach a buscar a Mardocheo, hallòle à las puertas de Palacio, llamòle à parte, y dixole el recado de la Reina. El noble viejo entonces cõtòle lo q̃ passaba, de que por orden del Privado estaban condenados à muerte todos los Judios, y puestos para el caso Carteles por las Plazas: diòle un tanto de ellos, q̃ le llevasse à la Reyna, y dixo, q̃ de su parte la rogasse, que entrasse à hablar al Rey, y le pidiesse piadosa perdon para su pueblo.

Traspassada de dolor se hallò la hermosa Esthèr al escuchar la respuesta de su tio: en un mar de ahogos fluctuaba el alma, viẽdo cerrado el passo para el ruego. Era ley inviolable de aquellos Monarcas Persas, que ninguna persona, por Principe que fuesse, ò por Reina que se hallasse, pudiesse entrar al quarto del Rey, si èl no le llamaba; y el quebrantarlo, tenia pena de muerte, si no era, que el mismo Rey, tocãdole con su Cetro, usaba de clemencia. Era Esthèr, aunque Reina soberana, mui humilde y assi, aunque el verse tan estimada de Assuero, y tan querida, la pudiesse revestir de confianza para atropellar preceptos en defensa propia, no queria usar de soberanias, ni causar disgustos al que amaba dueño; por lo qual le enviò à decir à Mardocheo, què como queria que rompiesse por la ley, si avia ya treinta dias, que el Rey su es-

poso no la avia llamado? Que si queria, que se expusiesse a riesgo, y arrojasse la vida en el peligro? Que no escuses lo q̄ mando, la replicò Mardocheo, supuesto que el Cielo te subiò à essa altura, quizà para este caso: que atiendas a que no solo salvas tu vida, sino las de millares de afligidos, compatriotas nuestros: que repares, en que de no hacerlo, te privaràs desta gloria, y Dios abrirà otro puerto para salvar tu gēte. Pues si esto ha de ser, (le respondiò la Sta. Reina) ea Mardocheo, ea padre mio, manos a las armas. De oraciones, y de ayunos necessito para entrar en la palestra, que aunque es causa de Dios la que voi a hacer, es bien armarnos con Dios para alcanzar la victoria. Haced, pues, cōgregar a todos los Judios, que ay en Susa, decidles rueguen por mi, y que ayunen con dolor estos tres dias. Yo, con todas mis criadas, harè lo mismo, y luego; sin que el rigor de la ley me lo estorve, sin q̄ el riesgo me lo impida, sin que la muerte me acobarde, entrarè à hablar al Rey, y harè mi ruego. O famosa Reina! dechado de piedad, y de virtud, pues enseñas elegante, q̄ para vencer peligros, no ay armas como oraciones, ayunos, y penitencia!

Mientras Mardocheo ponia en execuciō todo lo q̄ Esthèr le avia ordenado, ella en su Retrete deshecha en lagrimas tiernas, desnuda de los atavios Reales, menospreciados todos los aliños, sortijas, collares, y arracadas, destrenzados sus cabellos, y cubiertos de ceniza, trocado el brocado rico en bayeta tosca, y postrada por el suelo, le dixo a Dios desta suerte, mezcladas las palabras con suspiros: Sr. y Dueño mio, pues tu solo eres nuestro Rey, ampara a una muger sola, favorece à esta Reina solitaria, pues solo en tus auxilios espero el vencimiento del peligro, que veo me amenaza. Oì, Señor, à mi padre, que entre todas las gentes escogiste à Israèl para Pueblo tuyo, haciendole tu heredad. Pecamos desconocidos, y en castigo de esta culpa, nos hiciste ser esclavos de nuestros enemigos. Ellos soberbios, no contētos con tratarnos como a esclavos, quierē mudar tus promessas, y destruir tu heredad, quierē cerrar las bocas de los que te alabā, derribar tus Altares, y extinguir la gloria de tu Templo, y que solos los Gentiles campen con sus Idolos, tributandoles elogios. No entregues, pues, Señor, tu poderìo a los que no son tuyos, ni permitas, que escarnezcan de nuestra desventura; antes vuelve sobre ellos sus propios consejos, y à este Privado

do Amàn, que tanto mal nos buſca, que tanto nos perſigue, quitale la vida, para que nos dexe. Acuerdate, Sr. y mueſtrate propicio en el tiempo del trabajo, en el dia de nueſtra tribulacion. Dame un corazon valiẽte, un animo oſado, palabras à mi lengua, para ſi el Rey ſe enojare, templarle los enojos, y hacerle que aborrezca a eſte Privado cruel, y que les dè la muerte a èl, y ſus ſequaces. Ampara, pues, favorece, ayuda, ſocorre, alienta à eſta tu eſclava, que no tiene, ni quiere otro auxilio mas que el tuyo.

En eſtos ruegos, y ſuplicas gaſtaba Eſthèr el tiempo aquellos tres dias, al cabo de los quales volviò a deſnudarſe el luto, aderezòſe el tocado, aliñòſe cõ aſſeo ſus comunes galas, y bizarra, como hermoſa, acõpañada de ſolas dos criadas, una, q̃ la llevaba la falda, y otra, que la ſervia de bracero, ſe fue al quarto del Rey, diſsimulando cõ un deſpejo gallardo el miedo, q̃ en ſu corazon latia. Llegò, pues, a la puerta, enfrente dõde eſtaba ſentado el Rey en ſu rico Trono, y veſtido de una purpura guarnecida de diamãtes y topacios, eſtaba oſtentãdo ſu mageſtad, y grãdeza. Miròle Eſthèr al roſtro, y viòle, q demudado, brotaba por los ojos los rayos de ſu furor, q̃ ardia en ſu pecho. Diòſe por perdida, y por mas que el brio quiſo moſtrarſe oſſado, hallòſe embargada del temor, la ſangre elada, torpes las acciones, palido jazmin, la q̃ fue roſa, y en fin rẽdida a un deſmayo. Reclinòſe en los brazos de ſu criada; mas apenas cayò en ellos, quãdo el Rey arrepẽtido de averla mirado cõ enojo, ſe levãtò de la ſilla, y tomãdola en los ſuyos, la dixo cõ ternura: Què tienes, Eſthèr mia? Què temores, y què miedos te ſuſpenden? Mira que ſoy tu hermano, no Rey para contigo: no temas, que no moriràs, q̃ la ley ſe hizo para todos, mas no para ti, q̃ mandas en mi alma: toca a mi Cetro Real, con que veràs que eſtàs libre.

Recobrada ya del ſuſto, tocò la vara Eſthèr, besòla, y puſola ſobre ſu cabeza, y el Rey alborozado de vèr en ſu cara prenda reſtituido el aliento, bolviò a decirla: Què es lo que demandas, Reina mia? Eſthèr hermoſa, què pides? Habla, y pide todo quãto quiſieres, pues aunq̃ pidas la mitad de mis Reinos, ſeràn tuyos. No te empache la verguenza, quando te anima mi amor. Lo q̃ te ſuplico, Señor, (reſpõdiò Eſthèr) ſi te agradan mis ruegos, es, q̃ te ſirvas de ſer oy mi combidado en compañia de Amàn tu valido. Soy contento (dixo

Aſſue-

Assuero) llamen al punto a Aman, y sirva de ley tu gusto: Aceptado assi el combite, y llegada la hora, sirviendole a la mesa muchos, y varios platos regalados. Comiò el Rey muy bien, bebiò mejor, con que algo mas alegre de lo que pide el recato, y mas en una Mageſtad, volviò a decir a Esthèr, que acabasse de explicar su peticion, porque queria coronarla de mercedes: à que respondiò ella, que se sirviesse de honraria tambien su mesa el dia siguiente, y juntamente à Amàn. Que se haga como Esthèr lo pide, dixo el Rey, levantandose de la mesa. Recogiòse a su quarto, y Amàn se fue a su casa, derramando jactancioso placeres, y alegrias; pero aguaronsele presto, porque hallando a Mardocheo, que estaba sentado à las puertas de Palacio, reparò con cuidado, en que no solo no se levantò de la silla, quando èl passaba, pero ni aun le hizo el menor acatamiento.

Bufando de corage, y abrasado de pena, llegò Amàn à su casa, hizo llamar a todos sus amigos, y delante de su muger Zares les hizo relacion primero de sus glorias, y luego de sus cuidados. Por muy feliz (dixo) me puede aclamar el Orbe, y sin jactancia alguna me puedo llamar dichoso, quãdo entre tantos Principes, y Grandes, como obedecen a Assuero, me ha dado la primacia con titulo de Privado: hallòme rico de bienes, coronado de favores, con muger a gusto, rodeado de hijos, y estimado de la Reyna, que es la mayor gloria. Oy he assistido a su mesa en compañia del Rey, que juzgo es la mayor cosa, que alcanzò Valido. A lo menos no ay historia, que tal cuente. Honrar un Rey a un Privado, darle su lado, y su mesa, ya se ha visto; mas sentarse a la mesa con su Reina, solo Aman lo ha cõseguido. Pero quando todas estas dichas me engrandecen, y me ilustran, solo el desacato de un Hebreo me apura la paciẽcia, me agua el gusto, y me desazona el alma. Este Mardocheo me estima en poco, estãdose sentado, quando vè que passo por delante, como aora ha sucedido, provocandome sus descortesias a hacer mil desaciertos. Dadme vuestro parecer, que para esso os llamo, y buscad despique a mis enojos, pues sois amigos.

Respondiò Zares con aquella libertad, que a una muger de un Privado le concede la soberania, diciendo, que para atajar desaires, no era buen medio hacerse al sufrimiento, sino que mandasse hacer una horca lo mas alta que pudiesse, y

y captada al Rey la vènia, hiciesse colgar en ella a Mardocheo, con q̃ vengaria su afrenta, y ahorraria para en adelãte pesadumbres. Consejo como de muger airada, y poderosa: fulano os es descortès, pues ponedle en un palo: fulano os dà disgusto, pues quitadle la vida. Asintiò toda la Jũta al consejo de Zares, aprobaron su arbitrio, y loaron su valor. Claro està, que a la muger de un Privado nadie avia de atreverse à decirla esso es injusto, que fuera perder la gracia, y tenerle por mẽguado. Mai gozoso Amàn de aquellos brios, puso al punto por obra los consejos. En un zaguan, ò patio de su casa mandò hacer una horca de cinquenta codos de alto, deseando que amaneciesse otro dia para ir a pedirle al Rey licencia para ahorcar a Mardocheo.

Dios, que como Sabiduria suma, dispone las cosas muy diferentes de nuestro humano juicio, permitiò, que aquella noche passasse el Rey en desvelos, negado al sueño, y hecho todo a la vigilia. Ni el regalo de la pluma, ni lo mullido del lecho, ni el dàr buelcos del uno al otro lado, le acarreaban reposo; y viendo que a diligencias no podia dormirse, quiso huir la ociosidad. (como notò Joseplio) y cuidar por aquel rato de las cosas de su imperio. Buen Rey, y buen Monarca, el q̃ no sabe aun en la cama estarse ocioso, sino mirando por el bien de sus vassallos, y por la utilidad de aquellos que le han servido! Comenzò, pues, à llamar a sus Camareros: Ola, ola, traedme luz. Acudieron presurosos, quanto admirados de la novedad, y preguntaron la causa. Dixoles como no podia dormir, y que para divertir el tiempo, le traxessen los Anales, y las Historias de su Monarquia, que holgaria de refrescar la memoria, escuchando sus antiguos hechos, y algunas de sus hazañas. Todas eran direcciones del Cielo para premiar a un justo, y estorvarle una desdicha. A mandatos Reales, por intempestivos que parezcan, no ay escusa. Traxeronle las Chronicas, comenzaron a leer varios sucessos, (dulce alivio para engañar fatigas, y divertir cuidados) y llegando a la traicion de los dos Camareros Bragathan, y Thares, quãdo intentaron alevosos quitarle al Rey la vida, y refiriendo como fue Mordocheo quiẽ descubriò la zelada, cõtandoselo a la Reina, de cuyo aviso quedò el Rey mui obligado: al escuchar esto Assuero, diò una palmada, y dixo al Chronista: tened, no passeis de ai, sin que sepamos primero, què premio, ò què merced se le diò à Mardocheo por esta

fi-

fineza. Mirad los apuntamiētos de las gracias. Ninguna gracia se le ha hecho(respondiò el apuntador:)Es posible,dixo el Rey,que se aya olvidado tanto mi voluntad en pagar tan gran servicio? No se lea mas, no passes adelante, cerrad esse libro; y pues ya parece que es de dia, llamadme al Mayordomo, y mirad quien està en essa Antesala.

Avia madrugado Amàn à pedirle al Rey licēcia para ahorcar à Mardocheo:que es mui ordinario madrugar para maldades,quien tiene el pecho dañado. Andabase,pues,passeando en el salon de afuera,aguardando hora q̄ estuviesse el Rey despierto. Como escuchaba ruido en la Antecamara;y èl ignoraba la causa,tosia mui amenudo, y atisbaba por los requicios de la puerta,para dàr à entender que estaba alli, y el Rey le mandasse entrar:q̄ todo esto se colige de la pregunta del Rey, què quien estaba allà fuera? Señal que avia sentido gente, y persona de cuenta, pues menos q̄ esto nadie llegaba a aquel puesto à aquella hora. Dieron, pues, cuenta los criados como era Amàn el madrugadòr. Alegròse mucho el Rey, y mandandole que entrasse, le dixo con alborozo: Ea, Amàn,pues os ha traido el Cielo à tan buena ocasiō, dadme vuestro parecer en esta duda. Què favores, y mercedes podrà darse à quien un Rey desea honrar con extremos? Pensò Amàn,q̄ era para èl la pregunta,que como se miraba tan valido,no imaginaba q̄ con otro alguno quisiesse esmerarse Assuero en darle honra; y assi respondiò como en causa propria,y dixo:Pareceme,Señor,que el hombre à quien un Rey trata de honrarle,merece q̄ le vistan su misma purpura,y ceñida la cabeza del laurèl,suba en el mejor cavallo,y llevandole la rienda el mayor Grande del Reino,le passee por la Plaza diciēdo à voces:De esta manera se hōra à quien el Rey quiere honrar. Haslo discurrido lindamēte,(dixo Assuero)y assi,pues tu eres mi mayor privado, partete al punto,y executa lo que has dicho en Mardocheo, esse Hebrèo,que à las puertas de Palacio assiste siempre:mira que te advierto,que no falte el menor requisito: ponle sobre mi cavallo, vistele mi manto Regio, y ciñele mi Corona.

Del modo que se quedaria Amàn oyendo estas razones, no ay que ponderarlo:vèr frustrada su intencion,verse sentēciado por sì mismo, hecho palafrenero de su mayor contrario,y adornado de laurèl a quiē iba à poner en una horca:

què ponzoña no traguaria en el pecho? Què pasmo no daria al corazon? Castigo merecido de un sobervio, y arrogante; mirarse en un punto hecho siervo, y criado del q̄ despreciaba por abatido, y humilde. Buen exemplo para que à nadie desvanezca la privanza, porque sino se ajustan los procedimientos, à solo un baibèn de la fortuna ruedan las mayores dichas, aun las finezas del señor, como en este caso, tendràn muestras de desaires: pues claro està q̄ Assuero pensaba, que honraba mucho à Amàn en aquel exercicio, señalādole por el mayor de su Reino, y para Amàn vino à ser la mayor de sus afrentas. Era al fin sofrenada de lo alto, para reprimir orgullos, y para aterrar sobervios. Cumpliò, pues, Amàn, aunque con dolor de su alma, con lo que el Rey le mandò. Con el Real aparato passeò a Mardocheo por la Plaza de Susa, siēdo el pregonero de aquel triūfo; y acabada la obra, se bolviò à su casa, rebentando en lagrimas, y pesadumbres, cōtandole à su muger, y refiriendo à los suyos lo q̄ le avia passàdo. Escucharonle absortos, y los mas entendidos tuvieron por mal aguero aquel sucesso. Cada uno cejeaba, y encogiendose de hombros, decia lo que sentia. Llegaron en esta instancia de parte del Rey à llamar à Amàn para el combite; èl, como prudente dissimulò la pena, y obedeciò el mandato.

Al Palacio de la Reina entraron el Rey, y Amàn, donde en magnifica mesa saciaron el gusto, y hartaron el apetito. Fenecida la comida, y el Rey alborozado, bolviò à insistir à Esther le acabasse de decir su demanda, porq̄ le tenia cuidadoso en no darle materia para hacerla mil mercedes: que dexasse el empacho, y pidiesse confiada, aunque fuesse la mitad de su Corona. Entonces Esther, levantandose de la silla, y haciēdo una profunda reverencia, dixo de esta suerte: Si acaso, ò Rey, y Señor mio, he hallado gracia en tus ojos, si pagado de mis humildades, gustas de manifestar tus bizarrias, y usar de clemencia, con quien condenada à muerte està temiendo el suplicio; hazme merced, y favor de concederme la vida, que pues la aprecias por tuya, por ella quiero rogarte, porque con ella vivas. Y lo mismo te suplico por todo mi Pueblo, pues ellos, y yo estamos sentenciados al cuchillo. Rigor notable! Quādo en nada te ha ofēdido el Pueblo Hebreo, antes bien con humildad te tributa sus sudores. Que nos vendieran por esclavos, echandonos de tus Reynos,

nos,aun fuera mas tolerable, y afligidos, y llorosos nos hicieramos al sufrimiento;pero quitarnos las vidas,daño para tu Corona, utilidad para nadie,quien sino nuestro enemigo, revestido de crueldad,pudo pensarlo! Pues quien es este cruel (dixo el Rey alborotado, atajando a la Reyna sus razones) quien es esse poderoso, atrevido, que ha ordenado tales cosas? Respondiò entonces Esther; Amàn, que està presente; es nuestro adversario, y quien nos persigue de muerte.

Quedòse pasmado Amàn, sin atreverse a alzar al Rey los ojos,ni mirar a la Reina. El Rey, arrebatado de ira, se levantò impaciente,y por no romper en desatinos,se entrò al jardin a mitigar los primeros ardores del enojo;q̄ es cordura en lances semejātes, dàr vado a la pesadumbre, y quitarle a la lengua las palabras. Amàn se diò por perdido de vèr tales estremos;y asi triste, y pesaroso, se acogiò a las plantas de la Reyna a implorar misericordia. Vease con la facilidad,que derriba la fortuna los humos de un Privado, y lo presto q̄ se desvanecen las soberanìas de un soberbio. Quien ayer mādaba el mūdo,oy ruega por su vida?Quien ayer era Valido cō su Rey,oy se mira ya Privado desprivado? Quien mereciò ser dos veces convidado de su Reina,mira en breve rato,que es la misma Reina el fiscal contra su vida?Quien le assentò a su mesa, le acusa delante del Rey, porque a quien obra mal,las mismas gracias le dañan.Hasta el mismo lecho de la Reina,si yà no es que fuesse al estrado,llegò Amàn con importunos ruegos,pidiendola la vida; y ya fuesse, que del demasiado temor no pudiesse sustentarse,ò ya,como quiere un docto,algun Angel le derribasse,para incitar mas al Rey, (Rabi Salomon.) èl estaba recostado sobre la cama Real,quādo volviò Assuero de divertir su enojo,y encendido mas en ira de vèr el desacato,dixo: Basta, que Amàn quiere tambien en mi casa, y à mis ojos ahogar a la Reina! Apenas hablò el Rey esta palabra, quando llegaron los Ministros, y cogiendo a Amàn, le bendaron los ojos, que era señal de estàr condenado à muerte.

Mucho ruido hizo el caso; pasmòse toda la Corte de la caìda de Amàn, que como un Privado està en la mayor altura, viene a ser su caìda mas ruidosa. En varios corrillos se dividiò el vulgo, mas nadie se atrevia a decir mal de lo he-

hecho, porque à castigos de un Rey, y mas quando son jus-
tos, es especie de traiciõ el calumniarlos. Ventilabase al pa-
recer, sobre què genero de muerte se le daria a Amàn: si le
cortarian la cabeza, ù le darian un garrote. Quãdo Arbona,
un Eunuco del Rey, dixo que avia visto en la casa de Amàn,
yendole a llamar para el convite, una horca mui alta, y que
inquiriendo curioso el fin para q̃ se havia hecho, le dixeron
sus criados, que era para colgar de ella a Mardocheo. Oyen-
do esto el Rey, diò comission al mismo Arbona, para que
hiciesse colgar a Amàn en su horca misma, y en su propria
casa. Executòse el castigo, sin que Principes, ni Grandes,
deudos, hijos, ni muger se atreviessen a impedirlo. Exemplo
el mas raro, que cuentan las Historias, y que puede servir
de escarmiento al mayor Privado. No ay que burlarse con
los Reyes, ni porque dèn mano, se la tome nadie para dema-
sias, que mira Dios por su causa, y les quita la ceguedad del
afecto, y le dà brios para hacer poner en una horca, y en ma-
nos de un verdugo a su mayor Privado. Mucho quiso Assue-
ro a Amàn, amòle como amigo, diòle todo su mando, mer-
cedes infinitas, riquezas sin talla; pero al desvanecerse cõ el
poder, y pretender tyrano atropellar al humilde, permite
Dios, que el mismo que le puso en la altura, le haga poner
en un palo. Quedò el Rey Assuero gozoso del castigo, la Rei-
na Esther mui agradecida, Mardocheo bien pagado, todo el
Pueblo Hebrèo libre, y passados a cuchillo sus enemigos, que
como Mardocheo entrò en la privanza, alcanzò del Rey le-
tras revocatorias de los primeros edictos, que havia despa-
chado Amàn por todas las Provincias, con facultad, que
matassen los Judios a todos sus opuestos, que pretendieron
matarlos. La inocencia puede mucho, mas ayunos, y ora-
ciones de esta Santa Reina lo alcanzaron todo. Obrar bien,
que Dios es Dios.

EXEMPLO SEGUNDO.

ANtes que nos engolfemos en otras varias Historias de privanzas infelices, serà biẽ que careemos con Amàn, puesto en una horca en la Ciudad de Susa, à Don Alvaro de Luna, subido en un cadahalso en la Ciudad de Valladolid, pues si aquel, por mal privado, fue espectaculo estupendo à

Autores de esta historia, la Chronica del Rei D. Juã el II.

to-

En Mariana en fu Hiftoria deEfpaña tit.2. defde el c.17 del l. 19. hafta el c. 13 del lib. 22. Julian del Caftillo, en los ReyesGodos, l. 4. difc. 9.

todo el Afsia, eftotro, por gran vando, fue efpantofo affonibro de la Europa. Bien sè, que ay quien defiende; que muriò Don Alvaro fin culpa, pleito que ha coftado hartos años de debates; y afsi, aunque contarè el cafo como lo refieren los Hiftoriadores, no ferà mi intento hacer verdaderos los delitos. Juzgue cada uno fegun fu dictamen, pues mayor laftima viene a fer, que por falfedad, ò embidia fe mire un Grande de España en manos de un verdugo.

Biẽ fatigada fe hallaba la Iglefia por los años de 1408. con tres Papas a un tiempo, Benedicto, Gregorio, y Alexandro, quando comenzò à defcollar de las niñeces Don Alvaro de Luna, levantandole fu fuerte, quizà para mas caìda, de bien humildes principios. Fue fu padre Alvaro de Luna, feñor de Cañete, y huvole en una muger comũ, llamada Maria de Cañete, harto defembuelta, pues tuvo quatro hijos de diverfos padres. Aficionòfe mucho a Don Alvaro el Papa Benedicto, viendole dotado de habilidades, y gracias. Embiòle a Caftilla, en compañia de fu fobrino Pedro de Luna, Arzobifpo de Toledo, y con tan buen lado entrò por Paje del Rey D. Juan el Segundo, niño entonces, q̃ baxo de la tutela de fu madre, y del Infante D. Fernando fu tio, fe enfayaba en el Govierno. Como eran de una edad, y D. Alvaro tan vivo, fe enlazarõ en amiftad tan eftrecha, que aũque era D. Juan el Rey, parecia Don Alvaro el Rey Don Juan; y afectos que con la edad mifma fe enlazan, y fe crian, fon eftrechos ñudos, que con gran dificultad los rompe el tiempo.

Criaba la Reina al Rey fu hijo en Valladolid con tanta claufura, y tan apartado de comunicacion, que mas parecia crianza para Cartujo, que para Rey. El zelo era bueno, por que ni èl fe diftrayeffe, ni los Grãdes fe apoderaffen de èl; pero era defacierto no dexarle vèr la luz del pefo de una Monarquia, y que fe fueffe enfayando en tocar, y manejar las cofas del Govierno. Quizà, que tomò de aqui principio, apoderarfe tanto Don Alvaro de Luna de la voluntad del Rey, teniendole como hechizado, con las habilidades, y vivezas de fu ingenio. Reparò la Reina en ello, y quifo apagar aquella llama, defpidiendo a D. Alvaro, y haciendo que le boviessen a Aragon. Fuera el remedio acertado a no morir la Reina, porque con fu muerte volviò el Rey a Don Alvaro à fu fervicio, y comenzò à premiarle, haciendole donaciõ de

Santistevan de Gormaz. Trabajò mucho D. Alvaro en concertar las bodas del Rey con Dña. Maria, Infanta de Aragon, y del Infante de Aragon D. Enrique, hermano de la Reina, con Doña Cathalina, hermana del Rey D. Juan el Segũdo, cosa, que hasta efectuarse costò muchos debates, y pesadumbres, por andar los Grandes de Castilla en dos parcialidades, y no gustar Doña Cathalina de que Don Enrique la pidiesse por muger à fuerza de armas, quando galantèos, y caricias son quien vence voluntades. En fin, Don Alvaro de Luna tuvo tanta mano en esto, que apaciguò los motines, y quietò los animos de los malcontentos: si bien picados yà de la embidia de verle tan metido cõ el Rey, comenzaron a enconarse mas, y desabrirse. Bien pudo Don Alvaro, pues era entendido, reparar en ello, y irse poco a poco para atajar el riesgo; pero la ambicion humana cierra los ojos a la razon, y solo sigue el viento favorable, que le sopla.

Al passo mismo que comenzaron los Grandes à acedarse, comenzò el Rey a dàr mano en todos los negocios a D. Alvaro de Luna, que como se avian criado juntos, y le veia el Rey entendido, y avisado, confiabase de èl, y abrazaba sus consejos. No fue malo el que le diò de que revocasse el trato de que succediessen en el Mayorazgo de Santiago los descendientes del Infante Don Enrique su cuñado, que esto se le concediò, como dote, con la Infanta Doña Cathalina, y juntamente el Marquesado de Villena, con titulo de Duque, del qual Señorio le privò tambien el año de mil quatrocientos y veinte y uno, estando el Rey en Arevalo. La causa fue justa, por el desacato que tuvo el Infante, quando tuvo al Rey como cercado en la Villa de Montalvàn, y que passàra adelante el atrevimiento, a no socorrerle los Grãdes, en especial el Arzobispo de Toledo, y el Almirante D. Alonso Enriquez. Afearonle esta acciõ los mismos hermanos, D. Pedro, y D. Juan Infantes de Aragon. Hallòse siempre Don Alvaro de Luna al lado del Rey en aquellos aprietos, y assi quãdo se vieron mas libres, y con gente, se tratò del castigo del Infante Don Enrique, que fue, como he dicho, privarle de aquel titulo, y Estado con harto gusto de los Naturales, que ayudarõ à la execucion con las armas. Sintiò tanto el Infante D. Enrique este golpe, que partiò de Ocaña, donde le cogiò la nueva, cõ mil y quinientos cavallos à buscar al Rey,

para litigar con las armas este derecho. Con esta resolucion atravesò los Puertos de Guadarrama, y llegò à vista de Arevalo, donde la Reina Doña Leonor su madre, señora de gran cuenta, cuidadosa del peligro de su hijo, trabajò mucho por q̃ no se llegasse à batalla. Ayudò a lo mismo el Arzobispo de Santiago Don Lope de Mendoza. Sossegòse el Infante, y reduxose a lo bueno. Mas con todo, siẽdo llamado à las Cortes de Madrid, le mandò prender el Rey, y llevarle al Castillo de Mora. Escapòse de otro tãto el Condestable Don Ruy Lopez Davalos, mui amigo, y mui de la parcialidad de Don Enrique, por unas cartas falsas, (como se averiguò despues) que decian aver escrito al Rey Moro de Granada. Privaronle empero de sus estados, y honras, y el mejor bocado, que era la Dignidad de Condestable, se diò a Don Alvaro de Lúna, q̃ ya gozaba del Titulo de Conde de Santistevan de Gormàz. Estas son las mudanzas de fortuna, caer unos de la altura, y otros subir a la cumbre. Cayò la casa de Avalos, y ensalzòse la de Luna; pero ojo al paradero, porque la Luna mengua, y el mayor Condestable, no es estable.

Si solo con ser Privado lo trastornaba todo D. Alvaro de Luna, hallandose ya Condestable de Castilla, què no haria? Si los Grandes le envidiaban, ya a ellos se igualaba Grande; y assi, aviendo parido la Reina al Principe Don Enrique en Valladolid, el año que se contaba de mil y quatrocientos y veinte y cinco, vispera de la Epiphania, gustò el Rey, que le sacassen de Pila el Almirante Don Alonso Enriquez; Don Alvaro de Luna, y el Adelantado de Castilla Diego Gomez de Sandovàl. Los tres con sus mugeres fueron los padrinos, porque en tan grandioso acto corriesse Don Alvaro parejas con los mayores Grandes. Con mayor fuerza soplaba el fuego la emulacion, conjurados los mas señores contra tãta privanza. El Infante Don Enrique, que al cabo de prision bien larga saliò libre, con todos sus parciales le perseguia de muerte, quexandose en comun, de que sin meritos, adquiridos por las armas, y solo con mañas, y con ardides, huviesse subido Don Alvaro a tanta altura, que èl era solo quien reynaba. Miraban, en fin, los mas señores con malos ojos aquella felicidad, y quisieran se templasse aquella sobervia con la memoria de sus obscuros principios. Pero Don Alvaro, con tener al Rey de su parte, se reìa de todo, y hacia

cia quanto queria; y tanto q̃ diò en que se atreviò à requerir de amores a la Reina. Juzgo, que este fue falso testimonio que le levantaron para derribarle de la privanza: q̃ es cruel monstruo la envidia, y a trueque de cõseguir su intẽto, hacẽ tiros temerarios. Fue tanto el tesòn de los malcontentos, queà fuerza de acusaciones echaron a Don Alvaro del lado del Rey, y de la Corte. Retiròse a Ayllòn, que era Pueblo suyo, y acompañaronle grandes Señores, q̃ eran de su devocion, y en especial Garci-Alvarez de Toledo, Señor de Oropesa, y Juan de Mendoza, Señor de Almazàn.

Con el destierro de Don Alvaro, cada qual de los Grandes pretendiò entrarse à Privado, y cargar con el Rey, como conocian lo blando de su natural; pero el Rey, ya por su cõdicion afable, ya por destinaciõ de las estrellas, (si en algo se ha de creer la secta de los Stoycos) estaba tan cautivo de la amistad de Don Alvaro, que desde que se le apartaron de su vista, no se viò su rostro alegre. De èl hablaba a cada passo, loaba su habilidad, y entendimiento, y de noche, y de dia todo era pensar en èl. Bravo embaucamiento el de los Reyes! Fuerte hechizo el de un Privado! Por fin, y postre, le hizo llamar, bolviendole à su vista, y a su gracia. En Turuegano se hallaba el Rey, quando D. Alvaro de Luna, acompañado de todos los Señores de su faccion, fue a besarle la mano, al modo, q̃ si huviera alcãzado una gran victoria de sus opuestos. El Rey le recibiò con suma alegria, y en vez de refrenarse, le comẽzò á hacer mas honras, y a darle mas mano en las cosas del govierno; y Don Alvaro, en lugar de escarmentar, y grangear por amigos a los malcontentos, comenzò con mas soberania à hacerse temer Privado, y tratar de su despique. Desacierto notable, y falta de prudẽcia! Que enemigos poderosos, y muchos, pueden mucho, aun contra los q̃ son de manos limpias, quanto, y mas contra los que con el valimiento aplican para sì las haciendas, y rentas de los Reyes. Aconsejò, pues, al Rẽy hiciesse salir de su casa, y de su Corte à todos los Grandes. Pedro Fernandez de Velasco, y Pedro de Zuñiga, los Maestres de Calatrava, y Alcantara, con Don Alonso Pimentèl, Conde de Benavente, se retiraron al pũto à sus Estados. Los Infantes de Aragon, como personages de mas cuẽta, juzgando no se entenderia la orden con ellos, sin atender, en que quizà por ellos se hacia el tiro, D. Juan, que

ya era Rey de Navarra, mostrò sentirlo à cara descubierta: Hablò con el Rey con mucho desaogo; pero al fin se saliò de Castilla, y se fue à su Reino. D. Enrique, Maestre de Santiago, aunque era el mas desembuelto, y q̃ no sufria cosquillas, como escarmētado de la prision passada, sintiò con mas madurèz el desafuero. En lo publico se mostrò mui obediēte à las ordenes Reales; pero en lo secreto vomitaba pesadumbres.

No advirtiò Don Alvaro de Luna el fuego que encendia contra sì con estas rebueltas; y si lo advirtiò, quiso mas dexar llevarse de su venganza, q̃ de la razon. Claro està, que pensaria D. Alvaro, viendolo cautivo que tenia al Rey: que ni su privāza podia acabarse, ni torcerse su fortuna. Bien, pues, podia saber, y aver leìdo la historia de Amàn, privado mas poderoso que èl, y de Monarca mas grande, y considerar la ruina q̃ le vino, solo por la oposicion de un menospreciado Hebreo. O, lo que importa a los señores, y Reyes ojear las historias, para aprender con exemplos a corregir passiones, y refrenar demasias! Afrentados, pues, los Infantes, y su hermano el Rey de Aragon con ellos, buscaron el despique con las armas. El de Navarra, y el de Aragon juntaron sus gētes, y comenzaron a entrarse por Castilla. Para la defensa hizo el Rey Don Juan junta de todos sus Grandes, y en especial llamò al Infante Don Enrique, y a todos recibiò juramento en Palencia, donde se hizo la junta, que le servian leales. Juròlo primero Don Alvaro de Luna, como causador de aquellos alborotos, y consecutivamente todos los Grandes. Junto a Cogullo se dieron vista los dos Campos, el de Castilla, el de Aragon, y Navarra. Cada Rey exhortò a los suyos, y al son de los atambores se comenzò la batalla; pero a las primeras escaramuzas acudiò la valerosa Reyna de Aragon, acompañada del Cardenal de Fox, y como hermana q̃ era del Castellano, y muger del Aragonès, supo con palabras, y razones estorvar la refriega. Vaya el curioso, en que la causa de esta guerra, q̃ hacian los Infantes de Aragon al de Castilla, era por llamar govierno tyranico a la privāza de Don Alvaro de Luna, diciendo: que tenia al Rey tan sobrecogido, que aun no dexaba que le hablassen los Grandes, para amonestarle lo que convenia à su Corona. Estè fue siempre el precepto, y juzgo lo justificaban. El Infante Don Enrique se passò con sus hermanos, como quien estaba mas

sen-

sentido. Quitaronle por esto casi todos sus Estados, y privaronle del Maestrazgo de Santiago, y diòselo el Rey D. Juan à D. Alvaro de Luna en administracion. De los Lugares que quitaron al Infante, hizo el Rey repartimièto entre muchos señores con titulos honrosos, que hasta oy conservan muchos. Yà me dirà alguno, que para què culpaba à Don Alvaro de Luna, en oponerse a señores tan grandes, supuesto que de la rebuelta se ha cargado con el Maestrazgo de Santiago, dignidad de honra, y provecho, la mayor de Castilla: y assimismo ha sacado Villas, y Lugares para amigos? A que satisfago, que titulos, y honras que se adquieren, y se buscan con descreditos de otros, suelen servir de escalones para un grande precipicio. Vaya ascendiendo Don Alvaro a la altura por tan vidriosos medios, que algun dia llorarà su caida.

Segunda vez avia casado D. Alvaro de Luna con Doña Juana, hija del Conde de Benavente, por los años de mil y quatrocientos y treinta, siendo el Rey, y la Reina sus padrinos. (cosa harto grande, aun para aquellos tiempos) quando comenzò à rugirse, q̃ querian matarle algunos señores, confederados con los Infantes. Prendieron por indicios a Pedro Fernandez de Velasco, Conde de Haro, a Fernan Alvarez de Toledo, y al Obispo de Palencia D. Gutierre su tio. Con estas prisiones se alteraron mas los animos de los mal contètos, y se pusieron en armas, no fiàdose ninguno en negociar de otra suerte contra un Valido tan poderoso, a quien nadie se la hàcia, q̃ no se la pagaba. Para acallarle el Rey estos, y otros sentimientos, le hizo Duque de Escalona, à cuyo Estado, por negociacion particular, le añadieron a Mòtalvàn. Luego le hizo Duque de Truxillo; y ay quien dice, * que le añadiò el Marquesado de Villena, Estados todos mui grandes, y los mas de ellos del Infante D. Enrique. * Castill.

Varias veces se conjuraron todos los Grandes contra D. Alvaro de Luna, sièdo las principales cabezas los Infantes de Aragon; y en dos ocasiones llegò a tanto el aprieto en q̃ pusieron al Rey, que huvo de apartarle de sì, y mandarle se estuviesse en sus Estados. Sentialo D. Alvaro sumamente, y como tan apoderado de la Magestad Real, volvia con presteza a su privanza. Contar los desassossiegos de Castilla, las conjuraciones, los alborotos por espacio de treinta años,

que estuvo Don Alvaro en el valimiento, fuera cosa prolija, y embarazar nuestro assumpto: y assi no harèmos mas de tocar en los puntos principales, y en los Autores citados podrà esparcirse el curioso, que quisiere saber por mayor toda la historia. Sobre cierto tributo, que por su orden se repartiò à Toledo, se alborotò la Ciudad de manera, que pegandoles fuego à las casas de quien fue à la cobranza, y tocando las campanas à rebato, se encendiò una guerra sangrienta, que costò muchas vidas. Tal fue el motin, que el mismo Rey, que acudiò en persona, no pudo apaciguarlo, pues le dieron con las puertas en los ojos, y le hicierō retirarse. Para colorir este yerro llamaron al Principe Don Enrique, ya viudo de su muger primera Dña. Blanca, Infanta de Navarra, q̄ muriò moza, y harto desabrida, pues en la primera noche de novia conociò la falta de ser el Principe para poco. Fue D. Enrique tal facil, y tan bueno como su padre, en dexarse gobernar por otros. Con este defecto, unas veces ayudaba à la parcialidad de D. Alvaro; otras, y fueron las mas, se oponia à sus designios. Cō su padre sobre esto tuvo muchos enojos, muchas desazones, y muchas pesadumbres. En la batalla de Olmedo, quando los Infantes de Aragon, con los de su parcialidad, se combatieron de poder a poder con el Rey, con el Principe, y con los demàs Grandes de Castilla (q̄ fue accion bien temeraria, y q̄ al Infante D. Enrique, principal atizador, le costò la vida, porque saliēdo mal herido, muriò de ello) en esta batalla, pues, anduvo D. Alvaro mui animoso, y valiēte con los de su valìa: premiaronle bien, pues por la muerte del Infante, le negociò el Rey los votos para ser electo en Maestre de Santiago, que el titulo que tuvo primero de este Maestrazgo fue solo en administracion, como ya diximos.

No ay mucho que admirar, que D. Alvaro de Luna se ensobervecielle, y se dexasse llevar de su cōdicion altiva, si tràs cada infortunio, q̄ le sobrevenia por sus contrarios, se hallaba de cōtado un premio. No solo vēcido el torbellino volvia à su antigua gracia, sino q̄ de mas à mas se le añadian mercedes. Muriò tābien la Reina Doña Maria, hermana de los Infantes, y volviò D. Alvaro a casarle de su mano (tanta era la q̄ tenia) con Doña Isabèl, hija de D. Juan, Maestre de Santiago en Portugal, con quien D. Alvaro tenia amistad estrecha. Quien duda, que no pensarìa D. Alvaro con Reina tan de su ma-

mano, tener mas poderìo, y autoridad en las cosas del gobierno, y mas quādo su natural altivo, y ambicioso le arrastraba à ello? Quien duda, que si hasta ētōces avia sido dueño del Rey, no querria de alli adelante serlo mas soberano? Pues porque se noten como en claro espejo los reveses de la fortuna, verèmos que hallò este Privado su perdicion, donde pensò hallar el colmo de sus dichas. Nadie obre mal con pensar que tiene la Corona en su cabeza, pues con tener D. Alvaro un Rey por amigo, y una Reina hecha de su mano, se vendrà à hallar tan solo en el mayor aprieto, que Rey, y Reina sean sus mayores contrarios.

Llegò en fin D. Alvaro de Luna al mayor colmo de soberanìa, q̄ pudo llegar Privado en honras, en dignidades, y riquezas, siēdo el dueño de la Corona por mas de treinta años, en cuyo espacio puso a sus criados, y amigos en puestos mui hōrosos, parte cō lo q̄ cercenaba de los mal contētos, y parte con las particulares mercedes q̄ el Rey le hacia: mas todo le bastò poco a no despeñarse. Los mas beneficiados se estuvieron quedos, mirando el mayor revès de la fortuna, sin q̄ nadie se atreviesse à acompañar la desgracia. La nueva Reyna, q̄, como entēdida, y avisada, conociò al punto la ambiciō, y la soberbia de Don Alvaro de Luna, en vez de estarle grata à los buenos medios q̄ interpuso para su casamiento, comēzò à serle cōtraria, abrazando por justas las quexas de los Grādes, y persuadiendole al Rey, q̄, dexasse aquel echizo, y derribasse aquel mōstruo. El Rey, que demàs de su buena cōdicion, estaba mui enamorado de su muger, dio grato oìdo a las acusaciones, y prometiò de remediar las demasìas. Mirad, señor, le decia la Reina, q̄ es gran descredito vuestro, que un vassallo os tenga tan avassallado, y q̄ possea vuestras riquezas de tal modo, que parece q̄ comeis por su mano. El parece el Rey, y vos su substituto; vos teneis la Corona, y èl el mādo. Los encuētros de los Grādes, los motines de los Pueblos, las guerras intēpestivas nacē desta causa. Volved, pues, sobre vos, y abrid los ojos para quitar esta tyrania, y dar a conocer al mundo, q̄ sabeis ser Rey, y q̄ tomais mis consejos. De esta manera pagò la Reina à Don Alvaro aver sido su casamentero. No ay que fiar de mugeres, por mas que ciñan Corona, que es tambien su natural ambicioso, y le quitaràn la vida a quien quiera mandar mas. Ni nadie para mandar

se meta a casamentero, porque en queriendo sobresalir, aunque la novia sea una Esthèr, le harà poner en un palo, como a Amàn; y aunque sea una Reina de Castilla, le harà quitar la cabeza, como a D. Alvaro. Ojo al escarmiento todos los que privan, y ojo a no pretender todos los q̄ casan. Hallabase el Rey en Burgos con su Corte, quando sabiēdo lo desabridos que estaban con D. Alvaro el Conde de Plasencia, D. Pedro de Zuñiga, el Conde de Haro, y el Marquès de Sātillana, despachò orden al de Plasencia, para que con la gente que pudiesse se fuesse adonde estaba, declarandole el intēto, que era atropellar a D. Alvaro. Por otra parte despachò la Reina a la Condesa de Ribadèo, mui principal señora, y muy entēdida, para que como sobrina que era del Cōde de Plasencia, le animasse, y le hiciesse apresurasse la partida, antes q̄ al Rey se le passasse el enojo. Hizo la Condesa su deber, intimandole a su tio, que era llegada la hora, en que D. Alvaro de Luna pagasse tantos agravios como tenia hechos; y que asi era bien que acudiessen los ofendidos a despicar sus injurias. Estaba a la sazō el Conde de Bejar fatigado de la gota, con q̄ no pudo ir a lo que tanto deseaba; pero despachò a su hijo mayor Don Alvaro de Zuñiga, que llegò a Curièl, Pueblo no lexos de Burgos, donde quiso rehacerse de mas gente de a caballo.

En estos estrechos estaba ya la vida de D. Alvaro, amenazada su prision, cercado de enemigos, quādo el Rey, no olvidado del todo de su blando natural, y voluntad antigua, quiso librarle del amenazado riesgo, arrepentido quizà del mal q̄ le avia buscado. Avisòle, pues, por un secreto papel, que se fuesse a sus Estados, y que olvidasse la Corte, pues sabia lo odioso que era su asistencia a todos los Grādes, y las alteraciones, y motines, q̄ avia costado, que èl procuraba ya gobernar su Reino por si solo, ò a lo menos sin los cōsejos suyos; y asi, que le sirviesse en esto, y le estimasse el aviso. Harto hizo el Rey en esta prevēcion, si cayera en sujeto menos arrogante, y soberbio, que el de D. Alvaro de Luna, que en vez de recoger las riendas de su altivèz, y estimar los cōsejos de una Magestad, quādo podiā ser mādatos, se diò por ofēdido, y alegò muchas causas para no dexar la Corte. Mui buenas partes tenia D. Alvaro de Luna, muy bien entendido era, muy sagaz, mui avisado, mui astuto, mas todo lo borraba su soberbia, y asi esta le arrastrò a su mayor ruina. No cōtēto, pues, con

cõ menospreciar los avisos de su Rey, y querer estarse reacio en el mayor peligro, se deslizò a otra maldad, q̃ fue la levadura de su muerte. Arrebatado un dia de su natural colerico, diò la muerte à Alonso de Vivero, y desde la ventana de su Palacio le hizo arrojar en el rio, q̃ corria por debaxo de sus casas, sin reparar que era Ministro del Rey, y su Contador Mayor, ni tener respeto al dia, pues era Viernes Sto. a 30. de Marzo del año que se contaba 1453. Este excesso fue la campana mayor, q̃ tocò à rebato. Todos los opuestos vocearon la maldad, el vulgo desbocado levantò el alarido, y el menos ofendido apellidò venganza. Apuròse el sufrimiento de su mayor amigo, q̃ era el Rey, y era el todo, y sin esparar a mas, enviò à llamar a D. Alvaro de Zuñiga, q̃ como hemos dicho estaba en Curièl aguardando el orden, para que con la gente que tenia se entrasse en Burgos con recato, y con silencio.

De rebozo, pues, llegò à la Ciudad el valeroso joven, siguiendole a trechos hasta ochenta de a caballo. Con las armas, y la gente del Castillo tomaron aquella noche todas las bocas de las calles. Todo se disponia con recato; mas no pudo hacerse tan secretamẽte, que de boca en boca no corriesse la fama de una prevencion tan grãde, dexandose caer por las presumptas, que el dia siguiente avian de prender a Don Alvaro. Sorda andaba esta voz en los oìdos de todos, y ninguno se atrevia à declararle el peligro; unos atonitos del temor, otros de lastimados. Solo Diego de Gotòr, criado suyo, le dixo lo que passaba, y lo que se decia, y diòle por consejo, que pues era de noche, se saliesse disfrazado à un meson del arrabal, desde donde, segun lo que sucediesse, podria mejor buscar su seguridad. No abrazò Don Alvaro este cõsejo con ser tan saludable. Batallando entre diversos pensamientos, no hallaba traza, ni modo que le diesse gusto, porque aũque el huir lo miraba acertado, salia de travès su pundonor, de que un Condestable de Castilla, Maestre de Santiago, Duque de Escalona, Marquès de Villena, tres veces Grande de España, Privado del Rey, y dueño del Reyno, no era bien mostrar flaqueza. Sola esta altivèz le tenia a raya, quando mas le espoleaba el miedo del peligro. En fin, se resolviò à esperar lo que viniesse, ò mal confiado en si mismo, ò poco temeroso de sus contrarios: ambas cosas dañosas para quien se vè en aprieto, por mas valido que estè.

Cin-

Cinco se contaban de Abril, dia Jueves, despues de Resurreccion, año de 1453. quando al apuntar el dia cercaron con gente armada las casas de Pedro de Cartagena, en que posaba D. Alvaro de Luna. Alborotaronse sus criados, y cō tiros de vallesta hicierō algunos Soldados. Creciò el gentìo, unos à dar ayuda, otros a la mira. Huvo muchos recados de una, y otra parte para no llegar a rompimiento. La guarda pedia con cortesìa à Don Alvaro, que se diesse à prision. El alegaba, que aquello se hacia sin orden del Rey, (tanta era su confianza) y en fin, para que se diesse, fue necessario que el Rey le embiasse una cedula, firmada de su mano, en que le decia podia estàr seguro, que no se le haria ofensa alguna, que fue con buenas palabras hacerle que se rindiesse. En las mismas casas donde posaba fue puesto en prision. Sucediò, q̄ el Rey fue a comer a ellas, despues de haver oìdo Missa del Obispo de Avila, Don Alonso de Fonseca, y como fuesse al lado del Rey, y Don Alvaro de Luna le viesse desde una ventana, puesta la mano en la barba, dixo: *Para estas, Cleriguillo, que me la haveis de pagar.* Como el Obispo era de la banda de sus contrarios, juzgò D. Alvaro que avia tenido parte en su prision; y assi, con la colera rabiosa, que entonces estaria en su punto, le fulminò amenazas, sin pensar el como, y quando saldria de la prision. Nadie haga braburas, por inocente que estè, si se vè preso, porq̄ los amenazados assestaràn mas los tiros, temiendo la soltura. A Dios pongo por testigo, (le respondiò el Obispo) que no he tenido parte en esta obra, mas que el Moro de Granada. Acabada la comida, y alzadas ya las mesas, pidiò licencia D. Alvaro para hablar al Rey. No se la dieron, cosa que sintiò en el alma, y yà con mas temores cessò en los brios. Tomò tinta, y papèl, y escribiòle al Rey un villete, cuya substancia era en esta forma.

PAPEL DE DON ALVARO DE LUNA AL REY Don Juan el Segundo.

QUarenta y cinco años ha, Señor, que os començè à servir, y no me quexo que no he sido bien premiado, quando las mercedes que me haveis hecho, han sido mayores que mis merecimientos, y mas grandes que yo pudiera esperar. Solo me quexo de mi, por no haverme retirado con tiempo à mi casa à imitacion de hombres grandes, que lo hicieron assi

aſsi en ſu mayor fortuna, ſin eſperar las mudanzas de ſu juego; pero mas quiſe cumplir con mi obligacion, ſirviendoos en vueſtros infortunios, que no buſcar mi comodidad en los deſcanſos. Ya veo que lo he errado, pues por ſeguir aquel dictamen, à mi parecer honroſo, me hallo aora preſſo, y privado de la libertad, que por darla à V. A. arrieſgue mi eſtado, y vida en mas de dos ocaſiones. Bien conozco, que eſtos ſon pecados mios, con que tengo enojado à Dios, y tendrè à mucha dicha, que eſtos mis trabajos ſe aplaquen ſus enojos. Renunciàra de buena gana la carga de las riquezas, con que me hallo oprimido, à no mirar, que todas ellas eſtàn à vueſtro mandar. Solo ſiento hallarme en eſtado, que no puedo dàr à entender à los hombres, que como para adquirir riquezas, aſsi tengo pecho, y valor para menoſpreciarlas, y volverlas al miſmo que me las diò. Suplico à V. A. que por hallarme con cargo de mi conciencia, à cauſa de la falta de los teſoros Reales, en diez, ò doce mil eſcudos, que ſe hallaràn en mis cofres, y eſcritorios, ſe dè orden que ſe reſtituyan à ſus dueños. Merezca eſto, ſino por mis ſervicios, por ſer mi peticion tan ajuſtada.

Leyò el Rey eſte papel, y aunque pudo enternecerle, reſpondiò con Mageſtad, y entereza: que a lo que decia de ſus ſervicios, y de las mercedes recibidas, era verdad que eran las mayores, que Rey, ò Emperador hizo a vaſſallo; y que ſi le avia ayudado à recobrar la libertad, ſupueſto que por reſpeto ſuyo ſe la quitarõ, antes merecia por ello reprehẽſion, que alabanza; a la pobreza, y falta de dinero, que pues el fue la cauſa de ella, fuera mejor que ayudàra con ſus riquezas, que no agraviar à ninguno. Pero que ſin embargo, ſe tendria cuenta, ſe hicieſſe de ſus bienes las reſtituciones que decia.

Con toda eſta ſequedad reſpondiò el Rey al Valido, en quien tanto idolatrò, coſa que cauſa eſpanto, y que con aver paſſado ſiglos, ſe mueſtra a los ojos, como chorreando ſangre, para advertir à los hombres eſcarmientos. Quarenta años de correſpondencia, de tan eſtrecha amiſtad, de tanto cariño, y de tanto embaucamiento, ſe olvidaron en un punto! Tanta privanza, tãto ſervicio, tanto agaſſajo, y cortejo, no deſpertaron memorias! Aquel no hallarſe un inſtante ſin amigo, aquel no hacer nada ſin ſu conſejo, aquel romper con todos por reſpeto ſuyo, en què ha parado? Donde eſtà aquel valimiento? Dõde aquella Mageſtad? Dõde eſtàn tãtos amigos? Donde tantos obligados con favores, y mercedes? Nadie habla aora? Nadie le conſuela? Nadie le aſsiſte? To-

dos

dos le deſamparan? Todos huyen? Coſa marabilloſa! Exẽplo memorable! Laſtima inaudita! A Portillo le llevarõ aſsi preſo, y por ſu guarda mayor Diego de Zuñiga, hijo del Mariſcal Iñigo de Zuñiga. Pueſto alli le fulminaron proceſſo, en que le acuſaban de muchos delitos; y aunque procurò hacer ſus deſcargos, todo ſervia poco, quando el miſmo Rey era ſu contrario, y la Reyna quien atizaba el fuego. Concluyòſe en fin la cauſa, y los Jueces ſeñalados pronunciaron cõtra èl ſentencia de muerte. Quien tal pensàra! Para la execucion le llevaron de la carcel de Portillo a Valladolid, para que campeaſſe mas la tragedia, è hicieſſe mayor eſtruendo el fracaſo lamentable.

Haviendo, pues, D. Alvaro de Luna confeſſando ſus pecados, y recibido la Sagrada Comunion, le ſacarõ de la carcel un dia cinco de Julio del año de mil quatrociẽtos y cinquenta y tres, año bien deſgraciado, è infeliz a toda la Chriſtiandad, pues ſe perdiò en èl la gran Conſtantinopla, cabeza del Imperio Griego. Sacarole, pues, ſobre una enlutada mula, rodeado de guardas, y miniſtros, y a voz de pregonero le llevaron al ſuplicio. Lo que decia el pregon, lealo el curioſo en el Padre Mariana, que le eſcribe a la letra, que no quiero laſtimar mas a mis Lectores, refiriendo palabras lamentables. No decia, no, como penſarà alguno: Eſta es la juſticia que mãda hacer el Rey nueſtro ſeñor a Don Alvaro de Luna, Condeſtable de Caſtilla, Maeſtre de Santiago, Duque de Eſcalona, y de Truxillo, Marquès de Villena, &c. No decia nada de eſto, ſi no: *Eſta es la juſticia, que manda hacer el Rey à eſte cruel tyrano, &c.* Eſte era el nombre, eſte el apellido que ſe le diò en el pregon. Llegaron, pues, à la ancha plaza, en medio de la qual eſtaba hecho un cadahalſo, y en èl pueſta una Cruz con dos hachas encendidas a los dos lados, y abaxo pueſto un tapete: Deſenredando el capùz, fue ſubiendo la eſcalera Don Alvaro de Luna, y à ſu lado ſiempre el Padre Fray Alonſo de Eſpina, Frayle Franciſco, Autor del *Fortalitium Fidei*, que le ayudò à bien morir. Pueſto yà en el tablado, hizo à la Cruz una profunda reverencia, y aſſentandoſe en la ſilla, entregòle a un page q̃ le havia aſsiſtido ſiempre mui leal, el ſombrero, y un anillo, diciendole: *Eſto es lo poſtrero que te puedo dàr.* Levantò el page el grito con grandes ſollozos, con laſtimoſo llanto, deſpertando en todos, y

aun

aun en los mas enemigos, muchas lagrimas, con la conſideracion de eſpectaculo tan triſte, viendo entregado à un verdugo, à quien pocos dias antes en aquella miſma Plaza los mayores Señores de Caſtilla le rendian reverencia. O, inconſtancia de las humanas glorias, y quien à viſta de eſte portento no aſpira à las Divinas!

Hallòſe preſente Barraſa, Cavallerizo del Principe Don Enrique, y llamandole D. Alvaro, le dixo: *Id, y decid de mi parte al Principe, que en premiar à ſus criados, no imite, ni ſiga eſte exemplo del Rey ſu padre.* Que fue como decir, no levante tanto à un hombre, para abatirle tanto; pues tanto es mayor la caìda, quanto ſe cae de mas alto. Viò un garfio de hierro clavado en una eſcarpia, y preguntòle al verdugo, que à què efecto eſtaba alli? Y èl reſpondiò, que para poner ſu cabeza deſpues de cortada. A lo qual añadiò Don Alvaro: Deſpues de yo muerto, haz del cuerpo lo que quiſieres, que à los hombres de valor, ni la muerte, ni ultrages los afrentan. Diciendo eſto, ſe deſabrochò el veſtido, y con animo conſtante entregò al cuchillo la cabeza. Eſte fue el fin, eſte el paradero de varon tan grande. Con rebès tan afrentoſo le derribò la fortuna de la altura, y de la cumbre de tantas felicidades. Quien por treinta años fue ſeñor del Reyno, ſin que merced grande, ò pequeña, no corrieſſe por ſu mano, ſe mira cadaver frio en un theatro afrentoſo, derribada de los hombros la cabeza, pueſta en una eſcarpia, el cuerpo tendido en un tapete tres dias ſin enterrar, con una vacia al lado para recoger limoſna para enterrar à un hombre, que poco antes ſe igualaba con los Reyes. Repaſſen eſta tragedia todos los hombres del mundo, y en eſpecial aquellos que al lado de los Principes, aſcendiendo à dichas, ſe hallan ſoberanos. Nadie por verſe en la cumbre ſobreſalga de ſu esfera, ni menoſprecie à los que quizà valen mas, y ſon mejores, pues nunca la ſobervia dexò de hallar precipicio. No para obrar mal ſe fie en que es el Rey ſu amigo, en que le ha dado la mano, en que le ha hecho el todo, que muda el Cielo las coſas para deshacer agravios, y permite, que el miſmo Rey le firme la ſentencia de ſu muerte, al modo que à Don Alvaro de Luna.

EXEM-

EXEMPLO TERCERO.

Authores de esta Historia Nicephor 13.c.3.y4 Historia Tri.l. 10. c.4. Pineda, 2.p.l. 14 c.7.

* Eid. c. 3. y 4.

SI repara el curioso en los dos exemplos q̃ dexamos referidos, hallarà, que el principal motivo de caer aquellos dos Privados, fue el malquistarse con las Reinas, y assi ellas los traxeron a la muerte, sin q̃ el valimiento de los mismos Reyes pudiesse estorvarlo. Verèmos, pues, que acaeciò lo mismo en este exemplo; con que se notarà de passo lo que pueden las mugeres, quedando comprobada la cõclusion de Zorobabèl, que ellas pueden mas que los Reyes, y mas que otra cosa alguna; *y assi, ningun Privado fie en el valimiẽto de su Rey para desabrirse con la Reina, ni enojarla, porque se hallarà burlado, y con el castigo acuestas. Ya sea cariñosa, ya enojada, puede mucho una muger, y mas con su marido y es desatencion notable de un Privado, que porque el Rey le quiera, piensa que puede hacer tiros a la que tiene del Rey la mitad del alma. No se crea mi razon, mas mirese el desengaño en los exemplos.

Regìa el Imperio del Oriente Arcadio, hijo del Gran Theodosio, y su buena condicion diò lugar a q̃ Eutropio, un Eunuco, y su Camarero Mayor, se alzara con la privãza. Alcãzò el ser Patricio, y Consul de Constantinopla, supremas dignidadès, con las quales, y con la mucha mano que tenia, lo mandaba todo: ignominia del Imperio, que lo mandasse un castrado. Mas como las Magestades son dueños de sus acciones, hacen a su voluntad, y levantan a quien quieren, desde el nada a la altura, sin reparar, q̃ obras magnificas en sugetos ambiciosos, y de pocas partes, se desvanecen cõ facilidad, y se amenazan ruina. Hallabase Eutropio tan dueño de todo, q̃ hasta en lo Eclesiastico privaba su autoridad. Verdad sea, q̃ acudiò mui puntual a la eleccion de San Juan Chrisostomo, solicitando activo le diessen todos los votos. Avia vacado por muerte de Nectario el Patriarchado de Cõstantinopla, y como despues de muchas ventilaciones se huviesse enviado por orden del Emperador por Juan, Presbytero de Antioquia, cuya fama de letras, y virtudes era ya grãde en toda Grecia; aunque acudieron todos los Obispos, que se juntaron en Contanstinopla, a la eleccion, dandole sus votos, rehusòlo Theophilo, Patriarcha de Alexandria, ya fuesse de embidia, como sienten unos, ya por estàr afecto a quien era

he-

hechura suya, como juzgan otros. Pero Eutropio, sentido del caso, le embiò à decir con soberania de valido, que diesse el voto a Chrisostomo, ò que se apercibiesse a responder a muchas acusaciones, que le hacian los de su Obispado. Tan atonito quedò Theophilo con la amenaza del Privado, que no solo le diò el voto, sino que consagrò a Chrisostomo por su mano. Tanto como esto podia Eutropio en qualesquier materias. Pero rèpare advertido qualquier Privado, que en las cosas de la Iglesia no haga tiros, que le saldràn a la cara, y verà su perdicion.

Pareciòle a Eutropio para vengarse de sus mal contentos, quãdo acaso aviendole dado algun disgusto se acogian a Sagrado, ser cosa muy conveniente hiciesse el Emperador, que no valiesse la Iglesia a los que a ella se acogiessen; arbitrio descomunal, y que le acarreò su perdicion, y desdicha: que desacatos hechos a sus Templos, quebrandoles los fueros de su inmunidad, los siente Christo en el alma, y los castiga muĩ bien. El buen Emperador estaba tan cautivo de los consejos de Eutropio, que darlos este, y èl hacerlos ley, todo era uno. Andaba S. Chrisostomo haciẽdo gran pesquisa en las depravadas costumbres de sus Clerigos, castigandolos riguroso, y echando de su Iglesia los incorregibles, dando por razon, no ser justo que goce la honra Sacerdotal, quien no vive como Sacerdote; y como llegasse a su noticia lo que avia hecho Eutropio contra la inmunidad, no solo por mandatos lo amonestò del excesso, sino que en sus Sermones hablò contra èl desde el Pulpito; que en publicos delitos bien puede el Predicador desde la Cathedra del Espiritu Santo reprehenderlos, que el Bautista lo hizo asi, aunque arriesgò la cabeza.

Muchas veces permite Dios que le sea castigo a un delinquente la materia en que pecò, y que le falte el remedio al que negò al menesteroso. Trazas divinas para que sirvan à muchos de escarmiento. Fue este el caso. La Emperatriz, llamada Eudoxia, y segun algunos, hija del Emperador de Roma Graciano, era muger mui soberbia, y mui altiva, y que diò harto que merecer al Santo Patriarcha Chrisostomo: como viesse, pues, el mãdato, y el poder que tenia Eutropio, comenzò envidiosa a desabrirse con èl, haciendole en los negocios la oposicion que podia. Dissimulabalo Eutropio algunas veces, por no llegar a romper con quien era, en fin, su

se-

señora: Sentialo, y tragabalo, hasta que en cierta ocasiō se le apurò el sufrimiēto, y fue de modo, que qual si fuera debate entre iguales personas, se trabarō de palabras malamēte. Llegò a tanto la descompostura del Privado, que como fuera dueño del Emperador (tā captivo le tenia) la dixo à la Empératriz cō muchas amenazas, que no obstante que se llamaba yà madre de dos hijas, la descasaria de cō el Emperador, y la enviaria descasada à casa de su padre. Notable desvergüēza, y mas si se advierte en el enfasis que llevaban envuelto las palabras; y es, que muchos tenian a la Emperatriz por hija de Baudòn, un Capitan, que fue Consul con el mismo Arcadio; y aunque este era Caballero de excelentes prendas, pero al fin era con muchos quilates menos, que Greciano, de quiē Eudoxia se llama hija; de suerte, que quiso baldonar-la Eutropio, que no era de la Imperial Alcuña.

Eudoxia, pues, muger, y ofendida, sobervia, y poderosa soltò las riendas al despecho, armòse de iras, y apellidò venganzas. Tomando à las dos hijas que tenia, Pulcheria, y Arcadia, cada una de su mano, se fue al Emperador, derramando lagrimas, y lanzando mil suspiros; arrojòse à sus pies, por una parte humilde, por otra lastimada, y con los ademanes que pedia su querella, comenzò à decirle razones semejantes: Pues no ay otro sagrado para una infeliz, que las plantas de su Rey, à ellas vengo, señor, à pedir misericordia, y que ampareis à estos dos pedazos de vuestra alma, y mas supuesto que a mi me arrojan de vuestra casa, y me apartan de con vos: Quitadme la vida, si en algo os he agraviado, mas mirad por estas perlas, y tratadlas como à hijas.

Absorto, y pasmado se quedò el Emperador, y sin dexarla proseguir, y alhagandola entre sus brazos (que era Eudoxia hermosa, y la queria) la dixo, que sin episodios, ni rodèos la declarasse la causa de aquellos sentimiētos. Dixòle la Emperatriz lo que passaba, y los baldones con què Eutropio la avia escarnecido, y amenazado. Entonces el Emperador, desechado de sì el hechizo del Privado, (que al querer atravesarse con muger propia, la muger es la que priva) y convirtiendo en odio todo lo que era querer, llamò furioso à la guarda, y mandò que fueran a prenderle. No faltō quien le diò primero aviso, y temiendo Eutropio las primeras furias de

de una Mageſtad airada, ſe recogiò à un Templo à ampararſe del ſagrado. Aſsi trae Dios de la melena à quien ſe le atreve desleal. Bueno fuera que haya hecho el la ley que no valga el ſagrado al delinquente, y que èl quiera gozar del fuero. Experimente, pues, en ſu caſtigo lo ſacrilego que anduvo. Saquen de los cabezones de la Igleſia, à quien quiſo temerario, q ſacaſſen à los otros. Sacaronle, en fin, del Templo, llevaronle à la carcel. Hizoſe la cauſa, y como era no menos que una Emperatriz la que buſcaba teſtigos, llovian a montones los que eſtaban ofendidos del Privado. Huvo ropa harta para darle un buen caſtigo; mas templò el Emperador la ſentencia; privandole de todas honras, y oficios, quitandole las rentas, y deſterrandole à Cypre. Rigor pareciò à muchos ver reducido à ſuma pobreza à quien mandaba un Imperio; mas à otros pareciò piedad dexar con la vida, à quien avia andado tã ſobrado. Deſdicha es la caida de un valido, pues aunq̃ le vean rodar los mal contentos, no ſe ſatiſfacen menos, q̃ pagar con la muerte. Prudente à mi ver andaba el Emperador, cortando ſolo las alas, y los brios à quien ſe deſvaneciò altanero, porq̃ al fin un Privado es hechura de ſu Rey, y aunq̃ delinqua en algo, es credito de la Mageſtad el no deshacer ſu hechura, cortarle los vuelos ſi, mas no quitarle la vida. Pero hallò eſte Privado con mugeres agraviadas, una Eſpoſa del Rey Divino que es la Igleſia, otra muger del Emperador, q̃ era Eudoxia: eſta vengativa à lo humano, aquella à lo Divino juſticiera, y aſſi por medio de ambas ſe le procurò à Eutropio mas afrẽtoſo caſtigo. Con Igleſias, ni con Reinas ningun Privado ſe burle.

Pareciendole, pues, à Eudoxia, que no quedaba vengada, baſtantemente, atizò mas el fuego contra Eutropio, acuſandole nuevos delitos contra la Mageſtad. Probaronle haver tomado inſignias de Emperador, quando entrò en el Conſulado, è indicios ſoſpechoſos, que ſe querria algun dia alzar con el Imperio. Añadieron à eſtas ſoſpechas otras no menores, acumularonle otros nuevos crimines, con que trayẽdole del deſtierro, y hechos en forma los cargos, le ſentenciaron a muerte. En la Plaza de Conſtantinopla; pueſto en un Cadahalſo, fue degollado Eutropio, ſin poderle remediar un Emperador à quien tuvo ſujeto, llamandole ſu padre, ſin que riquezas, ni amigos le valieſſen. San Juan Chriſoſtomo prediçò un Sermon ſobre eſte caſo, tratando de la ſoberbia,

que infunden las privanzas de los Principes, y de la inconstancia dellas, pues al menor baibèn de la fortuna, se desvanecen, y acaban: y que assi, ningun hombre cuerdo debe arrostrar a estos favores humanos, sino procura prudẽte obrar bien, y estar bien quisto. Con el Espectaculo de Eutropio à la vista, y con el Sermon del Santo se estrecharon algunas ambiciones, y se refrenaron demasias. Derogò el Emperador la ley, que havia hecho contra la inmunidad Eclesiastica, y mandò se les guardasse à las Iglesias su derecho, pues por la causa de quebrantarle hallò el pago merecido.

EXEMPLO QUARTO.

Autores desta historia. Polid. Virg. l.7. historiá Anglicæ Surio in cõmentariis ãno 1609 usq̃ 1612 Plin. 4. Monarq. lib. 19. c. 20, 21. 22 y 24.

PORque ay tambien Eclesiasticos, que se meten à Privados sirvanos de exemplo un Clerigo ambicioso, siquiera por que en su fin huyan otros de privanzas, y tomen escarmiento. Reinaba en Inglaterra Enrico Octavo, Principe esclarecido en sus principios, quanto infeliz sus fines. Seis años avia q̃ heredò de su hermano la Corona, quando se dexò llevar de Thomàs Bolsèo, Capellan suyo, que con lo q̃ tenia de letras, pudo tanto su agilidad, y maña, que se alzò con todo el Rey Bien entendido era Enrico (que no han de ser todos tontos los Reyes, que crian Privados) mui dado a los estudios, mui buena capacidad para el govierno; pero obscureciò todo su saber en dexarse cautivar de vn ambicioso. La astucia de Bolsèo su viveza en el decir, su maña en el disponer era tanta, q̃ diò el Rey en fiarle, no solo las cosas de por menudo, sino los negocios de mayor peso. Los goviernos, los mandos, y los oficios passaban por su mano; las mayores consultas las registraba su arbitrio. Sobre esto comenzò à hacerle mercedes, levantandole a la cumbre de los mas honrados puestos; sin que sirviesse de obstaculo el oficio harto vil conque viviò su padre, que hasta las faltas de la sangre dañan al sugeto, quando pundonoroso desvanece lo que no tiene, quando reconociendo sus humildes principios, camina por las mercedes mui atẽto El Obispo de Viesonia fue quien diò la mano à Bolsèo para entrar en la privanza, solo a fin de hacer mal contraste al Cõde de Surra (ò Sote) opuesto suyo. El oficio de Limosnero del Rey (que ya se sabe que es grande, y mui aprovechado, para quien quiere ir a la parte con los pobres) se le diò en pri-

primer lugar. Luego le hicieron del Consejo, y de aqui ascẽdiò à Privado, despues le diò el Obispado de Lincolnia, y al fin la Silla Arzobispal de Eborazo, con titulo de Chancillèr del Reino.

Con todas estas honras se ensoberveciò Bolsèo de tal suerte, que olvidado de quiẽ era, quiso que los mas Nobles le rindiessen vassallage, estrivo peligroso para sustentar las dichas. Miraba sobre el hombro à la Nobleza, a los demàs trataba cõ menosprecio, y hasta los que havian sido sus amigos queria le cortejassen, y temiessen. Con el manejo de la haciẽda Real y luego con sus rentas, se hizo rico en poco tiempo, y al tãto, respetado, y temido. Fue el primero que entre los Sacerdotes, y Obispos de aquel Reino vistiò seda, è imitandole muchos por lisongearle, se diò motivo à que murmurasse el Pueblo: que siempre lo profano desdixo al Sacerdocio. Igualòse con el Rey en sentarse en silla de brocado, y tener a los pies coxin de lo mismo. Usò del sombrero colorado de Cardenal haciendo se le llevassen delante quando iba a pie, y que estuviesse sobre el Altar mientras decia Missa. Con estos desvanecimientos, y altiveces grãgeò odio de muchos, en especial de los Grandes, q̃ algunos por no sufrirlo se salieron de la Corte desabridos con el Rey porque lo consentia. De estos fueron el Duque de Sofoc, cuñado del Rey, casado con su hermana, y el de Noforc. Los Arzobispos Cantuariense, y Vitoriense le dixeron al Rey su sentimiento: mas todo no bastò para descõponer a Bolsèo, antes bien con sus ardides, y mañas alcanzò ser Cardenal, y Legado del Pada Leon en Inglaterra, acompañado con Laurencio Campegio, hombre grande en los Derechos. Con la nueva dignidad creciò el desvanecimiento de Bolsèo, de suerte, que si antes como Arzobispo Eboracense llevaba una Cruz delante, despues llevò dos, por Cardenal, y Legado. Quando decia Missa de Pontifical, se hacia servir al Altar de Obispos, Abades, de Duques, y Condes, cosa con que daba motivo a muchas murmuraciones.

La cabida que tenia Bolsèo con los mayores Principes Christianos, era tanta, que el Emperador Carlos Quinto, y el Rey Francisco de Francia, dos hombres tan famosos se valieron de el diversas veces, y le hicieron mil presentes, y regalos, porq̃ traxesse al Rey Enrique à la faccion, y gusto de cada uno, y èl era tan cabiloso, y tan enredador, (demosle este nõbre

bre, que es el que propriamente le quadra (que solia cumplir yà con uno, y con otro, engañandolos a entrambos. Bolcaba al Rey à la parte que queria facilmente: y como veia Enrique que cada Principe de aquellos le deseaba tener por amigo, y que à porfia le tributaban agrados, y cortejos, ufanabase mucho, y atribuialo todo a la agilidad de su Cardenal Bolsèo. Apuntarè algunas habilidades de estas para mi desempeño; y quien gustare de leerlas à lo largo, vea à Polidoro en su libro 27. y al Padre Pineda donde los dexo citados.

Fueron opositores al Imperio por muerte del Emperador Maximiliano, D. Carlos, Rey de Castilla, y Francisco de Angulema, Rey de Francia. Valieronse entrambos del favor del Rey Enrique, fue Carlos electo, y entonces el Rey Francisco ya que avìa perdido la eleccion, quiso travar paz perpetua con el de Inglaterra. Tratòlo con el Cardenal Bolsèo, como tan Privado de Enrique, y concertaron serìa medio eficaz, q̄ se viessen, y se hablassen los dos Reyes. Bolsèo por su ambiciō de que campeasse en Francia su soberanìa, convenciò al Rey Enrique que aceptasse aquellas vistas, Para ellas llamò el Rey à todos sus Grandes, que se juntaron en Londres, cada uno cō el mayor adorno, y aparato q̄ podia su possible. Marchò con todo lo mas lucido de su Corte para Calès, y en el camino se atravesò el Emperador, que vino desde Flandes, sabido lo q̄ passaba, por ver si podia estorvar que se viessen los dos Reyes. Hablò sobre ello con Enrique, y viendo q̄ no podia reducirle, valiòse con industria del Privado, untòle primero las manos con muchos dones de estima. Viendose, pues, Bolsèo prendado por las dos partes, sobornado del Frances, pagado del Emperador, para no despedir una, y otra paga, cūpliò con los dos en esta forma. Que el Rey Enrique no dexasse la jornada de Francia, pero que descuidasse el Emperador, porq̄ èl haria de modo, que la ida fuesse en valde, no dando lugar à que efectuassen paces los dos Reyes. Con esta industria saliò de su aprieto; en dexar passar al Rey cumpliò con el Francès y en q̄ estorvaria las amistades cumpliò con el Emperador, ordinaria de hombres sediciosos, y doblados, q̄ por vivir con todos, hacen a dos manos con los mismos q̄ malquistā. Despedido el Emperador, llegò el Rey Enrique à Calès cō toda su Nobleza, y desde alli embiò al Cardenal Bolsèo, para que hablasse con el Rey Francisco, y aplazasse el dia de las vistas. Fuè

Bol-

Bolsèo con su legacia, y saliò a recibirle el mismo Rey de Frãcia, haciendole muchas honras, y dãdole muchas gracias por averle unido con su Rey Enrique à tã estrecha amistad. Reparen en esto, y no les cause admiracion à los que no han leido que a un hijo de un pobre oficial, si por letras, ò favor de la fortuna alcẽdiò a los altos puestos, le salgan a recibir los Nobles, y le rindan reverencias; pues a Bolsèo, hijo de un hombre baxo, le sale a recibir un Rey de Francia, y tal como Francisco, y le tributaba favores. Todos los hombres nos componemos de un polvo mismo: la virtud, las letras, ò armas les dà explendores; y assi poco importa el nacimiento, quando lucientes virtudes ensalzan al humilde. Desvanecerse con ellas es lo pernicioso; esto condeno en Bolsèo, y en otros semejãtes.

Con gran Magestad, y pompa se vieron los dos Reyes, Enrique, y Francisco, y cada uno fue a visitar a la muger del otro, en que se gastaron corteses cumplimientos. Comieron los dos Juntos, despues que oyeron Missa del Cardenal Bolsèo, que la dixo de Pontifical, y con toda aquella ostentacion, que acostumbraba. Juraron sus paces, y conciertos; y aviendo vuelto el Rey Enrique a Cales, volviò el Emperador à visitarle, siempre sospechoso de las vistas con el de Francia, por mas que Bolseo, haciendo de las suyas, le asseguraba de todo. Aun lo mismo que veia el Emperador, que era no aceptar el Rey Enrique sus brindis, de irse a holgar con el a Flandes, como lo havia hecho con el Francès: aun esto lo deslucia Bolsèo, y le daba su salida, proprio de hombres cabilosos. Bien lo veia el Emperador, y bien lo sentia, pero le estaba bien hacerse ciego, que es prudencia en estos casos tomar uno lo que le dan, aunq̃ no sea sino buenas palabras, y hacerse desentẽdido al sentimiento. Tenia Carlos Quinto mui gran pecho, con que abrigado en èl, y dissimulando lo que no era de su gusto, cavaba en las materias por la parte que les sentia flaqueza. Conociendo, pues la condicion de Bolsèo, que era amigo de tomar, le fue grangeando tanto con dones, y presentes, que vino a hacerle se confederasse con Enrique, dexando fuera al Frances. Tan rendido como esto tenia Bolsèo al Rey a su voluntad, que ya le hacia amigo de uno, ya de otro. Quando le parecia le careaba al Frances, mediando las dadivas: y quando estas crecian de la otra parte, le vencia al Emperador. Quando supo el Rey

Francisco la tramoya, busaba de corage contra Bolsèo. Embiò a decirle muchas pesadumbres, haciendole amenazas, q̃ pararon en no embiarle los dones, y regalos, que solia: pero importabale poco à Bolsèo, si por la otra parte los adquiria doblados. Contra el Rey, y contra el Reino embiò al Duque de Albania con un gruesso Exercito de ochenta mil hõbres. Sintiòse mucho Enrique, y embiòle a decir algunas quemazones, tanto, que le motejaba de ladron, por faltar a su palabra. Escusòse el Frances en la respuesta: volviòle a cargar Enrique; conque rompiendo del todo, se comenzò entre los dòs sangrienta guerra. El Frances privò de todos sus bienes a los Ingleses, que vivian en Francia; y Enrique al mismo tenor prendiò, y despojò a todos los Franceses, que estaban en Inglaterra. Andaba entonces el Emperador sossegando las Comunidades de España, y buelto a Inglaterra, le pidiò el Rey Enrique le recompensasse las perdidas, que se le havian seguido, por aver abrazado su amistad. Notable peticion, y de un Rey tan grande, y entendido como Enrique, por la amistad en venta! Usò el Emperador de sus bizarrias, y prometiò dar veinte y quatro mil ducados cada año para el Rey, y sus Consejeros, y que Bolsèo los repartiesse, que fue como darselos a èl todos, presumiendo, quizà, que avia salido de su ambicion aquella demanda.

Con progressos tan infelices de privanza caminaba Bolsèo quando teniendo noticia de la muerte del Pontifice Leon, humeò su sobervia a querer ascender a la Tyara. Supo que andaban los Cardenales discordes, y suplicò al Rey Enrique que despachasse a Roma a Ricardo Paceo, para que en su nombre le negociasse con los de su faccion, que le eligiessen por Papa. Hasta aqui pudo llegar la privanza, la dicha, la ambicion de Bolsèo, pues yà que no llegò a la dignidad suprema, lo pretendiò por lo menos. El Rey le mandò a Paceo tomar la posta, mas fue diligencia en valde, pues antes que llegara a Roma supo como estaba ya electo Adriano Sexto. Bolsèo entonces, por no verse depuesto de la autoridad que gozaba, como Legado Apostolico, se valiò del Rey, y del Emperador, para q̃ le alcanzassen del nuevo Pontifice prorrogacion en su oficio. Consiguiòlo, en fin, a fuerza de favores, y a importunacion de ruegos, y con descredito harto del Pontifice. Para dexar memoria, fabricò Bolsèo dos Colegios, mas fue a costa de

las rentas de muchos Conventos de Religiosos, que con licē cia del Rey, y del Pontifice, fueron destruidos, y deshechos para el caso. Tales eran las buenas obras deste Cardenal, desnudar à Religiosos para vestir à Estudiātes, robar a los pobres para dotar sus Colegios. Con achaque de las guerras, pedia donativos quantiosos, sin reservar Eclesiasticos: a estos quitādoles a veces la mitad de las rentas: y a aquellos dexandolos arrimados a las paredes. Mas como para la guerra de Francia quisiesse sacar la sexta parte de las haciendas, amotinòse el Pueblo contra los Ministros, y temiendo el Rey algun levātamiento, diò por nulo el tal tributo. Con estas extorsiones, con tales tratamientos, què bendiciones del Pueblo grangearia el Cardenal? Grandes, y pequeños le aborrecian de muerte. Mas èl era contra todos, si todos contra èl, vengabase de manera que ninguno se la hacia, que no se la pagasse.

Tuvo noticia, que el Duque de Buchingamia, llamado Eduardo, murmuraba de sus cosas, y le notaba sus faltas de linage, y de costumbres. Sintiòlo infinito, y dissimulando el encono, se la jurò de vengarse. Comenzò, pues, a seguirle buscando toda ocasion en que poder sentar basa. Ofreciòsela su fortuna, y fue en esta manera: Tenia el Duque por Mayordomo en su tierra de Cancio a un Cavallero, llamado Carlos Cheneveto; quexaronsele sus vassallos de que recibian de el malos tratamientos, con que amonestado el Duque privò à Carlos del oficio. Supo el Cardenal Bolseo desta deposicion y disgusto, y llamando a Carlos, le acariciò mucho, y le ofreciò mercedes, porq̄ le declarasse si sabia alguna cosa contra el Duque. Carlos entonces, sin mirar la lealtad, sino solo a su passion, le dixo, que le havia oido decir, que si el Rey muriera sin hijos, èl havia de pretēder el Reino, y vengarse del Cardenal su enemigo. Y que en otra ocasion viò casi determinado al Duque de matar al Rey, por lo que le avia pronosticado un hechicero, de que estaba cercano a la Corona. No quiso Bolsèo saber mas de esto para hacerle el tiro; fuesse de cōtado al Rey, y dixole lo que passaba; y como en estas materias de escrupulos solo se ofende la Magestad, mandò citar al Duque para Londres. Pusieronle en prision, hizosele el cargo, sustanciòle la causa, y condenandole à muerte, fue degollado en la Plaza. Assi vengaba Bolsèo sus passiones, sin que para celebrar reparasse en homicidios.

Corriendo iba el año de 1525. quando el Rey Francisco de Francia fue presso por los Españoles en buena guerra, està do sobre Pavia. Traxeronle a Madrid, y en una Torre estuvo trece meses. Escozor, y sentimiento, que no olvidaràn jamàs los Reyes de Francia. Suele ser traza de ambiciosos ladearse al q̃ vèn caido, para admitir nuevas medras. Assi Bolsèo negociò con su Rey Enrique, que rogasse al Emperador por èl Frances. Hizolo Enrique con todo esfuerzo, y mediãte estos ruegos, saliò de la prision, baxo ciertas condiciones, y dexãdo dos hijos en rehenes. Salia el Rey Francisco de la Torre de Madrid como el toro agarrochado quando se escapa del coso: miren qual irìa para guardar palabras. Lo que hizo fue hacerse mui amigo del Inglès, en agradecimiento de su intercession, y revolver la feria de tal modo, que vino à malquistarle con el Emperador. La causa fuè el Cardenal Bolsèo, q̃ como llevaba del cabestro (mengua grande!) a su Rey donde queria, sentido de que el Emperador no le havia dado el Arzobispado de Toledo, que vacò entonces, le hizo perder la amistad, y aun embiarle una embaxada de desafio, sobre decir, no le havia dado parte de la presa de Pavìa.

Hasta aqui ha sido decir como en epitome las gracias, y virtudes del Cardenal Bolsèo; y no hago mal en darles este nombre a sus embustes, engaños, y codicias, pues aunque fuè todo tan pernicioso, y malo, puede llamarse virtud, respeto de las maldades insolentes con que acabò con el Rey, y destruyò aquel Reino. O plegue al Rey soberano Jesu Christo, que al Princide, ò Monarca, que leyere este sucesso, ò tuviere sus noticias, le sirva de escarmiento, en no dexarse hechizar de un mal Privado! Estaba casado el Rey Enrique con la Serenissima Reina Doña Catalina, hija de aquellas dos Catholicas Columnas de la Fè D. Fernando, y Doña Isabèl, y tia del Emperador Carlos Quinto. En lazada estrecha del dulce Matrimonio avian passado muchos años, quãdo intentò Bolsèo deshacerla, y rõper lo indissoluble. La causa q̃ le moviò fuè, que la santa Reina le era siempre contraria a sus designios, no podia ver sus cosas, y le reprehendia sus temeridades sus codicias, y sus enredos. Queriala mal por esto, debiendo por lo mismo quererla bien, y estimarla. Añadiòse luego decirle cierto Astrologo, ò hechicero, que por una muger avia de perder todas sus dignidades, y la vida. Es proprio de tiranos,

nos, y ambiciosos, instados de su mala conciencia, valerse de hechicerias, para saber su fin, y paradero. Yà lo vimos en Saul y en otros semejantes, que traximos para exemplo, y de ordinario permite el Cielo, que les caiga la desgracia por donde lo imaginaban. Pensando, pues, Bolsèo, viendo siempre à la Reina tan azeda contra èl, que era ella por donde le corria el peligro, armòse de venganza, y tirò a descomponerla. Maquinò consigo la maldad de decir, que havia sido nulo el Matrimonio del Rey Enrique con la Reina Doña Catalina, por quanto ella avia sido casada primero con el Principe Artur, hermano del mismo Entique, y que este impedimento era de derecho Divino, sobre el qual no podia el Pontifice aver dispensado. Diò parte deste intento al Obispo Linconiense, como amigo suyo, y Cōfessor del Rey, y hallòle de su sentir. Resolvieron ambos, que se avisasse al Rey dello. Tomò Bolsèo la mano, y fue à la buena ocasion (que para el mal nunca falta) q̄ miraba el Rey con algun cuidado à una Dama de la Reina llamada Ana Bolena. Dixole, pues, con preambulos de pesaroso, y con arengas, de q̄ su conciencia le movia, que mirasse q̄ no estaba casado, sino en un estado triste, cometiendo mil incestos. Poco alterado el Rey (quizà que yà se holgaba) le preguntò el como; explicòselo Bolsèo, y aviendo conferido sobre el caso, se resolviò Enrique apartarse de la Reina. Diòla à entender las causas, y aunque la santa señora alegò en su defensa estàr dispensando aquel impedimento, sin valerla su razon se efectuò el divorcio en tanto q̄ se ventilaba la causa.

Mostròse el Rey zeloso de la verdad (si bien bebia de quedarle otro en el pecho) y assi despachò a Roma, para que el Papa Clemente, que entonces regia la Iglesia, embiasse su Legado à entender, y examinar cosa tan grave. Fuè embiado el Cardenal Laurencio Campegio, por acompañado del Cardenal Bolsèo, que, como queda dicho, hacia tambien oficio de Legado Apostolico en Inglaterra. Consultaronse a todas las Universidades de Italia, y Francia: tomaronse pareceres de los Theologos mas eminentes de aquel siglo: y todos concordaron, que era vàlido el Matrimonio del Rey Enrique con la Reina Doña Cathalina, y q̄ el Papa pudo dispensar el impedimento de primero grado de afinidad, por ser derecho positivo. Con disputas, con textos, con razones concluyeron à Boisèo, y a los de su sentir, los que hacian por el Papa:

y assi viene bien lo que apunta Pineda de una Historia manuscrita, que la noche antes que huviesse el Cardenal Campegio de pronunciar la sentencia en favor del Matrimonio, se fue Bolsèo al Rey, y le dixo lo q̃ estaba yà resuelto por el Legado, q̃ prestasse paciencia, que èl no avia podido mas. A lo qual el Rey le respondiò enojado, que se fuesse de Palacio, y que no estuviesse mas en su presencia, pues haviendole metido en un conflicto tan arduo, le dexaba al mejor tiẽpo. Por otra parte, dice el mismo Autor con Polidoro, que la Reina Doña Catalina, bañada en llanto, fuè al Convento de Predicadores, y recusò a Bolsèo, apelando de su causa para solo el Pontifice Romano. Uno, y otro pudo acontecer, y mas si colegimos lo que varian los Autores, que el desmayar Bolseo, fue quizà por ver frustrado su intento, viendo tan metido al Rey con Ana Bolena, y tan enamorado de ella, porq̃ èl queria casarle con una hermana del Rey de Francia, viuda de el Duque de Alonsòn, traza q̃ yà èl tenia urdida con el Frances. Como le viò, pues, ladeado a otro designio, y en parte, qual era una Dama, donde no podia hacer presa su codicia, pudo ser se arrepintiesse de la maldad, y se conformasse por esso cõ el Legado. En fin, el Rey no solo se quexò de sus Grandes de haverle metido Bolsèo en aquel laberinto, y querer bolverse atras, sino que a la misma Ana Bolena, que ya la trataba como a su muger, le dixo mui lastimado el proprio sentimiento. Ea, pues, aora verà Bolsèo, qual es la muger, que segun el Astrologo, le ha de abatir de la cumbre, y derribarle del mando. Si por pensar, que la Reina Catalina avia de ser su muerte, la armò lazos tan crueles, desuniendola del lazo del Santo Matrimonio, abriendo puerta a la heregia, y a la perdicion de toda Inglaterra; ahora experimentarà, que lo mismo que ha buscado, que es casar al Rey con otra, essa le pone, y le arrastra al pago merecido.

Era Ana Bolena una Dama descocada, altiva, y libre, falta, que la alaban las bizarrias de hermosa, pues siempre lo compuesto fue esmalte de la hermosura. Como ya se miraba Reina, querida del Rey, y respetada de los que lo sabian, sintiò grandemente, que se le desbaratasse el Reinado, y que Bolsèo, que havia de dar calor, se mostrasse tibio. Luego si alcanzò a saber, que era la causa, no desearle a ella la Corona, añadiria incendios a su enojo, y assi apesadumbrada, y ven-

vengativa le dixo al Rey, que andaria mas acertado en apartar de si al Cardenal Bolsèo, que no darle tanta mano en los negocios, que le embiasse a su casa, y le ahorrasse de consultas. El Rey, que ciego del amor, se havia entregado todo à la hermosura, tratò de complaceria, y aliviarla sus enojos. Quitòle a Bolseo el sello de GranChanciller, y con palabras pesadas le mandò se saliesse de Palacio, como ya diximos, y q̄ no se entremetiesse en negocio alguno, so pena de su desgracia. Mire el cuerdo, y avisado con la facilidad que se truecan las dichas, y quan a poco baibèn ruedan las privanzas. Aturdido se quedò Bolsèo de ver desecho el hechizo, con q̄ lo mandaba todo. Temiò como cuerdo verse en mas aprieto y darles a sus emulos mas gusto (que en desconcertandose el relox de la fortuna, no queda rueda con rueda) y asi le pidiò al Rey por merced, le dexasse ir en paz a su Obispado. Otorgoselo por modo de destierro. Llevòle el Duque de Norfoc à una Villa del Obispado de Vintonia, y de alli a tierra de Eborazo, donde desabrido, y triste, comenzò à sentir sus cuitas.

Privado de la privanza el Cardenal Bolsèo, quiso el Rey Enrique hacer tema su injusticia, y sustentarla à pesar de la razon, todo por dàr gusto à Ana Bolena, en tomarla por muger, y coronarla por Reina: por lo qual, sin dàr lugar à que el Cardenal Campegio pronunciasse la sentencia à favor del primero Matrimonio, le mandò salir de su Reino. Descomulgòle el Papa sobre el caso. Menospreciò las censuras, y negandole la obediencia, abriò puerta à la heregia: hizo llamarse Cabeza de la Iglesia: adjudicòse los diezmos, y rentas Eclesiasticas; casòse con Ana Bolena: hizo jurarla por Reina, puso en Aquimoltòn, una jornada de Londres, à la Reina Doña Catalina, donde vino à morir, lastimada à golpes de sentimientos: y finalmente, borrò de Inglaterra el nombre Catholico à costa de muchos Martires. Toda esta desdicha, toda esta perdicion, todos estos daños acarreò el mal consejo de Bolsèo, que como mal privado, aconsejò tanto mal. Veamos, pues, en què pàra.

En un Pueblo de su Arzobispado Eboracense, como hemos dicho, passaba su vida, donde tal vez, ò por alegrarse, ò por fingirlo, se daba al agassajo, y al cortejo de sus mismos subditos; mas no por esso los que estaban ofendidos, ò agraviados, le hacian buena cara; antes le procuraban hacer los

dis-

y assi viene bien lo que apunta Pineda de una Historia manuscrita, que la noche antes que huviesse el Cardenal Campegio de pronunciar la sentencia en favor del Matrimonio, se fue Bolsèo al Rey, y le dixo lo q̃ estaba yà resuelto por el Legado, q̃ prestasse paciencia, que èl no avia podido mas. A lo qual el Rey le respondiò enojado, que se fuesse de Palacio, y que no estuviesse mas en su presencia, pues haviendole metido en un conflicto tan arduo, le dexaba al mejor tiẽpo. Por otra parte, dice el mismo Autor con Polidoro, que la Reina Doña Catalina, bañada en llanto, fuè al Convento de Predicadores, y recusò a Bolsèo, apelando de su causa para solo el Pontifice Romano. Uno, y otro pudo acontecer, y mas si cotegimos lo que varian los Autores, que el desmayar Bolseo, fue quizà por ver frustrado su intento, viendo tan metido al Rey con Ana Bolena, y tan enamorado de ella, porq̃ èl queria casarle con una hermana del Rey de Francia, viuda de el Duque de Alonsòn, traza q̃ yà èl tenia urdida con el Frances. Como le viò, pues, ladeado a otro designio, y en parte, qual era una Dama, donde no podia hacer presa su codicia, pudo ser se arrepintiesse de la maldad, y se conformasse por esso cõ el Legado. En fin, el Rey no solo se quexò de sus Grandes de haverle metido Bolsèo en aquel laberinto, y querer bolverse atras, sino que a la misma Ana Bolena, que ya la trataba como a su muger, le dixo mui lastimado el proprio sentimiento. Ea, pues, aora verà Bolsèo, qual es la muger, que segun el Astrologo, le ha de abatir de la cumbre, y derribarle del mando. Si por pensar, que la Reina Catalina avia de ser su muerte, la armò lazos tan crueles, desuniendola del lazo del Santo Matrimonio, abriendo puerta a la heregia, y a la perdicion de toda Inglaterra; ahora experimentarà, que lo mismo que ha buscado, que es casar al Rey con otra, essa le pone, y le arrastra al pago merecido.

Era Ana Bolena una Dama descocada, altiva, y libre, falta, que la alaban las bizarrias de hermosa, pues siempre lo compuesto fue esmalte de la hermosura. Como ya se miraba Reina, querida del Rey, y respetada de los que lo sabian, sintiò grandemente, que se le desbaratasse el Reinado, y que Bolsèo, que havia de dar calor, se mostrasse tibio. Luego q̃ alcanzò a saber, que era la causa, no desearle a ella la Corona, añadiria incendios a su enojo, y assi apesadumbrada y ven-

vengativa le dixo al Rey, que andaria mas acertado en apartar de si al Cardenal Bolsèo, que no darle tanta mano en los negocios, que le embiasse a su casa, y le ahorrasse de consultas. El Rey, que ciego del amor, se havia entregado todo à la hermosura, tratò de complacerla, y aliviarla sus enojos. Quitòle a Bolseo el sello de Gran Chanciller, y con palabras pesadas le mandò se saliesse de Palacio, como ya diximos, y q̃ no se entremetiesse en negocio alguno, so pena de su desgracia. Mire el cuerdo, y avisado con la facilidad que se truecan las dichas, y quan a poco baibèn ruedan las privanzas. Aturdido se quedò Bolsèo de ver desecho el hechizo, con q̃ lo mandaba todo. Temiò como cuerdo verse en mas aprieto y darles a sus emulos mas gusto (que en desconcertandose el relox de la fortuna, no queda rueda con rueda) y assi le pidiò al Rey por merced, le dexasse ir en paz à su Obispado. Otorgoselo por modo de destierro. Llevòle el Duque de Norfoc à una Villa del Obispado de Vintonia, y de alli a tierra de Eborazo, donde desabrido, y triste, comenzò à sentir sus cuitas.

Privado de la privanza el Cardenal Bolsèo, quiso el Rey Enrique hacer tema su injusticia, y sustentarla à pesar de la razon, todo por dàr gusto à Ana Bolena, en tomarla por muger, y coronarla por Reina: por lo qual, sin dàr lugar à que el Cardenal Campegio pronunciasse la sentencia à favor del primero Matrimonio, le mandò salir de su Reino. Descomulgòle el Papa sobre el caso. Menospreciò las censuras, y negandole la obediencia, abriò puerta à la heregia: hizo llamarse Cabeza de la Iglesia: adjudicòse los diezmos, y rentas Eclesiasticas; casòse con Ana Bolena: hizo jurarla por Reina, puso en Aquimoltòn, una jornada de Londres, à la Reina Doña Catalina, donde vino à morir, lastimada à golpes de sentimientos; y finalmente, borrò de Inglaterra el nombre Catholico à costa de muchos Martires. Toda esta desdicha, toda esta perdicion, todos estos daños acarreò el mal consejo de Bolsèo, que como mal privado, aconsejò tanto mal. Veamos, pues, en què pàra.

En un Pueblo de su Arzobispado Eboracense, como hemos dicho, passaba su vida, donde tal vez, ò por alegrarse, ò por fingirlo, se daba al agassajo, y al cortejo de sus mismos subditos; mas no por esso los que estaban ofendidos, ò agraviados, le hacian buena cara; antes le procuraban hacer los

dis-

disgustos que podian. Señalòse en esto un Milord Sanz, por averle quitado mil escudos de renta: y como haviesse alcãzado a saber, que Bolsèo, descontento de su suerte, ò temeroso de peor fortuna, se queria huir a Escocia, pareciòle buena ocasion para despicar su sentimiento, contandoselo al Rey. Comunicòlo con algunos amigos, hallòlos de su parecer, y pusolo por obra. Fuesse a Londres, y dixole al Rey, como el Cardenal Bolsèo avia repartido libreas a mas de docientos hombres en la Ciudad de Eborazo, y que andaba una voz sorda, que se queria passar a Escocia con todo el rico tesoro q tenia. Encendido el Rey de enojo, y mas si la nueva Reyna atizò el fuego, diò comission de contado al mismo acusador para que con la guarda necessaria fuesse à Yorca (es la misma Ciudad de Eborazo) y prendiendo al Cardenal, le traxesse a Londres con toda la recamara, joyas, y dineros, que tuviesse. Partiòse Milord Sanz con cinquenta Alabarderos; otros dicen, que fue el Conde de Nortumbria: quiza fueron los dos uno por cabo, y otro por Ministro: que para caso tan grave, como era prender, à un Arzobispo, y Cardenal, persona de mucha cuenta se embiaria. Llegaron, pues, a Yorca en ocho dias, hallaron al Cardenal, que se assentaba a la mesa; combidòlos a comer, y respondieron, que no llevaban tanto espacio, ni era tiempo de combites que se tuviesse por presso, y se aprestasse para caminar a Londres. Què amargo se quedaria Bolseo, considerelo el curioso. Verse sin libertad el que mandò a Inglaterra, verse cercado de guerras quien no respetaba à Grandes, verse solo, quien tuvo a un Rey por amigo: què pesar no sentiria! què amargura! què dolor!

Presso, pues, le saquearon la casa, desbalijaron baùles, y escritorios, cargaron con toda la riqueza, que avia atesorado su codicia, y juntamente con el marcharon a la Corte. A la segunda jornada se sintiò indispuesto, ò fingiò estarlo, y al ir le a requerir aquella noche, hallaron que estaba muerto. Que el se muriò de repente, dicen unos, y es harta desdicha. Que el se matò con ponzoña, sienten otros, y es harta desgracia, y uno, ù otro es harto malo. Veis aqui el fin del Cardenal Bolsèo; y aun si no muriera assi, dicen, que dixo el Rey, q le diera peor muerte: mas afrentosa si pudiera ser: mas no sè yo què peor. Andad, a fiar de privanzas de los Reyes, y en virtud de esso haced tiranias, ultrajad los nobles, malquistaos con el

el comun, que al cabo de la jornada no os faltarà una horca como à Aman: un cadahalso como à D. Alvaro de Luna, una espada atravesada, como à Doech, ò un vaso de ponsoña, como à Bolsèo. O Privados de los Felipes de España, y quan subordinados al gusto de vuestros Reyes os portais en todas las materias! No como Bolsèo, ni como aquellos validos que hemos mencionado, que haciendo tyrania la privanza, se hicieron al mundo odiosos.

EXEMPLO QUINTO.

Porque admira, y causa assombro, que a un Rey como Enrico Octavo de Inglaterra, mui docto, mui entendido, y mui Catholico en sus principios, pues mereciò del Pontifice Leon el titulo honroso de Defensor de la Iglesia, le hiciessen prevaricar malos Consejeros, y Privados, me ha parecido no apartarme de su historia, para traer mas exemplos, pues los hai en ella tan frescos, y tan grandes, que bastan à atemorizar à los que estàn mas validos de sus Reyes. Por la caida de Bolseo, entrò en la plaza de Gran Chancillèr cierto Thomàs Moro, un hombre de gran talento, bien entendido, y bien quisto: Todo lo mostrò en oponerse a los designios del Rey, no quererle jurar por Cabeza de la Iglesia: ni alhagos, ni caricias, ni promessas fueron bastantes à apartarle de lo justo: Degollaronle por ello, y muriò Martyr. Y si todos los q̃ ascienden à Consejeros fueran como este, aconsejando lo justo, ni ellos se condenaràn, ni los Reyes se perdieran. Por muerte de Thomàs Moro diò el Rey Enrique su sello de Chanciller à Cremuèl, hombre amigo de agradar en lo justo, y en lo injusto; hombre de los del tiempo, aduladores, y lisonjeros, q̃ hasta del mal que hacen les dàn gracias à los Reyes: hombre de baxos principios, hijo de un herrero, à quien su saber, y su dicha le levantò à la altura. Destos fuè Cremuel, y assi deseoso de manifestar sus servicios, y adquirir para el Rey un gran tesoro, le diò por consejo, q̃ deshiciesse los Monasterios, y reduxesse los diversos habitos de Religiosos à un genero de vestidos, mandando primeramente, q̃ todos los Frailes se vistiessen como Clerigos: ardid diabolico para despojarlos de sus rentas, y echarlos de sus casas. El Rey, q̃ de averse hecho jurar por Cabeza de la Iglesia, era fuerza irse deslizado à otros temores, le diò la mano à Cremuèl de hacer

*Autores desta Historia Paul Jov. Georg lib. Pontac. Burd. in Chron. Ioan. Tilius in Chrò. Suri in Commentariis Pined. in Monarc. 4. p. lib. 29. cap. 24. &c.

lo

que quisiesse. Quien pensàra tal de un Rey entendido! Mas
quien no lo pensàra de un Rey dexado de Dios!

Viendose Cremuèl con la comission de su codicia, despa-
chò en nombre del Rey por toda Inglaterra, mandando a to-
dos los Religiosos de qualesquier Ordenes, que dentro de
treinta dias, depuestos sus Habitos, usassen del Habito Cleri-
cal. Anduvieron los Frailes tan leales al mandamiento de
el Rey, como desatentos a su Religion, pues dentro de ocho
dias se vistieron todos de Clerigos, ganosos de libertad q̃ por
alli adquirian; mas ellos la pagaràn, sin que queden para Frai-
les; porque el buen Religioso antes debe perder la vida, que
el Habito que professa; en medio año no quedò memoria de
Fraile en toda la Isla: Todos se reduxeron al manteo, y sotana.
todo era ya Clerecia, mucha libertad, poca Religion. Esto assi
dispuesto, mandò Cremuel, que en un dia señalado, teniendo
dadas ordenes secretas a todos los Governadores de los Pue-
blos, echassen de sus Conventos a los Frailes mestizos, y q̃ se
confiscassen para el Rey todas las rẽtas, toda la plata, y oro, y
hasta los vasos, colgaduras, y ornamentos de las Iglesias, y Al-
tares. Què mas pudo hacer Nabuco en el Templo de Jerusa-
lèn! Ni què mas barbaro anduvo Balthasar en Babylonia, pro-
fanando lo sagrado, que Enrique en Inglaterra, rompiendo
fueros Divinos! Solo un mal consejo de un Privado le obliga-
rà a hacer a un Rey maldades semejantes, sacrilegios, y robos
impìos, pues hasta las Cruces, Calices, y Patenas no se esca-
pan. En metiendo un Consejero la mano en cosas de la Iglesia
le avia de privar el Rey, aunque fuera su privado: pues es an-
tes Dios, antes la salvacion, que todo humano interès.

Los Religiosos, ò Clerigos nuevos, se hallaron en una ho-
ra como Frailes de comedia, sin habitos, y sin casas, y sin te-
ner que comer: justo castigo, pues tan faciles se negaron al
servicio de Dios. Confussos, avergonzados, y perdidos se
esparramaron à diversas partes: de ellos se hicieron solda-
dos, de ellos se acomodaron a mendigos. Temeroso el Rey
de que alguno de los Grandes quisiesse favorecerlos sobre
lo que les havia tomado, partiò con ellos el robo, y assi na-
die hablò palabra. Nuevas censuras fulminò contra èl el
Pontifice, privandole del Reino, y dando authoridad
para quedarse con èl, a quien se le tomasse. La desdicha
fue, que nadie arrostrò a la empressa, por la oposicion
tan

tan grande entre el Emperador, y el Rey Francisco, cuya enemistad fue estorvo de muchas cosas. Antes el Frances se hizo mui amigo del Rey Enrique, y se vieron en Calès, y en Bolonia de Francia, cortejandose uno a otro con mui solemnes fiestas, y hallandose en ambas partes la señora Ana Bolena, que recibiò del Rey Francisco grandes cortesias. No sè que fuesse esta accion y esta amistad de lo mui Christiano, por ser tal tiempo, en que el Vicario de Christo tenia aclarado a Enrique por herege: Pero entrarà aqui nuestro Proverbio Español *Allà van leyes donde quieren Reyes.*

Mui notado de tirano quedò Cremuel, por lo que hizo con los Conventos, y Frailes; pero para con el Rey quedò tan valido, que en publico, y en secreto era alabado de èl diciendo, que quien tocasse a Cremuel, experimentaria sus enojos. Tomòse Cremuel con esto tanta mano, que lo governaba todo, y todos le obedecian como al mismo Rey. Quando juraron por Princessa a la hija de Ana Bolena, llamada Isabel, dando por bastarda a Madama Maria, hija de la Reina Doña Cathalina (cuyo pesar cortò el hilo de la vida a la santa Reina) levò Cremuel al Parlamento un papel de esta substancia: *Yà, señores, havreis sabido, como por inspiracion de el Cielo, el Rey nuestro Señor se apartò de el pecado en que estaba tratando como à muger à la Princesa de Calès; y ahora de la que es legitima, y Reina nuestra, ha tenido fruto de bendicion, y porque su Magestad os estima, no quiere hacer cosa alguna, sin comunicarla primero con vosotros. El caso es este: Que pues Madama Maria fue engendrada en pecado mortal, por la nulidad del Matrimonio, assi no es vàlida la jura que la hicisteis de Princesa heredera de estos Reinos; por lo qual quiere el Rey darla por bastarda, y que Madama Isabel sea jurada por Princesa.* Mudos, y suspensos quedaron todos los Grandes, sin que en mucho rato hablasse alguno, y viendo Cremuel tanta tibieza, levantò la voz, y dixo: Ahora se ha de ver señores, la voluntad que teneis à su Magestad, el afecto que os debe: este el gusto del Rey, y desea saber vuestro gusto. Entonces, dexando el encogimiento, dixeron todos a voces, que estaban mui promptos a hacer quanto el Rey mandasse, y a jurar quanto les pidiesse. Con estas astucias hacen algunos que asientan los Procuradores de Cortes a quanto se les pide, con levantar la voz, con

dar

dar los gritos amedrentan los animos, y aturden à los medrosos, con que les hacen firmar todo lo que se les manda. Assi mañoso Cremuèl consiguiò para Enrique lo que quiso, y al cabo de la jornada le vendrà el pago del Cielo.

Como andaba Cremuel tan desvelado, y solicito en las cosas de su Rey, buscando siempre en que agradarle, y servirle, permitiò el Cielo, para castigo, y confusion de entrambos, le hiciesse tambien servicios de harta pesadumbre, que tales vienen a ser los que descubren afrentas. Olvidada la Reina Ana Bolena de lo que debia al Rey, y de lo que una muger principal se debe a sì misma, se vino à dexar vencer de su flaqueza, sin que el freno de la razon sujetasse su apetito. Como era gran baylarina, y todo su divertimiento eran danzas y saraos, se hallò perdida, y enamorada de tres de sus musicos, famosos danzadores, y hombres baxos todos tres. Quien pensàra tal baxeza de una Reina! Mas quien no lo pensàre de Reina moza, y hermosa, que se pone à danzar con bailarines! Siempre està en las ocasiones dissimulado el peligro, y amenazado el riesgo; y no porque sea hombre humilde un Maestro de danzar, podrà aver seguro, si ella gusta de danzar con èl. De danzas desiguales, què mucho se engendren otras mas ruines danzas? Marcos, y Maestre Nores, y Maestre Briuntòn eran los galanes de la Reina, y de ellos era Marcos el querido, y por quiẽ ella andaba perdida mas. Una vieja criada de Camara, llamada Margarita, era la Secretaria, ò la tercera, tan diestra en el oficio, que negociaba por tres, sin que supiesse uno de otro. Como era Marcos quien arrastraba mas afecto de la Reina, ella le enriqueciò de modo, y le puso tan galan, que ningun señor andaba mas bizarro. Nores, y Briuntòn concibieron zelos yà de verle tan medrado, ya de ver q̃ no los llamaba la Reina las veces que solia. Marcos tambiẽ tuvo zelos, viendolos inquietos, y aun se lo dixo a la Reina. Ella con su buen despejo lo tomò por chanza, y a fuerza de su dissimulo le desluciò las sospechas. Cumplia con los tres a diversas noches, quando el Rey estaba ausente, siendo la Maestra de tres tan grandes danzantes la buena Margarita, miren si es buena esta danza para un Rey de Inglaterra. Mas què le havia de dàr el Cielo a quien dexò una muger tã santa como la Reina Doña Cathalina, por agradar à la beldad de una dama danzadora? Quien por una muger dexò à la Igle-

Iglesia, y à Dios, muy justo es que ten ga en ella la causa de su deshonra.

Como llegasse à oìdos deCremuèl el rumor,y mala sonada de estas liviandades,(pues tanta desemboltura mal podia estàr secreta)como tā Privado,y zelador de su Rey,quiso averiguar la verdad, y acudir al remedio. Mandò,pues, llamar à Marcos, a tiempo que con costosas galas,y libreas se estaba apercibiendo para salir a unasJustas,por mādado de la Reina:(cortejo,q̄ queria hacer para la vuelta del Rey a Lōdres, desde Huiusora) encerròle en su retrete, y preguntòle: que què rentas tenia para tan costosos gastos? A que respondiò Marcos,medio turbado,que era emprestado todo.No puede ser esso(replicòCremuèl)pues a hombre de tan poco credito como vos,ni Mercader,ni Assentista no diera, ni fiara tanta moneda,ni dinero,como dicen, que sembrais : Y asi, confessad quien os lo ha dado, si no quereis que un verdugo os abra a tormentos.Quedò Marcos aturdido,sin saber què hablar,ni què decir. Entonces Cremuèl hizo que le atormētassen. A las primeras vueltas confessò Marcos, que la Reyna era quien le socorria,por razon de Musico de su Alteza. No basta(dixo Cremuèl) las cien doblas, ò escudos, que os estàn assignados a los gastos excessivos que aveis hecho estos dias, pues montan mas de dos mil. Apretarōle el cordel,y mostrò su ruindad en lo poco sufrido, y pidiendo le dexassen, hizo una confession en esta forma:Digo,señor,q̄ estando la Reyna un dia acostada en su cama,en tanto, q̄ sus damas divertidas en danzar la entretenian, me mandò, q̄ me acercasse à ella.Lleguè,hincando la rodilla junto al lecho,y declaròme su voluntad,y aficion.Yo, desvanecido, assenti a su gusto, y esperando ocasion de que el Rey se ausentasse de laCorte,su criada Margarita me llamò una noche,encerròme en su retrete,y a la hora del silēcio, quādo ya todas las damas estabā recogidas,me sacò de alli,y me llevò hasta la cama de lrReina.Confiesso,pues,que entonces, y otras muchas noches cō la misma traza he ofendido con ella a mi Rey, y q̄ merezco el castigo. Nores tambien, y Bruytòn, segun cosas que he visto,no estàn libres de pecado. De esto han manado mis bizarrias,las joyas,y dineros,con que he dicho quanto passa.

Admirado se quedò Cremuèl con traicion semejante, y mandando llevar à Marcos â la Corte,q̄ es una Carcel fuerte

del Castillo; donde de ordinario los que entran, salen para el suplicio. Escriviòle luego al Rey estas dolorosas nuevas. Mostrò Enrique corazon à lo recio del golpe, y armòse de sufrimiento. No quiso que cessassen las fiestas aplazadas en Granuche, tres millas de Londres; donde al parecer se hallaba la Reina. El se fue à Huemester, su Real Palacio, y desde alli despachò orden à Cremuèl, que pusiesse tambien presos à Nores, y Briuntòn, y à otro Maestre Yuguer. Esto executado, y passadas las fiestas, tristes para la Reina, porque no viò en ellas à Marcos, bien ignorante de la mension q̃ tenia, fue à Granuche el Capitan de la Guarda en la Barca del Rey, y dixo à la Reina, como su Magestad enviaba por ella. Admiròse de la novedad, y quizà la mala conciencia pulsò al corazon con el sobresalto. Embarcòse, pues, con todas sus damas, y guiò la Barca à la Torre. Preguntòle ella si estaba alli el Rey; y fue la respuesta, decir el Capitan al Alcayde del Castillo: veis aqui la Reina, que por mandado del Rey os la entrego prisionera, y se os manda, la tengais en buena guarda. Tomòla entonces el Alcayde del brazo, y con solas dos damas la metiò en la Torre: si confusa, si pasmada, si corrida, ello se dice.

Presa assi la Reynà, mandò el Rey à Cremuèl, que con el Arzobispo de Contuber, y el Duque de Norfoc fuessen à tomarla la confession. Llegaron con las ceremonias de tristeza, que puede presumirse; y como apesarados de su desgracia, manifestando con los semblantes, mas que podia pronunciar la lengua. La Reyna, que era descocada, y luego estaba rabiosa, dixoles con desahogo: *No me vengais à gemir, ni perdais tiempo en cumplir à lo que os embian. En pocas palabras llevareis mi confession: y es, que jamàs he agraviado al Rey sino que èl, ladeado à otro amor, quiere dexarme, como hizo con la señora Doña Cathalina.* Replicaronla entonces, que no tenia razon, pues estaba probado su delito, y podria verlo de la Confession de Marcos. Ella mas enfurecida, como quien se veìa apretar mas los cordeles, dixo: *Lo que yo digo es verdad, trazas son todas del Rey para dexarme, porque Juana de Samìr le trahe inquieto, y la querrà hacer Reyna. Pues haga lo que quisiere, que no ha de saber de mi otra cosa, y es falsa qualquiera otra confession que se aya hecho.* Dixeronla tambien, que con el Duque su hermano esta-

estaba infamada, que tenia malos tratos, dignos de un gran castigo. A lo qual respondiò ella con el corage a los ojos, lagrimas en emocion: *No digais tal, Chancillèr, Duque, y Arzobispo, no me apureis mas. Mi hermano està innocente, y no porque entra à verme en mi cama algunas veces, se ha de hechar à mala parte, siendo hermano mio. Mas todo serà quitar el Rey de delante los que pudieran valerme: haga quanto quisiere, y idos, y dexadme, que no dirè mas palabra.*

Bolvieron al Rey con lo q la Reyna avia dicho; y admirado de sus brios, tratò de amansarlos. Pronunciò sentencia de muerte contra todos. A la vieja Margarita, que a pocas bueltas confessò sus tramas, la quemaron enfrente de las rexas donde estaba la Reina, q lo sintiò infinito, con muchos ademanes. Al Duque hermano de la Reina, que muriò negativo, y a Nores Briuntòn, y Marcos, que confessaron su culpa, los degollaron en un dia. Y a cinco dias despues, sacaron a la Reina a la Plaza del Castillo, que por pedirlo ella, que no fuesse su muerte a vista de Estrangeros, se le otorgò por merced, y subiò al cadahalso con animo tan entero, con tanto brio, con semblante tan alegre, que fue pasmo a quantos la miraron. Iba vestida de una ropa de damasco, bien prendida la cabeza, y recogido el cabello con una cofia de red. Tendiò los ojos al gentio que la veia, y dixoles animosa: *No entendais, los que mirais atentos, que me pesa de morir, quando muero sin culpa, y innocente; solo siento, que mi altivèz, y sobervia de apartar al Rey de la Reyna Doña Cathalina, mi señora, me ha humillado à esta desdicha. Quanto me han acusado, todo es falso, y Juana de Samur hace conmigo, lo que yo hice con la Reyna.* No la dexaron proseguir, y sin querer confessarse, ni aun en aquella hora, fue degollada en un punto; y assi tuvo el pago merecido, pues el hechizo de su beldad fue causa que hiciesse el Rey tantos desaciertos.

Como al tiempo de estas cosas era Cremuèl el Privado, y quien lo mandaba todo, y son cosas tan notables, y no enfadara al Lector oirlas, ni saberlas, por esta causa las voi ingiriendo, aunque de passo, y para que entiendan las mas grandes señoras, que ay tambien cuchillo para las que faltan a sus obligaciones, sin que los tymbres de la Corona solapen demasias. Faltas mui menudas de una Reina parecen grandes tales; y querer faltarse à la fee que a un Rey se debe, he-

del Castillo; donde de ordinario los que entran, salen para el suplicio. Escriviòle luego al Rey estas dolorosas nuevas. Mostrò Enrique corazon à lo recio del golpe, y armòse de sufrimiento. No quiso que cesassen las fiestas aplazadas en Granuche, tres millas de Londres; donde al parecer se hallaba la Reina. El se fue à Huemester, su Real Palacio, y desde allì despachò orden à Cremuèl, que pusiesse tambien presos à Nores, y Briuntòn, y à otro Maestre Yuguer. Esto executado, y passadas las fiestas, tristes para la Reina, porque no viò en ellas à Marcos, bien ignorante de la mension q̄ tenia, fue à Granuche el Capitan de la Guarda en la Barca del Rey, y dixo à la Reina, como su Magestad enviaba por ella. Admiròse de la novedad, y quizà la mala conciencia pulsò al corazon con el sobresalto. Embarcòse, pues, con todas sus damas, y guiò la Barca à la Torre. Preguntòle ella si estaba allì el Rey; y fue la respuesta, decir el Capitan al Alcayde del Castillo: veis aqui a la Reina, que por mandado del Rey os la entrego prisionera, y se os manda, la tengais en buena guarda. Tomòla entonces el Alcayde del brazo, y con solas dos damas la metiò en la Torre: si confusa, si pasmada, si corrida, ello se dice.

Presa assi la Reynà, mandò el Rey à Cremuèl, que con el Arzobispo de Contuber, y el Duque de Norfoc fuessen à tomarla la confession. Llegaron con las ceremonias de tristeza, que puede presumirse; y como apesarados de su desgracia, manifestando con los semblantes, mas que podia pronunciar la lengua. La Reyna, que era descocada, y luego estaba rabiosa, dixoles con desahogo: *No me vengais à gemir, ni perdais tiempo en cumplir à lo que os embian. En pocas palabras llevareis mi confession: y es, que jamàs he agraviado al Rey sino que èl, ladeado à otro amor, quiere dexarme, como hizo con la señora Doña Cathalina.* Replicaronla entonces, que no tenia razon, pues estaba probado su delito, y podria verlo de la Confession de Marcos. Ella mas enfurecida, como quien se veìa apretar mas los cordeles, dixo: *Lo que yo digo es verdad, trazas son todas del Rey para dexarme, porque Juana de Samàr le trahe inquieto, y la querrà hacer Reyna. Pues haga lo que quisierre, que no ha de saber de mi otra cosa, y es falsa qualquiera otra confession que se aya hecho.* Dixeronla tambien, que con el Duque su hermano esta-

estaba infamada, que tenia malos tratos, dignos de un gran castigo. A lo qual respondiò ella con el corage a los ojos, lagrimas en emociòn : *No digais tal , Chancilièr , Duqne , y Arzobispo , no me apureis mas. Mi hermano està innocente , y no porque entra à verme en mi cama algunas veces , se ha de hechar à mala parte , siendo hermano mio. Mas todo serà quitar el Rey de delante los que pudieran valerme ; haga quanto quisiere , y idos, y dexadme, que no dirè mas palabra.*

Bolvieron al Rey con lo q̃ la Reyna avia dicho ; y admirado de sus brios, tratò de amansarlos. Pronunciò sentencia de muerte contra todos. A la vieja Margarita , que a pocas bueltas confessò sus tramas, la quemaron enfrente de las rexas donde estaba la Reina , q̃ lo sintio infinito, con muchos ademanes. Al Duque hermano de la Reina , que muriò negativo , y a Nores Briuntòn , y Marcos , que confessaron su culpa , los degollaron en un dia. Y a cinco dias despues, sacaron a la Reina a la Plaza del Castillo, que por pedirlo ella, que no fuesse su muerte a vista de Estrangeros , se le otorgò por merced, y subiò al cadahalso con animo tan entero, con tanto brio , con semblante tan alegre , que fue pasmo a quantos la miraron. Iba vestida de una ropa de damasco, bien prendida la cabeza, y recogido el cabello con una cofia de red. Tendiò los ojos al gentio que la veia , y dixoles animosa : *No entendais , los que mirais atentos , que me pesa de morir, quando muero sin culpa , y innocente ; solo siento , que mi altivèz, y sobervia de apartar al Rey de la Reyna Doña Cathalina , mi señora , me ha humillado à esta desdicha. Quanto me han acusado, todo es falso , y Juana de Samer hace conmigo , lo que yo hice con la Reyna.* No la dexaron proseguir , y sin querer confessarse, ni aun en aquella hora, fue degollada en un punto; y assi tuvo el pago merecido , pues el hechizo de su beldad fue causa que hiciesse el Rey tantos desaciertos.

Como al tiempo de estas cosas era Cremuèl el Privado , y quien lo mandaba todo, y son cosas tan notables, y no enfadara al Lector oirlas , ni saberlas, por esta causa las voi ingiriendo, aunque de passo, y para que entiendan las mas grandes señoras, que ay tambien cuchillo para las que faltan a sus obligaciones , sin que los tymbres de la Corona solapen demasias. Faltas mui menudas de una Reina, parecen grandes delitos ; y querer faltarse à la fee que a un Rey se debe , he-

rirle en la honra, mancillar su fama, es maldad tan atròz, que à faltar en la tierra la pena merecida, caeràn del Cielo castigos. Tercera, y quarta vez se casò el Rey Enrique, y ambas veces con damas de su Palacio. Era dado à hermosuras; y assi no buscaba, ni mas calidad, ni mas riqueza. La tercera vez se casò con Juana Samàr, quemazòn con q̃ muriò Ana Bolena. Fue mui buena Reina, pero muriò al primer parto. La otra fue con Cathalina Eguart, muchacha, y de buena cara. Avia querido bien a cierto Cavallero, llamado Culpeper, y èl la amaba para esposa. Picòle aquel amor despues de Reyna; dieronse danzando dos papeles; trataban de verse; descubriòse la Reina a una criada, esta la descubriò a ella; y sin mas delito, que el pensamiento (que para ofenderse un Rey, pienso que basta) fueron degollados Reina, y Cavallero. Pareciòle entonces a Cremuèl, lo q̃ a otros Privados, que dexamos dichos, (Eutropio en Constantinopla, y Don Alvaro de Luna en Castilla, y ambos se perdieron por su parecer) y es, q̃ casando al Rey de su mano, serìa mas dueño de su voluntad. O Privados ambiciosos, y de insaciable codicia, pues no contentos con tener a vuestro Rey avassallado, y sujeto a vuestro gusto, procurais echarle grillos de vuestra mano, como los de una muger, para tenerle cautivo, ò por tenerle mas presso!

Supo, pues, Cremuèl, que el Duque de Cleves tenia una hermana doncella, de estremada belleza, que como he dicho, el Rey no buscaba mas. Escriviòle, que le embiasse un retrato; pagòse mucho el Rey de èl. Avisòselo Cremuèl al Duque, dandose por tramador de la obra. Parece ser, que la doncella estaba ya desposada, y tratada de casar con cierto Cavallero, y por no perder el Duque ocasion tan grande como la de Inglaterra, despachò con cautela al desposado con ciertos negocios à Alemania, y ellà muriò de pesar quando entendiò la burla. El Rey Enrique, governado por Cremuèl, embiò por la novia, que vino hasta Inglaterra con mucha magestad, mucho fausto, y mucha pompa. En Dobla fue recibida de todos los Señores, y Damas principales de la Corte; y Cremuèl, loco de gozo, no contento con los Naturales, solicitò mañoso, que todos los Estrangeros, y cada Nacion de su librèa saliessen al recibimiento; y assimismo todos los Oficios con diversas invenciones, llegando el nume-

mero à mas de tres mil cavallos, q̄ de Granuche, hasta Londres, q̄ ay tres millas, formaron una calle en dos hileras (todo traza de Cremuèl, q̄ con un baston en la mano lo andaba governando) para q̄ el Rey, y Reina passassen hasta Palacio por medio de tal grandeza. Repararon los curiosos, y aun los que no lo eran tambien, en q̄ venia el Rey algo triste, y mal guisado, para aver ya dormido con la novia. Siẽpre la malicia humana se carga à lo peor, y mas en tales casos; pero no fue aqui falsa la presumpcion, porq̄ de verdad no hallò el Rey à la señora Ana de Cleves (q̄ este era su nombre) tan doncella, como debiera. El que seria, ò como avria sido, trahia mui desazonado al Rey, que no son cosa de burlas estos lances, aun para hombres de menos cuenta, quanto mas para un Rey, y que no era bobo. Desde este punto comenzò à mirar à Cremuèl de mal semblante, por averle trazado semejãte casamiento, por cuyo respeto no le quiso dàr parte de su disgusto; antes bien se guardò de èl para examinar la verdad. Hizo confiãza de cierto Gentil-hombre, llamado Bahòn, Cavallero de cuẽta, y dandole el dinero necessario, le despachò à Cleves, con orden, q̄ fingiesse passaba à Alemania à unos negocios, y que con prudencia, y cordura procurasse alli saber, si la Reina avia sido casada antes q̄ viniesse à Inglaterra. Este era el pretexto, mas mayor era el cuidado: que vender por doncella a una viuda, aun es cosa, que se le puede dàr à un hombre de bien; pero no hallarla doncella, sin aver sido casada, no es cosa para tragarse.

Llegò Bigòn à Cleves, è hizo tan bien el papel, que vino à sacar en limpio, que quando la Reina fue à casarse à Inglaterra, estaba desposada con un buen Cavallero, y q̄ fue violencia del Duque, aversela quitado para darla otro marido. Con esta averiguacion se bolviò Bigòn al Rey, que enterado bien del caso, llamò un dia à la Reina, y con mucho secreto la dixo: Unos rumores, è indicios me traen desassossegado, y à nada he de dàr credito, menos que vuestra verdad no me desengañe; y si me la decis, os juro por mi Corona, que aveis de hallar en mì quanta gracia me pidais. Yo he sabido, que estabais desposada con otro quando venisteis à casaros conmigo: Decidme, si esto es cierto, y si al darme à mi palabra era vivo vuestro esposo.

La Reina, que yà conoceria, que de su falta dimanaba la

mayor informacion, concediò por la parte que asseguraba el credito, y negò por la que sonaba à delito, diciendo: Ha de saber V. Mag. que yo estuve desposada cō cierto Cavaliero. Despachòle el Duque mi hermano a unos negocios, y dixòme, q̄ era ya muerto, quando se tratò de casarme con V. Mag. esto es lo que passa, sin q̄ yo sepa otra cosa. Con esta declaracion, y lo que èl sabia, vino à dàr por cierto, que avia sido nulo su matrimonio; pues teniēdo Ana de Cleves esposo vivo, no pudo casarse: con advertēcia, q̄ estos desposorios entre Ana de Cleves, y aquel Caballero, se entienden ser cō palabras de presente, que à ser de futuro, no se dirimiera ser el segundo, matrimonio, aunque se atropellara por el impedimento nacido del desposorio primero. En fin, el Rey muy amostazado, y muy sentido, le escribiò al Duque de Cleves grandes quexas, y à Cremuel le dixo muchos pesares, cada uno se escusò en su modo. El Duque, diciendo, que havia ya muerto el primer esposo (y era falso) quando le ofreciò por muger à su hermana; y Cremuèl acotando con las cartas del Duque, en que daba à su hermana con nombre de doncella.

Como Cremuèl se hallaba tan soberano, debiò de picarse mucho, de que el Rey le diesse por tan mal servido en casamiento, que èl le havia procurado, (necedad de la altivez, q̄ quiere medir las armas con quien le ha dado los buelos) y assi le dixō al Rey con sobra de libertad: *Vuestra Magestad puede quietarse, de que està mui bien casado con la Reina mi Señora Ana de Cleves, pues consta con evidencia, que estaba libre del primer esposo quando le diò la palabra: y hacerlo en otra manera, serà escandalizar al mundo, y dàr motivo à que la emulacion ladre, y que todos digan, que es Vuestra Magestad un hombre trueca mugeres.* Ofendiòse mucho el Rey de las ultimas palabras, y montando en colera, le dixo: era un mal hablado, y que no estuviesse mas en su presencia. Miren à lo que ha venido à parar la privanza de Cremuèl, su solicitud, su cuidado, su ansia de casar al Rey. Reparen atentos todos los entendidos, pues fuera de su doctrina de muchos Santos, (y hasta S. Augustin, luz de toda la Iglesia) que es cosa perniciosa hacerse un hombre de biē casamentero, hallarà en las experiencias de este, y de otros casos que dexo referidos, que es deguello de privanzas, entrarse a trazador de casamientos.

Por

Por desahogar el Rey sus iras, por dàr vado à sus enojos, mandò llamar al Duque de Sofoc, y al de Sonoset, porque sabia estaban pesarosos de su casamiento, y dixoles su disgusto, lo que con Cremuèl le avia passado, lo que le avia dicho, y como determinaba dexar à Ana de Cleves. Eran estos Duques enemigos de Cremuèl, y viendo resquicio abierto para hacerle el tiro, aprovecharonse de la ocasion, tirando à derribarle. Aludieron lisonjeros al parecer del Rey, aprobaron su designio, y solicitaron votos, para que por consejo se pronunciasse sentencia de repudio. Efectuòse todo, sin que en nada interviniesse Cremuèl, quando poco antes no se hacia sin èl nada. Assi se truecan las cosas, y con tanta facilidad se mudan las privanzas. A la señora Ana de Cleves la señalò el Rey en cada un año siete mil libras de renta, que ay quien las hace veinte mil ducados; y en una hermosa Quinta, dos leguas de Londres, passò vida gustosa, dandose à la caza, sin que quisiesse jamàs sujetar la cervìz à ageno yugo, por mas que muchos señores la pretendieron por esposa.

Coligados, como he dicho, los Duques de Somoset, y de Norfoc, con otros Grandes, contra Cremuel, se fueron al Rey un dia, y pidiendo audiencia, entraron, y le dixeron cada uno su sentir. Tomò la mano el de Somoset, por ser tio de la malograda Reina Juana de San àr, y dixo: Doy cuenta à Vuestra Magestad, como todos los Grandes, y Señores de este Reino estan maravillados, y al tanto mui sentidos de vèr el poder, y el mando que tiene Cremuèl en todas las materias del govierno; y que se presume, que el casamiento, que trazò con la hermana del de Cleves, fue negociacion del Duque, pagada con sus regalos, y dineros: y en materia tan grande debiò Vuestra Magestad valerse de Consejero de mayores prendas, que supiera desengañarle, y advertirle, con que se huviera escusado el borron q̃ aora se ha hecho, y tanta desazon, y pesadumbre, como à Vuestra Magestad ha costado. Y si lo que se dice de aver tomado Cremuel dineros del que se averigua, es merecedor de un gran castigo. El Duque de Norfoc prosiguiò, diciendo: Señor, con pocas razones dirè mi sentir: haga Vuestra Magestad lo que fuere servido, que en nosotros, como subditos de su Corona, no ha de faltar la lealtad; pero crea, que jamàs nos pareciò bien la intencion de Cremuèl en aquel casamiento; y aquella altivèz, y

soberanìa de que tenga èl solo tãtos criados, como todos los Grandes de este Reino, no sabemos à que aspira. Demàs de esto, estamos informados, que en muchas partes, no solo sus criados, sino otros, que tomando su librea, fingen serlo, hacẽ muchas maldades, y cometen mil insultos, y no necessitã de mas sagrado, q̃ decir: Soy, ò somos criados del Condestable Cremuèl. Si esto es tolerable, V. Mag. lo vea. A lo dicho añadiò el Marquès de Efete: No sè, señor, què intento es el de Cremuèl, pues me dicen tiene armas en su casa para poder armar mas de seis mil hombres. Con estas prevenciones, y junto con vèr el poco caso que hace de los Grandes y el grã favor que le hace V. Mag. no falta quien presuma, que aspira a alguna traicion, como lo han hecho otros muchos con sus Reyes. En la Guarda Real ha entrometido mas de quarenta de sus criados: en la Camara ha puesto otros, fuera del Palacio es todo suyo, el tesoro que tiene es mui grande; y mucha riqueza, y mucho poder, siempre desvanece.

Repare el curioso en la cama que le hacen à un Privado la embidia, y la passion de los mal contentos, y reparen los Privados (que ojalà todos passen los ojos por estos exemplos) en que no escapa ninguno de emulaciones, y envidias, y aun de falsos testimonios. Viendo el Rey, que hombres tã principales como aquellos no dirian mas de lo que passaba, y que en obras, y palabras los hallaba afectos suyos, acallò sus quexas con decirles, que èl se buscaria la ocasion de dexarlos satisfechos, y que hasta hallarla, prestassen paciencia. Con esto se acabò aquella junta. Mas como yà aquellos señores avian sacado la cara, soltaron la presa al encono, y echaron, como dicen, toda el agua en buscar mas prueba. Trataron el negocio con los demàs Grandes, para que cada uno por su parte hiciesse diligencia. Supo un Caballero en lo que se andaba, y dixo al de Somoset, que estando comiendo un dia con el Embaxador de Alemania, y juntamente Cremuèl, en el discurso de la conversacion que se tuvo sobre mesa, oyò, que Cremuèl dixo: que aun tenia esperanza de verse Rey, y que consiguientemente añadiò, que el Emperador iria à Constantinopla, y le daria un Reino. Enterado el Duque de este dicho, le diò parte al de Sofoc, y ambos juntos fueron al Rey, y se lo refirieron. Quedòse el Rey algo aturdido, y suspenso, maquinando por idèa un tropel de

de cosas, y al cabo de un rato, dixo: *Ea, aquesto es hecho, si esse dicho es verdad, digo, que Cremuèl trata de matarme, y alzarse con el Reyno, porque no ha muchos dias que se atreviò à decirme en mi cara, que le diesse por muger à mi hija Madama Maria, à quien algun tiempo jurò el Reyno por Princesa. Haverme passado con èl esto, y alla haver dicho lo otro, cabos son, que juntos enlazan alguna traicion. Y assi, no hai que aguardar yà mas, sino avisad al Capitan de la Guarda, para que mañana al salir del Parlamento le lleven presso à la Torre.*

Vayase reparando, como de escalon en escalon và baxãdo de la cumbre la privanza de Cremuèl, porque en desgraciandose con la cabeza, todo es ìr dando traspies el mas valido, hasta quebrarse los ojos, y perder la vida. Mui alborozados quedaron aquellos señores con el mandato del Rey, y mui presurosos, aunque con todo secreto, previnieron a la guardia para la execucion. El modo que se tuvo en prenderle fue en esta manera: Comian juntos todos los señores antes de entrar en el Parlamento, y aquel dia à la entrada de Palacio sucediò, que un viento recio arrebatò el bonete de la cabeza à Cremuèl, y ninguno de los que estaban presentes se quiso quitar el suyo, (costumbre, y politica de los ingleses, descubrirse los demàs, quando a alguno se le cae el sombrero) y como reparasse Cremuel en la descortesia, les dixo: *A fuerza del recio viento cayò mi bonete en tierra, mas los vuestros se tuvieron fixos.* Callaron todos, sin querer satisfacerle, cosa con que Cremuèl quedò sobresaltado. En toda la comida, aunque hablaron muchas cosas, no hicieron de Cremuèl el caso que solian. El notaba los desprecios, y sufrialos prudẽte. Entraron, pues, en Consejo todos los señores, quedandose Cremuèl, por razon de su oficio, arrimado à una ventana oyendo pleitos; y en acabando, entròse tambien en la Camara; y viendo que estaban todos sentados, y su silla desocupada, fuesse à sentar en ella, y entonces el Duque de Norfoc le dixo con gravedad: *Cremuèl, no te sientes, que no es esse tu lugar, porque los traidores, no es justo tengan assiento entre los señores.* Yo no soi traidor, (respondiò Cremuèl) y apenas lo huvo dicho, quando entrando el Capitan de la Guarda, le dixo con imperio: *Sed presso.* Por què causa? (replicò Cremuèl) *esso, dixo el Capitan, no es para aqui: id ahora à la Torre, y allà os diràn el por què.*

Afren-

Afrentado, y corrido iba Cremuèl entre la chusma feròz de Alabarderos, quando el Duque de Norfoc, su mayor contrario, quiso hacerle otro pesar, y fue llegandose à èl, quitarle del pecho la Encomienda de San Jorge, q̃ es una Cruz colorada en escudo blanco, y llaman la Jarretierra, diciendole: *Los traydores no han de traher esta Cruz.* Con esto le llevaron à la Torre, y por orden del Consejo fueron à sus casas, y le sequestraron todo quanto avia, que era gran riqueza, y la dieron para el Rey. Fueron luego a tomarle la confession Jueces assignados de lo Principal del Parlamento, mas todos sus enemigos. Dixeronle en el discurso muchas pesadumbres, injurias, y menosprecios, accion poco noble, y desatenta, hacer tiros al rendido. El Duque de Sofoc fue quien se señalò mas, diciendo con soberania de esta suerte: Quexate, Cremuèl de tì mismo, y de tu sobervia, pues ella te ha traido a tal estado; pues si anduvieras reconocido, y miraras a quien eres, pudieras contentarte con aver subido a tal altura, y de ser dueño de este Reino, pues todo lo mandabas, sin desvanecerte a pedirle al Rey su hija para casarte con ella, quando el mayor Principe de Europa harà harto de alcanzarla, cuya pretensa altiva, y demasiado orgullo no dan menos motivo, q̃ querer aspirar a la Corona, y alzarse con el Reino. Assi dicen, q̃ te jactaste un dia en casa del Embaxador de Alemania, de q̃ aun pensabas ser Rey. No podras negarlo, quando ay buenos testigos q̃ lo dicen. Tener tantos crriados reparridos por el Reino, pues passan de quince mil los que visten tu librèa, què puede significar? Aver entrometido gente tuya entre la guarda, què puede arguir? Tener tantas armas en tu casa, q̃ puede dar à entender? No te bastaba, que siendo hijo de un Herrero, te has igualado à los Grandes, y aun los atraes à todos baxo de tus pies, sino querer mandarlos con el Cetro? Agradece, que ha mandado el Rey, que no te demos tormento, que à vèr de darle, yo hiciera fuera de modo, que à pesar de lo sufrido, confessaras tus maldades,

Sufriò Cremuèl estos oprobrios, como quien estaba presso, y à vista del suplicio, solo quiso despicarse con decirles: *Digo, señores, que es mia la culpa de verme en el aprieto en que me veo, pues he sido tan omisso en no averme vengado de vosotros, y este pesar llevarè de no haver visto primero vuestra muerte, porque no vierais la mia:*

El

El Rey podrà hacer de mi lo que mandare, pues soy digno de castigo. Haviendole, pues, tomado su confession, y llevadosela al Rey, le mandò degollar, y que el Arzobispo de Contuver, y el Duque de Sofoc le previniessen de ello para el dia siguiente. Fue como avisarle, se pusiesse biē conDios; pero mal se compondria, pues era un mal herege, pues no solo, como diximos, fue causa de destruir las Religiones, sino q̄ por orden suya se hizo imprimir, y predicar un libro, negādo el Purgatorio, y privando à las Animas de las Missas, y sufragios, por ambicion, y codicia de aplicarle al Rey aquellas rentas. Què queria Cremuèl q̄ le sucediera, quando herian sus maldades à aquellas almas benditas, q̄ en voraces llamas aguardā, para ir al Cielo, el refugio de los Fieles? No espere, no, buē fin, por mas Privado q̄ sea, quien con la Iglesia se toma, quiē ofende à sus Ministros, ò quien quebranta sus fueros. Ojo à Doech, q̄ le tratamos por cabeza de estos similes, pues por manchar sus manos en los Sacerdotes, ellas mismas le echaron la espada por el cuerpo, acabando entre agonìas, verdugo de sì mismo. Crea todo fiel, q̄ el mas encumbrado en oficios, y privanzas pàra en una desdicha, si con la Iglesia se encuētra.

Sacaron, pues, à Cremuèl à la gran Plaza de Londres entre mil Alabarderos, que como era tan poderoso, le llevaban bien guardado. Tenia muchos amigos, el Comun le queria bien, con que fue necessario assegurar los riesgos. Puesto sobre el cadahalso, dixo estas razones: *Buen Pueblo, yo os ruego, que me encomendeis à Dios: y vosotros, Caballeros, y señores, tomad exemplo en mi para no desvaneceros. De mi humilde suerte me levantò el Rey à la cumbre de la dicha, haciendome su igual en el gobierno. He sido muy ingrato, pues quise, llevado de mi soberbia, ascender à mas soberania, por lo qual he sido justàmente condenado; y pues yo pago mi culpa, me holgarè que à vosotros os sirva mi castigo de escarmiento.*

Dicho esto, le rogò al verdugo le degollasse de un golpe, para no penar tanto. Tendiòse sobre el madero, y descargādo la afilada acha, al modo que se usa en aquel Reino, le quitaron la cabeza de los hombros. Veis aqui en lo que parā ambiciones, y soberbias, sujeto à un verdugo, quien à los grandes señores tenia sujetos, El Rey que le levantò, el que le igualò à si mismo, el que le diò la mano, el que le aplaudia, el que le estimaba, esse mismo, y no otro le hace quitar

la cabeza le derriba de la cumbre, y le dà muerte afrentosa: No ay que fiar en privanza, si no se procede bien.

EXEMPLO SEXTO.

Authores de esta historia. Juan Magno Arzobispo de Upsalia, Metropoli de Suecia, l. 20 Histo. Gothicæ. Pined. en su Monarq 4. p. l. 30. c. 18.

EN Gothia, principal Provincia de la Isla Escandinavia, y que abraza en sì al Reino de Suecia, reinaba el Rey Magno, cerca de los años de mil docientos y noventa. Hallandose mui viejo, y viendo que la muerte le pulsaba ya la vida con golpes de una dolencia, hizo llamar a los Grãdes de su Reino, y como bien acuchillado en hartas guerras, encargòles mucho los bienes de la paz. A su hijo Brigero, ya Principe jurado, por quedar de poca edad, le dexò baxo de la tutela de un su Maestresala, llamado Turgilo, hombre de gran confianza, experto en todas materias, mui bien entendido, y mui leal. A este, pues, le encomendò a la Reina su muger, y à sus hijos, baxo de apretados juramentos, que los honraria, y serviria como a sus señores naturales. Todo lo ofreciò Turgilo, y despues de muerto el Rey (q̃ muriò como buen Principe, y mui Christiano, con todos los Sagrados Sacramentos, aviẽdosele echo magnificas exequias, y dadole sepulchro en el Monasterio de San Francisco de la Ciudad de Estocolmia) encargòse del Rey niño, y juntamente del govierno, tomada por èl la possession de los Reinos de su padre. Como estaba tan bien acreditado, y como à Oraculo le veneraban todos, quiso con las obras manifestar sus deseos, y descubrir su virtud, haciendo acciones heroycas. Lo primero, tratò de conservar la paz en aquellos Reinos: Sossegò algunos debates, y escarnios, que suelen ser de las discordias: ajustò à los mal contentos, dandoles à todos gusto, y soldando con agrados las quiebras irremediables. Gozaba de toda Gothia con el govierno de Turgilo de una paz dulce, y de una felicidad digna de embidia. Pero no por esto huyò Turgilo el cuerpo à la guerra, quando la ocasion abriò camino; el tener las armas quedas, fue para los Christianos; mas para contra los infieles supo mui bien menearlas. Hizo una gran jornada contra el Moscovita, hasta dexarle enfrenados los orgullos. A los Careles les ganò la tierra q̃ incorporò à la Corona. Fundo alli la Ciudad de Viburgo, è hizo recibir la Fè a toda la Provincia: accion de Capitan Catholico, que qual otro Cortès, no solo ganaba personas para el Rey, sino almas para el Cielo. Lle-

Llegado ya el Rey Birgero à edad competēte de poder casarse, recibiò por muger a su esposa Margarita, Infāta de Dania, ò Dinamarca, (q todo es uno) la qual desde niña, y para este efecto se avia criado en Gothia. En Estocolmia se celebraron las bodas con solemnes regocijos, mucha pompa, y magestad. Los Carelos entonces quisieron sacudir el yugo, mas por mandado del Rey bolviò Turgilo à domarlos. Quando bolviò victorioso, hallò parida à la Reina de un hijo, que llamaron Magno, como al abuelo, y con duplicadas alegrias hicieron festivo el triunfo. Quiso el Rey premiar à Turgilo, y fue casar una hija que tenia con el Infante Valdemaro, hermano suyo, mas no sè q̄ parentesco deshizo el Matrimonio. Tambien Turgilo, por hallarse viudo, casò con una hija del Conde de Ravensborg, del Ducado de Saxonia: que aunque estaba ya algo viejo, considerò prudente, que a falta de su hija, nadie como muger propia cuidaria mejor de un viejo. Celebrò Cortes el Rey en Estocolmia, hallandose presentes todos los grandes Señores de Gothia, y de Suecia; y pareciēdole a Turgilo buena ocasion, pidiò al Rey con mucha instācia le descargasse del govierno, y le dexasse descansar. Ni el Rey, ni los Grandes le aceptaron la renuncia. Suma felicidad de Privado, q̄ quiere dexar al mundo la soberanìa, el manejarlo todo, y los mismos a quien manda, replican q̄ no cōviene.

Tan acreditado, y tan bien quisto como esto estaba Turgilo, quando dos cosas que sobrevinieron, le hicieron perder el norte, y hacer mil desatinos. Fue lo primero, que la muger con quien casò segunda vez, era mui dada a las galas, mui pundonorosa, mui ostentativa, con que sus gages, y rentas no era possible llegassen a los excessivos gastos: mal miramiento de mugeres, q a trueque de parecer bizarras, destruyen a sus maridos. Lo segundo, los Duques, hermanos del Rey, Valdemaro, y Erico, pusieron demanda, q̄ les diesse sus legitimas, q segun Fueros de Gothia, les tocan a los hijos de los Reyes. Pusieron a Turgilo por arbitrio en la cōtiēda para q̄ se hiciesse particion, y se les diesse à los Duques Infantes las tierras q̄ se hallasse pertenecerles. Con esto, pues, hallandose Turgilo por una parte con la muger, q̄ pedia sin tiento dineros, galas, y joyas; por otra con las manos en la masa, como componedor de aquel debate, diò en abarcar quāto pudo, y diò en robarlo todo. Reparese con atencion lo que hace una

mu-

muger loca, gastadora, y desatenta, pues al juicio mejor le buelca su juicio. Como los gastos eran grandes, y la haciēda Real se avia dividido en tres desaguaderos, para suplir esta falta, aconsejòle Turgilo al Rey, q echasse cierto tributo a las Iglesias, dando por razon, que las sobras que tenian, bastaban à aliviarle la Corona. O mal consejero, pues lo q Dios hace hidalgo, lo quieres tu hacer pechero: Por aì, quādo no pienses se te lloverà la casa, y con azotes del Cielo lloraràs tu culpa.

No sè que se tiene un mal consejo, si la codicia brinda, y ay interès al ojo, que regala de ordinario los oidos de los Reyes. Aunque vean que no es bueno, si ay quien inste, no lo juzgan por malo. Tocar a las Iglesias, à las cosas Sagradas, à sus Ministros, aun con necessidad estrema, no sè si lo escusa; luego necessidad paleada, y aparente, como podrà dexar de condenarlo? Assi el Rey Birgero, viendo que su Privado, su Tutor, su Maestro, y a quien todos veneraban entendido, le aconsejaba tomar de las Rentas Eclesiasticas para tolerar sus gastos, abrazò el cōsejo, y llevòlo a execucion. Clamaron los Obispos, promulgaron sus Censuras, amenazòlos el Rey, y huvieron de irse huyēdo. Luego como de contado, assi el Rey, como el Valido experimentaron desastres, y ruinas: porq̄ los Infantes a una vanda, y ellos a otra, comenzaron a abrasarse en guerras civiles, y en dissensiones domesticas, sin que en diez y seis años continuos se les cayessen las armas de las manos. Este fue el principio. Pareciòle al Rey, que los Duques sus hermanos querian quitarle la Corona, segun lo poderosos que andaban, robando con cariño muchas voluntades, y teniendo en sus casas tanto aparato, y grādeza, como la persona Real. Por assegurarse de ellos, hizo q̄ Turgilo los combidasse un dia, y a èl juntamente, a una Fortaleza suya, q̄ se llama Aranes. No serà el primer combite donde se armen zalagardas. Fueron los Infantes a lo noble, sin sospecha de traicion; y acabada la comida, que fue mui rica, y explendida, teniendo ya el Rey prevenida la guarda, les hablò severo, y mui ayrado les dixo: que estaba entendido que hacian armas contra èl, y que procuraban echarle de sus Reinos; por lo qual les mandaba, que le jurassen guardar unos Capitulos q̄ alli llevaba escritos, ò no avian de salir con vida de la sala. Ellos turbados, quisieron satisfacer, y templarle los enojos; mas el Rey no quiso oirlos, sin que primero jurassen, y firmas-

massen, que sin su licencia no saldrian nunca de su Reino; q̃ sin ser llamados, no avian de ir a su presencia; que no avian de llevar tanta gente que los acompañassen, ni contra èl, ni sus hijos harian novedad alguna; pena de perjuros, y traydores.

Forzados, y oprimidos firmaron, y prometieron estas condiciones, quedando tan mal contentos, y indignados, quando se vieron libres, que temerosos no los tomasse otro dia, recogieron sus riquezas, y se fuerõ a Norvegua, ò Norvegia, no assegurãdose en Dania, y ayudados de Haquido, Rey de aquella Isla, juntaron un gruesso Exercito, con q̃ bolvieron à Gothia a guerrear con su hermano. Pusieronle en mil aprietos, mataronle mucha gente, y hicieron grãdes estragos. En diez y seis años, como queda dicho, no gozò el Rey de un dia de descanso, sin q̃ todo el govierno de su Privado, y Consejero Turgilo, sirviesse cosa alguna; mas q̃ avian de servir fuerzas de un descomulgado? Si era èl la causa de la desdicha, por aver hecho pecheras las Iglesias, mal podia dàr remedio. Sucedió, pues, una cosa mui digna de traer a la memoria: fue, que estando el Rey con un gruesso Campo de Codos, y Suecios para romper por Norvegia, y al tanto los Infantes no menos apercebidos, se atravesò el de Dinamarca con otros Principes, y no pararon hasta dexàr muy amigos a todos tres hermanos; y como la paz les estaba à todos bien, abrazaron de ambas partes el partido. Solo con Turgilo no quisieron los Infantes amistad, dandole por causador de aquellos disgustos. Diòsele poco al Rey, (quizà permission Divina) porque viendose tan quebrantado de guerras, echò de vèr, que le estaba mas à cuento la amistad de sus hermanos, que sustentar el rumbo de Turgilo. Dexaronle, en fin, solo, y coligaronse todos tres; para que escarmiente todo hombre cuerdo, en no hacerse parcial entre hermanos encontrados, porque aunque ellos riñan, y se maten, no gustan que otro los mate, ni los riña. Tal fue el encono, que derramaron los Infantes contra Turgilo, tales cosas le achacaron, que el mismo Rey se hizo tambien contra èl. Atizò el fuego la embidia, si ya no es que su misma culpa le atizaba. Hizole processo de delitos, mandaron prenderle, y en la Ciudad de Estocolmia, Corte de aquel Reyno, fue puesto en un cadahalso, y cortada la cabeza. Quien imaginara tal!

En

En esto parò Turgilo, el Governador del Reino, el Ayo, y Tutor del Rey, el que lo mandaba todo. El mismo Rey, que le tuvo por padre, que le venerò Maestro, que le tratò como a amigo, esse mismo le hace quitar la vida, y le dà muerte afrentosa. O si a la luz de esta verdad, de esta experiencia, de este desẽgaño, se miràran sin passion todos los Consejeros de los Reyes, para q̃ aprendieran avisados a no darles pareceres contra la Immunidad de lo Eclesiastico! Pues si bien se nota, y se repara, todos los daños, que le vinieron al Rey Birgero, y toda la desdicha, que le sucediò à Turgilo, nacieron, y dimanaron de su mal consejo. No ay que colorir razones, ni pretextos, ni pintar necessidades, q̃ pensar con ropa agena, y mas ropa de Christo, ganar tierra, y comprar paz, es tan grande desacierto, qne antes por el mismo caso se originaràn mas guerras, avrà mas necessidades, y se perderàn mas Reynos. O Catholica Columna! ò Nortes que las guiais! y con quanta madurèz, zelo, y religion os portais en la obediencia de la Iglesia Romana, pues por mas que brumen, y aprieten necessidades comunes, nunca permitis tocar, ni gravar à lo Eclesiastico, si no es con beneplacito expresso, ò tacito por lo menos del Vicario de Christo!

No parò el castigo de Turgilo en morir afrentado en una plaza, sino que como el Arzobispo de Upsalia le tenia descomulgado, por el pecho repartido a las Iglesias, mandò, que no le enterrassen en Sagrado, ni se le diesse Eclesiastico sepulcro: que un perseguidor de las Iglesias no es razon, que en ellas goce, ni tenga descanso. Huvo de interponer el Rey su autoridad con el Arzobispo, restituyendo a los Templos mucha suma de oro, y plata, para que le reconciliasse, y se enterrasse en Sagrado, mediãte las señales de haver muerto cõtrito. No dudo moriria assi, pues era entendido, y que se arrepentiria harto de aver dado consejos tan dañosos para su conciencia, por lisongear, y enriquecer al Rey, que en pago de ello le tenia entregado en manos de un verdugo. Y que no escarmienten los hombres en casos semejantes! Tambien el Rey acabò mal, q̃ no escusa el ser mal aconsejado, para quedar libre de castigo, pues contra un mal consejo, ay tambien consejos sabios. Privado, y fugitivo de sus Reynos muriò en un Pueblo de Dania, apesarado, y lleno de tristezas. En la Primera Parte referì algunos exemplos de Re-

Reyes, que acaban mal, al modo que Birgero, por quebrantar los fueros de la Iglesia. Alli podra leerlos el curioso, y considerar, que los malos Consejeros hacen que ellos, y los Reyes tengan desastrados fines. Doech, y Saul, uno Rey, otro Privado, bastaban para exemplo, viendolos en un monte verdugos de sì mismos, y en su sangre revolcados. Mas compunja tanto simil à los que gozan privanzas, y ande siempre la barba sobre el escarmiento.

CAPITULO XVI.

EN QUE SE CUENTA LA VENGANZA que tomò David de los Amalechitas, sobre el estrago de Sicelech: el castigo, que diò al que le llevò las nuevas de la muerte de Saùl: el llanto, y sentimiento, que hizo por ello; y como la Tribu de Judà le alzaron por Rey.

YA serà razon, que volvamos a David, adonde le dexamos marchando con su gente, y despedido del Rey Achis, por no permitir los Satrapas Philisteos, que le llevasse a su lado à la batalla de Gelboè, como largamente queda referido * Enderezaron la marcha à Sicelech, que era Ciudad de su asylo, y adonde el afecto de sus casas, hijos, y mugeres los arrastraba a todos. Havia sucedido, mientras que ausentes seguian al Rey Achis, que los Amalechitas, enemigos declarados, quisieron aprovechar la ocasion, y despicar sus enojos. Coligaronse, pues todos, y bien apercibidos de armas, y provisiones, cercaron a Sicelech, y hallandola vacia de defensa, la entraron al primer assalto. Niños, mugeres, y viejos, eran solo la custodia, que postrados por el suelo, se ofrecieron esclavos, apellidando clemencia por las vidas. Tuvieronla, aunque barbaros, si ya no fue, que el interes proprio les embainò los cuchillos. Saquearon, en fin, la Ciudad, sin dexar alhaja, ni presea, que no fuesse despojo à su codicia. Cautivaron a todas las personas, y sacandolas al campo, con el robo, pegaron fuego

* Ex 1. Regi cap 30. Text. y Glos. Mira atràs en el c. 12.

à las casas, porque quando bolviessen sus vecinos, no hallassen refugio alguno. Cargados, pues, de toda la riqueza volvieron a tomar el camino que traxeron, dexandose la Ciudad hecha un besubio de llamas. Llegaba David con sus seiscientos Soldados, al tiempo que las pavesas hiriendole los ojos, le hicieron relacion del fracaso triste. La pena, el dolor el llanto, todo lo pinta grande la Escritura; mas no era menester para creerlo testimonio tan Divino, pues basta saber la tragedia lastimosa, para que las lastimas, y llantos se hagan lugar al credito mas duro. El que menos tenia bien que sentir, pues a los menos les faltaban los hijos, ò padres, ò mugeres, y a los mas faltaba todo. De los mayores aprietos, que tuvo David, assi de dolor, como de peligro, fue este uno porq algunos de los Soldados (serian los mas plebeyos), arrebatados de su passion, quisieron apedrearle. Achacabãle por culpa (segun lo siẽte Lyra el no dexar gente de armas, q̃ guardassen la Ciudad. No le bastaba à David su amarga pena, de ver robadas à sus dos mugeres Abigail, y Achinoe, sino q̃ havia menester huir de la furia de los lastimados. Acudiò, pues a Dios en medio destos ahogos (q̃ no hai remedio mejor para las apreturas) y pidiòle parecer de lo que harìa. Que siguiesse al enemigo le fue revelado, dãdole por segura la victoria. No aguardò mas David, sino animando a los suyos, y provocandolos a la venganza, comenzò a seguir las huellas del Pagano

Con la priessa del caminar, y correr, se hallaron fatigados los de menos brios, y rendidos al cansancio al llegar a las corrientes del arroyo Besor. Tomòse por arbitrio, que los que iban cansados, se quedassen por custodia del vagage, y de la ropa, con que mas desembarazados podrian los demàs seguir a los robadores. Quedaronse alli doscientos dellos, y los quatrocientos solos se esforzaron a la empressa. Encontrarõ por espia a un Gitano esclavo, que dixo ser de cierto Amalechita, que traspassado de hambre, apenas podia hablar. Dieronle, pues, à comer, y cobrado el aliento, informò quanto avia passado, y el camino, que llevaba el enemigo. Concediòle David la vida por la buena nueva, y tomandole por guìa, aceleraron los passos. Bien descuidado, y bien entretenido estaba el Exercito de los Amalechitas en un espacioso valle, en cuyos verdes tapetes, sirviendoles de mesa, celebraban con combites su victoria, quãdo arrojandose sobre ellos Da-

David, y sus Soldados, como unos leones, hicieron la matanza mas sangrienta, q̃ llorò aquel Paganismo. El assalto inopinado, la furiosa embestida, y el tropèl confuso, los cegò de modo, que los lleno de pavor, y espanto, apenas huvo quien de ellos acertasse a tomar las armas. Los cavallos para huir tomaron algunos, y aun fueron pocos à los q̃ les aprovechò esta diligencia. Todos los demàs quedàron muertos, sirviendo el valle de tumba, si antes sirviò de banquete. Los placeres, y alegrias, los reciprocos jubilos de maridos, y mugeres, de padres, y hijos, bien se da a entender serian immensos, mirando cada uno libres de las servidũbres à sus caras prendas. Lagrimas, y gritos arrancò tãbien el gozo, como antes el dolor, q̃ tãbiẽ cõcediò naturaleza su modo de llorar à la alegria.

Fenecidos, pues, los primeros contentos de la alcanzada victoria, dieronse despacio a recoger los despojos, que fueron muchos, y ricos. Repartiòse entre todos la ganancia; cõ que volvio el que menos bien medrado. Lo grande, y lo primoroso le toco à David como Capitan, y montò un tesoro, pues tuvo con ellos con que contentar à muchos. En todas materias fue David bien entendido, y assi no le faltò à lo de saber cortejar, conque se desengañaràn los escrupulosos de que no es falta, ni soborno, como lo juzgan algunos, regalar para medrar, ni el sembrar obsequios, para admitir beneficio. O me han de conceder, que andùvo David errado, pues dice el Sagrado Texto, y alli la Interlineal, que viendose David con bienes (q̃ hasta entonces no los tuvo, pues harto hacia de ganar para comer) luego al instante comenzo a embiar presentes, y repartir regalos à las principales cabezas de la Tribu de Juda, y a todos aquellos que le avian socorrido en sus necessidades: a unos por pagar lo que sentia deber les; y a otros por atraerlos, à que le diessen sus votos para la Corona. Tan antiguo, y tan licito como esto es el dar dadivas, no solo para emprender cosas graciosas, sino aun para conseguir las cosas de justicia. La prueba esta bien clara. A David le tocaba la Corona de justicia, pues no menos q̃ Dios le avia dado el titulo; y con todo vemos, q̃ para adquirir la possession grangea amigos con dones, solicita votos con presentes, y busca quien le haga lado con regalos. Nadie, pues, escuse, por mas que la cosa se le deba de derecho, solicitarla con licitos servicios, que esto es humildad; y esperar que la

Interlineal in c. 30. lib. 1. Reg. *Misit dona, ut attraheret eos in amicitiam, & facerent cum Regem sicut & fecerunt.*

dicha se venga a casa, porque ay meritos, tal vez es sobervia. Con mi David acotó, que fue humilde, y fue bien entendido y para todo hombre grande. A los mas ancianos, pues, de las Ciudades, y Pueblos, donde los dè la Tribu de Judà tenian sus estancias, embiò ricos presentes, con cartas mui urbanas, y sazonadas razones. Los de Bethèl, y Ramoth, los de Gether y Aroer, los de Sephamor, los de Estama, los de Rachala, los de Asan, con los de Hebron, y los de otros muchos Pueblos todos, en fin, se dierõ por bien servidos, sin hacer melindres, ni darse por sobornados; que es de animos cortos, y aun no sè si diga poco nobles, rechazar los obsequios de quien los tributa humilde. Y si el escusarse de recibir, es por no obligarse à la satisfacion es una escusa grossèra, pues se ofende a dos manos à quien ofrece el servicio; una en no admitirle el dòn; otra enturbarle la esperanza de lo que pretende. Tomen pues, por mas señores que sean, aunque no hayan de pagar, pues ya por lo menos ahorraràn el bofeton del rechazo à los que imploran rendidos sus favores. En fin, los de Judà anduvieron mui bizarros, no solo en estimar los regalos de David sino que como veremos despues, los remuneraron bien. Y esto es ser de animos nobles, y esto es tener ancho el pecho.

Todo lo que queda dicho de la destruicion de Sicelech, de la batalla, y victoria de David, passò en tanto que en Gelboè las armas Philisteas derrotaron a Saul. Vuelto, pues, David a su Ciudad coronado de triunfos, apenas por dos dias gozaban del descanso cada uno de su alvergue (que aunque arruinadas del fuego, esto de ser cosas proprias, prestan siẽpre mansion dulce) quando al tercero dia se entrò un hombre por las puertas, cubierto de sãgre, y polvo, y rasgados los vestidos (señal entre los Hebreos de tristeza) no paró hasta los Palacios, donde estaba David bien descuidado. Viendole de aquella suerte, preguntòle, que quien era, y de donde venia? A lo qual respondiò: Que havia escapado huyendo de los Reales de Saul. Cuentame, pues, dixo David, lo que ha passado, y què fin, y sucesso ha tenido la batalla; hazme relaciõ de todo. Que me place, respondiò el Soldado, en suma es esto. El Pueblo de Israel huyò del enemigo, despues que la mayor parte del campo quedaron difuntos. El Rey Saul, y el Principe Jonatas perdieron tambien la vida. Tente, dixo David, sobresaltado el animo, aguarda, no prosigas, sino dime prime-

mero, de què modo sabes tu, q Saul es muerto? Sabràs, señor prosiguiò el Soldado, que despues que nuestro campo quedò vencido, y los que escapamos derrotados, buscamos por donde huir, yo acaso lleguè a lo espeso del monte, y unos gemidos tristes fueron rèmora a mis passos. Tendida la vista a una, y otra parte, para ver quien se quexaba, veì, que era Saul, que cubierto de heridas, y atravesado el pecho con su venablo mismo, estaba agonizãdo entre mortales angustias. Llamòme medio por señas, porque ya debil la voz apenas podia articular palabra. Preguntòme, que quien era? Dixe, que era Amalechita, y mandòme compassivo, que acabasse de matarle, para quedar libre de las agonias que le atormentaban. Yo considerando, que de la suerte que estaba, era impossible que pudiesse vivir, me puse sobre el, y le acabè de ahogar. Esto hecho, desceñile de las sienes la Corona, quitele de la mano el Real anillo, y vengo a traertelo a ti, como a mi Rey, y señor, para que me des albricias.

Sin hablar palabra, ahogada la voz en llanto, rasgò David sus vestidos y los que se hallaron con èl hicieron lo mismo, llenando todo el Palacio de lagrimas, y alaridos. Todos se hicieron al sentimiento, con demostraciones tales de tristeza, que nadie comiò bocado en todo el dia. Al que llevò la nueva hizo que le matassen sus criados, por atrevido, y cruel, pues sin respetar a la Persona Real, tuvo atrevimiento de hacerle acabar la vida. Este fue el pago que llevò por la embaxada para escarmiento de aquellos q̃ entienden agradar con demasias, pues por ofendido q̃ se halle alguno, y agraviado del contrario, si es hombre de bien como David, no permite nunca, ò por lo menos siente, que le hagan algun ultrage, ò le maten a traicion. Siempre los hombres grandes siguieron este rumbo, de que estan llenas las historias, como veremos luego en algunos exemplos. Vengarse haciendo afrentas, ò traiciones, siempre fue de hombres ruines. Assi este Amalechita y mas como sientẽ algunos, era hijo de Doech, echando de ver, que Saul era enemigo capital de David juzgò que cõ acabarle de matar (y aun dicen q̃ lo fingiò) y cõ despojarle de las Insignias Reales, le avia de dar David un grã premio, y ponerle sobre su cabeza. No era David de los q̃ se pagan destos servicios: y assi fue el castigo el premio. Lyra

No se contentò David con las demostraciones lugubres

bres de lagrimas, y sollozos, ni con vestirse de xerga, ni hacer, que arrastrassen luto todos sus Soldados, sino que con gritos lastimosos, y palabras compassivas, embarazaba el ayre, diciendo de tu suerte: *O hijos de Israèl, tened consideracion al fracasso lamentable de aquellos varones inclitos, y fuertes, que en las descolladas cumbres de Gelboè yacen muertos, cubiertos de heridas. No lleguen, no, tales nuevas à la Ciudad de Geth, ni se anuncie esta desdicha à los de Ascalòn, porque sus damas, y doncellas no hagan alegrias, ni se regocijen, sabiendo nuestras cuitas. O montes de Gelboè, palestra infausta de nuestra deshonra, ni pluvia, ni rocio caiga yà sobre vosotros, ni haya opimos frutos en vuestros campos verdes, de que se puedan tributar primicias; pues aì se extinguiò el escudo de los fuertes, y aì pereciò Saùl, tiñendo con su sangre vuestra gramma, como sino fuera ungido, y coronado. Nunca las saètas de Jonatàs, sino es ahora, desacertaron el tiro: nunca la espada de Saùl, sino en esta ocasion, se desembainò en valde: Saùl, y Jonatas, amables en la vida, y juntos en la muerte, hermosos, y bizarros, y fuertes mas que Leones. Ea, hijas de Israèl, damas hermosas, llorad sobre vuestro Rey, llorad sobre Saùl, pues siempre con vosotras andaba tan bizarro quando alcanzaba victorias, que os vestia de purpura y os llenaba de galas, y pressas. Lloradle, pues, que ya es muerto llorad lo que en èl perdeis. Ay Jonatàs! Ay Principe querido, y lo que siento tu muerte, y el dolor que me causa tu desgracia! Pues te amaba, y te queria mas que la amorosa madre, que ama el hijo tierno (ay de mi!) han perecido los robustos de Israèl! Aquellos Campeones fuertes! Aquellas temidas Armas!*

Llanto de David sobre la muerte de su enemigo Saùl

Con lamentaciones semejantes llorò David la desgracia de Saùl, del Principe, y su gente: que no es afrenta llorar las Mageitades, quando ay causas que lo pidē. Los varones mas inclitos del mundo lloraron en estas ocasiones, y quādo huviera sido solo David, era prueba harta para confusion de algunos hombres de marmol, que hacen el llorar afrenta. Aviendo, pues, dado vado al sentimiento, retiròse a su retrete, para consultar con Dios el estado de sus cosas, y saber la voluntad Divina, antes de sacar la cara a su pretensa. Era David humilde, al passo q̄ Soldado; y assi, aunque veìa yà en su mano la Corona, no quiso llamarse Rey, sin q̄ Dios le diesse el modo q̄ avia de guardar, y el rumbo q̄ avia de seguir. Ordenòle, pues, Dios, q̄ se partiesse a Hebròn, Ciudad, sino de las

las mas populosas, à lo menos la mas ilustre de las del Tribu de Juda, y adonde los quatro mayores Patriarcas tenian su sepulcro. Partiòse David a ella con todos los suyos, con sus casas, hijos, y mugeres. Su Abigail, y Achinoè le hacian lado como partes mas del alma, y ambiciosas cada una del ya previsto laurel; q̃ esto de aspirar à Reinas, es para las mugeres mui codicioso deseo. Por las Aldeas de Hebròn alojò David su gente, que no quiso meterse en la Ciudad con estruendo y aparato, porque no presumiessen, que como Cesar, quando llegò à Roma, iba de mano armada à procurar el Cetro. Desde alli les diò aviso à sus amigos, y a todos los Nobles à quien su voluntad iba grangeando, como pidiendoles por merced le ordenassen lo que fuera de su gusto: q̃ esto es saber negociar en hombres prudentes, pedir con humildes rodeos le concedan lo que es suyo.

Apenas, pues, la Ciudad supo de la llegada de David, quã do toda la Nobleza, apellidandose los unos a los otros, hicieron su Cabildo, y de comun acuerdo salieron a recibirle. Con regocijos, y fiestas le entraron dentro, y cõ las ceremonias que juzgaron decentes, le dieron la investidura, le ciñeron la Corona, y le alzaron por su Rey. Gloria a Dios en las alturas, q̃ vemos yà Rey coronado, a quien hemos llorado perseguido! Bendiga el Cielo los animos nobles, pues llegada la ocasion, han sabido mostrarse agradecidos. Reparẽ aora los curiosos, si importaron poco aquellos dones, y regalos conq̃ avia David servido a los principales. Dadivas quebrantan peñas (dice el proverbio) y quien pretende medrar, no sea hypocrita, ni escaso; que dadivas, como à otros la barba, le hicieron a David la Corona. *Viva el Rey, viva el Rey* (clamò a destemplados gritos la gran Tribu de Juda) grandes y pequeños, humildes, y poderosos, plebeyos, y nobles, se hicieron à la alegria; cõ alborozo, y placer celebrarõ los aplausos; toda la Ciudad de Hebròn se ardiò en luminarias. La cosa primera (y es cosa de notar) que hizo David siendo Rey, fue embiar una embaxada à los Ciudadanos de Jabes de Galaad, dandoles mil bendiciones, y muchos agradecimientos por la piedad que avian usado con el Rey Saul, en darle sepultura, despues que arriesgados, y valientes, recogieron los pedazos de su cuerpo de entre los Paganos. La carta que llevaron los Embaxadores, contenia estas palabras:

CARTA DE DAVID A LOS JABES.

Seais benditos del Señor, Varones Jabelitas, por la clemencia, que me dicen haveis usado con vuestro Señor Saùl, dandole à su cuerpo decente sepultura. Dios os dè el galardon que merece la obra; y confiad de mi todo favor, y gracia. Armaos de fortaleza para las necessidades, que aunque os ha faltado Saul vuestro Señor, aqui quedo yo por èl, Rey en la Tribu de Judà, con que no le echareis menos.

Accion heroica por cierto de un animo grande, honrar a los favorecedores de su enemigo: que otro fuera, que ya que no los castigara, los mirara por lo menos de mal arte, y los tuviera por sospechosos. Mas esto cabe en animos cortos, y en personas de pocas obligaciones: pero un animo Real, como el de David, siempre hace aprecio de vassallos, que a su Rey le son finos, y leales, por mas que el Rey sea su enemigo; porque considera, que no le hacen a èl agravio en acudir ellos a su obligacion, y repara atento, en que estos son los mejores para vassallos, y de quien se puede hacer mas cō fianza: pues està claro, guardaràn con èl otro dia la misma lealtad, que ahora con un Rey muerto. Conociò muy bien esta verdad nuestro Rey de Castilla Don Enrique, segundo deste nombre, quando le aconsejò al Principe su hijo, que hiciera mas honras a los que avian permanecido constantes al lado de su hermano, y enemigo, que a los que a èl le aviā ayudado: y que se fiara mas de aquellos, que no de estos pues poco importa ayudarme a ganar la Corona, si los que me ayudan vuelven para ello las armas contra su señor, q̄ aunque la traicion agrada, nunca empero los traidores. Assi nuestro David, siguiendo este rumbo, no se harta de dar bēdiciones, y de ofrecer mercedes à los que ha visto mas leales con su enemigo Saul. Campo nos abre esta historia para que discurriendo por los anales del tiempo, veamos los hombres grandes, que al modo de David lloraron, y sintieron las muertes de sus enemigos. Pondremos por exemplo los mas insignes, è ilustres.

***

CA-

CAPITVLO XVII.

EN QUE SE PONEN SIMILES, Y EXEMPLOS de Principes heroicos, que lloraron las muertes desgraciadas de enemigos.

EXEMPLO PRIMERO.

AVn animo tan bizarro como el de David, que llora la muerte de su enemigo, no es razõ dar menos simil q̃ el de las bizarrias de Alexandro, Principe el mas heroico que aplaudiò la fama. Contar su historia ex professo, era menester un libro; dexar de referir algunas de sus hazañas, pareceria cortedad. Acomodaremonos con el medio, y tocarè de su vida lo mas notable, y gustoso. Fuè Alexandro hijo de Felipe Rey de Macedonia, y de Olimpias, Infanta de Epyro, prosapia, y descendencia mui ilustre por ambas partes: porq̃ Felipe descendiò de Hercules el famoso: y Olimpias del valiente Achiles. Authores graves, como la Historia Escolastica Alberto Magno, Paulo Orosio, y la Chronica del Mundo, hacen a Alexandro hijo de otro padre, y dicen fue Nectanabo, Rey de Egypto, que hostigado del Rey Oco de Persia, vino a dar en Macedonia, donde enamorado de la Reina Olimpias, muger de Felipe, se disfrazò en Dragon por arte de Nigromancia, y tuvo parte cõ ella, de cuyo accesso naciò Alexandro. Otros se desvian de este sentir, y aun Pineda alega razones, q̃ convencen no aver sido Alexandro hijo de Nectabano. No ay que admirarse, de que en personas de menos cuenta, constante el Matrimonio, atribuyan los hijos a otro padre, si aun Alexandro no estuvo seguro de esto. Las bizarrias de algunas mugeres en dexarse ver, y hablar de todos engendran estas sospechas a costa de su disfame. De veinte años de edad, comẽzò Alexandro a empuñar el Cetro, por la muerte violẽta de su padre Felipe, a quien un mancebo osado llamado Pausanias, matò à puñaladas. Como avia sido desde niño mui dado a las letras, y tuvo Aristoteles por Maestro,

Autores desta Historia Plut. in Alexãdro, à Elan. de var. histor lib. 6. & Veleio, l. 3. Just. l. 12. & c. Arria. l. 1.2. & c. Diodor. lib. 17. &c. S. Ant 1. p. tit. 4. c. 16. Iosephus lib. 11 Antiq. c. 7. 8. &c. y lib. 23. cap. 27. Zor. tom. 1. An. Pin. in Mon. 1. part. lib. 6. cap. 27. usq. cap. 31. & L. 7. cap. 1. usque cap. 4. Quinto Curt. l. 3. Strabon Cretense, lib. 4. &c.

* Este es, segun lo cuentan algunos porque otros dicen que Pyrro casò con Hermione, hija del Rey Menelao, sobre que le diò su muerte el Principe Orestes, por estar casado èl primero con Hermione, como dexamos dicho, cap. 10. exemplo. 1. Quizà antes de casar con Hermione casò con Andromaca estando assi sobre Troya, en la qual pudo tener a Olimpias y viudo, despues casar cõ Hermione.

Desta suerte se pueden concordar los Historiadores.

plia con el saber lo que faltaba a la edad. Con ardores juveniles comenzò a menear las armas, y a ganar victorias siẽdo en èl lo mismo el pelear, que el vencer. A los Tribalos rebeldes volviò al yugo: a los Tracos hizo huir, y a los Thebanos los passò a cuchillo; a la Ciudad famosa diò a las llamas. Aqui fue donde la hermosa, quanto ilustre Timoclea, viẽdo que con alhagos, con lagrimas, ni con ruegos, no avia podido defenderse del Capitan de los Tarcios, y q̃ ciego a la razõ le avia quitado el honor, se vengò dèl con industria, aboçandole en el pozo, donde su codicia le assomò a buscar riquezas. Hecho heroico por cierto de una doncella noble, q̃ sabido de Alexãdro, gustò mucho dello, y la hizo muchas hõras

Con estos ensayos comenzò el segundo Achiles à mostrar su valentia: y ambicioso por ganar mando, convocò en Corintho a todas las Ciudades de la Grecia, donde fue nombrado por Capitan General contra Dario, Rey de Babylonia, y Monarca de los Persas. Ocasionò esta guerra estar cargados los Griegos de no se què desacatos del Persiano; aunque la causa mayor era tener Alexandro buena gana de conquistar Provincias. Juntò, pues, un Exercito de solos treinta y quatro mil Infantes, y quatro mil Caballos; pero toda buena gente, Soldados viejos por Capitanes, y bien pagados todos: que en estos dos requisitos consiste el acierto de la guerra, que no el mucho gentio. Pocos Soldados valientes bien disciplinados, y contentos, obran mucho. Porque los Athenienses, y Lacedemonios no quisieron ayudarle en la jornada, por no llamarle Capitan suyo, les dexo para freno en Macedonia al famoso Antipatre, con diez mil hombres, y dos mil Caballos. Con esto llegando al Helesponto, se embarcaron con su gente para el Asia. El fue el primero q̃ saltò en tierra, ambicioso por hallarla. Visitò luego el sepulcro de Achiles, como descendiente suyo, è hizo restaurar à Troya, por el mismo respeto; porque su madre Olimpias descendiò de Andromaca, muger de Hector Troyano, y casada despues con Pyrro, hijo de Achiles, fue Reina de Epyro. *

En desembarcando Alexandro, embiò su Armada a Macedonia, dandoles a entender a sus Soldados, que ya no avia sino vencer, ò morir, sin quedarles esperãza de poder volver atras. Los Capitanes de Dario, que estaban por las Comarcas del

delHelesponto,le embiaron a decir lo que passaba, y èl haciendo escarnio de que un muchacho se huviesse atrevido a entrarse por su Imperio,y con un Exercito tan mediano,les embiò a mandar, que tomassen a Alexandro, y que como a rapaz se le azotassen mui bien, y vestido de grana, se le remitiessen a Babylonia; que la armada,y gente de servicio la echassen a fondo; y que los Soldados los llevassen contiguos a la otra parte del Mar Bermejo. Tan soberano,y arrogante como esto se hallaba el Barbaro:y a saber el fin que le amenazaba aquel muchacho, ni braveara tanto, ni hiciera aquellos desprecios. Siempre la sobervia acarreò desdichas, y nunca fue acierto despreciar al enemigo. Pusieronse, pues los Capitanes Persas de la otra parte del Rio Granico, como tomando por trinchera su corriente, ò haciendo que les sirviessen de muralla sus cristales. Con ossadia valiente se arrojò Alexandro al Rio,porque al tanto le siguiessen los suyos Passaron todos el vado,y travòse la batalla mui sangrienta El Capitan Mitriades, yerno del Rey Darìo, confiado de sus fuerzas, se afrontò con Alexandro,pensando derribarle del caballo: mas sucediòle al revès, pues con un bote de lanza diò Alexandro con èl en el arena, donde cayò sin vida. Otro Capitan Persiano, llamado Resaces,por vengar al compañero, encontrò la misma suerte. Viendo muertos a las principales cabezas,los demas Soldados se pusieron en huida,dexandose en la campaña riquissimos despojos, y doce mil dellos muertos. Ufano Alexandro con la victoria, embiò à Grecia las noticias con dones,y preseas, que diessen testimonio. Ganò en esta ocasion los Reinos de Lydia, y Caria entròse arrastrado triunfos por la Frigia,sujetando a su dominio las Ciudades, y Pueblos que encontraba. En la Ciudad de Gordio,que fue assiento del Rey Midas,hallò el Nudo hadado,hecho de coyundas,cuyo desenlazamiento prometia el Señorio del Asia. Probò Alexandro a desatarle con admiracion de quantos le miraban: y como no hallasse en las cuerdas principio,ni fin, arrancò de su espada, y cortò las lazadas, diciendo el celebrado: *Tanto importa cortar, como desatar.* De esta suerte, ò hizo burla del oraculo,ò quiso que se cumpliesse en su cabeza.

Passò Alexandro animoso a la escala de Pamphilia, que es un passo estrecho entre los dos Mares del Pòtico,y de Cilicia

pas-

passo, que le equipàra Josepho à la senda milagrosa, que abriò Moisès con la Vara en el Mar Vermejo;y para convécer a los Gentiles,que fue passo verdadero por donde atravesò Moisès con el Pueblo de Dios,acota con el passo de Alexandro por la escala de Pamphilia,con que se dexa entender fue cosa maravillosa. Tuvo Eneas como Dario le venìa buscando con un Exercito grande; y temiendo no le estorvasse el passo de las Pilas,ò puertas del Monte Tamo,se diò priessa à caminar,hasta entrarse por la Cilicia à la Ciudad de Tarso Patria de S.Pablo. Allì se aposentò Alexandro,siendo de veinte y tres años, y el tercero de su Reinado. Era el tiempo caluroso,la tierra de suyo ardiente: llegaba Alexandro sudado mucho, y abrasado del calor; brindaronle las aguas de Rio Cidno, desmentidos cristales en lo claras, y en lo frias. Quiso bañarse en ellas, entròse sin consejo, y a rato breve que le lole la frialdad por los abiertos poros, de tal suerte, que le sacaron medio muerto,el juicio perdido, el cuerpo embarado. De llantos,y tristezas se cubrieron todos, viendo al mas bizarro joven en lance tan penoso. A fuerza de remedios cobrò el habla,y aumentaronse las lastimas al oirle. Sentia con ternura verse en brazos de la muerte al comenzar sus victorias, y a vista de su enemigo,que pujante,y sobervio le venia buscando, Ningun Medico le hallaba medicina; y quando Filipo de quien mas fiaba, se ofreciò a curarle en poco tiépo,le dieron una carta, que le embiaba Parmenion,Capitan suyo desde Capadocia,en que le decia, no se curasse con Filipo,porq estaba sobornado de Darìo,ofreciendole una hija por muger,si le diesse con que acabarle. Lance terrible en aprieto semejante, y que la neutralidad bastara a quitarle la vida a quien tuviesse menos pecho que Alexandro! Por una parte veia la muerte cierta en el accidente:por otra la infidelidad del Medico le amenazaba lo mismo: No curarse, era morir:ponerse en cura,era arriesgarse a acabar. En dos peligros casi iguales vacilaba la vida;uno,naturalmente cierto; otro,po, por lo menos bien dudoso; y acomodandose la razon al menos riesgo,al tiempo q̃ Filipo(bien ignorante de lo que passaba)le fue a dar cierta bebida: tomando Alexandro con una mano el vaso,y con otra dandole à Filipo aquella carta,mãdandosela leer,comenzaron los dos juntos,à beber el uno,y a leer el otro,dando a entender Alexandro la confian-

fianza, que hacia del Medico, en cuyas manos ponia su salud y su remedio. No se turbò Filipo: si empero se enojò mucho contra el mallin chismoso, y animando al Rey a que tuviesse sossiego, porque obrasse la bebida, le asseguró con la experiencia de la cura la prueba de su innocencia. Sucediò assi pues al quarto dia se hallò Alexandro bueno, y se saliò à passear con su Philipo al lado: honra bien debida à quien hizo tan gran cura, curando tambien su fama.

Cinco dias tardò el Rey Dario en atravesar por puentes el Euphrates, tan innumerable en el gentio, que llevaba, y mui parecido al de Xerxes; las galas, riquezas eran infinitas: el orden con que marchaba mui dispuesto. En la delantera llevaban en braseros, y en altares de plata el fuego sacro que al modo que el de las Vestales, no le dexaban morir nũca. Rodeabanlo sus Sacerdotes, cantandole muchos Hymnos. Marchaban luego trecientos, y setenta y cinco mancebos, vestidos de grana, aludiendo, que los Persas reparten el año en otros tantos dias. Iba luego el carro de cavallos blancos, consagrado à Jupiter, con libreas blancas, y varas de oro los que lo regian, y alli junto un cavallo famoso, dedicado al Sol. Tras estos marchaban diez carros de oro, y plata, yendoles haciendo escolta la caballeria de doce Naciones diversas, diferentes en armas, y costumbres. Marchabã detras de ellos los diez mil de a caballo, llamados los immortales, porque en faltar do uno lo suplia otro, adornados ricamente vestidos de brocado, sembrados de finas perlas, y con cadenas de oro por los cuellos. En pos destos iban quince mil tambien à caballo, que se nombraban parientes del Rey, mas vanamente vestidos, quanto mas ufanos, y soberbios. Luego caminaban los Guarda Joyas del Rey, y luego Dario en un carro eminente, cuyos costados iban ataviados de las imagenes de sus Dioses de oro, y plata. los jaeces, y cuerdas de los cavallos sembrados de pedreria. Entre dos bellas imagenes de oro, symbolos de la paz, y de la guerra, iba una Aguila de oro tendidas las alas. Junto a este carro Real iban diez mil piqueros, las picas plateadas, y los hierros dorados. A un lado, y a otro del carro iban docientos de la sangre Real, los mas propinquos, y sirviendo de escolta treinta mil Soldados, que hacian guarda à los cavallos del Rey, que

eran

eran quatrocientos, valientes, y lozanos. De alli a buen trecho, mas atras, caminaba el mugeriego: costumbre barbara de los Persas, aunque no sè si fundada en razon, para que viendo cada uno, al tiempo de pelear, al riesgo, que quedan hijas, y mugeres, sino vencen, cobren mas ardientes brios. Iba, pues, por guia de este segundo campo la Reina Sisigambia, madre de Dario, en un famoso carro, y en otro a las parejas la Reina su muger, y alli junto todas sus Damas en recomendadas pias, y mansas hacaneas. Seguianlas luego las quince Armamaxas, al modo que Camareras, pues llevaban à su cargo todos los hijos del Rey, y al i juntos los Eunucos, que servian en Palacio. Tras estas iban trecientas, sesenta concubinas, amigas de Dario, con aparato de Reinas. Luego se seguia el Tesoro Real en trecientos camellos, y seiscientas acemilas cargadas de oro, y plata, è iban en custodia algunas Capitanias de Flecheros. Tras de estos caminaba el resto de las mugeres destos Señores, y hombres de importancia, bien ataviadas, y vistosas. Luego por remate iba el resto del Exercito que era mui copioso, assi de Infanteria, como de Caballos. He querido hacer la pintura de este Campo, y Exercito numeroso de Dario, porque admire el Lector la potencia, y riqueza de aquel Barbaro, y lo que con poca gente diestra, y bien regida supo vencer Alexandro.

Sabiendo, pues, que se le acercaba Dario, saliòle a recibir en los estrechos, donde lo ventajoso de la multitud importa poco. Pasmòse el Persa del atrevimiento, porque bien imaginaba, que huyera Alexandro al verle. En fin, el un Rey, y el otro, uno ossado, otro valiente, hicieron à sus gentes la señal de acometer; los Griegos, aunque pocos, dispuestos à la batalla; los Persas, aunque muchos, algo desordenados, y con miedo. Travaronse, pues, los dos campos, y comenzòse la lid bien ruidosa, y bien sangrienta. Los dos Reyes hicieron su deber, hasta quedar heridos los dos: pero viendo Dario por una parte huir a los suyos, y por otra que le apretaba Alexandro demasiado, y que andaba por prenderle, saltò de su carro, y tomando un cavallo ligero, à fuerzas del acicate, y dandole toda rienda, le hizo salir volando de entre el confuso tropel, Huyòse à toda priessa à Bibilonia, con el dolor, y lastima, que puede considerarse: dolor de ver

verſe vencido, deſtrozado ſu campo, ſus gentes muertas, y perdido ſu teſoro: laſtima de dexar en poder del enemigo ſus caras prendas, madre, hijos, y muger. Los llantos, y alaridos, que ſe movieron en las Tiendas de las mugeres Perſianas, quando a viſta del eſtrago ſe hallaron cautivas, no hay que ponderarlo, quando ello ſe eſtà diciendo. En la Tienda de las Reinas fue mayor la griteria, mayor el alboroto, mas desenfrenado el ſentimiento. Rugiòſe, que el Rey Dario avia muerto en la batalla, a cauſa que algunas de ſus preſeas ſe hallaron en poder de unos Soldados, y èl no parecia. Entendido Alexandro del caſo, y ſabido que Dario havia eſcapado libre mandò al Capitan Leonato, que fueſſe de ſu parte a conſolar à aquellas Señoras, y hacerlas ſaber, que era ſu Rey vivo, y que con èl quedaban tan Reinas como eran antes. Notable urbanidad, y bizarria de un Rey tan muchacho, ambicioſo, y arrogante, moſtrarſe tierno, cortes con las que eran ſus eſclavas, y darles a las Mageſtades el aprecio que ſe debe. Nueſtro Chriſtiano Alexandro Carlos Quinto (como ya dexamos apuntado en otra parte) le remedò en algo de eſto quādo teniendo preſſo en Madrid al Rey Franciſco de Francia, fue a conſolarle, y verle en la priſion en q̄ eſtaba. Bizarrias proprias de animos Reales, y dignos de imitar de los mas ſoberanos con los que ven a ſus pies: pues deben coſiderar, que reveſes de fortuna ſon comunes a todos los humanos, y el que oy eſtà caido, puede eſtàr mañana en pie.

Llegò Leonato a la Tienda de las Reinas con grande acompañamiento de Soldados, coſa, que las hizo creer, iban a matarlas; y como reparaſſe en que ninguna criada de ſu ſervicio ſalia a mandar que entraſſe, dexando fuera à todos los ſuyos, entrò dentro, y ellas poſtrandoſe a ſus pies, con mil ruego, y lagrimas muchas le ſuplicaron, no las quitaſſe la vida, haſta que huvieſſen enterrado el cuerpo del Rey difunto, y que luego las echaſſe el cuchillo a las gargantas. Conſolòlas Leonato entonces, dandolas el recado de Alexandro, y certificandolas, que era vivo Dario, con que quedaron algo conſoladas, al paſſo que a la fineza agradecidas. Eſto paſsò el dia de la batalla, en que los Perſas, ſegun refiere Diodoro, quedaron muertos, ciento, y veinte mil Infantes, con otros diez mil caballos. De los de Alexandro murieron ſolamente Cavallos, y Peones quatrocientos, y cin-

cinquenta. Las riquezas, y tesoros, que ganaron unos, y perdieron otros, no puede apreciarse, porque fuè infinito, y podràse colegir de la disposicion, aparato del campo de Dario que dexamos referido. Todos los Macedonios se hicieron de oro, y de plata. Al dia siguiente continuò Alexandro sus cortesias, yendo en persona a visitar à las Reinas, con solo Ephestion al lado su mayor amigo. Pidieron licencia para entrar en la tienda (tan urbano como esto andaba Alexandro con las que eran sus cautivas) y siendole dada entraronse mano a mano passeando los dos dos juntos. Era Epaestion mas alto de cuerpo (porque Alexandro fue de mediana estatura) y juzgando la Reina Sisigamba, que Ephestion era el Rey, y levantandose à èl ella, y sus hijas, hicieronle profundas reverencias. Avisadas de su engaño, mostraronse corridas, y le pidieron perdon; y Alexandro mas bizarro, que ceremonioso, hablòle a Sisigamba desta suerte: No ha avido yerro alguno, madre mia, ni ay porque vuestra Alteza me de satisfaciones, quando este Cavallèro es Alexandro tambien (que assi honro a mis amigos) Al passo que me alboroza la victoria, me apiado, y me lastimo de vuestra desgracia mas si en tales cuitas puede dar algun alivio el vencedor, yo pido a vuestras Altezas, que no del todo se entrieguen al sentimiento, quando mi animo es tratarlas mas como a vencedoras, que a vencidas. Vuestra honra, y tratamiento corre por mi quenta, sin que se cercene nada de la Magestad, y pundonor, con què se deben tratar personas Reales. A estas doncellas, hijas, y nietas vuestras, las casarè de mi mano, con la misma estimacion, que pudiera Dario. Todo lo qual os juro por mi Corona, que se efectue, y cumpla del modo que os ofrezco. Diciendo estas razones, a que las Reinas correspondieron corteses, y agradecidas, tomò en sus braços al hijo de Darìo, llamado Oço, niño de hasta seis años y heredero del Imperio, y diòle muchos osculos, y abrazos en presencia de todos, alabando su donaire, y hermosura.

Con estas hechicerias (demosle este nombre a estos cariños) con estos comedimientos, y urbanidades, dexò Alexandro a las Reinas tan gratas, y contentas, que ya no echaban menos cosa ninguna, sino sola la persona de Darìo. En la Ciudad de Isso, junto adonde se diò la batalla, cuyo nombre, en se-

ſeñal de la victoria, ſe mudò en Nicopolis, tuvo Alexandro ſu aſiento algunos dias, haciendola como Corte de lo que iba cõquiſtando. Alli, pues, en ſus quartos ſumptuoſos cortejaba à las Reinas, madre, hija, y nuera juntamente, porq̃ la muger de Dario era tambien ſu hermana: (q̃ aquellos barbaros Perſas, hermanos cõ hermanas haciã matrimonio) lo miſmo à las Infantas, q̃ erã dos dõcellas donoſas, y de buena cara. Portabaſe con ellas como con madre, y hermanos, ſin faltar a la modeſtia, y al recato; que aunque enamorado, y mozo, ſabia Alexandro vẽcerſe en ocaſiones. Enviabalas regalos, hacialas preſentes, todo eſtratagemas de aliviarlas en ſus cuitas. Una vez ſola ſe dieron por ofendidas, y fue la cauſa eſta. Reparen atentas las ſeñoras, y damas que lo oyeren, para que de dos coſtumbres, elijan ſiempre la mejor. Solia la Reina Olimpias, madre de Alexandro, enviarle deſde Macedonia, por medio de los Correos, con q̃ ſe correſpõdian, algunos dones, y regalos, como mueſtras del afecto. Enviò una vez, entre otras coſas, muchas madejas de ſedas diverſas, y otras de hilo de oro, y plata. En fin, no ſe ſabe ſi ſeria para q̃ vieſſen en Aſia los frutos de Grecia, ò para que las damas, que le iban ſirviendo, no exercitaſſen la ocioſidad. Preſentòles, pues, Alexandro a las Reinas parte de aquellas madejas, aſsi de las de oro, como de las de ſeda: Ellas quando las vieron ſe dieron por agraviadas, haciendo eſtremos notables, y dando por reſpueſta, que no era termino aquel de tratarlas como a perſonas Reales, ſino como a mozas de ſervicio, atareadas a ſu labor, ò coſtura; y que quiſieran antes les huviera embiado en un cuchillo la muerte, que no aquel regalo, con ſemejante deſprecio. Entendiòlas Alexandro la muſica, (que es la que practican ſeñoras holgazanas) y fue luego de contado a darlas ſatisfacion, que fue tan bizarra, y atenta, como ſuya. Entrò, pues, à ſu quarto, hallolas muy lloroſas, y levantaronſe corteſes; mandòlas aſſentar, y ſin tomar èl aſiento, haſta que la Reyna madre ſe lo pidiò por merced, (tan cortès como ello ſe portaba) hablò de eſta manera: *Si en algo ſe ha errado el modo en aquellas niñerias, que remitì à Vs. Altezas, os pido me perdoneis; pueſto que la voluntad en nada os ha agraviado. Y bien ſabe V. Alteza, ſeñora madre mia, que deſde la vez primera que me vì à ſus ojos, me dì por hijo ſuyo, dandola el dulce nombre de madre, que debo de derecho à mi le-*

Palabras tan corteſes como atentas de Alexãdro.

ñora, à Olimpias, que es la que me pariò; y en prueba de est.. sumi- sion, sino la llamo fineza las veces que me he hallado en presencia su- ya, nunca me he assentado, menos que V. A. me lo mandasse primero, por saber que en Persa se guarda esta crianza de los hijos con sus madres. Confiesso, que quando os embiè aquellas madexas de oro, y se- da, fue por estàr creìdo, que las señoras Persianas tenian sus horas de labor, y otras de la rueca, al modo de las de Europa, donde el hi- lar, y labrar es un exercicio honesto, que no estraga la grandeza. Y pa- ra prueba de ello, vean aqui vuestras Altezas, que esta camisa, y alju- ba, que yo visto, las hilaron, y texieron con sus manos mi madre, y mis hermanas.

Lindo modo de Alexandro, satisfacer a la quexa, dando- las en cara cō que es noble de exercicio entre damas, y seño- ras. Que fue como decirlas en buen romance, quitado el re- bozo de la cortesìa: Si mi madre, y hermanas, Reina, è Infan- tas tambien, y tan buenas, y tan nobles como vosotras, labrā, cosen, hilan, texen, para que es hacèr melindres, y desprecios las que no son mas señoras, ni mas Reinas? Esto les quiso de- cir en aquella razon, y ellas que no eran bobas, lo entende- rian assi; con que corridas, al passo que satisfechas, corona- ron la conversacion con corteses cumplimientos. Deste di- cho de Alexandro, y de estas virtuosas tarèas de la hermosa Olimpias, se avia de mandar por ley se instituye una Cathe- dra en las Universidades, y Academias de las damas, y seño- ras, dandolas a entender, que la rueca, y almohadilla son instrumentos con que a la nobleza se labran finos esmaltes. Emperatrices, y Reinas, en especial plantas de la Casa de Austria, siempre se han atareado en tales exercicios, no por grangeria, ni interès, (claro està, quando les sobra todo) sino para quitarle à la ociosidad las armas con que guerrea. La gran Doña Mencìa, honra, y lustre de la Casa de Pimentèl, y Excelentissima Condesa de Oropesa, puede en la edad q̄ es- cribo ser pauta de mugeres, y leer Cathedra de Prima entre señoras, pues me consta, y es notorio, que entre sus donce- llas, y criadas se atarèa de modo, que aun Sabados en la no- che, es menester que el relox, dando las doce horas, la qui- te la costura de las manos, ò la rueca de la cinta. No ignora- rà esta señora, ni otras que la imitan, que es de damas el cō- servar buenas manos, tanto como la cara; pero tambien sa- brà, que es peligroso mucho tenerlas siempre ociosas, y em- pa-

papeladas en las estufillas. Siempre el trabajar fue santo, cada estera en su exercicio. Y la gran Doña Isabèl, nuestra Reina Catholica, con ser muger que supo ceñir espada, los Palacios de Arevalo la vieron hartos años con la rueca. Baste esto para confusion de la Reina Sisigamba, y de sus hijas, y de las damas de menor cuenta, que quieren seguir su rumbo.

Mui lastimado se hallaba Darìo de considerar cautivas à sus caras prendas; por lo qual se determinò de enviar Embaxadores à Alexandro, rogandole con la paz, y pidiendole, que le embiasse à su madre, muger, è hijas. Supusele para esto, q̄ èl era el agraviado, pues sin aver dado causa, se avia entrado por sus Reinos; pero que lo passado passado, y que quedassen amigos. Alexandro respondiò, que èl avia sido mui ocasionado a aquella guerra, por aver procurado Dario sonsacarle muchos Soldados suyos, y aver ofrecido premios a quien le quitasse la vida. Esto fue el aviso, que le dieron en aquella carta, en que el Medico Philipo avia sido brindado para el caso. Con todo le ofrecia darle sus mugeres, con que se viniesse à entrar en su poder, y de mas à mas le bolveria muchas de las tierras que le avia ganado. Bufaba el barbaro con la respuesta, y conociendo, que el orgullo de aquel mozo se avia de domar mal, comenzò à hacer nuevas gentes para bolver à probar fortuna, y recobrar lo perdido. Mientras que Dario se ocupaba en esto, no quiso Alexandro estarse ocioso, sino que fue contra Tyro, Ciudad, quanto celebre, famosa, à quien el mar con christales la servia de murallas; y despues que la tuvo cercada siete meses, y dandola muchos assaltos, la entrò à fuego, y sangre, sin perdonar à persona, salvo los que se acogieron à los Templos. Buen exemplo de un Gentil para los Jueces Christianos, que atropellan sin respeto fueros de la inmunidad.

Antes que Alexandro ganasse à Tyro, despachò Embaxadores à Jerusalèn al Pontifice Jado, y al Duque Judas Hiscano, pidiendoles le socorriessen con gente, y provisiones, y le tuviessen por Rey, dandole el mismo tributo, que pagaban a Darìo. Dieron por respuesta, que no podian quebrantar el homenage, que tenian hecho al Rey Persiano. Con lo qual Alexandro, arrebatado de su colera, (falta en èl notable) bolviò a embiar a decirles, que en desocupandose de Tyro, iria à visitarlos, y darles a entender el favor que les

hacia en pedir lo q̃ era suyo. Pusolo al punto por obra, marcharon a Jerusalèn, con intẽto de arruinarla. Todos los Soldados iban mui alegres, llevados de la golosina del saco rico de Ciudad tan opulenta. Quãdo el Pontifice lo supo, cõvocò a todos los Ciudadanos, hombres, niños, y mugeres, para que en comunes oraciones, y plegarias le supplicassen a Dios los librasse de la furia del Tyrano. Demàs de esto pusose èl en oracion aquella noche, y mereciò q̃ el Señor se le apareciesse en sueños, assegurandole de sus temores, y diciendole, q̃ el, y todos sus Sacerdotes, vestidos de Pontifical, y todo el demàs Pueblo con blancas vestiduras, saliessen de la Ciudad a recibir a Alexãdro, teniẽdo las calles mui enramadas de flores. Venida la mañana, dispuso con el Pueblo lo q̃ Dios le avia ordenado saliendo de la Ciudad un mui gran trecho, y yendo acõpañado de toda la muchedumbre tan ataviada, y lucida. Pasmòse Alexandro al verlos; la colera q̃ llevaba se convirtiò en mansedũbre, todo el enojo en agrado. Al divisar al Põtifice, apeòse del cavallo, y adelantãdose de los Reyes, y Capitanes, q̃ iban junto a èl, se postrò de rodillas, y le hizo adoracion: cosa, q̃ admirò a los suyos, y llenò de alborozo a los Judios: los quales con sumissiones le dieron mil parabienes de aver venido à hõrarlos; y èl cariñoso, y alegre los recibiò mui propicio. Acabadas las ceremonias corteses, bolviò à montar en su cavallo, y cõ festiva grita, y placeres comunes, marcharõ à la Ciudad. Admirados, como he dicho, iban los Capitanes de Alexandro, y Parmenion; y uno de los mas amigos, sin poder sufrirlo, se llegò à èl en secreto, y pregũtòle la razon de aver humillado tanto su potencia, y soberanìa, tributãdo adoraciones à un Pontifice Judio. A lo qual Alexandro satisfizo de esta suerte: No me espanto os aya causado assombro esta mi adoracion, quando ignorais el mysterio, y motivo que he tenido. Sabreis, pues, que estando en Macedonia algo melãcolico, neutral, y pensativo, sobre hacer esta jornada, oponiendose à mi ossadìa dificultades, y riesgos, tanto, que ya el animo se inclinaba à no emprenderla, se me apareciò Dios en sueños una noche, vestido de la suerte misma que viene este Sacerdote, y animòme mucho à que passasse à Asia, prometiendome su Imperio, y Señorio. Creì la revelacion, y luego al punto dì al aire los tafetanes, comẽzando la conquista. Olvidado ya de aquello, venia aora vibrãdo rayos de enojo

con-

contra Jerusalèn, mas apenas vì à este Sumo Sacerdote, adornado con estas vestiduras, quãdo se me representò en el la imagen de Dios, que vì; y asi adorè a Dios en èl, y à èl le respete por Santo, con q̃ me asseguro desde aora el Imperio, que Dios me ha prometido. De aqui se entenderà, como cõtra Tyranos soberbios defiẽde Dios las Ciudades de su Iglesia, como fue a Roma del cruel Atila en tiempo del Põtifice Leon, que saliendole al encuẽtro vestido de Pontifical, le refrenò la ossadia, y le hizo volver atras, y à Jerusalèn la defendiò de Alexandro, del modo que se ha visto.

En entrando Alexandro en Jerusalèn, le llevaron al Templo, donde ofreciò sacrificios. Los sabios Rabinos, ya fuesse lisongearle, ya que lo sintiessen asi, le declararon con la profecia de Danièl en el cap. 8. que le tenia Dios asignada la Monarquia de Grecia, y que serìa el primer Monarca Griego, destruyendo al Carnero, en quien estaban significados los Medos, y Persas. Quedò Alexandro gozoso con estremo, y pareciendole al Pontifice buena ocasion de pedir mercedes, pidiò, que a Jerusalèn se librasse de todo pecho, y tributo en el año septimo, que es quãdo no sembraban, ni cogian, y que no se alterasse nada de sus leyes, ceremonias, y ritos. Concediòlo Alexãdro liberal, y por segunda suplica otorgò lo mismo a todos los Judios, que vivian desterrados en diversas partes. Los Samaritanos quisieron valerse del privilegio, mas fueron repelidos, como intrusos.

Dexando contentos a los de Judèa, passò Alexandro à Gaza, ultima Ciudad de Palestina, a la raya de Egypto. Defendiòla valerosamente un Capitan de Darìo, llamado Betis, que la tenia a su cargo, y bien proveìda de gente, y mantenimiento. Con esto, y con ser la muralla inexpugnable, cõfiabã los cercados quedarse victoriosos. Por el mismo caso porfiò Alexãdro en combatirla; y aunque un dia le sacaron del cõbate mal herido de una flecha, no por esso desistiò de su tesõ, sino que en aviendo mejorado, volviò à dàr mas calor a los assaltos. Tomòla finalmente, aunque a costa de sangre, y en vẽganza de la resistẽcia, hizo arrastrar a la cola de un caballo al valeroso Betis, que nunca quiso rendirse. Dexando, pues, à Gaza con buena guarnicion, y hecha plaza de armas, se fue entrando por Egypto, dandosele sin resistencia todas las Ciudades, por estàr mal hallados los Gitanos con los Persas. En

la Ciudad de Memphis, Cabeza de aquel Reino, hizo assiento algunos dias, para entablar los estatutos, que avian de guardarle, salvo que en sus leyes, ò ritos no les mudò nada, con q̃ quedaron gustosos. Penetrò toda aquella Provincia, hasta llegar à la Laguna Mareotica, y en su Comarca fertil, y abundante fundò con nombre suyo la famosa Ciudad de Alexandria, cuya fama, y opulencia es bien notoria.

No avia cosa grandiosa, que no quisiesse Alexandro emprenderla: tal era su sobervia, y ambicion; y assi teniendo noticia del cèlebre, y famoso Templo de Amòn, cosa invisible à los ojos de las gentes, al modo que las Indias, antes que huviesse nacido Colòn, que como este por mares tan immensos abriò camino, assi Alexandro le abriò por no hollados arenales. Sabiendo, pues, que Hercules, y Perseo, à quienes veneraba por parientes, avian llegado à aquel Africano Paraìso, quiso no ser para menos; y assi dexandose en Memphis toda su recamara, el bagage, armas, y gentes, que podian serle estorvo, apercibiò a sus Soldados à la empressa. Temblando de su condicion, no ossaron contradecirle. El mandò cargar muchos camellos de agua, y bastimẽtos, y comenzaron a engolfarse por aquellas soledades, paramos desiertos, todos de menuda arena, sin q̃ arbol, planta, ni piedra se hallasse en ellos. Caminaban brumados, y rendidos, por no hallar aun tierra firme en que hacer pie: Luego los rayos de Sol heridos en la arena, despedian de sì lumbre, con que abochornados se miraban ya perdidos, y mas quando al quarto dia se les acabò el agua, Aqui fue el desesperar, y el renegar de Alexandro, pues los avia metido donde à soplar el aire algo violẽto, con promontorios de arenales diera à todos sepulchro. Al tino del Cielo caminaban con despecho, como los q̃ por el mar buscã camino. Las guias, q̃ llevaban, se hallaron desatinados, con q̃ todos se contaban ya por muertos. En la mayor congoxa se les aparecieron dos Cuervos, que como cosa milagrosa les sirvieron de guia hasta el Templo, que buscaban: que como naciò Alexandro para cosas grandes, parece q̃ el Cielo allanaba los impossibles. Demàs de esto sobrevino una pluvia milagrosa, q̃ refrescò à la gente, quitandoles de las gargantas los cordeles del calor, sed, y cansancio. Llegaron, en fin, al Templo de Amòn, fundado junto à la Ciudad de Messogaba: obra, que dicen era Dano Egypcio. Cercanle en contorno al-

algunas poblaciones, y todas ellas guarnecidas de arboledas, que las sirven de jardines, con q̃ viene a ser remedo del Terrenal Paraiso. Veneranle por vecino por la parte del Oriente los Ethiopios: por la del Medio dia los Troglodiras: por el Poniente los Negros: y los Nasomenes por àcia el Norte. Junto al Palacio Real, que era un Alcazar famoso, estaba el Tēplo cercado de espesos, y frondosos bosques, y alli la fuente del Sol, que criaba sal blanca, como cristal, de que los Sacerdotes solian hacer presentes a los Reyes de Egypto. La imagen de la deidad, que alli adoraban, estaba vestida de ricas, y preciosas piedras, que la hermoseaban con sus diafanas luces. Quando la sacaban en publico, era en una nave de oro, y en hombros de ochenta Sacerdotes, y coros de Doncellas, cantando muchos motetes.

No dexaron de admirarse de la llegada de Alexandro à aquel parage, cosa nunca vista, y assi, ò imaginandolo prodigio, ò temiendolo portento, quisieron lisongearle, prometiēdole por oraculo el Imperio del Asia, y recibiendole como à hijo de Jupiter: que Amòn significa lo mismo. Diòle este titulo el mas supremo de todos los Sacerdotes; con que Alexandro, añadiendo à su ambicion aquella soberbia, quedò mui endiosado. Creyò como verdad aquella lisonja, y diò oìdos a que Filipe no fuesse sino padre putativo, q̃ su madre Olimpias le concibiò del Dios Jupiter. De aqui provino, que en viendose Monarca soberano, hizo que le adorassen por Dios; y a los que le impugnaban, hacia quitar la vida. La Reina Olimpias, haciendo risa de esta deidad, ò locura de su hijo, dicen, le escribiò por gracia, q̃ se dexasse de aquella generacion divina, porque la Diosa Juno, como muger de Jupiter, se indignaria zelosa contra ella. Pagò Alexandro mui bien a los lisonjeros, ofreciendo al Templo un gran tesoro: volviòse a Egypto por camino mas derecho, mui alborozado de imaginarse deidad.

Llegado a Memphis, y dispuestas las cosas, poniendo sus Capitanes en todas las Provincias, volviòse a entrar por el Asia, buscando a Dario, que sabia, que mui pertrechado de copioso Exercito, andaba por desquitarse del desman passado. Atraveſò el Euphratres, sin perdida ninguna, por mas que Mazeo, Capitan de Dario, le quiso ser estorvo con seis mil caballos. Por entre el Euphratres, y el Tygris marchaba Dario a Ninive, en cuyas llanuras pensaba cō su gran gentio, que era

un millon deSoldados,sorberse el pequeño Exercito con que Alexandro venìa. Ochocientos mil Peones, y docientos mil Cavallos construian el campo de Darìo: mas què importa la multitud, quando es la gente visoña, y cada Griego de los de Alexandro era un Leon, que valia por mil hombres? Bien lo reparaba el Persa; y assi antes de romper, hizo segunda embaxada à su enemigo, rogandole con la paz, y ofreciendole una de sus hijas por muger, con una gran suma de dineros, y parte de los Reinos, que le avia tomado. Todo lo despreciò Alexandro, pareciendole era suyo quanto le ofrecian; y menos q̃ no se le diesse por vencido, Reinos, y tesoros lo juzgaba en poco. Si algun animo sobervio ha sido vistó salir vencedor, fue solo el de Alexandro, por lo que irèmos viendo; mas era ya buena estrella, que le miraba propicia.

Junto a una Aldèa, llamada Guagamela, al margen del Rio Bumado, assentò Darìo sus Reales para esperar la batalla. No mui distante tenia Alexandro los suyos: Componiase su Exercito de quarenta mil Infantes, y siete mil Cavallos, poco trozo para el inmenso gentìo del Barbaro. Estando, pues, casi a vista los unos de los otros, le llegò a Alexandro un Eunuco de las Rèinas cautivas, y dixole, que la Reina su señora, muger de Darìo, acababa de espirar en su Tienda, del recio parto que le tomò en aquel punto, rendida a los dolores inmensos de hallarse presa, y ausente su marido, vencido, y acosado; lastimas, que juntas con los demàs dolores, abrieron puerta a la muerte. Quedòse Alexandro atonito, y bañado en llãto, acudiò a vèr la desgracia. Hallò a la Reina Sisigamba trassada de dolor; sus dos nietas al regazo, vertiendo lagrimas tiernas; la triste Reina difunta, qual desquadernada flor. Hizose tanto a la lastima, tanto a la ternura, que huvo necessidad de consolarle, qual si fuera su marido. Estendiòse el sẽtimiẽto a no comer bocado en aquel dia. Fineza rara de un pecho como el de Alexãdro! Bien pudiera la malicia sospechar qualquiera cosa, de vèr tanto estremo, porque la Reina era pasmo de hermosura, Alexãdro mozo, y galàn, ella muger, y ausente del marido; èl dueño de ella, y ella su cautiva, mucho valor era necessario para vencerse uno, y otro. Mas procediò Alexandro tan a la ley de hombre de bien, que desde el dia q̃ la prendiò: y la visitò en su Tienda, no quiso verla jamàs a ella, ni a sus hijas; porque como las viò hermosas, temiò

mió el quedar vencido, huyò el riesgo; y assi dicen, que decia en conversacion: *Que la vista de las Princesas Persianas, caussaba dolor de ojos.* Mandò hacerle las Exequias magestuosamente a la usanza de los Persas, honrando en vida, y en muerte a una Reina desdichada.

Llegò la nueva infausta a oìdos de Darìo, por medio de Tyriotes un Eunuco de las Reinas, que ayudado de la industria, se passò de un campo a otro. Llenaronse de alaridos los Reales, con cuyo ruidoso estruendo parece q̃ se undia la celeste esfera. El dolor, y sentimiento de Darìo, no puede pōderarse por inmenso. Clamaba contra Alexādro, como un càn rabioso, pues contra justicia le traìa arrastrado, usurpandole su Imperio, y matandole à pesares la mejor prenda del alma, una Reina tā illustre, una inocente beldad. Atajòle el Eunuco à esto con el desengaño, jurandole, q̃ no tenia razon de formar aquellas quexas, porq̃ la Reina mi señora avia sido tratada, y servida con mas respeto Real, con mas pōpa, y aparato, que pudiera en su poder. Añadiò luego el sentimiento, q̃ avia mostrado por su muerte, lo mucho que avia llorado, las honras q̃ la avia hecho, con las demàs finezas. Aqui fue el llenarse Darìo de rabiosos zelos, y aumentarse el dolor: llamò a Tyriotes a parte, y amenazandole de muerte, le mandò q̃ le dixesse, si entre Alexandro, y la Reina avia avido amistad, ò algun ilicito trato. Satisfizo el Eunuco mui prudente, y aun con la modestia debida le reprehēdiò su sospecha, assegurandole de la honestidad con q̃ se avia portado su señora, y de la nobleza con q̃ Alexandro la avia tratado, sin averla visto jamàs, sino una vez sola, y fue por consolarla, y darla el pesame de su adversa fortuna. Tan grato se mostrò Darìo oyendo esta fineza, que quitandose de la cara el capùz, que le cubria, y alzando al Cielo las manos, dixo de esta suerte: O Dioses inmortales, baxo de cuyo poder se sustēta mi inmeso Señorio, yo os suplico me conserveis el laurèl q̃ me ceñisteis; y si huviere de perderle por mi corta dicha, tened por bien, de que le goce Alexandro; que merece gran Corona, quien siendo mi enemigo usa cō tal bizarrìa de clemēcia, y de piedad con mis caras prendas, guardādome el honor a costa de vencerse. Hasta un barbaro conoce lo mucho q̃ merece vencerse un hombre à sì mismo y quando Alexandro no huviera hecho mas de esta hazaña, era digno del Imperio.

Ter-

Tercera vez,movido de lo noble,intẽtò Darìo solicitar las paces,arrojando el resto a quanto podia ofrecerle.Enviò para ello diez personas de lo mas ilustre:llegarõ à la Tienda de Alexandro,y pedida licencia,hablò el mas venerable de esta suerte:Dario,el Rey mi Señor, agradecido mucho del noble tratamiento,que ha usado V.Alteza con su madre,muger, è hijas, y estimando la amistad de quien entre desafueros de Soldados se hace tanto a las virtudes,desea la paz,y dàr corte a estos debates,por mas que en ello vẽga a ser el mas quebrado, y perdido. En primer lugar vuelve a ofrecer à V. A. una de sus hijas,aumentandola la dote con todas las Provincias,que caen desde el Helesponto al Rio Euphratres.Suplica por la libertad de su madre, è hijas, y por su rescate darà treinta mil talentos, que son diez y ocho millones;y que para el seguro de esta verdad,se quede en rehenes en poder de V. A.el Principe su hijo.Todos son medios honrosos,y grãdes los que se ofrece mi Rey:V.Alteza lo mire desapasionado,pues serà bien comun de tus gentes, y las nuestras.

Dada esta Embaxada,y mandados salir los Embaxadores, consultò Alexandro con los suyos la resolucion; mas como le temian su soberbia, rehusaban todos decir lo que sentian. En fin,Parmenion,como mas Privado,y principal Cõsejero, sacò la cara,y dixo, que convenia abrazar las paces cõ aquellas condiciones, por estàr mui dudoso el fin de la guerra, y mas con las ventajas del campo contrario. No quisiera Alexandro,que le aconsejaran esto,aunque les pedia su parecer: y assi respondiò con animo soberbio,que a ser èl Parmeniõ, tambien quisiera mas el dinero,que la fama;pero que siendo Alexandro, estaba seguro no moriria de hambre, y que assi queria tratarse como a Rey,y no como Mercader,vendiendo las mugeres,codicioso a la ganancia: y caso que huviera de darlas,era mejor ofrecerlas graciosamẽte,que no por precio alguno,En fin,encaprichado cõ solo su parecer,diò por respuesta a los Embaxadores : Que darle gracias Darìo por lo bien que el avia andado cõ su madre,hijas,y muger,era cosa superflua, y cumplimiento escusado, porque aquello no lo avia hecho el por Dario,sino por lo que a el mismo se debia; pues no es de pechos nobles usar del poder contra la adversidad de los que yacen postrados,sino contra el enemigo quãdo bravea arrogante.Que si la paz, q̃ offrecia,fuera sin dobleces,

ces, quizà la admitiera; mas si èl avia cogido muchas cartas suyas, ofreciendo grandes premios à quien le matasse, què seguro podia tener con sus promessas? Y que en darle por muger a una hija suya, què favor le hacia, quando avia de casarla con uno de sus vassallos, y el mayor de todos no llegaba à su grandeza? Finalmente, que para què le ofrecia los Reinos que le avia ganado? Y si le parecia tener dominio en ellos, procuràra quitarselos, q̃ su resolucion era, que lo ganado, y por ganar, avia de ser de uno solo; q̃ como el mundo no sufre dos soles q̃ le alumbren, asi tambien no ha de tener dos Reyes, que le goviernen; y asi, ò que se le entregasse vencido, o que se aparejasse à la batalla.

Notable fue la arrogancia de Alexandro en este caso, y q̃ à no ser tan dichoso, pudiera costarle perder todas sus victorias. Soplabale muy propicia la fortuna, y rompia por los riesgos. Aprestòse Dario à la batalla, poniendo en orden à todos sus Soldados, y exortandolos valiente. Movierōse entrambos campos poco à poco, y al divisar los de Alexandro al barbaro gentio, de cuya multitud no alcanzaba la vista à vèr el cabo, cubriendose de temor, temblaban de assombrados, y confusos. Sintiò Alexandro la flaqueza, temiò tambien el peligro, bien pesaroso ya de aver despreciado el medio. Bien tomàra ya las paces en aquella ocasion; bien neutral estuvo en si las pediria; la ventaja del contrario le incitaba à ello; su mucho pundonor le refrenaba; y rebolviendo en su animo esta lid, y esta pelea, difiriò la batalla al dia siguiente, mandando à los suyos tener las armas quedas. A prima noche consultò à sus Capitanes sobre lo q̃ avia de hacer. Aconsejòle Parmenion, viniendo otros en ello, q̃ se acometiesse al enemigo con industria, antes q̃ llegàra el dia; porque como el campo de Dario se cōponia de muchas mezclas de barbaros, se cōfundirian los unos con los otros, sin saber dōde avian de acudir, y asi les seria facil el vēcerlos. Rechazò Alexandro este parecer, lo uno, porque dixo ser de ladrones ruines hurtar de noche las victorias; lo otro, porque le constaba, que tenia Dario muchos Soldados en vela con hogueras encendidas, recelando aquel ardid; y asi se apercibieron todos para à cara descubierta comenzar la batalla al despuntar el dia.

Recogiòse con esto à su Tienda, para dormir lo q restaba à la noche; pero el mucho cuidado le atormentaba en des-

ve:

velos, hasta q̃ vẽcido de la lucha, se entregò a un sueño profundo, q̃ causò admiracion a todo el Exercito. Solia, dicen algunos, dormir Alexandro con el brazo fuera de la cama, y cõ un pomo de hierro en la mano, y en el suelo una vacia, para que le fuesse despertador à pocas horas de dormido. En esta ocasiõ, pues, (que fue la de mas cuidado q̃ tuvo en su vida) ò no se valiò del pomo, pẽsando que el cuidado mismo serìa el despertador, ò no le despertò el golpe, pues era ya mui entrado el dia, y dormia a sueño suelto: cosa inaudita, y en q̃ mas se prueba el grãde corazõ de aquel Monarca, pues a vista del mayor peligro, que le temiò, dormia con tal descuido, y con tan dulce reposo. Atonitos, y cõfusos se hallabã sus Capitanes à la puerta de la tienda, sin saber què hacerse: unos creìan, q̃ no salìa de miedo; otros imaginabã, si estaria difunto. Entrar à llamarle, ni los de la Camara, ni Parmeniõ el Privado se atrevian: Aplicabã el oìdo à los resquicios, y oianle roncar: Neutrales todos, no sabian què hacerse: Mandò Parmenion, q̃ almorzasse en el interin la gẽte, y estuviesse apercebida para lo que le ordenasse. Hecho todo esto, aun no despertaba Alexãdro, con que yà Parmenion rõpia por los dissimulos, y atropellò por el respeto, entrando dando voces en la Tienda. No bastò el ruido à despertarle, hasta que le asiò del brazo, y le moviò del lecho, diciẽdole imperioso: Què es esto, señor? Què sueño es este, quando està el enemigo presentando la batalla? En el mayor aprieto ha faltado a V. A. su ardimiento, y su vigor? Dexame, Parmenion, (dixo Alexandro) que no he tenido en mi vida sueño mas gustoso, y dulce, que el q̃ me has quitado, y es, por tener à Dario con todo su poder a vista de mis ojos, donde presto le desceñirè el laurèl, y le quitarè de un golpe la Monarquia. Diciendo esto, se comenzò a armar presuroso, poniendose sobre la olanda un jubon Siciliano, y sobre este una famosa cota de nudillo, q̃ ganò en la primera batalla. Luego se vistiò un gorgal de hierro rico, esmaltado en perlas, y calòse una zelada, hecha por Thophijo, un Armero insigne, cuyos lucientes visos parece que los hurtaron à la plata. Cinòse una espada rica, que le avia presentado el Rey de Chipre, y pusola en el tahali, obra no menos preciosa. Montò luego en un caballo, y diò vuelta a todos los Esquadrones, informandoles mui por extenso lo que avian de guardar, animandolos bizarro la victoria. A la madre, è hijas

jas de Darìo, con las otras señoras Persianas, que estaban cautivas, las puso con buena guarnicion en un montezuelo algo apartado de la Malcial Palestra. El por su parte, y Darìo por la suya, animaron à sus gentes, y dada la señal de la batalla, echaron unos con otros con valiente brio. La multitud del barbaro supeditaba à los Griegos; mas ellos valerosos, destrozaban la canalla. Cada Rey acudia cuidadoso dõde le voceaba el mayor peligro. Cada uno ordenaba, y rebolvia sus Esquadras, segun la necessidad. El clamor, la vocerìa era igual en ambas partes. La lid andaba sangriẽta, mui dudosa la victoria. Por dos veces se juzgaron los Persas vencedores, y sembraron voz de ello, para aliẽtar à los de su parte, y amedrentar à los otros. Por dos veces bolviò Alexandro à recuperar lo q̃ mirò perdido. Maravillas hacia Darìo desde su carro, en q̃ armado peleaba. Prodigios hacia Alexandro desde su cavallo Bucephalo, q̃ à todas partes corria. Los Capitanes de uno, y otro Rey cumplian con sus obligaciones, à ley de Soldados. Todos, en fin, se acuchilaban valientes. En peso andaba la pelea, y en iguales balanzas la victoria, quãdo dos acasos se la dieron a Alexandro, quitandosela a Darìo. Sucediò, pues, q̃ viendo un Aguila que volaba encima de Alexandro, sin q̃ la espantasse el ruido, clamaron los agoreros, que era señal de victoria. Añadiòse à esto, que aviendo muerto Alexandro al cochero del carro de Darìo, divulgòse, que era el mismo Rey muerto; cuya voz vaga fue llenando de temor à todos los Persas, y comenzaron a huir, sin que las muchas diligencias de Darìo lo pudiessen remediar. Con tanta facilidad, y con poco motivo se trastorna la fortuna. De suerte, que con el aguero del Aguila cobraron brios los Macedonios, que andaban desmayados; y con el equivoco de tener al cochero por Darìo, desmayaron los Persas, quando andaban mas briosos.

Quando se viò Darìo con pocos à su lado, y mui acosado del enemigo, escusò verse en su poder, y q̃ le cogiessen prisionero: con despecho grande, y maldiciẽdo su poca fortuna, quiso con sus manos darse muerte. Tiròle la razõ el freno de la ira, y dandoles à los cavallos riẽda suelta, huyò de la batalla a toda furia; cuyo confuso tropèl, y mucha polvareda, le sirviò de guardapolvo para q̃ no le siguiessen. Quãdo le echò menos Alexandro, comenzò à seguirle, haciendo cruèl ma-

tan-

tanza en los amontonados barbaros, q̄ se le atravesaban para estorvo. En sintiendole Darìo, saltò del carro, y en una yegua ligera llegò en pocas horas al rio Lico, y de alli se entrò en Arbela à mas de media noche. Macèo su General, despues q̄ en la batalla hizo muchas valentìas, atravessando el Tygris, huyò para Babilonia. Con esto quedò Alexandro triunfante, ganando en esta batalla (que fue la mas cèlebre q̄ tuvo, y la que sola temiò) la Monarquìa Persiana, quedando con el laurèl del primer Monarca Griego.

Recogidos los despojos, que ay quien los llega à sesenta millones, marchò Alexandro con solemne triũfo a la famosa Ciudad de Babilonia, dõde fue festejado ricamẽte. Marcèo, el General de Darìo, le entregò las llaves, los Alcaydes las Fortalezas, y Tesoros; y èl, en remuneracion, les hizo mercedes, dexãdolos por Governadores supremos. En la Ciudad de Susa hizo lo mismo, y en todas las demàs que se le entregaban. Con esta generosidad, y bizarrìa cautìvaba los animos de todos. El infelìz Darìo, despues que derrotado huyò hasta Arbela; aviendo recogido la gente, q̄ descarriada pudo seguirle, con parecer de los mas bien entendidos se retirò a la Provincia de Media, en los fines de su Imperio, porque la aspereza de sus mõtes, y espesuras le diesse mejor asylo. Era el designio bolver à rehacerse de Soldados, en tanto q̄ Alexandro andaba engolosinado en sus tesoros. Hizo asiẽto en la Ciudad de Ecbatana, Metropoli de Media, y desde alli despachò sus ordenes, todo suplicas, y ruegos, para q̄ los Governadores de las Provincias, q̄ estaban aun por èl, permaneciessen leales. Besso, y Nabarzanes, deudos suyos, tenian las Satrapas de Bactra, y Patria, Provincias de las mejores de Media. Ambos acudieron con mucha gẽte de guerra, sì bien las intẽciones dobladas, y traidoras. General de la Cavalleria era Besso, q̄ serian hasta tres mil cavallos. Los Infantes eran treinta y quatro mil, entrãdo en este numero quatro mil Griegos, con su Capitan Patron, mui hombre de bien, y fidelissimo. Poco Exercito era todo para arrastrar à Alexandro, quãdo a Exercitos mayores avia destrozado su Potẽcia. Pero en fin, quien se vè perdido, de una, ò de otra manera arriesgase à la fortuna, aunq̄ las fuerzas son pocas. Hizoles un razonamiento, al passo q̄ humilde, lastimado, poniendoles por delante la miseria en que se hallaba, y que atendiessen a q̄ sin culpa suya se

ſe veìa deſpojado de ſu Imperio;y que pues la pèrdida les tocaba à todos,y la cauſa era comun,les rogaba como amigo, no como ſeñor mandaba,que acudieſſe cada uno à ſus obligaciones.

La laſtima , y el dolor ſe atajaban las palabras , con que provocò a ternura a los mas deſahogados.Cada uno le ofreciò finezas ; pero Artabazo , intimo amigo ſuyo, le ofreciò la vida,y no dexar ſu lado haſta morir. Apenas tuvo noticia Alexandro de las prevenciones de Dario, quando dexādo à Perſia,en dōde andaba,enderezò el paſſo à Media con preſteza mucha , temeroſo que los Scytas baxaſſen à ſocorrer à ſu contrario.En pocos dias ſe puſo en Ecbatana, q̄ ſe le diò ſin reſiſtencia,y ſupo como Dario iba huyēdo de ſu encuentro. Determinòſe à ſeguirle,dividiēdo ſu Exercito en tres trozos, porq̄ por parte ninguna ſe le pudieſſe eſcapar. Aconſejado, y confuſo ſe hallaba Darìo,quando ſupo q̄ Alexandro avia atraveſado las puertas Caſpias,y para alivio de eſta congoja, deſcubriò la traicion de Nabarzanes,y Beſſo,pues con mucho deſcaro pidiò el uno para el otro, q̄ renunciaſſe el Laurèl para fenecer la guerra. Puede tanto una ſinrazon, q̄ aunq̄ Dario era de condicion apacible,arrācò de la eſpada cōtra Nabarzanes,y à no atraveſarſe Beſſo con humildad fingida , le diera la muerte. Ambos Capitanes con ſus gentes hicieron rancho de por sì,y procuraban traer à ſu devocion a los Soldados Perſas,Artabazo,como bien entēdido,le aconſejò al Rey,q̄ diſsimulaſſe por entonces aquel atrevimiēto,ſupueſto,q̄ Alexandro le venia à las eſpaldas. Abrazò el conſejo, y perdonò a los traidores, q̄ con fingidas lagrimas ſe le echaron a lor pies. Patron,el Capitan Griego,entendido de la dobièz,y engaño de los traidores,le diò aviſo al Rey,hablādole en ſu lengua,y ofreciendo de aſsiſtirle con ſus quatro mil Soldados. Entendiò la platica Beſſo por medio de un Interprete,y curòſe en ſalud,diciēdole a Darìo, q̄ Patron,como Griego,queria entregarle a Alexādro. Neutral el Rey,viendo q̄ por ambas partes le amenazaba la deſdicha,ſe reſolviò en hacer mas confianza de los ſuyos que de los eſtraños. Deſpidiòſe de ſu amigo Artacazo con lagrimas reciprocas,y hallòſe rodeado de traidoras armas. Deſleales,y femētidos llegaron Nabarzanes,y Beſſo,y ſaqueādole el teſoro de ſu Tiēda,le prēdieron,y echarō en un carro,apriſionado con grillos,

llos, como à un triſte delinquente. Quien no admira altiba-
xos ſemejantes, que à un Emperador del Aſia, hollado de la
fortuna, le prendan ſus Vaſſallos, y le traten como a ſiervo!
Nadie fie en grandezas, que en yendo de caida la mas alta
Mageſtad, el deudo, y el vaſſallo le tiran de la ſoga.

En ſabiendo Alexandro eſta traicion, comenzò con ma-
yor prieſſa à proſeguir ſus jornadas, no tanto ya por alcàzar
à Dario, quanto por haber à las manos los traidores, que deſ-
cuidados de que les iba encima, marchaban con ſu Rey preſo
para Hircania. En llegando a deſcubrirſe unos a otros, lo q̃
fue alborozo, y alegria para los de Alexãdro, fue aſſombro, y
cõfuſion à los traidores. Para huir mas a la ligera, mandarõ-
le à Dario, que dexada la carroza, ſubieſſe en un caballo, a q̃
reſpondiò el Rey, q̃ no queria huìr de quien venia a vengar-
le; porque aunque Alexandro era ſu enemigo, ſabia q̃ no guſ-
taba de afear cõ traiciones ſus vitorias. Mas quiero (dice Da-
rio) que Alexandro me prenda, q̃ es Rey, y ſabrà eſtimarme,
q̃ no ir preſo entre voſotros, traidorès, y fementidos. Doliò-
les tanto eſcuchar eſtas palabras, que para echar el ſello a ſu
maldad, le dierõ de lanzadas al infeliz Dario, dexandole en el
miſmo carro anegado en ſangre, y deſpidiẽdo la vida por mil
ſangrientas bocas. Lo miſmo hicieron cõ dos criados que le
acompañaban leales, y cõ los caballos del carro hicierõ otro
tãto, por vẽgar haſta en los brutos ſu corage. Hecha eſta car-
niceria, no quiſierõ aſsiſtir cõ Alexandro, ſino à rienda ſuelta
huyò Mabarzanes a Hircania, y Beſſo à Bactra. Los caballos
azatados cõ las mortales heridas, y fatigados del calor, echa-
rõ à huir por un Valle abaxo, apartãdoſe del camino un lar-
go trecho, haſta que â las orillas de una fuente cayerõ rendi-
dos. Sucediò, pues, que de la refriega que huvo entre la gente
de Alexandro, y la que iba de Dario, regida por los traidores,
un Soldado Macedonio, llamado Poliſtrato, guiado por un
Perſa, q̃ ſabia aquella fuẽte, fue à apagar en ella la mucha ſed
q̃ llevaba. Eſtando, pues, bebiendo, ſirviendole de copa ſu ce-
lada miſma, diviſò el carro bolcado entre la arena, y atraveſſa-
dos los caballos cõ las lanzas, Acudiò allà preſuroſo, y viò al
deſdichado Rey lleno todo de heridas, coſido el pecho à lãza-
das, y ya para rendir los ultimos alientos. Hablòle el Soldado,
por mãdado de Poliſtrato, y alegròſe mucho el Rey de verlos,
y conocerlos, y tenerlos por compañia en lance tan amargo.

Di-

xole; pues, à Polistrato, i interpretandole el Persa las palabras que le dixesse a Alexandro, como moria a manos de traidores y deudos suyos, a quiē havia hecho mercedes señaladas, q̄ le encargaba el castigo para exemplo, y que estuviesse entēdido, que por ningun caso moria enojado contra èl, por averle quitado sus Reinos, y echadole de su casa: antes bien estaba mui obligado por el buen tratamiento, que avia hecho à la Reina su madre, y a su muger, è hijos. La sed mucha de la falta de la sangre, y de las muchas agonias, no le dexaba ya hablar: y assi medio por señas pidiò a Polistrato un poco de agua. Llevòsela en la celada, y aviendo bebido le dixo: Que hasta en aquello era adversa su fortuna, pues siendo aquella la postrera buena obra, q̄ recibia en esta vida, no se la podia pagar; mas que suplicaba a Dios, y a Alexandro; q̄ por èl se la pagasse. Tomòle la mano, y apretandosela fuertemēte, le dixo. Llevale a Alexandro esta prenda de fee Real, de quien muere deudor suyo, y mui amigo, y diciendo esto espirò.

Despues que Alexandro, aunq̄ con muerte de tres mil de aquellos barbaros, se hizo señor del campo, anduvo mui ansioso por saber de Darìo, quando llegando Polistrato lastimado, y triste, le contò lo que passaba; y èl entonces, sin detenerse un punto, fue adonde le hallò sin vida, sirviendole de ataud su mismo carro. Hizose à la piedad aquel pecho grande, el corazon a la ternura, y los ojos al llanto. Con lagrimas, y sollozos se abrazò del cadaver aun caliente, y despojandose de su purpura Real, le cubriò con ella. Bizarria como suya, darle al enemigo muerto su vestido por mortaja. Mui aderezado, pues, y con funebre pompa, hizo llevar el cuerpo à la Reina Sisigamba su madre, para hacerle sus Exequias. No se hicieron mayores à Monarca alguno de los Persas: pues lagrimas de Alexandro, al passo que lastimosas, las hicieron señaladas. Tenga, pues, nuestro David un simil tan heroico, para q̄ conste al mundo, q̄ llorar por el enemigo, viendole mal muerto es siempre de pechos grandes. Rencores, q̄ passan à la muerte, y llegan a vengāza, no son de pechos Reales: antes si de animos viles. Muchas hazañas, y bizarrias, sin las q̄ quedan dichas, hizo Alexādro, hasta el año duodecimo de su Imperio, y treinta y dos de su edad (en q̄ a manos de traidores, dandole ponzoña, muriò malogrado) como fueron atravesar cō sus fuerzas el mōte caucaso: penetrar la India, ganar la pie

dra Aorno:que cortada por todas partes tenia quatro leguas de circuito,y quatro mil passos de altura,y en lo alto avia sus fuentes,y mas de treinta mil hombres que la poblaban; casar se con Statyra, hija del Rey Dario,por ponerla la Corona q̃ quitò a su padre:no querer beber el jarro de agua, por ver q̃ no bastaba para que bebiessen tambien sus Soldados sedientos:-levantarse de la silla,en q̃ se estaba calentando al fuego, y sentar en ella à un Soldado pobre,traspassado del frio:gastar doce millones en un dia en pagar à los acreedores de sus Soldados:llorar a Ephestion su amigo,y hacerle un Mauseolo en Babilonia,obra insigne,y q̃ costo seis millones;tener Cortes de todo el mundo en Babilonia, cosa que jamas se viò de otro Monarca. Todas estas grandezas, pues , no llegaron al verle por su enemigo cubierto de lagrimas,y cubrirle con su purpura. Esta fue la corona de sus bizarrias,y el tymbre mas glorioso de todas sus hazañas:pues al modo de David, diò exemplo a los mortales , para tener compassion del enemigo, ivendole en desgracia.

EXEMPLO SEGUNDO.

Haga lado un Monarca de Grecia , un Monarca Romano,que siendo uo mas que un Caballero , si bien de clara sangre,supo a fuerza de su brazo ceñirse la Corona , y adjudicarse el Imperio. Este fue Julio Cesar, bien nombrado en las historias,bien uotorias sus hazañas , bien conocidos sus hechos:conque no avrà necessidad de contar por extenso el processo de su vida ; antes sì de recogerlo a epitome sucinto. Naciò Julio Cesar en Roma a doce de Julio, causa q̃ vino à ser,que al mes quintil se le apropriasse su nombre. Su madre se llamò Aurelia,hija de Cayo Cota,descendiente del Rey Arco Marcio. Su padre fue Lucio Cesar,descendiente de Julio Ascanio,hijo de Eneas; de suerte que por ambas lineas tuvo Cesar sangre noble. Casòse con Cornelia,hija de Cina en quien tuvo à Julia,que fue muger de Pompeyo, nudo, q̃s à no deshacerle la muerte,los conservara amigos a los dos Capitanes mas opuestos. Despues que Julio Cesar tuvo algunos oficios,conque le honrò el Senado , en que diò buena quenta,le hicieron Governador de las Francias,y tuvo el caa go diez años con Exercito lucido. Atizaron los emulos la llama de la embidia,para que le depusiessen del oficio,y nol es.

Autores desta historia,Cesar in Cōment.bel civil. Velius l. 2. Suet. in Cesar Plutarc.in Cesar.Pined de Virl lu. Lucā. in lib. 2. Vafra Apian. ler.l. 1. 4. & 5.

escusàra Cesar, si viera que con su competidor Pompeyo se hacia lo mismo. Enconaronse con esto as dos parcialidades pretendiendo cada uno derribar del cargo a su competidor, y conservar en el puesto al que aplaudian. Prevaleciò Pompeyo, por estar mas bien quisto con todos los Romanos, y condenaron a Cesar por rebelde, dandole por traidor a la Corona. Sentido desta afrenta marchò a Roma, revolviendo en su pecho cosas grandes, pulsandole el animo de hacerse señor por fuerza. Fue embiando medio en tropas à los mas de sus Soldados, porq̃ no le calassen su designio: y llegãdo al Rio Rubicòn, nombrado por este hecho, como era la raya de su Provincia, detuvose a la orilla, discurriendo por un rato si le passaria, ò no. En passarle conocia el interes conq̃ le brindaba su fortuna, por ser mucha, y buena gẽte la q̃ le acompañaba; en no passar sino solo, como lo ordenaba el Senado, veia amenazado el riesgo de enseñorearse dèl sus enemigos. Vacilò el animo algun poco, neutral en resolverse; y al cabo quiso mas arriesgarse temerario, q̃ ir a merced de medroso. Ea, amigos, (dixo a sus Capitanes) el dado està echado, no ay sino caminar a Roma. Correspodieron valientes al valor de su designio, y agregãdose las Tropas, se engrosò ũ Exercito mui cõsiderable.

En sabiendose en Roma la determinacion de Cesar, se alborotaron los animos, de modo, que hechos al miedo, y a la turbacion, apenas acertaban a resolverse en lo q̃ harian. Consules, y Senadores quedaron aturdidos: otros muchos Nobles todos espantados: la gente de menos cuenta previniendo la huida. Quatrocientos mil vecinos tenia Roma entonces; y assi se avia jactado Pompeyo, antes de saber la determinacion de Cesar, ò el arrojo, q̃ con un puntapie que le diera sacaria Exercitos armados; y todo este gentìo, y toda esta braveza no se atreviò a resistir a un Capitan temerario. Como si fuera un mundo sobre Roma, se encontraron los animos de todos. Pompeyo, que como era General, y valiente avia de infundir brios, y desterrar cobardias, se hallò mas atajado, y tã to, que mandò a todos desamparar la Ciudad, y huir a buscar asylo. Consules, y Senadores le siguieron hasta Brindis, y alli los embarcò para Durazo, Ciudad da Macedonia. Siguierõ el mismo rumbo todos los de la faccion opuesta al Cesar, quedandose la gran Roma medio saqueada. En Durazo, pues, comenzò Pompeyo a juntar sus gentes, requiriendo a todas las

Provincias acudiessen al deber:lo mismo a los Potentados, q̃ eran sus amigos;Cesar,que no se dormia , en travesando el rio, enderezò la marcha a Roma : Entrò por ella triunfante, y aunque la hallò vacia,le fue sumo alborozo verse señor de ella , sin hallar enemigo que le hiciesse estorvo. Dispuestas alli sus cosas;marchò con suma presteza para España, considerando serìa facil vencer las legiones de Pompeyo , por no tener Capitan. Sucediòle el viage a medida de su gusto, q̃ en soplando favorable la fortuna; hasta impossibles se vencen, quanto mas Soldados mal apercebidos. Arrostròse junto a Lerida con los Pompeyados,y alcanzada la victoria,volviò à Roma presuroso,y nombrandose Dictador; dispuso las materias del govierno , como Señor Soberano.

Mientras Cesar andaba en estas cosas,no se dormia Pompeyo en Grecia, donde de todas naciones juntò un poderoso Exercito de quarẽta mil Infantes,y siete mil Cavallos. No me parece qne el numero era mucho; pero ser buena la gente, y bien disciplinada en la milicia,le añadia grandes creces. Todas las Provincias le embiaron sus socorros,como fueron Lacedemonia,y Atenas, Tracia,Frigia, Arabia. Chipre, Britinia, Judea,Pamphilia Licilia,y Creta,Rodas,Citia, y Capadocia, con otras muchas. El Rey de Egipto le embiò tambien su Armada, En fin,por mar,y por tierra se hallò Pompeyo pujante Al contrario Cesar,confiado en su animosidad , ò ignorante del poder del enemigo,haviendole seguido hasta Durazo, se hallò casi perdido. Poco mas de mil cavallos, y veinte y dos mil peones era el trozo de su campo;fuerzas mui desiguales para llegar a la batalla. Pertrechòse en la Ciudad, y alli por mar,y por tierra le cercò Pompeyo,apretandolos demasiado con el cordel de la hambre,tormento harto sensible. La fuerza deste aprieto le obligò a un arrojo,y fue,q̃ una noche hurtandose de su gente,y disfrazado,fue en casa de un pobre barquero llamado Amiclos,pidiòle encarecidamente,sobornandole tãbien con el interes,q̃ le passasse en su barca de la otra parte del mar. Fue un atrevimiento,que pudo costarle caro, porq̃ corriò una poca tormenta , y estuvo la pobre barca para irse a pique. Era el designio passar a España à recoger mas gẽte;pero obligòle la borrasca a volverse a los suyos,y hallòlos mui sẽtidos de la poca cõfianza,q̃ hacia dellos. Como crecia la hãbre,y se imposibilitaba mas el remedio , determinò

lirse de Durazo, y caminar a Thesalia, por mas que Pompeyo le siguiesse; q a quien se ve rodeado de peligros, siempre fue el mejor arbitrio romper por enmedio, y lidiar en campo raso. Llegaron a la batalla, y en poco rato quedò Cesar vencido, y Pompeyo victorioso: pero aprovechòse mal de la victoria, yà fuesse piedad, ya mal cõsejo, tocò a recoger quãdo avia de embestir con losReales de Cesar, y seguir a los q̃ huian; desacierto, que le costo perder la Monarquia, y la vida El mismo Cesar lo confessò assi, diciendo, que si Pompeyo huviera sabido aquel dia aprovecharse de la victoria, el quedaria destruido para siempre. Aprovechandose, pues, de su buena fortuna recogiò todos sus Soldados, y con no poco miedo de q̃ Pompeyo le iria a los alcáces, marchò a Thesalia

Llego Cesar a la Ciudad de Farsalo, y en sus confines assento su Real, toda buena gẽte, Soldados bien diestros todos. Pompeyo, que quiza ya arrepentido del mal cobro, que puso en la batalla passada, le seguia con su gruesso campo, sento tambien susReales distantes una legua, junto a las orillas del rio Enipeo. El campo deCesar se hallaba sin bastimentos; y assi deseaban la batalla. El de Põpeyo se hallaba mui abastecido, mas no por esto rehusaban el asirse, antes viendose tan ventajoso en gente, le daban prissa a Pompeyo, que hiciesse la señal de acometer. Pompeyo, como prudẽte dilataba la batalla, conocida la necessidad del enemigo, queriendo que la hambre le hiciesse la mayor guerra. Temia, en fin, acometer à Soldados hambrientos, q es mas que a perros rabiosos. Este era su designio, y era mui acertado. Los Senadores le apartaron de su buen juicio, y aun sin esperar su consentimiento, mandaron tocar al arma. Huvo el Capitan valiente de seguir su rumbo, y comenzò a concertar susEsquadrones, divido el Exercito en tres trozos. No se dormia Cesar, visto ya el lance, juntò todas sus legiones, y mandando derrocar los vallados, y trincheras, y deshacer el fuerte, y cegar las cabas, les hizo un razonamiento desta forma.

Oy es el dia, Soldados, que mas os he avido menester, y q̃ mas confio del esfuerzo vuestro, pues no hai mas remedio, que vencer, ò morir. En esta batalla se arrastra la honra, y vida no nos queda esperanza de probar mas fortuna: ya no queda fuerte donde retraernos: pelear para vencer es lo que importa, y en dandonos por vencidos, no ay sino morir. Mirad

si quereis ser deCesar,ù dePompeyo;pues queda al arbitrio de vuestra animosidad darle a uno,ù a otro la victoria. Mirad si quereis ser mios,y vuestros tambien, haciendo como Soldados,ò si quereis por cobardes ser de mi enemigo. No mancilleis,por entibiar los corazones,tantos trofeos como aveis ganado enEspaña, Italia,y Francia,Provincias las mas temidas de quanto circunda elOrbe. No os amedrente el numeroso gentio del contrario,quando veis q̃ se compone de naciones diversas,mui agenas del valor,q̃ arde en vuestros pechos;y poco importa la multitud cõtra leones desatados q̃ la embistẽ.Haced,pues,vuestro deber,q̃ no he de faltaros,antes serè el primero,q̃ me arroje a los peligros por defẽderos.

Con palabras semejantes animò Cesar a su genre.Pompeyo hizo otro tanto,si bien algo desabrido, de que contra su dictamen huviessen hecho la señal de la batalla,pues era ser mandado,en vez de obedecido: animòse empero de que peleaban por la justicia,y en defensa de la libertad de la Republica Romana,contra la tirania deCesar. Aviendo estado suspensos por largo espacio ambos Exercitos,mirandose unos a otros,se empezò la batalla al sòn de las trompetas, encarnizandose cruelmente unos con otros. Animosamente embestian losPompeyos,guardando cada uno la orden de suCapitan.Los Cesarinos se defendian valientes,y se entraban por las picas temerarios.La lid se travò confusa , encendiòse la pelea,y por una,y otra parte andaba cruel la muerte , y sangrienta la matanza.Cargò Cesar las fuerzas contra la cavalleria de Pompeyo,hasta hacerlos huir,y a su imitacion muchas de las naciones de ayuda,conque empezò la victoria à declararse por Cesar.Corriò la voz, y aunque sorda, avivò los corazones de los q̃ oian su aplauso, y acobardò notablemente a los que escuchaban su vencimiento. Cesar,aunque andaba valeroso,se revistiò de leon,y comenzò de nuevo a executar valentias.Pompeyo,q̃ a vista del destrozo andaba desmayado,perdiò el habla,y se recogiò a su tienda. Diòse por vencido,y abochornòse el valor de lastimado. Bien entendiò,que se contentara Cesar con la victoria,y que a imitacion suya tocara luego a recoger, sin llegar a su Real. No quiso Cesar ser tan compassivo con èl , ni dexar calor para mas encuẽtros;y assi denodado acometiò furioso a las trincheras. Pompeyo entonces , con el dolor que puede imaginar-

narse, y quitòse las insignias de General, despedazò el laurèl, desnudòse la purpura, y montando en un cavallo se puso en huida con quatro Soldados, q̃ le siguieron las huellas. Cerraba ya el dia, è hicieronle buẽ tercio las sombras de la noche. Caminò toda ella, hasta llegar a Larissa. Tomando alli una barca de unos pescadores, se echò despechado al mar hasta que encontrando una nave de un Romano, llamado Peticio, este le acogiò en ella urbano, y comedido, y llevòle hasta la Isla de Lebos, donde en la Ciudad de Mitilene avia dexado a su muger Cornelia, que siendo sabidora de la desgracia del que idolatraba dueño, hizo sentimientos notables, lastimas muchas, llantos compassivos.

Acariciòla Pompeyo, y aunque su mucho dolor iba mas para buscar consuelos, que para darlos, la fuerza del querer le obligò a dissimular sus penas, y fingir alguna alegria; trazas que busca el amor para no entristecer a lo que ama. Alli con algunos de los suyos, que le avian ido siguiendo derrotados, entrò en consejo, sobre el camino que tomaria para espetar fortuna, y mejorarse. Despues de diferentes pareceres, escogiò por mejor passarse a Egipto, fiado en q̃ Ptolomeo se acordaria de las mercedes q̃ le hizo a su padre, pues le puso en possession de la Corona. Fiòse Pompeyo de la gratitud à ley de noble, sin recelar de lo ingrato. Hizose luego a la vela con algunas naves, hasta llegar al puerto de Alexandria. Embiò desde alli recado a Ptolomeo, contandole su desgracia, y pidiendole acogida. Tuvo el Gitano malas Consejeros q̃ estos son siempre los que destruyen a los Reyes, con q̃ olvidado de los beneficios, y temeroso de tener por enemigo a Cesar, dio lugar a la traicion. Con paz fingida embiò en una barca a recibirle à dos hõbres de cuenta, que fueron los q̃ se encargaron del hecho. Entrò Pompeyo en la barca seguro de la malda, sin dar lugar que su muger Cornelia le acompañasse entonces, q̃ como era hermosa recelaba prudente, y guardabala avisado. A poco trecho, y a ojos de los suyos, q̃ desde las naves le miraban, y en especial su muger, q̃ el alma se le iba por los ojos, comenzaron los traidores a dar de puñaladas a Pompeyo, q̃ viendose vendido, y cercado de alevosos, aũ no tuvo lugar de defenderse, cubierto de mil heridas cayò muerto en la barca q̃ iba, y le sirviò de tũba. Espectaculo el mas triste q̃ viò la Gentilidad! Assi acabò el hombre mas

grande, que conociò Roma, y el que mas la honrò con triunfos, para que se conozca lo caduco destas glorias humanas, y la facilidad con que las aja la fortuna.

Querer aqui referir la lastima, la pena, las lagrimas, las congojas, las angustias de la infeliz Cornelia, era necessario mucho papel, y tiempo. Lea el curioso a Lucano, q̄ en metros lastimosos verà penas bien sentidas. Su llanto turbò los mares: los tristes alaridos embarazaron el viento; y los quexidos roncos llegaban a las estrellas. Temerosos de otro tanto huyeron à vela, y remo los Soldados, maldiciendo à Ptholomèo, como a fementido, y pidiendo a los Cielos venganza Presto la tendràn encima, que a traidores nunca permite el Cielo logro alguno. Ya venia Cesar siguiendo a Pompeyo, temeroso siempre de volver a verle apoderado. Caminò tras èl a Egipto algo a la ligera, juzgando, q̄ a quien iba casi solo, y derrotado, bastaba poca gente para sujetarlo. De parte Ptolomeo salieron al Puerto a darle la bienvenida, y a lisongearle con la cabeza de Pompeyo, y con su sello, y anillo, tã cõfiados los mẽsageros en unas buenas elbricias, como el Amalechita, q̄ llevò a David la Corona de Saùl, y nuevas de su muerte. Quedò Cesar aturdido a vista del fracaso, y lastimado el corazon, arrojò lastimas copiosas a los ojos, y entre sollosos, y llanto, dixo cõ despecho: O Dioses immortales, por que aveis permitido, q̄ el hombre mas grande, que ha tenido Roma, aya muerto a manos de traidores? Quien venciò tãtas batallas, quien alcanzò tantos triunfos, quien ganò tantas victorias, se vè en esta desdicha! Quien no cabia en el mũdo, se ha abreviado a esta tragedia! La grandeza de Pompeyo se extinguio tan facilmente! O alevoso Ptolomeo, pues contra el derecho de las gentes has quitado la vida a quien baxo tu poder se iba a amparar de ti! Si el temor, ò la codicia de agradarme te ha movido, presto te darè el pago, q̄ merece tu traicion; Que aunque yo seguia a Pompeyo, y queria vencerle, no empero queria matarle; y quando le matara en buena guerra, esso es de Soldados, y aũ èl mismo no me hiciera cargo dello, pues iba cada qual expuesto a la misma fortuna; para matarle a traicion, por hacerme gusto, me ha llegado al alma, y en vẽganza de su muerte he de arresgar la vida O cabeza la mejor q̄ tuvo Roma! Como assi difũta? Como tã sangriẽta? Como extinguido tu ardor? Como tã muertos tus brios?

brios? Quitadmela de delante, que se apura el sufrimiento, y no pueden mis ojos tolerar el llanto.

Con semejantes lastimas es creible, que llorò Cesar la muerte de Pompeyo; y aunque no ha faltado quien diga, que fueron lagrimas fingidas, ò que lloraba de gozo, de verse sin cõpetencia; no es possible, que en hombres de buen juicio, como era Cesar, dexe de sentirse una maldad, una alevosia, por mas enemigo que sea aquel en quien se executa. Y poco importa que se alegre un Capitan de verse sin competidor, para por otra parte dexar de sentir la desgracia de una muerte mal hecha. Tambien no hai duda, si, que se holgaria David de que la muerte de Saul le quitaba la persecucion, y le daba la Corona; mas no por esso dexò de llorar su muerte, y de hacer matar a quien se fue a congraciar por homicida. Assi Cesar mostrò por los efectos ser verdadero su llanto, pues en vez de agradecerle a Ptolomeo aquel agassajo, armò guerra con el, y le quitò el Reino, y la vida, y dexòle a su hermana Cleopatra la Corona. Castigo merecido de su traicion, y mala correspondencia, y heroica hazaña de Cesar, en sentir y en vengar la muerte de su enemigo.

EXEMPLO TERCERO.

Corone nuestro assumpto otro Monarca Griego, aunque tirano, un Emperador de Constantinopla, mui parecido à David en las persecuciones; mas mui dificil en lo lascivo, y cruel; faltas que le desdoraron algunas cosas buenas, mui devoto de S. Pablo, y que tenia sus cartas mui en la memoria, y acotaba con ellas en casos que se ofrecian, mui avisado, y discreto, mui sagaz, y mui valiente, tolerador de afanes, mui sufrido. Este fue Andronico Comneno, primo hermano del Emperador Manuel Comneno, q̃ regia el Imperio Oriental por los años de mil ciento, cinquenta. En aquella era passò à la tierra Sta. con los Cruzados del Emperador de Alemania, Conrado III. primo tambien de Manuel. Empresa tambien ruidosa, y de poco fruto, por lo mal que se llevarō los Griegos, y Latinos. Por estos tiempos, pues, era Andronico Governador de Belgrado, y Banizobra, y no obstante, q̃ estaba ya casado, y con hijos, andaba mui divertido cõ otras hermosuras, en especial fue Eudosia, sobrina del Emperador, y sobrina tābien suya, hija de su primo hermano, la q̃ en la-

Autores desta historia, Nicetas Choniates in septem libris de Gestis Mãne, lib. 1. & 2. de Vita Andronic. Fuit iste Author testis oculatus rerum illorum temporum. Pin. in sua Monarc. 3. p. lib. 21. c. 23. & 24. & 31. & lib. 22. cap. 1. &c.

zos de ſu belleza le tenia preſſo. Sentia mucho el Emperador eſta demasia, y diò parte a los hermanos de Eudoſia para q̃ lo remediaſſen. Ellos ſentidos intentaron matarle, armando le aſſechanzas para cogerle con ella. Cercaronle una noche la caſa, y èl animoſo, y valiente, ſaltãdo de un texado a otro, huyò del rieſgo, y dexòſe burlados a los q̃ le buſcaban. Por eſtas mocedades le privaron del govierno. Acogioſe Andronico à los Hunos, y quiſo rebelarſe. Entendidos ſus deſignios llamole el Emperador a Pelagonia, y en entrando en Palacio mandò prenderle, y ponerle en una Torre. A pocos dias de entrado en ella, la viveza de ſu ingenio le hizo inquirir, y hallar un albañal ſecreto, y rõpiendo con las manos los ladrillos, vino a ensãcharle de modo, q̃ baſtaſſe para poder ſalirſe a ſu tiẽpo. Diſsimulò, pues, la rotura con ardid, y traza porq̃ los que entraban a darle de comer no pudieſſen verla. Experimentò un dia la ſalida, paſsòſe de la otra parte, y eſtuvoſe oculto en la caba de la Torre. Quando fueron las guardas a darle de comer, y no le hallaron, y mirando q̃ la Torre eſtaba ſana, y cerradas las puertas, quedarõſe paſmados, y cõfuſos. Dieron cuenta a la Emperatriz, por eſtar auſente entõces el Emperador, y mãdò a toda diligencia tomar todas las puertas de la Ciudad, y q̃ en los Puertos ſe tuvieſſe cuidado.

Grande alboroto ſe moviò en Conſtantinopla ſobre el caſo. Por algunos indicios prendieron a la muger de Andronico, y puſieronla en la miſma Torre: y quando ſe imaginò ſola, ſe hallò con ſu marido al lado, q̃ a conſolar ſus triſtezas volviò a entrar por la rotura. El paſmo, y el alborozo ſe dieron las manos, el ſuſto ſe convirtiò en alegria, con q̃ ambos priſsioneros aquietaron las diligencias q̃ ſe hacian por hallarle. Es prudente arbitrio en caſos tales, dexar que ſe deſcuide la ſolicitud, para que la fuga ſe haga mas ſin rieſgo. Todo lo advertia Andronico, que era ſagaciſsimo: y aſsi, quando le pareciò tiempo oportuno, y viò que las guardas eſtaban todas bien deſcuidadas, porque juzgaban, que los lazos del amor de ſu muger eran baſtantes priſsiones para tenerle a raya, deſpedido de ella, ſe entrò por el albañal, y cõ la ayuda q̃ tenia prevenida, ſe fue huyedo haſta Melãgia.

Deſde que el Emperador Manuel tuvo noticias que queria Andronico uſurparle la Corona, le cobrò mucha ojeriza, al miſmo modo que Saul à David: tanto, q̃ no ſe aſſeguraba, ſi no

no es teniēdole preso. Veiale bizarro, hermoso de rostro, galan en talle, gigante en la estatura, leon en lo valiēte, y sobre todo, entendido, cuyas gracias arrastrabā los afectos: temiale pues, y al tanto le perseguia. En sabiēdo de su fuga, le hizo seguir por el rastro, sin sossegar hasta hallarle. Volvierō a traerle preso a Constantinopla, y pusieronle en mas estrecha prision, y mas segura. Echaronle grillos, temiendo, q̄ volasse. Divertia Andronico sus pesadumbres con buscar arbitrios con q̄ darselas al Emperador; que suele ser alivio de un lastimado darle cordelejo a quien le aflige. Assi Andronico despavilando su ingenio, buscaba trazas para picar al Emperador, poniendose en salvo. Mādò, pues, un dia al paje, q̄ le servia en la carcel, traxesse una poca de cera, y mientras durmiessē los q̄ le guardaban, esculpiesse en ella la forma de las llaves de aquella Fortaleza, y se la llevasse a su hijo Manuel, para q̄ hiciesse hacer otras conforme aquella muestra: esto prevenido mandò, q̄ en los frascos en que solian llevarle la bebida, le echasse unos cordeles, q̄ fuessen fuertes, y abultassen poco. Hizose tambien esta diligencia, y una noche a hora competente abriò el hijo el aposento, y èl con ayuda del criado, saliò à unos trascorrales, parte escusada, y oculta de Palacio, y en unos yervazales, q̄ alli avia se estuvo por tres dias escondido dexando q̄ desfogasse la furia de su busca. Passado este tiempo, y aviendo hecho prevenir un esquife en la marina, saliò una noche, y por la parte mas acomodada, y secreta, atando los cordeles, se descolgò por el muro, al modo q̄ el Rey Alfōso de Castilla quādo se huyò de Toledo, y a la manera q̄ nuestro David quando escapò de la Corte, ayudado de Michol. No tuvo Andronico tanta venrura como los dos referidos: pues apenas huvo passado los arrabales de la Ciudad, quando diò en manos de algunos q̄ le buscaban, pero valiendose èl del rebozo de la noche, y al modo q̄ David quando se fingiò loco, fingiòse ser esclavo fugitivo, y enfermo de la prissiō en q̄ su señor le avia tenido maltratado, aplicādo este dominio al dueño del esquife, llamado Christopolo. Para mas dissimular esta ficciō, fingiase de otra lengua, hablando la Griega cō muchos solecismos, y haciendo deprecaciones, q̄ no le dexassē en poder de su amo, q̄ acabaria de matarle por averse huido. Christopolo, q̄ entendiò la treta, esforzò a tambien, acusandole de infiel, y fugitivo, y llenandole de oprobrios; y en fin,

un-

untandoles las manos a las guardas con algun dinero, les hizo que le dexassen a su fingido esclavo.

Con esta maestria se escapò Andronico de aquel apretado riesgo, y llegando a unas casas suyas, quitandose los grillos, y montando en un cavallo, huyo hasta Galacia, tierra de los Rutianos, y no sujeta al Imperio. Descansò alli Andronico, dandose por seguro, sino huviera traidores, q por ganar gracia con el Emperador, al modo que los Zifeos con Saul no le armaran zalagarda. Estos fueron los Blancos, Nacion de aquella Provincia, los quales le prendieron, y marcharon con el donde estaba el Emperador ocupado en la guerra de Jogria. No se les logrò el lance, porque Andronico se valiò de su industria, fingiendose enfermo, y mal aquexado del dolor de vientre. Con este achaque se apartaba mui a menudo a sus necessidades, assi de dia, como de noche, atendiendole a lo lexos los q le llevaban. Una noche, pues, que le pareciò mas oportuna, haviendose apartado como solia, hincò en la tierra el baculo que llevaba para sustentar su bien fingida flaqueza, y puesta encima la capa, y sobre todo el sombrero, se escurriò pecho por tierra, y diò a huir azia un vecino bosq que el mas ligero ciervo no pudiera igualarle en ligereza. Diole alas el cuidado, y logrò su pretension, volviendose a Galacia a tener asylo. Los Blancos, despues de aver esperado mucho rato, y admirados de la tardanza, fueronse acercando poco a poco, y dando con el bulto, y la tramoya, hallarōse afrentados, y corridos, como quando los Ministros de Saul yēdo à la cama de David, se hallarō con una estatua. Hicierō en buscarle muchas diligēcias, mas todo trabajo en valde.

Llegado Andronico a la Ciudad de Galacia, fue mui biē recibido, y cortejado del Governador los dias que alli estuvo. Diòle el barbaro ayuda de costa para passar a los Scitas con los quales tratò Andronico amistad, pidiendoles sus favores, para despicar su enojo en las tierras del Imperio. Atraia con su agrado, y cariño todas las voluntades, y assi con brevedad juntò gran cavalleria. Temiòle el Emperador, y embiandole perdon, y seguro mui firme le mandò volver a su gracia. Obedecio Andronico los ordenes, juzgādo por mejor medio vivir en su Casa, y con Christianos, q andarse a merced de infieles. Llegando a Constātinopla, fue mui bien recibido, y diole el Emperador el govierno de

Ci-

Cilicia, con los tributos, y rentas de la Isla de Chipre. Fuele adversa la fortuna en este caso, pues en las batallas, que dio a los enemigos, llevò siempre lo peor. Estas perdidas por una parte, y por otra darse a nuevos galanteos en la Ciudad de Antioquia con una cuñada del Emperador, llamada Philipa, hermosa en estremo, le descompuso mucho; y tanto que bufando de corage, embiò el Emperador a Augusto Constãtino Calamano, Varon de mui buen juicio, para q̄ casasse con Philipa, y desbaratasse assi los amores de Andronico. No es mal modo de negociar, quando se hallan hombres tan biẽ acondicionados, como este Constantino, que admitan el ser maridos de quien ha gastado con otros sus buenas conversaciones. De todo ay en el mundo, que assi como ay maridos, que se espantan de una sombra, assi tambien ay otros, q̄ gustan de ser sombras de maridos. Con todo, anduvo la señora Philipa mui bizarra en su fineza, mui descocada en la demasia, diciendole al pretendiente muchas quemazones, y dãdole a entender, que estimaba en mas ser dama de un Principe como Andronico, que muger de un hombre tan sufrido.

No se asseguró Andronico en Antioquia, sabiendo la indignacion del Emperador, que tercera vez trataba de prenderle; y assi despedido de su dama, se huyò a Jerusalen. Hallò mui buena acogida en la Reina Theodora, viuda ya del Balduino; pero moza, y de mui buen estambre, con que à pocas visitas los enlazò cupido entre sus redes, no obstante, que eran deudos mui cercanos, èl tio, y ella sobrina, hija de primo hermano. La amistad era tan publica, tan notorio el galanteo, que no solo tenia escandalizada a Jerusalen, sino à todas las Provincias del Oriente. Hizo el Emperador sus diligencias por apartarlos, hasta despachar su Bula de oro a los Principes de aquellas partes, para que prendiessen a Andronico, y le sacassen los ojos por castigo. Llegò el despacho à manos de Theodora, con que mostrandose al dueño idolatrado, le hizo tributar nuevas caricias, como deudor de mas obligaciones. Dos años, en fin, se dieron a sus gustos, en que tuvieron dos hijos, y temerosos de que la codicia no los pusiera en algun aprieto, se huyeron los dos a mas remotas Provincias. De Satrapa en Satrapa, y de Reino en Reino anduvieron vagueando mucho tiempo, siendo de todos honrados, y socorridos. Llegò al Soldan de Caldea,

dea, que los recogiò mui bien, y los tuvo en su corte, hasta que aplacado el Emperador, y hechos tratos de seguro, se volviò a Constantinopla. Presentòse con una humildad notable, que fue echarse al cuello una cadena de hierro, y arrojandose a los pies del Emperador, bañado en lagrimas, y pidiendo perdon de sus excessos. Enterneciose tambien la Magestad a vista de esta accion heroica, y embiòle a vivir a la Ciudad de Eneo, y que alli se le diesse todo lo necessario de sus rentas.

En este como retiro, viviò Andronico algunos años, mas sossegado en sus travessuras, hasta que muerto el Emperador Manuel, y reinando su hijo Alexio de doce años de edad, y apadrinado de sus Tropas, se le levantò el espiritu a pretender la Corona. Ayudaron sus intentos una mala voz, de q̄ la Emperatriz, madre de Alexio, moza, y hermosa, se daba a los amores del Tutor del niño, primo hermano de su padre, llamado Alexio Comneno: y assi mismo estàr muchos de los nobles descontentos del gobierno. Maria, hermana del niño Emperador, hija de otro padre, como Reina de Thesalia, titulo que la diò su madre quando la casò con Raynerio, estaba tā sentida de la poca honestidad de su madrastra, q̄ intentò, con muchos que se conjuraron cō ella, dar muerte al Governador su enamorado. Descubriòse la zelada, y costò hartos desasossiegos. Todas estas cosas espolearon a Andronico à irse acercando a Constantinopla con la mas gente que pudo. Hallò mucho calor en los mas principales, con q̄ entrò en la Ciudad haciendo mil desafueros en los Italianos, y Franceses q̄ estabā sobre seguro. Aqui empiezan sus maldades, y assi las demostrò el Cielo; pues en aquel tiempo apareciò una cometa en forma de serpiente, q̄ a veces se enroscaba, y a veces se estēdia; y tal vez abria la boca, como q̄ queria tragarse al mūdo. Durò un dia natural, con que desapareciò. Varios juicios se hicieron sobre el caso, y todos los aplicaban a Andronico, q̄ havia de ser Dragon engañoso, y destruicion del Imperio.

Al entrar en la Ciudad, quiso de camino visitar el Monasterio de Pantocrator, donde tenia el sepulcro el Emperador Manuel. Pidiò que se le mostrassen; y como avia sido tan perseguido de èl hasta la muerte, muchos presumieron si queria hacerle algunos desacatos: que hombres crueles, y vengativos, hasta de los muertos procuran tomar venganza. No era

cile

este intento de Andronico, sino mostrar al mundo una accion heroica; si fue fingimiento (que èl era mui astuto) para hacer estimarse, ò si fue virtud, solo Dios puede saberlo. En fin la accion exterior, que es la que se queda al juicio humano, no podemos menos de loarla, pues es el assunto q̄ nos ha traido. Mostraronle el Panteon, y abrazandose con el marmol frio, comenzò, bañado en lagrimas, à hacer muchas lastimas, y sētimientos, no culpādo lo q̄ le avia perseguido, antes pidiēdole perdon de lo que con sus travesuras le avia disgustado. Enterneciò a los circunstantes, y atonitos a su lloro, a penas podian apartarle del sepulcro. Imitò Andronico a David, mas propriamente que Cesar, y Alexandro, porque estos llorarō a los que ellos mismos avian perseguido, que fueron a Dario y Pompeyo: pero Andronico llorò como David a su perseguidor, que fue el Emperador Manuel, que por mas de treinta años le traxo acosado: y si Andronico se muriera entonces sin empuñar el Cetro, no obstante sus mocedades, y tropezones de amor (q̄ tambien David los tuvo) pudiera ser aplaudido por Principe herico, tolerador de afanes, y perdonador de injurias, que aun èl mismo solia jactarse de ello, de que havia andado perseguido como David: pero mas afanado, y por provincias, y tierras mas remotas, predicando como un Apostol el nombre de Jesu Christo, Mas todas estas virtudes las vino à obscurecer con su crueldad, con su ambicion, y sobervia. Sumarè en breve su fin, para escarmiento de algunos, y porque admiren la tragedia lastimosa, de quien ceñidas las sienes cō el Laurel augusto, se viò puesto en un suplicio por mano de sus vassallos; exemplar, que no le he hallado en historias, hasta en nuestros tiempos con el Rey de Inglaterra, que en publico cadahalso le mandò degollar su Parlamento.

En entrando Andronico en Constantinopla, se hizo dueño del Niño Emperador: y aunque con zalemas lisonjeras le besò los pies, se le hizo Coadjutor en la Corona. Recibiò las insignias Imperiales con solemnidad, y pompa, de manó del Patriarca; jurando, al tiempo de recibir la Sagrada Comunion, que solo le movia llamarse Emperador, el conservarle el Imperio a su sobrino. Fue un perjuro, pues apenas se viò con la potestad, quando les mandò a tres de sus llegados q̄ una noche le quitassē la vida al inocēte Alexio: echādole al cuello un lazo le ahogarō alevosos. Ya cadaver aū caliēte le ul-

ultrajò Andronico con obras, y palabras, dandole de puntillazos, y cortada la cabeza le hizo arrojar en el mar. A la Emperatriz, madre del niño, havia hecho matar primero, y aun le hizo al hijo firmasse su sentencia. Ni le apiadò la hermosura, ni el ser hermana la su amiga Philipa. A Maria tambien hermana de Alexio, Reina de Thesalia, y la que mas instò por su venida, la hizo dar ponsoña, a su marido lo mismo. Todos aquellos Nobles, q̄ podian tener mano en contrastarle el laurel, quando mas seguros, se hallaban sin los ojos, ò las vidas. El mayor amigo no estaba assegurado, antes hacerle a uno buena cara, eran visperas de muerte. La carniceria, q̄ hizo en dos años que tuvo el Imperio, fue notable, haciendose odioso a todo genero de gentes: y como la tirania, y mas acompañada de la crueldad, no puede ser durable, acarreòle su fin por un modo extraordinario. Como por consulta de un hechicero huviesse sabido, q̄ avia de derribarle del Imperio aquel cuyo nombre comenzasse en I. un Privado suyo, llamado Estephano Christophorista, en sòn de serle leal, y complacerle, quiso prender a Isaacio Angelo, hombre de prendas, q̄ havia sido Governador de Bithinia, y que le traxo su suerte a ser despues Emperador diez años. No se receiò jamàs Andronico de que Isaacio se le atreviera, por conocerle de mansa condicion. De quien tenia sospecha era de cierto Isauro, que se avia levantado con Cypro. Con todo, su Privado Estephano quiso hacer aun lo que no le mandaban. Acertado iba el juicio, mas a juicios del Cielo, no bastaban los humanos. Acompañado, pues, de gran tropa de Ministros, entrò Estephano en casa de Angelo, y mandò a los Alguaciles, que le asiessen para llevarle a la carcel. Diòse Angelo por muerto, y como a quien yà la necessidad se hace virtud, y dan brios, saltò en un caballo, q̄ su ardid le puso a punto, y en cuerpo, y con espada desnuda arremetiò para Estephano, y a la primer cuchillada lo tendiò muerto a sus pies. Cerrò luego con los Alguaciles, hasta verse libre, dexando a muchos heridos. De la forma que estaba, huyò a la Iglesia Mayor, publicando el hecho, siguiendole desapoderados los que instados de el alboroto, y ruido iban a ver el sucesso. Era Isaacio buen Caballero, bien quisto, y mui amado de todos, Ciudadanos, y Nobles: y no se què Divino influxo se apoderò de ellos, y à que comenzaron a apedillar libertad contra el tirano, y de

decir: *Viva Isaacio Emperador*. En fin, contra su voluntad le coronaron en la misma Iglesia, baxãdo un Sacristàn de lo alto del Altar Mayor la Corona del grande Constantino, Pusose à su lado el Patriarca Basilio Comatero, y abreviada la Ciudad en la Iglesia grande, se pusierõ en arma contra el Emperador Andronico, y los de su valia, que le quedaron pocos. Avian abierto las carceles los de la parte de Isaacio, y puesto en libertad presos infinitos, que tenia Andronico. Estos, pues, que ya los mas tenian tragade la muarte, y todos sus deudos, se mostraban mas valientes contra el tirano. Todas las calles de Constantinopla eran marcial palestra, la Iglesia Mayor era el Real de Isaacio, los Palacios Imperiales erã las trincheras de Andronico; el qual, viendose con poca gente, temiò llegar à las manos, y ensangrentar las armas; y assi despachado, y triste, desciñendose el laurèl, y desnudandose la purpura, saliòse del Palacio por una puerta secreta, llevãdo consigo a su muger Ana, niña de hasta doce años, hermana de Philipo Augusto, Rey de Francia, desposada primero con el niño Emperador Alexio, y al cabo tan mal lograda, muger del tyrano Andronico, fugitiva, y pobre. Hizòse a la vela en un navio, con su muger, y los pocos criados que quisieron seguirle, y huyòse a tierras estrañas, no assegurandose en ninguna Provincia del Imperio. Miren atentos los de buen juicio los juègos de la fortuna, y cõ la brevedad que trasiega los Imperios. El què ayer estaba atronizado, y lleno de Magestad, oy se mira pobre, y fugitivo; y el que se mirò preso, metido entre una chulma de Alguaciles, y bien cerca del suplicio, oy se halla, sin pensar, coronado Emperador, y arrastrando purpura. Quien entenderà estas mudanzas?

Viendose ya Isaacio coronado Emperador, y a gusto de todos, se fue al Palacio Imperial, al qual la codicia, mezclada con el placer, le diò à saco, de manera, que todo el tesoro, y las riquezas fueron despojo de los mas diligentes. Tomada la possession, despachò Isaacio grãn trozo de Soldados en seguimiento de Andronico, para que le prendiessen. Alcanzaronle en Chele, lugar del Ponto, y echandole grillos, y cadenas como al hombre mas vil, y mas facineroso, marcharõ cõ el al nuevo Emperador. Mucho sintiò Andronico el ultrage; y aunque les afeò à los Ministros su poca atencion, y les puso por delante sus altas prendas, no bastò nada para dexar

de matarle ruinmēte,y cō desprecio. Una imagen del Apostol S.Pablo,de quien ya he dicho que era mui devoto,que la tenia colocada encima del sepulcro,dōde pēsaba enterrarse, fue vista de muchos llorar enternecidas lagrimas formales, poco antes de su caìda; y como se lo dixessen, dicen, q̄ dixo lastimado,que pues su amigo S. Pablo lloraba, sin duda se le acercaba algun fracaso. Fue tan triste el que le sobrevino, q̄ provocarà à dolor al menos cōpassivo, que lo escuche. Llegado que fue à Constantinopla tan cargado de hierros, y de ultrage,como queda dicho, mādò el Emperador ponerle en parte,dōde todos se señoreassen de èl,y le hiciessē injurias,y mal os tratamientos. Barbara crueldad, por mas q̄ la tuviesse merecida! Notable sufrimiēto de un animo constante! Todos los que querian, de alta, ò baxa esfera, y hasta mugeres ofendidas,le poniā las manos en la cara,le tiraban los cabellos,le apuñeteaban el rostro, y llenaban de oprobios. Cortaronle alli la mano derecha,y metierōle en la carcel,sin curarle la herida,ni llevarle sustento. Passados algunos dias, le sacarō un ojo,sin ser piedad no sacarselos ambos; antes sì rigor,porque fuesse viēdo sus afrentas. Pusieronle sobre un camello flaco,y sarnoso,llevarōle à la verguenza por las calles principales de Constantinopla,executādo en èl muchissimas crueldades todos aquellos que estabā ofendidos. Tirabāle à la cara cieno,y otras inmundicias;dabanle en la cabeza muchos palos; punzabanle los hijares con chuzos, y assadores, acompañados estos malos tratamientos con mil injurias de lengua. Portòse tan sufrido, tan callado, tan constante el infeliz Emperador,que no despegò sus labios à tanta afrenta,y martyrio. Solo compungido imploraba la Divina clemēcia, diciendo à cada passo: *Señor, apiadaos de mi.* Llegados à la plaza, adonde estaba el teatro, colgaronle de los pies en dos columnas,y la cabeza abaxo, y desnudandole una pobre jaquetilla,de que iba mal vestido,y quedando en carnes,le hicieron otras afrentas;y dos de los mas ossados, le hicieron à cuchilladas espectaculo sangriento,hasta rendir la vida. Este fue el desgraciado fin de Andronico,Emperador del Oriente, el parecido a David en las persecuciones, el devoto de San Pablo, y el que llorò compassivo por su enemigo difunto. Exemplo memorable para que escarmienten quantos ascienden a la mayor altura,en no darse a la crueldad,ni ha-

hacer demasìas, porque al primer desliz se amotina el Pueblo y aunque sea Emperador, la voz de los agraviados le pone en una desdicha. Seguir a David paciente, es el mejor camino, que hacerse a lo cruel, es de tyranos.

CAPITULO XVIII.

EN QUE SE TRATA EL PRINCIPIO DEL REINADO DE David, sus ansias, y deseos para que Isboseth le restituyesse à Michòl.

CON aplausos, y jùbilos gozaba David del Cetro de Judà en la Ciudad de Hebròn, primera Corte suya, quando Abnèr, General de las Armas de Saùl, Principe grande, y valiente, acudiendo a las obligaciones, tomo al Principe Isboseth, hijo del Rey Saùl, y en medio de los Reales hizo que las once Tribus le diessen la Investidura, y le aclamassen por Rey. Famosos Israelitas, este es vuestro Rey, (le dixo al Pueblo) y à quien de derecho debeis prestar obediencia; pues no es justo, que aviendo successor legitimo de Saùl, se dè a otro la Corona. * Valiò la autoridad de Abnèr para que nadie contradixera aquel pretexto, y coronado Isboseth, se dividiò el Pueblo en dos bandos; los de Judà se hicieron con David, y las demàs Tribus siguieron las Banderas de Isboseth. A estos capitaneaba Abnèr, y a los de David, Joab, deudo suyo, y gran soldado. Junto a Gabaòn se juntaron los dos Campos, y de poder a poder se dieron la batalla mui reñida, y mui sangrienta. Quedaron los de David con la victoria, y Abnèr derrotado, y vencido, escapò huyendo. Asaèl, hermano de Joab, famoso corredor, diò en seguirle desapoderadamente, sin quererse cõtentar cõ menos que prisionero. Retòselo Abnèr, y aun le pidiò con cortesia buscasse otros despojos. No quiso Asaèl desistir de su tesòn; y viendose Abnèr en los ultimos aprietos, y que sus requerimientos corteses no bastabã, le atravesò con la lanza, dexandole hecho cadaver sangriento, y expectaculo lastimoso à los ojos de su hermano. Dissimulò Joab el dolor, y abrigò en el pecho la vẽgãza. Seguiase el alcance todavia, sin que bastasse la noche a meter con sus sombras el montante. Nunca fue de prudẽtes apretar mucho à quien huye; pues tal vez con la desesperacion se abroquela

Ex lib. 2. Reg. c. 2. & 3. Text. y Gloss.

* No delinquiò Abnèr en procurar la Coronã para el hijo de su Rey, no obstante, q̃ no avia derecho de succession entre los Hebreos. Abul. in 2 Reg. c. 2 quæst. 13.

el rendido, y hace destrozo cruel en su cōtrario, ò por lo menos vende bien su vida. Esto mismo le dio a entender Abnèr à Joab desde lc cumbre de un cerro, adonde se avia retirado con los suyos. Conociò Joab la razon, (que siempre con los que entienden puede mucho) y tocando à recoger, cargò con los despojos que quedaron en el campo, y marchò para Hebròn à celebrar el triunfo. Diòle David las gracias, por ser la primer victoria, que le ponia en las manos, y mandò, que en la Ciudad se aclamassen con alegrias.

Aunque escapò Abnèr vencido, no por esso se le amainaron los brios; que en hombres de valor, tanto lugar se hacen las desdichas, como los vencimientos. Por los montes de Mohab caminò toda la noche, y atravesando el Jordan, llegò à sus estancias. Recogiò toda su gente, y cada dia tenia sus encuentros, y resriegas con David, procurando mañoso irle poco à poco disminuyendo las fuerzas, y no arrestarlo todo en una batalla, que este ha sido ardid de grandes Capitanes. No empero se le lucia el designio, porque lo avia con quien sabia tambien aquellas mañas. El campo de David se aumentaba en fuerzas, y el de Isboseth iba siempre de caìda. Espacio de dos años duraron estas lides, y solo un accidente pudo apaciguarlas. Un amor poco atento fue el principio, y la imprudencia de un Principe esforzò la causa. Fue este el caso: Avia tenido Saùl por su segūda muger a cierta dama, llamada Respha, hija de Acaias; y à fuesse, pues, brindado de su hermosura, ya ambiciosa por el Cetro, segun sentir de algunos, Abnèr se casò con ella, ò la tomò por amiga. Supose el trato, llegò à oìdos de Isboseth, que no faltarian corredores de oreja; y como Rey mozo, y poco entendido, que era, se diò por mui ofendido, yà zeloso de la honra de su padre, yà temeroso, que por aquel camino quisiesse Abnèr cōtrastarle el Reino. Llamòle, pues, y con palabras severas le afeò el caso, y aun como que le riñò la demasìa. Poca prudencia, no dissimular aun mayores arrojos con quien le sustentaba la Corona. No todo se ha de reñir, ni castigar, quando del castigo han de resultar mayores inconvenientes. Ni basta en estos casos tener razon, ni justicia, (como la tenia Isboseth) porque la justicia, y la razon admiten tambien sus dissimulos. Mas sagàz anduvo David, con Joab en hartas ocasiones, quando mostrò las traiciones con Abnèr, y Amassa, quando mostrò la

la carta que le llevò Urìas, y quando diò muerte à Abſalòn, cõtra la orden del Rey, diſsimulandolo todo por averle meneſter. Su tiempo tiene el caſtigo, porque caſtigos ſin tiẽpo, acarrean deſdichas, è infortunios. Buen exemplo en nueſtro caſo. Amoſtazòſe tanto Abnèr por verſe reprehẽdido: quedò tan picado, que rompiendo los fueros de la modeſtia, le hablò à Isboſeth con mucha deſmeſura eſtas palabras:

Por ventura ſoi yo algun hombre vil, para que V. Alteza me trate de eſta ſuerte, ſabiendo que ſe le debe à mi brazo averle pueſto el laurèl, y colocadole en el trono de ſu padre? Quando mi piedad, y zelo ha ſido parte para q̃ V. Alteza ſe vea coronado, y no ſujeto à David, à quien pude entregarle, hace inquiſicion de mis coſtumbres, y me capitùla de q̃ tenga una muger? Pues deme Dios tantos males, y trabajos como al hombre mas miſerable, y abatido, ſino hiciere que ſe cumpla con David lo que ha jurado el Señor, y prometidole: eſto es, que ſe transfiera el Reino de la caſa de Saùl ſu cabeza, levantandole ſu trono deſde Dan, haſta Berſabè, ſobre las doce celebradas Tribus.

Con todo eſte arrojo, y con eſta demasìa hablò Abnèr al que reſpetaba por ſu Rey; y anduvo Isboſeth tan menguado, que aun no acertò à reſponderle: tan malo fue aqui el ſilencio, como allà la reprehenſion. Allà, q̃ pudiera callar, ſin que ſe le atribuyeſſe à mengua, hablò lo q̃ quiſo; y aqui, que debiera hablar, ſe hizo todo al miedo. Que le temiò, dice el miſmo Texto. Quien no ha de tener, pues, manos para la ocaſion, no incite con la lẽgua; y quiẽ no ha de atreverſe à caſtigar, hagaſe à lo ſufrido. Como lo jurò Abnèr, aſsi lo cumpliò. Era reſuelto, y determinado, con que no ſe le puſo nada por delante. Verdad ſea, q̃ el Cielo lo diſponia deſta ſuerte para que David adquirieſſe ſu derecho. Eſcriviòle, pues, Abnèr, enviandole ſus Embaxadores à la Ciudad de Hebron, combidandole con ſu amiſtad, y con el Reino de Isboſeth, y pidiendole licencia para verſe, y ajuſtar las coſas. Mui alborozado recibiò David eſta embaxada, aceptãdo con muchos jubilos la amiſtad q̃ Abnèr le ofrecia; pero en quanto à las viſtas, le puſo eſta condicion, que menos que no le llevaſſe à ſu querida Michòl, no tenia que ir à verle. Hizo Abnèr ſus diligencias por darle à David aqueſte guſto; y ya fueſſe no atreverſe à quitarſela a Phalti cõ mano poderoſa, ò ya fueſſe

no querer humillarse à pedirsela a Isboseth, hallandose embarazado, le respondiò a David, que se sirviesse de escusarle aquel empeño, porque ni la violencia le seria bien contada, ni el pedirlo por merced, le estaba bien a su credito: mas que le daba por consejo, le escribiesse a Isboseth en modo de demandarle lo que era suyo, y que si lo resistiesse, èl acudiria entonces a cumplir con su obligacion. Pareciòle bien a David este consejo: tomò tinta, y papel, y escriviòle a Isboseth aquesta Carta.

CARTA DE DAVID A ISBOSETH.

V. Alteza sea servido de mandar restituirme à Michòl, pues no puede ignorar, que es mi primera muger, y que la mercì à costa de mi esfuerzo, pues la llevè por arras cien cabezas de Paganos. Mi demanda es justa, y assi le suplico no haya escusa en ello.

David.

Tan imperiosa, y sucinta como esto iba la Carta. Leyòla Isboseth, y no admite duda, que la comunicaria con los de su Consejo; y aunque avria diversos pareceres, tomòse resolucion de que se le quitasse Michòl a Phalti su marido putativo, y fuesse llevada a Hebròn, con el acompañamiento, y honras debidas a una Infanta de Israèl, y yà Reina de Judà. Todo esto lo havria mullido Abnèr, teniendo prevenidos sus amigos, porque se le lograssen sus intentos. Saliò, pues, el decreto, è hizoseles notorio a Phalti, y à Michòl. Lo que ella se alegraria, quedese al buen discurso, pues ya queda sabido, y bien ponderado, lo mucho que amaba a David. Si lo sintiò Phalti, el Texto lo dà a entender, pues dice, la fue siguiendo mucha tierra bañado en llanto. Si lloraba de placer (segun el comun sentir) està bien dudoso. Que debia llorar, vèr que le quitaban la prenda, que no havia gozado, lo dice una Glossa, *a* como queda advertido en otra parte. *b*. En fin, con su gusto, ò sin èl, le sacaron de su casa a Michòl. Hizòse Abnèr cargo de la jornada, sabiendo el gusto excelsivo, y las buenas albricias, con que avia de recibir David tan gran presente, como su cara esposa; sì yà no fuesse querer dissimular con este achaque las hablas, y los conciertos, en que andaba con David. Uno, y otro le moveria al viage; y assi, antes de partirse, hablò con los Cõsejeros mas ancianos, y revelòles su designio, induciendoles con razones eficaces a abrazar el par-

a 2 Reg. 3
b Mira el c. 6. de esta Hist.

Partido de Davia, y recibiòle por Rey. Como Abnèr era el dueño de todo, assi de las voluntades, como de las armas, nadie lo contradixo, pues aun los de Benjamìn, linage de Saul, se mostraron obedientes. Esto assi trazado, dispuso su jornada.

Acompañado de veinte Cavalleros de lo mas ilustre, se partiò Abnèr para Hebron, llevando à la nueva Reina con la pompa, y aparato debido à su persona. Phalti, arrebatado del dolor, ò instado de la cortesia, ò llevado del afecto, saliò siguiendo à Michòl, regando con lagrimas el camino. Reparò Abnèr en ello, y en llegando à Behurin, le mandò que se volviesse, no permitiendo q̃ passasse adelante. Bolviòse Phalti à la Corte a enjugar su llanto; cosa, q̃ esfuerza mucho el pensamiento que vamos siguiendo, de q̃ lloraba de pena, porque le quitaban la q̃ amaba como esposa; porque si lloràra de gozo de aversela guardado à David, sin ofensa de su honor, por què avia de escusar Abnèr, q la acompañasse, hasta entregarla à su verdadero dueño? Antes parece le avia de alẽtar à ello para que diesse su satisfacion, y manifestasse su lealtad, para q̃ David le premiasse. Bien entendido era Abnèr, y pues le mandò bolverse, conociò sin duda, que aquel llanto avia de ocasionarle à David algunos zelos, y bastaba q̃ los huviesse tenido en presumpcion, sin hacerlos patentes.

No ay duda, que David saldria con toda su Corte à recibir à Michòl, y que serìa la entrada mui festiva, è igual el alborozo en los dos amantes. Tendria la Ciudad sus fiestas prevenidas, sus calles enramadas, sus danzas, y sus juegos. Todo lo merecia Michòl, y todo se lo debia à su cõstancia, y su fee, pues à ausencias del marido, y con nuevo esposo al lado, se conservò fina, y blasonò de constante. No admiro, pues, que se le hagan estas honras à esta Reina, quando à costa de afanes las tiene merecidas; pero estraño mucho dos cosas; lo uno, que David estè tan satisfecho, que no le ha agraviado Michòl; y lo otro, que ella estè tan confiada, que no tema irse à manos de David. Segun las leyes del duelo, y del pundonor humano, podèmos tener à David por mui sufrido, por buen hombre, (que solemos decir) y à Michòl por mui descocada. Creer, pues, q̃ David sufriria desaires del honor, es desatino, supuesto, que aun quando Absalòn deshonrò à sus concubinas, sus segundas mugeres, no tocò mas à ellas, ni las tuvo

por tales. Luego se dexa entender, que si supiera que Michòl no havia andado honrada, no cuidara mas de ella. * Lo que mas espanta es, que Michòl se fie de esta satisfacion, y de esta confianza de su esposo, quando vemos, que ay maridos, que por menos indicios, y menos ocasion, hacen disparates, y locuras. Atribuìrlo, pues, à que Michòl es boba, no puede ser, quando es notorio, que era sagacissima, mui astuta, y mui prudente. Pues en que puede estàr, que ella no tema, y que èl estè satisfecho? Y digo, que en la buena conciencia de entrambos, en hallarse Michòl libre, y no sospechar David cosa siniestra; q̄ no ay cosa para no temer los riesgos, como tener de su parte la razon, y saber un marido, que tiene muger hōrada. Michòl por una parte se hallaba sin culpa; por otra sabìa, que era David bien intencionado, con lo qual no temiò el puñal, ò el veneno, q̄ suelen temer otras. Y que hacian bien de temer desafueros de un marido, las que su liviandad, ò su desgracia hā puesto en menos ocasiones, no lo repruebo, antes lo aconsejo, pues no todas tendràn maridos Davides, que entre tormētos de zelos, y de honor, sepan andar atētos. Muchas señoras perecieron inocētes a manos de maridos zelosos, cuyos exēplos servirian de prueba, para q̄ no todas se fien como Michòl en tales lances. Otro reparo podemos hacer en esta historia, y que no menos aprieta, para q̄ Michòl temiesse de irse a la presencia de un marido agraviado, ò zeloso; y es, vèr q̄ en tanto tiēpo como estuvo Michòl apartada de David, y en poder de otro esposo, no se huviesse David determinado nunca de ir a verla, siquiera de rebozo, ò a quitarsela a Phalti publicamēte, pues era accion, que nadie le condenàra, por mas alboroto que hiciesse. Y que viviendo Saul se le tuviesse miedo, no me espāto, por su condiciō sobervia, y verle Rey poderoso. Pero que despues de muerto, quando quedarō las cosas tan turbadas, y hallarse ya David Rey coronado, y vèr que Isboseth era para poco, pues solo el poder de Abnèr le sustentaba el Cetro, anduviesse David tan omisso, tan poco valiente, ò tan poco enamorado, causa mucha admiraciō, y dà que sospechar. Y que aya visto Michòl estas cobardìas, y estas pocas atēciones, y vea, que no se acuerda de ella David, ni la llama, hasta que cō el seguro de Abnèr se halla con todo el mando, y sin riesgo alguno, y no tema alguna zalagarda de marido zeloso, y se vaya a sus brazos, mucha confianza es, y mu-

* Este es el parecer de la Hist. Escolastica y de los Hebreos, como dexamos dicho arriba, c. 52. Pero el Abulēse es de parecer, que aūque Phalti huviesse conocido à Michòl, no por esso dexarà David de quererla, y estimarla, porque sabia que la gozaba forzada, y siēdo assi, no le agraviaba Michòl. Abul. 2 Re. c. 3. q. 13.

mucha determinacion. Mas como tengo dicho, su conciēcia es quien la salva, y quien la hace atrevida; y ser David entendido, le hizo recatado. Sacarèmos, pues, de todo este capitulo tres conclusiones, y las probarèmos con exemplos.

Sea la primera: *Que anduvo David cuerdo, y prudente en no arriesgar la vida, por visitar à Michòl, hasta hallar tiempo oportuno.*

La segunda: *Que la muger que à costa de trabajos, y de afanes persevera honrada, y se conserva leal à su marido, nunca teme.*

La tercera: *Que haràn mal las que han dado ocasion (aunque en la conciencia estèn seguras) de no temer los peligros de maridos zelosos.*

CAPITULO X.

EN QUE SE PRUEBA CON UN RARO *exemplo, que dexarse un Principe arrastrar de una hermosura, le suele costar la vida.*

REinaba en Süecia Amundo, y en Dania Sigaro, quando los hijos del uno, y otro Rey, todos Principes famosos, se hicieron a las armas, y en el mar de Gotia se dieron la batalla sangriēta, y bien reñida de ambas partes, durādo la pelea todo un dia. Llegada la noche, y reparādo los unos, y los otros en los incōvenientes grandes q̄ se les seguian a los dos Reinos, de andar desunidos, y encontrados, vinieron a assentar paces, y a hacerse mui amigos. Quatro eran los Principes Suecos, y el uno de ellos, llamado Haberto, tuvo gusto de irse à vivir a Dania, en cōpañia de los Danos, llamados Algero, y Alfo. Tuvieronlo ellos a bien, y en reciproca amistad vivierō muchos dias hermanados, y mas quando se hallò Haberto prendado de los amores de la Infanta Signes, hermana de los Principes de Dania sus amigos. Era esta doncella mui dotada de discrecion, y hermosura, y mui apetecida de grandes Principes, que la demandaban por esposa, y en especial un señor de los Teutones, llamado Hildigesleo, era el mayor pre-

Autores de esta hist. Grāmatic. l. 7 hist. Danicæ. Joann Megni in histor. Gothicæ, l. 5. Pin. in Monarch. 4 p. l. 30. c. 7. §. 3.

pretendiente, y el que estaba mas enamorado de la beldad de la Infanta. Pero Signes, desde la vez primera q̄ viò à Haberto, se pagò tanto de su gentileza, y talle, que à pocas vistas de èl, q con no menos cuidado le miraba, se le confesò rendida. Comenzòse, pues, el galanteo, y aunque seria con recato, no serìa tanto q̄ dexassen de llegar las sospechas al Teuton enamorado. Alborotaronle los zelos, è hizose brabura todo lo sufrido. Temiò mucho, q̄ el Sueco se le antepusiesse, y le ganasse, por mas cabido en Palacio, la idolatrada prenda, con q̄ procurò modos, y caminos para hablarla. Logròsele la diligencia, hablò con Signes, y picòla en los amores de Haberto. Ella, que al passo que enamorada, era sacudida, rechazòle los picones con lanzadas, confessandole su aficion en esta forma:

Porque no se canse V. Alteza en pretender lo q̄ no ha de alcanzar, quiero q̄ con el desengaño refrene sus passiones, y dè de mano à estas diligencias; porque si el matrimonio ha de ser voluntad, yo no se la tengo, en que lo digo todo en pocas palabras. Demàs q̄ no igualan sus prendas, gentileza, linage, y valentia à las que estimo, y venero en los Principes Infantes de Suecia, y fuera yo poco atenta à mis obligaciones, quādo mi amor no me inclinàra à esta parte, en entregarme à marido, que no me igualàra en sangre, y nobleza. Por tanto le suplico, que se quiete, y no me canse.

Quedòse el Teuton tan escocido del desprecio, como abochornado de sus zelosas iras, y procurò vēgativo despicarse. Valiòse de un amigo, à quien contò sus enfados, y el estado de su amor: llamabase Bolvesio, grande tramador de enredos, grande fraguador de engaños. Este, pues, diò cuenta à los hermanos de la Infanta Algero, y Alfo, de los amores, y galanteos de Haberto, metiendo la cizaña, de que podia resultarles desazones, y alborotos con cañado tan valiente, y tan emparētado. En fin, èl lo fue enmarañando de manera, y atizando el fuego, que los Principes Danos se dieron por ofendidos, y rompieron la amistad con los Suecos. Ya estaban à esta sazon tan adelante los amores de Haberto con la Infanta, que sin aguardar padrinos, ni otras ceremonias, se avian desposado; que en voluntades conformes, y la calidad igual, por mas que se atraviessen embarazos, se hace presto un matrimonio. Entre lazos de hymenèo, aunq̄ con secreto, se

se gozaban ya esposos, quando los assaltò la inquietud de los dos hermanos, que llevados de los chismes, se dabã por agraviados, y se hicieron a las armas. Temiò Haberto de hallarse en tierra agena, y desapercebido, quando ya viò declarada la intencion de aquellos Principes. Signes tambiẽ considerò los riesgos; y como estabã ambos tan enamorados, y el amor reciente, que es quãdo arde mas, y si no era la ausencia, no avia otro remedio: lastimabanse a lo fino, y quexabanse a lo amãte. Resolvieronse, en fin, de rõper por el amor, y que cuidasse Haberto de la vida, dexando a Dania, y acudiendo por favor a sus hermanos. Tierna fue la despedida, y bien bañada en lagrimas. Juntòse, pues, Haberto con sus tres hermanos, que avisados de èl acudieron pũtuales, y con formado campo, se pusieron a la vista de los Danos. Llegaron a batalla, y quedaron vencidos los de Succia, y muertos Amundo, y Helvino, hermanos de Haberto. Ardiendo en la venganza, juntò Haberto la mas gente que pudo, è hiriendo segunda vez sobre los Danos, saliò victorioso de ellos con una cruel matanza. Derrotados, y vencidos, se retraxeron a su Corte Algero, y Alfo, para juntar mas poder para el despique.

Gozoso se hallaba Haberto, no tanto de verse triunfante de sus dos cuñados, y enemigos, quanto de considerar la alegria de su cara esposa, quando supiesse las nuevas. Llevado, pues, de estas cõsideraciones amorosas, le reñia a su valor el no determinarse a un arrojo de ir a vèr la que amaba. La noche tal vez le hacia brindis con el rebozo de su negro mãto: su mucha valentìa le quitaba los estorvos: su astucia le prestaba muchas trazas: su amor le calzaba espuelas, y los ecos fingidos de los ayes de su esposa, le retaban de cobarde. No le faltarian a nuestro David semejantes luchas, semejantes movimientos; mas diòle sofrenadas su prudencia, y no quiso arrestarlo todo por sola la golosina de unas vistas, que son cebos de un rapaz vendado; y a veces picando en ellos, se traga en ellos la muerte. Atormentado, pues, Haberto de sus imaginaciones dulces, dexòse tanto vencer de la passion; què engolosinada el alma, quiso executar su antojo. Requiriò muchos ardides, y eligiò por mas acomodado, disfrazarse de muger. Su edad juvenil, que apenas le apuntaba el bozo, le ofrecia la ocasion: la gracia de su rostro se la daba tambien por los cabellos. Con el disfràz de villana, ni curiosa en los

aſſeos, ni deſſaſſeada en los aliños, con ſombrero à media falda, y rebozo por el roſtro, fiado en un ſolo criado, q̄ al modo de hermano, le hicieſſe compañia, ſe fue acercando à la Corte, incorporandoſe con el confuſo villanage, que de diverſas Aldeas ſuelen acudir, ò à vender ſus mercancias, ò à ſer viſtas, ò à mirar. No le faltaron compañeras, q̄ esforzaron ſu deſignio, de querer ir à Palacio para vèr la Infanta. Natural deſeo de vaſſallos, en eſpecial mugeres, guſtar de vèr à ſu Reina, y mas quando es hermoſa. Eralo mucho Signes, con q̄ las fieſtas de las Aldeanas eran ir à verla. El galàn, villano, pues, què no deſearia? En pos de ſu criado, con ſus alforjas al hombro, y en la mano unos pomos de flores, ſe fue entrando por unos quartos en otros, como aquel que ſabia bien las encrucijadas, haſta que hallò ocaſion de quedarſe oculto en el retrete de una dueña, de quien hizo confianza. Quizà eſta le vendiò: baſtabala ſer dueña.

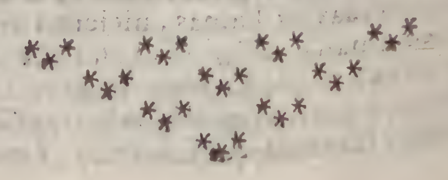
Quedanſe al ſilencio los placeres, y jùbilos de los dos eſpoſos, pues bien ſe dàn à entender lo grande que ſerian: los que tuvieran David, y Michòl, ſi ſe vieran en tal lance. Bien hicieron en no verſe, que lances tales ſuelen tener malos fines. Quando al mayor guſto no ſe previno un peſar? Quando à la mayor quietud no amenazò una borraſca? Quādo à la mayor dicha no ſe le ſiguiò un fracaſo? A pocos dias, q̄ los dos caros cōſortes gozaban de ſu deſeo, envidioſa quizà la fortuna, les deſazonò los guſtos: ya fueſſe q̄ el mucho alborozo huvieſſe quitado la maſcara al recato (q placeres tales ſiempre ſe deſcuidan de los rieſgos) ya fueſſe q̄ echado menos Haberto en ſus Reales, huvieſſen los q̄ ſe precian de curioſos derramado la voz de lo q̄ podia ſer, (u de lo que era) con que paſſando la palabra haſta la Corte, ſe pondria el Palacio en cētinela: ya fueſſe, en fin, q̄ las criadas de quien ſe fiò la Infanta, la vendieſſen, (q̄ ay poco que fiar en gente deſta guiſa) el caſo vino à rugirſe, y à llegar à oidos de los hermanos. Hicierō ſus diligēcias, haſta hallar encerrado en una ſala à Haberto. Quādo ſe viò vēdido, y cercado de la guarda, quiſo vēder bien la vida, ya q̄ ſe contaba por muerto. Tomò ſus armas, q̄ avia llevado ocultas, y cerrādo à bulto con todos, hizo en ellos tal eſtrago, q̄ a muchos quitò la vida, y a los mas dexò mui mal heridos. Creciò al ruido el tumulto, llenòſe todo el Palacio de eſpadas, y gēte, cō q̄ cāſado de herir, y matar, ſe diò por priſio-

sionero el Principe valiẽte. Pusierole en una Torre, hasta determinar lo que harian cõ èl. Aprovechòse de la ocasion el rebolvedor de Bolvesio, y por cõplacer al Teutòn su amigo, atizò tanto estos fueros, y de modo enconò à los Principes, representandoles su afrenta, la mengua de su Palacio, y los riesgos de sus vidas, que por cõsejo suyo tomaron una resolucion ruin, y cruel, que fue sentenciar à horca al Principe famoso de Suecia. No se puedẽ escribir, ni leer fracasos semejantes, sin que el corazon se haga à la ternura, y sin q̃ borren las lagrimas las letras. No se les puso por delãte a estos Principes el ser Haberto hijo del Rey de Suecia, ser famoso por sus manos, tener hermanos valientes, y su Exercito en cãpaña, ni menos ser esposo de su hermana, y q̃ avia de sẽtirlo, ni el vèr q̃ no era delito el ìr à vèr su muger, antes sì virtud aver ido disfrazado, por escusarles enojos. Ninguna de estas razones fue bastante a aprtarlos de su intẽto. En un palo infame, y à manos de un verdugo le quitarõ la vida al Principe infeliz, sin q̃ ruegos, lastimas, y lloros de la Infãta pudiessẽ impedirlo.

Què pluma podrà escribir, ni què ingenio acertarà a pintar la pena, y el dolor de la hermosa Signes, quando viò al que amaba dueño, metido entre mil espadas, sin que la dexassen ir a socorrerle, ni à morir à su lado? Què susto serìa el suyo, quando le viò llevar preso, y encerrarle en una carcel, sin poder assistirle? Què pasmo, què dolor, y que tormento se le podria igualar, quando los ècos de la vocerìa lastimosa, y alaridos tristes le llevaron las nuevas, que estaba su caro esposo colgado de un madero? En las tragedias mas grandes se avràn visto lances de sentimiento como este? Repaselas el curioso, y pondere sin passion sentimientos tan amargos, mientras vemos lo que hace una Infanta enamorada, resuelta, y ofendida. Al punto que oyò la nueva de su caro Haberto, trocando las ternuras en ardientes iras, haciendo diamante el pecho, bronce el corazon, se revistiò de cruel, y armòse de venganzas. Aguardò oportunidad, y con el secreto que requerìa la accion, puso fuego al Palacio por diversas partes, con que embravecidas las llamas, hicieron un estrago horrendo, sin que humanas diligencias pudiessen apagarlas; y quando todo el Alcazar era yà hoguera, pavesas, y cenizas todos sus adornos, en que tuvieron sepulcro personas infinitas, ella entonces mas honrada que Lucrecia, y mas que Porcia ani-

animosa, se arrojò à las brasas, por ir acompañando infeliz el alma de su esposo, con esto se rematò la tragedia lastimosa, que oy llora Dania.

Vea aora con atencion el discreto los daños que le acarreò a estos dos esposos solo un deseo de querer verse, y hablarse, è irse a casa de enemigos. Luego fue cordura grande de nuestro David, por mas que lo espoleaba el amor de Michòl, no arriesgarse en ningun tiempo, ni fiarse de cuñados. Pautese por esta historia el caso de David, que a buen seguro, que los mismos que huvieren imaginado, que anduvo poco fino, vendran à confessar, que anduvo muy prudente. Dexar de ir a la Corte, mientras vivia Saùl, tan rigido, tan bravo, tan poderoso, nadie ha de estrañarlo. No ir quando reinò Isboseth, hermano de Michòl, y cuñado de David, es donde està el reparo. Pues cotejese con el Principe de Suecia, y con la Infanta de Dania, y se verà mejor el riesgo, mas arduo el inconveniente, mas causa para desdichas; porque David, aunque era ya Rey de la Tribu de Judà, no tenia la potencia, ni los lados, que el Sueco Haberto, un Rey de Suecia por padre, è Infantes valerosos por hermanos, y muchas armas, y gente. E Isboseth, ya Rey jurado, tenia mayor poder que los Principes de Dania, era señor de once Tribus, y tenia un General Abner, que valia mas que un Reyno. Luego mas arriesgada llevaba David la vida, si con disfraz, ò sin èl se entrara en casa de un cuñado, y tambien ofendido? Muy fuerte es la consequencia. No ay cosa en casos semejantes, como negociar desde afuera. Assi negociò David, era entendido. Que le embiasse a Michòl, le escribiò a Isboseth, mas no quiso ir por ella. Ir un Rey a casa de otro, aun estando mui amigos, tiene gran riesgo. Sea testigo nuestro invicto Carlos Quinto, quando estuvo en Francia, que viendo algunas sombras, le pesò de aver ido. Pues ir en casa de otro Rey, cuñado, y enemigo, quien no ha de temer desgracias? David supo lo que hizo, y al infeliz Haberto le arrastrò su mucho amor.



CAPITULO XX.

EN QUE SE PRUEBA CON DOS exemplos grandes, que la muger que es honrada en guardar fee à su marido, nunca teme, y Dios la salva.

EXEMPLO PRIMERO.

DE clara sangre, y de ilustre parentela vivian en Roma Faustino, y Mathidiana, cerca de los años de noventa y tres. Unidos en lazo dulce del matrimonio, quando tres caras prendas, tres hermosos hijos, Fausto, Faustino, y Clemente los llamaban padres, cuya compañia hacia el yugo nupcial mas suave, y mas feliz, se comenzò a levantar una borrasca, que turbò todos los gozos (pension de la naturaleza, dàr siempre aguados los gustos.) Era Mathidiana tan hermosa, como honesta, cuya beldad cautivò de suerte à un hermano de Faustino, llamado Germano, que sin serle freno tan estrecho parentesco, le diò rienda a su apetito, y se dexò arrastrar de sus lascivos deseos. Comenzò a galantearla con regalos, y caricias, sin assomar a la boca su designio; mas bien le conocian los afectos ser mas que de cuñado. Bien lo entẽdiò Mathidiana, y al passo que sentida, se mostraba desatenta. Crecia el amor en Germano, è impaciente con el fuego, trabajaba mucho porque Mathidiana le entendiesse. Ella, por el mismo caso se daba por desentendida. Hablabale como a hermano de su esposo, enderezando siempte todas sus palabras a lo honesto. Cansòse, pues, Germano de sufrido, y esperando ocasion, manifestòle a Mathidiana su amor, su pena, y tormento, con las exageraciones, suspiros, lagrimas, y ruegos, que en caso como este acostumbran los amantes, y mas quando ay mas razones que contradigan el hecho. Hallòse la Matrona tan apesarada de la desverguenza, como confusa, y pasmada a la salida; pero revestida de valor, ayudada de sus brios, y tomada de la honra, le riñò a Germano aquella demasìa, fulminandole muchas amenazas, sino se de-

Autores de esta historia, San Ant. 1. p. tit. 7. c. 2. §. 1. Vincẽtius in Specul. histor. Pin in Monarc. 2 par. l. 11. c. 27. §. 5. & 6.

desistia de su mal intento; mas como nasta descubrirse, suele ser el mayor embarazo de quien se arde ciego, prosiguiò Germano con mayor descoco su pretensa infame, amenazado tambien à la honesta señora, y aumentando cada dia sus ansias, sus porfias, y sus ruegos. Hallòse la Matrona en un mar de confusiones, combatida de peligros. Estarse expuesta à las olas de semejante tempestad, cada dia ruegos amorosos, cada hora alhagos, y caricias, cada instante ternuras, y suspiros, era mucha valentia (que baterias de amor, a pechos de bronce ablandan:) descubrirse a su marido, hallabalo embarazo, pues era forzosa la disension, y la guerra entre los dos hermanos. Rendirse al adulterio, mirabalo grande infamia; no rendirse, era gran lid. No pienso que Michòl se hallò mas atormentada con nuevo esposo al lado, y ausente el verdadero, que la hermosa Mathidiana, guerreada de un cuñado. Aviendo: pues, vencido muchas de estas lides, siempre constante, y honesta, se resolviò a una heroica hazaña, por no descubrir la flaqueza de Germano, (y què mal se pagò) y por huir su peligro. Hablò, pues, un dia a su marido Faustino, fingiendose con mayores ahogos, y congojas, q̃ las que le daba su cuidado, y dixole estas palabras:

Sabe el Cielo, dueño mio, lo que mi corazon siente darte parte de mi pena; pero temerosa del riesgo, que amenaza à Fausto, y Faustino nuestros caros hijos, es forzoso decirte lo que passa. Sabras, pues, que esta noche, estando entregada al sueño, se me apareciò una Deydad, y con palabras graves, y apacibles, me puso por precepto, que dexasse a Roma, y me saliesse de Italia con Fausto, y Faustino, porque de no hacerlo assi, los hados celestes nos amenazaban muerte à nuestras vidas. Yo, assustada, y temerosa, le implorè otro remedio a mi desdicha, y resolviòse à decir, que no avia mas remedio, que la ausencia. Esto me ha passado, esto me ha revelado el Cielo, mira lo que determinas, y hàz de mi lo que quisieres.

Esta revelacion fingiò la honesta Mathidiana, buscando penas de su ausencia a costa del amor con q̃ amaba a su marido, à trueque de evadir los ruegos de un amante porfiado. Què mas pudo hacer Michòl? Ni què mas tengo supuesto, que hizo para quitar à Phalti? Sepa, pues, en esto, que ha avido mugeres valerosas, que han imitado sus trazas. Creyò

Faus-

Faustino a su muger, como si le hablàra un Angel, y dando por cierta la revelacion, tratò de obedecer al Cielo, aunque a costa de lagrimas, y suspiros, porque amaba con estremo à Mathidiana. Atenciones forzosas de sus cargos, y asistencia de su hacienda eran su mayor cuidado, por no poder ir tambien acompañando a sus hijos, y a su esposa. En fin, aũque con dolor del alma, se determinò à encaminarlos, à la Ciudad de Athenas, porque en su cèlebre Academìa, mientras duraba el destierro, pudiessen sus dos hijos darse a las letras. Comunicò con Mathidiana este parecer, aprobòle por bueno la Matrona, con que fletandoles un Navio, y cargandolos de joyas, y dineros, los despachò para Grecia: Todo con secreto mucho, que assi lo iba trazando Mathidiana porque no llegasse a oidos del cuñado, y fuesse mayor el riesgo. Quedò se con Faustino en Roma el menor de los tres hijos, llamado Clemente, para alivio, y consuelo de su Padre repartiendo desta suerte los pedazos de su alma.

Embarcada Mathidana con sus dos hijos, y hechos a la vela, se levantò una tormenta cruel, conque el pobre Navichuelo, zozobrando entre las olas, y herido de los escollos se vino a hacer mil pedazos, teniendo a suma dicha, quien de los q̃ iban en èl podia asir una tabla. Casi todos perecieron, dandoles el mar sepulcro: y la infeliz Mathidiana, haciendose a lo sufrida en medio de tal dolor, asiò valerosa de un pedazo del Navio, y echando en èl sus dos hijos, dexòlos à la ventura, procurando ella tambien en otra tabla irlos comboyando hasta la orilla. Esparciòlos el viento desaforado con la lastima, y dolor q̃ se puede pensar de la madre triste a la qual vino a arrojar la tormenta a una Isla. Viendose alli sola la que se viò tan servida; tan pobre, la q̃ se criò en tanta riqueza; tan desnuda, la q̃ arrastrò tantas galas, y sin sus dos caras prendas, q̃ es lo que mas sentia, embarazò el aire a tristes alaridos, y aumentò el agua del mar cõ los rios de su llanto. Tanto se hizo a la cõgoxa, tanto a las angustias tanto a los estremos, q̃ enagenandola de sì el mucho sentimiento, comenzò rabiosa a despedazarse con sus dientes las manos, y los brazos. Por una, y otra orilla del mar proceloso discurria lastimada, llamando a voces à sus queridos hijos, buscando por lo menos sus cadaveres. Acudieron los Isleños a las voces, y escuchando de su boca la tra-

gedia, acompañaron compassivas su dolor. Señalòse entre todos una viuda pobre en darlas consuelos, como a quiē el mismo achaque avia ocasionado su viudèz, pues en tormēta semejante se le anegò el marido. Esta, pues, apiadada de la hermosa Mathidiana, llevòsela consigo a su humilde albergue, y con su industria, y trabajo la sustentaba, y vestia, quedando ella inhabil para la menor hacienda, de las heridas crueles, q̄ se dio en los brazos. Presto tābien la privò su suerte deste refugio, enfermando la viuda de una perlesia q̄ la sepultò en el camino. No quiso la gran Matrona ser ingrata a su bien hechora, sino que desnudandose de todo su pundonor, se hizo pobre mendicāte, pidiendo para las dos de puerta en puerta. Quien no admira tantos males, y trabajos, en quiē por guadar la fè a su marido, y ser hōrada se expuso à ellos? Quien no estraña, q̄ dè el Cielo estas desdichas à quien amò la virtud, y se mantuvo honesta? No lo estrañarà S. Pablo, ni Seneca, ni otros entendidos, q̄ son de parecer, q̄ a los buenos, a los que quiere mas, les da Dios tribulaciones por regalos. Y desdichados de aquellos (dixo el mismo Cordobès) a quien en esta vida le concede Dios descansos.

S. Pablo ad Philipenses. Senec. lib. del Provid cap.

Dexemos, pues, en este regalo de pobreza a Matidiana, y volvamos à ver lo que ha hecho el mar de sus hijos. Abrazados de unas mal compuestas tablas andaban casi difuntos azotados de las olas, quando encontrando con unos Piratas que tambien avian corrido tormenta, los recogieron en su Nave; y aviendo llegado a hacer agua al primer puerto, vēdieron a una Matrona honrada, llamada Justina, porque se aficiònò a ellos, viendolos tan agraciados. Mudoles los nōbres la Matrona, llamando Aquila a Fausto, y Niceta à Faustino. Cobròles tanto amor, que, qual si fueran sus hijos los queria, y regalaba. Hizo darles estudio: y siendo ya buenos mozos, y grandes estudiantes, haviendo encontrado con Simon Mago, y aficionandose a su ciencia, hicieronse sus Discipulos, con gusto de Justina su señora, y madre en el efecto. Los encantos de Simon, sus grandes hechicerìas, los llevaba encantados, y ganosos de su ciencia. Mas como se encontrassen con San Pedro, y à oraciones del Apostol viessen deshecho el encanto, precipitado a su Maestro, dexaron su doctrina, y hechos Christianos, siguieron a S. Pedro en sus peregrinaciones. Dexemoslo aqui, pues quedan a buena sombra,

bra, y vamos a ver lo q̃ passa en Roma con su padre Faustino.

Desde que el buen Cavallero embarcò a su esposa, è hijos no cessaba un punto de hacer diligencias para saber el fin de su viage. Hizo a Grecia muchos proprios, que inquiriessen, y supiessen, si avian aportado allà sus caras prendas. Por de mas era el cuidado, quando estaba el caso tan oculto. Nadie le traia razon, ni los proprios, ni estrangeros le daban la menor luz. A esta pena, a esta congoxa se añadiò otro mayor susto, mas cuidado, y mas dolor (q̃ quando empiezan pesares a afligir a unā alma, se llaman unos a otros) pero son penas felices, quando las dirige el Cielo para logros, y ganancias. Nadie desmaye en la lid de trabajos, sino armandose cõ Dios, hagase a lo sufrido, q̃ èl abrirà la puerta. Desde que se ausentò la honesta Mathidiana, avia andado Germano, su molesto pretendiente confuso, y fuera de sì, por saber adonde estaba, ò lo que se havia hecho. A los principios, como receloso de si Mathidiana le havia descubierto a su marido, y èl por ello la tenia oculta, ò guardada en otra parte no se atrevia a decir nada al hermano, ni preguntar por ella: antes bien, siempre que le veìa, ò visitaba, ocultando su dolor, se mostraba placentero, y como quien no sentia la falta de una cuñada. Faustino tampoco le queria hablar en el caso por el secreto, q̃ le le encomendò su esposa. Con esta cautela se avian portado los dos hermanos largo tiempo; mas quando advirtiò Germano el desassossiego, la inquietud, y el suspirar de Faustino, preguntòle la causa, haciendole ofertas de su hacienda, y vida para quanto le importasse. No pudo entonces Faustino dexar de descubrirse, contandole la revelacion divina, que avia tenido su esposa, y del riesgo de su vida, y de sus hijos, sino se ausentaba de Italia, por cuya causa los avia embarcado para Athenas; y que procedia su cuidado, y afliccion en no aver sabido de ellos, ni hallar rastro, ni camino de adonde havian aportado.

Al punto que el malvado Germanico oyò estas razones, y discurriò por ellas, q̃ avia sido ardid de Mathidiana por huir de sus alhagos, fraguò la mayor maldad, que cupo en humano pecho, solo por despicar su pesadumbre, y enoje. Dixole à su hermano, q̃ era su muger liviana, y que a èl le avia solicitado muchas veces para malos tratos, y que en venganza de averselo reñido, le avia amenazado, que con un criado

suyo, quando no hallasse otra persona, se havia de ir por èl mundo à gozar de sus amores; y que assi no se cassasse en buscarla, porque ni avria ido a Atenas, ni avria dexado rastro para hallarla. Quan lastimado, y sentido quedaria este Cavallero oyendo estas palabras, quedese al discurso. Vicilando en confusiones, comenzò a atormentarse: vèr la honestidad de Mathidiana, su virtud, su pundonor, su mucha verguëza, le voceaba al alma, que era falsedad lo que Germano decia: vèr por otra parte lo remoto de su ausencia, lo secreto de su estancia, y no hallar noticia della, le daba que sospechar, y le inclinaba a creer. Era dado a la Astrologia, consultò à las Estrellas, alzò figura, y hallò por su falsa ciencia, que los hados, y la conjuncion de Marte, y Venus inclinaban à Mathidiana à ser adultera. Mui creido, pues, de q̃ el hado infeliz violentaba a su esposa a apuella infamia, guardandolo para sì, quiso personalmente ir en su busca. Al hijo menor Clemēte dexò en poder de Tutores, sus mayores deudos, y amonestandole, que estudiasse, dexandole para ello mucha parte de sus rentas, y cargãdo con todas sus riquezas, se entrò en una nave, y caminò para Grecia. Acōteciòle el mismo fracaso, q̃ à su amada esposa, porq̃ hinchandose los vientos, y azorandose las aguas, se moviò tal tormenta, que en rato breve hecha la nave pedazor, y sepultada en la mar quanta hacienda llevaba, tuvo a dicha escapar libre. Viendose pobre, y perdido, sin possible alguno para passar adelante, ni para volver atras, huyòse a lo mas remoto de aquel parage, donde entre la gente humilde passaba su amarga vida con mendiguèz, y miseria. Dexemosle tambien, aqui, y volvamos, à Clemente.

Quedò, como hemos dicho, encomendado a sus deudos, y diòse tanto a la Philosophia, que saliò gallardo estudiante Solo le aquexaban unas dudas de la Inmortalidad del Alma mas sanòle este accidente al Apostol S. Bernabè, que llegò à Roma en aquella sazon, predicando la Fè de Jesu Christo Abrazò Clemente su Doctrina, y regalòle en su casa, como a su Maestro. Estuvo en su compañia algunos dias, hasta q̃ deseoso de conocer al Apostol S. Pedro, como principal Cabeza de la Iglesia (segun S. Bernabè le avia dicho) llevando cartas suyas, se partiò para Antioquia, donde S. Pedro entonces tenia su Cathedra, y su primera Silla Recibiòle S. Pedro amigablemente, como descubriendo en èl una preciosa

pie-

piedra para los primeros cimientos de la Iglesia,q̄ se iba fũdando. Diòle de su mano el Santo Bautismo, y tanto le robò el afecto, que le hizo como su Nepote, y mas Valido. Preguntòle por su estirpe, què Casa era la suya en Roma, quienes eran sus padres, y si los dexaba vivos? Clemente entonces, con dolor de su corazon, le refiriò por extenso las tragedias de su casa, como su madre, y hermanos, embarcados para Athenas, se tenia por cierto haverlos tragado el mar, y como su padre Faustino, yendo en busca suya, debia de aver corrido el mismo naufragio. Lagrimas vertiò el Divino S. Pedro al escuchar semejantes lastimas. Yà hemos referido todos los cabos de la historia, vamos atãdolos ahora.

Como passado algun tiempo se partiesse San Pedro de la Ciudad de Antioquia para Roma, a poner en ella, como en Cabeza del Mundo, su Cathedra Universal (q̄ hasta oy dura y Dios serà servido que dure para siempre) acompañado de Clemente, y de los demàs Discipulos, acertò a llegar a aquella Isla, llamada de algunos Ancharado, donde la honesta Mathidiana andaba mendigando, buscando un pobre sustẽto para si, y su compañera. Reparò en ella el Apostol, y viẽdo que era muger de buenos brios, y no de muchos años, llamòla a parte, y como padre severo comenzò a reñirla, y afearla andar de aquella manera, quando tenia edad competẽte para trabajar, y ganar con sus manos la comida. Reparese en esta reprehension de nuestro Apostol, y primer Vice-Christo, y veran, que no hacen mal los Prelados, y Justicias en impedir que no mendiguen, ni anden pordioseando los que pueden trabajar, pues tal vez la limosna, q̄ estos cogen se la quitan a un impedido, y no sè que sea justicia, ni aun caridad tampoco. No dudo q̄ los Prelados de espiritu, como un Santo Thomàs de Villanueva, no repararàn en esto, sino que igualmente los hacen a todos demandaderos de Dios; pero esto es proceder à lo Santo, y atengome a S. Pedro, q̄ fue mayor Santo, y amigo de justicia. Quan corrida, quan avergonzada se hallaria la honesta señora de verse aun reprehendida en su miseria, bien dexa entenderse: pero satisfizo al cargo del Apostol, enseñandole sus brazos, y sus manos baldados, è impedidos, y derramàndo lagrimas le contò quien era, y su desdicha: dixò, que se llamaba Mathidiana, y que era de lo mas noble de Roma, y muger del Senador Fausti-

tino, y que por guardar su honor, y huir de su cuñado, que la perseguia, se embarcò para Grecia con dos hijos, que corriò tormenta, q̄ la arrojò el mar a aquella Isla, que a los hijos los llorò difuntos, que despedazò sus carnes con el sentimiento, que la alvergò una viuda, y que grata al beneficio, viendola enferma, andaba a pedir limosna para entrambas.
Atonito por una parte, y alborozado por otra, se quedò el gran Principe San Pedro, oyendo la relacion de Matidiana. Engrandeciò su virtud, loòla su honestidad, bendixola sus trabajos, y haciendo recuerdo del informe que le havia hecho Clemēte, y cotejando una relacion con otra, vino a persuadirse, q̄ era Mathidiâna su madre, que lloraba perdida. Cōtòla su presumpcion, y ella en oyendo decir, que venia con èl un mancebo Romano, que se llamaba Clemente, le supliò con ruegos dexasse que le viesse. Llamòle el Apostol, y al modo que los cuerpos, se carearon las almas, diciendose por los ojos como eran hijo, y madre. Conociò Mathidiana al punto por las señas, que era Clemente su hijo, y abrazada de èl con lagrimas reciprocas de alegria, se dixeron mil ternuras. Sucediò, para aumentar este gozo, q̄ Aquila, y Niceta, compañeros de Clemente, aunque sin conocerse por hermanos, venian tambien con el Apostol. Llegaron en aquella sazon de su viage, y admirados de ver a su Maestro con aquella muger, le preguntaron la causa a Clemente: èl les dixo como era aquella su madre, q̄ saliendo de Roma para Athenas, padeciò naufragio, y se avia quedado en aquella Isla. Aquila y Niceta, entonces confusos, y pasmados, mirandose el uno al otro, apenas podian hablar, siendoles dogal dulce el mucho placer, que retozaba en el pecho. Por el nombre, y por las señas conocieron tambien a la hermosa Mathidiana por madre de los tres, con q̄ apiñados todos a estrechissimos abrazos, se poblò un mar de llanto, q̄ derramò el placer por rios de sus ojos, admirando S. Pedro, con los demàs Fieles suceso tan peregrino. Mirese con atencion del modo que và el Cielo suavizando los trabajos de quien se expuso a ellos por conservarse honrada, y guardar a su marido la fè debida. Los tres hijos, que lloraba perdidos los ha hallado mejorados, vueltos Christianos de Infieles, estimados, y queridos de el Principe de la Iglesia. Ella tambien se hallaba con muchas ganācias, unida al Christianismo con tesoros celestiales, por

las

las humanas riquezas, que la quitò la fortuna. Diòla S. Pe-
dro salud, curandola lo baldado de las manos al toq̃ de las
suyas. Sanò assimismo à la Paralitica viuda, porque a vista
de los milagros fuesse la Fè creciendo en los creyentes.

Con mucha alegria saliò San Pedro de aquella Isla, y pro-
siguiò su viage, yendo tambien en compañia de sus hijos, re
galada, y servida la yà feliz Mathidiana. Surcando muchos
dias por el mar salobre, llegaron a otros Puertos a tomar al-
gun descanso; q̃ retirandose un dia el Apostol a un parage
oculto a hacer oraciou, en compañia de sus tres Discipulos
amados, Clemente, Aquila, y Nicera, saliòles al encuẽtro un
viejo venerable, la barba crecida, tostado el rostro, pobre de
vestido y viendo eran penitentes, y personas de perfecta vi-
da, les dixo lastimado estas palabras: Compassion tengo de
vosotros, pues con vuestra austera vida, piedad, y religion
pensais evadir los riesgos, y desdichas, que os señalan vues-
tros hados, y lo tengo por error, porque no hai en el mundo
providencia, que pueda librar a nadie del signo, y fatal es-
trella con que nace. Esto alcanzo por mis mathematicas: y
assi, que hagais oracion, ò no, vendrà siempre a suceder lo q̃
vuestro hado os pronostica. Es falsa tu doctrina, le respon-
dio S. Pedro, porque para el poder de Dios no ay hados q̃ su
pongan; inclinar solo pueden las Estrellas, pero no violen-
tar el alvedrio, ni forzarle al bien, ò al mal. Cõ estas, y otras
muchas razones arguyeron con el viejo por un largo espa-
cio S. Pedro, y sus tres Discipulos hasta que èl, cansado yà
de escucharlos, y no queriendo darse por concluido, les di-
xo por fin: Digo, q̃ creyera de buena gana por vestras razo-
nes, que ay providencia Divina, q̃ estorve los hados, si mi
propria conciencia no me lo impidiera; porq̃ aveis de saber
que yo supe por mi ciencia el signo en que nacimos yo, y
mi esposa, y la desdicha, que nos señalaba, nos ha sucedido;
ved si ay argumento contra esto? El signo en que naciò mi
esposa, mirandose Marte, y Venus, y estando la Luna en la
casa de Saturno, y Marte, señala, que serà adultera la muger
que en tal signo naciere, y q̃ se darà à los amores de siervos
de su casa, q̃ se irà por el mundo con alguno de ellos, y pere
cera en la mar Toda esta desdicha me ha sucedido a mi, que
soi Cavallero de lo mas noble de Roma, porque mi muger,
tambien Matrona ilustre, se enamorò de un criado de mi

casa, y engañandome con cierta revelacion, se fue con èl à Grecia, y el mar le diò sepultura. Que ella pereciò es cosa cierta, con dos pedazos del alma, que me llevò asidos. Que fue liviana, contòmelo mi hermano, porque solicitado de ella, no asintiò à su gusto. Ved, pues, si contra tanta verdad ay argumentos.

S. Pedro entonces (conocido ya el fin de tan dichosa tragedia) le respondiò animoso: Ea, Faustino noble, mira à patentes luces de la verdad lo falso, y engañoso de tu ciēcia, y como no estàn los hombres sujetos à los hados. Vèn, y veràs sana, y buena à tu querida esposa Mathidiana, tan honrada, y tan honesta, que por no agraviar tu fee, y huir las solicitaciones torpes de tu aleve hermano, se arrojò à mil peligros. Reconoce tambien tus tres queridos hijos, q̄ son estos tres mancebos, que tienes delante, tan doctos, y entendidos como has visto. Remoza tu vejez con tus caras prendas, y mira como ay Dios, que deshace las fortunas. Què lengua sabrà pintar los placeres, y alegrias con que se bañaron todos? Quando el padre reconociò à sus hijos, y los hijos à su padre; quando Mathidiana, por cumplimiento del gozo, viò à su amado dueño: quando Faustino se viò en brazos de su casta esposa (passada la primera avenida, en q̄ con el mucho jubilo fluctuaron las almas) à porfia los osculos, y abrazos, parece, que se hacian cariñosa pesadumbre: amontonados todos era una riña de amor, una gustosa pelea, para quiē la miraba desde à parte. Bautizòse Faustino: conq̄ todos hechos fieles, baxo la conducta de San Pedro, Soldados de la Iglesia Militante, marcharon à su Ciudad. Vease, pues, con este exemplo si es mucho, que no tema Michòl, y vaya muy segura à vista de su David, quando ha procedido como hōrada, y ha sabido resistirse de amorosas porfias, y ay Dios, q̄ favorece las conciencias seguras. Nunca teme la q̄ està libre por mas que el rencor, como à Mathidiana, la levante testimonios. Obrar bien, que Dios es Dios.

Autores desta Historia. D. Amb. l. 3. de Vir. & epist. 7. S. Aug. l. 1. de Civ. Dei, cap. 26. Historia Ecclef. Pin. in Monarch l. 22. cap. 8. §. 5.

EXEMPLO SEGUNDO.

NO solo no teme enojos, ni riesgos de un marido la muger, que es honrada, pero aun la muerte no teme, à trueque de ser leal. Sea prueba, y sirva de dechado la gran Matrona Sophronia. Reinaba en Roma el cruel Maxencio,

cio,monstruo de crueldades,y lascivias,pues sin respeto humano,ni divino,entre otras muchas maldades,deshonraba a casadas,y doncellas.En viendo a qualquier muger de buena cara,ò teniendo noticia della,mandaba llevar a su Palacio,sin exceptuar calidad,y nobleza,ni ningun estado,y en saciando su apetito,bolvia a embiarla a los padres,ò al marido.Si alguno lo resistia,ò lo tomaba a enfado,pagaba con la cabeza.Era Sophronia,al passo que ilustre de Sangre, famosa por su hermosura;estaba casada no menos que con el Adelantado de Roma.Viòla un dia el lascivo Emperador,y cautivo de su belleza se determinò a gozarla,sin q̄ los respetos de lo noble,ni atenciones del marido le pusiessen freno q̄ en siendo un Señor tyrano,nunca repara en respetos.Tenia para estos casos Alguaciles secretos,y sus terceros infames,y por medio de ellos hacia las prisiones de las damas q̄ queria.Mandòles,pues,à los de mas confianza le llevassen a Sophronia;temieron los Ministros el peligro, pero aunque temerosos fueron con la legacia.Dieronle el recado a la Matrona,y ciega de ira se lo contò a su esposo ; èl con el dolor del alma q̄ se da à entender,y assomando a los ojos lo que el corazon lloraba,hizose mas al miedo,que al valor , y por amor de la vida arrostrò a su afrenta; mandòle a Sophronia que obedeciesse al mandato,y passasse por quanto le viniesse;poco valor para noble, gran mengua para marido.

Apenas oyò Sophronia la cobardia,è infamia del aturdido esposo,quando,en vez de hacerse al llanto,se hizo a la valentia,y le reprehendiò bizarra sus temores,y sus miedos quando en defensa del honor no ay vida que suponga.Aun no le obligò cō esto:tanto estaba de medroso.Viendo, pues que tenia licencia del marido para hacer a su gusto,y obedecer al Tyrano,se hizo obediente,borrando del rostro la pena que sentia en el alma ; dixoles a los Mensageros , q̄ la diessen un poco de lugar para componerse,pues no era justo que a ver a un Emperador muger como ella fuera desaliñada.Respondieronla corteses,y comedidos,q̄ se esperarian alli todo el tiempo que mandasse.En tanto,pues,que el marido se retirò a llorar,ella se encerrò a vencer.Entròse en su Retrete,mandando a sus criadas,que la guardassen la puerta hasta que las avisasse.Estando yà sola , tomò animosa un puñal,desabrochòle el pecho,quitòle al recato la cortina de

la olanda, postròse de rodillas, è invocando à Jesu Christo le dixo tales palabras.

Soberano Jesus, Hijo de Dios vivo, a quien adoro, Hijo de aquella Madre Virgen, a quien reverencio, pues sabeis lo que me obliga a aquesta hazaña (y quizà sois Vos, Señor, quien me alentais a ella) no atribuyais a despecho sacrifica ros esta vida que es vuestra, q̄ me la disteis. Tenedlo, Señor, por honroso sacrificio, quando es mi castidad la que os con sagro. Mas vale que os la rinda pura, que no que la mancille este Tirano. Recibid, pues, mi alma, que en vuestras manos pongo; y sepa este lascivo, que las que somos Christianas, sabemos guardar la honra, y ser honestas.

Diciendo esto, con animo bizarro, con valiente ossadia, yà Dios le diesse el impulso, ya su valor se le diesse (q̄ juzgo que todo fue) se entrò el puñal por el pecho repetidas veces, para que por cada boca saliesse coronada de rubies aquella alma grande. Quando ya se viò en los ultimos alientos, llamò a las criadas, que se quedaron atonitas al verla, y ya con dèbil voz, si bien imperiosa les dixo: Decidles a essos hombres, que le digan a su amo, que las mugeres honradas como yo, que professamos ser Christianas, desta manera miramos por el honor, y vencemos tyranìas. Diciendo esto, despidiò el alma a los Cielos, y el cuerpo anegado en sangre, cayò en tiera difunto. Tan intrepida como esto se muestra a la muerte la que quiere ser leal a su marido, atenta a su obligacion, y fiel a su honestidad. Y quando la muger honrada, y valerosa, no teme semejantes riesgos, que maravilla, q̄ una Infanta, qual Michol, tan constante, y fina, se assegure, y no tema desaires de David? Estàr libre, y ser honrada, atropella todos miedos; con todo, no es para todas seguir este consejo, y este rumbo, como queda dicho, si han dado causa à sospechas: y el por què, se podrà ver en el Capitulo siguiente.

CA-

CAPITVLO XXI.

EN QVE PARA CONSEQVENCIA de que haràn mal las que como Michòl se fiaren de sus maridos, quando les han dado causa de sospecha, se ponen exemplos de maridos zelosos, que hicieron disparates.

EXEMPLO PRIMERO.

EN aquella era que Octaviano, y Marco Antonio mandaban el mundo, Herodes el Grande, el cruel por excelencia, el q̄ hizo degollar millares de Innocentes por hallar con Christo; el que a su muger, à suegros, y cuñados quitò las vidas; el que aun a sus hijos les hizo dar la muerte el que ampliò el Templo de Salomòn, despues de la reedificacion de Zorobabèl, haciendole famoso, juntando para la obra mas de diez mil Oficiales Este, pues, siē lo de los Judios intrusos, Idumeo de nacion, y que de su Ciudad tomò el apellido, llamandose Ascalonista, tuvo por muger à la hermosa Mariana, hija de Alexandro, y de Alexandra: esta hija del Pontifice Hircano, è hijo aquel del Rey Aristobolo, de quien triunfò Pompeyo. De suerte, que Mariana por una, y otra linea era de la sangre ilustre de los Machabeos, y de la noble Alcuña de los Reyes de Jerusalen: por el qual derecho tomò Herodes muchos humos para aspirar a la Corona. Tuvo grandes encuentros con Antigono, que tiranicamente se avia apoderado del Cetro, y siendo vendido de èl fue a Roma a buscar favores, fiado en que Marco Antonio, amigo suyo por las atenciones de Antipatre, padre del mismo Herodes, y Capitan que fue de Julio Cesar, avia de ampararle. Supo negociar tan bien, que en solos siete dias le dieron los Cesares la investidura de Rey de Judea, y las Legiones que estaban en Syria, para que fuessen a meterle en la possession del Reino. Cercò a Jerusalen, tomòla a fuerza de assaltos, prendiò al Tirano Antigono, y remitiòlo presso à Marco Antonio, para que allà le matasse, pues menos que con

Autores desta Historia Joseph. lib. 14. & 15. Antiq. & lib. 1. de Beld. Judæ Egesipo, lib. 1. 2. & 3. Phil. lib. 2. Brev. Histor. Ecclesi. c. 6. Zonaras lib. 1. Annal. Pined. in Monarch. 2. p. lib. 10. c. 6. 7. & 9.

cō su muerte,no podia assegurar el laurèl para si, y para sus
hijos.Llevado deste designio diò en ir acotando la sangre
Real,de lo qual procedio cometer tantas crueldades,y la de
los Niños Innocentes,que fue la mas inaudita ; que siempre
quien es tirano està temeroso siempre que le quiten lo que
usurpa,y este temor, y miedo le obliga a ser cruel.O quanto
ay de esto por el mundo en alta, y en baxa esfera! Con quiē
hallò primero fue con sus mas afectos. A Hircano, padre de
su suegra,y abuelo de su muger(q̄ fiado en su amistad, y en
que havia de darle el Pontificado,se avia acogido a èl desde
Babilonia,donde estaba regalado,y servido del Barbaro Mo-
narca) a este,pues, viejo de ochenta años , sobre compro-
barle ciertos chismes,le hizo quitar la vida. A Aristobolo su
cuñado, hermano de Mariana,joven el mas hermoso,q̄ co-
nociò aquel siglo,siendo ya Pontifice,hizo con cautela,que
le ahogassen en un baño.

Quando Alexandra,y Mariana,madre una, y otra her-
mana de Aristobolo, entendieron la maldad,hicieron estre-
mos de sentimiento notables:y aunque Herodes dio muchas
satisfaciones,y disculpas,y mostrò sentir la desgracia tanto
como ellas, no por ello se les borrò del corazon la sospe-
cha.Era Alexandra una muger altiva , y pundonorosa:Ma-
riana su hija no era menos, antes la demasiada belleza , de
que estaba Herodes mui cautivo, la hacia mas sobervia.Los
humos de su clara estirpe la desvanecian , y aunque era
Herodes Rey , le trataba con desprecio , y en su ausencia le
llamaba advenedizo. Todo lo dicho ha sido necessàrio para
entrar en nuestro caso:y assi digo,que al passo que Maria-
na era hermosa,era Herodes zeloso;y al passo que èl la ado-
raba , ella se mostraba esquiva. Como la esquivez de esta
Reina no procedia en iadearse a otro gusto su volvntad,
antes era mui honrada,y mui honesta,no reparaba, ni aten-
dia en los zelor,que ocasionaba al marido en tratarle con
despego.Solo hallarse libre la hacia romper por todo. He-
rodes , muerto por ella , la zelaba hasta la sombra ; y ella
confiada no hacia caso de sus diligencias.

Vivia Mariana tan confiada,que no tuvo escrupulo que
la retratassen, dando su estremada belleza codicia a los Pin-
tores para ganar de comer, pues los mas primorosos en su
Arte,

arte; no bastaban a dar copias por el mundo. Llegò un retrato de estos a manos de Marco Antonio, al mismo tiempo q̃ Herodes fue, como hemos dicho, a implorar su ayuda; y aunque por no dar zelos a su Cleopatra (cuya beldad le tenia hechizado) no se atreviò Antonio en lo publico a loar la pintura, ni menos el original, no dexò de reconocer Herodes (q̃ era mui vivo) del Romano muestras de aficion, que le turbaron el alma. Guardò entonces aquello para sì, callò lo q̃ sentia; y abrigò en el pecho su dolor. Como sucediesse, pues, la muerte del malogrado Aristobolo, y Alexandra su madre, y suegra de Herodes, llevada de su justo sentimiēto despachasse sus querellas a Cleopatra (que no estaba bien con èl) acusando al yerno sus tiranias, y maldades; y Cleopatra, movida de la justicia ò de su passiō, huviesse recabado de su Antonio que le castigasse cōforme merecia, y para el efecto le huviesse llamado Marco Antonio a Laodicea, donde al presente se hallaba en su Corte, como huviessen sucedido estas cosas, y Herodes hiciesse recuerdo de lo que le avia agradado a Antonio el retrato de Mariana, como zeloso discursivo se cōtò por muerto. Bramaba como un toro, con despechos, y ademanes tan sentidos; que turbò el Palacio, y a todos puso temor. Discurria despechado si el llamarle Marco Antonio seria para hacerle matar, en sòn de aquellos cargos, por gozar à Mariana. Sospechaba tambien, si avria sido culpa della dexarse retratar, ò si ella misma le avria remitido aquel retrato. Ver sus esquiveces para con èl, le aumentaban las sospechas. Veria altiva, y ambiciosa de honores, y ser Marco Antonio tan poderoso Monarca, apretaba los cordeles al cuidado. Ella, como segura de su conciencia, no temia nada destos rezelos; y èl como zeloso, casi queria matarla. Lo recio del dolor le daba el puñal desnudo; mas lo mucho que la amaba le embotaba los aceros. Cargado destas imaginaciones, tomò esta resolucion: Tenia un cuñado, llamado Josepho, casado con su hermana Salomè, hombre de prendas de mucha autoridad, y mui bien quisto. Llamò, pues, a este, y aviendo le contado su cuidado, su pena, su recelo, y lo q̃ un amigo a otro suele decirse en tales lances, dexòle por Governador del Reino en tanto de su ausencia, y con muchas expressiones le encargò este secreto: Que si acaso èl muriesse en aquella jornada, ò Marco Antonio, mal informado, ò atizado
de

de Cleopatra (que era su enemiga) hiciesse matarle, al punto que tuviesse nuevas de esto, le quitasse la vida a Mariana, y les conservasse a los hijos que tenia de ella la Corona. Diòle por causa, que no sufria su amor, q̃ aun despues de èl muerto, gozasse a su muger otro ninguno. Zeloso notable, que aũ para mas de la vida alargò sus zelos! Prometiòle Josepho cumpliria su mandato, con que se partiò Herodes a Laodicea con menos pesadumbre.

Todo el tiempo que durò esta ausencia, que no fue poco, por la mucha distancia de la gravedad de los negocios, diò Josepho por lo Governador, por lo pariente (ò quizà tambien por su gusto) en visitar a menudo a la Reina Mariana, y a su madre Alexandra. Aliviaba las sus cuitas con su conversacion, y disculpaba a Herodes en quanto le tocaba, trayendo para prueba el entrañable amor, que a Mariana tenia. Replicaban ellas, que no podia tener voluntad, quien contra su sangre de abuelo, y hermano havia sido carnicero cruel. El las satisfacia, estar Herodes inocente de la muerte de Aristobolo, que en la de Hyrcano havia sido causa su delito, pues trataba de quitarle el Cetro. Nada les llevaban las disculpas; y un dia pensando Josepho convencer mas por aquel camino, hizo un borron notable, que los mas entendidos yerran tal vez las materias. Dixole à Mariana lo que Herodes le havia dicho de que la matasse, si èl muriesse, porque nadie, sino es èl gozasse su hermosura, sacãdo por consequencia, que la amaba, y la queria, aunque estuviesse muerto. Por donde entendiò aderezarlo, lo echò mas a perder, porque Mariana, que era avisadissima, le rebatiò el argumento lindamente, probando con mui agudas razones que aquella palabra no era de marido amante, sino de un hombre cruel.

De estas conversaciones, y visitas vino a abrasarse en zelos Salomè, muger de Josepho, y hermana de Herodes. Dexòse llevar tanto desta ciega passion, que a cara descubierta (como dicen) manifestò a Mariana su dolencia, yâ en modo de quexa, y ya en modo de pesadumbre. Mariana, pue solo su altivez, y pundonor la sustentaba honrada, quando ella no lo fuera, la riñò mui bien aquellas demasias, y aleves pensamientos. Llegò el enojo a tanto, que cada dia rompiendo los fueros del respeto, se decian muchas quemazones. Pero.

Mariana, como de sangre Real, como Reina, en fin, y como amada de su marido (que esto ensoverbece mas a las hermosas) se adelantaba en los ultrages, y desprecios, llamando à Salomè barbara, y de obscura estirpe. Salomè como muger despreciada, y vengativa, iba guardando palabras para hacer veneno con ellas a su tiempo. Tan mal como esto se llevaban las dos cuñadas, que serlo les bastaba, sin que zelos se hiciessen à la parte.

Bolviò Herodes a Jerusalen de Laodicea, cō feliz despacho porque supo negociar (q̄ algunos mui sabios no lo alcanzā) llevòle à Marco Antonio ricos dones, grandes joyas, mucho dinero: por lo qual, por mas q̄ contra èl fiscaleaba Cleopatra tuvo sentencia en favor: diòsele Antonio por mas amigo q̄ antes, y despachòle contento. O interès, y lo que puedes! El Juez mas recto se rinde a su golosina. Apenas huvo llegado quādo su hermana zelosa, y ofendida, le llenò de chismes, y de sus malas sospechas. Picòse el Idumeo, mas por los zelos, q̄ por los ultrages. Casi le diò credito a la hermana, con q̄ envuelto en ira, por mas q̄ la beldad de su esposa le brindaba a ternuras, se abstuvo de los alhagos. Bien advirtiò Mariana la causa del despego, mas como su honestidad la hacia libre, reìase de todos. No son buenas risas en la q̄ tiene enemigos, y caseros. Temer debe la mas inocēte los zelos de un marido, aqui entra la prudencia. Si el marido es cuerdo, no ay q̄ temer mucho; pero si es un temerario, q̄ inocencia està segura? Que se hagan con Michòl las q̄ tienē maridos atētos como David, esta bien. Mas q̄ apuesten de valientes las q̄ tienen maridos como Herodes, no se lo aconsejo. Esta Reina se perdiò de confiada. Llamòla, pues, Herodes, y por el mejor modo que supo, la hizo los cargos. Satisfizo Mariana cō tanto despego, y brio, que herodes, embelesado en el hechizo, se diò por satisfecho. Al modo q̄ Mesalina, con ser ruin desenojaba a Claudio en poniendosele delante; assi Mariana como hermosa, y como honesta, le quitaba a Herodes sospechas, y acedias. Con alborozo, y cariño la alhagò en sus brazos, y diciendola requiebros, la encareciò su amor, y jurò en sus manos, que nadie en el mundo amò tanto a su muger, como èl la amaba a ella. Cegòse Mariana a lo fuerte del embite, y debiendo prudente darse por desentendida, arrojòse temeraria a la satisfaccion. Dixole con falsa risa, q̄ se-

se conocia mal tenerla todo aquel amor, supuesto havia de
xado orden para que la matàssen si èl murielle; y que quien
ama, jamàs quita la vida à lo q̄ quiere, antes desea aumẽtarla
Apenas escuchò Herodes la razon secreta, que le fiò à Jo-
sepho, quando emponzoñada el alma, y derramãdo encono
por los ojos, comenzò à decir locuras, y à hacer mil desati-
nos, qual zeloso Toro, à quien declarados zelos le avivan el
corage. Discurria, y no mal (bien que se engañaba) que a no
tener Mariana con Josepho ruin correspondencia, y tratos
ilicitos, no le descubriera èl aquel secreto. Porque decirle a
una muger: Tu marido me ha mandado, q̄ te quite la vida
si èl muriere: â què fin se puede aplicar, que no sea à manifes
tar afecto, y a no querer executar la orden que le dexan? Aũ
en hombres mas sufridos harà este èco la consequencia, quã
to, y mas en zelosos como Herodes. Josepho anduvo necio
en descubrir à la parte el rigor de un Rey, de q̄ la hizo con-
fianza; y Mariana anduvo mui imprudente en revelarle al
Rey lo q̄ le fiò à Josepho. Y a entrambos costarìa bien caro,
porque juntando Herodes los chismes de Salomè (cuyas he
ridas aunque no encarnaron mucho; estaban sobresanas)
con esta averiguacion oida de la misma boca de su muger,
no quiso aguardar mas pruebas para fulminar sus iras. Man
dò prender à Josepho, y sin verle, y sin oirle, le hizo cortar
la cabeza. Todo esto puede un Rey, quando aun sombras
aparentes le tocan en el honor.

Ahora entra el perderse esta Reina, fiada de su innocẽcia
ò por no querer altiva quebrar de su pundonor, huyendo
el riesgo: que como la fuga en qualesquier caso es indicio de
culpa, quizà por esto quiso mas Mariana estarse rehacia en
medio del peligro, que poner la vida en salvo cõ quiebras de
su opiniõ. En fin, ni el vèr que la muerte de Josepho era por
su causa, ni el ver que Herodes havia hecho prender a Alexã
dra su madre, ni el vèr q̄ a ella la trataba con desvios, ni el
ver, que en Salomè tenia una enemiga, ni el ver otras conje
turas, todas temerosas, no la pudieron apartar de su Real Pa
lacio. Un año tuvo de tiempo, y Herodes ausente, conque
podo ampararse de Octaviano, opuesto à su marido por
entonces (porq̄ èl era de Antonio) y escusàra la venganza de
quien la queria mal, que era su cuñada Salomè, q̄ no cessaba
un punto de buscar en que morderla. Acusòla de otras con-
ver-

versaciones como las de Josepho, (que tambiē costarō la vida a otro inocente) y viendo q̄ no bastaba todo esto a derribarla, sobornò al que servia al Rey la copa, para que dixesse, que Mariana le avia mandado, que le echasse ponzoña en la bebida. No aguardò mas Herodes (porque amaba mucho su vida, por mas que amaba a su muger) sino q̄ al punto la encarcelò en una torre: juntò todo su Consejo, y sobornando à unos, y amenazando a otros, hizo sentenciarla a muerte. Quien tal imaginàra en marido tan amante! A publico cadahalso sacaron en Jerusalèn a la mas rara beldad, q̄ venerò aquel siglo. Causò pavor el espectaculo triste, al passo q̄ hermoso. Al numeroso gentìo, que concurriò a verla, bañò en llanto. Verse libre, è inocente del imputado delito, añadiò brios a su valor, donaire a sus asseos, y con denuedo bizarro entregò el cuello al cuchillo. Grande escarmiento para las que a titulo de hermosas, y queridas, apuestan de confiadas, contra maridos zelosos, quando ay pocos Davides, y muchos que son Herodes.

EXEMPLO SEGUNDO.

MAS inocente que la Reina Mariana, se hallò otra Reina, y no pudo huir los riesgos de un marido zeloso, ni aun prevenirlos pudo: tanto estaba de inocente. Reinaba en Persia Artabanes, hijo de Valarso, valeroso por su esfuerzo, y estimado por su ciencia. Fue mui dado a la Astrologia, al modo que en nuestra España Don Alonso el Sabio: ciencia mui arriesgada, y peligrosa, y que a estos dos Reyes les acarreò su desdicha. Succediò, pues, que una noche de estas, que por lo largas, suelen aun a las Magestades causar desvelos, por mas que brinde al sueño la mullida pluma, estando parlando el Rey con su muger la Reina de varias cosas, vino a tocar en la conversacion en puntos de su saber, y dixòla: Quien creerà, que por estos dias me señalan las Estrellas fracaso tan notable, q̄ si aora se rebelàra alguno contra mi, me quitàra la Corona, y fuera Señor del Reino? Es possible, Señor (dixo la Reina algo turbada, y confusa) que alcance vuestro saber lo que no ha venido, y lo que tiene determinado el Cielo? Si, esposa mia, (respondiò el Rey) todo esto alcanzo a descubrir con mis lineas: mira si avrè menester estàr con cuidado, hasta que passe la influencia de este cruel Planeta.

Authores de esta Historia. Sur. in principio Vitæ S. Greg. Armenæ, Pi. in Monar. 2.p. l 12. c. 1. §. 5.

GuardeDios vueſtra vida,(replicò ella)no vean mis ojos tal deſgracia. Dormia en la Camara Real una Dama de la Reina,noble en ſangre,y la mas cōfidente, pues la fiabā la guarda de ſu perſona. Eſta,pues,acertò tābien à eſtàr deſpierta,y como muger en fin (que ſiempre ſon amigas de ſaber , y de oìr lo que paſſa) alargo el oido,viendo que hablaban los Reyes,y oyò diſtintamente toda la cōverſacion. Tenia Artaduria (que aſsi ſe llamaba) cierto galanteo , cuyos amores la traìan biē perdida,y era un famoſo Capitan,llamado Artaſiras,que ambicioſo,y desleal,andaba buſcando trazas para alzarſe cō el Reino. La Dama,pues, à quien no eſtarian ocultas eſtas tramas, y que tambien deſearia verſe Alteza, fueſſe diligente a èl mui alborozada,y le dixo, que què albricias la daria,ſi le deſcubrieſſe el modo para alcanzar el Reino? Artaſiras, a lo amante,y a lo noble , reſpondiò , que no podia ſervirla con mas,ni con menos,que ceñirla la Corona,y darla mano de eſpoſo. Ella agradecida aceptò el partido,y contòle lo que al Rey le havia eſcuchado. O Mageſtades , y lo que debeis mirar a quien fiais vueſtras vidas,y ſecretos!

Apenas oyò Artaſiras el aviſo de ſu Dama , quando con todo cuidado tratò de rebelarſe , dando parte a ſus amigos. Zecas,y Carenas eran los dos mas principales, y los que mas le alentaron ſus intentos , que nunca para el mal faltarō alevoſos. Pareciòle à Artaſiras, que ſegun eſtaba el Rey caſado con ſu ciencia,viendole levantado,le alargaria el Reino,ſin reducirlo à debates. No diſcurria mal el barbaro. Embiòle, pues , à requerir con los dos amigos yà nombrados , que le dexaſſe en paz la Corona , y que por las obligaciones , que le avia tenido de Vaſallo,le darìa algunas tierras en que poder vivir. Bufando el Rey Artabanes de corage , deſpidiò à los Mēſageros con amenazas ſangrientas, y trocando al pūto el Cetro por el Baſtòn , ſaliò à la campaña , y juntò toda la gente que pudo ſu diligencia. No ſe durmiò Artaſiras, viēdoſe ya metido en el empeño,ſino que de los amigos,y llegados hizo un Exercito copioſo, y procurò la batalla. Encontraronſe los campos con corage, y brio, y aunque todos hicierō ſu deber,quedò el Rey derrotado,y Artaſiras victorioſo. Volviò Artabanes à rehacerſe, probò otra vez ventura, y ſucediòle como en la paſſada. Maldecia ſus hados,attribuyendoles a ellos toda la deſgracia;y quiza el temor, que lle-

va-

raba de esto, (al modo que Saùl del pronostico de la Maga, y de otros, que creen semejantes vaticinios) le cortaba el valor, y le amedrentaba el brio. Quien se cree de Astrologias lleva siempre el mal consigo.

Tercera vez saliò à buscar el Rey al rebelado, y sin duda iba mas pujante, pues huvo menester Artasiras ayudarse del ardid, que le diò quizà el triunfo, y la victoria. Estando los dos campos frente à frente para llegar à romper, despachò Artasiras un Embaxador, que le dixesse al Rey, que para què era poner en peligro de que quedassen destruì los Partos, y Persas, quando era disposicion del Cielo, y de los hados, que perdiesse el Reino? lo qual èl sabia mui bien, y que se acordasse quando una noche se lo contò à su muger: por tanto le requeria, que arrimasse las armas, le dexasse la Corona, y estorvasse tantas muertes.

En oyendo Artabanes, que sabia su enemigo aquel secreto, que solamente se lo avia revelado à la Reina, qual desjarretado Toro, à quien las heridas, y el corage le derriban en tierra, y le deguellan los brios, arrojò el bastòn, rasgò impaciente la Purpura, tratando à la triste Reina de fementida, y cruel. Pensò, abrasandose en zelos, que ella avia dicho à Artasiras su pronostico infausto. No aviendolo èl revelado à nadie, era fuerte prueba ser por mal trato: parece que la consequencia lo decia. Hizo patente à los suyos su sospecha, escupiendo iras contra todas las mugeres, y contra los que fian de ellas la vida, y el honor. Discurrieron sobre el caso los mas entẽdidos, y vistas las circunstancias, no hallaban salida para disculpar à la inocente. No avria llegado quizà a aquellos barbaros el proverbio de que las paredes oyen, quanto mas criadas de Palacio, por mas dormidas que estuviessen. En fin, el Rey se hallò tan despechado, y tan creido, que su muger le era infiel, que suspendiò la batalla hasta hacer el castigo, y vengar su enojo. Sin mas averiguacion embiò Ministros que le quitassen la vida, sin que la descuidada Señora pudiesse prevenir un tan fatal peligro. El Barbaro Rey muriò poco despues en la batalla, y el traidor Artasiras quedò con la Corona, y la cumpliò a su amiga la palabra, casandose con ella. Miren los curiosos lo que importò a esta Dama tener tan buen oido, y reparen atentos quando hablen, que no los oìgan mugeres.

EXEMPLO TERCERO.

Authores de esta Histor. Hist. Tri. l.11.c.17 Credon. Cōpēdio Hist. Zonaras t.3. Ann Nicephor. l. 14. c. 23. Pined. in Monarc. 2.p.l. 13. c. 14.

NO solo los Reyes barbaros, como hemos visto, hicieron disparates con los zelos, pero Monarcas Christianos no huyeron esta nota. El mas ajustado Rey, el mas benigno, el mas cuerdo, el mas atento, si enferma de este achaque, pierde los estrivos, y se hace a la sinrazon. Sea prueba Theodosio el menor Emperador de Constantinopla, hijo de Arcadio, y nieto del Gran Theodosio. Sumarè en breve sus principios, sus gracias, habilidades, y virtudes, remitiendo a los Autores de la margen a los curiosos, q̄ por mas extenso gustaren de saberlas. Quedò este Emperador de ocho años de edad quando muriò su padre, y ya avia cinco que era su madre muerta; Aunque ya le dexò jurado, muriò Arcadio cō mucha lastima de dexarle tan niño, y sin ningun pariente à quien quedasse encargado. Rebolviendo estas lastimas consigo, al hacer su testamento, diò en un arbitrio estraño, quizà inspirado de Dios, y fue, que nombrò por Tutor de Theodosio al gran Rey de los Persas, llamado Isdigerges, Monarca mui poderoso, y q̄ solo su potencia tenia por padrasto el Imperio Griego. Holgòse mucho el barbaro quando viò el testamento, viendo, q aun sus enemigos hacian confianza en su nobleza, y justicia. Acetò la tutela, è hizo paces generales con el Imperio. A su principal Eunuco, llamado Antioco, embiò à Constantinopla para que criasse al niño, y governasse por èl todas las Provincias. Escriviòles juntamente a los Grandes del Senado, encargandoles la lealtad con su Principe, ò que de hacer lo contrario, probarian sus enojos.

Amaestrado de Antioco se criò Theodosio quatro años, saliendo mui diestro en todo aquello que debe saber un Principe. Pero quien le aprovechò mas en lo politico, y en lo Christiano, fue su hermana la celebrada Pulcheria, doncella prudentissima, que consagrando à Dios su virginidad, con otras dos hermanas suyas, vivian, aunque en Palacio, religiosa vida, dadas siempre a la oracion, y a honestos exercicios, sin tener hora ociosa. Hilaban, y texian por sus manos, dedicando todas estas haciendas al servicio de los Templos, y adorno de sus Altares. Contar las excelēcias de esta hermosa Infanta, era menester un libro. Todo su cuidado, y su des-

ve-

velo era industria a su hermano, deseando con mil ansias, q̃ saliesse un Principe famoso. Demas de darle Maestros que le enseñassen las materias politicas, le enseñaba tābien ella del modo con que havia de portarse con cada estado de personas, hablando a cada uno conforme à sus meritos: deciale quando avia de estar severo, quando apacible, quando avia de levantarse, quando encubrir la risa: en quanto a la Religion, de que fuesse buen Christiano, y mui devoto, le diò lecciones notables: haciale frequentar las Iglesias, darse à la oracion, y ser mui limosnero.

Salio tan bien doctrinado el Emperador Theodosio cō los avisos de su cara hermana, y madre en el afecto, q̃ era pasmo a toda Constantinopla verle, aunque muchacho, tā virtuoso, tā atento, y recogido; su Palacio parecia una Casa de Oracion. Lo primero que hacia en levantandose por la mañana, era entrarse en la Capilla, y en compañia de sus tres hermanas rezaba el Oficio Divino. Negabase a los regalos; ayunaba los Miercoles, y Viernes; era mui aficionado à libros, y à hombres de letras; juntò una Libreria, que no la hizo ventaja la del Rey Ptholomèo Philadelpho; fue mui gallardo Escrivano, y tan curioso en esta arte, q̃ escriviò los Evangelios en columnas, dispuestas en forma de cruz; fue tā benigno, y piadoso, q borro de su Imperio la fatal costūbre de echar en el Theatro bestias bravas a hacer sangrienta riza en los condenados à muerte: espectaculos mui celebres en Roma, y en los dos Imperios; fue assimismo tā sencillo, y temeroso a la espada de la Iglesia, (q son las cēsuras) q en respeto de ellas le passò un caso notable. Y no voi fuera de mi intēto en advertir estas gracias, antes cō cuidado las voi haciendo basas para q̃ caiga mejor lo q desatinan unos zelosos. Vamos al cuento del Frayle: Sucediò, que un dia fue un Monge a pedirle al Emperador cierta demada, no mui hacedera, ni ajustada, supuesto que no quiso concederla: el Monge era cabezudo, y volvio a porfiarle una, y otra vez, hasta llegar à decir, q̄ no avia de salir sin llevar despacho. Al mismo tenor el Emperador le dixo enojado, que se fuesse a su Convento, porque por ningun caso avia de hacer lo que le pedia. El Monge entonces arrestado, y atrevido, ò mui necio de conciencia, le dixo estas palabras: Pues que V. Mag. esta rebelde

à lo q̃ como Religioso le he pedido, y suplicado con la autoridad q̃ me dà este Habito, y mis Ordenes, le descomulgo, y le privo de la Comunion Christiana; y diciendo esto, tomò la puerta con la prisa que viò que era menester. Què entendido dexàra de reirse de semejantes dislates, y mucho mas de la bondad del Emperador, el qual se quedò como aturdido, y mui melancolico? Llamaronle à comer, puestas ya las mesas, y prevenidos algunos combidados; respondiò, que no podia sentarse con ellos, hasta q̃ viniesse el Monge à absolverle de la descomuniõ. Hizo para ello llamar al Patriarcha, pidiendole q̃ se lo mandasse. El Patriarcha, como entendido, por una parte retozandole la risa, por otra ensangrentado contra el Fraile, le respondiò que se quietasse, porque ni estaba descomulgado, ni el Monge tenia autoridad para imponer Censuras. No bastaron estas, ni otras razones para q̃ se sentasse à comer, ni se quietasse, hasta q̃ buscando al Monge, (miren lo que se passaria en una Corte como Constantinopla para hallarle) hizo que èl mismo le absolviesse. Gran bondad, y sencillèz de un Emperador bien entendido! Solo me pesa, para remate del cuento, el callar los Historiadores el castigo, que mandaria dàr el Patriarcha al Monge idiota, pues merecia mui bien dos mil azotes. Huvieralo con otro Rey, que no se le fuera en dulce.

En las batallas, y peligros en que se hallaba Theodosio, à imitacion de nuestro David, llamaba en lo primero à Dios, q̃ le ayudasse. Saliò victorioso siempre, ayudandole el Cielo con milagros, y prodigios. Quando ya tuvo edad para tomar estado, trabajaba Pulcheria en buscarle una muger honesta, virtuosa, y entendida, sin atenciones de sangre, estados, ni riquezas, ni aun de Religion. No sè si en esto ultimo anduvo con acierto, que à toda ley, en lo Catholico, y macizo, que viene heredado con la sangre, se imprime, y sienta mejor la Christiandad, y virtud. Fue capricho notable, que no hallasse Pulcheria en dos Imperios, y en tantos Reinos Christianos una doncella à su gusto, y echasse mano de una Gentil, pobre, y sin prendas, solo por verla entendida. El mayor lustre es saber, quizà q̃ no andaba errada. Avia, pues, en Athenas, Madre universal de la Sabidurìa, un Filosofo llamado Leoncio, q̃ tenia dos hijos, y una hija; y aunque à los hijos les diò estudio bastante, viendo q̃ à la hija, sobre los asseos de

de hermosa, la avia dotado el Cielo de un ingenio claro, de una extremada viveza, inclinòla à que supiesse quanto alcãzasse su ingenio: en las Lenguas Griega, y Latina, en la Filosofia, y Artes liberales se aventajò la doncella à los mas leìdos. Al tiempo de hacer Leoncio su testamento quando se moria, repartiò toda su haciẽda à los dos hijos, y à la hermosa Athenais, (q este era su nombre) la mandò solamente cien ducados; y quexandose ella de la injusticia, la acallò el padre, diciendole, que no se lamentasse, que solo su saber la tenia prevenida otra mas rica herencia. Viendose la discreta doncella desheredada, y pobre, se fue à Constantinopla, y contòla su desdicha à la Infanta Pulcheria, con la compostura de biẽ sentidas razones, y con los asseos de sentenciosas palabras. Quedo Pulcheria tan admirada de la discrecion, como pagada de la honestidad, y hermosura de la doncella, y tanto la llenò el alma, que vino a persuadirse, que se la embiaba el Cielo para muger de su hermano. Comunicòlo con èl, con el Patriarcha, y otra persona de cuenta; y como señora que era de todas las voluntades, atraxolos à su gusto. Hizo baptizar à Athenais en el Templo de San Estevan por mano del Patriarcha, y pusieronla en la Pila Eudoxia: desposòla luego con Theodosio, con que se hallò Emperatriz, la que poco antes era una doncella humilde.

En nudo conyugal, dulcemente enlazados, vivieron algunos años Theodosio, y Eudoxia, y tuvieron una hija, llamada Eudoxia tambien como la madre, y siendo casadera, la dieron por muger al Emperador de Roma Valentiniano, primo hermano de Theodosio, y tio de la Infanta. En medio de esta tranquilidad, y paz amorosa, se levantò una tormenta de penosos zelos, que turbaron a Theodosio todo el gusto. Leve fue el fundamento à los principios, hasta q un indicio, y otro avivo la llama a la sospecha. Tenia la Emperatriz por Maestro à Paulino, hombre docto, y grave, con el qual comunicaba sus cosas, y en conversacion honesta aliviaba sus cuidados, que algun desahogo han de tener tambien las Magestades. Diò el Emperador en reparar en ello, y aunque estaba satisfecho de la honestidad de Eudoxia, comenzò, aun cõtra la voluntad à lidiar con las sospechas. Por mas q trabajaba en apartar de si aquellos pensamientos, apenas via las sombras, quando bolvia a inquietarse. No ossaba decir su cui-

dado por ſu miſmo credito; y ſentir zelos à ſolas ſin deſcu-
briſe à nadie, aunque ſea un San Joſeph, le haràn perder los
eſtrivos. En fin, callaba ſecreto, y callãdo ſentia, haſta q̃ un
acaſo, apretandole el coraçòn, le apurò el ſufrimiento. Suce-
diò, pues, que en la Fieſta q̃ llaman de las Candelas fue un
hombre à Conſtantinopla con una oveja, coſa monſtruoſa
en grandeza, y hermoſura, (otros dicen, que era manzana;
mas que era oveja es mas cierto) robò las atenciones de los
que la vieron, y lo admiraban prodigio. Enamoròſe mucho
de ella el Emperador, compròſela al dueño, y ſe la pagò mui
bien: por coſa rara quiſo galantear con ella à ſu querida
Eudoxia: embiòſela à ſu quarto: bolviò la Emperatriz mu-
chos agradecimiẽtos, y como coſa de eſtima, y de mano del
Emperador, ſe la preſentò à Paulino ſu Maeſtro. Dirà aora
la malicia (como no falta Autor que lo diga) que no eran
buenos los tratos entre Paulino, y Eudoxia, pues regalos he-
chos por ſu marido ſe los alargaba à èl. Es mal diſcurrir,
quando ſon acciones naturales, y q̃ la corteſìa las honeſta.
Dadme que eſtè de arriba la deſgracia, que de aì pende el
ſuceder. Y ſi fuera ilicita la correſpondencia, quien puede
perſuadirſe, lo uno, que no aviſàra la Emperatriz à Paulino,
que ſu marido la avia hecho aquel regalo, y que aſsi cuidàra
del ſecreto? Lo otro, quien ha de imaginar, que anduviera
Paulino tan poco galàn, que dieſſe al miſmo marido los re-
galos de la dama, como verèmos aora? Pienſe el maldiciẽte
lo que quiſiere, porque en lo miſmo que erraron ſe conoce
la inocencia. Quando Paulino viò la oveja tan abultada, y
gracioſa, ignorando (claro eſtà) que avia ſido primero coſa
del Emperador, quiſo tambien cortejarle con ella, y diòſela
en preſente. Miren por donde enreda la fortuna à las almas
libres, y inocentes! Quando viò el Emperador que avia ido
à poder de Paulino la oveja q̃ avia èl preſentado à ſu mu-
ger Eudoxia, cubriòſe de un ſudor frio, al paſſo que el in-
cendio de los zelos le abraſaron el alma: hizo ya juicio ſus
ſoſpechas, y para mayor ſatisfacion, quiſo examinar à Eu-
doxia, por ſi ſe deſcubria mas campo à tan rabioſa lid. Diſ-
ſimulando el dolor, (aunque peſadumbres de zelos mal ſe
encubren) ſoſſegando el pecho, el ſemblante algo apaci-
ble, la llamò à ſu apoſento, cerrò la puerta, y con mu-
chas inſtancias la pidiò amoroſo, que le juraſſe por vida de

los dos lo que avia hecho de aquella ovejuela, è à quien la avia dado, que dixeſſe la verdad, y no le mintieſſe, porque le importaba a ſu ſoſsiego.

Como ignoraba Eudoxia lo que llevaba embuelto la pregunta, y no ſabia lo que Paulino avia hecho, por no dàr à entender, que avia ſido deſprecio, ò poca atencion, regalar a un vaſſallo prenda de una Mageſtad, y oferta de un marido, penſando iba mejor por alli, negò lo que paſſaba, y afirmò con juramento, que ella tenia la oveja en ſu Palacio, paciēdo en los jardines. Viendo el Emperador comprobaba la mentira, no hablò mas palabra, ſino que acedo, y ſentido, apurò a ſus ſoſpechas todo el vaſo: diòſe ya por ofendido, al paſſo que zeloſo: toda ſu bondad ſe reviſtiò de iras, toda ſu virtud ſe hizo a los enojos, toda ſu ſantidad ſe armò de venganzas; mas como Neròn, q̃ como Theodoſio, procediò en el juicio. Mandò prender a Paulino, ſin mas averiguacion, ſin mas examen le promulgò el deſtierro a Capadocia; y viēdo que con apartarle tanto de ſu viſta, y de la de ſu muger, aun no ſe quietaba el pecho, mandò que le mataſſen. Eſte fue el pago que le diò por el preſente, y eſta la crueldad q naciò de una ſoſpecha. Raro exemplo! en que ſe deben mirar los que andan al lado de los Reyes, para andar ſiempre compueſtos, y advertidos; porque aunque ſea un Principe tan bueno como Theodoſio, y tenga una muger tan honeſta como Eudoxia, ſi ay acciones que puedan deſpertar zelos, haràn que deſatine toda la bondad, y ſe convierta en rigor toda la cordura. No baſta eſtàr libres para con un Rey, ſi ſe dà cauſa à ſoſpechas, que ſon como Deidad las Mageſtades, y aun de las ſombras ſe ofenden.

El dictamen que ſiguiò eſta ſanta Emperatrìz, es el que aconſejo que ſigan todas las caſadas, quando han dado motivo a que ſus maridos ſoſpechen, y recelen de ſu honeſtidad, por mas q̃ las ſalve ſu inocencia. No quiſo, pues, Eudoxia altiva, como otra Mariana, eſtarſe blaſonādo de conſtante a viſta de un marido, que ſin eſtarlo, ſe dà por agraviado, antes ſi prudente quiſo en cabeza agena tomar eſcarmiēto. Quedò tan laſtimada quādo ſupo la tragedia de Paulino, y que ella avia ſido la cauſa, que por no avivar la ſoſpecha de un marido zeloſo, ſentia ſola en el corazon lo que à poder derramar lagrimas, y eſparcir ſuſpiros, fuera menos

ſen-

sentimiento; y sentir un gran dolor, sin aver de mostrarlo en el semblante, es un martyrio cruel. Advirtiendo, pues, q̄ ya el Emperador la miraba con despego, negado a los cariños, hecho a las tibiezas, y considerando, como sabia, q̄ en estas materias, por mas q̄ un zeloso dissimule, se està amenazando el riesgo a la vida, y a la honra, sin darse por entendida, (que esto es tambien prudencia) ni mostrar sentimiento, por aver puesto nota en su honestidad, le pidiò licencia al Emperador para irà Jerusalèn, y cumplir cierta promessa q̄ avia hecho de visitar aquellos Santos Lugares si se ajustaba el casamiento de su hija Eudoxia con el Emperador Valentiniano. Fue bueno el pretexto, y sazonada la accion para quitarse del peligro, è irse a llorar à solas su desgracia. Diòla el Emperador la licencia q̄ pedia, teniendo tambien à dicha hallar causa q̄ honestasse aquella ausencia. Cargada de riquezas, y con la pompa debida à una Magestad, se partiò Eudoxia à Jerusalèn. Detuvose en la promessa todo el tiempo que viviò Theodosio, ocupada en obras de virtud, en hacer limosnas, labrar Iglesias, y dotarlas. Sabiendo de la muerte del Emperador, (q̄ fue desgraciada, cayendo del cavallo en unas fiestas) se bolviò à Constantinopla, donde viviò santamente el resto de su vida, y mandò sepultarse en San Estevan, Templo que labrò à su costa.

Bien probado queda lo que desatinan los zelos al mas santo, al mas justo, al mas atento; y que solo nuestro David se hizo à lo prudente, sin darse por agraviado, recibiendo cariñoso a su Michòl, sin q̄ sospechas viles le inquietassen el alma; y que Michòl, de puro confiada, se fue a los brazos de su legitimo dueño, por mas que los gritos de Phalti, que la seguia, pudieran descomponerla. Imitar à estos consortes, à èl en lo sufrido y à ella en lo animosa, serà cosa santa; mas temer con los exemplos q̄ hemos referido, serà tambien cordura. Acomode cada uno su dictamen à la parte q̄ le llamare la razon, y el sufrimiento. A maridos rigidos, como Herodes, huyaseles la cara: à modestos, qual David, no ay que hacer despegos: el errarlo, ò acertarlo, consistirà en la prudencia.

*** *** *** *** ***

CA-

CAPITULO XXII.

EN QUE SE REFIERE EL DOLOR, *y ſentimiento de David por las muertes dadas à traicion à el Capitan Abnèr, y à el Rey Isboſeth.*

ARdiendo en luminarias, y fieſtas dexámos à la Ciudad de Hebròn por la entrada de la Reina. Alborozado David, no le cabia la alegria en el pecho: con generales combites lo hizo bien patente: à Abnèr, y à ſus Soldados les diò ſu meſa, y en correſes gratitudes les pagò el ſervicio. Hablaron mui à ſolas Abnèr, y David, ſentando ſus tratos, y afianzando ſus conciertos. Prometiò Abnèr de traerle à ſu obediencia las once Tribus, y hacerle ſeñor de uno, y otro Reino. David, a ley de grato, le ofreciò mercedes, y excediendoſe uno a otro en corteſìas, ſe deſpidieron amigablemente. No faltaron chiſmoſos que contaron à Joab lo que paſſaba. Hizòſe Joab un vivorezno, ya por el odio que tenia contra Abnèr porque le matò al hermano, ya por embidia de que quizà le contraſtaria el baſtòn, como tan gran Capitan: Temeroſo, pues, de eſto, ſe previno à la venganza, fraguò ſu traicion, y antes de executarla, procurò hacerla honeſta, uſando de eſte ardid. Entròſe al Rey alborotado, y furioſo, y hablòle con libertad eſtas palabras: En què pienſa vueſtra Alteza, quando teniendo à Abnèr en ſus manos, le hace banqueres, y le dexa ir libre? Es poſsible, què ignora quien es Abnèr, pues ha baſtado èl ſolo à que Isboſeth tenga el Cetro, y ſe mantenga en el Solio de ſu padre? No advierte vueſtra Alteza, que es cabilacion ſuya aver venido à Hebròn, y que ſolo viene à eſpiar, y a inquirir el modo q̄ tienen nueſtras coſas, las fuerzas que nos aſsiſten, las entradas, y ſalidas de nueſtra fortaleza? Un talento como el de vueſtra Mageſtad ſe engaña de eſta manera? De un enemigo ſe fia, quien es Capitan tan dieſtro?

Tan libre como eſto hablò Joab, porque conocia, que le avia meneſter David, y ſin eſperar à que el Rey ſatisfacieſſe, ni

ni aguardarle respuesta, (que es cosa de notar) volviò las es-
paldas, saliòse de la sala, y llamando a uno de sus Soldados,
de quiẽ le parecio hacer mas confianza, le despachò tras Ab-
nèr, para q en nombre del Rey le hiciesse volver a Hebròn:
en su nombre embiò a llamarle, como dandole a entender
se le avia olvidado alguna cosa de lo que trataron antes. Tã
imperioso como esto procede un Privado, quando conoce la
necessidad del dueño: hasta el respeto se estraga, quando se
vè temido. No era David bobo, que todo lo entendia; no era
de los que sufrian libertades, que era aun por sus manos mui
valiente; pero hallabase como Rey, a merced de aquellos po-
cos que le avian levatado por Señor, necessitaba del mas po-
bre Soldado, avia menester tenerlos gratos a todos para que
no desamparassẽ su partido. Era Joab el dueño de las armas,
mui señor de todas las voluntades, como no avia de sufrirlo
David, aunq le hablàra mas gordo? Y como le avia de casti-
gar, aunq hiciesse desafueros? Sentirlo, si lo sentia como el
que mas; pero lo dissimulaba porque le era fuerza. Bueno
fuera, que por no saber sufrir, lo arriesgara David todo, y
que por reprehẽder a un atrevido, se quedara sin gente, y sin
Reino? Las mayores Magestades han de tomar los tiempos
como vienẽ; y quien no fuere atẽto en medir su necessidad,
se hallarà perdido. Mirese en Isboseth, pues no tuvo mas
achaque para perder la Corona, que reprehender en su Ge-
neral una cosa mal hecha. Por esto, pues, David, como tan
prudente, y advertido, le dissimulaba a Joab sus sinrazones,
por mas que le indignassen: cosa que le durò toda la vida,
porque siempre huvo menester a Joab; y assi, hasta despues
de muerto no diò orden que le castigassen.

Volviò Abnèr a la Corte, imaginando, que el recado era
del Rey à Joab, que estaba sobre el aviso, esperòle à la puerta
de Palacio, * diòle la bienvenida, dissimulando en el ros-
tro el veneno, y la traicion que abrigaba en el pecho; y des-
pues de los cumplimiẽtos corteses que entre dos tan grandes
Capitanes es cierto que intervendrian, llamò Joab à Abnèr
à parte, como que le queria decir en secreto alguna cosa;
llevòsele passeando àzia una puerta oculta, (prevenida qui-
zà para su salida) y quando ya le tuvo mas assegurado, y di-
vertido, arrebatò del puñal, y metiòsele por el pecho, indi-
cando era despique de la muerte, que Abnèr avia dado à su
her-

* O la de la Cindad, como quiere el Abulense.

hermano Asael. Esto sonò la voz, aunq̃ llevaba mas malicia la vẽganza, pues como hemos dicho, fue temer no le cõtrastasse Abnér el Generalato. * Demas, q̃ era mal desquite vengar cõ una traicion una muerte dada en buena guerra. Turbado, y cõfuso se hallò todo el Palacio al vèr, y oir el fracaso triste. El alboroto, y el ruido le llevaron a David las nuevas. Acudiò despavorido, y absorto, a tiempo q̃ ya Abnèr, a manos de la mortal herida, rindiò el alma. Abisai, hermano de Joab, se hallò tambien en la muerte de Abnèr: ambos hermanos fueron complices en la traicion, y vengãza. Sintiò David este excesso, lo q̃ no puede explicarse: hizose a las lagrimas, y a la ternura, ya q̃ no pudo al castigo. Temeroso de que el Pueblo le achacasse aquel delito, y mas viendo q̃ no le castigaba, curò su inocencia por los modos q̃ le fue possible. Indignòse con Joab notablemẽte: culpò su terribilidad delãte de todos, echòse su maldicion cõ grãdes execraciones, mandòle vestir de gerga con lo demàs, porque le fuesse castigo assistir en las exequias del q̃ matò temerario. El mismo David fue detràs del atahud, cubierto tambien de luto: sobre el sepulcro hizo un cõpassivo llanto: en todo aquel dia no comiò bocado. Demostraciones todas, que convencieron a los mas incredulos, de q̃ no avia tenido David parte en aquella muerte, y con que todo Israèl se diò por satisfecho, loando y aplaudiendo tan buenos miramientos de un Monarca.

* Y q̃ fue mas por esto, q̃ por lo otro, lo afirma cõ la Histor. Escolastic el Abulēse y otros. Abul. in 2. Reg. c. 3. q. 25.

Con mucha velocidad llegaron las malas nuevas (que las infelices buelan mucho) à oidos de Isboseth, que como ignoraba los tratos en que andaba Abnèr con David, teniale por el todo de su Reino, como General que era de las Armas. En sabiendo su muerte, se diò por perdido. Todas sus fuerzas parece que hechas al miedo, se dieron por contrastadas. Juntò los de su Consejo, y despues de conferidas las materias, nombrò por Capitanes del Exercito a Recab, y a Banaa, hombres valerosos, y de su misma alcuña de Benjamìn. Procedieron como ingratos, pues desde que tomaron el baston se hicieron traidores. Es el caso, que avia quedado un hijo del Principe Jonatàs, llamado Miphiboset, sobrino de Isboseth: tocabale de derecho el Reino, como a hijo de hermano mayor. Por inhabil, è impedido (era cojo de ambos pies, porque la ama que la criaba cayò con èl, por descuido, y guardarle) por esta causa passò Abnèr la investidura a Isboseth

seth su tio. Considerando, pues, aora Recab, y Bannaa, que dandole la Corona à Miphiboset, serian ellos señores del Rey, y del Reino, trataron de dàr la muerte a Isboseth. Buen pago, sobre averles dado el mando! Correspondencia ruin, agena de animos nobles. Comunicaron su intẽto con el mismo Miphiboset, juzgando, que la dulzura del reinar le levantaria el espiritu para abrazar qualquier medio; pero anduvo el joven mas atento, y mas leal: quizà q̃ conociò sus intenciones de que le querian para sombra, ò para capa de Rey, y ser los Reyes ellos. Descubriòle, pues, al tio estos designios, y antes de echarles mano à los traidores, se pusieron en salvo. Huyeronse a Gethain, en los confines de los Filistèos, donde se estuvieron retirados algun tiempo: Y como quien dà en traidor, pocas veces olvida aquella vileza, assi Recab, y Bannaa, cabando siempre en sus dañados intentos, trataron de proseguir con sus traiciones, que era dàr muerte à Isboseth, tirando ya en esto à congraciarse con David, y pedirle mercedes. Armaronse para el caso de una traza notable. Disfrazaronse, pues, de segadores; (otros dicen, q̃ de Marchantes, ò Mercaderes de trigo) y sabiendo que Isboseth estaba en una granja, ò granero a vèr recoger sus frutos, tomaron en las manos unos manojos de espigas, y en sòn de q̃ gratuitos iban a su Rey à llevarle sus primicias, aguardaron hora oculta, q̃ fue à la mitad del dia. Aviase entrado Isboseth à dormir la siesta una criada, que servia de portera, se avia tambien dormido; con que logrando los traidores la ocasion por el cabello, se entraron secretos hasta el Palacio donde Isboseth dormia: Vieronle recostado sobre el lecho, y sin servirles de freno la razon que voceaba, le quitaron la vida à puñaladas crueles: cortaronle la cabeza, que guardaron consigo, y dexando el cuerpo en la cama anegado en sangre, huyeron presurosos à lo intrincado de un monte, hasta que rebozados de las sombras de la noche, caminaron à porfia à la Ciudad de Hebròn.

Bien fresca tenia David la muerte de Abnèr, chorreando aun sangre las heridas, quando Recab, y Bannaa, aviẽdo pedido audiencia, entraron, y le ofrecieron la cabeza de Isboseth: con adulaciones, y lisonjas de q̃ ya Dios le avia vengado de todos sus enemigos, le saludaron ufanos; con lo grãde de la oferta, le procuraron propicio. Ya (dicen) tiene aqui vuestra

vueſtra Mageſtad la cabeza de ſu enemigo; con que ſin opoſiciones, ni embarazos empuñarà el Cetro, y ſe ceñirà el laurèl. Apartò David el roſtro del eſpectaculo horrendo; y lãzando de lo intimo del alma un laſtimado ſuſpiro, les habló de eſta ſuerte: Vive el Señor, que es quien me ha librado de tantos rieſgos, y anguſtias, q̃ a quien me traxo la nueva de la muerte de Saul, y eſperaba de mi muchas mercedes, le mandè quitar la vida, ò arrebatado del mucho dolor, ò ciego del enojo: Mirad, pues, el pago, que podrè dàr à los que han muerto con alevosia à un Rey inocente, deſcuidado en ſu caſa, y dormido en ſu lecho? Ola, (dixo a ſu guarda) llevadme de aqui a eſtos hombres, y paguen con las vidas ſu delito. Deſpues de averlos cortado las manos, y los pies, los colgaron ſobre la Piſcina de Hebròn: caſtigo merecido de ſu maldad. La cabeza de Isboſeth mandò David enterrarla en el ſepulcro de Abnèr, con el lùgubre aparato, y con las honras debidas a Principe tan grande.

CAPITVLO XXIII.

EN QUE PARA LAS TRAICIONES CONTRA Abnèr, è Isboſeth, ſe refiere en dos exemplos ſemejantes.

EXEMPLO PRIMERO.

Todo hombre cuerdo, y prudẽte, por mas que la nobleza de ſu animo le haga confiado, debe guardarſe ſiẽpre, y receIarſe de quien tuviere ofendido: con que concluyo, que anduvo necio el Capitan Abnèr en fiarſe de Joab, quando le avia muerto a un hermano ſuyo: q̃ aunque calla, y diſsimula el agraviado, no por eſſo ſe ha de preſumir, que no le queda la braſa en el pecho, que à poco viento de la ocaſion ſe aviva, y enciende. Bien ſe manifeſtò en la traicion de Joab, pues apenas viò el lance de poder coger à ſolas al enemigo, quando manifeſtò la ponzoña, que hecha reſcoldo en el alma avia tenido oculta. Confieſſo, que èl anduvo traidor; mas no niego, que Abnèr anduvo deſatinado. No es eſcuſa, que llame el enemigo con palabras de amiſtad, para no ir ſobre el aviſo quien ſe vè llamarſe. En caſos como eſtos ſe ha de

Authores de eſta Hiſtoria. Joann. Mag. in Hiſtoria Goth l. 8. Saxo Grã. in Hiſt. Danica, l. 8. Pin in Monarch lib. 30. c. 9. §. 4

de dar el oìdo a las razones;mas la mano ha de ir puesta en el puñal. El recelo aqui es prudencia, y la confianza boberia. Mejor que Abnèr, ſupo ſu hecho otro Capitā de Gothia, y le valiò la vida. Fue eſte el caſo: Avian andado los Godos, y los Danos en muchas diſſenſiones, que coſtaron mucha ſangre, y aunque los Godos en tiempo del Rey Ringon, el mas famoſo que tuvo aquella Corona, aviendo ſujetado a los de Dania, y puesto de ſu mano Rey, que los rigieſſe, en entrando Gotharo en el Govierno de Gothia, y de Suecia, deſeoſo de la paz, procurò las amiſtades con Omundo, Rey de Dania, y como no ay lazo que mejor las ate, que el matrimonio, embiòle a pedir por muger a una hija ſuya. Diò el cargo deſta embaxada à Ebòn, Capitan, y perſona de las demàs cuēta de ſu Reino, q̄ ſiempre para eſtas coſas ſe embian perſonas grādes, y q̄ ſepan, y de lo contrario reſultan deſaciertos. Paſsò pues, Ebòn a Dania con el recato, y recelo de quien và a ſus enemigos, corteſìa, y buen ſemblante, y cuidado con la vuelta. Supo diſponer las materias con tan buena habilidad, cō tan buenas conveniencias de àmbos Reyes, q̄ quedò efectuado el caſamiento, con mucho guſto de Omundo, y de la deſpoſada aunq̄ el Principe Sivardo ſe diò por poco guſtoſo. Tornò a Gothia Ebòn con los aſsientos del trato, ſiendo para Gotharo nuevas mui felices, q̄ ſin querer, que la dilacion aguaſſe eſtos guſtos, diò orden al inſtante, para que el miſmo Ebon volvieſſe por la novia con el mayor aparato, y grandeza que ſe huvieſſe viſto: que es mucha razon de eſtado entre los Reyes oſtentar ſu mageſtad en eſtos caſos.

Con ricos dones, pues, para la deſpoſada, con muchas joyas de eſtima, con mucha riqueza, y grande acompañamiento ſe partiò Ebòn por la Reina. Llegò a la Isla de Halandia, y dos hermanos, vaſſallos del Rey Omundo, le hoſpedaron en ſus caſas con doblada intencion, como moſtrò la experiēcia. Eſtaban eſtos tales poderoſos, y ricos, a fuerza de los robos, y traiciones que hacian. A titulo de liberales, y nobles combidaban a ſu caſa à todos los Eſtrangeros, q̄ aportabā à la Isla, en ſintiendoles riquezas, ò dinero; y quando los tenian mas aſſegurados, los mataban a traicion, y los robaban. Arbitrio de Satanàs tyranico, y diabolico! Con los Godos, y Suecos, como enemigos ſuyos por natural antipatìa, uſaban de mejor gana de ſu infame ardid. Conociendo, pues, que Ebòn lle-

llevaba gran tesoro para traer la Reina, por aprovechar el lance, salieron a la Playa a recibirle, con tantas cortesias, y agasajos, que casi se hicieron sospechosos; que mostrar a huesped demasiado cariño, ò sabe a interes, ò huele a traiciõ. En fin, Ebòn, como bien entendido, reparò en ello, y fue mui sobre aviso. Magestuosa cena hallaron prevenida, con que Ebòn, sus compañeros, y criados cenaron explendidamente viandas bien guisadas, vinos regalados. Señalò el relox la hora de dar parte a la noche, y aviendoles dado las gracias a los dueños, se retirò cada uno al aposento, ò estancia, que le estaba prevenida. A Ebòn, y a los de su boca les dieron un espacioso quarto bien alhajado, y con mas bien dispuestas. Poco escrupulosos se entregaron los compañeros a la mullida pluma; pero Ebòn mas avisado, despues que huvo cerrado la puerta, antes de desnudarse tomò una buxia, y fue requiriendo el quarto, por ver si estaba seguro; tentò todas las Paredes, apartò la colgadura, y mirò hasta la techumbre. Reparò, pues, con cuidado en que una gruessa viga, que atravesaba la pieza, venia a caer por todas las cabeceras de las camas, la qual, si con alguna arte la dexassen caer, podria cogerlos a todos, y matarlos. Sobresaltado el animo la mirò una, y muchas veces, y en el modo, y la disposicion, en lo poco ajustados los estremos a la pared, la imaginaba siẽpre engañosa trãpa. Hizo, pues, juicio las sospechas, y llamãdo a los cõpañeros, q̃ ya estaban dormidos, les avisò su cuidado, y diò es por consejo, que mudassen las camas a otra parte: Los mas atentos lo pusieron por la obra, los perezosos se estuvieron quedos, y lo echarõ a q̃ seria burla. Unos con los colchones a cuestas buscaron en lo mas seguro nueva estancia; otros mas ẽvueltos en la ropa, motejavã a los demàs de timidos, y medrosos, y entre la chacota, y risa quedarõ todos dormidos. En los mayores silencios de la noche, quando no hay mortal que no estè entregado al sueño, dispararon su viga los traidores con la traza, è ingenio que la tenian dispuesta. Fue tiro de artilleria, que a quanto cogiò delante hizo pedazos. Matò en fin lastimosamente a los que confiados menospreciaron el consejo, sirviendoles las camas de atahudes, y la ropa de mortaja. Despertò Ebòn al ruido con los que siguieron cuerdos su dictamen, y a vista del fracaso lastimoso acudieron presurosos a las armas, como advertidos ya del ries-

en que tenian las vidas. Los traidores en disparando el ingenio, imaginando, que a todos avria cogido, baxaron a la sala diligentes a recoger el thesoro; mas apenas abrieron la puerta quando con la espada desnuda se abalanzò a ellos el valeroso Ebòn, tratandoles de infames, y alevosos, y haciendoles a cuchilladas, q̃ apellidassen socorros en su ayuda: acudieron los criados de una parte, y otra, con que se encendiò una riña bien sangrienta, de que no fue poco escapasse Ebòn con la vida con algunos de los suyos. El tesoro, y riquezas fueron despojo de los traidores que quedaron vivos: pagaronlo bien despues, porq̃ sentido Gotaro los guerreò grandemente, hasta hacer a toda la Isla su tributaria. Sacò a su esposa del poder de su padre, despues de haverle ganado la mitad del Reino; toda la qual victoria quede atribuirse al buen discurso del Capitan Ebòn, en no echarse a dormir en poder de enemigos, ni fiarse, como Abnèr, de buenos semblantes de los que son contrarios; pues claro està, que si muriera Ebòn en aquella zalagarda, que le tenian armada los Isleños, primero que llegara la nueva al Rey Gotaro, tuviera sobre si, a costa de su mismo dinero, todo el poder de Dania, y cogiendole descuidado, se viera en notable aprieto de suerte, que no solo para sì, sino tambien para su Rey fue importante el no fiarse Ebòn, ni dexarse engañar de agassajos de enemigos. Escarmienten, pues, en Anèr los confiados, y tomen por pauta a Ebòn los advertidos.

EXEMPLO SEGUNDO.

Authores de esta Historia. Hector Boecio in historia. sect. l. 11. Polidoro l. 6. hist. Anglicæ. Tined. in Monarc. l. 28. c. 10 §. 5. &c.

PAra simil de la muerte lastimosa del Rey Iboseth, a quiẽ los traidores mataron en su cama, nos servirà el Rey Dufo de Escocia, Principe por bueno malogrado, y perseguido. Por muerte de Indulpho, que muriò en una batalla peleando con los Danos, entrò Dufo en la Corona a votos de los Grandes, sin q̃ Culeno, hijo del Rey difunto, se diesse por sentido: que como era costumbre en aquella Provincia alzar por Rey al que miraban mas benemerito, passaban todos por ello; bien que algunos Infantes, hallandose con poder, pedian con las armas su derecho. Atento, pues, Dufo a sus obligaciones, le diò a Culeno el Principado de Cumbria, que era como hacerle successor del Cetro. Loaronle la accion, y cõgeturaron de ella, que tenian un buen Rey, poco am-

ambiciofo,y amigo de la juſticia. Señalòſe mucho en adminiſtrarla,pues ſin perdonar canſancios,y fatigas trabajò animoſamente en poner freno a los robos que ſe hacian por el Reino. No ſolo en la gente de pocas obligaciones andaba mui valida eſta ruindad,pero haſta los Nobles ſe daban tambien a ello,y lo teniā por trato. No quiſo Dufo ſufrir demaſias ſemejantes,y aſsi juntando gente ſe diò en buſcar, y ſeguir a los mal entretenidos.Prendiò a muchos,y con los caſtigos de eſtos amedrentò a los demàs. A las Cabezas de las Ciudades,y Pueblos les facò por condicion,aviendolos juramentado,que conſervàran en paz ſus tierras, y quitaran las vidas a los que las turbaſſen.Con eſte arbitrio les fue forzoſo a todos recogerſe a buen vivir,ò deſocupar la tierra.Muchos nobles huvieron de aprender oficio para ſuſtentarſe; otros mas pundonoroſos ſe paſſarō a Hibernia a exercer ſus latrocinios. Los que quedaron neutrales, que ni bien ſe inclinaban a lo humilde,ni bien querian auſentarſe, ni bien oſſabā robar,ni bien ſabian què hacer,dieron en murmuradores, q̄ es un entretenimiento de holgazanes,y de ocioſos.Murmuraban del Rey,diciēdo, q̄ con ſu gobierno igualaba à los villanos cō los nobles,a los labradores con los ſeñores de eſtado,pues queria que trabajaſſen todos.Dabanle por mal politico, pues no diferenciaba los altos de los humildes, ni a los Caballeros de la gente comun. Eſta murmuracion ſonaba por todo el Reino, con que ſe rugia tambien, que avia traidores encubiertos,que procuraban quitar al Rey la vida.

Teniendo, pues, Dufo en un puño a toda Eſcocia, ſin ſaberſe de que achaque cayò en una dolēcia extraordinaria, ſin que Medico ninguno pudieſſe entenderla.Sin frio, ni calentura comenzò a ſecarſe, y conſumirſe, y por mas que ſu grande corazon le animaba, ſe le acababan los brios, y poſtraban los alientos, mas deſde el miſmo lecho cuidaba de la juſticia antes que ſu mal. Alli llamaba a los Gobernadores, y les encargaba mucho la obſervancia de las leyes. Informabaſe de todo, y proveìa del remedio donde lo pedia la neceſsidad. Durò eſto algunos dias, mientras que la enfermedad daba algunas eſperanzas; mas quando ya ſe declarò irremediable, quitòſe la maſcara la delvergüenza, y con robos, y con muertes ſe alborotò la Provincia. En Morabia quitaron la vida a los Magiſtrados,qual

sino tuvieran Rey. Sentialo mucho Duso, y el no poder remediarlo, le era atroz tormento, potro duro. Quiso, pues, el Cielo, para alivio de estas cosas, que se descubriesse una maldad. Fue este el caso: En la Fortaleza de Forres tenia cierto Soldado una ruin amistad, estaba amigado con una mugercilla, y estando con ella en cierta ocasion vinieron a hablar de la enfermedad del Rey, dixole ella, que era imposible q̃ el Rey viviesse mucho, porque ya el hechizo iba mui adelãte. Como es esso, la preguntò el Soldado? Has de saber (dixo la dama) que en tal casa hai unas hechiceras, que hã tomado por su cuenta hacer unos conjuros, con que el Rey ha de venir à consumirse; y he sabido de ellas, porque son mui mias que no ha de durar mucho. El Soldado, que era al parecer leal, por no espantar a la amiga, tomòlo en risa, y guardò para sì su sentimiento. Despidiòse de ella, y fuesse cuidadoso a cõtarle el caso al Alcaide del Castillo, llamado Donevaldo. Este se lo escribiò al Rey para q̃ enviasse orden de lo q̃ avia de hacer. El Rey mui a lo prudente, descubriendo su designio a solo aquellos de quien tenia confianza, enviò en sòn de otra cosa à averiguar la maldad. Llegados a Forres, y aviendose visto con el Alcaide Donevaldo, resolvieron por primera diligencia prender a aquella muger, y darla tormẽto: hizòse assi, y à pocas vueltas confessò qual era la casa, y quienes eran los complices de aquel maleficio. Vista esta declaracion juntaron la gente de armas que pudieron, y a la hora mas secreta de la noche cercaron toda la casa, descerrajaron las puertas, entraron dentro, y hallaron en una quadra dos mugeres, las quales tenian hecha de cera la imagen del Rey, puesta al calor de un brasero, mientras la una le iba dando baños con cierto licòr, la otra le rezaba unas palabras. Del modo que las hallaron fueron llevadas a la Fortaleza con la misma imagen. Pusieronlas al tormẽto para que declarassen la significacion de aquel hechizo, y por quẽta de quien se avia obrado: respondieron, que dos Caballeros (nombrandolos por sus nombres) como principales, y poderosos de la Tierra, las avian obligado a que hiciessen cõ sus artes, que muriesse el Rey Duso, y que assi ellas, doctrinadas del demonio, avian hecho aquella estatua de cera para que puesta al calor del fuego, y bañandola con ciertas confessiones, y diciendo tales, y tales palabras, al passo que ella se

se fuera derritiendo, se iria tambien el Rey consumiendo en un sudor, y al acabarse de derretir la estatua, moriria luego el Rey. Estas, y otras cosas semejantes obra el Demonio, ayudado para ello de los hombres, porque Dios se lo permite: con que se conoce la mala traza, que son las hechiceras: pues con su ayuda obran los demonios, lo que no obraran sin ellas.

Apenas escucharon los afectos al Rey la declaracion diabolica de aquellas malas hembras, quando al instante a ellas las quemaron vivas, y a la imagen del Rey hicieron mil pedazos. Fue cosa prodigiosa, porque luego al punto se sintiò el Rey sano, y bueno, pudo dormir, y comer, y mandar bien su persona. Diò luego tras los traidores, juntando gente, y, entrandose por Morabia, que eran los mas revelados. Prendiò a muchos, y llevandolos a la misma Fortaleza de Forres (donde se avia obrado el maleficio) hizo castigarlos rigurosamente. Fue desdicha, que entre los delinquentes se hallassen tambien culpados dos mancebos parientes del Alcaide Donevaldo. Rogò por ellos al Rey con mucha instancia. Su muger tambien esforzò las suplicas, mas no fue posible recaballen el perdon: tanto era el Rey de entero. Quedò Donevaldo agraviado, y mui sentido; su muger ofendida, y mui picada. Comunicaronse el uno al otro sus desaires; el marido centelleando enojos; y la muger atizando el fuego. Hicieronse a la venganza, cubriendo con dissimulo su dolor y resolvieron dar al Rey la muerte. Què vida tan achacosa es la de los Reyes! Si un Rey es descuidado, nadie hai que le quiera bien: si es justiciero, hai muchos que le quieran mal: si es tyrano, apenas vive seguro; si es recto le buscan tambiẽ la vida. Valgaos Dios por Magestades!

Abrigada en el pecho la traicion, andaba Donevaldo melancolico, y confuso, buscando oportunidad de executarla. El Rey, castigados los traidores, trataba de irse a la Corte. La noche antes de partirse se entrò en la Capilla de la Fortaleza à cumplir sus devociones, y a pedirle a Dios acierto en su viage. Despues que huvo salido, repartiò famosas, y ricas joyas a los q̃ le avian ayudado a castigar los rebeldes. Señalòse mas con Donevaldo, tratandole como amigo, queriendo quiza por este modo sazonarle el disgusto, y pesadumbre de no haver hecho su ruego: traza prudencial de Princi-

pues entendidos;mas no estaba Donevaldo para gracias,quã do su mismo rencor le despedazaba el pecho. Aviendo,pues el buen Rey gratificado a los suyos,hizoles un razonamien to,tomando por assumpto de la manera,que unRey se ha de haver con sus Vassallos,y los Vassallos con èl.Parece que el corazon le adivinaba el morir,pues suele ser entonces quã do se dan los mejores avisos,y consejos.Entròse a costarse, servido de Soldados Camareros, a cuya lealtad fiaba su per sona. Salieronse del retrete , dexandole en la cama,y Done valdo,a titulo de cortejo,y amistad, los tuvo entretenidos en su quarto hasta la media noche,cõ una buena cena,acõ pañada de famosos vinos,con cuyos menudos brindis que daron bolcados,q̃ era el fin, que el Alcaide pretendia. En tonces su muger,mas activa en la venganza, viendole algo omisso ,le dixo,que què esperaba yà,y a què se detenia?Mu cho siento(dixo el)que le quitemos la vida a unRey tan bue no,Señor nuestro natural,y que està en lugar deDios,y assi quisiera,que le dieramos de mano a nuestro intento ; linda floxedad(replicò la traidora) ò linda cobardia contra quien nos ha afrentado,y vertido nuestra sangre:sino teneis valor decidlo claro:y si es virtud,dadme la espada a mi,y retiraos à rezar mientras yo os vengo.Con estos , y otros baldones, hizo al marido,q̃ se resolviesse:que una muger enojada , ò cariñosa,harà siempre de un marido quanto quisiere:herẽ cia de la primera muger,que solo cõ un cariño hizo a Adã se despeñasse. Llamando,pues, a quatro esclavos suyos , à quien ofreciò libertad,y gran dinero,mandòles lo que aviã de hacer,en tanto que èl divertia a los que estaban de guar da. Entraron,pues,los esclavos a la Camara delRey,y el mas atrevido le atravesò el puñal por la garganta,y le dexò de gollado,antes que la lengua articulasse quexidos : barbara crueldad, y rigurosa fortuna ! Que a un barbaro como Ho lofernes le deguellẽ en su lecho,tenialo merecida su impie dad,y su rigor.Que a unPrincipe comoIsboseth le maten en su cama,fue compassion,y desdicha;pero q̃ a unRey Chris tiano,y virtuoso le deguellen estando durmiendo,es el caso mas lastimoso,y raro que se ha oido.

Muerto,y tan mal muerto el buen Duso, por ocultarle à los ojos,que a vista de espectaculo tan triste avian de lasti marse, cogieron el cadaver los esclavos(todo de ordẽ de su

dueño) y atravesado en un cavallo lo llevaron a un arroyo, y en medio de su corriente, cabãdo una gran fossa, despues de quitada el agua, le dieron sepultura, y le cubrieron de arena. Esto efectuado, huyeronse los homicidas a otras Islas buscando mayor seguro. Donevaldo, mientras divertia a la guarda del Rey, fraguaba fingimientos para encubrir su maldad. Mas no lo permitiò el Cielo, quizà para escarmiento de traidores, que son imagen de Dios las Magestades, y quiere que se castiguen desacatos contra ellas. Sucedio desta manera; Quando los dos Camareros, digerido el mucho vino, despertaron, y acudieron a ver si llamaba el Rey, se quedaron atonitos, y pasmados viendo que no parecia, y que estaba la cama anegada en sangre. Dando voces, y alaridos salieron del aposento apellidando, traicion. El traidor, y los que con èl estaban acudieron presurosos al ruido, y viendo solo los rastros del fracaso, achacando a la inocencia su delito, arrãcò furioso la espada, y matò a los Camareros, dandolos por matadores del Rey. Traicion sobre traicion, y maldad sobre maldad. Discurriò por toda la Fortaleza, haciendo estremos en señal de dolor, y sentimiento. Por el rastro de la sangre llegò al postigo, por donde los esclavos sacaron al Rey difunto, y hallandole abierto levantò el grito, diciendo, que los Camareros, en quien paraban de noche las llaves del Castillo havian muerto a su Rey, dando puerta a otros traidores. Tanto afectò el traidor estos estremos, que entre los bien entendidos se hizo sospechoso, que aunque un pecho inocente se suele purgar con tales medios, como David en la muerte de Abnèr, nunca en quien està culpado se lucen los dissimulos. La misma conciencia acusa, por mas que la apariencia lo desmienta. Bien lo mostrò el efecto, pues al punto q̃ supo el traidor, q̃ iba el Principe Culeno, yà sucessor de la Corona, a averiguar la maldad, instado de toda Escocia, assi Eclesiasticos, como de Seculares, sin dar parte a su muger desamparò el castillo, y se embarcò a Noruega.

Llego Culeno a Forres tan enfadado quando supo la fuga de Donevaldo, que sin reservar mas que a los Sacerdotes, los passò a cuchillo a todos, que fue expectaculo horrendo. La muger del Alcaide, puesta en el potro, cantò toda la maldad, cargando a si la mayor culpa. Ella, y su marido a quien el mar furioso volviò a lanzar a tierra, y los esclavos,

que fueron pressos en Rosia, fueron castigados atrocissimamente, desollados a azotes, cortadas las cabezas, y puestos por los caminos. Desenterraron al Rey, dandole honroso sepulcro, y luego echò el Sol su luz, que en mas de seis meses escondiò la cara a Escocia; el Cielo estuvo turbado, tristes las Estrellas, el viento confuso, y todo en lobregueces, hasta estar vengado el Rey, y castigada la traicion: que ya q̃ Isboseth tuvo compañero, a quien dormido en su cama mataron desleales, tambien permitiò el Cielo tuviesse un Principe zeloso como David, que le huviesse vengado: que aunque Dios permite las traiciones, quiere tambien los castigos y mas quando tocan a los Reyes, que son imagenes suyas.

CAPITVLO XXIV.

EN QVE SE REFIEREN LOS ENCVENTROS, y batallas, que tuvo David con los Philistèos, hasta dexarlos vencidos.

QUando las once Tribus de Israèl se hallaron sin Cabeza por la muerte lastimosa de su Rey Isboseth, entrarõ en Consejo para vèr lo que harian. La tristeza, las lagrimas, y el luto, acobardaban los mas briosos. La prospera fortuna de David los llamaba àzia su parte. Ponerse en resistencia, lo hallaban impossible: y assi todos uniformes eligieron por mas util darle a David la Corona, y sujetarse à su Imperio. Con esta resolucion salieron de Gabaa los Principales, y Nobles, y aunque en lùgubre aparato, por la muerte de su Principe, descubriendo con señales el gusto, y el placer que los movia. Marcharon, pues, a Hebròn, donde alborozado David, sabiendo ya su intento los recibiò con los brazos, aunque echados a sus pies imploraban su clemẽcia. Los mas avisados le hablaron desta suerte: *Como Vassallos, y subditos que hemos sido siempre de V. Alteza, el tiempo que gobernaba las Armas por Saul nuestro Rey, no tenemos por novedad acogernos a sus plantas, quando es permission Divina, que nos govierne a todos: y pues no puede faltar lo que pro-*

promete el Cielo, y yà ha dado à V. Alteza la Corona merecida, reciba en su proteccion à este Pueblo, que rendido se le postra. No sea solo Judà quien se ufane de tenerle por Rey: Gocen estas once Tribus de la misma dicha: Sea una la Cabeza pues es una la voluntad.

Con mucho cariño, con semblante alegre, con palabras dulces aceptò David la oferta. A cada uno de los Nobles le hizo mil mercedes, a todos en comun los llenò de favores con que no solo el Palacio rebozaba de alegrias, sino toda la Ciudad se llenò de placeres. Chirimias, y clarines publicaban los jubilos, reciprocos abrazos hermanaban volũtades. Sentaron, pues, sus pactos, capitularon sus condiciones, y en solemne junta, y aparato festivo ungieron a David, y le juraron por Rey, siendo tres veces ungido; la primera, por orden de Dios, quando le ungiò Samuèl; la segunda, por el Tribu de Judà, quando muriò Saul: y la tercera en esta ocasion, por todo el Pueblo. Algun vado avian de tener tantas persecuciones, tantos trabajos, tantas cuitas. No ha de pintar siempre azar, por mas que ande enojada una fortuna, si el que se vè perseguido sabe hacerse al sufrimiento, y espera en Dios su despique: consuelo notable para quien le abraza advertido. Quien dixera, quando andaba David acosado de monte en monte, de Reino en Reino, que a pocos cursos del Sol se avia de ver arrastrando la Purpura, y ceñido el laurel de su contrario? Nadie fie en la estabilidad de las grandezas humanas, quando la vemos tan fragil. Nadie desespere de su corta dicha, si la justicia le ampara. El trabajo, la persecucion, la pena, si saben sufrirse, ganan siempre la Corona. El perseguidor injusto, y el que obra mal, no pueden lograrse. O,o a David, y a Saul, y no es menester mas prueba.

Gozado avia David de algunos descansos en su Corte asseada de Hebròn, especialmente desde que su querida Michòl le fue a hacer lado; que aunque las demas mugeres le divertian el gusto, solo su primer amor le llevaba el alma. Seis bellos Infantes le llamaban ya padre, avidos en diversas hermosuras (que siempre David, como hombre de buen gusto, se pagò de buenas caras) en Achinoa tuvo al Principe Amnòn, su primogenito: en la hermosa Abigail tuvo à Cheleab: al bello Absalõ en la Infanta de Gesur, llamada Macha, hija del Rey de Tholemai: en Agith tuvo a Adonias el

que

* Entiendese el Castillo y Fortaleza que estaba en el Monte Sion. Este es el sentir de Rabi Salomòn.

Aunque ganò David, segũ dice el Texto, à Jerusalen de los Jebuseos, se entiende la Fortaleza, y el Alcazar, porque lo demas de la Ciudad todos los arrabales, y cercas ya eran de David y havia sido Corte de Saul como cõsta ex 1. Reg. c. 18 y en nuestra primera parte c. 4. Mira el Abulense in 2. Reg. c. 5. y. 6.

que le ensayò a ser Rey antes de morir su padre, y le costò la vida durarle aquellos animos. En Abital tuvo a Saphacias; en la querida Michol tuvo a Hietran. Con estas caras prendas pedazos todos del alma, quien duda sino no aliviaria David muchos cuidados? Aunque se veia pobre Rey, passabalo cõ gusto quando nadie le inquietaba; pero al punto que se viò tan poderoso, todo Israel a su mando, todas las fuerzas juntas, quiso mostrar que era Rey, y que no se le avia olvidado el pelear. La Ciudad de Jerusalen * le avia agradado mucho y deseaba ganarla, para sentar en ella su Corte. Habitabanla los Jebuseos, que sabiendo los designios de David, lo tomaron a risa, ò fiados, como sienten unos, en ciertos pactos del tiempo de Abrahan, que ninguno de su linage avia de inquietarlos, ò confiados, como quieren otros, en lo fuerte de sus muros, que como en aquella Era no se havian inventado los arietes, ni trabucos, ni menos la artilleria, parecia inexpugnable qualquiera Fortaleza como fue la de Troya y otras semejantes. Assi los Jebuseos, como tenian a Jerusalen con murallas fuertes, hacian burla del designio de David y embiaron a decirle, q̃ con ciegos, y tullidos, que estuviesse en los muros, tenian harto para su defensa. Enfadòse mucho David del menosprecio, y juntando todas sus gentes, y ataca da la Ciudad por todas partes, mandò echar un Vando, que a qualquiera que subiesse primero al muro, le entregaria el Baston de su Milicia. Treinta Campeones valientes, y que cada uno de ellos se señalò en hazañas, le acompañaban el Exercito. Animados con el premio procuraban aventajarse Joab, que era General, temeroso, quizà, de perder la preeminencia, y que otro se la ganasse, se arrojò por las nubes de saetas cubierto con su escudo, arrimò la escala, y trepò por ella. Subieron muchos tras èl animados de su brio. Puestos sobre la muralla hicieron su deber, hasta que quedò por ellos la vitoria, y por Joab el triunfo. Ganaron, pues, el Alcazar de Sion, que era la fortaleza, y pusieronle por nombre la Ciudad de David. Sentò en ella el Rey su Corte, y ampliòla grandemente, ayudandole para ello Hitan, Rey de Tyro, que deseoso de la amistad de David, le embiò Artifices, y materiales los mejores de su Reino.

Mucho turbò a los Philisteos la fama de los progressos de David, y saber, que todo Israel seguia sus Vanderas. Temiẽdo su

su potencia, se coligaron todos, cubriendo de armas el Valle de Raphain. Saliò David al encuentro; pero conociendo las ventajas del enemigo, escusò la batalla, hasta consultar con Dios el medio, que tomaria: buen aviso para qualquier Capitan, quando se mira en aprieto, que es acudir a Dios, implorar sus socorros, llamarle con oraciones, aplacarle con promessas. Con estos medios ganaba el gran Capitã, nuestro insigne Cordobès, grandes victorias. Con esta traza ganò tambien Cortes un nuevo mundo. Assi David, siempre que veia la necessidad, pedia favor al Cielo. Animòle Dios en este lance: dixòle, que peleasse, y que no temiesse. Obediente al mandato, puso su gente en orden, concertò sus Esquadras, y dando la señal de acometer, dierõ tan fuerte carga al enemigo, que a pocas horas le obligaron a que volviesse las espaldas, dexando ricos despojos, y poblada la campaña de millares de difuntos. Llamòle Baalphara el lugar de la batalla, que quiere decir campo de la division, porque tanto se aterraron los Philisteos de algun divino relampago, q̃ atonitos, y confusos se dividieron por diversas partes, arrastrado cada uno de su miedo.

Rabiando de corage como Paganos, corridos de su vencimiento, afrentados de su fuga, bolvieron a encontrarse en la parte misma que la vez primera. El Exercito era mayor, mayor la ossadia, mayor el denuedo. En fin, como quien và a despicarse, que siempre và sobre el caso, y vertiendo mas encono. Como le iba tan bien a David con los consejos de Dios, sin que le amedrantasse la barbara multitud, pidiòle parecer, si le saldria al encuentro, y chocaria con ella? Dixole Dios, que no: esto es, que no le recibiesse a cara descubierta, sino que buscasse ardides, rodeando el monte; y cogiẽdole descuidado por la espalda, diò e la señal de acometer, que seria la voz de un Celestial Clarin, y que advirtiesse en ella, q̃ iba Dios delante. Observò David el orden, y quando pensò estàr con solos sus Soldados, se hallò con Exercitos de Angelicas potestades en su ayuda. Travose la refriega con valiente ossadia. Ensangrentaronse las armas de una, y otra parte, anhelando cada qual por la victoria. Los Philisteos fiaban su esperanza en verse con mayor gentìo; David tenia su seguro en la palabra de Dios. Todos hacian su deber, denodados, y valientes. En medio, pues, de la encarnizada lid, sonò por

las

las cumbres el tropel de nuevas armas, pareciendoles a los Philisteos, que se les descargaba encima un monte de Soldados, q̃ sin verse, hacian brava riza entre su gente. El estrago, y la mortandad confirmaron su sospecha, con que haciendose al temor, comenzaron a desmayarse. Al mismo passo David, y los suyos se revistieron de nuevo valor, y con alegre voceria apretaron mas a la canalla. Temerosos, y cobardes los Paganos aun no acertaban a huir. A qualquier parte, q̃ echaban, encontraban con la muerte; ya juzgaban por menos mal verse vencidos. Considerarse difuntos los traia pasmados: en los arroyos de sangre, que vertian los unos, tropezando en los cadaveres se ahogaban los otros. Aclamòse la victoria por David, con q̃ el enemigo, bien pobre yà de gẽte, comenzò a retirarse à toda prissa. Fueronlos siguiendo hasta la Ciudad de Geter, matando, è hiriendo a tantos, q̃ los cãpos, y caminos se poblaron de difuntos. El lugar de la batalla quedò hecho tumba funesta, y anegada en sangre, con promontorios de cuerpos muertos, que la hacian espantosa.

No ay que encarecer los gozos, y jubilos del Pueblo victorioso, quando ellos mismos se publican. Al passo q̃ fue el aprieto temeroso, y grande, se aumentò la alegria con el vencimiento. Fue esta una de las mayores victorias, que alcanzò David, y en que Dios se le mostrò propicio, embiandole la Angelical Milicia, para q̃ le ayudasse, como lo dà à entender el Texto Sagrado. Recogiẽdo los despojos muchos y ricos, y arrastrando triunfos, marchò a Jerusalen con la mayor grandeza, y aparato, que puede pensarse. Con aquellas alegrias, que alla en su mocedad, quando matò al Gigãte, le recibian los Pueblos, cantandole canciones, y alabanzas con estas mismas le saliò a recibir aora toda su Corte, dandole mil enhorabuenas. Los cortejos de la Reina Michol, y de las otras mugeres (que todas le querian) quedense al silencio que es poco pincel la pluma para declararlos.

Lo primero que hizo David en pago de la victoria, que Dios le avia dado, fue mostrarse agradecido, procurando conducir a Jerusalen el Arca Santa del Señor, que estaba en Gabaa, Corte que fue de Saul. Con treinta mil hombres de los mas escogidos, y de los mas famosos, se partiò David à Cariatarin, y desde alli a Gabaa. Tomaron, pues, el Arca de Casa de Aminadab, adonde estaba, y Oza, y Hayo, sus dos hijos,

jos, poniendola sobre un carro, la acompañaban delãte, sirviẽdo de cocheros. David, y toda su gente formaban procession, y al sòn de mil instrumẽtos iban cantando motetes. En llegando al campo de Nachòr sucediò un portento, que los pasmò a todos. Estendiò Oza la mano para detener el Arca, juzgando, que se torcia, y repentinamente cayò muerto: dicẽ fue castigo, porque aviendo de llevar el Arca en hombros de Sacerdotes, segun lo tenia Dios mandado,* hicieron que un carrò la sirviesse de andas, y tirado de unos bueyes. Este es el comun sentir, y es mui ajustado, porque siendo aquel Arca symbolo, y figura del Soberano Sacramento del Altar, quiso Dios dàr à entender el respeto, y reverencia con que debe servirse, y acatarse. En fin, la muerte repentina de Ozà cubriò à todos de temor. David lo sintiò mucho, y al tanto quedò aturdido. Juzgãdose por indigno de que estuviesse el Arca en su Palacio, mandò, que se llevasse a la Casa de Obedebòn, un Levita, que le acõpañò en Geth quãdo andaba fugitivo. Experimẽtò Obededòn, y toda su Casa mil favores divinos despues que recibiò el Arca, y entendido David de ello, volviò à proseguir su intẽto de colocarla en su Alcazar. Con aparato solemne, cõ muchas danzas, y fiestas, cõ muchas chirimias, y atabales la metio en Jerusalèn, y en su Palacio, dõde la erigiò Templo decente. Mostròse el Rey tan humilde en esta acciõ, que depuesta la Purpura Real, y la Corona, fue cãtando, y dãzando delante del Arca: buen exemplo para q̃ los mas ilustres en la fiesta del Señor, quãdo passea las calles en su dia, depongan la soberbia, y altivez, y tengã por corona servirle de esclavos; pero como nũca la virtud mas heroica se escapa de censura, assi no faltò a David quien le murmurasse. La Reina Michòl se diò por ofendida, y mui pundonorosa le reprehendiò la accion, diciendole ironicamente lo bien que parecia que un Rey de Israèl fuesse descubierto, y hecho truhan delante de sus criadas. Sintiò David la reprehension, y respondiòla enojado: *Vive Dios, Michòl, que he de bailar, y danzar en presencia del Señor, que me ha dado la Corona, quitandosela à tu padre, y à su Casa, y si te parece que por esso pierdo mi lustre, aùn he de humillarme mas, y hacerme mas servicial delante de mi Dueño, que yo confio, que añadirà Coronas à mis triumphos, y me harà mas glorioso delante de mis mugeres, essas à quien por menosprecio las nombrais mis criadas.* Siempre fue la sober-

* 2. Reg. cap. 6.

bervia aborrecida de Dios, como la humildad estimada, y querida; y assi se sintiò mucho de que la Reina Michòl humeasse en altiveces, desestimãdo à su marido por aquella accion humilde con que avia cortejado al Arca Santa, symbolo del Soberano Sacramento. Castigòla, pues, con hacerla estèril, que era harto castigo en aquellas edades, y a las demàs mugeres de David por menospreciarla las hizo mui fecundas, dandolas bellos Infantes, que alegraban, y lucian a toda Jerusalèn.

Aunque no faltò censurador que dexasse de morder à mi Primera parte, (como si aun obras mayores se escapassen de censura) juzgãdo ser contra la autoridad del libro entrometerle versos, y canciones de los Psalmos; con todo, ateniẽdome a doctos pareceres, que me han desengañado, proseguirè aquel corriente en llegando la ocasion, pues no por un desabrido hemos de quitar a muchos el plato de que gustan, pues es curiosidad saber quando, y a que fin compuso, y cantò David algunos Psalmos. Pocos son los que iràn en este Tomo, con que tendrà menos embarazo el mal contento. Esto assi advertido, digo, que David compuso el Psalmo segundo del Psalterio, al aprieto en que se viò en el lance que dexamos dicho, quando coligados todos los Philisteos tiraron a derribarle: con que no admite duda, que dexasse David de ir cantando esta cancion, quando por el placer de aquella famosa victoria iba cantando, y danzando delante del Arca. El assumpto de la letra, la ocasion en que se compuso, el caso de la procession, y sus circunstancias, parece que concuerdan. Explicandole, pues, en metro Castellano, fue su tenor este.

PSALMO QUE COMPUSO DAVID QUANDO viendose ungido por Rey de todo Israèl, se aunaron los Philisteos para destruirle, y èl los dexò vencidos.

s.1 Tex. y Gloss. de algunos Doctores Hebreos.

POR què causa, Señor, por què motivo,
Estos Paganos con sus Pueblos todos,
Haciendo alardes, y juntando gente,
Mueven tal incentivo,
Y braman de corage por mil modos,

Si es quando piensan necedad urgente?
Porque si soi valiente, ...
Y en sombra, y en figura
Tengo de un Christo Dios la investidura,
Por mas que se agavillen los Paganos
Saldràn descalabrados de mis manos.

Quare fremuerunt gentes, &c.

Hagan liga los Reyes de la Tierra,
Y los que el Orbe Satrapas encierra;
Y entrando en sus consejos,
Digan ardiendo en ira los mas viejos:
Rompamos de David los lazos fuertes,
Con que las doce Tribus le hacen bravo,
Que el Dios a quien alabo,
Y en throno de Topacios
Burla, y escarnio harà de sus designios,
Y en batalla sangrienta
Tomarà mi venganza por su cuenta.

Dirumpamus vincula eorum, &c. Qui habitat in Cœlis &c.

Por èl tengo el Bastòn, y el Laurèl ciño,
Y en el Alcazàr de Sion famosa
Tremolan mis Pendones, y Banderas;
La purpura, y arminio
Ciñen al pecho vestidura hermosa,
Sembrada de esmeraldas, y veneras,
Este Dios, y Señor de las Esferas
Como en mi sangre piensa de humanarse,
Honrandome me dixo:
Tu eres, David, mi Hijo,
Engendrado de mi por alto modo,
Que en fin soi Dios, y a Dios possible es todo.

Ego autem constitutus sum Rex ab eo, &c.

Mandòme que pidiesse, y me daria
En el mayor aprieto
Ayudas Celestiales, y valientes,
Y à mis plantas pondria,
Solo por mi respeto,
Las conjuradas, y enemigas gentes:
Con pruebas evidentes
Lo vi todo cumplido,

Dominus dixit ad me, &c.

Pues

Pues el que fue antes Valle a pocos puntos
Quedò hecho monte horrendo de difuntos.

Ea, pues, Reyes, Principes famosos,
Cuyas heroicas sienes
Ciñe el Laurel, y la Corona esmalta,
Los que sois poderosos,
Y abastados de bienes
Ocupais en el mundo esfera alta:
Atended, no hagais falta
En servir a tal Dios agradecidos,
Antes bien temeròsos, y advertidos
Sacrificadle culto, y reverencia
Siempre que os dè aldavadas la conciencia.

Postula à m, & dabo &c Et nunc Reges intelligit, &c.

Tomad la disciplina
Que al Principe mayor no es arma indigna,
Porque si acaso este Señor se enoja,
Con sangre, con dolor, y con congoxa,
Le aplaqueis los rigores
Antes que os niegue airado sus favores:
De este medio ayudados,
Y en su clemencia grande confiados,
Ganareis la Corona de dichosos,
Dandoos el Cielo tymbre de famosos.

Aprehendite disciplina, &c.

CAPITVLO XXV.

EN QUE SE REFIEREN LAS VICTORIAS DE DAVID, Y COMO sujetò a su Imperio à todos sus contrarios.

Ex lib. 2. Reg. cap. 8. Text. y Glos.

QUieto, y pacifico gozaba yà David de su Corona, estimado de los suyos, temido de sus contrarios. La paz combidaba al ocio, y la ociosidad buscaba divertimientos. Con todo David, aunque en lo florido de su edad, obraba con madurez obras famosas: hermoseò su Ciudad con nuevos Edificios: fortaleciò el Alcazar, è hizo una gran de Armerìa. Demàs de esto, para afirmarse mas el Laurèl, contraxo otros matrimonios con hijas de los mas nobles, nu-

nudo apretado, lazo estrecho, para que no se desuniessen los que pudieran a fuer de poderosos. Todo seria añadir leña a los zelos de Michòl, que aun quizà por esto, y aun sin quizà, diò nombres de esclavas a las demàs mugeres, quando reprehendiò al marido el ir hecho danzante en la procession del Arca.* Mas què importa que lo sienta Michol, quando sabe David lo que le importa? Demàs, que siendo Michol tocada de la altivèz, bastabale que sea la señora, la Reina, la mas querida, sin que quiera poner tassà a que busque David sus conveniencias. Si ella es estèril, fuerza es que busque David hijos, que le llamen padre, y que le hagan lado en los aprietos. En suma quietud, pues, en suma felicidad se hallaba nuestro David, quando embidiosos los Paganos, rehechos ya de fuerzas, trataron de inquietarlo. Los Philistèos, en quienes era el enojo mas envejecido, fueron los primeros que comenzaron la guerra, entrandose la tierra adentro con formado campo; mas al punto que David les entendiò los designios, diò al aire sus tafetanes, sacò a campaña sus gentes, y saliòles al encuentro. Diòles la batalla bien sangrienta, y bien reñida, y postròles el orgullo de manera, que no solo los dexò vencidos, sino que no quiso soltar los prisioneros, menos que no se le hiciessen tributarios. Mal de su grado vinieron todos los Satrapas en ello: cosa que hasta entonces no admitiò su rumbo, con q̄ se hizo la victoria de David mas esclarecida, mas nombrada, y mas famosa.

*Lyra in c. 4. l. 2. Reg.

Mientras que David andaba embarazado con los Philistèos, pareciòle al Rey de Moab, que era buena ocasion de hacer alguna suerte (que es proprio de cobardes, apocados, y medrosos, quando vèn divertidas las armas del q̄ temen, guerrearle por un lado, que es como herirle por las espaldas, o acometerle a traicion.) No le diò mucho cuidado a David, antes bien, dexando vencidos a los Philistèos, se entrò por las tierras de Moab, llevandolo todo a fuego, y a sangre. Despicò mui bien su enojo, y vengò su pesadumbre, passandoles a cuchillo las dos partes de la gente. Castigòlos con este rigor, no tanto por aver tomado las armas contra èl; quanto por aver sido este Rey quien barbaro, è impio le degollò a sus padres, quando los dexò baxo su seguro: tragedia que referimos en la Primera Parte. Quedò, pues,

el Moabita tan postrado, y perdido, que huvo de pedir cle-
mencia cruzados los brazos, y ofrecer un grandissimo tribu-
to. Alcanzados estos triunfos, passò David adelante, y en-
tròse por la Syria, ganoso de humillar los brios de Adadecèr,
Rey de Sobà, con cuyo calor le hacian guerra facilmẽte los
demàs Gentiles. A las orillas del Euphrates se diò la batalla
de poder a poder, mostrando cada uno lo que bastaban sus
fuerzas. Bien peleò el Pagano, mas a la valentìa de David
se rendia el mayor brio. Dexòle, en fin, en las manos la vic-
toria, y èl huvo de escaparse a uña de cavallo. Muchos, y ri-
cos fueron los despojos que ganò David en esta batalla: mil
y setecientos Cavallos, y veinte mil Infantes quedaron pri-
sioneros, con que puede rastrearse el tesoro, y la riqueza
que serìa.

Quando sopla la fortuna, es bien no perderle el aire. Aun
en los que juegan se observa esta leccion, que ay dias de ga-
nar, como los ay de perder; y assi los grandes Capitanes, co-
mo Alexandro, y Cesar, nunca en viendo la ocasion la solta-
ban del cabello. Al tanto, pues, David, que no era menos
prudente, considerando que Adadecèr iba mui derrotado, y
que no le avia de ser facil rehacerse tan presto, fue siguiẽdo
su derrota, hasta encerrarle en Damasco: pusole cerco, haciẽ-
do fuertes trincheras; y quando apretado de la necessidad
saliò a batalla, le costò veinte y dos mil hombres, que tendi-
dos en el campo, le hicieron funesta tumba. En fin, el Barba-
ro se rindiò a partido, capitulando condiciones, y haciendo-
se tributario, con que se añadieron a David coronas, y tro-
feos: premios con que le pagaba Dios aver sabido sufrir tan-
tas persecuciones. Marchò a Jerusalèn arrastrãdo triunfos,
ricos todos sus Soldados, los mas con cadenas de oro al cue-
llo, despojos del enemigo. De Beroth, y de Bethèl, Ciuda-
des de la Syria, llevò infinito metal, que sirviò despues a
Salomòn para basas, y columnas de su Templo. Para com-
plemento de estas felicidades, y alegrias, llegò a Jerusalèn
el Principe Joràn, hijo de Thòn, Rey de Emath, embiado
de su padre a darle a David la enhorabuena de aver sujetado
a su dominio al Rey Adadecèr, enemigo suyo, y a ofrecerle
su amistad. Abrazòla David con jùbilos, y mas quando viò,
que se la compraban a fuerza de un presente rico que le em-
biaba aquel Rey de vasos de oro, y plata de inestimable pre-
cio.

cio. Hizòle al Principe muchas mercedes, y con retornos honrosos lo despachò a su padre.

Sola la Provincia de Idumea le quedaba a David por padrasto de su Imperio, como a descendientes de Esau: (q son como hermanos de los Hebreos, que descienden de Jacob) no ay duda, segun la clemencia que usò despues con sus difuntos, sino que de bien a bien procuraria le diessen la obediencia. Como los hallò rebeldes, procurò ajustarlos con las armas. Diòles, pues, campal batalla en el campo de Salinas, que quedò anegado en sangre con diez y ocho mil de ellos, que quedaron muertos. Assegundòles con otra en Gebelèn, y costòles la vida a otros treinta y tres mil. A estragos tan sangrientos se humillò la altivèz, amaynòse el teson, è imploraron clemencia. David la usò en darles a los muertos sepultura, cosa que no avia hecho con los otros barbaros: pusoles guarnicion en todas las Fortalezas, y dexòlos en paz, con que le reconociessen por Señor. Aviendo cō las armas hecho estos honrosos vencimientos; y viendo su Reino en paz, quietas sus Provincias, sujetos sus enemigos, volviò la proa à las cosas del gobierno, y de justicia. Instituyò Consejeros, y Oficiales para las cosas de la paz, y de la guerra, y èl por su persona sentenciaba las causas, sin permitir que otro malograsse las sentencias. Quien le ayudasse queria a mirar los pleitos, mas no quien se hiciesse señor de las causas. Como Padre, y como Rey escuchaba al desvalido, y como Juez, y Señor reprimia al poderoso. Arrastraba de esta suerte volūtades, y afectos, y en aplausos comunes le daban bendiciones. Grato, pues, David, a las mercedes del Cielo, tomò una mañana el harpa, y al sòn de sus bien templadas cuerdas, le cantò à Dios este Psalmo.



PSALM. 107. y 59.

EN HACIMIENTO DE GRACIAS POR LAS VICTORIAS QUE alcanzò David de todos sus contrarios, en especial de los Idumeos.

MI corazon, mi alma, y mis sentidos,
Promptos, y aparejados, y rendidos
Estàn, Dios, y Señor, para alabaros,
Texto, y Glossa. Y gracias muchas daros
Al sòn de mi instrumento,
Dandoos una alma grata en cada acento,
Paratum cor meum, &c. Pues con laureles, triumphos, y victorias,
Me dais, sin merecerlas, tantas glorias.

Con el Psalterio, y Cythara suave,
Al dispertar la mas parlera ave,
Dexarè el Regio lecho,
Exurge Psalterium & Cytara, &c. Y todo al gusto hecho,
Confessarè, Señor, à todo el mundo,
Que sois en lo piadoso sin segundo,
Pues hasta el Cielo, puesto en contingencia,
Usasteis de piedad, y de clemencia.

Quando aquel rebelion tan portentoso
Del Cielo perturbò lo mas hermoso,
Pues bandos encontrados
Se vieron los Espiritus alados,
Y al Cetro, y à las nubes
Expelidos baxaron mil Cherubes,
Vuestra clemencia entonces fue notoria,
Dando al Angel leal perpetua gloria.

Sed, mi Dios, ensalzado
Exaltare super omnes cœlos Deus, &c. Sobre el tropèl de Espiritus alados,
Y sobre quanta hermosa criatura
Ostenta la terrestre arquitectura,
Para que qual Señor Omnipotente,

Li-

Libreis à lo bizarro, y lo valiente
De barbaros ossados, y atrevidos
A los de vos amados, y escogidos.

Salvad, Señor, con mano poderosa
A este Pueblo querido; pues es cosa
Que teneis ofrecida,
Y de Samuèl la tengo bien sabida,
Quando de vos mandado
Me fue à sacar del monte, y del ganado
Para ungirme por Rey; grandeza rara!
Y à quien mi voluntad erigiò Ara.

Salvum fac dextera tua &c.

Yo, pues, por vos me veo victorioso,
Pienso alegre, y gozoso
Repartir, aunque estàn mui bien pagados,
Todo el rico despojo à mis Soldados:
Partirè de Sichèn las heredades,
Y aquel Valle tambien, que ha mil edades,
Que le ha tyranizado el Philistèo,
Despojo vendrà à ser del Pueblo Hebreo.

Lætabor, &c. partibor Sichimam, &c.

La Tribu de Galaad, cuyos Varones
Fueron terror de barbaras Naciones
(Jepthè, y Jair * lo digan)
Con los de Manasès mi campo sigan,
Y Ephrain, y Judà, los mas famosos,
Sean de todo el Reino contrafosos,
Uno azia el Aquilon haga frontera,
Y al Austro el otro sirva de trinchera.

Meus est Galaad, &c.
* Jueces de el Pueblo de Israèl.

La tierra de Moab, en Dios confio
Tenerla siempre en el dominio mio.
La Ciudad de Idumea tan famosa,
Con toda su Provincia velicosa
Aunque veo me cuesta lides tantas,
Yo la harè, que à mis plantas
Humilde la cerviz, y castigada,
Sepa, que es Dios el brazo de mi espada.

Moab olla spei mea, &c.

In Idumeã extendant calseamentum, &c. Quis dedu cetme, &c. Da nobi auxilium, &c.

Quien pudo darme à mi tanta victoria,
Si no es vos, Señor mio? cuya gloria
Confiesso debo lo que soy, y he sido:
Danos ya vuestro auxilio, y ya vencido
Todo el temor, veràse facilmente
El brio que recobra nuestra gente,
Reducidos à polvos los Paganos,
Cobardes ya sin armas, y sin manos.

CAPITULO XXVI.

EN QUE SE REFIERE LA MAYOR persecucion de David, quanto al credito, y al alma, (que fue la guerra de la hermosura à vista de Bersabè) y la muerte del buen Cavallero Urìas.

Ex lib. 2. Regũ, c. 11. Texto, y Glossa.

OTras muchas victorias avia alcanzado David de los Mohabitas, fuera de las que quedan mencionadas, sin que bastasse à impedirlas la ingratitud de los Syrios: que al tanto agavillados, repitierõ sus enconos por sacudir la cerviz del dominio Judayco. A todos los bolviò a domar David, unas veces por medio del Capitan Joab, otras por sì mismo. Ufano, pues, con los triunfos, se quiso dàr al descanso, que es propio de la felicidad hacerse al ocio. Encargòle a Joab todo el Exercito, y dandole orden de que cercasse à Raab, Plaza fuerte de los Amonitas, se quedò en Jerusalèn gozan los deliciosos regalos de su Corte. Un libro entero de moralidades tengo ya escrito, è impresso sobre este capitulo, q̃ le llamo el Rey Penitente, ò David arrepentido (segun le acomodò el titulo el Librero) remito alli a mi Lector, para q̃ mas a la larga se haga capàz de la historia, y advierta los peligros de la ociosidad: Aqui seguirè solamente el rumbo historico, dandole algunos visos de otros sucessos varios, y reduciendo a suma el espacioso cãpo de esta materia. Regalado, pues, y servido como Rey, gozaba David lo dulce de su Corona, ya en el passeo, ya en el sarao, ya en la caza: todos divertimientos, y alivios de la Magestad; y aviendo acaso un dia subido à

à unos miradores a divertir la vista, ò à tomar el fresco, assaltòle un hermoso hechizo, que en los cristales de un baño templaba lo caluroso. Esta era una dama, q̃ dotada de belleza, y agena de que nadie la miraba, (si bien pudiera advertirlo, quando desde su jardin se veiã los balcones de Palacio) se bañaba en una fuente, cõ aquel desahogo que la concedia su seguro, pues aun el cambray desaliñado no le sirviò de embozo para que dexasse el Rey de vèr biẽ a su salvo lo que le brindò el deseo, y apetito, Era la dama hermosa, y sobre pocos años, la ocasion la presentò mas bella, ò mas apetecible. Miròla David atento: era hombre, y aunque le diò sofrenadas lo entendido, dexòse vencer amante: en fin, se enamorò de ella, y sin permitir que la dilaciõ se la llevasse de entre las manos, ò se la quitasse de los ojos, llamò à un Ayuda de Camara, el que le pareciò mas confidente, y mandòle, que con el recato, y secreto debido descendiesse a aquel jardin, y averiguasse, y supiesse quien era aquella muger, ò aquella Venus desnuda, q̃ al modo que la otra en Chipre, mataba de amores a las Magestades. Hizòse la diligẽcia, como para un Rey enamorado, bien hecha, y con brevedad. Fuele respondido, que la dama era Bersabè, principal, è ilustre, muger de Urias Etheo. Harto le pesò à David saber que era casada, porque segun sientẽ bien algunos, à ser libre Bersabè, casàra David con ella, y la pusiera en el numero de las demàs mugeres, como despues lo hizo. Viẽdòse, pues, atajado con el embarazo, abochornado con la pesadumbre, se hizo à los discursos. Verse Rey, y enamorado, le daba rienda al deseo; vèr que Urias era su amigo, y uno de los treinta famosos q̃ le hicieron lado en sus adversidades, le tenia mui a raya. Guerreaba el apetito con alhagos, y deleites; resistia la razon con justas obligaciones: encendiòse la batalla propiamente a sangre, y fuego; el deleite, y la razon comenzaron a embestirse, siendo la palestra el pecho, y la cãpaña el alma: guerra cruel, en quien al passo que enamorado, se halla poderoso, porque poder, y amor chocã ojos cerrados cõtra toda justicia. Assi sucediò en este lance. Harta mengua de David, siẽdo un Rey tan justo! En fin, se dexò llevar de su antojo, sin poder vencerse a sì, quien venciò à tantos. El que derribò Gigantes, diò las armas a un rapàz. Tyrano amor, q̃ aun vendado postra a sus plantas los Reyes! Embiò David por Bersabè: claro està, que seria con ofer-

tas Reales,cō cariños amorosos,ò cō modos mas apretados, para q̄ no se resistiesse. No harian tampoco los terceros mal papel,viendo q̄ un Rey tan grande, no solo les fiaba su credito,sino su gusto, su sossiego, y su quietud. Toda la maquinacion de esta materia se assestaria al Castillo,dōde tenia Urias atesorada su honra. Harta desdicha,que en tan fragil fuerza, como una muger,aya de tener un hombre assegurado su honor! Dura ley de naturaleza,y q̄ no la hayan borrado tantos siglos! En fin,si Bersabè se resistio, ò no, no nos lo declara el Sacro Texto; si bien antes parece q̄ supone, que tuvo facilidad. Hallabase muger moza,ausēte del marido muchos dias, solicitada de un Rey,tres bravos enemigos cōtra la mas cōstāte,y assi se deslizò al alhago,y se negò a lo honrada. Consintiò,pues,Bersabè al gusto de David. Estuvo en Palacio regalada, y querida los dias, ò noches, q̄ le pareciò; no se notaria la ausencia de su casa,hasta q̄ la frequencia de estas visitas,sino le saliò a la cara,se manifestò en el vientre, haciēdo q̄ el embarazo levantasse las basquiñas; pero apenas ella sintiò el preñado, quando diò parte a David, para q̄ previniesse el remedio. No ay sino dos en semejātes casos, ò el bebedizo para el oborto, ò hacer que passe el preñado por del marido. El primero,al passo que cruel, es injusto,y assi aunq̄ era el mas facil,no quiso David aprovecharse de èl: quedese esto para los hombres sin Dios,y para mugeres desesperadas,que homicidas de su sangre,añaden yerros a yerros. Pareciòle , pues , que con el segundo medio se podria reparar aquel fracaso,dando traza de que viniesse Urias a la Corte a verse con su muger, pues con esto, aunq̄ viniesse despues el parto a menos de los nueve meses,podria passar plaza de siete mesino,como passā otros. Resuelto en este arbitrio,le escribiò à Joab, q̄ le embiasse à Urias. Vino el buen Cavallero, si ignorante,no se dice,si algo receloso de su afrenta, parece q̄ se presume del sucesso. Fue mui bien recibido de David: què mucho si le usurpaba el honor? Entrarō en platicas acerca de la guerra (q̄ para este efecto fingiò David le avia llamado) si no fuera mayor la guerra la q̄ le escarbaba el alma. Preguntòle por el estado del sitio de Raab? El modo de las trincheras? Si estaba echado el cordō? Si andaba bien Joab? Si estabā contētos los Soldados? Si avia cuidado en las pagas? Si avia municion , y bastimento? A todo satisfizo Urias con buena

re-

relacion, con que se mostrò David contento, y alborozado; mas como no veìa ya la hora de dàr logro à su designio, dixòle à Urias, y abrazandole quizà (q̄ no escusan las Magestades cariños semejantes con los q̄ tratan por amigos, y mas en estos casos) dixòle, pues, que se fuesse a descansar, que tiempo tendrian de hablar mas de espacio, q̄ no era razon dilatarle mas a su muger el gusto, que tendria de verle, que gozasse de su casa, y se regalasse bien. Bien sabria David (que no era bobo) afectar razones q̄ brindassen a Urias a gozar de los alhagos de Bersabè, quando su hermosura no mereciera el deseo.

Despedido Urìas de con el Rey, quien ay que dude, què en postas de diligencia no partiria a su casa, y con los brazos abiertos no llamaria à gritos de placer a su muger hermosa? Nadie juzgo lo dudaria, sino es saber q̄ Urìas estaba receloso de su afrenta; y aun en tal caso, era ya blasonar de mucha honra no ir siquiera à hacer cargos, y a oìr satisfaciones. Decir (como èl diò despues por escusa) lo hacia de leal, por no parecerle bien, que estando su Capitan en campaña gozasse el de nupcial lecho, no convence; pues aunque su Rey no se lo mandàra (con que ya la absolvia de aquel escrupulo) no era delito, ni aun indecencia, teniendo un Soldado ocasion de vèr a su muger, el verse, y estàr con ella. El Soldado mas camandulo (si ay quien en la Milicia professe recoleccion) no creo, que anduviera tan escrupuloso, y mas con una muger de buena cara. Por lo qual, como ponderè con otras razones en mi Rey Penitente, juzgo tuvo mucho fondo este despego de Urìas, y que le diò mucha causa a David para su arrojo. Vamos al caso: Despedido Urias (como he dicho) de David, en vez de ir a su casa, se quedò a dormir aquella noche en los zaguanes del Palacio, haciẽdoles otros Soldados compañia. Frustrada quedaria la explendida cena, que le enviò David, platos regalados de su mesa; pues claro està; que si Urias no fue a recibirla, que era à quien se endereziba brindarle al amor, no la gustaria tampoco Bersabè de puro apesadumbrada. Quando ya David, al levantarse otro dia, entendiò que estaba logrado su cuidado, y que con la capa de marido se encubria ya su excesso, oyò susurrar por el Palacio a los Pages, y escuderos, el hecho de Urias, loandolo unos por grãde santidad, y murmurãdolo otros por mucho despego. Los bien intencionados lo llamaban virtud, los

mal-

maldicientes lo aclamaban boberìa : unos lo hacian milagro, y otros lo hacian chacota.

Entendiò David las platicas, informòse de lo que era, y quedò harto cuidadoso. Haga alto el entẽdido en este passo, y antes de passar adelante, repare atento en los sobresaltos, confusiones, y recelos en que se hallaria embarazado David al oir la novedad. Quantos discursos haria el entendimiẽto! Quãtas imaginaciones le traeria la memoria! En què batalla de cosas andaria la voluntad dando de ojos! Què passeos no haria por la sala, hablando entre sì, y diciendo: Si sabrà Urìas algo? Si me ha vendido algun Page? Pero no, que si fuera assi, escusàra la venida, ò ya que viniera, en el rostro, ò en las palabras manifestàra señales de su dolor, porque zelos, y agravios mal se dissimulan a vista de quien los dà, ò los causa. Pues si no sabe que su muger le ofende, moza, y hermosa, y sobre tanta ausencia, como no ha ido a verla? Como se estraña de ella? Como se esquiva? Què respeto, ò atencion puede detenerle, quãdo solo el mio, que pudiera obligarle, antes le solicita los cariños? Mysterio ay aqui encerrado, el corazon me lo dice a buelcos, el alma me lo adivina a sustos, la conciencia me acusa, todo me assombra. Vamos, pues, al remedio: Si este sabe su infamia, y que soi quien le he ofendido, no ay duda sino que trata de vẽgarse, y a fuer de hõrado, no quiere comenzar el despique por la muger, (que esso cabe en hõbres de pocas obligaciones) en mi ha de querer primero vengar su enojo. Pero atreverase a la Magestad? A su Rey? A su Señor? Puede ser que sì; porque aunque es delito que no cabe en los leales, la afrenta, y el dolor en un hombre de bien, puede arrastrarle a semejantes delitos. No ha avido muchos, que sin causa, è ingratos, han muerto a sus Reyes? Pues què marabilla serà, q̃ un Caballero ofendido se deslice à este arrojo? No es noble Urìas, y que en mis persecuciones corrimos parejas? No es uno de los treinta que me ciñeron el Laurèl? Pues por què no querrà altivo, a fuerza de su agravio, medir conmigo las armas? Pues si acaso fuere este su designio, serà razon estarme descuidado? Corriendo riesgo mi vida, no serà mejor adelantarme? Aunque yo no fuera Rey, no me lo permite la defensa? No admite esso duda. Pues muera el que contra mi intenta ser desleal, y temerario. Muera Urìas, y salvese mi persona.

Que-

Que andarìa David con todos estos rezelos, que haria todos estos discursos, el mismo sucesso parece que lo dice, sus mismas diligencias parece lo declaran. Atròz es el agravio que se le hace a un marido, ofendiendole con su muger, pues a un Rey tã poderoso le trae desasossegado, inquieto, aturdido, y triste; y aunque a quien bien entiende, bastaba (para revelar a lo menos) aver entendido los despegos de Urias, de no aver ido a su casa, ni visto a su muger despues de tãta ausēcia, con todo quiso David apurar mas el caso, y saber de su boca lo q̄ le avia movido: todo era temer, recelar, y discurrir. Llamãdo, pues, a Urias, y con metal de palabras, que no se le entendiesse ser mas q̄ una curiosidad sēcilla hacerle aquel cargo, (que bien lo dispondria David) le dixo: Decidme, Urias, si es verdad esto q̄ me cuentan, que no aveis dormido esta noche en vuestra casa, ni estado con Bersabè, cosa que de un marido galàn, y de un Soldado puede creerse? Y si ha passado assi, gustarè mucho que me digais la causa. La verdad han dicho a V. Mag. (respondiò Urias) que hiciera mal en negar lo que es notorio: el motivo q̄ tengo, es, que no parece bien estar el Arca de Dios en la campaña, toda la Nobleza de Israèl alojada en pobres tiendas, sujetos a la inclemencia del tiempo los demàs Soldados, mi Capitan Joab del mismo modo, y q̄ yo me estè en mi casa comiendo, y bebiendo regaladamente, y gozando los alhagos de mi muger hermosa: no se compadece esto con los hōbres de mi porte, ni es cosa q̄ lo sufre mi pundonor. Andad de aì, (diria David) que es mucho escrupulo esse para un Soldado y ya q̄ haveis venido por orden mia, holgaos este par de dias en vuestra casa, q̄ es fuerza que lo sienta Bersabè, y que quizà os lo riña. Por vida de V. Mag. (replicò Urias) que no he de hacer tal cosa, por mas que el mundo me llame grossero y el amor poco galàn.

Algo quieto quedò David quando echò de vèr, que era zelo de Religion pundonoroso, y capricho de Soldado aquel recato de Urias; y para convencerle, y que su intencion se lograsse, se aprovechò de un ardid, que fue convidarle aquel dia con su mesa, y darle biē à beber, para que la embriaguèz le arrastrasse à su casa, y Bersabè, pues no era boba, supiesse aprovecharse de la ocasiō. Mas como no valen trazas cōtra disposiciones del Cielo, aū embriagado tuvo Urias discurso para estarse en su tema: ni las delicias de Ceres, ni la abundan-

dan-

dancia de Baco le metieron en amor. Cosa inaudita! Aun la solicitacion de los echadizos de David no bastò, ni pudo llevarle à su casa aquella noche, sino q̃ como la primera la passò entre los Archeros. Enojòse ya David con su suerte, y à la llama de sus enojos se avivaron sus sospechas. Ciego, pues, à la razon, y echando mano del poder, apenas fue de dia, quãdo hecho todo à penas, tomò tinta, y papel, y con mal formadas letras, siendo la colera quien le llevaba la mano, le escriviò à su General aquésta carta.

CARTA DE DAVID CONTRA URIAS.

A mi servicio importa, que pongais à Urìas, que es el portador de esta, en lo mas peligroso de la batalla, donde, sin ser socorrido, acabe la vida. No os digo mas. Dios os guarde. El Rey.

Para un fallo de muerte, y mas quando un Rey sentencia, pocas palabras bastan. Cerrò el Rey la carta, y sellada cõ su Real sello, diòsela a Urìas, y mandò que se partiesse. Pocos casos como este se han visto en el mundo, ser portador de su muerte quien ha servido leal, y fiarse un Rey para cosa tan grave del mismo a quien sentencia. No pudiera David embiar otro mensagero, y darle à Urìas carta abierta, en que le loasse a Joab su proceder honrado? Sus terminos corteses? Su zelo pũdonoroso? Bien pudo, pero quizàs no dexò de hacerlo de ignorante, sino de atrevido; porque carta en que mãdaba matar al mejor Caballero, que tenia en su servicio, no era para fiarla, ni aun de otro Caballero, quãto, y mas de un correo, pues pudo recelar, que quizà curioso la abriesse, ò interessado la mostrasse a otro; y assi, no le pareciò à David podia fiar cosa de tanto peso, sino de un hombre tan leal; y tan atento a su servicio, que venido a la Corte del Exercito, no avia visto a su muger, ni dormido en casa; de suerte, que despachar David la carta con el mismo Urìas, no fue tanto para assegurarle de lo que contenia, quanto por assegurarse èl mismo de lo que alli ordenaba. Fue estremada la cautela, si el Capitan Joab anduviera mas atento, y mas fiel con un Rey, que le fiò su credito. Quien destruyò la opinion de David en este caso, fue su General, porque segun una Glossa, * por excusarse con otros Capitanes del desacierto de dàr la batalla, les mostrò la carta, en que le ordenaba el Rey,

Rey, passesse à Urìas donde acabasse la vida. Pintèmos el como fue.

Llegò Urìas à los Reales, adonde fue mui bien recibido de todos sus amigos, y cōpañeros, y desabrochando el seno, sacò la carta del Rey, y con el debido acatamiento besandola, y poniendola sobre la cabeza, se la diò a su General. Fue Joab a leerla en voz; mas anudandose la lengua a la primera palabra, passò en silēcio los ojos por las pocas lineas, y dissimulando, y fingiendo lo que le pareciò mas a proposito, doblò el papèl, y metiòle en la cartera. Pusose a discurrir cōsigo, lo que un buen discurso puede considerar en este lance. Viendo a Urìas tan buen Caballero, tan leal vassallo, y à quien David debia tantas obligaciones, y vèr que un Rey tan recto como David le trate dàr la muerte, llenabale de cōfusion, y de cuidado. Considerarse executor de la atrocidad, le añadia pena a pena. La razon por una parte le instaba a no obedecer la ordē. La obediēcia por otra le obligaba a ser leal. No saber la causa, que al Rey le movia, le daba confusion: por mas discursos q̄ hacia, no podia rastrear en Urìas el menor defecto q̄ le huviesse ocasionado a tal castigo: solo pudo causarle duda, si allà en la Corte avia andado sobrado, o tenido algun tope con cosas del mismo Rey, (que estos suelē ser lances, que abochornā à una Magestad, y la hacē usar del poder) yà esta curiosidad, yà su misma inquietud le obligò à llamar a Urìas, y cō dissimulo, y rebozo, que le dictò su prudencia, le fue haciēdo mil preguntas, sobre como le avia ido en la Corte? Como le avia recibido el Rey? Què semblante le avia hecho? Què le avia preguntado? En què se avia divertido? Si avia visto a las Damas? Si avia hablado a la Reina? Y otras cosas a este modo. A todo lo qual fue satisfaciendo Urìas con mui buenas razones, ponderādo el agassajo, y cariño con que el Rey le recibiò, la amistad, y la llaneza con que le avia hablado, los favores que le havia hecho la primera noche, enviandole la cena a su casa, y la segunda dandole su mesa; à que èl avia correspondido tan fino, y tan leal, que por darle a entender lo que estimaba el servirle, no quiso ir à su casa, ni vèr a Bersabè, aunque el Rey le hizo instancias para ello, (cosa con que avia assombrado a todo Palacio) y que al mismo tenor no avia hablado, ni visto muger ninguna. Yà de estos despegos maliciò

al-

algo Joab, de si le importaria, ò no al Rey, q̃ no se estrañasse Urias de gozar de los alhagos de su esposa, y si el llamarle, y regalarle avria sido con aquel fin? Que no era bobo Joab para no maliciar, segun las circunstancias, qualquier lance de estos, y mas quando, segun la relacion del mismo Urias, no avia otra cosa de q̃ se pudiesse colegir el enojo del Rey para rigor tan grande. En fin, algo enterado en este recelo, resolviòse en obedecer el mandato del Rey, por mas que le lastimaba la execucion. Juntando los Capitanes, resolviò con ellos ser conveniente acometer a Raab, escalandola sus muros. Huvo al principio grandes contradiciones, pues era el riesgo notorio, a vista de lo fortalecido que estabã los cercados. Aqui fue donde Joab, llamãdo aparte a los mas amigos, les mostrò la carta que avia traido Urias: con que unos encogiendose de hombros, y otros arqueãdo las cejas, y todos hechos a la admiracion, huvieron de convenir con el arbitrio de Joab, aunque tan arriesgado, y peligroso.

Concertado, pues, el dia, y hora del assalto, dispuso Joab los Esquadrones conforme a la disciplina militar, señalando à cada Cabo el puesto, y lugar q̃ havia de obtener. En la parte que cõsiderò mas peligrosa, que era, al parecer, la que miraba a la puerta de la Ciudad, puso un trozo de Soldados valerosos, y à Urias por Cabo de ellos. Recibiò Urias por honra, a fuer de inocente, lo que era zalagarda para su martyrio. Dada, pues, la señal de acometer, se empezò la baterìa con el corage, y brio, que un pundonor arriesgado suele mostrar en tales ocasiones. No cõ menos valor acudieron a la defensa los cercados, unos poblando las murallas, y arrojando desde ellas nublados de saetas, y otros saliendo de la Ciudad como leones hambrientos, bien armados, y valientes. Trabòse la refriega con igual saña, y èncendiòse la lid con crueldad notable, procurando unos, y otros el laurèl de vencedores: segun el puesto, procurò Urias mostrarse merecedor à fuerza de sus hazañas. Denodado, y valeroso se engolfò en el riesgo; y aunque vẽdiò biẽ su vida, encontrò con la muerte en medio del estrago: como honrado, y como noble muriò el buen Caballero, dandole tymbre la fama, que no podran borrar todas las edades. Andaba Joab mui sobre el caso esperando aquel lance solamente; y assi al punto que viò muerto a Urias, y por mil sangrientas bocas despedir el alma

man-

mandò a toda prisa tocar à recoger, y retiròse vencido a sus trincheras.

Sucedido el fracaso, despachò Joab un mensagero a David, que le hiciesse saber lo que passaba. Supusole, segun las advertencias que le diò, que avia sido arbitrio suyo, y no orden del Rey, hacer aquella embestida, porque le advirtiò, que si veìa que el Rey se indignaba al darle la relacion, y que mostrando despecho, culpaba aver assaltado a Raab, le dixesse por remate, que avia muerto tambien Urias Hetheo. Mucho me dà que pensar, y repararàn tambien todos los curiosos, de que un caso tan grave como este le fiasse Joab a un mensagero, aunque fuesse (que si serìa) de los mas calificados. Que fuesse persona a hacer relacion del assalto de la batalla, de los que avian muerto, de los que escaparon heridos, estaba bien; pero que fuesse sabidor la tal persona, que si el Rey se indignasse, serìa medicina para aplacarle el enojo, decir que avia muerto Urias, parece inadvertencia. No fuera mejor contar este requisito en una carta, cerrada con siete sellos, y diciendo para el Rey, al modo q̃ la que traxo Urias? Faltaba acaso en los Reales recado de escrivir, y mas à un General? Pero tengo para mi, q̃ quizà fue esto, y que era ley de buen govierno militar, que nadie tuviesse en el Exercito papel, ni tinta, sino que el que iba a la guerra, hiciesse cuenta que moria para el siglo, sin acordarse de nadie, padres, hijos, ni muger. Y puede colegirse serìa algo de esto, segun el pensar de un Docto, * aunque hablando en otro caso, el qual dice, que los casados que iban a la guerra, les daban a sus mugeres, antes de partirse, libelo de apartamiento, para que libremente pudieran casarse, en teniendo noticia que ellos eran muertos, y que esta separacion de matrimonio se contaba desde el dia que se partian. Luego si à un nudo tan indisoluble como el del matrimonio le deshacia la guerra en aquel modo, contandose ya por muerto el que era casado, negado ya totalmente al cariño de la esposa, què maravilla que no se permitiesse recado de escrivir en los Reales? Adelgace otro mas esta congetura, que yo digo, que fue esta la causa de no escrivir Joab, ò que anduvo menrecato.

* Rabì Salomòn in Gloss. c. 11. l. 2. Reg.

Llegado, pues, el mensagero a Jerusalèn, hizo notoria a David su legacia, si bien pervirtiò en algo el orden de su Ge-

ne-

neral, no esperando que mostrasse el Rey enojo, ò sentimiẽto de la batalla, para acudirle con el reparo de la muerte de Urias, sino que consecutivamente, y aun quizà al principio, se la hizo notoria; y anduvo discreto, porq̃ para què queria vèr primero indignado al Rey, pudiendo desde luego tenerle gustoso? Apenas oyò David q̃ Urias avia muerto en el combate, quando retozàdole en el pecho el alborozo, si bien dissimulandolo con la Magestad, despachò al mensagero consolado, diciendo, que le dixesse a Joab, que no le tuviesse triste aquel sucesso, ni se apesadumbrasse del fracaso, pues ya sabia lo que son fortunas de la guerra, que si unos vencen oy, mañana lloraràn vencidos, que esforzasse à sus Soldados, y les infundiesse brios, para que perseverassen valientes en el cerco hasta rendir la Ciudad.

Apenas el Rey despachò al Legado, quando avisò a Bersabè, que era muerto su marido, no ay duda, sino que sabria David que avia de ser buena nueva para ella, que a no serlo, se la dilatàra. Ibale en ello la vida, y la honra, porque en manifestandose mas el preñado, se probaba el adulterio, y era fuerza morir apedreada. Por librarla de estos riesgos, se abalanzò David al desatino de hacer morir a Urias. Lindamente supo la señora dissimular la alegria, haciendo estremos grãdes, y derramando muchas lagrimas (como lo advierte bien Lyra) q̃ una muger llora quando quiere, y sabe engañar llorando. Cubriòse toda de luto, entapizòse la casa cõ bayetas, arrastrando gerga todos los criados, y en lùgubres demostraciones se hicieron las exequias. En tanto, pues, que duran estos lutos, sera bien que con algunos similes, y exemplos ponderèmos los fracasos, y desdichas, que causan los adulterios, siendo la de Urias pauta para todos.

)(§)(



CA-

CAPITULO XXVII.

EN QUE SE EXPONEN EXEMPLOS de algunos Reyes, que hicieron matar à ſus vaſſallos por gozar de ſus mugeres.

EXEMPLO PRIMERO.

EN guerras mui ſangrientas andaban los Ingleſes, y Saxones por el año de 508. ſiendo Ambroſio Rey de Inglaterra, quando al llegar ſu muerte, que fue à los ſiete años de ſu reinado, ſe vieron en aquel Reino prodigios eſpantoſos. Apareciò una cometa de hechura de un Dragon, que deſpedia de sì llamas encendidas, que embarazaban el aire. En Londres los arboles que eſtaban ſecos, reverdecieron de repente; y los que eſtaban verdes ſe ſecaron. En la Ciudad de Yorca, una fuente, que manaba en medio de la Plaza, echò raudales de ſangre, que bañaron las Plazas, y las Calles. En Cancio ſe oyò reir una criatura en el materno vientre. El gran Maxico Merlin, que vivia entonces, pronoſticò felicidades para el Reino, las que parecian deſdichas. En el paſſar preſto la referida cometa, dixo, que ſignificaba el reinado breve del difunto Rey Ambroſio; y que la forma del coronado Dragon ſignificaba à Utèr, hermano de Ambroſio, que avia de coronarle por Rey; y la ſangre mucha de Yorca, era ſymbolo de la que avia de hacer verter à los Saxones, haciendo en ellos cruel carniceria. Mui alborozado ſe quedò el Infante Utèr con la declaracion de Merlin: los Grandes del Reino al miſmo tenor gozoſos, con que ſin mas dilacion le ciñeron la Corona, y le juraron vaſſallage. Tomò por Armas un Dragon coronado de color azul, por cuyo reſpeto vino à llamarſe deſpues Uterpendragon. Apenas empuñò el Cetro, quando llevado del baticinio, juntò un grueſſo cāpo para romper con los Saxones. Saliòle mal la empreſſa, à cauſa de no ir èl à la jornada, por eſtàr convaleciente, y por fiar el baſtòn à un hombre de pocas obligaciones, porque era ſu fa-

Authores de eſta Hiſtoria. Hector Boecio in hiſtoria Scot. l. 9. Polidoro, l. 3. hiſt. Anglicæ. Pined in Monarc. l. 27. c. 36. §. 1.

familiar. Desacierto que les ha salido a la cara a muchos Reyes, porque se desazona mucho la nobleza de aver de obedecer a un hombre de pocas partes. Sentidos, pues, los Capitanes Ingleses, en especial Glothois, Principe de Cornualla, anduvieron en la batalla tan floxos, q̃ dexandole la victoria al Saxon, que era el Principe Oca, se retiraron vencidos. Fue tan notable esta pèrdida, que le obligò al Rey Inglès venir a medios de paz, y contentarse con qualquier partido.

En este estado se hallaban las cosas de Inglaterra, quando el Rey Uterpendragon, por cortejar a sus Grandes, la noche de Navidad hizo un magestuoso combite en su Palacio de Londres, en que quiso que se hallassen tambien todas las señoras al lado de sus maridos. Cortejo harto peligroso, pues beldades, y en combites, solo pueden servir de hacer tropezar los ojos, y cautivar voluntades. Bien lo mostrò la experiencia, pues la hermosura de la muger de Glothois, que era una linda Dama, y harto honesta, cautivò al Rey de tal modo, que sin poder resistir el amoroso incendio, de que se sintiò abrasarse, se resolviò a pretenderla, y a gozarla. Tendiò las redes, que en casos semejantes suelen servir de anzuelo à un Rey enamorado, que fue solicitar terceros, y valerse de criadas, que manifestassen su designio al dueño de su cuidado. Las dadivas, y el poder todo lo avassallan. No faltaron solicitadores de su gusto: pero hallaron resistencia en el pecho femenil, que se abroquelò a lo noble, y se hizo todo al honor. No fue esta señora tan tierna como nuestra Bersabè, que al primer embite entregò la fuerza a un Rey. Quizà aun por esto la hizo el Cielo dichosa, pues el hijo que pariò, que fue el bastardo Arthur, vino a succeder en la Corona, al modo q̃ Salomòn, hijo de Bersabè, succediò en la de Judèa. Resistiòse, al parecer, la valerosa hembra, y temerosa que sus fuerzas no bastassen para un poder Real, lo hizo entender à su marido, ya fuesse diciendoselo a boca, ya dando traza que se hiciesse sabidor; que ay cosas tales, en q̃ aun no le està bien a una muger decirle a su marido que la solicitan, y mas quando el pretendiente es señor soberano; y assi es mucho mejor disponer modo con que el marido lo entienda, sin que los labios lo digan, ni lo pronuncien.

Advertido, pues, Glothois de lo que passaba, abrazò por re-

remedio mas suave huirse de la ocasion, y del peligro; y assi sin dàr parte al Rey, ni despedirse, con el secreto que pudo, levantò su casa, y caminò a sus Estados. Picòse tanto el Rey de la accion, si bien la ausēcia de la hermosura le picaba mas, que dandose por mui ofendido, arrancò a largas jornadas en su seguimiento con toda la gente de guerra q̄ pudo juntar la prisa. Ayudòle a medida de su gusto la fortuna, pues aviendole alcanzado, le quitò a la muger, que era lo que queria. Sossegò su enojo a vista de la beldad, y tāto la solicitò amante, tanto la agassajò rendido, que la atrajo a su gusto, hasta hacerse dueño de ella. Triunfò en fin de la que blasonò de constante, y a pocos meses se sintiò preñada. Diòle al Rey algun cuidado, bien como a nuestro David, temiēdo los rigores de un marido ofendido; y asi, por quitarse de acuestas tal padrasto, procurò con mas esfuerzos traer a su poder a Glothois. Acorralòle en una fortaleza, y apretò el cerco de modo, q̄ tuvo por medio el Principe infeliz ponerse en sus manos. Pusole el Rey en prisiones, y hizole causa, acumulādole aver sido traidor, quando en la primer batalla no quiso pelear, y huyò del Exercito: achaques todos para echar capa a la causa de su amor, q̄ le movia. En fin, con esta informacion buena, ò mala, le sentenciò a degollar, para poder sin zozobra gozar de sus amores. No piensen que es David solo quien usò de este rigor, que tambien Reyes Christianos le han seguido las huellas. Al modo que el buen Urias, aunque con mas afrenta, acabò el Principe de Cornualla, sirviēdole de causa, y de delito tener muger hermosa: para q̄ estè advertido qualquier hombre prudente, q̄ goza de esta dicha, del riesgo, y de la pension que està sobre su cabeza amenazada.

EXEMPLO SEGUNDO.

POR los años de 959. comenzò a reinar en Inglaterra Edgaro, padre que fue de Ednareo, uno de los mejores Reyes que tuvo aquella Isla, y à quien todas las historias llaman santo. Fue Edgaro tambien buen Rey, pues aunque tuvo sus desmanes, supo como otro David curarlos con penitencias. Viudo se hallaba de la Reina Elfreda, que fue la que pariò al Principe Eduardo, quando por hallarse mozo, quiso bolver a casarse. Tuvo noticias de Alfreda, hija del

Authores de esta Historia. Polid. in historia Angel. l. 6. Pined. in Monar. l. 18. c. 12. §. 1.

Duque de Cornualla, cuya beldad, y hermosura a voces de la fama campaba por toda Europa. Enamoròse el Rey de solo oìrla alabar, è incitòle el deseo, asi era como se la pintaban, procurarla por muger. Descubriò su pecho a un Caballero mui amigo suyo llamado Etelvoldo, y mandòle, que con todo secreto, en son de que iba a otra cosa, fuesse a Cornualla, y viesse a la hermosa Afreda, y le desengañasse, si correspondia el original a la pintura, y si era tan divina como aclamaba la fama. Partiòse, pues, Etelvoldo a la Corte del Duque, fingiendo el achaque, que le previno su industria, y hallando el agasajo, y hospedage debido a su persona, fue haciẽdo la inquisicion, que le mandaba el cuidado. Viò mui a su salvo à Alfreda, hablòla, y visitòla muchas veces, con la decencia, y recato debido a tan gran señora, dandole esta licencia los privilegios de huesped, y de Valido del Rey. Pareciòle a Etelvoldo tan hermosa, captivòse tãto al verla, que herido de sus amores, ya no procuraba dàr avisos al Rey, que le enamorassen, sino buscar remedios, que le divirtiessen. Quiso en fin curar antes su dolencia, que ser tercero del Rey, alabandole la dama. No anduvo leal en esto, y asi les saliò à los rostros, como verèmos despues.

Aviendo Etelvoldo dado muestras a Alfreda de su aficion, y ella que no era mui dura, mostrandose agradecida, haciendo al despedirse aquellos estremos, que dos que se miran bien, dàn a los ojos. Despedido del Duque, se volviò a Londres a darle cuenta a su Rey de la embaxada. Hizòle un informe, como de quien quiere para sì la joya, que otro codicia. Entròse, pues, con el Rey allà al secreto, y con el disimulo q̃ queria el caso, y con el desahogo, y despego de quien trata de engañar, le dixo al Rey, que siempre fama, y mas en engrandecer bellezas. pone mucho de su casa, haciendo con exageraciones, que se represente a la idèa beldad divina, la que desmenuzada, y vista sin passion, àpenas es hermosa; y que asi la hija del Duque, la celebrada Alfreda era bonita asi, asi, y no mostruo de belleza, como lo hacian, q̃ avia en Inglaterra damas, y señoras con tantas mas ventajas, y con mas lindos aliños de que poder echar mano: que à aver èl de escoger, quedàra desempeñado: que su Magestad lo mirasse bien, y que para hacer Reina, avia en Londres hartas hermosuras. Con estas, y semejãtes palabras supo

Etelvoldo disuadir al Rey, y hacer su negocio de tal manera, q le quedò Edgaro tan elado en el amor, como sino huviera oido nunca la fama de tal dama. Cosa mui contigente en los que se enamoran de oidas, pues vence siempre el informe de quien se tiene mayor satisfacion, y confianza.

Aviendose, pues, passado algun tiempo, y pareciendole à Etelvoldo, que ya el Rey de todo punto avia borrado de la idea las memorias de Alfreda, prevenido de la maña necessaria al intento, y esperando ocasion oportuna, le pidiò al Rey por merced, le diesse licencia para demandar al Duque por esposa a su hija Alfreda, pues para èl, y para muger propia le bastaba lo hermoso, que le avia parecido: demàs, que por lo calificado de su casa le estaba mui à cuento. Muchas veces llevo repetido en mis escritos, que es mui facil de engañar un pecho noble; y asi no repare el malicioso en la bōdad de este Rey, sobre no espinarse, de q̄ su Valido pretendiesse para si la misma muger, que para en quanto a èl havia desdeñado, porque como el Rey procedia sincero, y se confiaba como de un amigo, mal podia maliciar la doblèz, y la cautela, y mas quando la protesion llevaba el rebozo de las otras conveniēcias de ser Alfreda hija de un tan gran Duque como el de Cornualla. El mas discursivo juzgara en este caso, que era el interès, y la grandeza lo q̄ obligaba a Etelvoldo, y no la hermosura de la contrayēte. Engañado, pues, el Rey a lo de noble, vino mui bien en que casasse su amigo con Alfreda, y para ello interpuso con el Duque su autoridad, su gusto, y aun su mandato. Vino bien el Duque en el casamiento, por mas q̄ le punzaba la desigualdad del nobio; mas las creces de un Privado siempre suplen mucho de grādeza. Ajustaronse, en fin, los desposorios, y celebraronse las bodas en Cornualla, con la ostentacion debida. Alfreda, que como se veia hermosa, no le pesaba q̄ todos la vieran, mostrose ansiosa por ir a la Corte, pareciendole quizà, que con su belleza avia de ser la que arrastrasse admiraciones comunes. Llevòla, pues, su marido no con intencion que hiciesse aquellos alardes, antes si previniendola recatos; pero ella con la libertad de casada, con el imperio de señora, y con la confianza de querida, guardò mal las liciones de recatarse de ser vista. Tornò a avivarse la fama de su hermosura, hasta llegar à los oidos del Rey, el qual con nuevos de-

seos procurò hacer experiencia, y vèr por sus mismos ojos si era Alfreda tã hermosa. Dixòselo a Etelvoldo cõ aquella llaneza q̃ suele un Rey a Privado. Quedòse Etelvoldo turbado, y confuso, adivinando los riesgos, que se le amenazabã de su sola pado engaño. Disimulò su pena a lo posible, y vẽdosea su muger, procurò con caricias, que ella le desempeñasse, diciendola los deseos del Rey, y el peligro, que le corria de hacerle mẽtiroso, y que seria el remedio de entrambos ir ella a la presencia del Rey lo mas desaliñada, y cõ los menos asseos que pudiesse. No ay muger, que no quiera ser tenida por hermosa, aunque no lo sea. Miren, pues, siendo Alfreda tãto, como querria parecer fea a vista de un Rey? En vez de disimulos, se compuso cõ mas asseos, quando fue a las vistas, dexando al Rey tan embelesado, tan cautivo, y tan muerto por su amor, que en el pecho, y en rostro se viò al punto la dolẽcia.

No ay materia ninguna en que no sienta un Rey, que le traten con engaño. En materias, pues, de amor, y en aquellas cosas, que la voluntad codicia, què dolor, y sentimiento avrà que se iguale, y mas quando la burla nace de un amigo? Sentido, pues, Edgaro de vèr que su Valido le huviesse tratado con doblez, y buscado para sì la dama, q̃ èl avia pretendido, procurò despicarse à ley de poderoso. El amor q̃ avia cobrado à Alfreda, le avivaba la pesadumbre, y le incitaba à qualquier demasìa. Vèr que èl la avia querido primero para su muger, le quitaba escrupulos, y le daba esfuersos. Verse Rey, y enamorado, arrastraba à todo lance. En fin, despues de discursos muchos, ciego a la razon, y atento à su apetito, se resolviò à gozar à Alfreda, y darla su Corona. La señora, que al modo q̃ Bersabè, no debiò de hacerse mucho de rogar, tuvo por buen partido hallarse Reina, por mas que las obligaciones de un marido lo contradixessen. Con todo, temiò el Rey, al modo que David, embarazarse con aquel padrasto delante; y asì, por mas que la razon se lo reñia, diò traza con que matar à Etelvoldo, y gozar à Alfreda libre. Executòse el rigor con la lastima comun de los q̃ llegaron a entender la causa. Muerto asì el marido, se desposò el Rey con Alfreda, sin darla lugar a lagrimas, y lutos; si bien suelen servir de gala en quien ha sido traidora, y llora fingida. El Santo Dustano, Arzobispo de Londres, no obstante q̃ le debia al Rey averle dado aquella Mitra, y revocadole del destierro

en

en q̃ le tuvo el Rey Eduino su antecessor, quando entendiò la maldad, y juntamente otros excessos sacrilegos, movido del zelo Pastoral, se fue al Rey, y le reprehendiò con tanta severidad, que el Rey compungido se le echò a los pies, y le pidiò penitencia. Diòsela el Santo, mandandole, que en siete años no se pusiesse Corona, y q̃ ayunasse dos dias cada semana, è hiciesse muchas limosnas. Supo este Rey, ya que imitò a nuestro David en el pecado, y delito de matar al vassallo por gozar a la muger, imitarle tambien en la penitencia, con que diò exemplo notable, y acabò feliz su vida.

CAPITULO XXVIII.

DE ALGUNAS SEÑORAS, QUE *por ser livianas, al modo que Bersabè, fueron causa que muriessen sus maridos.*

EXEMPLO PRIMERO.

MUI poderoso se hallaba el Rey Albonio, quando con sus Lombardos entrò en Italia, en tiempo del Emperador Justino, por el año de quinientos y setenta y dos del Nacimiento de Christo. Baxo desde Ungria, llamado del Capitan Narses, que por despicarse de la afrenta, que le avia hecho la Emperatriz Sophia, que era la que mandaba el Imperio, le hizo brindis con la Italia, bien assi como el Conde Don Julian, quando por despicar la afrenta del Rey Rodrigo, traxo à España al Africano. Avia Albonio, quando gano a Milan, que hizo Corte suya, y Cabeza de aquella Corona, casado segunda vez con Rosimunda, hija de Comũdo, Rey de los Gepidas, a quien venciò, y matò en batalla campàl. La hermosura de esta Infanta se hizo tanto lugar en su pecho, que apenas se viò viudo de Glothosinda, hija de Clotario, Rey Francès, quando se desposò con ella, y la puso su Corona. Tuvo este Rey un gusto el mas estremado, y barbaro, que aun entre Araucos crueles puede hallarse escrito; y es, que traia consigo la calabera del Rey Comundo, padre de Rosimunda, y mui engastada en oro, para beber

Authores de esta Historia. S. Anton. 2p tit. 11 c. 6. § 1. Christ Masseus, l. 13. in Chron. Sigibia Chronic. Pau. Emi. l. 1. Joan. Mag. l. 8. c. 19 Hi. in Monar. 3. p. l. 17. c. 2.

con ella en las solemnidades mas festivas. Sucediò, pues, q̃ hallandose en Verona celebrando con sus Grandes un magestuoso combite, en que tambien assistia la Reina, tomò su estimada copa, que era el casco de su suegro, y enemigo, y dixola a su muger, brindandola que bebiesse: *Toma Rosimunda, y bebe con esta taza, que con tu padre bebes.* Bebiò la Reina, echandolo en risa, y juego, aunque sentida en el alma de la afrenta, que son pesadas burlas para un hijo, refrescarle en passatiempo heridas, y desprecios de su padre. Bien cara le costò la chanza a Alboino, pues desde alli comenzò Rosimunda de picada a prevenir un despique, que le afrentasse, y doliesse; fue desta manera: Sabia Rosimunda, que con una de sus damas tenia sus tratos, y amistades un mancebo gallardo, llamado Peredèo, en quien Adonis depositò lo galàn, y Marte la valentìa. Este andaba en el Exercito, ocupado el puesto que merecian sus armas, y los dias, y las horas que le daba lugar la ocasion, iba de rebozo a visitar à su dama. Aficionòse, pues, la Reina a este Soldado, y pareciendole a proposito para su resolucion, esperò que el Rey estuviesse ausente, y una noche, la que le pareciò mas oportuna, hizo con la traza, y dissimulo, que la advirtiò su industria, y su cuidado, q̃ durmiesse la dama en otra pieza, y ella se fue a su cama, y con los terceros, que mediaban aquella amistad, hizo recado à Peredèo de parte de su dama, que fuesse a verla. Fue pues el mancebo con la llaneza que solia, y quando pensò hallarse con su antiguo amor, se hallò en brazos de la Reina. Tanto como la Magestad le turbò el arrojo! Tanto como la dicha le embarazò el cuidado! pero la desemboltura de Rosimunda le infundiò brios, y le quitò los temores. Amorosa, y vengativa le ofreciò, que casaria con èl, con que tuviesse valor para ayudarla a matar à su marido. Quien de un pecho femenil presumiera tal rigor! Quien imaginara de una Reina tal maldad!

Atonito, y confusso escuchaba Peredèo los preceptos rigurosos de Rosimunda: verse tan obligado le obligaba a obedecerla: considerarse traidor, le hacia volver atràs: una Reina enamorada le torcia a darle gusto: un Rey inocente le mandaba ser leal: de aqui le tiraba la razon, y de allà le arrastraba el apetito. Pudo en fin mas con èl una hermosura con ruegos, q̃ una lealtad con obligaciones; dixole resuelto à

à Rosimunda, q̃ haria en su servicio quãto le ordenasse, arriesgando honor, y vida. Desleales, pues, y adulteros, siendo la cama sala infame del acuerdo, dispusieron, y trazarõ darle al Rey la muerte: Atrocidad notable! no solo quitarle a un Rey el honor, sino acabarle la vida! Cõsuelese el buen Urias si admiten consuelo desdichas semejantes, de q̃ ay Reyes tãbien, que afrentados, y mal muertos le acompañan en la tũba. Vino el Rey de su viage, hallò en la Reina los alhagos que solia, y como ignoraba el veneno, bebia en taza dorada cariños de una hermosura. Quando mas asegurado gozaba una noche del mullido lecho, entrò el adultero por la puerta secreta, que le estaba prevenida, y al tiempo que Rosimũda hizo la seña que tenian concertada, llegòse a èl con el azero desnudo, y embainòsele en el pecho, hasta q̃ por muchas bocas le hizo despedir el alma. Este fue el desastrado fin del Rey mas valeroso que tuvo Lombardia: esta la causa de su muerte, este el matador. Ojo al elegir mugeres, pues no solo son la llave de la honra, si no tambien de la vida.

Verdaderamente ay casos, en que no permite el Cielo, que las maldades se logren, quizà para que a muchos compunjan los escarmientos. Cometida la maldad, que dexamos dicha, sin que el pavor entorpeciesse las manos, ni embarazasse los pies, guardaron la Reina, y su galan la mas parte del tesoro, joyas, y riquezas que avia en el Palacio, cargaron con todo, y marcharon presurosos a Rabena, donde tenia assiento Longino, General, y Governador de la Provincia de Italia, por el Emperador Justino. Alli se abrigaron del, y hallaron buena acogida; tanto por las buenas partes de la Reina Rosimunda, quanto por las buenas nuevas de la muerte de Alboino, gran padrasto del Imperio. Casaronse alli los dos, por cumplir Rosimunda la palabra que havia ofrecido; y como la muger que una vez se desliza, por mas Reina que sea, nunca dexa de tener malos respetos: viendose Rosimunda mirar con algun cuidado del Capitã Imperial, y no pesandola dello, pareciòle, que si se hallara libre, quizà la querria por muger, con que vendria à recuperar su pundonor antiguo. Cabando en esta imaginacion, y haciendo discursos, vino a resolverse en matar a Peredeo. Desdichados maridos al lado de tal muger! Solo de sì misma quiso fiar el caso, valiẽdose de ũ veneno. Aguardò, pues, la ocasiõ de estar

un

un dia sentados a la mesa, y al pedir Peredèo la bebida, ella le alargò la taza en que tenia preparada la ponzoña. Tomòla el infeliz, y al medio del beber, sintiendose mortal, y recelando la traicion, apartò el vaso de la boca, è hizole por fuerza a Rosimunda bebiesse lo que quedaba. Imitò, aunque tarde, a nuestro Conde Garci-Fernandez de Castilla, quando le obligò a su madre Doña Sancha, que bebiesse la bebida que le daba, en q̃ iba embuelta la muerte. Partieron, pues, entre los dos, aunque no como buenos casados, la taza del veneno, con q̃ aquel mismo dia quedarõ muertos entrambos; justo castigo del delito cometido, y exemplo notable para sacar escarmiẽtos. Nadie agravie el nupcial lecho, ni de muger agena busque gustos, pues tal vez la adultera misma, q le alhagò aficionada, vendrà à ser su cuchillo, su perdicion, y muerte.

EXEMPLO SEGUNDO.

Authores de esta Historia. Joã. Mag. l. 8. Saxo Gramatic in Histo. Dan. l. 8. Pined. in Monac. l. 3. c. 10.

EN muchas guerras, y debates avian andado los Godos, y los Danos, sobre el derecho de la Provincia de Esconingia, quando la muerte de Sivaldo, Rey de Dania, fue la que echò el montante para el comun sossiego; pero como le sucediesse en la Corona su hijo Esnio, procurò con maña adquirir lo q̃ no avia podido alcanzar la fuerza, y era pretender por muger a la Princesa de Gothia, hija del Rey Holstano. Embiò para el caso sus Embaxadores; y à lo que se presume, hizo alarde de galan, gastando joyas, y galas, para que la doncella conociesse su aficion, y voluntad, de que no dexò ella de darse por pagada, segun lo que sucediò. El Godo, que era malicioso, al passo que caprichudo, calòle al Dano la intencion; de q̃ no le movia tanto amor, como interes, y despidiò a los Embaxadores con algun desaire, mostrandose desabrido, y enojado. Bolviò el Rey Esnio segunda vez à su demanda, dando, claro està, muchas satisfaciones, de que era su intento emparentar en Gothia, y realzar sus timbres, solo con tener a Holstano por padre, y por muger a su hija. En lugar de admitir Holstano estos comedimientos, se hizo mas à lo ofendido, y usò de una crueldad notable, que fue ahorcar a los Embaxadores, contra todo el Derecho de las Gentes; y para mas venganza, casò luego à la Princesa con Biornion, Rey de los Suecos.

No puede ponderarse lo agraviado, y sentido, que quedò el Rey de Dania, assi del desafuero con sus Embaxadores, como de la befa de aver casado cō otro à la Infanta pretēdida. Bufando de corage juntò un gruesso cāpo, y entròse por Esconingia; y aviendo muerto à Eschilo, q̄ estaba por Governador de ella, la sujetò a su poder, con q̄ despicò la mas parte de su enojo. Muriò el Rey Godo en esta sazon, y dexòle a su yerno Biornion el Reino de Gothia, con q̄ bolvieron a unirse aquellas dos Coronas. Ya fuesse por acabar de despicarse el Rey Esnio, ya por estàr enamorado de la hija del Holstano, Reina ya de Gothia, y de Suecia, tratò de solicitarla, manifestarla su amor: que hasta un Rey, si està ofendido, se arroja à medios infames. Comunicò sus designios con un su amigo, hombre mañoso, y astuto; y con disfràz de mendigo, le despachò a Suecia, para q̄ hiciesse sus poderios para hablar à la Reina sobre el caso. Fue, pues, el infame tercero; y conociendo en aquella Corte alguna gente de Dania, y q̄ tenia oficios en Palacio, introduxose con ellos, y les pidiò por favor, le pusiessen en parte donde pudiesse hablar à la Reina, y pedirla alguna limosna. Sus compatriotas juzgaron q̄ era traza, y negociacion de pobres, q̄ siempre procuran ser hasta con los Reyes porfiados, y assi le pusierō al passo de un passadizo estrecho por dōde solia pasar la Reina à la Capilla. Puesto, pues, alli el disfrazado mendigo, al ir à passar la Reina, comenzò en alta voz a demandarle limosna; mas al passar junto à èl, dixola con secreto, *que el Rey Esnio su Señor moria por sus amores, y estaba adorando en ella*. Passò la Reina adelante, dando con la vista no mala acogida al recado amoroso. Advirtiò el tercero en ello, y aguardò en el mismo puesto à que tornasse a passar, y en viendola, comenzò como antes à pedir limosna en tono levantado. Diòle la q̄ èl pedia; y fue, que al emparejar con èl, le dixo: *Yo amo à quien bien me quiere*. Con alborozo recibiò el mendigo la respuesta, abrigandola en el alma, y haciendo la accion con el sombrero, como que recibia qual q̄ diamante, ù doblon. O fragilidad de mugeres, pues sin freno lo ilustre de la sangre, tan facilmente os rendis! Infelices los maridos a quien cupisteis por suerte!

Quan gustoso, y contento bolveria a Dania el cauteloso mendigo, no ay que decirlo: pidiendo muchas albricias, llegò a los pies de su Rey, q̄ no andaria escaso en galardonar

una

una negociacion tan de su gusto. Juntando, pues, Esnio los hombres de valor, de quien le parecio fiarse, divididos en tropas, y todos disfrazados, passò a tierra de Suecia: Llegò al Palacio, ò Quinta, donde la Reina entendida ya de sus desig- nios, estaba apercebida con mucha parte de los tesoros Rea- les: fingiendo, pues, una tarde salir a bañarse al Rio, diò en la zelada el Rey Dano, que como Paris a Elena, la robò ena- morado, y atrevido. Cargando cō ella, y con el tesoro se bol- viò a su Reino, dexando a Suecia, y à Gothia afrētados de la infamia: no de otra suerte se armò Grecia contra Troya, co- mo los Godos, y Suecos contra el Dano. No con menos brios que Menelao, saliò Biornion à campaña a vengar su afrenta: juntando todas sus fuerzas marchò a Dania, donde Esnio, no menos apercebido, le saliò al encuentro. Guerrea- ronse crueles una, y muchas veces, ya venciendo los unos, ya los otros, durando la guerra largos años, y costando à los tres Reinos infinitas vidas, hasta quedar destruidos, y asso- lados; pero en fin pudo mas la porfia de quien estaba ofēdi- do, y a fuerza de batallas venciò Biornion a Esnio, quitādo- le la vida, y dexando a Dania mas tributaria, y pechera, que quedò la antigua Erigia en poder del Griego. Cobrò por una su muger, la causadora de tantos males; y en lugar de ser hō- bre de bien, y labar en su sangre las mãchas de su afrēta, para q̄ con su castigo aprendiessen las de menos obligaciones à ser fieles, y leales, en lugar de hacer esto, se hizo como Menelao à la ternura, y amainò todo lo bravo al verla hermosa. O mal ayan los hombres a quien en esta parte vence la piedad, q̄ no es sino soberbia, pues motivan con esso à q̄ quede el delito sin castigo! Bueno sea, q̄ aya una Reina adultera ocasionado la perdicion de dos Reinos, y q̄ aya sido la causa principal su buena cara, y talle, y q̄ por esso mismo la perdonen, quando por esso mismo la avian de castigar, y hacerla mil martirios. Y assi, no me espanto q̄ à maridos tan tiernos se atrevan sus mugeres à hacerlos bien sufridos, pues quizà, y aun sin quizà, si vieran esta, y semejantes Reinas, que eran ellos los que de- bian ser celadores de su honor, no se arrojarà ellas a la ruin- dad, por mas que les picasse la aficion agena. Hombre, que puede sufrir bolver à hablar con muger, que le ha afrenta- do, bien merece, que de ante mano le afrenten. Quien con vèr una buena cara desenoja estos desaires, conocido está

està sin duda de su muger de que podrà sufrirlos. En fin, mal casado acabò tambien Biornion su vida. Sucediòle su hijo Rabaldo; y por acabar el despique de la afrenta que le hizo à su Padre el Rey Dano, hizo en aquel Reino crueldades espãtosas, y afrentas nunca oìdas, hasta dàr permisso, que qualquiera Godo, ò Sueco pudiesse deshonrar a casadas, y doncellas de los Danos. Todas estas desdichas grangeò el Rey Esnio a su Corona, por ser adultero, y querer para sì la muger agena. Hartos males, como verèmos despues, le sucedieron tambien a nuestro David por el mismo caso. Ojalà que estos recuerdos a la vista sean sofrenada de los que quieren dàr rienda a su apetito.

CAPITVLO XXIX.

EN QUE SE MENCIONA EL AVISO QUE diò el Cielo à David de su pecado, y lo arrepentido, y penitente que se mostrò por ello.

DExèmos a Bersabè mui enlutada, si bien entre las bien aliñadas tocas de viuda no dexaba de descubrir las bizarrìas de hermosa. Passado, pues, el tiempo, que, segun las leyes de aquella Era, estaba determinado para llorar a un marido, y arrastrar luto por èl, quiso David manifestar con demostraciones publicas el amor que la tenia, coronandola por Reina con hacerla su muger. Con aparato Real, con magestuosa pompa la llevò a su Palacio, y pusola su quarto a parte, como a las demàs mugeres suyas. Con mucha razon pintaron siempre los antiguos ciego al Amor, pues a un hombre tan avisado como David le cegò su aficion tanto, que no echò de vèr, que era dàr motivo al vulgo a que juzgassen ciertas las sospechas, que ya se andaban rugiendo por la Corte; que aunque el galantèo avia sido secreto a su parecer, no lo avia sido tanto, que dexassen de saberlo criados, y criadas, y otros muchos terceros. En fin, quando David pensaba que nada se sabia, estaba toda Jerusalèn

2. Reg. c. 11. & 12. Texto, y Glos.

salen ardiendose en sediciones. En corros, plazas, y calles no se hablaba de otra cosa. La muerte de Urìas, y el ponerle en el aprieto, llevar la carta el mismo, manifestaban la causa, viendo à Bersabè tan querida del Rey, y puesta en tāta altura. El parto luego de un Infante hermoso avivò mas la voz, y publicò el delito; con poco discurrir atinò cada uno al blāco de la tragedia. Blasfemaba de David el desbocado vulgo, (q̄ de este modo de hablar usa la Escritura,*) y los de malas lenguas escupian contra el Cielo, porque les avia dado por Rey à quien se dexaba ya mui atras a Saùl en los excessos. Desdicha notable, q̄ ocasione el pecado de un Rey à q̄ se quexen al Cielo sus vassallos! Lastima mucha, q̄ estè David descuidado, sin q̄ se le atreva nadie a decir lo q̄ se dice! Ni deudo, ni amigo, ni grande, ni pequeño ossan chistar. Es materia mui vidriosa, no me espanto: q̄ decirle a una Magestad en su cara, q̄ es un delinquente, un adultero, un homicida, turba al mas ossado, y enmudece al mas valiente: a las espaldas todos hablan, y bravean, cada uno dice lo q̄ se le antoja; pero donde el Rey lo oiga, nadie chista. Viendo, pues, Dios, tan descuidado a David, tan poco arrepentido de un excesso tan notable, tan embelesado en la hermosura, que sola Bersabè es el idolo en que idolatra, determina hacerle un recado, q̄ le declare su ceguedad, y manifieste su engaño. Llama al Profeta Nathàn, (q es como si dixeramos aora un Predicador del Rey, el mas estimado, y al tanto mas sacudido) y mandale q̄ vaya à Palacio, y que le diga a David todo lo que ha hecho, todo lo q̄ passà, todo lo que se dice, y la pena, y castigo q̄ merece. Temeroso, y confuso se hallò Nathàn con legacìa tan ardua, mas à preceptos del Cielo, es forzoso la obediencia; y assi estudiando con cuidado razones, y palabras para entrarle, fuese a David, pidiò audiencia, y con lindo desahogo le hablò de esta suerte:

* *Quoniā blasfemare fecisti, &c.* 2. Reg. c. 11.

Una dificultad se me ha ofrecido en punto de justicia, y quisiera que V. Magestad, como Principe tan recto, la desatasse, para poder yo assegurar la conciencia a quien està cargado. Digo, pues, señor, que el caso es este: En cierta Ciudad vivian dos Ciudadanos, uno rico, y otro pobre. El rico mui abundante de bienes, mui lleno de possessiones: el pobre tan necessitado en todo, que no tenia mas caudal, que una ove-

juea

juela, que aviendola criado en su casa, la regalaba, y queria, dandole su cama, y mesa. Sucediò, pues, que aviendole venido al rico cierto huesped, para aver de cortejarle, y regalarle, no quiso q̄ se matasse ninguna oveja, ni ternera de las suyas, sino q̄ quitandole al pobrecito la ovejuela, q̄ tenia, hizòla matar, y guisar manjares de ella al convidado. Què corte le parece a V. Mageſtad, que se podrà dar en caso semejante?

Apenas escuchò David la propuesta, bien ignorante del fin adonde iba el tiro, quando ardiendo en ira, y bufando de corage, le dixo al Profeta: Vive el Señor, que el hombre que tal hizo es digno de muerte, y que pague, y restituya el quatro tanto. Es un arbitrio mañoso en materias graves, en que està cargado un Rey, no reprehenderle a lo descubierto, ni descaradamente, (como si dixeramos) porque al fin es Mageſtad, y siendo el Predicador vassallo, es razon le guarde respeto, y le hable con compostura. Assi lo hizo Nathàn, no obstāte que iba de parte de Dios, como lo vàn tambien todos los Predicadores a las personas, ò Pueblos que Predican. Rebozò, pues, mañoso su embaxada con la parabola de la ovejuela, para que el mismo Rey se sentenciasse à sì mismo, sin que pudiesse objetar de desmesurado al amonestador: lo que hizo fue quitarle la capa al hecho, y darle a entender, que avia sentenciado contra sì mismo, y diciendole ya algo imperioso, y menos encogido: Sepa V. Mageſtad, que es la persona que ha cometido este excesso, por lo qual oìga, y advierta lo que me manda Dios le notifique. Dios hizo à V. Mageſtad Rey de Israèl, y librandole de las persecuciones de Saùl, le hizo Señor de su Casa, de su Corona, y Cetro, y aun de algunas de sus mugeres, que oy las goza como proprias: suma felicidad, y mucha dicha! Callo otras mercedes, que por grandes, y muchas no pueden numerarse. Por què causa, pues, hizo V. Mageſtad una atrocidad tan fea, quitādo la vida à un Cavallero tan bueno como Urìas, por gozarle la muger? En què razon cupo hacerle morir à èl entre las armas de los Amonitas, y darle a ella el titulo de muger propia? Està Dios tā indignado por esto, que dice, que no han de faltar jamàs en tu casa muertes atroces, sāgre derramada, y quien de tu misma sangre te dè muchas pesadumbres, y q̄ con tus mismas mugeres te afrente, y te deshonre, y esto no à lo secreto, como

V. Magestad lo hizo, sino en publica Plaza, adonde el mundo le vea. Asi me han mandado q̃ lo diga, asi lo hago: V. Ma: gestad me perdone, que harto lo siento.

Aturdido quedò el Rey al fallo riguroso. Una maquina de cosas se baraxaron confusas en la idea: la razon, y la justicia abriẽdole los ojos, le descubrieron su engaño. Vèr manifiesta su culpa, publico su excesso, sus trazas descubiertas, afeada su virtud, desdorada su opinion, su credito perdido, le dexaron tan avergonzado, q̃ los ojos en el suelo, y anudadas las palabras, ni atinaba à hablar, ni à vèr. Hizòse el corazon al dolor, los ojos à la ternura, y entre sollozos, y llanto, pronũciò solo un *pequè*. Pecado he contra mi Dios, dixo David tan enternecido, tan pesaroso, tan lastimado, que al salir por los labios la palabra, quedò el corazon partido al golpe del sentimiento. Apiadòse Dios de verle contrito, y dixòle como al oìdo al Profeta, que le diesse à entender, q̃ estaba perdonado en lo principal de la culpa, y en gran parte de la pena. Hizoselo assi notorio, diciendole: Ea, señor, V. Magestad se aliente, que Dios ha transferido su pecado, viendo q̃ le llora; y la pena de muerte, que le estaba fulminada, se permutarà en esse nuevo Infante, que Bersabè ha parido, por el escandalo grande que se ha dado al Pueblo. Agradezcalo à sus lagrimas, y à su dolor, pues han bastado à tenerle à Dios la espada, y à templarle los enojos.

Despidiòse Nathàn diciendo esto, y quedòse David algo consolado, si bien le dolia mucho, q̃ el rapacillo, aunque espurio al cõcebirse, se le muriesse; passion natural de muchos padres, querer mas à los bastardos. De contado le diò al Infante un accidente cruel, desauciandole los Medicos de todo remedio humano. David acudiò al divino, procurando tambien con suspiros, y con ruegos desenojar à Dios en esta parte; que aunque le dixo el Profeta, que era orden de Dios, q̃ aquel muchacho muriesse, no entendiò que era sentencia difinitiva, sino una comminatoria como la de los Ninivitas, y que à fuer de penitencias, y ayunos podia suspenderse. Aqui fue, pues, quãdo lloroso se desnudò la Purpura, y se vistiò de un saco, y derramãdo ceniza sobre su cabeza, en vez del verde laurel, se arrojò en el duro suelo hecho un mar de llanto. Hizole à Dios mil suplicas por la salud del Infante; pero re-

pa-

parando atento, que era traza mañosa para aplacarle el enojo, tomò el harpa, rompiò las cuerdas, y en lugubre tono de lastimosas Endechas, aunque heroico el metro, le cantò el Psalmo cinquenta, que vuelto en Castellano podremos glossarle assi.

PSALM. 50.

Psal. 50. Text. Glos.

QVE COMPVSO DAVID AL ARREPENTIMIENto de aver muerto à Vrìas, y gozado à Bersabè.

DAd, mi Dios, a un pecador — Favor — *Miserere*
Vsad, por vuestra bondad, — De piedad, — *mei Deus,*
Y dad a mi penitencia — Clemencia: — *&c.*
Mi lastimada conciencia
Os pide en amarga lucha,
Por vuestra clemencia mucha,
Favor, piedad, y clemencia.
Pues sois mi Dios, perdonad — Mi maldad, — *Et secundum multitudinem, &c.*
Y no os merezca indignado — Mi pecado,
Sino oid, qual Rey bendito, — Mi delito:
Puesto en el mayor conflicto
Os vocea un penitente,
Porque le observeis clemente
Maldad, pecado, y delito.
Lavadme con agua immensa — Mi ofensa, — *Amplius*
Y aun con sangre me lavad — Mi maldad, — *lava me.*
Y no le admitais disculpa — A mi culpa: — *&c.*
Porque en mi pecho se esculpa
La Celestial candidèz,
Lavadme una, y otra vez
Mi ofensa, maldad, y culpa.
Hallome entre mis denuedos — Con mil miedos — *Quoniam iniquitatem &c.*
Mi culpa envuelta en temblores — De temores,
Mis ardimientos robustos — Són ya sustos:
Como ante Vos los mas justos
No lo son me hallo de suerte,
Que me estan dando la muerte
Miedos, temores, y sustos.

Tibi soli peccavi, &c.

Yo confiesso, que ofendi — Solo a ti;
Y que eres en tal empeño — Mi dueño,
Y a quien rindo mi valor — Por Señor:
Contra muchos fui ofenssor,
Pero soi Rey en efecto,
Y solo tengo respecto
A ti, mi Dueño, y Señor.

Vt justifiсeris in sermonibus tuis, &c.

Puerta mi delito abra — A tu palabra,
De mis excessos el sequito — Gane credito,
Y grangee mi deshonra — Mucha honra:
Aunque el pecado deshonra,
Es bien que gozoso esteis,
Y assi desempeñareis
Palabra, credito, y honra.

Ecce enim in iniquitatibus conceptus, &c.

Nacer hombre a esta ruina — Es quien me inclina,
Adan, aunque yo me esfuerze, — Me tuerce,
Como su culpa me toca, — Me provoca.
Aunque a accion tan grave, y loca
Me he arrojado sensual,
El pecado original
Me inclina, tuerce, y provoca.

Ecce enim veritatem, &c.

Siempre en Vos verdad se hallò, — Confiesso yo,
Ni sin ella en ella esfera — Luz huviera,
Sin que la oponga nublado — Aver pecado:
Antes juzgo os ha importado
Mi culpa, aunque al mundo assombre,
Pues Vos no os hicierais Hombre,
Si yo no huviera pecado.

Asperges me hysopo &c.

Curad, Señor, qual Clemente, — A un doliente
Endulzad con pecho largo — Lo amargo,
Y lavad qual poderoso, — Lo leproso:
Con hysopo luminoso
Lavad, Señor, mi delito,
Pues veis os llamo contrito,
Doliente, amargo, y leproso.

Auditui meo dabis, &c.

Despues yà de tanto susto — Dadme gusto;
Y pues yà os vuelvo a entender, — Dadme placer
Que el don de la profecia — Es mi alegria,
Con Celestial melodia,
No solo se alegra el alma,

Pe-

Pero al cuerpo tiene en calma
Gusto, placer, y alegria.

Apartad en tal conquista — Vuestra vista,
Quitad de mi tropezon — La atencion,
Y no mireis mi pecado — Con cuidado,

Averte faciem tuam à peccatis meis, &c.

Pues yà me haveis perdonado,
Andad galante conmigo,
Sin que assista, qual testigo,
Vista, atencion, y cuidado.

Renovad con lauro, y palma — Mi Alma,
O dadme con perfeccion — Un corazon,
Porque os assista rendida — Mi vida.

Cor mundum crea in me Deus, &c.

Pues que os lloro mi caida
Con tanta pena, y dolor,
Renovad en mi, Señor,
Alma, corazon, y vida.

No me aparteis con desgracia — De vuestra gracia,
Ni pierda de vuestro amor — El favor,
Gozando vuestra hermosura — Mi ventura.

Ne projicias me à facie tua, &c.

Pues hallò tan buena cura,
Señor, mi dolencia en tì,
No aparteis jamas de mì,
Gracia, favor, y ventura.

Mostrarè caminos limpios — A los impìos,
Quitarè los intervalos — A los malos,
Apretarè los cordeles — A los crueles.

Docebo iniquos vias tuas, &c.

Con que me dès lo que sueles,
Auxilios, que me despiertan,
Yo harè que à ti se conviertan
Impios, malos, y crueles.

Librame en mis desabrigos — De castigos,
Y las que a manos llenas — Causè penas,
Dando mis consejos fuertes — Tantas muertes.

Libera me de sanguinibus, &c.

Pues lloro, como lo adviertes,
Mis culpas, y sin razones,
Suplicote me perdones
Castigos, penas, y muertes.

Abrid mis labios, Señor, — Con el favor,
Sacadme de mi desgracia — A vuestra gracia,
Mi desdicha socorred — Con la merced,

Domine labia mea aperies, &c.

Pues

Pues sois Gran Señor, haced
Se olviden vuestros agravios,
Y que agradezcan mis labios
El favor, gracia, y merced.
Ofrecerè à vuestro Amor — Dolor,
Y pagarè el beneficio — Con sacrificio,
Pues sè, que estimais en tanto — El llanto.
Aunque os he ofendido tanto,
Contrito me acojo a vos,
Porque acepteis, qual mi Dios,
Dolor, sacrificio, y llanto.
Oid à este delinquente, — Clemente,
Conozcase en lo piadoso — Lo amoroso,
Tenga mi pena descanso, — Viendoos manso.
Que seais benigno os canso,
Porque haya quien a mi exemplo
Os erija Altar, y Templo,
Clemente, amoroso, y manso.

Lloroso, y penitente procurò David, como entendido, aplacar a Dios. Atendiòle piadoso la Divina Magestad; mas aunque le perdonò la culpa, y parte del castigo, no empero quiso que quedasse vivo el instrumento adultrado, que pariò el deleite; y assi aunque añadia David penitencia, ayunos, y mortificaciones porque el Infante viviesse, no permitiò Dios tuviesse efecto, antes apretando los cordeles la dolencia, se quedò el rapaz sin vida, y despidiò el alma en el regazo de su madre Bersabè, que lo sintio con dolorosos estremos, con lagrimas muchas, y demostraciones grandes. Atonito, y confuso se hallò todo Palacio de considerar lo que havia de sentir el Rey quando supiesse la muerte. Temian todos, ò que havia de costarle la vida, ò trastornarle el juicio; porque como havian visto, que de solo verle enfermo no havia querido sentarse a la mesa, ni comer, sino llorar, y gemir, discurrian advertidos, que en sabiendo que era muerto, havia de hacer locuras. Por este temor nadie se atrevia a hacerle notorio el caso, antes callados, y advertidos procuraban encubrirselo. No era bobo David, que al vèr los recatos, y las turbaciones, dexasse de adivinar lo que podia ser. Preguntòles, pues, a algunos de sus criados, de aquellos, que mas fieles le assistian al retrete, dixessen con verdad, si el ni-

niño era muerto? Respondieronle, que sì, bien lastimados; y quando imaginaron, que con estas nuevas avia de soltar las riendas al sentimiento, se quedaron mas confusos de ver que con desahogo se levantò del suelo, compuso la guedeja, limpiò el vestido, y pidiò de comer. Preguntaronle alegres les declarasse el mysterio, de que por què quando vivia el Infante avia andado tan estremado en sentir, negandose al sustento, al sueño, y al regalo; y al saber que era muerto, estaba tan consolado? Mirad, les dixo David: quando el Infante vivia, lloraba, ayunaba, y gemia, pretendiendo con esto, que Dios me le guardasse; mas ya que es su voluntad que muera, de què sirve llorar, ni hacer estremos? Quando la cosa no tiene remedio, escusado es el sentir, y serà tentar a Dios, querer que haga milagros.

Tan prudente como esto se portò David, en caso que le costò tanto dolor. Hizo pecho a la fortuna, y quando avia de vestirse de gerga, se vistiò de gala, y alhagueño, y cariñoso se fue al quarto de Bersabè a enjugar las lagrimas, y a consolarla. Tierna a las caricias, y grata a los alhagos, agradeciò Bersabè los cõsuelos de su dueño. Olvidòse la tristeza, y borròse el llanto a fuerza de los cariños, con que haciendose al amor, quedò Bersabè preñada de otro Infante. Reciproco fue el placer en los dos consortes, y manifestòse en fiestas, quando al cabo de los nueve meses saliò a luz el Infante Salomòn, agraciado con asseos, y asseado con donaires. Con esto le pagò Dios a David las lagrimas vertidas, y el aver andado riguroso con el otro espurio: que siempre la Divina Magestad manifiesta sus piedades, aun en los mismos castigos. Bien conociò David, que sus ayunos, y penitencias le avian acarreado aquella dicha; y ya sea por esto, ya por estàr enamorado de Bersabè, juzgo que desde entonces le ofreciò la Corona para el hijo, y jurò de cumplirlo en presencia del Profeta Nathan, como lo dà a entender el Sagrado Texto en otra parte. * Y es cosa mui de notar, que teniendo David en sus primeras mugeres hijos mayores, y todos mui hermosos, fuesse Salomon quien mas le arrastrasse el afecto, nombrandole sucessor en la Corona, aora con secreto, y despues publicamẽte. O fue mucho el hechizo de Bersabè, ò fue querer Dios premiar su penitencia; que aunque el amor desordenado le deslizò a la culpa, sus estremos penitentes le alcanzaron mucha

* 3. Reg. c. 1. y alli Lyr.

 cha

cha gracia: gran consuelo para los que aviendo caido, saben levantarse. En fin, alborozado David con su Principito Salomòn, se le encargò a Nathàn, que le educasse como Ayo, y Maestro: arbitrio mui essencial, darles buenos lados à sus hijos, y mas a aquellos que se ensayan para Reyes.

Con mucha felicidad, con suma bonanza passò David en Jerusalèn el resto de su juventud, y principios de vejèz, rodeado de sus hijos, y mui servido, y amado de todas sus mugeres. Por medio de sus Capitanes se añadiã cada dia trofeos, y victorias, con que toda Palestina la tenia sujeta, y le respetaba tributaria. Llegò en fin su Imperio al colmo de la dicha, aliviando los recuerdos de las persecuciones passadas con la vista de las bonanzas presentes. Recreaba los cuidados del govierno, unas veces con la musica, otras con la caza; que aunque es dulzura el reinar, es peso que bruma, y carga que fatiga, y ha menester divertimientos, que le alivien, y honestos exercicios, q̃ la diviertan. Còsase el vulgo mordàz la boca, y no censure atrevido, porque en los mayores cuidados se divierta un Monarca, y se desahogue un Rey; que si imitàra sin passion lar cargas q̃ de èl penden, le tuviera mucha lastima, y no le envidiara el Cetro. En este estado felìz dexarèmos à David, hasta q̃ en la Tercera Parte concluyamos sus persecuciones, y lastimosas tragedias, donde, mediante el auxilio soberano, ofrezco echar el resto, y cortar mejor la pluma.

CAPITVLO XXX.

EN QUE SE EXPONE UN SIMIL DE UN Principe, à quien, si la beldad le arrastrò à ser adultero, su misma conciencia, como David, le hizo Penitente.

Authores de esta historia. Zonaras, tom Anal. Cedreno in Compẽd. histo.

TEniendo el Cetro del Imperio Griego Argyropolo, à quien de Cavallero particular le hizo Emperador Constantino su suegro, casandole con Zoa, una de sus hijas: por no tener hijo varon, que le succediesse, sucediò, que como se hallasse ya de casi sesenta años, y la Emperatriz, que rayaba en los cinquenta, y no tuviesse hijos, por mas diligen-

gencias que se avian hecho, èl se resfriò de visitarla, y ella, q̃ era luxuriosa, se diò por mui sentida del desvio. Procurò vengarse, buscando cosa à proposito, que le hiciesse lado. Avia recibido en su Camara à Michaèl el Paphlagon, un joven de buenas partes, mozo, galan, y entendido. Aficionada, pues, de èl, diò traza con q̃ le entendiesse su designio por medio de un Eunuco, hermano de Michaèl. Viendose querido de quien podia levantarle à mucha altura, atropellò con el respeto, y declaròse con ella por galàn, y aficionado. Pusoles Cupido la venda por los ojos, para que sin vèr los riesgos, gozassen de sus amores. Con esto, sin pensar que los veian, hablaban, y conversaban con tan poco recato, que dieron que sospechar à los menos maldicientes. Curioseò la malicia, y à pocas diligencias quedò mui enterada, que los tratos de Michaèl, y la Emperatriz eran poco honestos. Aunque con susurro sordo corriò la voz de unas orejas en otras, hasta que no solo el Palacio, sino toda la Corte se llenò de hablillas. Harta desdicha, quando en personas tan grandes se censura una infamia como esta! No pudo sufrir Pulcheria, hermana del Emperador, que el mas lastimado ignorasse lo que cantaba el vulgo, procurando que se remediasse el daño. Dixòle, pues, lo que se decia, y lo que passaba: con que afligido el Emperador, se hizo al sentimiento, sin atreverse à castigar la infamia; que como la Emperatrìz era la señora del Imperio, y recia de condicion, temiò de llegar con ella à debates tan pesados; y assi mas quiso dissimular, y sentir, que no sacar la cara à lo que no avia de remediar. Con todo, por satisfacer en algo à la mala voz, y enterarse si era cierto su agravio, llamò à Michaèl, y baxo de juramento le preguntò: Si tenia malos tratos con la Emperatrìz. Pesada, y necia pregunta, quando el decir el reo la verdad, era echarse el cuchillo à la garganta. Negò Michaèl con muchos juramentos, sin q̃ le causasse horror verse perjuro; y dandole credito el Emperador, diò la acusacion por falsa, bien q̃ la brasa del pecho le atormentaba siempre. En fin, Michaèl se quedò en Palacio por buen tratante, con que mas favorecido de la Emperatrìz, humeaba en gran señor.

Author: Pined. in Monarc. l. 19. c. 1. P. § 6. y c. 19. y 20.

No ay lima mas sorda de la vida, q̃ una afrenta, en quien la sabe sentir, y assi al Emperador Argyropolo apesadumbra-

brado à lo secreto, diò en irse consumiendo de afrentado, achaques, y vejèz agravaban la dolencia, con que brumado, y ansioso por la salud, se fue un dia al baño, en el qual le tuvieron dentro tanto la cabeza, ya fuesse descuido, ya ignorancia, ya malicia, que le sacaron del agua casi muerto. Llevaronle a la cama, donde muriò a pocas horas. Al punto que la Emperatriz se viò libre del yugo matrimonial, instigada de Juan el Eunuco hermano de Michael, (que era sagacissimo) tratò de poner la Corona, y dar el Cetro a quien le avia dado tanto lugar en su alma. Es siempre la diligencia madre de buena ventura; y assi considerando Zoa q̄ de la tardanza podia sobrevenir algun peligro, que le baraxasse sus intẽtos, procurò antes elegir marido, y Emperador, que dàr sepultura al que miraba difunto. Algunos bien entendidos, ò afectos à Argyropolo, se lo afeaban, y contradecian, alegandola su credito; mas ella atropellò consejos, y fingiò su parecer. Es el caso mas notable, y prodigioso, que refieren las historias, darle mano de esposa al galàn antes de vèr amortajado al marido: aun en mugeres de pocas obligaciones pareciera desverguenza caso semejante; y en una Emperatriz de Constantinopla lo tolerò la modestia. En vez de hacerse à las lagrimas por el marido difunto, se hizo à los cariños del galàn idolatrado. Buen corazon de señora, alumbrarse al tàlamo casi con las mismas hachas, q̄ ardian junto al muerto. En fin, con toda presteza convocò a los Grandes del Imperio, y vistiendo à Michaèl de las insignias Imperiales, le colocò en el trono, y le sentò junto à ella, llamandole marido. Assistiò à los desposorios, y velaciones el Patriarcha Alexo, y mandò, como heredera de la Corona, que todos los presentes obedeciessen por Emperador à Michaèl: hicieronlo con aclamaciones comunes, procurando cada uno ganar la gracia del que por fuerza era ya señor. Durmieron como consortes aquella noche, los que como adulteros avian dormido tantas, y al siguiente celebraron las exequias al que muriò afrentado.

Nunca los placeres, que vienen por mal camino, hallan el logro que piensan; que ya que el Cielo permite las maldades tambien previene castigos. Y assi, què importa que Michaèl Paphlagon se halle hecho Principe de hombre particular; què importa que arrastre la purpura, y que se ciña el

el laurel; què importa le adoren por Emperador, y le veneren Monarcha; què importa que una Emperatriz, sobre cariños de amante, le haga alhagos de muger, aclamandole marido; què importa todo esto, quando levanta Dios el azote, y aguandole los gustos, los castiga riguroso, a èl con una dolencia hypocondrica, ò con un mal espiritu, al modo que Saùl, como quieren algunos, y a ella con un desprecio, y olvido del que idolatraba amante, que es un tormento infernal para muger que ama mucho? De suerte, que apenas Michaèl se viò en la dignidad, quando se hallò acometido de un accidente cruel, de una melancolia endemoniada, de un frenesì diabolico; enfermedad que le durò los siete años, que gobernò el Imperio, sin que Medicos, ni curas pudieran remediarlo; y aunque era achaque que le daba a tiempos, como los que padecen gotacoral, (que aun quizà era lo mismo.) bastò a desazonarle de manera, que diò en aborrecer a la Emperatriz, sin poder dissimular los despegos, ni dexar de manifestarla los desvios. La que idolatrò belleza, la que le arrastrò beldad, le parecia una fiera. Justo castigo de entrambos, y bastante exemplo para escarmiẽto de adulteros homicidas. Considere el curioso, qual se hallaria con estos sinsabores, la que pensò, que por estàr casada havia de gozar de Michael con mas anchuras! Solo el ser de muy noble condiciõ, mui bizarra, y generosa en todas sus acciones, le pudo servir de antidoto para no hacer desgarros de furiosa. Hecha a las lastimas, y a las lagrimas, toleraba prudente los desprecios, dandose solo por sentida sin estremos de enojada. Con todo la temiò Michael, y se rezelò no quisiesse hacer con èl lo que con el otro marido, buscando nuevo cuidado, ù dandole con que muriesse; que de muger amante, y ofendida, es prudente qualquier rezelo, y mas de la que como Zoa tiene malas mañas. Assi rezeloso el nuevo Emperador, la quitò a la Emperatriz todas las personas familiares de su antiguo servicio, y la puso otras de su mano: assegurandose poco con esta diligencia, la encerrò en su quarto, y la puso guarda, para que nadie la hablasse, ni la viesse sin orden suya. Todo es añadir dolor, y sentimientos la que se miraba despreciada. Pero bien mirado este rezelo, y rigor, al parecer del Emperador, era muy justo; porque quien estando casada ofendio a su marido, y

bus-

busco galàn, por què no podrà ofender al tal galan, por mas que sea mirado? De una muger adultera serà sobra de bondad assegurarse.

Con todas estas pensiones de falta de salud, y sobra de cuidados, gozaba Michael Paphlagō la dignidad del Imperio, en cuya governacion Juan su hermano era el dueño de todo, q como sagàz hacia, y disponia todas las cosas: El daba los cargos, los gobiernos, las conductas: Ninguna cosa era valedera sin que passasse primero por su mano: El fue quien diò el consejo al Emperador, de que se guardasse de la Emperatriz: En fin, lo alto, y lo pequeño pendia de su arbitrio. Muchas rebueltas huvo en algunas Provincias del imperio, mientras le governò Michaèl, si biē por medio de sus Capitanes procurò q no se perdiesse nada. En Antioquia casi quisieron revelarse sobre el no querer pagar cierto tributo: Matarō sobre esso al que fue a cobrarle, y quedòse por muerto, teniēdo a bien no se levantasse motin: Con todo huvo algunos castigos, quādo estuvieron los animos assegurados. El Principe de los Abasgos, q̄ estaba casado con una sobrina del Emperador Argyropolo, quebrò las paces que tenia con el Imperio, modo de q̄ tuviesse la Corona quien havia hecho infame al tio su esposa. Los Arabes por otra parte se pusieron sobre la Ciudad de Edesa, una de las mas famosas de la Asia. Acudiò al socorro un hermano del Emperador, llamado Constantino, q governaba à Antioquia, è hizo q̄ se retirassen; pero poco despues quisieron mañosos tomar con industria lo q̄ no avian podido con las armas. Acordaronse quizà de lo q̄ tuvieron los antiguos Griegos en la toma de Troya, si es q̄ es verdad lo del Cavallo. Fue, pues, el caso, q̄ se juntaron doce Principes de estos Arabes, y fingieron ir con una Embaxada al Emperador, y q̄ le llevabā un magestuoso presēte de muchas cosas preciosas en quiniētos camellos, cuya carga de cada uno de ellos eran dos valiētes soldados, metidos, y dissimulados en dos canastos, ò cestones, puestos en lazos à quien cubrian alfombras, y tapices. Era el intento, que entrando los Principes delante, pidiessen al Governador de la Ciudad les diesse acogida, y hospedage aquella noche, como à personas q̄ iban de paz, y a llevar aquel presente al Emperador; y una vez entrados dentro, y aguardando hora oportuna, saldrian los q̄ iban

iban encubiertos, y se alzarian con la Ciudad. La traza era famosa, si se les logràra; pero su poca dicha les quitò la vida à todos, porque como huviessen llegado las cargas junto à la Ciudad, y estuviessen esperando licencia para entrar dentro con recado de los Principes, que ya havian sido hospedados ricamente, y bien recibidos, hablò uno de los que iban en los tercios, pensando que los Armenios no entendian su lengua, ò que solo le oìan los que iban hechos Arrieros del viage, y preguntò al tiempo de parar, *què adonde estaban?* Un Armenio, que se hallò alli junto, que entendia la lengua Arabe, al punto que oyò hablar desde la banasta, y lo que preguntaba, adivinò la zalagarda, y fuese presuroso al Governador, y diòle aviso. El Governador no quiso hacer ninguna demostracion con los principales, que tenia en su Palacio, hasta satisfacerse del caso. Dexòles à lo secreto buena guarda, porque no huyesse ninguno, y saliendo fuera de la Ciudad con un buen trozo de gente, hizo desliar las cargas de los camellos, y descubierto el engaño, mandò, que los degollassen, reservando solo uno, q̄ cortadas las manos, orejas, y narices, fuesse à llevar las nuevas à su tierra, del modo que en Edesa desembanastaban cargas semejantes: Escriviòse al Emperador lo sucedido, y celebròse mucho en Constantinopla.

Con nada se alegraba el Emperador, ni victorias, ni felicidades le daban gusto; porque su melancolia le traìa siempre desazonado, pensativo, y triste: Su adulterio, la muerte de su antecessor, si tuvo parte en ella el aver sido perjuro, y el andar siempre como guardandose de la Emperatriz, le traìan de manera, que era su vivir un tormento, una lid, una muerte dilatada; pero para lo de la conciencia andaba mui atento, y advertido: Confessabase à menudo, hacia grandes limosnas, edificaba Iglesias, y andaba sus estaciones. Todas eran diligencias para la salud, todos anhelos por desechar aquel mal; pero como cada dia fuesse à peor, considerando su hermano Juan, que si moria bolvia el Imperio à la Emperatriz Zoa, como a señora verdadera, y q̄ le havia heredado de su padre, y que entonces despicaria sus enojos en todos los de la casa, y familia de Michaèl, aconsejòle al hermano, q̄ para assegurarse de estos amenazados riesgos, nombrasse por Cesar, y heredero à Michaèl Calaphates su sobrino, hijo de

Ma-

Mariana su hermana. Pareciòle bien al Emperador este arbitrio; pero reparò advertido, que tendria la eleccion poca, ò ninguna fuerza, si la Emperatriz no assentia al nombramiento, adoptando por hijo al dicho Michael. Confiados, pues, en la generosa condicion de la Emperatriz, procuraron convẽcerla con alhagos, y caricias fingidas. A pocas visitas, que el Emperador la hizo, no solo la desenojò de las pesadumbres, que le avia dado, sino que la hallò mui obediente à quanto la propuso. Bondad de condicion por una parte, y voluntad, y aficion por otra, se vencen con facilidad. Publicaronse Cortes, y juntos los Magistrados, y el Senado en la Iglesia de nuestra Señora Blachernia, saliò la Emperatriz vestida, y adornada ricamente, y en presencia de todos, puesta delante del Altar, tomò en sus brazos a Michaèl, sobrino de su marido, y usando de todas ceremonias del derecho, le adoptò por hijo: nombrandole por Cesar con grandes aclamaciones del concurso, y con gritas, y alegrias de la gente popular. Harto ingrato procediò despues el adoptado con la que generosa se le diò por madre, pues la forzò a entrarse Monja; pero favorecida del Pueblo, rebolviò sobre èl, y vino a morir depuesto de la dignidad, y sacados los ojos: castigo merecido de su ingratitud.

Bien pensò la Emperatriz, que con aver dado gusto à su marido Michaèl en la adopcion del sobrino, le tendria ya mas tratable, y menos riguroso; pero hallò mui frustrados sus pensamientos, viendole con los mismos despegos, que solia, y mui apartado de su conversacion. Diòle sus quexas con el desabrimiento, que una muger despreciada; mas el buen Emperador, que con los recuerdos de su antigua culpa, al modo que David, estaba siempre compungido, lastimado, y triste satisfacia la con recuerdos penitentes, con moralidades, y casos de conciencia. Ella que ardia en deseos de marido, bramaba con estas satisfaciones, y todo era motejarle de hombre para poco, de santurron, y camandulo. Poco sentia el Emperador los baldones; pero temiase de las malas bueltas, con que sabia la señora ahorrarse de marido. Por una parte le obligaba su conciencia a andar continente, (obligacion, que dicen le pusieron los Confessores, quando confessò su adulterio, y homicidio) por otra los miedos de

de la Emperatriz le trahian con cuidado. Verse apretado por amoas partes, le agravaba su dolencia, hasta dexarle furioso, y fuera de sì. Ofreciòse en esta ocasion el levantamiento de Bulgaria, coronandose por Rey cierto Doliano, hijo natural de Aaron, que fue Rey de aquella Provincia; y como no huviesse bastado a reprimirle el Exercito Imperial, y se huviesse apoderado de la Ciudad de Durabo, y de la de Dicopolis, con otros muchos Pueblos de la Grecia, pareciòle al Emperador acudir personalmente a remediar estos daños, por decir era descredito suyo dexar perder nada del Imperio, ya que no havia llevado cosa alguna. Esta fue la causa que alegò a moverse; mas yo imagino, que no era assi, sino desasirse de la Emperatriz; pues guerra por guerra, y lid por lid, mayor es la de una muger, que porfia aborrecida, que no la del enemigo, que pelèa en la campaña. En fin, fuesse por lo uno, ù lo otro, no le fue estorvo estàr muy apretado de su enfermedad para dexar de oponerse en campo armado, teniendose por cosa milagrosa lo que le acometiò en esta jornada; pues hallandose muchas veces de noche tan agravado de su achaque, que parecia no havia de amanecer vivo, le hallaban por la mañana puesto a caballo delante de su Exercito. No hai duda, sino que le ayudaba el Cielo, que a quien llora penitente, por culpas que haya tenido, siempre Dios le favorece. El buen sucesso, que tuvo en esta guerra, casi dà a entender lo milagroso: porque como en Bulgaria se alzasse tambien por Rey Alusiano, otro hijo del mismo Aaron, que por legitimo alegò mejor derecho, y se dividiesse el Reyno en las dos parcialidades, guerreandose cruelmente los unos con los otros, le fue muy facil al Emperador señorearse de toda la Provincia, sin derramar sangre, obligandole a Alosiano dexar las Insignias de Rey, entrando con Doliano triumphando en Constantinopla.

Con nada se alegraba el Emperador, por mas victorias, y triumphos que le aclamaban dichoso. Solo pensar que la Emperatriz havia de recibirle, y darle la enhorabuena, le trahia a punto de muerte. Recuerdo de la maldad, y la causa a la vista le llenaban de suspiros, y le

le bañaban en llanto. No hai duda sino que a este Principe le atormentaban imaginaciones fantasticas, como ha sucedido a muchos, que fueron causa de muertes de inocentes, de cuyos exemplos estàn llenas las historias; y aun nuestro David creo que no se escapò de estos horrores, segun lo lloraba èl mismo en el versiculo quarto del Psalmo cinquenta; porque aquel vocear à Dios, porque tenia su pecado siempre a la vista, què otra cosa era sino fingirle delante de fantasia à Urias inocente rebolcado en sangre? Siempre delitos atroces atormentan con assombros. Quitarle a un hombre la muger para gozarla, es grave culpa; pero quitarle la vida, la honra, y la muger, es sobra de delito. Que lo pagò bien David, su Historia nos lo dice, y en nuestra Tercera Parte contaremos sus lastimas, y tragedias; que aunque gozo la Corona muchos años, fue con muchas pensiones de desdichas. Bien es verdad, que como èl era Rey, y vassallo el ofendido, huvo en el castigo, en quanto a su persona, alguna templanza. Gozò de buena salud, con que se hacian intolerables los cuidados. En nuestro Emperador fue mayor la culpa, y al tanto se aumentò el castigo, porque siendo èl vassallo, Ofendiò al que era su señor, no solo en la honra, gozando a la Emperatriz, sino tambien en la vida, ayudando a su muerte. De mas a mas fue perjuro, con que por tres caminos provocò enojos de Dios. Assi no tuvo un dia de salud, ni de gusto en siete años de Imperio, y solo le servia de consuelo vèr que Dios le castigaba. Conforme con su voluntad llevaba paciente sus achaques, y dolencias; pero considerando al fin, que se le acababa la vida, quiso dar en la muerte un exemplo notable, harto digno de imitar de Principes Christianos.

Hasta las cosas del alma tienen sus dias, y horas, pues unas veces mas que otras hiere el auxilio eficaz, y el Divino llamamiento. Hallandose, pues, un dia el Emperador Michael dado a la consideracion, y viendo que tal vez las cargas de la Corona los riesgos del regirla, aunque un Rey quiera ser Santo, no le dexan, ò se le embarazan, arrebatado de un fervoroso zelo, y de

de un divino espiritu, (no del maligno, que solia atormentarle) llamò a su hermano, y sobrino, yà electo en Cesar, hizo junta del Senado, y en presencia de todos dixo estas palabras: *No hai reinar como ajustar la conciencia: no hay Cetro mas seguro, que procurar ir al Cielo: no hay mejor Corona, que servir à Dios. Ojalà, que lo que intentè hacer ahora, lo huviera puesto por obra el dia primero, que me ceñi el Laurel, y me vestì la Purpura. Supuesto; pues, que mis achaques me tienen yà casi impossibilitado de el govierno, y que el Cesar mi sobrino supliera mejor mis faltas, quiero recogerme a llorar mis culpas; y ajustar mis quentas, y las que he de dar à Dios, por cuya causa en vosotros, que me la disteis, y en quien està electo para gozarlas, renuncio estas insignias Imperiales, Purpura, Cetro, y Corona. Gocelas en paz quien fuere digno de ellas que yo no las merezco.*

Anudaronse las lagrimas a la voz, y levantandose del Trono, en que estaba sentado, èl mismo con toda prisa comenzò a desnudarse los Reales atavios. Quedòse como hombre particular: saliòse del Palacio, y fuesse a un Monasterio, que èl havia labrado. Tomò el Abito de Monge, y con humildad profunda se comenzò a exercitar en los actos Religiosos, dado todo a la oracion, al ayuno, disciplina, y penitencia. Pecador fue Michael, arrastrado de una Emperatriz lasciva; mas ya que cayò en la culpa, supo arrepentirse contrito, y llorarla penitente. Si imitò a David en el dexarse llevar del cebo del deleite, tambien le supo imitar en seguir sus passos lloroso, y arrepentido. Los yerros de la vida quiso emendar en la muerte con accion tan heroica. Quando la Emperatriz tuvo noticia del caso, se fue al Monasterio a verle; mas èl no permitio que la dexassen entrar, dandola por escusa, que el havia yà muerto para el mundo, y que assi no le inquietasse. Tan aborrecible como esto le vino à ser la hermosura, que le arrastrò a pecar. Harto exemplo para los que se dexan hechizar de las bellezas; pues en consiguiendo el gusto, no queda sino aborrecimiento, y dolor. Avergonzada, y sentida se volviò la Emperatriz a su Palacio à experimentar del nuevo Cesar hartas ingratitudes, y desaires, castigos merecidos de su culpa. El buen Emperador

uor Michael acabò su vida en el Monasterio con opinion de virtuoso, ajustado, y penitente. Ojalà que todos desta, y de mas baxa esfera, sepan imitar sus passos, y llevar a David por guia: que adulterios, y homicidios, sin que escuse la Magestad, la Purpura, la Corona, no se lavan, ni limpian sino es con fuentes de llanto, y lagrimas de dolor. Aqui doi punto a esta obra; dexando a David gozando las felicidades, y descansos de su Reino, hasta que en la Tercera Parte, en que concluirè toda su historia, volvamos a sus trabajos, y nuevas persecuciones: lides, aunque lastimosas mui doctrinales para tomar escarmiento, y para aliviar cuidados.

FIN DE LA OBRA.



TABLA
DE ESTE SEGVNDO TOMO DE DAVID.

A

Alivios.

B

secreto, quando picazones de zelos le tocariã al alma, se armaria de valor, y se diria animosa: Hagamonos al dissimulo, y no mostremos sentir lo que à David le permite el Cielo, que serà dàr que murmurar à las criadas, y serà dàr que decir. Ahorremos de pesadumbre, y por mas que para sì lo sienta el alma, dissimulenlo los ojos, y callelo la lengua. No se diga, que una Infanta tiene zelos de las que quizà no son tan hermosas. No se diga, que Michòl por este caso se hace à los ojos, y dà motivo à las demàs mugeres à que formen pesadumbres contra sus maridos, quando se vàn cō otras. No sea yo pauta de las que poco atentas les niegan à sus maridos, yà el lecho, yà la mesa, yà la habla; antes bien sea mi valor dechado para enseñar à las que assi se vieren, à ser sufridas, cuerdas, calladas, y atentas: que de esto es fuerza se agrade à Dios, y de lo contrario se ofende Dios, y el mundo.

Con semejantes discursos se puede creer piadosamente, que se portaba Michòl en aquel lance, sin que la inquietassen el alma zelosas apariencias. Aun à sus criadas, y doncellas, que quizà imprudentes, pensando que la servian, la irian con los chismes, y los cuentos, las reprehenderia severa, dandolas con el desengaño por la cara. No pudo ser, que estando en conversacion, unas la loassen su constancia, su valor, y sufrimiento, y otras murmurassen de la infidelidad de los hombres? Unas la alabassen à ella, y otras culpassen à David, llamandole ingrato? Y ella entonces con bizarrìa, y denuedo, las retasse de habladoras, haciendolas que callassen. Todo puede presumirse de esta heroyca Infanta, criada à las costumbres de David, y enseñada quizà por èl, desde los montes, à ser sufrida, y prudente. Quien duda, que de tantos Psalmos como compuso David, andando en sus trabajos, y persecuciones, dexaria de comunicar muchos de ellos con su esposa, remitiendoselos en cartas, para que recreada con versos tan divinos, se aliviasse tambien en sus comunes cuitas? Piadoso es el credito, y por tal le vendo; mas me hace mucha fuerza para pensarlo assi, considerar à David, y Michòl muy amantes, muy enamorados, y muy tiernos, desde sus primeras vistas, y no puede presumirse, se olvidaria David de embiar muchos recuerdos muy à lo espiritual, muy

Abul. in 1. Reg. cap. 3. quæst. 13.

muy à lo piadoso, muy à lo del alma, à quien tan bizarra, y fina le sacò casi en brazos de la muerte; porque à ser de otra manera juzgaramos à David por muy ingrato, que es el lunar mas feo, y que mas desluce à un hombre de obligaciones; y à Michòl tambien la tuvieramos por boba, si olvidada, y mal correspondida, se hiciera al sufrimiento, sabiẽdo que David tenia yà otras mugeres. Una de las causas, q̃ alega el Abulense, que le moviò à David à bolver à recibir à su muger Michòl, despues de aver estado muchos años al lado de otro marido, dice, fue, por correspõder agradecido à lo mucho q̃ Michòl le amaba, y porque sabìa q̃ vivia forzada con el supuesto esposo: luego bien se infiere, q̃ quien hizo lo mas, que fue bolverla à su gracia, quando hallò ocasion, haria lo menos, q̃ era corresponderla con avisos. Si se amaban los dos tanto, q̃ ella, aunque la diò su padre otro marido, à fuerza de lagrimas, y lloros (como sienten la Interlineal, y la Historia Escolastica) se conservò fiel, y cõstante; y èl, aunque otras mugeres le hacian lado, è hijos yà de ellas cõpañia dulce, estuvo siempre violento, hasta q̃ le restituyeron su primer amor: supuesto, pues, digo, q̃ se amabã de esta suerte, es muy verisimil, q̃ David, y Michòl se carteaban, embiandose consuelos uno à otro. Los de David serian (como he dicho) dulces, y espirituales; con q̃ no ay q̃ espantar, q̃ no estè Michòl tan zelosa como otras, sino q̃ muy à lo espiritual estè animosa, y valiente, pidiẽdole à Dios para su amado libertad en los peligros, sufrimiẽto en los trabajos, valor en las lides, paciẽcia en las persecuciones, asylo en las desgracias, y victoria en todos riesgos. Pero por si acaso picada alguna vez nuestra passion propria, se deslizasse à zelos, y pensasse presumida, q̃ no ha havido otras bellezas, Reinas, è Infantas tambien, q̃ dexen de haver passado por estas penosas lides, y con mas desprecio algunas, olvidadas totalmente de sus dueños: serà bien aliviarla, y divertirla con algunos similes de bien sabrosas historias, q̃ sirvan assimismo de alivio, y de consuelo à todas las Señoras, que tocadas de este achaque, suelen hacerse à las iras, y à las desazones, tomando exemplo en las que portaron prudentes, y escarmentando en aquellas que se hicieron al despecho vengativas.

***

CAPITULO SEGUNDO.

EN QUE PARA ALIVIO DE ZELOSAS, SE PONEN SIMILES, y exemplos de mugeras, y señoras, à quienes olvidaron, y dexaron sus maridos, ladeados à otros gustos.

EXEMPLO PRIMERO.

CRiabase entre los Serranos, y Pastores del Monte Ida el Infante Paris, hijo de Priamo, y Hecuba, Reyes de Troya, que à fuer de un aguero, y vaticinio, mandò su padre, que al primer passo de la vida le matassen; y estorvādolo su madre cōpassiva, le entregò à unos Pastores, sin declararle quien era, para que le criassen como à exposito en el Monte. Dotòle el Cielo de mucha belleza, y grandes habilidades: cō lo qual, por solo su persona, era el joven mas querido de todas las Serranas, de tal suerte, que la mas erguida, y mas pundonorosa, lo tuviera à mucha dicha tenerle por marido, siēdo con esto el blanco de la emulacion de los demàs Zagales. Embidiabanle, al passo que le temian, y solo se vengaban con murmurar su no conocido nacimiēto, como si la culpa de nacer ilegitimo, ò villano, fuera mancha en la virtud, quando antes ella borra defectos, y manchas. Paris, que al Mayoràl de su Aldèa reconocia por padre, estaba tan bien hallado con su suerte, que no echaba menos las Cortes, y Palacios, por mas que el pensamiēto humeaba en altiveces. Aficionòse à una Pastora hermosa, cuya honestidad, y gracia le robò la libertad: llamabase Enone, hija de Xanto Pastor de los de mas nombre en la Sierra, la qual, conociendole à Paris en los ojos el mal de que adolecia, comenzò, recatada à pagarle con agrados, con que à pocas vistas adolecieron los dos de un mismo achaque. Deseaba Paris hallar ocasiō de poder decirla à boca, lo que con la vista la decia el alma. Para lograr su deseo, seguiala los mas dias por el monte, donde apacentaba unas ovejas, en cōpañia de otras muchas Pastoras sus amigas: estas eran estorvo à su designio, demàs de los Zagales, que con sus Rebaños andaban siempre à la vista de la beldad, que preten-

Tratā esta historia algunos de los Authores que abaxo se citarán, y Diego Megia *in epist.* 5. *Ovidii.*

dia cada uno ; y como Enone era la que descollaba en gentileza, arrastraba tràs sì muchos galanteos. Un dia, pues, que al descuido, ò con cuidado, se apartò Enone de sus compañeras à dàr las manos, calurosa, à un cristalino arroyuelo, Paris, que à lo oculto iba trepando por la orilla arriba, hallando la ocasion tan à la mano, no quiso perderla. Llegòse à Enone, saludandola cortès ; y ella assustada, bañandose la cara con claveles de verguenza, respondiòle comedida, y fingiò querer irse. Paris entonces, poniendosele al passo, la dixo estas palabras: Deteneos un poco, Ninfa hermosa; y pues el Cielo me ha ofrecido esta ocasion, de mi tan deseada, oìdme antes que os vais la dolencia de que muero. Yo os amo tan en sumo grado, que no solo el alma os tengo sacrificada en las aras del amor, sino que quisiera tener infinitas almas para ofreceroslas todas. Lo que padezcò por vos, no puedo explicaros, que es corto interprete la lengua para saber decir las llamas amorosas, que en la campaña del alma talan, abrasan, y queman. Yo os confiesso mi poco caudal, y que no os merezco; mas bastame por disculpa el frenesi con que os amo. Poco importa que sea Principe quien os merezca esposa, y que del laurèl que ciñe os corone las sienes, si quizà hinchado con la Magestad, no os hace aquel agassajo, y cariño, debidos à una hermosura. Poco importa que un marido rico os cubra de riquezas, si para vuestro gusto viene à ser tronco sin alma. No podeis hallar mejor dote, que querer à quien os sepa estimar: que solo por esta causa quisiera ser vuestro, para que por los servicios conocierais los afectos con que os amo enternecido; y si acaso mi fortuna me hiciesse de tan poca dicha, que no consiga esta gloria, morirè mui consolado solo con que sepais que por vos muero.

Atajòle las razones alguna cordura, que se assomò à los ojos; y Enone, que casi enamorada como èl, le estaba oyendo, le respondiò sin melindre de esta suerte: Saben los Cielos, ò gallardo Paris, lo mucho que os agradezco, y estimo essas finezas, esse amor que me mostrais, y essos favores que me haceis; tanto, que à no temer los riesgos, que de un joven galàn pueden temerse, casi me arriesgàra desde luego à ofreceros palabra de ser vuestra, sin que me amedrentàran los enojos de mi padre, ni los fieros, ni amenazas de

de muchos que me pretenden, y no reparàra, no, en la pobreza con que os vestìs, quando es tanta la riqueza de partes naturales, gala, discrecion, y valentia, que resplandecen en vos: que para la que busca marido, este es el mejor tesoro, que bienes de fortuna, es solo caudal de mercaderes, no de amantes, que aun quizà por esto pintan al amor desnudo. Pero temo, ay de mi! que hai muchas Pastoras que os son mui aficionadas, y que no os pesa de ello, correspondiendo con todas bizarro, y generoso; y què sè yo si alguna os tendrà captiva, si no toda, alguna parte del alma; y que quando yo piense que os posseo libre, me alegarà possession de vuestra libertad? Què sè yo tambien segun sois los hombres de inconstantes, si en viendoos casado me dexareis por otra? Mucho, en fin, hai que temer, por mas que me exagereis vuestra fineza: asseguradme estos miedos, y vereis como os pago; y à Dios, que es mucho hablar este para las primeras vistas.

Y como si es mucho (oyeron que repitiò una voz de entre unas peñas) quedando Enone turbada, y Pàris confuso. Derramaron la vista à todas partes, presumiendo, que algun malicioso los havia escuchado, contra quien ya Pàris, fulminando iras, se armaba de venganzas. No descubrieron à nadie, por mas que lo inquiriò la diligencia, y con esta zozobra, y confusion se despidieron. Pàris se baxò àzia el valle, y Enone el arroyo arriba se fue tràs de su Ganado: mas à distancia poca le saliò al encuentro Doristeo, un Pastor que la zelaba, y que segun se viò los havia oìdo; el qual, perdido el color, el semblante zahareño, y el hablar turbado, la dixo: Ya he visto, ingrata, la causa de mi desprecio, y el amor que te divierte, atropellando todos mis servicios, solo por tu antojo: No siento tanto el que no me quieras, como ver que te inclines à un Pastorcillo de infame nacimiento, cuyos Padres ignoramos, por mas que Albano le trate como à hijo; mas yo te quitarè el gusto, quitandole la vida, y vengando en èl los zelos con que me matas. No me amenaces (respondiò la hermosa Enone) ni hagas publico contra mi honor lo que ha sido secreto; porque si piensas por esse camino, y por torcedores tan ruines, que he de quererte te engañas, que no soi de las mugeres, que à amenazas de galanes les dan gusto,

to, antes bien soi tan valerosa, que à trueque que no te vengues, harè cierto esso que imaginas, llamando esposo al que me achacas galan, y ganarè mucho en ello, por mas que tu malicia le desprecie; pues no merece Pàris por muger à una Pastora, quando â una Reina merece? Cierra el labio (dixo Doristèo)ò haràs que descomedido plante en tu rostro parte de mi furia. No te atreveràs(respondiò Enone) que tengo muchos brios para defenderme de quien es tan mal hablado.

Con estas, y palabras semejantes se encendiò tal riña; que acudieron à las voces los mas de los Pastores, y Pastoras, que andaban por el monte; y Pàris,que como se havia apartado cochuroso, volvia, aunque à lo lexos, siguiendo las huellas de su querida Enone, apenas viò el ruido, y adivinò la causa, quando desciñendose la honda, comenzò à bulto à esgrimir sobre todos un torbellino de piedras,haciédoles à todos correr,y trepar por los oteros,muchos descalabrados,y otros mal heridos. Enone, y sus amigas, que retiradas à fuera miraban la tempestad, temiendose algun desafuero de los ofendidos, comenzaron à gran priessa à recoger sus Ganados, y caminar à la Aldea con las nuevas del fracaso. Dividieronse en dos vandos Serranos, y Labradores, unos haciendo las partes de Pàris, y otros las de Doristèo,y con hondas, con manguales,y con chuzos salieron à buscarlos. El viejo Xanto, padre de la bella Enone, y Albano, Padre putativo de Pàris, como personas de mas quenta, procuraban apaciguar la sedicion,y motin;para lo qual, juntando gente,trataron de prender los alborotados. Partieron, pues, en su seguimiento al tiempo,que yà la noche, cubierta de su manto negro, tendia por la tierra lobregueces,quando à poco trecho encontraron con dos tropas, unos que trahian à Pàris maniatado, y otros à Dorisèo mal herido:alli sobre prenderlos se encendiò una nueva lid, con que dexando à Pàris los que le llevaban asido, tuvo lugar de escaparse. Enderezò los passos àzia el Pueblo, à cuyas puertas encontrò à la bella Enone, que disfrazada, y con armas, iba tambien à buscarle, temiendo à un villanage encarnizado.

No hai que referir el placer, y alegria de que se llenaron ambos con tan inopinado, y dulce encuentro, ni las ter-

ternezas, y amores, con que se dieron reciprocos parabienes que esto, aunque no se diga, lo entiende qualquier discurso. Dieronse ya mano, y palabra de esposos, viendo que sin esto no quedaba bien puesta la reputacion de Enone. Acõpañòla de rebozo hasta su casa, y èl se entrò en la suya, sin que nadie le sintiesse. Dexemoslos aqui, y volvamos a la travada lid de los villanos, que juzgo, que ciegos del enojo se matàran todos, sino sobreviniera llegar a aquella ocasion la Infanta Casandra, que acompañada de algunas Damas suyas, y con un gruesso trozo de Monteros, venia de caza a hacer noche a aquella Aldea. Al oir su nombre se turbaron todos, y al verla metieron paz, y la rindieron las armas, haciendose al silẽcio la voceria, y al sossiego la pendencia. Merecia la hermosa Casandra todo este respeto, no solo por la sangre Real, q̃ la ennoblecia, sino par la rara beldad, y gracia mucha, conq̃ la enriqueciò el Cielo; y assi, mas con lo afable, que con lo imperioso, y antes con la cortesìa, que con el rigor, reduxo al deber los mas alborotados, ofreciendo a cada uno satisfaccion bastante de la ofensa, q̃ huviesse recibido. Con esto acõpañandola todos, se fueron à apear en casa del padre de la bella Enone, donde de ordinario, por mas espaciosa tenia su alojamiento. Cortejaronla alli, como solian, con los regalos agrestes de la Aldea, de lo qual, dandoles ella las gracias, se diò por bien servida, y despidiòlos à todos mui contentos.

Sentòse à cenar la Infanta, y reparando en que su anciano huesped no estaba con el placer, que solia, y que su hija Enone estaba retirada, imaginò lo que era en la verdad, que les alcanzaba mucha parte de la riña, que ella avia apaciguado. Mandò, que se lo dixessen, y entendida del caso, de que zeloso Doristèo, por ver a Pàris mas favorecido de Enone, causaba la sedicion, y los disgustos, quiso poner remedio, con divertir à la primera causa del amor, que a Pàris tenia, pareciendole, que con mudar Enone de aficion, se apagaba aquel incendio. Levantadas las mesas, y recogida la Infanta à su retrete, mandò que llamassen à Enone, y quedandose con ella a solas, la hizo cargo de su amor, pidiendola encarecidamente dexasse a Pàris, y torciesse la aficion a igual sugeto, porque en aquel Zagal havia mysterios ocultos, que podrian algun dia dexarla mal quista, y en ella resplandecian partes dignas de Pastor mas

rico, que la hiciesse este placer, pues seria assi causa, que cessassen los enojos, y se reduxesse à paz el encendido motin. Rosados los ojos de lagrimas, è interrumpidas las palabras con sollozos, respondiò la hermosa Enone, que se huviera holgado mucho, que la cogiera à tiempo su mandato de poder obedecerla, aunque arriesgara la vida, con el gusto, que es quanto puede perderse, por complacer à una Magestad; pero que à empeños de honor, y à lazos de matrimonio, no permitiesse licencia, ni soltura: Que Pàris era yà su esposo, y aunque el caso era secreto, no tanto, que dexasse de saberlo algun testigo, indicio bastante para ocasionarla un disfame; y aunq̄ no le huviera, bastaba estàr enagenada el alma, para no volver atràs con desprecio del marido; y que assi, puesta à sus pies, le suplicaba apadrinasse sus bodas, desenojasse à su padre, quietasse à los malcontentos, y fuesse el asylo de dos humildes casados.

Era Casandra la Profetiza de Phrigia, mui celebrada por sus vaticinios; y assi à fuerza de su ciencia, llegò à conocer, que era Pàris su hermano, à quien el Rey su Padre (como queda dicho) mandò, que le matassen al vèr la primera luz; y la Reina piadosa, echandole à los montes, fue causa, que unos Pastores le criassen. Conociendo, pues, Casandra, que era Pàris Infante de Troya, y que no convenia revelarlo hasta tiempo oportuno, procuraba divertir los amores de la Pastora Enone, que aunque era la Ninfa de la Serranìa, y à la que, à fuerza de su beldad, tributaban rendimientos los de mas copete, era mui desigual para un Infante, hijo de un Rey tan poderoso, como Priamo; pero al punto que oyò, que havia matrimonio de por medio, y que estaban desposados, bebiendose los suspiros, y tragandose los ahogos, la dixo con disimulo, que siendo verdad lo que la decia, no estorvaria sus intentos; mas que havia sido mui arrojadiza, pues sin dar parte à su padre, se havia entregado à un Pastor no conocido: desaciertos de mal miradas las doncellas, que ocasionan à veces grandes yerros: que havia elegido bien, pues havia en Pàris mas de lo que pensaba; pero q̄ elecciones grandes, no todas veces son buenas, quando hai desigualdad en los esposos, por mas q̄ el amor lo supla: que una Pastora se halla bien con un Pastor, mas se le ajusta mal

T

F I N.